

De la autora de «Tú te lo pierdes»

ISA QUINTÍN

Lady Killer

*«Dime cómo amas
y te diré quién eres»*

LadyKiller

ISA QUINTÍN

*El mundo nos rompe a todos, más después,
algunos se vuelven fuertes en los lugares rotos.*

-Ernest Hemingway

A Odessa y Alejandra.

Esta historia es nuestra.

A todo lo que se ha quedado aquí.

1. Crac



No abres los ojos una mañana y de inmediato sabes que ese día te van a romper el corazón. Aunque tus amigas digan lo contrario, que todo el tiempo estuvo frente a tus ojos, que no quisiste verlo, que estabas deslumbrada por el imbécil y simplemente ignoraste las señales. Pero puedo jurar sobre una biblia que no fue así, puede que tú seas de los míos, de esos a los que nunca les sucede lo que sueñan, que no tiene momentos de *déjà vu*, ni padece de presentimientos. Somos cero supersticiosos o vivimos demasiado ocupados para notarlo. Así que siempre dije que, en mi vida, esas cosas no sucedían. Siempre me levanto con mil afanes y a correr, vale, antes de aquella mañana no ponía atención a las señales del destino. Ahora tampoco, pero he aprendido a observar un poco más...

Puede que lo que voy a contarte ya lo hayas escuchado miles de veces, que a ti te sucediera con más o menos drama que a mí y que opines que un corazón roto no es un mal de muerte.

En eso tienes razón, no te mueres, que en últimas sería lo mejor que te podría pasar porque tu mente y tu cuerpo sufren un sinnúmero de transformaciones que si no te vuelven loco, te hacen de piedra. ¿Qué te tocó a ti? A mí me tocó la locura.

Ven, pasa. Ahora estoy viviendo aquí... es complicado decirte por qué tan pronto, pero la ciudad me abruma a ratos y necesito un lugar para respirar. Te preparé un café helado, con este calor lo agradecerás. Y qué mejor que una de estas bellas sillas Acapulco y la vista al mar ¿no crees? Bueno, no te doy más largas; esto fue lo que pasó ese viernes negro:

Era una mañana fría de finales de septiembre, desperté cuando el canto de los pájaros (el tono de mi alarma) sonó. Sin pensar en que podía quedarme a remolonear, me puse de pie de un brinco llevándome las cobijas conmigo y haciendo que me tambaleara un poco (cero glamur a esa hora de la mañana). Hice la cama y corrí al baño, el mismo ejercicio: meterme a la ducha sin pensarlo o no lo haría, porque a pesar del agua caliente, nunca me ha gustado bañarme tan temprano. Salí maquillada (sin exceso) a ponerme lo que alisté la

noche anterior. Que gracias al plantón que me dio Marc, mi armario consiguió un poco de mi atención. Porque si hay alguien desordenada en este planeta, pues esa soy yo, sí señor. Paloma DeLuca lava la ropa, la saca de la lavadora y la lleva al armario en canastas y cada que necesita una prenda, se zambulle de cabeza para buscarla. Y hablo de mí en tercera persona porque no soy buena reconociendo mis defectos.

¿En qué estaba?

¡Ah sí! Me puse lo que dejé listo luego del plantón de mi novio (ex en presente, futuro y reencarnación), y bajé a preparar café. La casa estaba en calma porque Grace no había llegado la noche anterior (lo que ayudó a mi armario y mucho). Greta y Silvestre dormían despatarrados en el sofá y yo no pude evitar hacerles un par de fotos, son demasiados monos. (Greta y Silvestre: Mis gatos). Puse la cafetera y rebusqué algún bollo del día anterior que sobreviviera a Grace, es que..., ya pronto la conocerás, es un encanto te lo juro, pero tiene un apetito que mejor te escondes cuando tiene hambre o le da por el canibalismo. Hallé un par y serví café, mientras desayunaba leía un par de correos y un blog de moda que me gusta mucho porque la chica crea looks maravillosos con prendas de tiendas *low cost*. Me entraron un par de mensajes de Mariah, Rachel y Sarah (el trío que completa el quinteto: mis mejores amigas), siempre nos damos los buenos días con la foto de algún bombón masculino en cueros porque entre más piel mejor irá el día y esa mañana fue un modelo inglés que a ellas (las cuatro) las derrite. A mí nunca me terminará de gustar, pero me doy el gusto de mirarlo. Les devolví el saludo y compartí la última entrada del blog de moda con ellas, para marcarnos una visita a un par de tiendas. Pero ellas lo ignoraron con clase y me enviaron un montón de tíos más (muy sexys) y a Rachel se le soltó decir que esa era la prueba de que habían muchos más hombres en el planeta que Marc. No lo entendí, pero es que Rachel siempre sale con sus apuntes indiscretos y extraños. Y bueno, resultó ser que ellas planearon darme el medicamento antes de que sintiera dolor.

No dije nada, me acabé el desayuno, puse todo en mi cartera y fui a cepillarme los dientes. Miré la hora, si no me apuraba iba a llegar tarde. Me abrigué, les serví comida a los gatos y me fui a conquistar el mundo.

Trabajaba en una editorial, una que prefiero no mencionar para que no haya conflicto de intereses, solo imagina que es de esas que publican a muchos de los más leídos y vendidos. No era agente, ni editora, ni correctora, menos ejecutiva. Me dedicaba a la publicidad pero en menor escala, les hacía

estudios fotográficos a los autores, videos con preguntas, entrevistas cortas y elegía la información que debía aparecer en sus webs. Era como su *community manager*. Mis jornadas solían ser extensas, debía estar pendiente de sus novedades, de los lugares donde harían giras, de las entrevistas o de lo que se hablara de ellos. Y en ocasiones, viajaba a sus ciudades para hacerles la vida más fácil. Sí, esa era la definición de mi trabajo: *Hacerle la vida más fácil a los escritores*.

Es un trabajo fascinante, me gustaban sus historias, sus manías, y pude notar que la mayoría son muy tímidos y les gustan los silencios largos, los disfrutaban realmente. Yo también lo disfrutaba y mucho más cuando conseguía los ejemplares firmados. Pero de mi trabajo ya irás sabiendo, no mola tirar tanta información a la primera. ¿Verdad?

En el metro me fui poniendo en contacto con Salomón para que, en cuanto llegara, viéramos unas fotos pero no me respondió. Llamé a mi madre y con ella al teléfono, llegué a la oficina. Saludé a la chica de la recepción y me ofrecí a subir el carro del correo, me despedí de mi madre y le envié cariños a mi padre, por Luciano ni pregunté porque no estábamos de amores por esos días.

En mi departamento empezaba el día, saludé a unos cuantos, rebusqué en los paquetes por si tenía correo y me fui a nuestro taller. De Salo y mío porque trabajábamos en una gran mesa, cada uno con su ordenador en frente, a él le gustaba tener la vista de la ciudad cuando despega los ojos de la pantalla y yo prefería tenerlo a él de vista..., no es que esté enamorada de Salomón, bueno si lo estoy porque es desquiciantemente guapo, caballero, sincero, alto, moreno... y novio de Greg.

Ya sabes por qué mi amor no puede ser correspondido.

—Salo, tienes corre... —me atasqué con las palabras. Salo no estaba, pero en medio de los ordenadores había un ramo gigante de rosas amarillas, envueltas en un papel negro. Un regalo muy costoso y no era mi cumpleaños.

Tomé la tarjeta y la leí:

“Cariño, tuve que viajar de urgencia a Chicago, Greg sufrió un accidente en el trabajo. No es grave. Mira el color de estas flores y recuerda que la vida es una fiesta.

Tuyo,

S''

¿Por qué darme flores por ausentarse del trabajo?

Mis amigos estaban muy raros.

Aun así, no presté atención a nada y me concentré en revisar los correos. Mi mañana trascurrió ajetreada pero tranquila, no tenía nada sobre la hora que tuviera que entregar así que me puse algo de música y mientras tecleaba, también cantaba. Se acercaba mi hora de la comida, iba a preguntarle a algunas chicas si saldrían para que me trajeran una ensalada porque yo acostumbraba a comer con Salo a diario, es un curioso de la comida y siempre está buscando lugares nuevos y probando sazones. Tomé el teléfono para marcar por la línea de la oficina, cuando sonó mi móvil.

Era Grace y tenía que ser urgente porque acostumbrábamos a escribirnos, que ella llame le pone gravedad al asunto.

—¿No encuentras las bragas? —Grace empezaba a salir con un chico y la salida de la noche anterior y que posteriormente no llegara, pues me dejaba claro que la noche había estado movida.

—Sí que las encontré y salí antes de que pudiera echarme.

—Bien por ti. ¿Pasa algo?

—¿Por qué siempre vas al punto? ¿No puede llamarte tu mejor amiga para que vayamos a comer por ahí?

—Mi mejor amiga suele comer en la oficina porque ser editora de un periódico le resta vida, o eso me ha repetido hasta el cansancio.

Hizo una pausa y me pareció escuchar un suspiro.

—Pasa, sí que pasa algo. ¿Puedo verte en este restaurante italiano que está por la calle del Hotel Hudson?

—¿Celebramos algo? Ese lugar es un poco caro.

—Pero la comida es buena, hoy invito yo, ¿vale?

—¿Qué les pasa a todos hoy que me quieren hacer sentir especial? ¿Es el día de darle amor a Paloma? Solo falta que Marc me lleve esta noche al teatro y empezaré a creer que todos enloquecisteis.

—Solo vente ya ¿sí?

—Vale, ya salgo. Te agradezco que estés cerca.

—Claro. Te espero.

Esa voz me sonó a melancolía mezclada con rabia contenida o algo

parecido. Porque si de alguien puedo leer las emociones fácilmente es de Grace. Ella es sincera, directa, no disimula ni te adorna la verdad. Nada. Y luego de colgar, me imaginé un montón de cosas, como que estaba embarazada o pringada por alguna ITS^[1], que se iba del país, que la habían amenazado de muerte, que había descubierto algún secreto de la CIA.

Solo atiné a ponerme las gafas oscuras, no me miré al espejo porque no me daba tiempo y si Grace no había pillado mesa, íbamos a tener que esperar un rato.

Hacía brisa, algunas hojas se elevaban del suelo, Central Park estaba precioso, el otoño es mi estación favorita, tantos otoños vividos en esa ciudad y no me canso, jamás lo haría es la mutación de los colores, la renovación..., tiene un significado profundo para mí.

Antes de llegar al restaurante recibí un mensaje de Grace pidiéndome que la encontrara adentro, que estaba en las mesas de atrás de la barra. La campanilla de la puerta sonó cuando la abrí, adentro olía delicioso y mi estómago rugió de hambre, creo que a todos nos pasa, que hay olores, en especial los de la comida, que nos transportan a casa, pues en ese momento olía a pan tostado, a queso fundido y a la cocina de la abuela en Livorno. Un camarero me salió al paso, le dije que me esperaban y me guio al fondo.

Yo iba sonriente, no tengo idea de por qué lo hacía, creo que lo hago cuando estoy nerviosa. Estiré el cuello buscándola y caminé hacia las mesas que llevan a un ventanal, di dos pasos y una sensación de electricidad me cruzó la espalda, luego sentí un puño en el estómago, di dos pasos más, ya llevaba las manos cerradas y las presionaba con vehemencia.

Pasé saliva con dificultad buscando el aplomo y estiré el cuello, solo pasé por su lado, le miré y juro que mis ojos azules no le reflejaron amor en lo absoluto. Rodeé las mesas buscando la salida y el recorrido se me hizo eterno. Los ojos empezaron a picarme y apretaba tanto los dientes que juré que me los quebraría.

Salí a la calle y la corriente de aire que cruzaba las calles me golpeó como si de una bofetada se tratase. Así es como sientes que la vida te saca de la burbuja y te da de bruces contra la realidad. Abrí la boca como buscando aire, miré a todos lados, la ciudad se me hizo infinita, los edificios me intimidaban y empecé a marearme. Las mariposas en mi estómago estaban muriendo, una a una y yo era consciente de ello. Me di vuelta pero sentí la arcada acercarse, busqué un bote de basura y vomité los últimos bollos que quedaban en la caja, esos que me llevó Marc el miércoles como disculpa por

no asistir a la cita de los martes. Levanté el rostro y poco me importó la vergüenza de que me vieran trasbocar, yo necesitaba sentarme, sudaba frío y me temblaban las piernas.

Miré a los lados buscando un taxi. Vi venir a Grace con cara de susto, también vi salir a Marc del restaurante. Lo siguiente ocurrió a cámara lenta: Él miró a la derecha primero y luego a la izquierda, hacia dónde estaba yo. Y justo cuando su mirada chocó con la mía, lo escuché, ese sonido tú lo conoces. Crac... un sonido sordo, seco, y que a la par, hace eco por todo tu cuerpo. Es tu corazón cuando se rompe, como cuando quiebras la cáscara de un huevo, así de débil es. Dio dos pasos, me quedé mirándole, siempre guapo y bien vestido. Y es que nunca supe qué hacía un tipo como él con alguien como yo. Me dolió que fuera tan guapo, tan exitoso y que lo quisiera tanto como para permitirle que me rompiera el alma en mil pedazos.

¿Qué se creía?

Se lo creía todo. Marc nunca se mostraba inseguro o débil.

Me di vuelta, no lo soportaba más, de lo contrario, seguramente iba a tirarme a sus brazos a llorar y a que me consolara porque lo había descubierto besando y cogiéndole las manos a otra. Era débil y en nuestra relación a él parecía gustarle que yo siempre lo buscara para darme apoyo. Esquivé a Grace, no fue mi intención zafarme de sus manos con tanta violencia pero fue la reacción de mi cuerpo. Las alarmas me decían que todos eran enemigos, porque lo sabían, porque me doraron la píldora antes de decírmelo. Aunque tampoco me lo dijeron, me montaron una escena para que yo misma lo viera. No pudo ser distinto, estoy segura que si me lo hubiesen contado no lo habría creído.

Subí al primer taxi que se detuvo y allí metí también los pedazos de mi corazón roto, que no tenía idea de cómo narices iba a volver a juntar.

2.Me llamo Paloma



Nuestro descubrimiento del año en la editorial trajo premios, dinero, giras, miles de ejemplares vendidos, algarabía y problemas. El escritor estrella de novelas policiacas que nos llenaba de orgullo, también amenazaba con llenarnos de vergüenza. Sam se acercaba a los cuarenta y con el éxito arrastrándose a sus pies, sentía que nada podía salir mal. Una noche loca, perdió la cabeza, se salió de madre, armó una pelea, hizo destrozos y terminó con la nariz rota. Pero ni él ni nadie sabía o se acordaba de lo sucedido con su esposa (llevaban tres meses de casados). El asunto de la pelea salió en los medios, se pagó lo que había que pagar y Sam se excusó públicamente por su comportamiento. Pero al salir de eso, una denuncia por violencia doméstica detuvo el lanzamiento de su nueva novela. La vida de Sam se complicó y en la editorial se buscaban soluciones. Jake (mi jefe) juraba que era por dinero, que eso quería esa mujer. Sam se negaba y finalmente lo creyó cuando ella le pidió el divorcio y la mitad de su salario al año.

La mañana de la conciliación, Jake me pidió acompañarles para estar al tanto. Entré a la sala de reuniones del bufete que llevaba el divorcio, más que de espectadora iba a darle apoyo a Sam porque últimamente vivía deprimido y mi misión era salvar tanto los intereses de la editorial como el talento del artista. Le dije algunas palabras motivadoras, le pedí que intentara no mostrarse devastado ante esa mujer y que se limitara a hablar con el abogado para cualquier mensaje que le quisiera hacer llegar a esa pécora. Vamos, que yo también pensaba que era una interesada.

Tuve que salir un momento para responder una llamada del móvil de mi jefe, no tardé dos minutos. Lo juro. Y antes de regresar tuve uno de esos encuentros que por locos y peculiares siempre te roban una sonrisa al recordarlos. Me di vuelta con la firme intención de regresar a la sala, pero me detuvo un traje de hombre de los escandalosamente caros. Mis ojos quedaron fijos en la delgada corbata color zafiro mientras un aroma fresco y varonil me inundaba los sentidos. Hasta cerré los ojos de puro éxtasis. Pero mi momento de coro angelical fue interrumpido por una voz amenazante.

—Qué bueno que la veo antes de entrar, sin la alimaña esa que tiene por abogado, puedo hacerle una advertencia...

—¿Disculpe? —Elevé el rostro y lo que vi me hizo dar un paso atrás, como cuando tienes algo demasiado cerca y te apabulla, hasta te nubla la visión, pues así.

—Que este caso es simple, tengo pruebas que demuestran que tiene un amante y que los golpes jamás existieron. No sé a quién le pagó en la comisaría para que lo reseñaran como delito de lesiones personales, pero conseguiré el testigo y ese juicio lo ganaré antes de siquiera empezar.

Estaba pasmada, no de susto, el tío me estaba confundiendo con esa pécora. Estaba abrumada con su aspecto de revista de moda, es que hasta creí que tenía a uno de esos modelos de GUCCI o ARMANI en frente.

—Creo que...

—Si no quiere que esto acabe mal para usted, retirará los cargos y dejará a mi cliente en paz, ¿le ha quedado claro?

«Déjame hablar. Jo».

Y me dio la risa porque estaba nerviosa.

—¿Qué le hace tanta gracia? —cuestionó muy serio y esa forma de fruncir las cejas me borró la sonrisa de golpe.

—Perdón. —Me di vuelta y entré sintiendo las mejillas atizadas, porque era guapo (más allá de lo que eso pueda significar, creo que la palabra correcta es majestuoso), porque su voz de amenaza era un susurro que incitaba a las fantasías y porque le estaba evitando una vergüenza mayor cuando se diera cuenta del error.

Él ingresó unos segundos después y su cara de confusión me causó ternura al ver que la mujer ya estaba junto al abogado que calificó como “alimaña” y que yo me ponía en el banquillo que defendía. Si se ruborizó lo supo esconder muy bien, solo elevó las cejas, apretó los labios y se soltó el botón del saco antes de sentarse y yo me lo disfruté en primera fila, creo que en el resto de la reunión no pude cerrar la boca.

El *abogado amenaza* salió primero como si estuviese guardando la vergüenza para cuando acabara la reunión. Pero lo había conseguido, usó parte del discurso con el que intentó intimidarme para persuadir a la mujer de seguir con el divorcio y la denuncia.

Desde ese momento supe que Marc Shannon no tenía ni un pelo de inseguro, que siempre jugaba a ganar y se aseguraba de hacerlo con terna de ases. Y esos hombres suelen ser la perdición para mujeres como yo.

Pasaron un par de semanas desde el incidente con el abogado, todo estaba en orden legalmente para Sam y con él estuve de viaje de firmas. Llegué justo para mi salida de viernes con el quinteto. Era la primera vez en años de amistad, que todas estábamos solteras, según Rachel fue la mejor época de nuestras vidas. Luego de dejar las maletas en casa y cambiarme de ropa por algo más acorde a una noche de chicas solteras, subí a un taxi que me llevara al *Chelsea Market*. Serían las ocho y poco, las chicas estaban saliendo de sus trabajos o haciendo cambio de vestuario porque lo de estar solteras no era por gusto, tampoco lo de mantenerse en abstinencia. Si ligaban y las cosas se daban, la noche pintaba con vistas al placer.

Fui la primera en llegar y encontrar la entrada unos pasos más abajo. Sarah se encargaba de hallar los garitos, tenía buen ojo y buen gusto, pero algunas veces terminábamos en lugares clandestinos que hasta tocaba dar contraseña para entrar. De fachada era agradable, pinta de taberna y el nombre lo decía todo: *The Tippler*. Sonreí imaginándome uno de esos bares de carretera colmados de camioneros y tipos gigantes que iban en motos. Hice una fila corta y pude entrar. Lo primero que vi fue una alfombra de esas antiguas que hay en la casa de nuestras abuelas, puertas con figuras metálicas y una cabina de fotos. Ya nos veía metidas allí haciendo muecas a la vida, llevando un buen pedo, rímel escurrido, desmelenadas y alguna con la camisa perdida. Bueno, nos veía porque en eso de ir pedo éramos señores.

Entré, bajé los escalones y me quedé a cuadros con lo que vi. Un clásico bar de cocteles neoyorquino, situado en la bodega del *Chelsea Market* con un aire de una tienda de licor ilícito y decorado con accesorios antiguos, libros vintage y el techo pintando con tres obras de arte al mejor estilo de la Capilla Sixtina, solo logré reconocer *La Creación de Adán*. Habíamos estado en sitios fabulosos..., este se metía en el top cinco.

Choqué con algunas personas mientras miraba a todos lados, siempre he sido un poco dispersa, no me importaba si eso era un bar y la finalidad era sentarse y poner a prueba la resistencia de tu hígado, yo me sentía en un museo. Pero la fascinación me duró hasta que mis pies tropezaron y por poco caigo sobre una chica. Me agarré de la mesa y me disculpé más roja que un tomate. Si esa era yo sobria, no me quería imaginar borracha.

No había lugar y dónde había, tenía el letrero de reservado. Alguna de esas mesas podría ser la nuestra, pero no era necesario mostrar lo *anticuada* que soy. Me fui a la barra y me atendió un chico barbado, pelo largo rapado a los lados y tatuado..., nunca habrá nada más perfecto (en mi otra vida fui

vikinga y se me quedó el gusto en esta).

—¿Qué te pongo? —Sonrió un poco, yo apreté las piernas. Seguro la falta de sexo me estaba haciendo alucinar con treparme a esa barra, tirar todo y pedirle que me pusiera en cuatro. (Y eso era yo con la sangre libre de alcohol)

—No sé, es la primera vez que vengo. Dame lo que mejor sepas hacer.

«¿En serio dije eso y con esa voz?»

Sé que me ruboricé hasta las pestañas. El chico detuvo lo que hacía y se me quedó viendo, no sé qué tanto pero le sostuve mucho rato la mirada y finalmente lo insté a que me sirviera, moviendo cejas y cabeza frenéticamente. Al darse vuelta cerré los ojos y me pellizqué un brazo, necesitaba asegurarme de que estaba soñando. Pero no, no lo hacía.

Alcé la cabeza y miré hacia la entrada, mis amigas se estaban tardando demasiado y yo necesitaba de inmediato ponerme un filtro o no tenerlo pero estar acompañada de quienes tampoco lo tenían en absoluto.

—*Cherry Blossom Girl*, para una chica de primera vez —Me guiñó un ojo.

¿Qué había sido eso? ¿Primera vez por estar en el bar o primera vez porque mi apariencia gritaba que acababa de cumplir la mayoría de edad y buscaba *darle a mi cuerpo alegría macarena*? No era cierto, tenía veintiséis.

Le di un sorbo y me supo a cerezas, a vermut y angostura más vainilla. No es que sea una borracha que se conoce todos los licores del mundo, es que tengo un hermano loco, extraño, inestable y detestable. Vale, no es todo eso, pero es que con Luciano la vida no fluye, nada gira si no va por su órbita y por esos días nos odiábamos más de lo común. Odiar a mi hermano: Te quiero pero lejos estamos mejor.

Ya me fui otra vez de los rieles. Mi hermano tuvo una época en la que quería ser barman luego de ver a uno en un bar al que se coló aunque en su escapada de chico rebelde se lo llevó la policía y a mi padre le faltó poco para arrancarle las orejas (lo llevó caminando por todo Livorno hasta casa, de las orejas). Tenía quince años y un mono gigante de hacer lo que se le antojara. Ese verano estábamos en Livorno (como todos los veranos de nuestra infancia y posterior adolescencia), el abuelo tenía una selecta colección de vinos y algunos tragos que eran regalos de sus amigos. Pues una tarde mientras los adultos apostaban hasta la camisa en un juego de cartas, mi hermano tuvo la idea originalísima de practicar lo visto en el bar con la colección *intocable* del abuelo. Yo debía ser su catadora. Y empezó a mezclar el whisky con el

vino, el coñac con ron cubano y a pasarme sus *originales creaciones*. Me obligaba a beberme medio vaso y luego él bebía el otro medio.

No tardé en marearme, pero cuando empezó a hacer monerías con los vasos y a estrellarlos contra el suelo, su práctica acabó. Yo terminé en el hospital luego de vomitar hasta las entrañas; a él, mi padre le dio unas bofetadas, le prohibió las salidas, juegos de fútbol y visitas, también le puso a trabajar en el viñedo de los vecinos para que pagara los destrozos. El único que lo disfrutó fue el abuelo que se despolló de la risa y, mientras vivió, siempre contaba esa historia tan de Luciano y mía lo que traduce que siempre fui su conejillo de indias, y a la fecha sigo sin sentirme orgullosa de ser tan pánfila. (En presente porque no hay vacuna que me lo controle).

El asunto es que mi hermano me hizo alcohólica y por eso salgo cada viernes a beberme hasta el agua de los floreros (Paloma la exagerada) y así he aprendido a identificar algunos sabores. Fue inevitable acordarme de Luciano en ese momento, de hecho, cada que me tomaba un trago, su intento de barman me venía a la cabeza.

—¿Te ha gustado?

—Es suave y dulce si me das otros dos terminaré cantando alguna ópera.

El chico rio y negó con la cabeza, luego asintió no supe a qué o quién y se dio vuelta para seguir sirviendo. Alcé el vaso y me acerqué la pajita a la boca, me atraganté con la bebida de inmediato. El *abogado amenaza* acababa de sentarse a mi lado.

—¿Estás bien? —Asentí mientras me limpiaba la boca con el pañuelo que él me tendió—. Tú eres...

—Sí, la que no estaba engañando a su esposo ni sobornó a alguien en la comisaría. Ella.

Y si pensé que aquel día había escondido el sonrojó, en ese momento hizo total aparición obligándole a bajar la mirada.

—Lo siento, ese día debí disculparme lo sé. Pero me sentía tan idiota.

—Tampoco era para tanto.

—Viste a la mujer, no tienen punto de comparación.

—Que nos recordara a esa *Courney Love* que no debimos haber visto jamás, no quiere decir nada. Conocerás a algunas que van de Chanel y son peores.

—De verdad lo siento.

Asentí con la cabeza y terminé mi primer vaso.

—No pasa nada, a mí me causó mucha gracia.

—Te invito un trago. —Sonrió de lado, algo así como si hubiese temblado el planeta sentí en el cuerpo.

«Por favor no, que ni siquiera sé tu nombre».

No respondí, tampoco le importó escuchar lo que diría porque se apresuró a hacer el pedido. No supe que le sirvieron, el barman parecía conocerle porque no le preguntó «¿Qué te pongo?».

—¿Vienes con alguien?

Me lo pensé un poco, esas preguntas siempre me ponen tensa y no sé cómo responder. Porque podía preguntarlo por varias razones, unas bastantes interesantes sobre terminar la noche en otro sitio y otras macabras que me daban susto.

Y como el miedo siempre gana la batalla, le dije adiós a la noche con vistas al placer. Aunque podía estar soñando con esa idea, así que era mejor que yo misma me bajara de la nube.

—Vengo con mis amigas, están al llegar.

Apretó un poco los labios. ¿Qué fue eso? ¿Le molestó que no estuviera sola o no me creyó?

—Entonces será hasta que tus amigas lleguen. —Acercó el vaso a su boca, bebió y luego se pasó la lengua por los labios, no fue premeditado, fue instintivo pero yo me quedé mirándole y en mis locas ensoñaciones me vi saltándole encima, agarrando su rostro haciendo que me mirara y lamiéndole los labios. (Paloma la terrible)

Me miró luego de ese momento de excitar a Paloma como una mona en celo, supe que las mejillas se me incendiaron. Si me alcanzó a leer los pensamientos estaría decidiendo irse de allí enseguida... o invitarme al baño más próximo.

—Sí —balbuceé y me acabé el segundo vaso.

«Paloma, chica. Es hora de que empieces a controlarte».

—Pues, tenemos muy poco tiempo para presentarnos ¿no? Aunque ya sabemos un poco del otro, yo sigo sin saber tu nombre.

—Sí, ese detalle que pudo salvarme de una amenaza —sonrió apenado y yo lo disfruté. Se me da lo de disfrutar las vergüenzas de otros. «¡Dios, soy una psicópata!».

—No me lo vas a perdonar jamás.

—No has hecho mucho para que te perdone. —Sonreí coqueta y lo miré por entre las pestañas. Luego me entró un mensaje al móvil y la pantalla se

iluminó. Solamente estiré un poco el cuello para leerlo. Tenía el aparato sobre la barra.

Rachel: ¿Quién es la cosita deliciosa que te acompaña? Podemos irnos.

Levanté la cara, las vi casi encima de nosotros y me ruboricé, empecé a perder el control y me temblaron las manos, las piernas. ¿Por qué? Porque ellas sabían que era una tarada ligando y seguro me estaban viendo hacer el ridículo con un tipo que obviamente me vendría grande.

—¿Debes irte?

«Gracias por ser tan deductivo, guapo».

Afirmé con la cabeza, no le hablé. Estaba hecha un flan. Di un giro para sacar las piernas de debajo de la barra y puse los pies en el suelo, agarré el bolso, luego el abrigo y me paré como una tromba. Pero mi tacón se había enredado en el dobladillo del saco y perdí el equilibrio. A mi paso (accidentado y sin glamur), le tiré encima lo que le quedaba en el vaso y como no hallé nada más para agarrarme, pues lo hice de la manga de su americana y él me agarró fuertemente por la cintura. Quedé sentada en sus piernas y con su rostro de dios, demasiado cerca del mío.

No sé de donde saqué gracia o altanería pero intenté salir airosa.

—Soy Paloma.

Sonrió mostrando una dentadura de dientes parejos que también me cegó levemente, pero no lo suficiente como para que no me grabara a fuego el verde de sus ojos, o me fijara en su nariz larga o en sus labios mullidos y bien definidos o en ese mentón cuadrado tan de rasgos griegos o romanos. Qué importaba cuales dioses le habría heredado la belleza.

—Es la mejor forma en que nadie se ha presentado antes, soy Marc.

Nos quedamos viendo, sabía que debía levantarme, que debí hacerlo hacía rato, pero no quería, no podía. Había encontrado un lugar dónde deseaba hacer muchas cosas que implicaban desnudez y cuerpos muy juntos.

Como pude recobré la cordura y me levanté, Marc me tomó de la mano y miró al suelo para cerciorarse de que ya no estaba atorado mi tacón, sí que lo estaba. Pero yo me quedé con su mano en la mía, con esos dedos largos y masculinos, con su calidez, con su tacto suave y a la vez firme y con mi cabeza trastocada a causa de los *Cherry Blossom Girl*, bebidos demasiado a prisa.

Tocó mi zapato enganchado para que levantara el pie y poder liberarme. Le seguí los movimientos y me escaneó las piernas sin ningún recato. Y es que

tenía una vista de primerísimo plano, tanto que hasta podía ver dónde nacían mis piernas. (Llevaba un vestidito de terciopelo rojo que apenas cubría un palmo bajo mi trasero).

—Bonitas medias. —Voz rasposa y me di por muerta.

Se levantó, agarró mis cosas del suelo y me las entregó.

—Gracias. —No le sostuve la mirada, busqué a mis amigas ya sentadas alrededor de una mesa, muy pendientes de mí y el espectáculo que estaba dándoles. (Hasta el día de hoy repiten la historia, cada una dando su versión)

Di un paso, él me ofreció el brazo y yo junté las cejas. Imagino que por ser él no le dije que solo mi abuelo me ofrecía el brazo.

—¿Son ellas? —Me señaló a las chicas que no me despintaban los ojos. Asentí.

Avanzamos hasta ellas, con muecas les pedí no hacer comentarios. Más de una se acomodó mejor al ver que íbamos hacia allí. Rachel se pasó el pelo para atrás y Mariah irguió la espalda. Sarah bebió de su vaso y Grace elevó una ceja mientras le hacía un escáner.

«Por favor no digáis nada, por favor, por favor...»

—Creo que es vuestra—se refería a mí—. Lamento habéroslo robado un rato.

—La verdad es que siempre nos sobra una —dijo Sarah y quise matarla.

—Gracias Marc —Sonreí cordial y él lo captó. Les hizo una reverencia con la cabeza y volvió a la barra, pagó los cocteles y se fue.

—Ahora mismo nos vas a contar quien es el bombón asesino al que te le tiraste encima.

—No me le tiré encima. —Tomé asiento y escondí la cara entre las manos y deseé quedarme a vivir allí porque olían a él. Un olor embaucador, irremediabilmente.

—Te vimos —rebató Sarah.

—Se me enredó el tacón y punto. Es el abogado que me vio cara de fulana.

Las cuatro se carcajearon.

—Creo que si tenía dudas, ya se le pasaron —Miré a Rachel con intención de que de mis ojos salieran balas.

—Está follable —mencionó Grace—. Y por cómo te miró las piernas, creo que le han gustado tus medias de lunares.

—Que va, si lo que estaba intentado era verle las bragas y con ese vestido seguro que descubrió *el secreto de Victoria*. —Fue la aclaración de

Mariah.

Del árbol caído hicieron leña hasta que se cansaron y terminamos hablando de aquella *examiga* que nos dejó por colarse en el mundo de los riquillos y que fue vista por Rachel sin maquillaje, con raíces de un año y ropa raída. Y que juraba que estaba comprando en el mercadillo de pulgas al que solíamos ir antes de descubrir uno mejor. Esas somos nosotras, nunca un hombre es demasiado para ser tema de una noche de viernes.

3. Soy Marchelo



Llegué a casa con un mal de estómago que me mataba. No sé qué cosa tan terrible tenía el aire de ese restaurante que me envenenó los intestinos. No quise llorar, no quería llorar, no podía llorar. Ya no estaba en esos años de llorar por alguien, yo era muy independiente, tenía un trabajo que molaba, amigos que aunque no quisiera verlos en ese momento eran los mejores que alguien podría tener, un par de gatos que eran más romance y mimos que bigotes, la niña de los ojos de mi padre y la versión bonita de mi hermano. No podía sentirme una perdedora en el amor cuando me rodeaba en todas las versiones de Paloma. No todas, es cierto. Marc simbolizó los tres años más bonitos de mi vida amorosa, no es que coleccionara relaciones, eran largas o pasaba periodos de soltería reseñables.

Él era tan guapo que dolía mirarle y siempre me sentía demasiado pequeña a su lado.

Pero tenía sus momentos, en ocasiones parecía impenetrable y frío. Era abogado de divorcios y fue una de las advertencias que me hizo Grace: «Los abogados saben poco de amor». No voy a decir que era el paradigma del romanticismo, esas cosas no le iban mucho, pero cuando se le encendía la chispa, sus detalles me derretían.

Me arrebujé en la cama y a los cinco minutos llegó Silvestre como si adivinara que me pasaba algo. Se subió a mis piernas y me miró fijamente.

—No quiero hablar, chato.

Me puse la almohada en la cabeza y cerré los ojos, tal vez tenía pegada la imagen en los párpados porque se repetía una y otra vez.

«Joder, Paloma. No disimules que no te está matando porque es peor».

Tiré la almohada al suelo y con ella cayó una foto de los dos que tenía en la mesita. Así como sonó el cristal al romperse, así sonó mi corazón al vernos sonrientes. ¿No se supone que ya me habían roto el corazón? Pues parecía que necesitaba quedar hecho polvo.

Me levanté, no podía estar allí. El teléfono empezó a sonar y cada tono me indicaba de quien se trataba, necesitaba irme antes de que llegaran a

hacerme preguntas y a decirme que me lo advirtieron y otro montón de retahílas. ¿Pero dónde me iba a ir si estaba en mi casa? Pensé en un parque pero no quería ver gente, no quería ni que el aire me tocara. El piso abandonado de Luciano sería estupendo si por esos días no quisiera matarlo, así que tampoco quería nada que oliera a mi hermano el más capullo de toda la tierra. Podría encarcelarme a mi habitación y cada vez que alguien tocara a la puerta tiraría un zapato, un libro, un gato o cualquier cosa que hiciera ruido y así pudieran saber que estaba viva.

Definitivamente no era la solución, me estaba asfixiando allí, en mi propio aire tan cargado de recuerdos suyos y nuestros. No vivimos juntos y nunca se quedó por respeto a Grace, pero si nos sentábamos en el sofá, nos besábamos y nos metíamos mano. O me atrapaba en la cocina con las manos llenas de salsa y saboreaba mis dedos y si estábamos solos probábamos lugares de la casa dónde mis padres nunca habrían tenido sexo. (Ya era mi casa, no le debía tanto respeto ¿o sí?)

Me puse el abrigo y tomé mi bolso, busqué en la trampilla de la alacena las llaves de la casa de los Occhiato y una botella del escocés que mi padre me trajo en su último viaje. No era muy fan del whisky y por eso había sobrevivido más de un año, pero esa tarde no había nada más y yo necesitaba algo fuerte, más fuerte que lo que me estaba doliendo en el pecho.

Salí de la casa, no dejé una nota ni un mensaje con los gatos. Puse el móvil en modo avión y me fui. No muy lejos, solo a la casa de enfrente. A ninguno de mis vecinos le podía extrañar que entrara allí, era la casera. Los Occhiato son los amigos más cercanos de mis padres, conocemos a sus hijos y crecimos juntos. Excepto al del medio que siempre vivió en Italia con los abuelos. Cuando mis padres decidieron irse a cuidar de mi abuela materna, Lucía (mira de dónde le viene el nombre a mi hermano). Los Occhiato decidieron que también era momento de volver a casa, decía el abuelo que toda cabra siempre tira al monte y ellos no tenían mucho más qué hacer en Nueva York. Jubilados, ya con sus hijos dispersos por el mundo era mejor buscar calor de hogar. Así que me confiaron las llaves de su casa para que no la dejara caer de mugre y le diera un vistazo de vez en cuando.

Cuando entré y noté la nube de polvo que se alzaba por el lugar, me dio tristeza. Llevaba más de tres meses sin pasar por allí. Llamaría a la mujer que me ayudaba en casa para que limpiara un poco, pero sería después. Quitó la sábana que cubría el sofá y allí me dejé caer. Forcejeé intentando quitarme las botas que llevaba, unas de esas que te cubren hasta la mitad del muslo. Casi

me arranco las piernas y al final caí al suelo llorando y gimiendo porque si eso eran las botas, cómo narices iba a ser olvidarme del maldito Marc.

Abrí la botella y no me preocupé por conseguir un vaso, no estaba para modales ¿Marc los tuvo conmigo? Pues no. Vi el viejo tocadiscos y me acerqué para poner algo de música, puse el primer *long play* que estaba por ahí y que quedó suelto, como si fuera el último que sonó antes de que la casa quedara sola. Encendí el aparato, coloqué el disco y dejé caer suavemente la aguja.

Era una melodía antigua, el recuerdo de mi madre y de Alda sentadas en el saloncito bordando y cantando vino a mi mente. Así también aprendí yo a coser botones y bastillas. Di el primer trago a la botella y con la primera frase tuve para que se me soltaran las lágrimas.

«Fra noi è finita così. Domani non ritornerai più. Tacevi, non avevi un perché [2]?»

Me bebí la botella entera y lloré muchísimo. La música italiana es muy puta para una pena de amor. ¿Cómo se sobrevive a esa primera canción que dice todo lo que sientes? Mi cabeza se inundó a recuerdos, preguntas iban y venían como las balas en un campo de batalla. En ese momento no deseaba otra cosa más que quitarle corazón a mis recuerdos. Sin él, mi cerebro solo sería una galería de fotos o un reproductor de videos.

Cuando el disco acabó me quedé en el mismo mutismo que cuando atendía a las letras y los recuerdos me bombardeaban. Escuché la aguja y al disco dar vueltas, no me molesté en apagar el tocadiscos.

Solo miraba un punto fijo en la cortina. No sentía mareo, ni irritación, estaba como anestesiada. Eso sí, el rostro del maldito Marc no se me borraba, era peor, como si lo estuviese viendo ahí, sentado frente a mi esperando a que se me pasara la rabieta para poder hablar. Él no se enojaba o no como yo que dramatizaba, lloraba y me enfurruñaba. Para él todo lo que me ocurría eran pequeñeces, nada en mi vida era tan grave como para no pasarlo por alto. Una única vez me hizo una escena, porque estaba celoso. Marc celoso, de mí. Era de no creer.

Empecé a sentir sueño y me acomodé en el tapete abrazando la botella vacía del Scotch. Y me dormí como un tronco.

No sé qué hora era cuando escuché a alguien maldecir en italiano.

Todo estaba oscuro, negro, o yo seguía con los ojos cerrados. Intenté moverme, mi cabeza protestó. Mi hígado también.

«¿En serio, Paloma. ¿Vas a hacerte un guiñapo por ese idiota?»

El malestar se me fue a los pies cuando escuché la cerradura, alguien intentaba abrir la puerta. El miedo me acojonó, me levanté dando tumbos y agarrándome de lo que pude. Estuve a muy poco de desocuparme el estómago, pero fui capaz de centrarme en lo que sucedía. Nadie podía llegar, o sí, pero me lo habrían avisado. Siempre lo hacían, sobretodo Mellea que era la que más visitaba la casa para quedarse cuando viajaba por trabajo. La puerta se abrió, el alma me abandonó el cuerpo y apenas atiné a coger la botella y empuñarla. Era cuestión de vida o muerte.

Ruidos pesados, ruedas de una maleta avanzando, otra maldición en italiano y una retahíla de palabrotas. Parecía que intentaba entrar un elefante y yo, a punto de perder el control de mis esfínteres.

—¿Dónde puñetas está el interruptor de la luz? —Se quejó.

Lo siguiente fue que se ayudó de la luz de su móvil y un segundo después me iluminó el rostro, yo grité como poseída, el exclamó un exabrupto.

—¿Quién eres? —pregunté con una mano puesta en el interruptor y la otra empuñando la botella.

—¿Y quién eres tú? Si esta es mi casa.

El susto era todo mío.

Encendí la luz. ¿Podría ser Paolo?

No, no era Paolo y no tenía ni la menor idea de quién diablos era aquel pedazo de hombre con el pelo tan revuelto y buen puesto, esa piel de un moreno tan exquisito y envidiable. Y sus rasgos marcados, fuertes, de hombre.

«¡Madre del amor santísimo! No te vayas a afeitar».

—¿Estás bien? —Su pregunta aprensiva me devolvió a la realidad.

Miré mi mano y bajé la botella, me dieron ganas de desaparecer ahí mismo. Luego vino lo peor, el espejo a la izquierda me mostró que tenía el maquillaje corrido y me parecía al pobre Ecce Hommo de Borja.

«Joder... Paloma. No».

—Sí —farfullé y agarré el bolso, debía limpiarme el pegote de rímel que me surcaba las mejillas. Dos pasos en dirección al baño y mis piernas flaquearon.

—Creo que mejor te sientas —mencionó más tranquilo. Tranquilo: Paloma borracha es inofensiva.

Obedecí, nada más podía hacer. Lo escuché moverse, abrir la llave del lavabo y luego regresó

—Toma. —Me extendió un pañuelo humedecido.

—Gracias —musité, colorada de vergüenza—. Soy Paloma, tengo llaves porque...

—Mis padres te las dejaron, ya recuerdo.

Levanté el rostro para volver a mirarle. ¿Padres? ¿Era el hijo que nunca llegué a ver? Porque era amigo de Luciano pero creo que solo un par de veces coincidimos.

—Pues yo no te recuerdo.

Elevó un poco las comisuras, tragué saliva. Estaba para mojar con pan, por el amor de Dios. Aunque guardaba la esperanza de que cuando se me pasara el pedo que llevaba encima le vería la nariz grande de su padre y alguna verruga, incluso sería calvo y panzón. No podía ser que fuera idéntico al que solía imaginarme cuando...

—Yo te vi un par de veces en Livorno. No acudía a vuestras cenas familiares porque...

—Porque tú y Luciano estabais muy concentrados en sacarle canas a nuestros padres.

Se rascó el mentón. Qué bonitas manos.

—Ya ves que no nos duró tanto. Pero eso es otra historia. ¿Vives aquí?

—¿En la ciudad? Sí. Vivo en frente, en la casa de mis padres, pero vine porque necesitaba estar sola.

—Ya —se movió para entrar las maletas. Y al parecer iba a quedarse mil años. Se quitó el abrigo y me mostró que era delgado pero bien formado. (Paloma la trovadora). Hombros anchos y cintura angosta, alto, tanto como para sacarme más de una cabeza—. Supongo que escapabas de tu marido y algún crío. Luciano mencionó alguna vez que te casarías.

«¡Maldito bocazas!»

Cómo había dolido ese comentario. Jo. Sí, estuve a punto de casarme con Marc y nunca creí ser tan feliz.

Tonta que seré siempre.

—Pues no, estoy soltera y escapo de mis amigos y mis gatos.

El pañuelo quedó para tirar a la basura. Estaba usando demasiados potingues en mi pobre rostro.

—Te compraré uno.

—Descuida, mi madre se ha encargado de que no me falten.

No dijimos más. Él terminó de meter sus cosas, yo me concienciaba que debía levantarme y volver a casa. El desafío sería no llegar hecha un cristo.

Por alguna ranura de las cortinas pude ver que en mi casa las luces

estaban encendidas y el auto de Salo aparcado enfrente.

—Dejo que te acomodes. —Me levanté despacio para evitar el mareo —. Pediré que vengan a limpiar, no he estado muy pendiente.

—Has de tener tus cosas. Pero no te levantes —dijo al darse vuelta y ver mis intenciones—. Después de lo que te bebiste necesitarás una buena sopa y dormir la mona. Además, escuché que huías de tu casa.

—Sí, pero no quiero molestar.

—Bueno, pudiste romperme la cabeza y no lo hiciste. Te debo la vida. —Guiñó un ojo.

—Perdona mi reacción —dije ruborizada.

Tiró la última maleta y se sentó al otro lado del sofá. Luego se percató del tocadiscos y lo apagó.

—Mi madre ha buscado este vinilo por todas partes, no quiso creerme que pudo dejarlo aquí.

—Tiene buen gusto.

—No me digas que te ha gustado Iva Zanicchi. Lo tuyo es de médico.

—Me ha caído como anillo al dedo.

Se quedó mirándome, sé que se moría de ganas de preguntar por el motivo de mi huida. Pero no lo hizo, parecía entenderlo. Esos silencios de complicidad crean lazos, conexiones tan fuertes que ni las palabras podrían. Y en realidad no quería lazos con nadie, nada, él solamente era el hijo de mis vecinos, los amigos de mis padres, amigo de mi hermano...

Mierda, hacíamos parte de una telaraña.

—¿Quieres sopa? —cortó el silencio y luego se levantó.

—Sí por favor.

—A propósito, soy *Marchelo*. —Y que lo dijera con ese acento italiano tan pulido y natural haciendo de la c una «Ch» me sacudió las entrañas.

Lo de no crear lazos se fue por el caño.

4. No había opción



Esa noche y las siguiente tuve sueños calientes con Marc, pero siempre yo acababa cayéndome o golpeándome y él se iba. Al menos no se reía como sí lo hacían los demás. Hasta en mis sueños me perseguía la torpeza.

Y no era que yo no supiera andar en tacones, ya eran como mi segunda piel, las herraduras de un caballo (Yegua en mi caso). Los llevaba de domingo a domingo y en todas sus versiones. Ya no sabía cuántos zapatos tenía, lo que si sabía era cuales usar con qué. Y no era talento, era la costumbre de combinarlos con los mismos colores.

¿Por qué hablaba de zapatos? Ah, sí. Porque en mis sueños solo me faltaba quebrarme una pierna para quedar más maja. Renga y mueca la Paloma.

Me despertaba y me imaginaba a Marc entrando a mi cuarto, en realidad tirando la puerta, vestido como *Espartaco*. Me besaba casi robándome el alma y me tiraba a la cama. Tres huevos me importaba si estaba sudado y cubierto de tierra y sangre, venía de luchar como un gladiador y sobrevivió solo para follarme, pues vénganos en tu reino, Paloma. Y como el asunto en mi cabeza se ponía en llamas, ¿sabes cómo acababa? Pues sí, con mis manos entre mis piernas.

Algo iba a tener que hacer, o acosarlo o ligarme a otro. Y si era su hermano gemelo, mejor que mejor.

El lunes llegué a mi trabajo, como de costumbre, iba mal dormida, mal comida y mal de todo. Tantas fantasías me estaban poniendo de mala hostia. Llevaba una falda de lápiz y estaba por arrancarme un trozo de la mitad de la pierna hacia abajo, no podía caminar tan rápido como necesitaba y por estar soñado con cañones echando chispas (¡vaya eufemismo!), iba media hora tarde.

—Paloma, ¿son horas de llegar? —Jake estaba de pie en la puerta de mi oficina y con Salo a su lado.

—Lo lamento, los lunes me cuestan.

Intenté sonreír y hacerme la inocente. Pasé en medio de ellos y dejé mis

cosas sobre la silla.

—La portada ya está seleccionada. Necesitamos empezar hoy con la campaña de expectativa. En una semana llegarán los ejemplares de prueba.

—Claro, revisaré lo que hablamos en la reunión pasada.

—¿Tienes las preguntas?

—Sí, el vídeo lo grabamos la semana anterior y Salo ya lo tiene listo.

—Basta elegir la fotografía para las solapas —mencionó Salomón.

Un par de golpecitos se oyeron en la puerta y enseguida entró el mensajero.

—Paloma, tienes un... —se veía confundido, junté las cejas y me acerque tres pasos a él.

—¿Carta, paquete, factura...? —El chico no habló y yo me fui acercando a la puerta— ¡Dios bendito, que no sea otra sorpresa de mi hermano porque juro que esta vez sí lo...! ¡Ostras!

Alguien había robado una floristería y escondió un millón de arreglos florales justo en el piso dónde yo trabajaba.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jake muy serio, a ese hombre no se le sacaba una sonrisa ni con ganzúa.

—Son para Paloma, acaban de traerlos. —Miré al mensajero como si fuese algún ser fantástico y loco. ¿Cuánto llevaba yo en la oficina, dos minutos?

—¿Te follaste a un florista? —Salo levantó uno de los arreglos de rosas rojas ¡Todas eran rosas rojas!—. Bueno..., creo que me adelanté un poco —mencionó luego de leer la tarjeta.

Le arranqué la tarjeta de las manos y leí:

«¡Perdón!»

En cinco más decía lo mismo.

¿Quién me estaba pidiendo perdón y por qué...?

¡Jooo...!

—¿No se le paró, verdad? —susurró Salo a mi oído.

—¡Salomón King! —Le arreé el brazo.

(No tengo idea si el rey Salomón fue tan guapo, pero los padres de *mi* Salo la supieron hacer con el nombre)

Levanté la mirada y todo el departamento me miraba.

«¿En serio, Marc?».

Mis mejillas estaban a fuego y en el estómago tenía una compresión

horrible.

—Soluciona esto, Paloma. —Jake se abrió paso y volvió a su oficina.

Me di vuelta, Salomón olía una rosa y sonreía con malicia. Recargado en el marco de la puerta y con las piernas cruzadas se veía como un atlante. Hubiera dado lo que fuera porque me dijera que ya no era más gay y que estaba locamente enamorado de mí.

—¿Quién es el forradito?

Junté las cejas. No estaba para sus acertijos. Tenía que pensar en qué iba a hacer con tantas rosas.

—¿Cuántos son? —pregunté al mensajero.

—Setenta cajas.

¡Setenta!

Salomón silbó.

—Debe tener la chorra bañada en oro y con incrustaciones de diamantes.

Apreté los puños.

—Me quedo con uno, reparte los demás entre las chicas o quien las quiera.

Entré y me dejé caer en la silla. Lo menos que me gusta en la vida es la ostentación. Pudo enviar una sola caja más cien tarjetas y del mismo modo lo habría perdonado. Además que lo había dicho en broma eso de que no había hecho nada para que le perdonara.

Salomón dejó la caja en medio de la mesa y se sentó en su lugar, frente a mí.

—¿Es el del bar?

—Si. —Torcí la boca y recosté la cabeza en la silla.

—¿Es guapo?

—Aberrantemente.

—¿Más que yo? —Le estaba tocando el ego.

—Ojalá y así dejo de estar enamorada de ti.

Sonrió dejando escapar un suspiro también.

—Pues el dinero le adorna lo que le falta.

Lo miré feo.

—No me interesan esas cosas.

—Si una caja de *One million roses* ya es un regalo costoso, setenta cajas es miel sobre hojuelas, *churri*.

—Es abogado, ¿qué quieres que te diga? Trabaja en el bufete que

maneja los asuntos legales de la editorial. No tengo más luces.

Intentaba ponerme a trabajar, zanjar el tema. Solo que don Salomón King no quería colaborar con mi causa y continuó su interrogatorio.

—*Shannon & White* facturan cerca de mil doscientos millones por año, eso debe darte una idea.

—¿Podemos dejar de hablar de dinero, Salo? —bufé irritada.

—Churri, no tiene nada de malo que salgas con un chico con pasta. Es tu recompensa ¿recuerdas? —Junté las cejas. —Ken «pagó la próxima» Mayer.

Me carcajeé, si era obra del destino compensarme, estaba exagerando.

Ken fue uno de esos amoríos de sexo, licor y cigarrillos. El tío era «artista» y en esa aura bohemia me enredó. Salía de su bodega oliendo a vagabundo pero follada satisfecha. Algo enfermizo y dependiente, la verdad sea dicha. Prácticamente lo mantenía y le presté dinero que jamás recuperé. Mis amigos que ven siempre los toros desde la barrera, lo obligaron a irse y dejarme en paz. Bueno, Salomón se le plantó enfrente con sus casi dos metros de piel morena y músculos, esa cara de chico malo que sabe poner y sus puños de acero. Un día recibí una llamada diciendo que se iba a recorrer el mundo y hasta el sol de hoy...

—Ponte a trabajar. —Empecé a mover el ratón para revisar el correo y ponerme al día. Pero mi cabeza giraba y mantenía una lucha entre hacer una llamada o hacerme la difícil.

—Dame el nombre.

—¿De quién?

—Del abogado.

—No vas a *stalkearlo*, Salo.

—Necesito saber contra quién compito.

—Ya te dije que no te supera.

—Me lo dices porque estás enamorada de mí.

Negué con la cabeza y me reí.

A los dos minutos tenía una docena de mensajes de mis amigas.

—¡Correvidile! —Le escupí a la cara, mientras respondía a los mensajes.

—Dame el jodido nombre que ninguna de las brujas se acuerda.

—Claro que no, estaban más ocupadas riéndose de mí como para poner atención a detalles tan mínimos.

—*Churri*...

Jake entró enseguida.

—Paloma, ¿tienes un segundo? Ayúdame con algo en Diseño.

—Claro.

Me levanté y agarré el móvil. Antes de salir, a Salomón que no se le escapa una, se le ocurrió hacer una pregunta a Jake.

—Oye Jake, ¿quién fue el abogado que llevó el divorcio de Sam? Un amigo necesita de uno bueno.

—Marc Shannon, el heredero de Ted. Dicen que no ha perdido caso.

Exhalé bruscamente y salí emanando humo. Salomón se iba a poner insoportable.

Di mi opinión a un texto de promoción y volví a mi taller con toda la intención de empezar con mi día, pero el rey Salomón tenía otros planes.

En un corcho había tres fotografías de Marc, una de traje, otra más informal y una de su rostro en primer plano. En esa trabajaba Salo, trazando líneas.

—¿Quieres que te lo presente?

—Tiene los rasgos griegos, ¿ves el ángulo de su barbilla?

—Salomón... —gruñí.

—No puedo competir con su nariz.

—¡¿Qué hago para que lo dejes ya?! —vociferé al borde de la desesperación.

—Podrías pagarme una rinoplastia.

Me golpeé la cabeza con la mesa.

—Ya *churri*, solo quiero saber con quién te enredas.

—No me enredo con nadie, Salo. Él me confundió con la pérfida exmujer de Sam y se disculpa por eso.

—Seguro que también le gustas.

—Pues empezó mal. Y tiene cara de estreñido en todas las fotos.

—Eso sí.

Lo dejó ahí. ¡Por la madre de Cristo!

Que Marc no sonriera en las fotos era un alivio, yo lo había visto sonreír, que digo sonreír, carcajearse. Un placer reservado por los dioses para Paloma porque el chico era el más requet serio a *full time*. Marc no era estirado, o no del todo, en realidad es que conociendo la cuna de oro en la que había dormido toda su vida, era demasiado normal. Serio, pero a quién se le puede juzgar de serlo, menos a un abogado que maneja las leyes, que busca la justicia... El punto es que era un buen tipo y que su vida, aunque solvente económicamente, no había estado muy alejada de los retos. Muchos dirían que

por ser nieto del fundador de unos de los mejores bufetes de abogados de Nueva York, pues, no sabía lo que era dar un palo al agua. Pero es que no solo el trabajo que requiere sangre, sudor y fuerza es verdadero trabajo. Marc cargaba con el peso de demostrar que merecía su apellido y el prestigio que su padre y abuelo forjaron. Y por eso era que su rictus serio pocas veces lo abandonaba.

Pero luego te cuento más de ese hombre de piedra.

No le llamé para agradecer o decir que le había perdonado. Y a pesar de que no manejaba su número personal pude haberlo conseguido con Jake o Sam, o dejar un mensaje con su secretaria. Sinceramente, estaba muy alucinada con lo de las flores y como tengo la imaginación ligera, pues me estaba armado el cuento de hadas. ¿Por qué poner tanto empeño en que yo le perdonara? ¿Realmente le gustaba tanto? Es decir, ¿yo era su *es para tanto*?

Que no era falta de autoestima, era la antesala a reconocer que yo no podría ser lo que él quería que fuera o, pensaba que era.

En nuestro clan, acostumbramos a cenar una vez al mes en casa. Cocinamos, tomamos vino, hablamos y nos sentimos en familia. Porque es cierto que todos somos nacidos en Norteamérica, pero somos hijos de inmigrantes. Yo soy hija de italianos, Salo, por ejemplo, es una de esas mezclas que sale perfecta entre una cubana y un gringo. Grace es de ascendencia francesa, Sarah y Mariah con raíces latinas, Rachel la canadiense y Greg, el pedazo de escocés por el que Salomón bebe los vientos.

Ninguno con familia en la ciudad y otros, como yo, tampoco en el país. Por eso intentamos ser una, disfuncional y rara, pero muy unida familia.

El último día del marzo, que para esa fecha fue domingo, nos reunimos en la terraza del lujoso apartamento que comparten Greg y Salo, porque era su turno y las costillitas en salsa barbacoa son la especialidad de ese par. El tema de mis flores fue el predilecto, cada uno expuso su idea de la intención que escondían. Ahí terminaron hablando de Marc, de su profesión y Grace me dijo eso de que los abogados no saben de amor, menos uno de divorcios. Y que había hecho bien en no llamarle ni mostrarme muy halagada con sus flores. No sé si es porque es periodista pero es la reina de la desconfianza. Para ella siempre hay algo más y le encanta tirar de la manta.

Me ofrecí a ir a por cervezas y Salo me acompañó, hablábamos de que no sabía qué darle a Greg por haber ganado el concurso anual de la casa de arquitectos para la que trabajaba. Y que no le gustaba lo que implicaba ya que

su diseño para la remodelación de un viejo edificio en Chicago, lo enviaba casi de tiempo completo a esa ciudad.

Yo guiaba el carrito mientras Salo lo cargaba de cervezas y chucherías. Me adelanté porque se me antojaba una tarrina de helado y me puse a buscar en la nevera. Casi enseguida un olor embaucador me colmó el olfato. ¡No podía ser cierto!

—¿Paloma?

Apreté los ojos antes de darme vuelta y fingir sorpresa.

—¿Marc? ¡Qué casualidad! —No logré evitar hacerle un escrutinio, iba vestido con una camisa de algodón blanca y vaqueros. Era cierto que empezaba a hacer calor, pero su aspecto no era en absoluto el del abogado amenaza. Era el jodido infierno que amenazaba con arrastrarme hasta sus profundidades.

—¿Vives por aquí?

—No, estoy con unos amigos y...

—¿Tienes el helado, cariño? —Salomón me tomó por la cintura mientras fijaba su mirada en Marc.

—Sí. —Miré a Marc, su boca era una línea recta, sus ojos estaban clavados en los de Salo.

—Este es Marc. Marc, este es Salomón.

—Como su hermano mayor. —Le ofreció la mano, implícita iba la amenaza.

Algo en el rostro de Marc se relajó, a pesar de que no fue demasiado notorio.

—¿Tú si vives por aquí? —Salomón el cotilla.

—A un par de calles, por la quinta Avenida.

Nos quedamos en silencio, ¿la zona más burgués de Manhattan, quizá?

—Nosotros por la segunda. —Salo se fingió cortés, solo que yo sabía que no era cierto. Algo vio en Marc que no le gustó—. Tenemos que irnos o no van a dejarnos costillitas.

Elevé las comisuras de los labios y me di vuelta para seguir a Salomón.

—¿Recibiste las flores?

Exhalé pesadamente.

—Sí, gracias. —Apenas si le vi la cara. Debía seguir a Salo hasta la caja.

—Pero no me has perdonado.

«¿Jesús! ¿Qué quiere este hombre de mí?»

Me di vuelta para mirarle, aunque eso me desatara la humedad en las braguitas.

—No era para tanto, te lo repito. En el bar ya quedó todo a mano.

—Entonces, ¿cenamos uno de estos días?

—No lo sé, sabes. Esta semana es complicada, puedo salir un poco tarde del trabajo, Salomón cumple años (mentira) los viernes siempre salgo con mis amigas...

«Serás imbécil Paloma ¿Qué te está pasando?».

—¿Y las tres semanas restantes del mes, también estarás tan liada?

Me había pillado en la mentira.

—Yo... —me puse colorada y tuve que mirar a otro lado.

—No pasa nada si no quieres salir conmigo, me voy a sentir un imbécil por no conseguirlo, pero es tu derecho negarte.

Diplomático y justo como deseó sonar, pero yo leí la frustración en sus palabras. Me sentí culpable, no lo he dicho pero soy de esas personas que no saben cómo negarse a nadie. Y esa, creo, es la raíz de mis problemas.

—Llámame el martes, así me da tiempo a cambiarme.

Sonrió.

«La mitad de mi alma por esa sonrisa».

—Será hasta el martes.

Algo en mí lo interpretó como la fecha de mi ejecución. La otra parte estaba demasiado perdida en su cercanía y el beso que dejó en mi mejilla.

No supe cómo llegué hasta la caja, Salomón me miraba inquisidor.

—¿Terminaste de babear, *churri*?

Me concentré en sacar las cervezas del carrito.

—El helado lo pago yo.

—Reconozco que es muy atractivo, que me compite de igual a igual. Pero...

—Cenaremos el martes —me adelanté a sus aprehensiones. No fui capaz de mirarle a la cara. Salomón era hombre, era un pedazo de deidad que dejaba obnubilando a cualquiera. Sabía leer a los de su género y tampoco era una perita en dulce, así que si me iba a advertir que Marc era un forradito pagado de sí mismo, ególatra, manipulador y que no sería la única pero si haría parte de una gran lista, que podría follar como bestia pero que al final me iba a dejar el corazón y la vida hecha añicos; debía creerle, huir, buscar un botiquín de primeros auxilios y prepararme para unirme a los sobrevivientes de *The Walking Dead*.

No lo escuché, él se guardó lo que la experiencia le susurró al oído al ver a Marc y volvimos a comer costillitas.

Creo que le dio el beneficio de la duda.

Pues eso es querer a alguien, no podemos evitar sufrimientos, solo esperar, desear lo mejor a futuro, pero si no resulta; estar ahí, callar y brindar un abrazo.

Y yo soy de las que cree en que el destino está escrito y que por más que se intente huir de él, finalmente te encuentra.

Pues ese era el mío: Marc Shannon.

5. Torbellino Emocional



Después de la sopa, las fuerzas me abandonaron y terminé siendo guiada por Marcelo a una de las habitaciones. No recuerdo más que a mi cabeza tocando la almohada. Así que si esa noche dije o hice algo más..., pues no pasó.

El olor a gofres me caló el olfato y desperté muy desubicada. El techo no era el de mi cuarto, no estaba en mi cuarto ¡¿Dónde estaba?!

Me di vuelta, miré a todas partes sin reconocer la estancia y un miedo terrorífico me recorrió la médula espinal, intenté zafarme de las mantas y a la vez quise levantarme, mala idea de Paloma la descoordinada, fui a dar al suelo hecha un zurullo y a juro que me rompí la crisma.

—¡Joooo...!

La puerta se abrió.

—¿Estás bien?

Emití una palabrota que haría levantar a mis muertos de sus tumbas. Me di vuelta y allí estaba, no me lo soñé, no era producto del escocés. Marcelo si existía y era consiente que no soñaba porque me dolía mogollón la cabeza. No daba pie con bola últimamente.

—Una pesadilla. —Me excusé, roja de vergüenza.

«¡¿Por qué me pasan estas cosa a mí, Dios?!».

Se movió, escuché los platos ponerse sobre la madera y un minuto después me agarraba de los brazos.

—Te ayudo.

Asentí, me quite las mantas y tomé sus manos para levantarme y sentarme en la cama. El mundo daba vueltas, o yo giraba alrededor de Marcelo. Me pasé las manos por el pelo para ponérmelo mejor y mientras él se dio vuelta, yo aproveché para limpiarme las lagañas de los ojos. Que en realidad ya parecían costras.

«Por Dios, Paloma. Hazte un baño de sal marina».

—Come que debes estar famélica. Apenas si probaste la sopa. —Me acercó una bandeja con gofres bañados en sirope y un plato con melón, fresas

y sandía cortados en cuadros.

—No tenías que molestarte. —Era imposible que le sostuviera la mirada.

—Habrías hecho lo mismo por mí, así somos los italianos.

Probé los gofres y sentí que probaba el manjar máspreciado de la tierra, el sirope y la textura suave se deslizaron por mi boca llenándome de éxtasis. Que ñoña, lo sé. Pero nunca había comido unos gofres tan buenos. Que me perdone mi madre.

—Ayer estuvo una chica aquí, preguntaba por ti.

—¡¿Qué cosa?!

—Bueno, no es que supiera que estabas aquí. Parece que eran varios preguntando a los vecinos por ti, foto en mano.

—¡Qué vergüenza! Alguno ya debió llamar a mis padres.

—Sí, lo hice yo.

—¿Disculpa?

—Mi madre llamó pidiéndome que me uniera a la búsqueda, que tus padres viajaban en unas horas. Cómo sabía que no era para llamar a las fuerzas especiales y que si la policía resultaba inmiscuida, pues no iba a quedar muy bien parado. Les llamé, les dije que te había encontrado aquí, que dormías porque abusaste de una botella de escocés por algún problema personal del que no hablaste y que no querías hablar ni ver a nadie. Que cuando volvieras de tu coma etílico, te diría que les llamas.

—¡Madre mía! Pero si no han pasado ni doce horas desde que me desconecté del mundo.

Sentí una angustia profunda por lo que mis padres pensaron y sintieron. Pudieron imaginar lo peor y todo era culpa de los amigos exagerados que me gasto. O por mi culpa, no estaba en años de darles problemas.

Marcelo se encogió de hombros y se levantó de la silla luego de beber su café.

—Tengo que salir, si quieres quedarte no pasa nada. No revelaré tu ubicación. —Me guiñó un ojo.

—¿Qué hora es?

—¿Necesitas una en especial o te conformas con la de mi reloj?

Sonreí un poco. Marcelo era muy agradable, como Luciano cuando estaba en sus días buenos.

—Con la de tu reloj me conformo.

—Nueve y cuarto.

Asentí despacio, él bajó y yo me terminé el desayuno. Pasé al baño para liberar a mi pobre vejiga que por misericordia divina no había explotado y me pasé las manos húmedas por el pelo para verme reseñable. Aunque a la legua se me notaba que me había pasado un tren por encima. Y en la frente se me había formado un bulto.

Hice la cama, intenté que no se notara que estuve allí y bajé con los platos en busca de mis botas y el bolso. Era hora de volver a casa y dejar de hacer el ridículo.

Llegué hasta la cocina, Marcelo no estaba por allí. Lavé, sequé y guardé lo que estaba sucio y volví al salón. Un rato después estaba lista para irme y él bajó las escaleras mientras se abrochaba una camisa. El pelo lo llevaba mojado y revuelto y a mí se me secó la garganta.

—¿Te vas?

—Sí, no puedo quedarme aquí para toda la vida.

—Puedes —sonrió ladeado, el sur me ardió, junté mis manos y apreté los dedos—. Espérame un minuto.

—Claro.

Marcelo fue a la cocina, yo miré por la ventana. En mi casa todo parecía estar en orden y el auto de Salo ya no estaba.

—Toma —me di vuelta, Marcelo me acercó un paño que envolvía un bloque de hielo—. Va a ponerse peor si no lo atiendes.

—Y tú sabes bien de eso, ¿no?

—Tuvimos que aprender a curarnos porque si nos veían así en casa, nos esperaba una peor. (El plural incluía a mi hermano)

—Gracias por todo, perdona tantas molestias.

—No pasa nada, fue una bienvenida bastante particular para mi regreso a Nueva York. Vuelve cuando necesites esconderte..., o no.

Asentí, le di una sonrisa y caminé hacia la puerta. Marcelo me siguió y se adelantó para abrir, esperó hasta que bajé los escalones para cerrar.

Con el hielo en la frente y la cabeza gacha, crucé la calle y me rebusqué en los bolsillos del abrigo. Hallé las llaves, suspiré antes de ingresar la llave y entré a casa. Para ser sincera, esperaba ver a mis amigos sentados en la sala con cara de angustia y haciendo llamadas. Quizá hasta un policía mirando mis fotos de la infancia y a Grace hablando de lo que llevaba puesto. En contraste, Silvestre y Greta levantaron la cabeza, me miraron y volvieron a dormir.

Caminé intentando no hacer ruido, pero la madera del primer escalón chilló al pisarla y así fue como Grace apareció en el salón. Estaba en la

cocina.

—¡Paloma! ¿Dónde narices te metiste? —Se acercó para abrazarme, lo que significaba que en verdad estaba preocupada y se sentía culpable. No la estreché, estaba demasiado sentida con ella como para perdonarla de inmediato.

—No necesitaba a nadie que me recordara mi desgracia, estuve... por ahí.

Me soltó, intentó que la mirara pero algo en mi frente le llamó la atención.

¿A quién no?

—¡Paloma ¿qué te ocurrió?! —Se acercó para tocarlo pero le rehuí y puse el hielo en mi nuevo amigo el hematoma. Algo en su mirada cambió al ver mi mano. Juntó las cejas. Yo me di vuelta, solo quería estar en mi cama, el resto de la vida si era posible.

Alcancé a subir tres escalones cuando me soltó un misil.

—Marc estuvo aquí.

¿Qué me caló? Ni idea. Tal vez el lugar dónde alguna vez tuve el corazón. Mi garganta se contrajo y ya saboreaba la sal de mis lágrimas. Pero no le iba a demostrar a nadie que llegaba a afectarme. Podrían deducirlo, armar las conjeturas que quisieran pero de mi boca no saldría una declaración de daños.

—¿Qué quería? —dije tan fresca como pude. Pero sin mirarla, sin girarme.

—Supongo que hablar contigo, justificarse el muy gilipollas. —Grace lo odiaba y de su odio hay que cuidarse. Si quería vengarme de Marc solo debía asentir y ella lo entendería. En dos días los medios hablarían de cualquier cosa que lo desprestigiara y estaría acabado. No era la periodista de más peso, pero el periódico del que era editora era muy respetable. Tampoco ella iba a exponerse, la chica tiene enchufe. Que lo diga yo que gracias a sus contactos trabajaba donde trabajaba.

—Ya. ¿Qué le dijiste?

—Que se largara si no quería que clavara el tacón de mis zapatos en sus elitistas y traicioneros huevos.

Tragué saliva, casi me reí.

Era capaz, de Grace me esperaba todo.

—¿Qué zapatos tenías?

—Unos *Louboutin* muy puntiagudos.

Imaginar la escena me hizo gracia. Seguro que Marc le miró los zapatos primero.

—Los únicos que tienes e ibas a perderlos así...

—Nunca podrían haber sido mejor usados, te lo aseguro.

—Imagino que tu amenaza lo mantendrá a raya. —Soné muy borde, no era mi intención. Tampoco la de retractarme.

—No lo sé, pero Salomón se encargó de darle un par de dolorosas razones para no volver. Aunque ya sabemos que el cabrón tiene más cara que espalda.

—¿Salomón no estaba en Chicago? —Sarcasmo incrustado.

El silencio la delató.

Negué con la cabeza y subí las escaleras hasta llegar a mi cuarto. Por supuesto que la intención no fue mala, que me estaban abriendo los ojos. Pero dejarme sola como un champiñón enfrentando la verdad no fue lo más brillante de su plan. Con uno solo de ellos a mi lado, uno solo, habría sacado agallas para enterrarle la cabeza en el plato y salir de allí con la dignidad intacta.

Me picaron los ojos, el estómago me ardió. Era una jodida enfermedad escuchar su nombre, saber que estuvo en casa y querer tenerlo ahí para que me abrazara y yo no me sintiera tan desprotegida del mundo.

Maldito amor traicionero.

Me desnudé dejando todo en cualquier parte, no iba a convertirme al orden por una pena de amor. Eso era el límite.

Me metí bajo la ducha, sin un objetivo. Solo quedarme allí hasta que aguantara. Hasta que borrara de mi piel la marca de sus besos, de sus manos. Hasta que ya no oliera a él ni a mi cuando estaba con él. Solamente esperaba a que mi piel fuera otra, una nueva. Otra para volver escribir sin ecos del pasado.

Pobre de mi madre, ella me trajo impecable a este mundo y cuidó de que no me diera pañalitis, que la varicela no dejara recuerdos, que en las piernas no me quedaran las marcas de las caídas o que el acné no dejara cicatrices. Así me entregó al mundo cuando pensó que era un adulto, que siguiendo su ejemplo me mantendría lejos de los peligros y que no sería igual de niñata de correr como cabra al precipicio. Pero nunca me advirtió de enamorarme, nunca mencionó que existía una herida que ni ella podría curar, solo el tiempo.

Bien dicho está que quien no enciende un cerillo no se quema.

Lloré, tenía que sacarlo de mí y si el amor, el sentimiento, está compuesto de agua o es la forma en la que se condensa el maldito virus, pues

que saliera de una buena vez porque me estaba matando.

Fueron tres años. Tres años que el Señor tuvo a bien darme (diría mi abuela). Compartiendo cama, vida, viajes, risas, mis dramas. Sus logros y fracasos. ¿Y a qué se había reducido?

A un extraño.

Mientras él me leía como a una cartilla de escuela, me conocía todos los recovecos. Me bebía como al agua..., yo no tenía una definición clara de Marc. De quién era exactamente. Y creo que tampoco llegaré a saberlo. Sé que no era un mal tipo, que vivía bajo presión, que tenía mil cosas por las que responder, que era celoso de su vida social y que solo en la hora de la soledad se relajaba y se permitía ser él. Pero yo no podía llegar a entenderlo ni a descifrarlo si no se abría a mí. No tenía una bola de cristal que me mostrara lo que me escondía.

Y eso era lo más frustrante, tres años construyendo en el aire, soñando con la estúpida idea de que Marc era mi príncipe azul. Y nada tenía que ver con su dinero o con su aspecto. A Marc le quería por... esto es una excusa bastante reforzada pero era mitad admiración, mitad el hombre de mi vida. Lo tenía en un pedestal, él más alto. Era mi mentor, yo quería ser como él cuando fuera mayor. No sé si lo entiendes, pero con el paso del tiempo esa persona con la que compartes la vida te enseña cosas y de él aprendí lo que es realmente ser adulto y era muy perseverante. No se daba por vencido al costo que fuera. Lo noté cuando empezábamos a salir y lo confirmé luego.

Así que no solo me dolía el corazón roto, me dolía perder un soporte, un amigo. Marc y yo éramos amigos. No de esos que enloquecen, nunca hicimos algo demasiado arriesgado... o sí. Pero si necesitaba un consejo, ahí estaba él; si requería sensatez o madurez solo debía llamarle. Que mis amigos también estaban allí, que podían decir lo mismo y hasta mejor. Que Salomón para gurú de autoayuda tenía ganado el puesto, todo es verdad. No sé qué decir ni cómo explicarlo, desde que apareció siempre me dirigía a él. Había algo que me hacía sentir demasiado segura y a gusto, le restaba la mitad del drama a mis berrinches y me hacía ver la vida con otro ángulo, creo. Y también estaba el sexo qué... (Luego te cuento)

Esto suena a discurso de funeral. No hay muerto malo.

Aunque, sí era un funeral. Tenía que enterrar todo lo que sentía por Marc ya que él había demostrado que había hecho el suyo, guardado el luto y vuelto a empezar sin que me enterara.

El agua empezaba a empozarse, yo tenía la espalda recargada en la

pared y simplemente me deslicé hasta poner las nalgas en el suelo y abrazar mis rodillas. Intentaba pensar en algo muy triste, como la muerte del abuelo. Pero a pesar de que adoré al abuelo, no me dolió tanto cuando me enteré que murió luego de un ataque de risa. Murió haciendo lo que más le gustaba por irónico que sea. Así que no sirvió para inclinar la balanza.

Mi vida estaba limpia de tragedias. Lloré cuando mis padres se fueron, sentí que me arrancaban el corazón, pero esa misma noche nos fuimos de tapas y chupitos, Grace se mudó y me di cuenta de que era libre con L de libertinaje y ya nunca más espero tener que vivir con mis padres.

No me funcionaba la estrategia que podría resultar contraproducente. Algo así como romperme una pierna para dejar de pensar en cuanto me dolía la cabeza.

Y hablando de las debilidades del cuerpo, empecé a enfriarme y a temblar. Era suficiente de estar bajo el agua. Me puse algo de jabón y lavé mi melena. Salí para vestirme un pijama de algodón de hace siglos que era lo primero doblado que encontré en el armario y me senté frente a la ventana mirando a la nada. Qué sensación tan horrible es sentir tu vida detenida. Esperando a que él entre por la puerta, traiga rosas o un anillo y diga que le perdones, que se arrodille, lllore y te jure que si no es contigo no podrá ser con nadie más...

Qué tortuoso es desear algo que no sucederá.

Me metí en la cama y abracé la almohada. La jodida sonrisa de Marc parecía retumbar en mi cabeza. ¿Por qué su sonrisa? Porque no sonreía siempre, porque tenía una sonrisa fingida que yo odiaba a muerte, pero la suya de verdad era preciosa y adoraba su sonido. Las arruguitas que se formaban en los pliegues de sus ojos, los huequitos de sus mejillas, la forma en que se elevaban sus labios mostrando sus dientes.

Antes de dormirme solo pensaba en una cosa: que ella también pudiera hacerle reír.

Desperté con el ruido de la puerta, gruñí y me di vuelta poniéndome la almohada en la cabeza.

—¡Paloma tienes que comer algo, pasa de las tres de la tarde! —Era Salomón.

Volví a gruñir.

—¡Déjame dormir, cabrón!

Lo oí bufar y funcionó porque se fue.

Volví a dormirme, soñé con Marcelo y con mi hermano, era un día muy

soleado, estábamos en la playa. Ellos eran muy jóvenes, yo una niña. Corrían con baldes y mojaban a todo el mundo. Yo los veía desde una tumbona y me reía demasiado. Pero la dicha me duró hasta que me mojaron y pasé de la risa al llanto. Lloraba desconsolada y salí corriendo a quejarme con mis padres. Mamá se levantó muy enojada y fue a reprenderlo, papá me sentó en sus piernas y me dio un helado delicioso y cremoso. Me sonrío y me dijo que no había nada que un buen helado no pudiera mejorar. Que el helado hace sonreír a todos. Y me comí el helado y sonreí de nuevo. Me veía en brazos de mi padre, con mi pelo rubio rizado al viento, el rostro untado de crema y riendo sin pena, a pesar de que me faltaban los cuatro dientes delanteros superiores.

Era una cría.

Luego de eso saltaba a una noche, la noche que mi hermano le rompió la cara a Josh Brown. Era la noche de mi baile de graduación. Estaba tan feliz de que el chico más guapo de mi preparatoria me pidiera ser su acompañante. Era un sueño, el típico cliché americano del capitán del equipo de fútbol que se enamora de la chica nerd de su clase. Aunque yo no era esa chica. Estaba en medio, ni popular ni marginada. Sobresalía por otros talentos como la pintura. Y era la hermana del mejor mariscal que tuvo el equipo de la escuela. Gracias a Luciano rompieron la racha de quince años fuera de las ligas nacionales y de paso, logró que una docena de las más prestigiosas universidades del país le invitaran a formar parte de su selecto grupo de estudiantes.

Pero ya me desvié, la vida de Luciano pudo ser un sueño hecho realidad, si no hubiera sido tan imbécil.

Volviendo al sueño, esa noche esperaba por Josh y era muy tarde, mi hermano ya estaba en la universidad. Daba por sentado que me lo perdería. A punto de quitarme el vestido, llegó Josh, parecía distinto. Algo tosco y tenía un tufo fuerte. Llegamos, entramos al salón, hizo lo normal de un baile, hasta que decidió que no bailarían conmigo sino con Linda Parker. La capitana de las animadoras.

No me quedé a ser humillada, salí de allí con las lágrimas acumuladas y a punto de derramarse. Di algunos pasos y vi a tres chicos fumando, sentados en los columpios. Alguien me señaló, el más alto de ellos se dio vuelta, era Luciano. En ese momento me olvidé de cuán fuerte estaba siendo y corrí a sus brazos, algo musité y me aferré a su pecho para llorar. Al rato volvieron sus amigos trayendo a Josh a empellones, mi hermano me soltó y aunque se lo supliqué, nada lo hizo detenerse. Le rompió la nariz, el labio y le puso un ojo morado.

Alguien avisó a la policía, Luciano me tiró de la mano y corrimos buscando la salida, por el camino quedaron mis zapatos. Cuando llegamos al auto, sus amigos ya lo habían encendido y en silencio huimos de la preparatoria. Luciano pidió que nos dejaran en su piso de Dumbo. Sentada en un sillón que apestaba a podredumbre, sin zapatos, el cabello revuelto y el maquillaje corrido; mi hermano limpió mis lágrimas me besó la frente y me dijo algo que nunca podré olvidar:

—El único que puede hacerte llorar soy yo, porque somos hermanos, ya estás acostumbrada y sabes que así será siempre. Pero, hay del que se atreva a hacerte llorar, no le quedará hueso sano.

Lo apreté con tanta fuerza que casi creí que le hacía daño. Pero él era fortachón, un muro de concreto tenía por abdomen (tiene, en realidad). Nunca nos dijimos te quiero ni nos abrazamos como esa noche. Se le notaba que ya era un hombre hecho y derecho. Y en ese momento supe cuánto le quería y cuanto me quería.

—No llores por tipos como yo, pelusa no valemos la pena.

Y luego de ese recuerdo hecho sueño, desperté. Ya estaba oscuro y tenía hambre.

Era una sensación agridulce. Melancolía por los recuerdos, los dos hombres de mi vida estaban demasiado lejos. Papá estaba a una llamada de distancia. De Luciano solo sabía mi madre y si hubiera podido llamarle, no se lo habría dicho. A Marc no se lo pasaba ni con pan y sería darle la excusa perfecta para que volviera a Nueva York solo para dejarle de recuerdo a mi ex, la paliza de su vida.

No. No quería eso. Solo quería quitarme esa desolación del pecho, esa ausencia de Marc que era insoportable.

Salí de la cama, hice pis y me lavé la cara. Abrí la puerta con suavidad y bajé las escaleras lentamente. Todo estaba en relativo silencio. Oí la televisión a lo lejos, seguramente Grace estaba viendo *The Ellen's Show*. Me escabullí a la cocina como un ladrón y abrí la nevera. Había mucha comida, era obvio que mis amigos estuvieron en casa, que Grace cocinó y que de hambre nadie iba a morir. Ni de amor, pero en ese momento me permitía pensar en que así sería. Abrí el refrigerador cruzando los dedos. Necesitaba helado, un bote gigante de chips de chocolate o de oreo. Y allí estaba, uno de litro. Cogí mi botín, una cuchara y volví a mi habitación. Al quitar la tapa, me encontré una nota de Salomón.

“Sé que necesitarás mucho suero cremoso para curar tu corazón. Llama si necesitas más. No importa la hora.

Lo siento.

S.”

Sonreí, en realidad solo elevé las comisuras. Estaba demasiado desolada para reír, estaba vacía por dentro, sin alma no hay sonrisa y mi alma estaba vagando lejos de mí porque yo no le gustaba tanto como para quedarse a intentarlo. También se había cansado de mí, de que la petara tanto. Volvería, algún día, cuando yo aprendiera a elegir mejor los amores de mi vida..., bueno, quizá no regresaría. Yo no iba a aprender, esas cosas no se aprenden. El amor es un camino que se recorre a ciegas, ese es el truco. Cuando abres los ojos, cae el velo y desaparece la magia.

Odiaba en ese momento a ese pedazo de atlante delirante, por dejarme sola. Pero era de abonarle que nadie entendía mejor lo que necesitaba. Él, mi rey Salomón es el tercer hombre de mi vida. Mi supremo equilibrio.

6. Caída Libre



Era martes.

¡Martes!

Me estaba comiendo las uñas. Adiós a la hermosa gama de barnices que me había puesto la semana anterior. Solo me quedaba la del meñique, intacto y pintada de *Diabolo* de *Christian Dior*. Eran las once de la mañana, Marc no me había confirmado nada y si no lo hacía pronto, no me daría tiempo a cambiarme de ropa.

No hace falta decir que el trabajo no me rendía y Salomón me hablaba en monosílabos.

Pero eso eran pequeñeces, ya me hablaría de nuevo. El silencio nunca ha sido su virtud más destacable. Me quedé mirándole, embobada como siempre. Ceño fruncido, vista fija en la pantalla. Los cristales de sus gafas graduadas me contaron que leía, se veía texto. Sus labios eran una línea recta. Estaba concentrado y enojado, extraña y peligrosa combinación. Le observé el cuello, atlético, un cuello que merecía ser adorado, no llegué más lejos, la pantalla del ordenador le cubría desde el inicio de la camisa en adelante.

¿Cómo podía ser tan guapo?

Salomón es la personificación del hombre de mis fantasías. Ese color tostado de su piel me causa una envidia de la más negra y me despierta fantasías de un calibre escandaloso. Sabe muy bien que siempre babearé por él, que a pesar de que seamos uña y carne, yo soy mujer y él se ve como un hombre, como los que me gustan.

—¿Terminaste de violarme? —Elevó la ceja, solo eso y yo escondí la mirada en mi pantalla.

—No te violaba, pensaba en que estás muy callado hoy.

Terreno espinoso, mi comentario no haría más que rizar el rizo. Que era precisamente mi talento.

—No me apetece hablarte hoy, deberías estar muy agradecida por ello.

Más brusquedad en su tono, me recordaba a Luciano cuando intentaba volverme al camino del bien luego de las fiestas de hermandad que nos

montábamos durante la época de universidad con las chicas. Él iba a darme ejemplo a mí. *Ja-ja*.

—No recuerdo haber hecho nada que invocara a tu humor de orco.

—No cruces esa línea Paloma, porque sabrás de qué inframundo provengo.

—¿Me amenazas, rey Salomón?

—Paloma...

—Paloma nada, si te pasa algo conmigo pues dímelo, coño.

Alzó la vista de la pantalla, se retiró las gafas y me miró. Había dulzura en esos ojos marrones a pesar de que estaba molesto. No me retracté de buscarle las pulgas, que me dijera de una vez lo que tenía atravesado en la garganta.

—No me gusta ese abogado y no me refiero a su aspecto.

—Salo...

—Ahora me escuchas, Paloma. Acabas de pedirlo.

Asentí colorada, no me gustaba que usara ese tono conmigo.

—Hay algo en su mirada, en sus movimientos rígidos y tan practicados. No es sincero, no es auténtico y no quiero que te arriesgues a averiguarlo.

—¿Y ya está, es todo lo que tienes para decir? —asintió—. No he salido la primera vez con él.

—Estás a tiempo.

Se levantó y salió dando zancadas. Si no lo conociera tan bien, diría que estaba celoso.

No apareció a la hora de la comida, estaba ejerciendo chantaje.

Las chicas no paraban de escribir y yo de decir que no, que no había llamado y que estábamos haciendo mucho ruido por tan pocas nueces.

Me obligué a comerme un emparedado de atún, sentada en Central Park. Allí recibí una llamada. Esperaba que fuera Salo diciéndome a dónde ir para comer delicioso.

—¿Sí?

—Paloma, soy yo, Marc.

Me quedé con la boca abierta luego de quitar un mordisco al emparedado. El corazón me dio un vuelco. No podía oírse tan sexy por teléfono. Tragué entero y me dolió la garganta.

—¿Hola?

Apreté los ojos mientras me obligaba a buscar la voz para responderle.

—Me pillas con el bocado en la boca. Perdón.

—Oh, lo siento. ¿A qué hora puedo llamarte?

Sonaba apenado, qué hombre más rígido.

—No pasa nada, es justo la hora. Tuve una mañana muy ocupada no habría podido tomar el teléfono. A propósito, ¿cómo conseguiste mi número?

—Con Jake. Espero que no te moleste.

¿Molestarme? Estaba por levantarme y bailar una polka.

Hice un ruido con la boca indicando que estaba bien.

—¿Y bien?

—Llamo porque es martes, tuve una mañana pesada y me espera una tarde en el juzgado que no puedes imaginar, ni yo. Pero la cena sigue en pie.

—Oye, podemos dejarlo para otro día si estás muy liado.

—No, no podemos. Ya tengo reservación. Puede que tarde un poco pero llego.

Tragué con fuerza otra vez. Se escuchaba demandante. Como cuando papá me imponía un castigo o le recriminaba a mi hermano por no ser un hombre de palabra. ¿Era Marc un hombre como papá?

—Estupendo.

—Te envío un mensaje con la dirección. Prometo pasar por ti a la próxima.

¿Próxima?

—Está bien, tampoco tengo quince años ni estamos en el siglo pasado.

Escuché una pequeña risa que le restó rigor a esa llamada tan rara de ánimo. Es que sentía que hablaba con el abogado del banco cuando llamó a decirme que si estaba de acuerdo en ser el respaldo de una deuda de mi hermano.

—Te veo en la noche.

—Hasta la noche.

Marc colgó, nada de *cuelga tú, no, cuelga tú*. Qué triste ¿no?

Volví a la oficina caminando, con el móvil en la mano esperando el dichoso mensaje. Me tropecé varias veces, choqué con personas y un taxi frenó en seco para evitar llevarme por delante cuando no respeté la luz del semáforo. Yo, por supuesto, no me detuve a disculparme y seguí caminando hasta llegar al edificio.

Adentro, ni rastro de Salomón, solo un sobre con más trabajo. Uno que no podía esperar y que haría imposible que pudiera escabullirme antes de la hora de la salida. Me puse manos a la obra. Eran casi las cuatro cuando dos mensajes entraron a mi teléfono. Uno de Grace, el otro de Marc.

Grace: Si no te llama, prométeme que cuando lo haga te negarás rotundamente.

Ahí estaba ella de hermana sobreprotectora.

No iba a decirles nada hasta que estuviera muy encima la hora. Las conozco bien. Nada de raro tendría que consiguieran mesa en el mismo restaurante. ¡Qué pesadilla!

Aunque tampoco las culpo, soy la menor de las cinco y eso ha hecho que sientan que es su deber protegerme.

Abrí el otro mensaje:

Marc: 17 Barrow Street

¿Qué siempre iba al grano?

Pudo ser algo más dulce, parecía una cena de negocios. Ni eso, las cenas con mis jefes incluyen una bonita invitación, dónde dice: *Querida Paloma, quisiéramos compartir contigo...*

Salo empezaba a tener razón. Estaba a tiempo de retractarme. Tomé el móvil para escribirle que había surgido algo y que me quedaría más rato en el trabajo... eso iba a hacer si Salomón no hubiera entrado trayendo vestidos en una mano y cajas de zapatos en la otra.

Conocía esos vestidos. Eran mis vestidos.

La noche anterior se obró el milagro más grande que mi madre hubiera querido presenciar: organicé el armario. Toda mi ropa en perchas, o doblada.

¿Por qué?

Es una pregunta que también se hizo Grace y ella misma se respondió:

«¡Tienes una cita!».

Estaba pletórica de excitación, no había salido con alguien siquiera parecido a Marc. Chicos buenos, otros no tanto. Guapos y otros poco reseñables. Tampoco una larga lista. Pero ninguno con ese cabello tan bien peinado, o esos ojos de un verde tan limpio y penetrante, o el ángulo de su barbilla tan bien definido, su forma de caminar o el sonido de su voz... no. Ninguno, a Marc lo hicieron y quemaron el molde.

Esperé a que él fuera quien respondiera a esa pregunta que estaba en el aire.

—¿Ya tienes la dirección? —Tono firme, estoy enojado y no lo estoy.

—No pienso ir —Fui tajante. Paloma la digna.

En dos pasos lo tuve tras de mi agarrando mis hombros.

—Perdón. No tengo que interferir en tu vida.

Salomón nunca será consiente de que me trastorna las hormonas tenerlo tan cerca.

—Intentas protegerme, supongo. —La voz apenas me salió.

—No lo justifica. Puedes salir con quien quieras, solo avísame si resulta ser un capullo que con gusto le rompo esa maldita nariz tan perfecta y le doy la zurra que no le han dado en su vida.

Me giré y lo abracé, pegada a su pecho, aspirando su aroma a bosque y madera y aprovechando para manosearle un poco. Qué jodido para estar bueno.

—Traje lo mejor de tu armario. Anda, levántate y empieza a arreglarte.

Asentí.

—¿Tienes la dirección?

—West Village. 17 Barrow Street.

Salomón juntó las cejas. Se dio vuelta y tomó su agenda, pasó las hojas señalando con el dedo hasta que la cerró de golpe y volvió a mirarme.

—El negro.

—¿Qué cosa?

—El vestido negro es el indicado, es elegante pero el escote lo libera un poco del protocolo. La manga con hombrera te hará ver estilizada y el corte en la cintura...

—Salomón, yo compro mi ropa y conozco a la perfección mis vestidos. ¿Qué pasa con el vestido y la dirección del restaurante?

—Es un lugar... especial.

—¿Cómo que especial?

—No debería reconocer esto, pero... ¡10 puntos para Gryffindor!

—Sigo sin entender.

—Con Greg hemos ido dos veces. El lugar es muy íntimo, tiene un ambiente... mejor lo descubres tú. Pero con esto definitivamente le daré el beneficio de la duda. Pensé que te llevaría al *Daniel* o *Aureole* para ostentar. Y aunque este no desmerece, es una elección muy acertada para la primera cita.

—Sabes que no me gustan...

—Paloma —volvió a agarrarme de los hombros, pero esta vez de frente. Uno de sus dedos elevó mi mentón obligándole a mirarle—. No te cierres en banda, permite que tu horizonte llegue más lejos de *Little Italy* y disfruta. Es

su ambiente, permite que te lleve a su mundo y él permitirá que le lleves al tuyo.

—¿Hablas por tú y Greg?

—Qué mejor espejo, *churri*. Sabes cómo éramos. Él odiaba a los de mi clase, yo era demasiado confiado de tener el mundo a mis pies. Un día chocamos, él me aterrizó en el mundo, me enseñó a poner los pies sobre tierra y disfrutar de esa sensación de libertad; yo le retribuí con un par de llamadas que convirtieron en realidad sus sueños. Antes de que me revelara a mi familia..., por él.

—No pretendo entrar en su círculo, esas personas son horribles. Imagina lo que pensarán de él saliendo con una chica entre miles de esta ciudad.

—Es un riesgo, pero si lo está intentando ahora es porque puede estar necesitando quien le mantenga los pies en el suelo. De lo contrario, seguiría saliendo con la hija de White.

Así me había enterado de quien era la exnovia de Marc. Ya me iba dando cuenta que tan alto estaba el listón.

—No lo sé, creo que él es demasiado para alguien como yo.

—¿Qué es eso de «alguien como yo»? —Endureció el tono y agarró el vestido negro de la silla dónde dejó lo que traía—. Ponte el vestido, Paloma y mírate muy bien al espejo. Porque alguien como tú, es más de lo que cualquiera como él merecerá siquiera ver en toda su vida.

No iba a discutirle nada. Pero, ¿por qué no podía ser él ese hombre? Me ahorraría la mitad del trabajo.

Él mismo me ayudó a recogerme el pelo y decidió que lo mejor sería mantener un color suave en los labios. Decidí que me dejaría las medias de ligero porque me hacían sentir más sexy.

—Aún es temprano para irme.

—Te llevaré, con el tráfico apenas llegarás.

Hablamos de sus padres y su historia con Greg. Al llegar, le tomé la mano para que me ayudara a tranquilizarme.

—¿Alguna recomendación final? —Le di una caidita de pestañas y me sonrió con ternura.

—Pide langosta, escalopes o el pato. Su especialidad son las carnes. El postre debe ser el *Cheesecake* de *Mascarpone*. Y espero que te sorprenda con la bebida.

Le besé las mejillas antes de irme.

—Gracias Salo.

—Vete y disfruta. Mañana quiero todos los detalles.

Y yo que no sé lo que es fijarme en los detalles. Pues eso, que entré y enseguida el olor a comida me conquistó. No importaba si no sabía bien, el simple olor ya podía conmigo. Apenas fui capaz de articular el apellido de Marc al encargado. El chico, muy amable, me pidió que le siguiera y camino a la mesa me fui enamorando del lugar, del ambiente. Una escena muy romántica, chimeneas a leña, un piano sonando sexy y suave, poco recargada la decoración, iluminado con la luz justa que emanaban preciosas lámparas de araña. Era para sentirse cómodo en un ambiente tan íntimo. Decidí que esperaría a Marc y que solo bebería agua.

Miré la hora en mi reloj de pulsera, la aguja se acercaba a las ocho y la cita era a las siete. Había llegado a tiempo y él había dicho que tardaría así que debía esperar.

A las ocho me entró un mensaje:

Salomón: Estoy afuera, no iba a dejarte sola. Creo que es hora de que te vayas.

No me iba a enojar con él, siempre que tenía citas o reuniones importantes él esperaba cerca por si necesitaba refuerzos. Era el hombre de mi vida.

Decidí llamarle:

—¿Crees que no va a llegar?

—Ya esperaste una hora, Churri. Mejor te llevo a casa, o entro y cenamos así no pasas la vergüenza de quedar plantada.

—Dijo que se tardaría.

—¿Los jueces otorgan divorcios a estas horas? No sabía que tenían servicio 24/7.

—Salo, no quiero que piense que no pude esperar.

—Elijo círculo.

Me reí, cuánto me conocía ese hombre.

—Deja saco una libreta.

Busqué en mi bolsa una libretita de lunares negros. Dibujé el tablero de tres en raya y puse la equis en la esquina superior izquierda.

—Hecho. Esquina superior izquierda.

—Bien —oí que manipulaba una hoja, seguramente dibujando mi equis

en su tablero—. Mitad superior.

Quería ganar para darle media hora más a Marc así que iría a lo fácil.

—Extremo izquierdo línea del medio.

—Qué predecible. Izquierda extremo inferior.

—Eres un pesado.

—Juega.

—Centro.

—¡Joder! Te bloqueo a la derecha. Ya perdí.

—Tú lo has dicho, extremo inferior derecho y ¡Tres en raya!

Las personas a mí alrededor se me quedaron viendo luego de que celebrara mi victoria casi gritando.

—Media hora más.

—O un nuevo juego.

—Paloma, las decisiones importantes de la vida no se toman jugando al *tres en raya*.

—Tú lo propusiste.

—Porque mi batalla de argumentos estaba perdida, íbamos a llegar a esa determinación tarde o temprano. Pero si en media hora no llega, entro y te saco de allí ¿entendido?

—¡Troglodita!

Le colgué y me quedé mirándome las uñas. Las llevaba al natural, yo que amaba pintármelas de colores había tenido que renunciar a ellos gracias a los nervios que la cita con Marc me dispararon. Pero, ¿y si no llegaba? Y si Salo me dejaba allí y no entraba a sacarme, porque en realidad no quería levantarme y salir como si nada. A pesar de que muchos ya habrían notado que llevaba un buen rato esperando, no me sentía capaz de salir andando luego de que Marc no llegara.

¡Puto Marc, putísimo!

Miré por el cristal de la ventana mientras apretaba las cejas conteniendo las lágrimas. Era impotencia lo que me recorría el cuerpo. Quería llamarle, así en tono casual y preguntarle si aún estaba yo en sus planes de cena de esa noche, bueno, no es que fuese a cenarme a mí (que no estaría del todo mal) sino que... me entiendes ¿vale?

Me aterraba tener que darle la razón a Grace y Salomón, porque siempre ellos tenían razón. Con cada cosa loca que emprendía en mi vida, con cada relación granada en la que me metía ellos se atrevían a vaticinar mi destino como si tuvieran enfrente la bola de cristal y lo peor de todo es que

siempre le atinaban. Yo era demasiado predecible o ellos eran demasiado viejos.

En la cabeza me sonaba un reloj, era horrible no tener nada más para hacer que mirar un bonito jardín iluminado tenuemente dentro de un edificio antiguo. Me hubiera gustado saber de flores para definir cuál era cual, pero como estaba tan desocupada, empecé a nombrarla por sus colores: pinky, yellow sun, lily town (algo como la versión moderna de los teletubbies).

—Paloma, siento la demora.

Di un respingo, el corazón se me salió por la boca y cayó en la copa de agua. No es cierto, pero pudo ser así, ver Dr. House me dejó demasiadas fobias. Aunque mis amigas digan que lo que pasa es que soy demasiado impresionable.

—No...

Iba a decir que no pasaba nada, que me lo había pasado de maravilla renombrando flores, pero su aspecto me lobotomizó el cerebro y me abandonó la sinapsis.

—Estás muy guapa.

Me sonrió ladeado, anda que ya seguramente me escurrían las babas y él me daba más para soportar. El maître le corrió la silla. Yo no dejé de mirarlo ni un minuto. Tomó la servilleta y la puso sobre sus piernas de una forma tan exquisita que deseé ser ese pedazo de tela. Tomó mi copa que aún tenía agua y dio un sorbo. La de cosas que se me ocurrieron con solo tener su saliva en el borde de mi vaso. Se limpió los labios y recibió la carta, yo también la recibí y la abrí. Pero nada, yo no leí una sola palabra del menú, le seguía mirando. Esas manos de hombre, de uñas bien perfiladas y dedos largos no muy delgados no demasiado gruesos. La espalda plenamente recargada al espaldar de la silla, como si fuese, no sé, Enrique VIII en algún banquete ofrecido en su palacio. Tenía tanto garbo, tanta masculinidad y seguridad que era fascinante de ver.

—Creo que me voy con los escalopes —declaró mientras cerraba el menú—. ¿Tú?

Me miró, con los ojos ligeramente entrecerrados y una mueca dulce en sus labios.

«Yo te quisiera a ti, guapo pero no estás en el menú».

Fingí que ojeaba, en realidad buscaba la voz. Estaba tan embobada con él que no le había dicho ni hola.

—El pato. —Acudí a la recomendación de Salo, nunca me ha

defraudado con una recomendación culinaria.

El mesero llegó y Marc hizo el pedido.

—Creí que ya no estarías cuando llegara. Dejé el móvil en la oficina. Sé que no es excusa pero no tuve tiempo de llamar a mi secretaria para que...

—No te estoy pidiendo explicaciones. Dijiste que tardarías, tardaste pero aquí estás.

Relajó un poco los hombros, era muy rígido con el asunto de los horarios o de verdad le preocupaba que no le hubiera esperado lo suficiente.

Prefería la segunda, como iban las cosas, mi cabeza ya había elegido el color de las flores y el papel de las invitaciones a la boda.

—En verdad lo lamento. No se repetirá.

Repetir... con él ese verbo empezaba a ser mi favorito. Y si hablábamos de acciones a realizar varias veces, había algunas que me apetecían de sobra.

—¿Cómo estuvo todo en la corte?

No era que me importara demasiado, pero necesitábamos aligerar la carga (al menos yo) y desviar la tensión.

—Bien y mal, estuve a punto de perder el caso; el juez es un partidario de las segundas oportunidades pero mi cliente no. Tuve que ser un poco amenazante, al final lo conseguimos.

—¿Amenazante? No entiendo cómo puedes intimidar a un juez en un caso de divorcio. Creo que no tendría mucho para perder.

—Conmigo sí, yo manejé su primer divorcio. Evité que esa mujer lo dejara sin un dólar.

—¿Primer divorcio?

—Se ha divorciado tres veces. Pero es lo de menos. Cuando se pone en plan del discurso del amor, de las promesas hechas y lo construido hasta ese día, saco el argumento de la infidelidad o fraude bancario y todo se le olvida.

—Pues no quisiera deberte un favor.

Sonríó elevando las cejas.

«Ay Marc, no me gustes tanto».

—Siempre pago mis deudas, muy bien pagas.

—Si te refieres a la masacre que le hiciste a los rosales por enviarme tantas flores, prefiero que no pagues tan bien.

—Esa no era una deuda, era una disculpa.

Puse los ojos en blanco.

—Disculpado y creo que tiene precedencia. Así que no tienes que «disculparte» por llegar tarde.

Sonríó, pero cada vez era una sonrisa distinta. No distinta, mutante. Iba mutando de sonrisa profesional a sonrisa de Marc. Y sé que nunca se verá mejor, aun si no llevara nada encima. Que sin nada encima se veía de muerte y sonriendo así, despreocupado y sexy, pues la muerta iba a ser yo. Muerta por demasiada exposición a la belleza masculina o una cosa similar.

—Entonces, ¿quién eres, Marc Shannon?

—No me hagas preguntas capciosas, nadie sabe realmente quién es y si lo sabe no se lo dirá a alguien que le interese un poco.

¿Yo le interesaba un poco? ¡Iría buscando un planeador de bodas!

—Pues dime lo que sabes de ti y que me puedes decir.

El vino llegó, que no parecía vino por su color, era más un aperitivo. Nos sirvieron y Marc me invitó a probar. Era delirante, sabía a frutos rojos, a pinot y a nuevas experiencias.

—Sabe muy bien. —Me pasé la lengua por los labios para saborear lo que quedó allí, luego noté que tenía sus ojos clavados en mi boca y que brillaban fieros.

—Seduce a la vista y enamora en boca.

Contuve la respiración. ¿Eso era una insinuación?

—Sí, eso parece.

La llegada de los platos me salvó del sonrojo que se acumulaba en mis mejillas.

—Buen provecho. —Asentí y tomé los cubiertos.

—Entonces, ¿hace cuánto que trabajas en el mundo editorial?

—Si contamos mis años de gerente encargada en la imprenta de mi padre, diría que toda la vida. Pero con pago remunerado hace tres años, desde que terminé la universidad. De hecho, hice prácticas allí y me contrataron de lleno.

—Eres buena en lo que haces, supongo.

—Me gusta hacer las cosas bien, es todo.

El pato sabía a gloria.

—¿Cuáles son tus aspiraciones?

—¿Esto es para un nuevo puesto?

Nos reímos, él más que yo porque me gustaba disfrutar con detalle de su bonita sonrisa.

—Perdona, no se me dan muy bien las preguntas personales.

—A mí sí. ¿Quieres una pregunta personal? —elevó una ceja y luego asintió. Pero me tomé un minuto para verle comer. ¡Dios! Marc tenía un efecto

sobrenatural en mí.

—¿Y bien?

Sacudí la cabeza, estaba como hipnotizada. En algún momento terminaría de rodillas rezando las letanías a la virgen. Pregunta personal, pues una que me daría mucha información imprescindible en ese momento y que de paso le pondría incómodo. ¿No es esa la misión de las preguntas personales?

—¿Tienes novia? —Di otro bocado, necesitaba tener algo en la boca que sirviera para amortiguar lo que fuera que respondiera.

Bebió agua, sí que le incomodaba ese tema. Qué tan difícil podría ser decirme que no o que sí. Me rompería el corazón, pero era mejor antes que después.

¿Y si estaba casado? Qué tal que quisiera una aventura porque su mujer era una bruja manipuladora y caza fortunas.

—No. No tengo novia o nada que se le parezca. No estaría aquí, ¿no crees?

Suspiré aliviada y se notó. Pero es que estaba a dos pasos de mis zapatos de cristal.

—Claro, no estaría bien visto. —Quise sonar muy digna, que no se notara que por él me olvidaría de algunas normas morales de la sociedad.

—¡Oh, no me malinterpretes! Lo que digo es que este sitio no es muy neutral como para justificar una cena con un cliente. El ambiente, la música, la comida... lo que bebemos.

—Muchos flecos si intentas justificarte.

—Eso.

—Tomaré nota.

—¿Ah sí? —«Otra vez esas cejitas altas, no por favor»—. ¿Alguna razón en especial?

—Cuando mi futuro esposo cene con clientes. Así sabré que tan profesional es la relación.

—¿Tienes prometido? —Casi se atragantó preguntándolo.

Me reí, mucho. Se veía adorable rompiendo el protocolo.

—No. Debí agregar «hipotético futuro esposo».

Juro que también suspiró aliviado.

—Empezamos con algo demasiado personal.

—Podemos empezar otra vez.

Me puse de pie, alisé la falda de mi vestido y busqué el baño. Allí me lavé las manos y respiré profundo varias veces. Estaba muy nerviosa. Muy,

muy, muy, muy, muy.

Salí, intenté caminar muy segura a pesar de que los sueños donde terminaba en el suelo amenazaban con cumplirse justo ahí. Llegué a la mesa y exhalé despacio. Él me miró ceñudo y luego se levantó.

—Hola, soy Paloma DeLuca. —Le ofrecí la mano.

—Marc Shannon. —No la apretó, la acogió entre las suyas y enseguida sentí un tirón eléctrico traspasar mi piel hasta mis entrañas. Mi sangre como lava hirviendo dentro de mis venas, algo pasó justo ahí, algo como el encuentro de dos almas..., algo llamado conexión. O repelencia, según quisiera verlo.

Me corrió la silla, nos miramos todo el rato. Yo por lo coladita que empezaba a estar de él. Marc porque seguramente pensaba que venía de otro planeta con cada cosa que se me ocurría.

—¿Mejor comienzo?

—Espero que borre el de la primera vez.

—No podría o cómo hubieras podido conocerme.

Asintió y la picardía asomó en sus ojos verdes como el pasto de mayo...

—¿Pedirás postre?

—Es lo que más me gusta después de la comida, jamás me lo pierdo.

Lo dije como una niña emocionada. Pero era costumbre, lo mejor siempre era el postre y por esas delicias dulces iba a restaurantes ya que en casa solo tenía helado o gelatina.

Marc llamó al camarero, nuevamente me guie por las recomendaciones de mi rey Salomón.

—Tu apellido es...

—Italiano hasta la raíz.

—Me suena de alguna parte, pero estoy seguro de que no es un cliente.

Se veía tan sexy juntando las cejas, pero al deslizar la cuchara por su boca un cosquilleo en el sur se hizo sentir.

—Pues, mis antepasados tuvieron una imprenta, en manos de mi abuelo y mi padre se convirtió en una editorial pequeña que imprimía algunos clásicos. La fusionaron luego a una editorial de las fuertes y finalmente mi padre vendió las acciones y se retiró del negocio.

—Fascinante historia, pero sé que no es por eso.

—Pues, no me he divorciado ni necesitado un abogado. El imbécil de mi hermano sí que necesitó de uno pero ni cercano a tu bufete.

—¿Tienes un hermano al que deba temerle?

Me dio risa. Luciano era un fantasma, de hecho «es», aparece y desaparece pero no iba a estar en Nueva York ni en ese año ni el siguiente. Me aseguró que nunca volvería a la ciudad y yo le creía, a pies juntillas.

—Mi hermano dio miedo alguna vez, no digo que ahora dé risa, pero su tiempo pasó y hoy puede que sea una leyenda urbana que con el tiempo mutará a mito.

—No hablarás del DeLuca del equipo de futbol del Erasmus Hall que terminó en las grandes ligas.

—Hablo de Luciano DeLuca y todo lo que ese nombre arrastra.

Marc recargó la espalda en la silla, se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y elevó las cejas mientras sonreía un poco.

—¡No me lo creo! ¿Eres su hermana?

—Lo soy —seguí comiendo mi postre, ese es el efecto Luciano.

—¿Dónde está, qué hace? Me quedé con la noticia de que los Jets lo querían.

Bajé la mirada y me rasqué la parte de atrás de las orejas.

—Si algún día le conoces o te lo encuentras, que él te lo cuente porque tampoco sé dónde está.

—Perdona, no quise ser indiscreto.

—Indiscreto nada, es que así es él.

Asintió, terminó su postre y pidió la cuenta.

—Te llevo. Estarás cansada.

—Pero se te nota más a ti. Pediré un taxi.

Como ya me había levantado, se acercó, su mano tocó mi cintura firmemente y luego su aliento acarició mi nuca mientras hablaba:

—Te llevo. —Firme, demandante y un estallido combustionado directo a mi vientre.

¡Plataforma de salto, allá voy!

7. Cargar el muerto



El domingo lo pasé en cama, dormí todo el día. No quise ver a nadie, ni comer, ni pensar, ni recordar. Lo único que deseaba era dormir, porque dormida no había Marc, ni sus ojos de ciencia ficción, su sonrisa delirante o ese olor embaucador. Pero ¿sabes lo que es despertar un lunes a las seis de la mañana con el estómago en protesta por ayuno obligado, con dolor de cuello y espalda por dormir apretujando una almohada y una sensación de estar muerto en vida? Pues así desperté, no es exageración ni drama, una ruptura siempre será dolorosa, obligarte a tomar distancia de alguien que considerabas tú otra mitad es un desafío, uno que el cerebro asimila de dos formas: negación u orgullo. La negación es decir que no afecta, que no duele, que es algo que pasa todo el tiempo. El orgullo consiste en elevarse con frases como: «Fui más de lo que merecía» «Merezco algo mejor» «Ya sabrá lo que perdió» Y un grandísimo etcétera.

Además de que en la frente tenía una bola negra que no tenía idea de cómo iba a esconder.

Pero en ese momento mi cerebro estaba en modo piloto automático: Paloma despierta con el despertador, Paloma va al baño, Paloma se asea y se viste, Paloma debe desayunar, Paloma debe ir a trabajar.

Como un robot cumplí cada tarea, excepto cuando me puse frente al armario que estaba organizado, recordé que antes de esa primera cita con él también lo había hecho. Pues ahí tuve una revelación: había cambiado lo que era por ser lo que él necesitaba. El simple detalle del armario organizado, el simple impulso de doblar las blusas luego de lavarlas, eso ya era señal de alarma. No porque no fuera bueno para mí, seguramente sí, qué iba a ser de mi vida y la de mis futuros hijos con una madre que no tenía medias pares y nunca encontraba las braguitas que quería ponerse. Pero en eso pensaría cuando me creciera la tripa con un guisante dentro.

Era increíble, dejé entrar a Marc hasta en mi armario. Allí empezó nuestra relación, de forma indirecta, pero lo hizo cuando elegí ese vestidito de terciopelo rojo que apenas me cubría el trasero y coincidimos en el bar.

Incluso antes, cuando me vestí formal para la conciliación en el bufete donde me trató de fulana o al elegir los vaqueros desteñidos que llevaba el domingo que coincidimos en el mercado. Pero fue aún más determinante cuando Salomón eligió ese vestido negro que solo había usado una vez en la cena de navidad de la editorial. Y dos días atrás, vestida de vaqueros y mis botas eternas cuando acabó el encanto.

Llegó poniendo orden en mi caos y se largó dejándome el mundo de cabeza.

Enfurecida tiré todas las prendas al suelo, las miré con ganas de prenderles fuego, pero me di vuelta y salí a buscar el desayuno. Mi ropa no tenía la culpa.

Bajé con los zapatos en la mano, no tenía muchas ganas de toparme con Grace. Fue en vano, ya había preparado café y la canastilla de la mesita de la cocina estaba llena de deliciosos bollos. Mi estómago protestó. Suspiré antes de entrar y verla leyendo un ejemplar de la última BEAU.

—Buenos días —solté muy seria.

—Hola. Ya hay café y bollos frescos. Sírvete.

Era Grace, la de siempre. Ya no había preocupación en su tono. Ella no iba a disculparse por lo que había tramado ni iba a nadar conmigo en mi mar de lágrimas. Nada de contemplaciones con Paloma. Pues yo tampoco las necesitaba. Mi muerto era mío y ya vería cómo arreglármelas para cargarlo.

—Gracias.

Busqué hielo para mi amigo el hematoma, luego me serví y me senté frente a ella.

—Rach ha conseguido «la guía» para que el domingo nos pasemos por los mejores mercadillos de pulgas. Hay cosas alucinantes, una chica del trabajo le mostró fotos; nos las reenvió las debes tener en Whatsapp.

—Sabes que no puedo darme tantas licencias, estoy pagando...

—Cinco dólares por unos vaqueros de *7 for all Mankind*. Esa licencia es vital, Paloma.

—Claro... vital.

Me acabé el café. Comí medio bollo y el otro medio lo envolví en una servilleta y acabó en un bolsillo de mi bolso. Serví comida a los gatos, limpié la arenera y terminé de arreglarme. Apenas si me puse corrector y polvos. Al verme el espejo tuve la impresión de ver un fantasma. Estaba demasiado blanca y casi brillaba. Me puse color en las mejillas y los labios y rímel. Mi trabajo no tenía la culpa.

Al hematoma lo cubrí peinándome hacia un lado el pelo.

Salí dando un portazo, algo gritó Grace. No fue intencional, se me fue la puerta. Caminaba y buscaba en el bolso las gafas oscuras. No tenía ganas de ser dulce esa mañana, necesitaba una barrera.

—*Ciao* Paloma. —La piel se me puso de gallinita. Joder, ese acento era afrodisiaco intravenoso.

Me di vuelta, apenas contuve la risa. Marcelo tenía una camisa estampada, predominaba el rojo con pintas de amarillo y azul, muy ridícula. Solamente que se le veía como el infierno; la llevaba abierta porque debajo tenía una franela blanca. A Marcelo y su envidiable color de piel nada le sentaba mal. Apostaba lo que fuera a que la había visto en algún blog fashionista y era *Moschino*.

¿Le iba a Marcelo la moda?

No. Era otoño, iba sin abrigo y con camisa hawaiana.

—Hola Marcelo.

Me alcanzó en dos zancadas.

—¿Cómo va todo?

Su tono confidente me estremeció la piel, parecía que compartíamos un secreto, solo que realmente él no sabía qué me pasaba ni el porqué estaba huyendo esa noche.

—Bien, nada que un bote de helado no pueda solucionar.

Sonrió sin mostrar los dientes.

—¿Y el golpe en la frente?

—Duele como si fuera a dar a luz, pero el viernes apenas será una mancha amarillo verdosa.

—¿Vas para el trabajo?

—Sí, debo tomar el metro en Atlantic Av.

—Yo también tomo el metro allí, estamos como a diez minutos andado.

¿Te parece bien si te acompaño?

—Seguro...

Avanzamos, Marcelo llevaba una bandolera cruzada, un termo en la mano y se devoraba con ganas un trozo de pan dulce. Debía preguntarle.

—¿Qué comes?

—Panettone —respondió con la boca llena.

—¿Dónde conseguiste Panettone?

Se encogió de hombros.

—Tengo mis secretos. Algún día te contaré. ¿Ya desayunaste?

—Sí, café y medio bollo.

—Debes desayunar mejor. He visto que apenas si comes.

Bajé la mirada, era el clon de Luciano o Luciano era su clon. Mi hermano era igual de insistente con el asunto de la comida. Siempre ha dicho que me mato de hambre. Cosa que no es cierta, yo como demasiado pero no se me nota porque no engordo, aunque sí que me sale un flotador bajo el ombligo. Pero para la fecha en que conocí a Marcelo, apenas si podía comer, no tenía apetito y por eso se atrevía a decir que picoteaba como un pájaro.

—Más tarde lo haré en la oficina. Es muy temprano aún.

—En eso tienes razón, más tarde me comeré unos huevos benedictinos.

Sonreí, ya me iba dando cuenta que Marcelo tenía el mismo apetito voraz de Grace. Se llevarían bien.

—¿Dónde trabajas?

Apenas si sabía dos cosas de Marcelo. Luciano y él eran un par de trotamundos. Mi abuela les llamaba «los bala perdida» Tenía algo de cierto. No sabía que tanto habrían cambiado, ni sabía quién arrastraba a quien, lo que sí sabía era que mi hermano era un total y completo imbécil.

—En un proyecto, por el momento.

Asentí. Claro que sí, esa respuesta también me la había dado Luciano ¡Por amor a Cristo! A un quinto de camino de alcanzar los cuarenta y soñaban con alcanzar las estrellas. Y no era prejuicio, pero que viviera en la casa de sus padres y usara esas camisas no me hablaba de madurez o estabilidad. Le miré de reojo, tenía una forma de caminar muy sexy. Seguramente Marcelo si sabría del paradero de mi hermano, podría preguntárselo, aunque no tenía ganas de deprimirme más al descubrir que estaría preso quien sabe en donde porque seguía siendo un capullo.

—Espero que resulte. —Ojalá que sí, de ese modo uno le daba al otro ejemplo de estabilidad.

—Y yo.

Lo dijo con bastante entusiasmo. Ese chico me intrigaba.

Llegamos a la estación. Nos despedimos con un movimiento de cabeza y cada cual a su ruta.

En la mía todo tranquilo, me senté junto a un chico que leía a *Murakami*. Esperaba que no estuviera deprimido o terminaría suicidándose en el baño. Revisé los mensajes de mis amigas, ninguna se disculpaba, solo estaban las típicas imágenes de tíos buenorros y las fotos de los mercadillos de pulgas. A punto de guardar el móvil vi que tenía un mensaje de Marc, como era de

esperarse, no lo leí, lo bloqueé y también borré su contacto. El único que se disculpó, de mis amigos, fue Salomón. Tenía el buzón de voz lleno y llamadas de todos, incluido Marc. A él le restringí las llamadas lo demás a la basura. Tenía que empezar a limpiar lo que no servía y escuchar mensajes era echar sal a la herida.

En los minutos restantes me dediqué a quitar pelusas de mi abrigo y pantalones. Silvestre y Greta armaban campamento en mi armario y el resultado era desastroso. Me fijé en la pareja sentados en frente, abrazados, besito va besito viene. Una mano que intentaba colarse bajo la falda de la chica, gemiditos y risitas estúpidas. Me gobernó la envidia. Era horrible, yo, la más creyente del amor eterno, del príncipe azul, la que buscaba su final feliz. Pues esa misma estaba asqueada y con un fuego enardecido quemándole el hígado. Imaginar a Marc en ese plan me despertaba unos celos del demonio. Aunque era totalmente improbable que Marc usara el metro, qué digo improbable, imposible. Lo que sí tenía muy claro era que ya no le temía a las demostraciones públicas de afecto, ni rastros de su recelo por mantener su vida privada al margen de cualquier comentario. No. Con lo que vi en el restaurante estaba más que demostrado.

¡Mil veces maldito!

Se me acumularon las lágrimas en los ojos, pero de rabia, de ganas de darle un bofetón y gritarle lo imbécil que era. Me levanté, mi parada era la siguiente, antes de bajar en la 57 me di vuelta y lo saqué de mí evitando que me envenenara:

—¡Sois patéticos! Como se nota que apenas estáis empezando.

La chica me miró como si fuera yo la patética.

Les enseñé el dedo medio y salí del vagón.

¡Era una patética total!

Llegué a la oficina no saludé a nadie ni me quité las gafas. Pasé de largo, me senté y cogí los sobres que tenía acumulados desde la tarde del viernes que no volví a trabajar.

Números y más números. Cifras de ventas, del nivel de audiencia de los autores. Unos bonos de descuentos de algunas marcas a las que era asidua compradora y una invitación a una cena benéfica el día de Halloween que organizaba la mamá de Marc cada año una villa en *Water Mill*.

Estaba yo para eventos de forraditos...

La tiré a la papelera y encendí el ordenador.

Lo primero que llegó fue su olor, luego sus pasos livianos, finalmente su

presencia apabullante. Jo... bendito Salomón que cada lunes llegaba más bueno.

—Hola *churri*. —Usó un tono medio, me puso un vaso de Oreo Frappuccino al lado del mouse. Empezaba a derretirse.

—Salomón —dije tajante, él se dio vuelta para dejar el maletín y quitarse el abrigo, yo me moría de ganas por tirarme a sus brazos y llorar. Salomón tenía más solidaridad femenina que mis propias amigas féminas.

—Come que después te arrepentirás de dejarlo pasar.

—No tienes que ponerme pañitos de agua tibia.

—Come primero, te quejas después.

Se me hacía la boca agua, dos cosas amo en la vida con pasión y locura, el tiramisú y todo lo que contenga galletas Oreo. No hay placer como el que da la comida..., en realidad sí pero el sexo nunca puede meterse en una lucha de poderes. A mi San Pedro me acusaría de lujuria y gula para negarme la entada al cielo.

Me lo devoré, lamí los bordes, metí el dedo hasta el fondo para sacar hasta la última gota y terminé relamiéndome.

—Buen provecho —dijo Salomón en tono burlón.

Me robó una sonrisa. Elevé la cara y allí tenía esa expresión en su rostro de «No finjas conmigo». Pero yo tenía que resistir, me dolían hasta las entrañas, tenía un millón de dudas que me carcomían la cabeza, ganas de vengarme de Marc y ganas de irme a buscarlo y pedirle que me dijera la verdad, la que quería oír donde me confesaba que yo era el amor de su vida. Contradicciones a tope.

Tenía que dejar de pensar en él porque la vida seguía, el reloj no se iba parar o el mundo a detenerse solo por Paloma y su corazón roto.

El día estuvo lleno de cosas de último momento, cambios en la fecha de publicación de una novela, un autor al que ya no le gustaba su pseudónimo y al que tuve que convencer vía Skype de que era lo más original que se habría oído nunca y que ya estaba haciendo un poco de ruido. Era eso o perder todo mi trabajo de semanas y nada garantizaba que el jefe lo aceptara. Mi trabajo consistía en tener felices a ambas partes y eso hice. Qué ironía mi vida, lograba que mi trabajo fluyera como el agua pero en lo personal todo estaba empozado.

A medio día sufrí un ataque de ulcera nerviosa, la rutina me recordaba que era la hora en la que hablaba con Marc porque en la mañana ambos íbamos de carrera. Sonaba un teléfono y yo miraba el mío. Salomón me pidió

acompañarle a un delicatessen y me negué. Entonces pidió y comimos en la cafetería del edificio. En la televisión seguían hablando de la separación de Ben Affleck, fue en verano, estábamos en otoño y el tema no acababa. Jennifer y yo compartíamos la misma pena, malditos hombres.

En la tarde no me apeteció hacer nada, ya había salvado el día y no me quedaban fuerzas ni para empujar mis huesos. Salomón me mostraba unas fotos de un amigo suyo, me invitó a ver su exposición en Soho, Bradley me caía muy bien pero no quería hacer vida social ni tener que recordar tiempos mejores porque lo primero en la palestra eran los malditos recuerdos de Marc.

Le dije que lo pensaría, era una buena idea para un fin de semana de mierda que auguraba. Se ofreció a llevarme a casa, estuvo dilatando todo el día la charla que tenía pendiente donde me decía que lo perdonara por dejarme sola el día más funesto de mi existencia. Lo que ocurría es que no quería esa charla porque yo le diría un montón de cosas, algunas no tan dulces y el nudo en la garganta que estaba sosteniendo con mis lágrimas se iba a desatar. Lloraría hasta crear un mar bajo mis pies y terminaría diciéndole que debería dejar de ser gay y quererme a mí porque él era el único hombre que no me haría daño. Y que así dejaría de besar sapos y de estar buscando al príncipe azul.

Prometí que le llamaría al llegar a casa para que no se preocupara y nos despedimos a la entrada de mi estación en la 57.

Otro recorrido en metro mirándome las uñas, mordiéndomelas y tratando de esquivar los recuerdos. Me entretuve ojeando un nuevo libro, debía sacar algunas frases para incluirlas en las promociones así que era una forma de adelantar trabajo y evadir mi realidad. La novela era de espías durante la segunda guerra, cero romances, cero amores imposibles. Traiciones sí, un espía negocia con el diablo y lo traiciona si de eso depende su vida. Cuando me bajé en Lafayette, ya había oscurecido bastante, corría una brisa helada, las hojas se levantaban. Crucé la calle y metí las manos en los bolsillos. Pasé por la iglesia, me santigüé y mentalmente le pedí a Dios que no se olvidara de mí porque necesitaba fuerza sobrehumana para no derrumbarme a llorar en cualquier esquina.

En mi calle saludé a un par de vecinos que también llegaban, nos conocíamos todos, éramos como una pequeña tribu de italianos en Clinton Hill. A medida que me acercaba a casa iba percibiendo cosas, de esas en las que no reparé antes. Como que mi casa era la que tenía menos flores y un árbol muy pequeño, que tenía mejores acabados y un color demasiado romántico.

Que la luz le entraba mejor y que había un auto estacionado en mi lugar de la calle y ni Grace ni yo teníamos. Me detuve en seco, ese *Mercedez-Benz* lo conocía perfectamente, no tuve que buscar demasiado, su dueño estaba dentro, vi su figura y sufrí un terremoto en la piel. Deseé no ser yo en ese momento, no ser la Paloma DeLuca que vivía en el 375 de la Avenida Carlton. Empecé a hiperventilar, los labios me temblaban, el estómago me ardía, el nudo en mi garganta se apretó. Quedé como anclada a diez pasos de mi casa.

Me obligué a respirar profundamente, debía darme vuelta y meterme a la iglesia hasta que llegara Grace. ¡Maldito Marc! Escogió con premeditación el momento. Uno dónde estuviera sola y vulnerable. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué quería? No me quedaba más que sus recuerdos y ese amor por él que tenía atravesado como una espada en el pecho. Con gusto le daría todo lo que sentía con tal de no vivir en la melancolía de su ausencia.

Iba a darme media vuelta cuando la puerta del auto se abrió y él salió. No podía seguir tan deslumbrada por él. Por su elegancia, ese modo tan varonil y sexy de moverse. Imperturbable, como siempre. Me daban ganas de cachetearme por idiota.

—¡Paloma, espera!

Su voz fue como un rayo atravesándome en dos. ¿Cuánto llevaba sin oírle? Desde la última llamada, sí, cuatro días. La entereza se me iba a los pies. Quería correr a abrazarlo. La tonta Paloma que se sentía vulnerable y desnuda sin él.

No le miré, caminé hacia la casa buscando las llaves frenéticamente. Tenía un plan de fuga, abriría, él intentaría detenerme pero yo tumbaría la maceta de la entrada con mi tacón y Marc tendría que retroceder. En ese momento yo me escabullía, ponía el seguro y un sillón que trancara. Correría a mi habitación y gritaría hasta desahogarme.

Todo en mi plan fue perfecto hasta que la maceta no se movió porque era demasiado pesada.

—¡Escúchame! —Se puso frente a mí y me bloqueó el paso.

Apreté los ojos y las manos en puños.

—Hace frío —dije tan indiferente como pude.

Me permitió abrir la puerta y por sus modales de caballero se hizo a un lado para que yo pasara primero. Intenté cerrar antes de que él pusiera un pie en mi territorio neutral, pero fue en vano; la bloqueó con parte de su cuerpo y se coló, cerrándola violentamente con su espalda. El eco hizo que hasta los cristales vibraran. Ese movimiento brusco removió el olor del perfume

impregnando en su ropa y la oleada de partículas aromatizadas me caló los sentidos y me golpeó la fuerza de voluntad que había reunido. Empecé a boquear, el aire me faltaba.

Mis hombros y mi pecho se elevaban. Tenía que ser fuerte, tenía que ser un muro de metal frígido como él. El boqueo cesó y gemí en cada respiración entrecortada que conseguía. Apreté los puños y los levanté. Le golpeé el pecho una y otra vez. Sin descanso. Las lágrimas se me escaparon de la prisión y me surcaron las mejillas.

—¡Maldito seas! —gruñí con rabia— ¿Por qué me haces esto, coño? ¿A qué vienes?

Marc exhaló un suspiro, me agarró de las muñecas. Su toque me quemaba, era reactiva a su piel. A todo él.

Estallé en llanto y lentamente me fui dejando caer de rodillas, él lo hizo conmigo.

—¡Te odio demasiado! ¡Te odio, maldita sea! Tanto como algún día pude llegar a quererte.

Forcejeé para que me soltara las manos, me limpié la cara con la manga del saco antes de levantarme. Estaba dándole otro de mis espectáculos infantiles en los que cualquier cosa significaba para mí el fin del mundo.

—Necesito...

—¡¿Qué?! ¿Qué necesitas de mí? ¿Quieres que te diga que he madurado en este fin de semana y que estoy de puta madre? ¿Que finalmente Ophra obró el milagro de hacerme crecer y convertirme en un adulto que sabe diferenciar entre una situación y un problema real? Pues no, Marc. No pasó eso este fin de semana, lo lamento si vuelvo a decepcionarte. Si para ti no es una putada romperme el corazón, para mí si es una jodida tragedia.

—No quería que te enteraras así.

Se me encogieron las vísceras. Y una oleada de calor me atizó la sangre que fluía en mis venas como en un rally.

—¡¿Cómo cojones pretendías que me enterara?! ¿Cuándo me llegara la invitación a la boda o al *baby sister*?

—No hagas de esto...

—¿Qué no haga de esto qué? ¿Un drama? ¿Por qué? ¿No lo soportas? ¡Pues entérate que no me importa qué cojones pienses tú! ¡Estoy en mi jodida casa y puedo decir, gritar y llorar lo que me apetezca!

—No es la manera de enfrentar las cosas, Paloma... —Elevó las cejas, irritado.

Sé que la rabia me brotaba por los ojos, que me debían escurrir lágrimas negras por las mejillas, ya hasta me dolía la garganta. Joder, pero tenía que sacarlo todo.

—¿Cómo pretendes que enfrente el hecho de encontrarte en un restaurante besando a otra cuando se suponía que éramos pareja? —Le espeté cerca de la cara y apreté los puños en su camisa—. ¿Cómo voy a enfrenar el imaginarme un millón de cosas y en todas acabar culpándome porque siento que nunca llegué a ser suficiente para ti? ¡Dime cómo, maldita sea! —La voz se me cortó.

—Paloma...

«No, joder. No uses ese tono, no digas mi nombre con tu boca tan sucia de mentiras».

—Pero te ahorré el discurso. Ya está, una imagen vale más que mil palabras. Se acabó. Yo perdí. Punto. ¿A qué viniste? Esto no es un jodido divorcio, aquí no hay repartición de bienes. Lo único que pudiera querer de ti ya ni siquiera existe. Fue un espejismo.

—Estás muy alterada para poder entenderlo.

—¿Entender? ¡¿Qué es lo que tengo que entender?!

—Paloma, baja la voz.

Me importaron tres cojones sus súplicas de niño pijo de modales.

—Dime desde cuando salís... —puse en mi mirada todo el orgullo que fui capaz de reunir—. Dime que también folláis sin condón, que te la come mejor que yo... que hace mejor pasta que la mía. ¡Dímelo, porque si no es así te lo juro por mi madre que te voy a hacer falta cada maldito día de tu puta vida! —Le solté, no sin antes golpearle con los puños en el pecho—. Habla Marc. Hazlo de una maldita vez y lárgate para siempre. No te preocupes en poner un pie en mi zona de la ciudad. Tú no perteneces aquí y yo no pertenezco a Manhattan.

—No sé qué decirte, esa es la verdad. Simplemente necesitaba venir a verte, a tratar de disculparme. Es demasiado complicado...

—Viniste a clavarme más hondo el puñal. Sabes que no soporto tenerte cerca, que preferiría olvidarme de todo y correr a tus brazos porque soy débil, porque desde el viernes me siento mutilada...

Acortó la distancia entre los dos y me agarró por los hombros. Tomé una bocanada de aire. Tenía que soportarlo. Era mi prueba de fuego. Mantenerme firme y no rendirme a su encanto, a su aura de ángel protector. ¡Demonios! Cómo podía ser posible que me rompiera en tantos pedazos y que esos

pedazos corrieran hacia él como atraídos por un imán.

—Tú sabes que te quiero.

«No, amor no». «Palabras de amor no, Marc».

«No me hagas esto, maldita sea».

—Te dejé entrar —elevé el rostro y le mire fijamente. Que se lo grabara a fuego y sangre en la memoria—. Me desnudé y no solo cuando me quitaba la ropa. Me conoces, cada lunar, cada marca, cada maldito detalle. Te dejé entrar a mi vida aunque no estaba muy segura, aunque tú mismo me lo advertiste. Te dije que si algún día ibas a salir de mi vida lo hicieras sin hacer ruido y mira el desastre que armaste. ¡Mírame, Marc! Me destrozaste, lo que ves es lo que queda luego de que accionaras la granada. Y aun así te atreves a plantarme cara.

—No fue una buena idea venir hoy.

—Ni mañana ni nunca más, Marc. —Me solté a la fuerza y di dos pasos acercándome a la puerta.

—Sabes que no suelo dejar las cosas a medias. Tenemos que hablar y serás tú quien elija el momento.

—¡Lárgate y llévate esas ínfulas de indispensable contigo! —le señalé a la puerta que acababa de abrir—. ¡Ah, y espera sentado para que no te broten várices!

Salió.

Recargué la cabeza en el cristal de la puerta. El aire quedó viciado. Olía a él por todas partes.

Mis amigos me iban a desollar por haberle mostrado tanta debilidad a mi verdugo. En mi defensa alegraría locura hormonal o depresión post-ruptura.

Me dejé caer en el sofá. Todo había acabado. Se esfumó con él marchándose. Lo mismo pasaría con su aroma, el viento se lo llevaría y a mí me quedaría solo un fantasma, el fantasma de los recuerdos de Marc me tomaría de la mano desde ese momento.

Aunque muy en el fondo y negándoselo al planeta con la boquita pequeña, yo esperaba que regresara y más de una vez antes de que yo fuera quien le buscara.

«Coño, Paloma ¿Qué hiciste mal? ¿Qué diablos hiciste para que un día cualquiera y de la nada, él estuviera a millas de distancia aun cuando compartáis la misma cama?».

8.Fondo Profundo



Ese «Te llevo» incluía que me abriera la puerta para salir del restaurante, que también lo hiciera con la del auto y que me ofreciera el brazo en todo momento. Yo estaba en la nebulosa más lejana, Nueva York era un borroso recuerdo. Marc era, en letra rotulada y estilizada: un dandi. Qué si no sabía de moda debía tener un muy buen asesor o lo vestían especialmente en Dolce & Gabbana.

Encendió el auto y puso el reproductor de música.

¿Eso era jazz?

Sus dedos se movieron rítmicamente sobre el timón mientras salíamos del estacionamiento.

—Tú dirás a dónde.

—Toma hacia Brooklyn. Avenida Carlton.

Me miró de soslayo.

—Es una bonita zona de Brooklyn.

—Lo es. Muy acogedora y cero congestionada.

—Eso quiere decir que eres muy tranquila.

—Bueno, tranquila lo que se dice aprendiz de monja de claustro no soy. Me gusta la fiesta y bailar, cuando me paso con los chupitos subo mucho la voz. También hago algunos soniditos cuando tengo sexo...

«¡Oh, joder!»

Marc me dedicó una mirada que no supe interpretar enseguida, pero que me recordó a la de mi padre cuando no le caían en gracia mis apuntes. Luego se relajó, entornó los ojos y volvió la vista al camino no sin dibujar una sonrisa lujuriosa antes.

Quise que aparcara en algún callejón y me metiera mano enseguida.

—No sé si quisieras volver a salir...

«¡Está pasando!»

—¿Llegarás a tiempo esta vez?

Negó con la cabeza.

—No eres muy dada al perdón...

—Claro que sí. Ya te he perdonado, pero no se me olvida y es mejor que tampoco lo olvides tú, así te obligas a llegar a tiempo la próxima vez.

—¿Estás diciendo que sí?

—Estoy diciendo que si la próxima vez no llegas antes que yo, me doy media vuelta y ni en las curvas vuelves a saber de mí.

Paloma la valiente. Qué cojones había tenido para decirlo. Una mitad de mi estaba inflando el pecho, la otra mitad estaba muerta de vergüenza. En últimas, Marc no aceptaba mi ultimátum y cada cual en su zona de la ciudad.

Asintió meditabundo.

¿Qué estaría pensando Marc de mí?

Que me creía la última soda del desierto. Seguro que sí.

Cuando llegamos a mi calle le indiqué mi dirección y estacionó en frente.

—Ha sido un placer.

—Bueno. Puede que haya sido un poco pesada.

—¿Pesada? —juntó las cejas y creí que me iba a dar un sermón. Luego me guiñó un ojo y sentí calorcito en el sur—. Has sido tú y no sabes cuánto te agradezco.

—¿He sido yo?

—Me refiero a que eres auténtica, que dices lo primero que te viene a la cabeza y que aunque te sonrojas cuando te das cuentas que hablaste de más, te mantienes firme.

—No sabía que eso fuera un talento. —Me encogí de hombros mientras le miraba por entre las pestañas.

Se soltó el cinturón y me acarició las mejillas.

—Es una virtud, Paloma. No suelo tratar con gente sincera la mayoría del tiempo. Esta noche... —sentí su aliento tan cerca que juré que me besaría ahí mismo, el estómago se me contrajo apreté los puños, un escalofrío me iba despertando cada poro de la piel—. Me has hecho olvidar unos días de mierda y recordar quien soy en realidad.

Me besó, pero en la mejilla.

Y sí, los poros despertaron con un golpe violento de electricidad.

Asentí. Marc parecía atribulado por algo pero lo disimulaba con su sonrisa sensual.

El «te llevo» también incluía que me abriera la puerta, me ofreciera su mano y unos pasos más adelante besara las mías.

Estaba en el borde de la cornisa, me le iba a lanzar encima para que se

diera cuenta que no era una muñeca de porcelana y que quería que «me hiciera daño de verdad». Qué peligroso deseo.

—Te veo pronto. —Me atreví a comprometerlo.

—Más de lo que pueda ser prudente.

Soltó mis manos y me agarró del cuello, juré que era la hora del beso matador. Pero no, simplemente depositó un beso en mi mejilla mientras yo me embriagaba de su olor embaucador.

Ya no caminaba, creo que levitando llegué a la puerta, me di vuelta y le vi recargado en el auto con las manos en los bolsillos y esperando a que entrara. Le dije adiós con la manita y él me respondió con una inclinación de cabeza.

Yo de esa no salía viva.

Decir que esa noche soñé con sus ojos y su boca es redundar, esa noche y las siguientes, Marc fue el habitante predilecto de mis sueños más húmedos. Ya me dolía cierto lugarcito en la ingle y más abajo por desearle tanto. Y es que no era cualquier sueño era EL sueño. Tan vivido que gemía y me retorcía en la cama. Lo sé porque una noche me despertaron esos gemidos. Despertaba con dolor de clítoris y no era una cistitis era deseo contenido. En ocasiones sentía mi interior como si en realidad hubiese estado... ya sabes, y me daba susto de lo que podría estar haciendo dormida.

Era miércoles a la mañana, una de esas mañanas preciosas y amarillas de primavera acercándose el verano. Habían pasado dos semanas desde aquella cena. Sostuvimos mensajes y llamadas pero Marc estaba con un caso complicado de divorcio. Un famoso magnate y una modelo. Eso le estaba consumiendo las horas y la paciencia. No tenía idea del motivo que lo llevó a hacerse abogado de divorcios pero me negaba a creer que fuese por dinero. Ya me desvié otra vez, decía que era una mañana preciosa, mis pendientes del día se solucionaron a las diez de la mañana y estaba ansiosa por salir. Era día de compras con las chicas. Rachel tenía cupones a montón y acceso exclusivo a los nuevos *retails* de *Macy's* antes de ponerlos al público. Yo no estaba muy solvente de efectivo, en realidad no es que mi trabajo fuera mal pago pero mantener la casa en la que vivo siempre me cuesta un huevo a pesar de que Grace ayuda con la mitad de las facturas. La culpa es de la zona, Clinton Hill es un barrio rico. No lo digo porque yo lo sea, la casa en la que vivo es la herencia de mi padre que a la par fue la del suyo. Que será la mía y de Luciano aunque no creo que él vaya a preocuparse por enviarme un dólar para su manutención.

Otra vez estoy desviándome de los rieles. Decía que no estaba nadando en billetes verdes pero había decidido sacar del refrigerador mi tarjeta de crédito. Se acercaba el verano y aunque no iría a Livorno si lo haría a California con Salomón y las chicas en plan ruta 66 y necesitaría ropita de verano muy bonita para lucir en las playas y pubs. A lo diva de Hollywood. Tampoco iba a desmadrarme, cuando llegara el pago de mis vacaciones lo repondría y todos felices.

—¿Por qué tan ansiosa, *churri*?

—No estoy ansiosa. —Me bebí otro sorbo de café.

—No lo estás. Te has tomado cuatro tazas de café y todavía no es mediodía, pero no estás nerviosa. ¿Pruebas la dieta del café?

Negué con la cabeza y dejé la taza sobre la mesa.

—Hoy vamos a *Macy's*.

Bufó y se rascó la nariz.

—No te hagas el aburrido que a ti te fascina ir de compras.

—Pero no a *Macy's* y perdóname si esto suena muy clasista pero yo trabajo para darme gusto.

—Con el cheque que recibes cada mes quién no se da gusto, Salo y perdóname si suena a reproche.

—Si no estuvieras con esa deuda encima seguro que también te darías un paseíto conmigo por la Quinta Avenida.

—Paseo sí, paradas no. Pero no hablemos de que todo mi armario junto no pagaría ni una de tus camisas..., la de hoy por ejemplo.

—Entonces háblame de tu chico de plástico.

—¡No es un chico de plástico!

—Mírate cómo es que reviras. —Rio malévolo.

—Salo, te lo pido, no sigas por ese camino. Me pediste que me dejara llevar y es lo que hago. Marc no es así como te lo imaginas. Es buen conversador y tiene sus momentos de humor. Es un poco rígido pero tampoco puede ser perfecto, ¿verdad?

Apretó los labios y se quedó mirándome, escrutándome y aunque me gustaba que lo hiciera y que en mis locas ensoñaciones terminaba confesándome que yo le gustaba más que Greg, que lo dejáramos todo y nos escapáramos a alguna isla del caribe a vivir nuestra aventura sin mirar atrás. En ese momento sabía que me diría otra cosa.

—Tienes razón, *churri*, solo es prevención. No espero mucho de él pero si de ti. Y sabes a lo que me refiero.

Me regaló una sonrisita sesgada que me estremeció la piel.

«Puto Salomón. ¿Por qué tienes que estar tan bueno?».

—Lo sé, Salo.

Volví la vista al ordenador.

Salomón se refería a que confiaba en que yo era lo suficientemente inteligente como para ver las señales. Que no me dejaría llevar por la calentura ni estaría demasiado flasheada para obviar detalles que lo convertían en un capullo. Sé que es él quien más esperaba que encontrara un buen amor.

La cita fue a las tres, pero Rachel también logró rebajas con sus contactos en ZARA y Banana Republic. No puedo mentir, cuando terminamos el reloj marcaba las seis y los paquetes no me cabían en las manos. Hicimos una grandiosa inversión, se avecinaba un verano muy chic.

—¿Vamos a por un café? Muero de hambre.

—Con todo este cargamento no nos dejan entrar a ninguna parte, Mariah. Vamos a casa y pedimos china.

—Mañana se trabaja, Grace. Ir a vuestra casa es sinónimo de tequila, pizza o nachos, música de Britney Spears (lo decía por mí), un par de pelis y caer dormidas a las tres de la mañana y aunque ese plan nos está haciendo falta, hoy no podrá ser. Mañana tengo que entregar un informe a mi jefe.

—Es solo un rato, Rachel, y que Paloma nos haga lasaña.

—¿Lasaña, Sarah? Me tardaría más de una hora. Mejor nos vemos el sábado y os quedáis en casa. Fiesta de pijamas.

Las cuatro celebraron. Teníamos una cita.

Mi móvil sonó, solté las bolsas y las chicas me rodearon para cuidarlas.

—¡Es Marc! —Mi voz fue un chillido que estuvo acompañado por los de mis amigas.

—Habláis todas las noches, Paloma. Te va a dar una otitis.

—¡Deja la envidia, Grace!

—¿Envidia dices, Sarah? Te diré lo que es envidia...

—¡Callaos o no podré responder!

Ambas hicieron señas de que cerrarían la boca.

—Hola...

—Hola, Paloma —alejé el teléfono para poder soltar el suspiro sin que él lo notara. Grace puso los ojos en blanco. Las demás estaban muy sonrientes —. Escucho tráfico, ¿vas para la estación?

—No, hoy estuve de compras con mis amigas así que tomaré un taxi.

—¿Compras un miércoles?

—Sí. El fin de semana hay mucha gente y al principio solo queda lo que no se llevaron. Hoy es perfecto.

—Ya veo. Lo tendré en cuenta.

—¿Para irte de compras?

—O para comprarle algo a alguna chica ¿no? —Su tono suave me hizo imaginarlo acercándose el móvil a los labios, su boca vocalizando insinuante «alguna chica» me derritió las braguitas.

—Pues ya lo sabes —dije luego de obligarme a tragar saliva con fuerza.

—Mañana se define el divorcio. Si todo sale bien, estaré libre a las seis. ¿Te espero afuera de la editorial?

Oficialmente el corazón se me iba a salir del pecho.

—Seguro. Me confirmas si hay cambio de planes.

—Ayúdame cruzando los dedos.

—Lo haré.

Colgamos, yo, definitivamente, me había elevado en alguna nube porque perdí toda noción. No más bocinas, ruidos de motores, o los chillidos de mis amigas. Solo el eco de la voz de Marc.

Patética total, no te cortes, dilo con confianza.

—¡Paloma aterriza ya!

La voz de Sarah me devolvió de tajo a la realidad.

—¿Qué pasa?

—Es lo que queremos saber, *coñi*.

Las miré a todas, expectantes.

—Cenaremos mañana.

Grito generalizado, creo que se detuvo el tráfico y más de un transeúnte volteó a vernos. ¡Qué vergüenza!

—¡Callaos locas! —bufó la única que no gritó. (Ya sabes quién)

—Mañana es la noche. Paloma. ¡Mañana vas a follar!

—Sarah —le reñí—, no necesito que todo Manhattan se entere ¿Okey?

—Vamos a *Victoria's Secret* ya mismo.

—Pero ¿qué dices, Rach? No me queda un dólar en la cuenta.

—Te quedan veinte, leí tu recibo.

—¿Para qué quieres ir? Ya compraste un montón de bragas en esos packs de cinco por 3 dólares.

—Daaa. No son para mí, Grace —soltó sus bolsas, rebuscó en su cartera y empezó a revisar las de las demás—. Venga, no seáis tacañas.

Colaborad con la causa. Paloma va a follar con un Shannon y pretendéis que le vea las bragas que usaba su abuela. ¿Dónde está vuestra solidaridad de género?

—Enloqueciste del todo. Tanta marcha feminista y grupo de apoyo te han jodido la cabeza.

—Deja de rebuznar y dame uno de cincuenta. —Grace hizo cara de no creérselo—. Ganas más que este trio. —Señaló a Sarah, Mariah y a mí.

—Eh, a mí no me va mal.

—Cielo —le puso morritos a Sarah—, tu arte es bellissimo, creo. Lo entienden los chalados como tú. Pero dependes de cada cuadro que vendes y eso no es estabilidad financiera.

—No tenéis que hacer esto. No follaremos solo cenaremos.

—No es gratis, Paloma. Debes darnos todos los detalles.

Enrojecí como un tomate.

—¿Cómo podéis creer que voy a contaros algo tan íntimo?

—Porque esas cosas no nos suceden a todas y necesitaremos motivación para no sentirnos miserables al follar con lo que nos toca.

—No tienes arreglo, Rach.

Negó con la cabeza y contó el dinero, luego juntó los labios y los hizo sonar para detener un taxi.

—Las chicas de Brooklyn a su casa, las que vamos para el Village y el barrio Chino, nos quedaremos aquí. Mañana te llegará a la oficina lo que elegiremos para ti.

Nos guiñó un ojo. Grace negó con la cabeza y terminó de meter las bolsas al taxi.

—Rach...

Me agarró por los hombros y me miró severa.

—No le hagas caso a esa amargada. ¿Quién le monta sindicatos a ella cuando se enreda con los de la oficina?

—Te oí —reviró Grace desde el taxi.

—Me alegro un montón, aguafiestas.

—Gracias por este día.

—Nada de gracias, me las darás cuando me llames a pedirme que te busque alguna pomada porque te escuece el coño.

—¡Qué guarra eres!

Nos abrazamos y me despedí de las chicas.

Parecían más emocionadas que yo. Si eso fuera posible.

9. ¡Ay dolor!



Esa misma noche deseé que volviera para pedirme perdón y que me hiciera el amor. Era una droga que me aliviaba y me torturaba en proporciones iguales. Me encerré en mi cuarto, sentada en el suelo y recargada contra la cama me quedé mucho rato. Rebuscaba en su actitud y sus palabras la verdadera razón de su presencia esa tarde. Además, deseaba con fervor que ello significara que un fin de semana sin saber de mí fue más que suficiente para estar seguro de que me amaba, de que era la mujer que quería en su vida y que lucharía, incluso, contra el tirano de su padre por nosotros.

A pesar de todo, era más consiente que nunca de que eso no pasaría. Sus manos tomando esa mano, sus labios besando esos labios. No podía quererme y besar a otra, no podía ser yo la mujer de su vida si salía en plan romántico con otra. No. Marc no me quería más, a menos de que tuviera alma de jeque árabe y planeara montarse un harem. Que en todo caso yo no haría parte de él por más que ese imbécil me desajustara las rodillas. Yo lo quería mío, mío y de nadie más.

Aunque también estaba la posibilidad de que quisiera montarse un trío (no de guitarras), no digo que le vinieran cosas raras en la cama. Bueno, en realidad en la cama con él, la palabra “raro” no podría jamás ser usada. A Marc le iba lo sucio, lo indecente (en el buen sentido) sexo puro. Pero tampoco estaba en mis planes un trío, menos donde yo no tuviese el papel protagónico.

Sinceramente, lo del trío me daba más alivio. Aunque la realidad era mucho más cruda y dura. Marc me había cambiado por otra y yo ni me di por enterada. No supe en qué momento la Paloma que le daba viento fresco a su vida dejó de ser suficiente. Sin embargo, la culpa si me estaba acusando por los rincones. La voz de mi conciencia le pedía a mi cabeza que me recordara las veces que no quise quedarme en su apartamento cuando era fin de semana y ambos teníamos trabajo por adelantar. Le decía que nos entretendríamos con otras cosas y el lunes íbamos a querer matarnos porque por andar de tortolitos o despatarrados y desnudos sobre la cama el trabajo se había quedado en

último lugar. Que no nos hablaríamos en muchos días y que cuando se nos pasara la agrura nos veríamos para follar sin tener que pronunciar una sola palabra. Solo gemidos y gritos de placer.

Es que ya nos había pasado antes y así lo arreglábamos. Qué no podría arreglar el sexo. Hasta la guerra, aunque con Marc yo podría jurar que algún día uno de sus polvos me mataría. Muerte dulce y heroica la de morirse a polvos (bien echados).

Así que mientras recordaba cómo me moría y revivía a polvos, lloraba a mares. Que ya tenía el mío propio e iba a llamarle *mar herido*. Una genialidad. Si existe el mar muerto por qué el mío no iba a llamarse mar herido compuesto por mis lágrimas.

Vale, dime que pare cuando me ponga patética por favor.

Yo era culpable y esa idea no me la iba a quitar, ni yo ni nadie, de la cabeza. Mi trabajo se ponía por encima de él muchas veces. El suyo también, es verdad. Pero siempre me hacía un huequito para vernos, para decirme que llevara la cena, que le esperara en su piso solo con las medias puestas y oliendo a pasta de tomates mientras cocinaba para ambos. Es una verdad tan grande como mi casa que Marc trabajaba demasiado y sin embargo me incluía en sus fines de semana hasta que el asunto se complicó hace algunos meses...

Lo que intento decir es que también pude hacer ciertas excepciones. Llegar antes (que podía) de las firmas de libros con los autores. O llevarme la computadora y trabajar en el sofá mientras él se reunía en el estudio con Ben. Fuera como fuera no se quedarían toda la noche y cuando salieran yo estaría ahí, le daría un beso y le invitaría a la bañera a relajarse. Se la comería mientras y luego iría a la cama satisfecho.

Esa Paloma fui pero no sé qué narices me pasó. La maldita monotonía que es peor virus que la peste negra.

«Científicos del mundo cread una jodida vacuna para la monotonía. Gracias»

Era mi culpa. No se hablaría más del asunto.

El viernes de esa semana mi hematoma era mínimo y Salomón ya no soportaba mi humor de perro rabioso.

—¿Saldrás hoy con las chicas?

—¿Me ves ganas de querer irme de fiesta?

La vibración de la mesa me sobresaltó. Salomón la golpeó con las palmas abiertas.

—¡Estoy harto! Me tienes hasta la coronilla, Paloma. No te aguanto más.

Me quedé mirándole fijamente. Las pupilas me temblaban, las lágrimas se me acumulaban porque el único capaz de soportarme, estaba harto de mí. Yo también estaba harta de mí y no había manera de enviarme de vacaciones.

—Joder... perdóname cielo. No quería. Soy un imbécil.

Me atrapó entre sus brazos y mi llanto se desbordó. Llevaba toda la semana sufriendo en silencio la ausencia de Marc. Y necesitando un abrazo, que si lo hubiese buscado lo habría recibido. Pero yo quería seguir demostrando que ya era grande para esas cosas y que estaba la mar de bien. La verdad verdadera era que en cuanto abrí los ojos esa mañana lo tenía claro, se cumplían ocho días sin él y ese día estaba más frágil. Iba a ser más fácil olvidarme de mi nombre que de esa fecha fatídica.

—Salo, ¿qué hice mal?

—Nada mi Churri —me acarició el pelo mientras me apretaba a él—. No te permito que te sientas culpable por nada.

—Pero es que yo...

—Paloma, aquí la única verdad es que ese capullo se burló de ti. Nada, absolutamente nada justifica una traición.

—Lo sé. Pero quizá algo hice mal. Si tan solo lo supiera podría cambiarlo y Marc volvería conmigo.

Salomón fue delicado pero firme al agarrarme por los hombros y separarme de él.

—Espero que esto que dices sea un lapsus a causa de lo que estás sintiendo.

—¿Un lapsus? Salomón, si es que me falta el aire desde que Marc no está —declaré acongojada.

El rostro de Salomón, literalmente, se desfiguró. El gesto que puso llegó a asustarme, más cuando apretó mis hombros e intentó zarandearme.

—¿Te estás oyendo? —rebufó—. ¡Por Dios, Paloma! Deberías estar odiándole, deseándole la hoguera. No diciendo que te falta el aire. Suenas como una yonqui.

Me solté violenta de sus manos y agarré mis cosas.

—Pensé que tú lo entenderías. —Sé que lo miré con desprecio y decepción. Pero su mirada fue de preocupación.

—Paloma, ¿adónde vas?

—Lejos de vosotros —espeté y salí de allí.

Empezaba a huirles, no sé si era porque entre ellos me sentía atacada o

porque me recordaban mejores épocas, aunque la verdad es que toda Nueva York me lo recordaba así que el problema era yo y bien haría si me iba lejos.

Caminaba el par de calles que debía andar hasta la estación del metro, dejando atrás las estupideces que estaba diciendo Salomón. Me había tratado como a una adicta. Tenía el corazón roto ¿era tan difícil de entender? Me entretuve pensando en que alquilaría una peli clásica en la tienda de víveres y me llevaría dos tarrinas de helado. También tenía otro plan y era el de empezar una serie nueva, Grace había puesto Netflix en casa, no había querido navegar por esas aguas porque me conozco muy bien, iba a terminar haciendo «Binge^[3]» como resultado pasaría el fin de semana en pijama, no me bañaría, comería compulsivamente y tendría los ojos más rojos que si fumara cannabis.

Eso era demasiado bajo incluso para mí.

Cruzaba por un Starbucks cuando lo vi pasar. Iba con Ben. Su amigo me vio pero yo le rehuí y terminé preguntándole la hora a un chico que pasaba. Ni siquiera le escuché, mis sentidos estaban clavados en su rastro. En su forma de caminar, en cómo sacó el móvil del bolsillo y tecleó un par de cosas. En que antes de cruzar se pasó las manos por el pelo para acomodárselo como si no fuese engominado. Pero yo lo conocía bien; seguramente estaban hablando de un tema espinoso, era su gesto para desviar la mirada. Luego miraría el reloj y enseguida nombraría algún tema nuevo para desviar la atención. Había pasado mucho tiempo mirándole, detallando cada cosa tan suya, sus manías, los gestos al hablar, la forma de escribir, sus movimientos gráciles al caminar, hasta el sonido de sus gemidos al empujar entre mis piernas.

¡Dios! Marc lograba subirme y bajarme como en una montaña rusa sin importar si lo amaba o le deseaba la castración con un cortaúñas.

No me preguntaba qué hacía por ahí porque lo sabía bien. Trabajaba en Times Square y vivía sobre la Quinta Avenida. Detestaba conducir a esa hora y prefería caminar a casa. Iba a su casa con Ben y solo podía significar que tenían trabajo acumulado y que yo podía aparecer con la cena y esperar a que...

Ya no sería yo, eso estaba clarísimo. Y también lo estaba la corriente de calor que me subió en ráfaga por el esófago, quemándome. La bilis me danzaba en la garganta y me dieron unas ganas locas de llegarle en la noche a eso de la una de la madrugada para comprobar si la fulana esa también le esperaba para rematar después; que si era así y los encontraba en plena faena no era responsable de mis actos.

¿Sabes que hice?

Me entré al after office se siempre y me bajé dos chupitos de un tirón. Me lo imaginé follando y ese fue motivo suficiente para pedir dos más. Las escenas se recreaban en mi cabeza tan reales que podría jurar que me encontraba en el cuarto viéndolos follar.

La rabia me ardía en las venas y en las entrañas. Pagué los últimos dos porque no me quedaba más efectivo y debía pasar por el cajero.

«Maldito seas Luciano que por tu culpa vivo peor que si pidiera limosna».

Me obligué a llegar a Central Park para tomar el metro e irme a casa. Ya buscaría un cajero o algún local donde pudiera pagar con tarjeta por alguna botella de algo que supiera a alcohol. Me importaba nada que me achicharrara el hígado, yo necesitaba no sentir algo, en absoluto, por Marc ni amor ni odio, ni celos ni ganas. Nada.

El viaje se me hizo eterno, ya iba yo con ganas de montarle un pollo al primero que me mirara, pero me obligué a calmarme y repetir como un mantra que eran los mismos cuarenta minutos de los últimos seis años. Que el metro no tenía la culpa y que por el contrario me hacía el grandísimo favor de sacarme de Manhattan, bastante lejos del aire viciado a Marc.

Compré una botella de tequila en la tienda y un paquete de patatas fritas. Pero al llegar a mi calle perdí el entusiasmo. Tres coches que conocía bastante bien, me contaron que mis amigas estaban allí, Salomón incluido, seguramente en algún concejo extraordinario pro: «salvemos a la pánfila de Paloma».

Apreté los ojos. Nadie respetaba mi intimidad. Todos se creían con derecho a opinar acerca de mis sentimientos como si fuese algún foro y no, eran míos. Si no les gustaba verme mal que no me miraran, pero yo tenía derecho a que me dolieran hasta las entrañas porque era el amor de mi vida el que me había dejado. El hombre del que me enamoré como una kamikaze, yo tenía todo el derecho a llevar mi duelo como me viniera en gana y si no quería verlos no podían obligarme.

Me detuve con la firme intención de devolverme, sin tener idea de para dónde coger, pero sí muy lejos.

—*Ciao bella.*

La botella estuvo a nada de caer al suelo.

—¡Marcelo vas a matarme de un susto!

Sonrió pícaro y me dieron ganas de patearlo. ¿Por qué tenía que parecerse tanto a Luciano?

—Qué va, tú ya estás curada de espanto.

—Si lo dices por el engendro que me tocó de hermano, curada no estoy. Traumada sí.

Negó con la cabeza y me pasó el brazo por el hombro. ¿Desde cuando éramos amigos?

—Venga, te dejo en casa a salvo de mí.

—¡No!

—¿No?

—Es que no quiero llegar a mi casa.

Alzó las cejas.

—¿Cada viernes te pasa lo mismo? Seguro que viene alguien que te cae mal.

—No es eso, bueno, en realidad todos los que están ahora mismo en casa han hecho méritos. Pero es que no me apetece verles hoy, es todo.

—¿Adónde irás y con ese tequila?

Casi presagí que venía una monserga de las de mi madre.

—Pues...

—Digamos que te recibo en casa, que te preparo la cena antes para que no te dé tres vueltas y caigas como un pollo...

—No tienes qué...

—Tengo, porque hay demasiado que nos une como para darme el lujo de desampararte. Pero no es gratis, a cambio me dirás por qué huyes los viernes de casa.

—Sé buen amigo y no me hagas preguntas, ¿sí?

—Paloma, los amigos no se hacen preguntas solo cuando ya se conocen y entonces empiezan a intuir lo que pasa. Tú y yo no nos conocemos y tampoco somos amigos, amigos... ¿es un trato?

Suspiré con pesadumbre. Lo único que me faltaba era tener que contarle a un extraño mis penas de amor.

—¿Podré quedarme hasta mañana?

—Puedes mudarte de tiempo completo si es necesario.

Y me sacó una sonrisa, la primera espontánea de la semana.

«De los extraños que no lo parecen, líbrame Dios. Que de los conocidos me libro yo».

Cruzamos la calle y usando su cuerpo de escudo llegamos hasta su casa. Adentro todo olía muy bien y ya no había polvo. Justo recordé que prometí llamar para que vinieran a limpiar su casa.

—Soy la peor casera del mundo, olvidé pedir que vinieran a limpiar.

—Imagino que pensar en que no llegue el viernes se lleva todos tus esfuerzos.

—Marcelo, no te burles de mí.

Se carcajeó y dejó el abrigo en el perchero. Le imité y pasamos al salón.

—En las mañanas me queda algo de tiempo y he podido limpiar.

—¿Cómo va ese proyecto?

—Ya es más que un proyecto solo quedan algunos detalles por concretar. ¿Vienes?

Ya me había acomodado en el sofá, pero él se estaba doblando las mangas de la camisa. Asentí y le seguí a la cocina. Creo que si Alda hubiera entrado no habría reconocido su cocina de más de cincuenta años. A pesar de que el alicatado era el mismo blanco con cenefa a media altura y algunos toques de rojo, la distribución había cambiado, tenía un mesón más grande y estanterías con una surtida despensa de verduras y frutas.

—¿Qué pasó aquí?

Marcelo se movía buscando en la nevera y las alacenas. Dejó unos tomates junto a la tabla de picar y llenó una olla con agua que luego puso al fuego en una estufa que mi madre desearía tener.

—Hice algunas reformas para sentirme cómodo. Estaré aquí un buen tiempo y prefiero adecuar el espacio a mí, no suelo acoplarme fácilmente.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —Estaba realmente sorprendida de verlo moverse por la cocina, parecía ballet. Era coordinado, giraba, se agachaba o estiraba para sacar utensilios. Es más, cortaba vegetales como un chef experto. Un poco como Gordon Ramsey y no exagero.

—Mi abuela, esto es el resultado del castigo que me impusieron mis padres.

—¿Eres Chef?

—Soy un montón de cosas y a la vez no soy nada, ayúdame con la ensalada. La lechuga no la cortes con cuchillo, rasga con los dedos así no se oxida pronto.

—¿Por qué evades mis preguntas?

—Tú eres la que desvía el tema. Me debes una confesión.

Dejé caer los hombros. ¿Era completamente necesario exponer mis heridas a un hombre que solo tenía curiosidad?

—Marcelo, es algo personal. No sé si...

—Dilo. No voy a juzgarte... si no es necesario. —Me guiñó un ojo y un

aleteo me recordó que tenía estómago.

Tomé aire, profundo y largo y lo expulsé despacio.

—Tengo el corazón roto. Vi a mi chico con otra.

Marcelo dejó el cuchillo sobre la mesa, se limpió las manos y dos segundos después ya había destapado el tequila y servido un par de tragos.

—Hasta el fondo.

Brindamos, el licor me quemó la garganta pero me quedó una sensación de calor que me hizo coger impulso. Iba a contárselo al mejor amigo de mi hermano el macarra sin remedio. Qué Dios me agarrara confesada.

Cuando terminé de contarle con pelos y señales cada detalle de mi relación con Marc, ya habíamos cenado el mejor plato *de vermicelli con le vongole* que habría probado en mi vida. A mi madre le quedan de rechupete tiene la receta de su abuela, pero la de Marcelo logró conectarme con Italia, trasportarme a las noches de Livorno en las que corría una brisa cálida de verano y la casa olía a salsa, a pasta y a mar. Quizá no era solo la comida, era también Marcelo y su acento natural, sus gestos, sus manos con las que también hablaba. Que se reía como un niño o que juntaba las cejas y se veía muy sexy. Aunque verle comer con tanto gusto era afrodisíaco. Era todo, su casa, su comida, su aspecto, él.

Se lo conté todo como si fuésemos amigos de toda la vida. Mejor que si se lo estuviera contando a Salomón. No sentía demasiada vergüenza o vulnerabilidad. Tampoco fue como beber agua, me costó lo mío reconocer que amé tanto a Marc que por alguna razón había dejado de ser yo y que era exactamente por eso que me sentía mutilada en mi autoestima. Yo era su Paloma, no era mi Paloma. ¿Entiendes?

Su Paloma, su llamada de emergencia, su chica de fines de semana, su cocinera para las reuniones con amigos, su confesor, su, su... un posesivo que sin complemento no dice nada. Como yo misma que sin Marc ya no sabía quién era.

Cuando terminé de hablar también se había acabado la botella de tequila y el reloj marcaba alguna hora de la madrugada que mi visión nublada no lograba enfocar.

—Lamento que tuvieras que escuchar todo esto.

Intenté levantarme pero las piernas no me respondían adecuadamente. Había bebido para desmayarme.

—No sabes lo que me ha hecho tu descripción escatológica. Qué fuerte ha sido esa relación con el tal Marc.

—No se lo vayas a contar a mi hermano, por favor.

—¿Por qué se lo contaría?

—No lo sé, sois amigos.

—Pero le tengo aprecio. Jamás querría saber estas cosas de mi hermana ya no la vería con los mismos ojos. Y sé que si Luciano llega a enterarse, tampoco me las diría.

—Tampoco es tan malo.

—Si yo fuera Luciano, te encerraba en un claustro de contemplación.

Se carcajeó y se puso de pie. No me creerás esto pero estaba fresco como una lechuga. Yo apenas si lograba coordinar la lengua con el cerebro para no parecer imbécil.

—Ayúdame a llegar a mi casa.

—Nada de eso —me levantó en brazos y enfiló hacia la escalera—.

Deja que tus amigos sufran un poco más, se lo merecen.

—No deberías caerme bien.

—Somos inevitables, Paloma.

Se me puso la piel de gallina.

10. Mi Cita



Rachel me compró un precioso conjunto de lencería de encaje negro. En cuanto lo saqué de la bolsa quise ponérmelo y pedirle a Salomón que me hicieran un montón de fotos porque si lo quería me podía sentir como un ángel de Victoria. Y las mejores se las enviaría a Marc algún día si no funcionábamos como pareja, de regalo de despedida de soltero. Así le quedaba muy claro de lo que se perdía.

Contrario a lo que creí, el día se pasó en un suspiro y tuve poco tiempo para pensar en Marc y la cena de esa noche. A eso de las cuatro y media recibí un mensaje diciéndome que la cena se confirmaba y justo ahí me entró el pánico.

No había llevado una muda de repuesto pero esa mañana había elegido a conciencia vestirme tanto para ir un café informal como para una cena en un restaurante gourmet. Una blusa blanca que me encantaba y una faldita en línea A en azul rey que me llegaba justo a mitad de pierna. En los pies una sandalias cómodas a pesar de los diez centímetros de tacón que se gastaban. El calor ya empezaba a ser mi amor/odio de cada año. La única gran duda era la de ponerme el conjunto de lencería y no porque me faltaran ganas sino porque al hacerlo confirmaría que iba con la determinación de saltarle encima a Marc o a servirme yo como plato principal y por más que le tenía unas ganas de muerte; no quería que se notara que iba tan preparada.

—*Churri* acabo de revisar las imágenes de mañana, estás muy inspirada con los textos.

—Es mi trabajo.

—Ya. Tanto como para que diga «placentera sensación de estremecimiento» en un libro de asesinatos. Creo que voy a tener que mandarte a hacer un test psicológico.

—Eso despierta interés, los lectores querrán saber por qué esa elección de palabras y así comprarán el libro. ¿No es cumplir con mi trabajo?

—Lo que tú digas. Pero si quieres un consejo no te pongas esa lencería hoy.

Me tomó un par de segundos asimilar en qué momento había cambiado el tema de nuestra conversación y cómo Salomón me leía la mente. Luego me di cuenta que él me observaba mientras yo mantenía la vista fija en la bolsa a rayas rosas.

—¿Por qué no?

—Por dos razones. La primera es que no te pones lencería negra si vas con blusa blanca. La más importante, que ningún hombre se cree que las mujeres vais con sujetador y bragas a juego por la vida.

—¿Y eso lo sabes de tus años de hetero?

—Entre otras cosas. Y si el Marcus ese tiene más de tres dedos de frente, adivinará al instante que elegiste lo mejor de tu lencería «por si las moscas».

—Es Marc.

Sonrisa ladeada. Me estaba picando.

Negué con la cabeza y me levanté para guardar la bolsa en un armario. Me disponía a irme a buscar café cuando entró Jake.

—Chicos, necesito que me ayudéis con algo de último momento. La imagen que elegimos para la portada de Jane es muy similar, por no decir que idéntica a una que publicaron hace un mes en la competencia. Tenemos menos de dos horas para encontrar una que refleje lo mismo, toda la publicidad debe cambiarse para mañana. ¡Esto es una locura!!

—Me pongo con la búsqueda de la imagen.

—Gracias Salomón.

—Yo pensaré en un plan B, Jake.

—No sé qué haría sin vosotros, chicos.

Jake salió. Miré a Salo y confirmé que a ambos nos sorprendía la repentina efusividad del jefe. Estábamos avanzando.

A las cinco treinta Marc llamó, le pedí que me diera hasta las seis porque estaba con algo de último momento y como me lo debía, pues accedió.

—¿Qué me tenéis?

Salomón le enseñó la pantalla de su ordenador.

—Nada demasiado original. Lo correcto sería hacer un estudio, pero estamos sobre el tiempo.

—¡Imposible! Modelos, locación, lluvia. No —su mirada se clavó en la mía, era su esperanza—. Dime lo que sea que tengas en mente, Paloma.

Apreté los labios, me lo pensé unos segundos antes de decirlo.

—Mi plan B es cubrir la imagen de la portada de las promociones. Que

sea un misterio. Solo damos el título y la sinopsis. Será una inversión extra, pero podríamos sortear un ejemplar haciendo una actividad con los lectores. Algo como que por medio de adivinanzas se va revelando la portada. Así nos da tiempo a pensar en una nueva portada mucho más original.

Lo dije. Ya sabía yo que si era muy descabellado podría ir recogiendo mis bártulos en una caja con el logo de la editorial que sería el último recuerdo que tendría de ellos. Mi trabajo era dar soluciones.

—Paloma —ahí iba, esa pausa para tragar no me presagiaba nada bueno —, es una locura y sin duda ese gasto extra lo asumiremos en este departamento, pero me temo que es lo mejor que tenemos dado que estamos a menos de doce horas del inicio de las promociones y los medios ya tienen el material. Lo comentaré con Jane y con mi jefe. ¿Podéis quedaros un rato más?

—Claro —respondió Salo por ambos.

Jake salió, yo me relajé en la silla.

—Eres una cajita de sorpresas. —Salo se acercó a masajearme los hombros.

—No lo soy, es un recurso rebuscado.

—Es marketing, *churri*.

El reloj marcaba las seis treinta cuando Jake volvió, había pasado los minutos enviándole mensajes de disculpa a Marc y él solo respondía que estaba bien.

—Lo han aceptado, estamos salvados. Serán los de diseño quienes no duerman hoy. ¿Cómo no se les ocurrió dar un vistazo?

—¿Sobrecarga de trabajo? —dije con socarronería.

Jake sonrió. ¡Sonríó! Acababa de sacarle una sonrisa a mi jefe, iba a poner un *post-it* con fecha en la nevera para verlo cada mañana.

—Podéis iros a casa y llegar tarde mañana o no venir.

A Salo y a mí se nos escapó una carcajada. Jake se marchó a su despacho y nosotros pusimos pies en polvorosa, ambos estábamos postergado citas. Él con Greg, yo con Marc.

Mientras salía del edificio le marqué para saber adónde llegar.

—Hola, por millonésima vez, lo siento.

—Por millonésima vez, no pasa nada. ¿Ya sales?

—Sí, dame la dirección y ya nos vemos.

—Claro. 1745 de Broadway.

Junté las cejas, apenas atiné a dar un paso delante de las puertas del edificio.

—Yo trabajo en el 1745 de Broadway.

Se le escapó una risa que escuché en el teléfono y casi detrás de mí. Me di vuelta y ahí estaba.

—¡Marc ¿qué haces aquí?!

Tenía las manos en los bolsillos de un pantalón gris a juego con el saco, simplemente se encogió de hombros y elevó una ceja. Con eso tuve para que una corriente de electricidad me barriera completa. Ese hombre era mi kriptonita. Apagó el auricular del Bluetooth y se lo guardó en el bolsillo.

—Te he estado esperando desde las cinco.

—Lo lamento, no pude...

—No pasa nada. Tuve tiempo de beberme un café mientras ojeaba el Times.

Me indicó que avanzáramos unos cuantos pasos hasta su *Mercedes-Benz* estacionado al borde de la acera.

—¿Cómo estuvo el juicio?

—Ganamos, de no ser así no estaría aquí. Pero estuvo complicado, en estos casos el dinero que está en juego es determinante y créeme que es una batalla sucia. Ahora viene la custodia de los hijos pero ese asunto ya no me compete.

Me picaba en la lengua la pregunta. Quería saber el motivo de que se hiciera abogado de divorcios. Su padre era un internacionalista de prestigio y según mencionó Salomón, a ese bufete lo buscaban más por derecho penal que por otros asuntos.

—Enhorabuena.

Elevó las comisuras de los labios y me abrió la puerta enseguida. Le vi rodear el coche, ver es poco descriptivo, me deleité con cada paso que dio, pasos largos, la mano en el botón del saco listo para desabrocharlo, la mirada elevada, el garbo para fijarse antes de girar el cuerpo... un orgasmo visual hubiese dicho Rachel.

—La intención es cenar, pero tengo algo antes y debo hacer acto de presencia al menos unos minutos. ¿Está bien para ti?

—Depende de lo que sea, no tengo idea de leyes.

Le escuché sonreír, bueno, las sonrisas son mudas, pero no imperceptibles.

—Es el cumpleaños de mi hermana, le he comprado algo y debo entregárselo. Solo es saludarla y nos vamos.

¿Qué cosa había dicho? Iba a llevarme a un lugar lleno de gente que le

conocía, su hermana incluida y ¿cómo iba a presentarme, la chica que he visto tres veces?

—No hay problema si debes quedarte más, podemos vernos luego.

—Nada de eso.

—Pero es tu hermana, tu familia...

—Es mi hermana que tiene una fiesta organizada por sus amigos. Mis padres le harán una cena el fin de semana pero no creo que pueda ir así que mejor voy hoy, le doy un beso y cumplo con hacer acto de presencia.

Tomó hacia la Quinta Avenida y enseguida me pregunté en qué me estaba metiendo.

—Debo pasar por casa primero, estoy demasiado formal y no quiero que me arme una escena por ser tan acartonado. Ya te darás cuenta cuando la conozcas.

—¿Vas a presentarme? —Iba a hiperventilar.

—Claro, ¿qué pensabas? No te quedarías en el coche. Además, estás demasiado guapa hoy como para no hacerlo notar.

Me sonrojé hasta las pestañas.

—¿Quién debo decir que soy?

Me miró con el ceño fruncido.

—Paloma DeLuca, Community Manager de la editorial...

—Me refiero a cómo debo presentarme respecto a ti.

Quitó la mano derecha de la palanca de cambios y tomó la mía que descansaba sobre el borde de mi faldita azul. Temblé como hoja al viento.

—Deja que me encargue yo, ¿vale?

Le miré por entre las pestañas mientras él me guiñaba un ojo y sesgaba una sonrisa.

«Marc, por favor. Que seas más de lo que viniste a ser en mi vida, porfi».

Unos quince minutos o veinte, no los conté, eso tardó en llegar al MET y estacionarse en el edificio de enfrente.

—A veces no consigo lugar en toda la calle. —Me ofreció el brazo y caminamos hasta la entrada del 1001.

Abordamos el elevador hasta el piso sexto, Marc recibió una llamada de un tal Ben y yo un mensaje de Rachel, pero no me tomé la molestia de leerlo; ya me imaginaba lo que diría.

El recibidor de su piso estaba decorado con unos espejos, fotografías y mobiliario moderno y oscuro. Por encima se notaba que un hombre vivía allí,

aunque, se me hizo frío. Como si acabara de entrar a un almacén de muebles, juraría que algunas sillas no habían sido usadas por primera vez. Algunas fotografías y cuadros. Un eterno gris predominaba y no me gustaba nada. Yo en casa tenía paredes color menta, mesas de madera sin tratamiento y un par de sillas Acapulco que me parecían preciosas. Si ese día hubiera llevado a Marc a casa habría jurado que hice reciclaje de los muebles viejos de mis vecinos.

«Un toque de rojo no estaría mal, también azul y unas flores...».

Vale, ya estaba poniendo mi toque y era la primera vez que entraba. La patética de Paloma.

—Ponte cómoda, no me tardo más de quince minutos. Si te apetece beber algo o comer pasa a la cocina. —Le vi desajustarse la corbata y zafársela con tanto estilo que de buena gana me habría ofrecido a desnudarle.

—Gracias.

Lo vi irse por el pasillo del recibidor y solté el aire contenido en mis pulmones. En realidad estaba frunciendo también el estómago porque Marc me traía por las aguas del purgatorio.

Aguardé cinco minutos sentada tecleando mensajes en la Blackberry para que mis amigas me dejaran en paz, con la excusa de que podrían dañarme un orgasmo con su insistencia. Realidad cruel la de saber que esa noche no sería; Marc me había llevado primero a su piso eso era una señal. Un letrero como los de carretera de grande que ponía: «Esta noche no follaremos» luces incluidas. A los cinco minutos ya necesité levantarme a husmear un poco entre las fotografías pero terminé en la ventana admirando la vista lejana de los edificios y de Central Park.

—¿Vamos?

Me di vuelta, luego entré en otra dimensión. ¿Dónde estaba Marc? Porque el que salió no se parecía al que acababa de ver. Algo tenía su armario aparte de ropa de diseñador, quizá la próxima vez salía Chris Evans modelando unos bóxer de Calvin Klein.

Los hombres en traje me atraen como miel a las abejas, vale, a los que les queda como un guante, por dar un ejemplo, como el traje le sentaba a Marc. Pero cuando ese caballero se quitaba la armadura y se vestía de calle; había que amarrarse las enaguas antes de que escaparan en su dirección. Usaba vaqueros oscuros un suéter delgadito color crema y cazadora de cuero. Que ya era suficiente la revolución de hormonas que me había armado con los vaqueros como para sumarle botas y chupa. Allí supe que debí ponerme la lencería y tirármele encima.

El olor a chico malo era mi droga.

—Ahora siento que estoy demasiado formal.

—¿Qué quieres quitarte? —Ese tonito seductor me hizo la boca agua, bajé la mirada a mis pies y moví los dedos mirando mis uñas pintadas de verde menta.

—Ahora mismo no podría quitarme nada, aunque, podría ir desnuda si no tienes problema.

Me tomó la mano para guiarme a la salida.

—Vamos antes de que eso suceda porque entonces sí que tendría un problema con que salieras desnuda.

—¿Y cuál es? —pregunté coqueta.

—Que me entrarían ganas de hacer un acto exhibicionista más detallado y placentero.

Me reí con ganas.

—Te llevas la corona al eufemismo del año.

—Intento ser un caballero. —Me guiño un ojo y entramos al elevador, de la mano.

—Solo que has revelado tus intenciones.

—Bueno, hay un par de piernas que me tienen en pecado mortal desde aquella noche en el bar.

Me sentí poderosa, infinita. Las ganas eran compartidas.

—Suenas a que la has tenido muy en mente.

—Puede que ahora hagan parte de mis fantasías —susurró a mi oído y un escalofrío me despertó los poros. Podríamos devolvernos a su piso, estábamos a tiempo.

Con su mano apretando la mía, salimos y Marc pasó por el coche solo para buscar el regalo que le llevaba a su hermana.

—¿Iremos caminando?

—Sí, sus amigos me han hecho un favor al hacer la fiesta en el MET.

¿El MET? El mismo que estaba viendo frente a mis ojos. Yo sabía de eventos formales en el museo no de fiestas de cumpleaños.

—¿Estás seguro de que es el lugar?

—Es en la terraza, hay un bar se llama algo así como Margarita Bar o Bloody Mary... No lo recuerdo es el nombre de un cóctel.

—Te juro que solo estuve una vez en la terraza del MET y llevaba uniforme de instituto.

—Es bueno que sea quien te lleve a redescubrirlo, aunque me gustaría

verte con ese uniforme.

Entramos, Marc hizo una donación a modo de pago por entradas y tomamos camino hacia la terraza.

—Martini Bar, le atinaste al nombre. —Le puyé el brazo.

—Reemplacé la ginebra por tequila y vodka.

Nos reímos, yo estaba muy nerviosa. Las manos me sudaban, aún más la que él llevaba agarrada y me estaba dando vergüenza.

La vista era preciosa, un Skyline de Manhattan impresionante junto a la vista panorámica de Central Park.

—¿Te gusta?

—Es preciosa, hace que ames más a esta ciudad.

—Ven, vamos a salir de esto pronto.

Nos abrimos paso entre las personas que pululaba por la terraza. Su hermana debía ser muy popular.

—Es ella, la que lleva ese ridículo disfraz de banana.

Ella lo vio casi enseguida y sonrió ampliamente, se acercó para abrazarlo.

—Mira que has dejado de ser un pijo solo por mí.

—¿Por qué te has puesto esto?

—¿Cómo si no van a felicitar-me? Es una gran idea, así no me pierdo entre tanta gente.

—Quiero que conozcas a Paloma.

Marc no mencionó etiquetas, pero algo brilló extraño en los ojos de su hermana antes de mirarme con detenimiento.

—Hola, encantada de conocerte. Soy Tessa Shannon.

—Paloma DeLuca. Enhorabuena por el cumpleaños.

Tessa juntó las cejas.

—Dime que Luciano DeLuca y tú solo tienen en común el apellido.

Marc alzó las cejas mientras reía y negaba con la cabeza. Yo me sentí levemente incomoda. Qué tal que mi hermano le debiera un montón de dinero o que le hubiese roto el corazón, que lo tuviese marcado en una lista negra o le tirara dardos a su rostro puesto en un tablero.

—Te equivocas Tess, tienen en común un montón de ADN. —A Marc le hizo gracia decirlo.

—¡No te lo puedo creer! —Me abrazó efusiva y me plantó dos besos en las mejillas—. Yo bebía los vientos por él. Nunca conseguí tanto como quería, tenía su séquito de chicas que no lo dejaba ni a sol ni sombra. Pero una noche

mis amigas y yo nos colamos en su dormitorio, había una fiesta, le robé la camisa que usó esa tarde en un juego y no me creerás si te digo que la tengo colgada en mi estudio. El día que consiga que me la firme, moriré feliz.

—Vaya...

—¿Puedes hacerme ese regalo de cumpleaños? —Me puso morritos y se me arrugó el corazón—. Sé que acabo de conocerte, pero te juro que nunca me ha gustado tanto un chico.

—Yo... verás, Luciano está fuera de la ciudad y no tengo idea de cuando regrese; pero en cuanto lo vea intentaré que puedan conocerse.

—¡Oh Paloma, eres un sol! Creo que ya no me importa lo que me traes en esa bolsa, marciano, esta chica es lo mejor que has podido conseguirme.

—Es mi cita, no la tuya.

¡Jesús! Lo dijo, me dio una etiqueta. «Mi cita» el piso acababa de desaparecer bajo mis pies y en su reemplazo una nube. Nunca agradecí tanto ser hermana de Luciano.

—No me importa, te la robo porque hay un montón de información que quiero saber.

Me tomó del brazo, Marc me guiñó un ojo y enfiló hacia la barra de bar, le vi saludarse con algunos chicos.

—Te voy a presentar a mis amigas, todas querrán escuchar sobre el mariscal que nos humedecía las bragas. —Dio un gritito del tipo animadora de instituto y mentalmente pedí disculpas a Luciano por lo que diría de él en adelante.

Se dio vuelta y empezó a llamar a sus amigas. Esa chica era un tornado, libre y desparpajada. El polo opuesto a su hermano, su cabello azul gritaba rebeldía, su disfraz y su variopinto grupo de amigos. Me presentó a sus amigas, bebimos Margaritas mientras me acorralaban a preguntas. Cosas del tipo: Qué talla de bóxer usa, su perfume, si alguna vez lo vi follando o si su cabello realmente se esponjaba de ese modo.

Terminé inventando una historia para justificar que no sabía de su paradero, me faltó decir que era agente infiltrado de la CIA.

El tiempo pasó volando, mi pobre hermano debía tener las orejas como hierro fundido de tantas veces que le habían nombrado. Y hasta escozor sentía al escuchar a las chicas y sus fantasías con mi hermano. ¿Qué le veían? Vale, un rubito de ojos azules y sonrisa tráfuga. Pero nada de otro mundo.

Me disculpé para ir al baño porque mi vejiga estaba por explotar. Caminaba apretando las piernas y ligeramente mareada, había perdido la

cuenta de los Margaritas luego del quinto.

Me liberé de urgencias y me di un vistazo en el espejo, tenía el pelo un poco revuelto por el viento y los labios al natural pero en las mejillas no necesitaban retoque, siempre he tenido ese rasgo de que las mejillas se me sonrojen naturalmente gracias al clima o mi propio calor corporal así que poco gasto en coloretes.

Di un paso fuera del tocador y allí estaba «mi cita».

—Parece que no te he hecho falta en toda la noche.

—Esperaba a que aparecieras en cualquier momento para salvarme.

Sonrió seductor y se cernió sobre mí, un cosquilleo me recorrió la espalda. Cuando acortó la distancia entre los dos mi respiración ya estaba agitada.

—¿Qué tal ahora? —Su voz grave me entró por el canal auditivo como el primer acorde de una guitarra eléctrica, todo en mi interior reaccionó en cadena a una vibración de sensibilidad.

—Sería un buen momento —susurré pero no porque estuviera seduciéndole sino porque la voz me abandonaba.

—¿Todavía quieres ir a cenar? —Su mano apretó mi cintura muy cerca de mi trasero. Sus ojos verdes brillaban como un prisma al ser atravesado por la luz. Yo apretaba la mandíbula para no empezar a babear.

Lo primero que hice fue encoger los hombros y luego darle una caidita de pestañas.

—Lo que te apetezca más, aún estamos en una cita.

—¿Segura que no tienes que volver a casa antes de las doce?

Su mejilla rozaba la mía, Marc sin traje era ese tipo de hombre que no necesita más que una mirada para que las bragas caigan y no digo que presumiera de *sex-appeal*. Era un caballero y eso no se iba con cada muda de ropa sucia. Podía ser que tanto esfuerzo puesto en mí solo significara que quería meterme en su cama una noche para pasar la novedad; que no estaba mal hacerlo como animales y luego decirnos adiós, con eso me daba por bien servida. Pero el detalle radicaba en que no tuve que darle mi número, ni esperar a que llamara y desilusionarme mil veces durante el camino. Me había regalado conversaciones interesantes, mantuvo intercambio de mensajes de todo tipo, me había enviado setenta arreglos de rosas para pedir perdón, me llamaba para decir buenas noches y me llevaba del brazo luego de abrir la puerta del coche. Eso era mucho más de lo que cualquier otro había hecho para conquistarme porque en alguna ocasión solo necesitaron pagar una

cerveza y darme un guiño para que todo acabara en su cuarto o en el mío sin adioses o «te pido el taxi».

A esas alturas del partido Marc ya se había ganado que yo me abriera de piernas.

—Qué suerte que mi jefe me ha dado libre mañana.

—Qué suerte que también pueda darme esa licencia.

Nos tomó cinco minutos escabullirnos de la terraza del MET sin que nadie se nos cruzara por el camino.

11. Soy la respuesta a tu S.O.S



La cabeza me dolía, el cuerpo, los oídos; era una cosa del demonio y en el infierno seguramente estaba porque la sed que me azotaba no era humana. Al darme vuelta en la cama, todo el cuerpo se me tensó y mi estómago protestó.

Abrí los ojos con dificultad y maldije que las cortinas no cumplieran con la tarea de bloquear el paso de la luz. Miré a la mesita de la derecha buscando mi teléfono y me encontré una nota y junto a ella un vaso de agua con una rodaja de limón dentro. Sonreí porque Marcelo se pasaba de buen vecino.

Me senté, pese a la protesta generalizada de mis músculos y cabeza, y tomé la nota.

Hola, no importa la hora en la que leas esta nota.

Bueno, sí que importa. Te dejé el agua a las nueve y media así que si ya ha pasado más de una hora, tiralala y busca fresca en la nevera.

Por lo demás, quédate cuanto quieras. Regreso a eso de las tres.

Si tienes hambre, come que hay suficiente y no notaré que algún pájaro picoteó mi comida.

PD: Tus amigos volvieron a preguntar a los vecinos por ti, esta mañana.

Tú inevitable, Marcelo.

Quise reírme, pero primero un golpe de electricidad me sacudió la piel. ¿Por qué? No lo sé, solo estaba claro que Marcelo, o no era casualidad o era la definición precisa de dicha palabra.

Comprobé la hora. Solo habían pasado treinta minutos así que me bebí el agua y sin riesgo de mentir, volví a la vida.

Cuando tuve voluntad suficiente, volví a ser persona y le asalté la nevera a Marcelo, me di un pequeño festín con jamón de pavo y pan de ajo. También conseguí una especie de mostaza que me supo a gloria. Tuve la intención de llevarme dos tartas que tenía en reposo, pero sería mejor volver

luego cuando ya les pusiera la cobertura.

Justo a mediodía salí de mi territorio neutral y me acerqué al campo de batalla. Los autos de mis amigos estaban aparcados frente a mi casa, así que no iba a escapar de ellos. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando giré la llave en el cerrojo. Solté un suspiro de resignación y entré como si nada. Era mi casa, era mi vida, mi corazón y mis decisiones y en eso iba a mantenerme hasta el final.

Cinco pasos hay desde la puerta hasta divisar el primer sillón de la sala.

La casa olía a algún guisado, la música sonaba baja, por la elección estaba segura de que Salomón se había encargado. También escuché a la lavadora en pleno proceso de centrifugado y en el aire olor a suavizante. A un paso de conseguir llegar a la escalera, choqué con los brazos musculosos y cruzados sobre el pecho del rey Salomón. Levanté la cara y la suya estaba contraída desde el ceño hasta los labios.

Me di vuelta y allí tenía a Grace, con el paño de Marcelo en la mano. Y a la izquierda, en el salón, Mariah y Sarah.

Estaba en una encrucijada, a dónde me moviera tendría bloqueada la salida. Imagino que esperaban que bajara los hombros y soltara muy resignada que estaba muy arrepentida por no dormir en casa otra noche de viernes. Pues que se sentaran a hacerlo porque era algo que no iba a suceder. Ni un ápice de arrepentimiento me recorría la conciencia. Era mi vida.

—Necesito pasar, Salomón —dije bastante agria.

—Pasarás cuando nos digas dónde demonios pasaste la noche y la de hace una semana. —Rachel lo dijo mientras bajaba la escalera con lo que alguna vez fueron fotos con Marc y que estaba segura de haber tirado bajo la cama.

Se plantó junto a Salomón y me miró inquisidora, ambos. Y podía sentir la misma actitud en los demás.

Pero yo no estaba para sermones, mucho menos de ellos que no tenían autoridad moral, en ese momento, para hacerme algún reclamo; eran los culpables. Ellos accionaron la granada, ellos me dejaron sola... pues sola estaba tomando decisiones.

—Quitaos, necesito darme un baño. —Lo dije muy serena, pero firme en mi actitud.

—Habla Paloma —intervino Grace en tono autoritario. Eso, eso soltó el pistón...

—¿Y si no lo hago qué haréis? —Me di vuelta y les miré uno a uno—.

¿Llamareis a mis padres? Enteraos que hace años que cumplí la mayoría de edad.

—Churri, entiendo que estés enojada con nosotros.

—¿Y por qué cojones estaría enojada con vosotros, Salomón?

Cuando volví a mirarles, ninguno me sostuvo la mirada. Ni Grace que era de quien me lo esperaba.

Resoplé, me di vuelta y fui a sentarme al sofá.

—Espero a que habléis. Os escucho. Decidme por qué debo darles cuentas de mis actos estos dos últimos viernes luego de lo que urdisteis.

—Porque te hicimos un favor, Paloma. ¿O es que prefieres seguir engañada? No me hagas pensar que lo tuyo va más allá del amor y llega a...

—¿Y a ti qué te hace, Grace? —La encaré con más bríos de los que pensé tener—. Si estás esperando a que me arrodille y os diga que sois mis salvadores, estáis perdiendo el tiempo.

—Paloma, debías verlo para creerlo. —Sarah usó un tono más tranquilo.

—¡Perfecto! Tienes un punto. Ahora, decidme ¿por qué me dejasteis sola en ese puto restaurante cuando sabíais muy bien que lo que iba a encontrarme, me mataría?

—Grace estaba afuera...

—Grace estaba afuera porque no soporta a Marc o porque dejarse ver le supondría algún problema con su trabajo... o porque esperaba disfrutarse la cara que Marc pondría.

—¿Qué estupideces estás diciendo? —Grace se me quedó viendo—
¿Por quién me tomas, Paloma? No lo hicimos por él, lo hicimos por ti.

Me levanté como un resorte.

—¿Y yo lo pedí? ¿Os detuvisteis a pensar en lo que iba a sentir? ¿En cómo reaccionaría? ¿No era más sencillo hacer fotos, decírselo a él para que tuviera los huevos de confesármelo y no hacerme pasar por todo eso?

—No puedo creer que ahora nos estés culpando de algo de lo que ese gilipollas en el único responsable.

—¡Ese gilipollas es el hombre que amo! ¿Por qué no puedes entenderlo? Joder. Te ha cegado el deseo de verlo caer, de que terminemos, de mostrarme sus defectos pero tú no has reparado en ninguna de sus virtudes y las tiene, ¿me oyes?

—No hagas esto, Paloma. —Salomón me miró.

—¿Qué? Queríais hablar, pues hablemos. Hablemos de Marc que es el

causante de vuestra amargura. Que nunca os cayó en gracia, que siempre me dijisteis que debía ir con cuidado.

—¡No puedo creer lo ciega que estás!

—¿Estoy ciega por enamorarme de un tío y darle mi confianza, Grace? Perdona, pero eso es el amor.

—Paloma... —Mariah se acercó a mí—. Tienes razón al decir que no pensamos en cómo reaccionarias. Pero dime, ¿no sientes que, a pesar de todo, estás mejor ahora que lo sabes?

—¿Qué es lo que sé? Que Marc tiene otra mujer. Ni siquiera sé su nombre, de donde la conoce o cuánto llevan juntos.

—Eso no es importante.

—Lo es, Rachel. Porque así yo sabría desde cuando las cosas empezaron a ir mal, ataría cabos y dejaría de molerme la cabeza a preguntas que no consiguen respuestas. Tú, mejor que nadie, sabes lo que es vivir en la incertidumbre de no conseguir una razón que te despeje los nubarrones de la cabeza. ¿Alguno de vosotros lo sabe? Tú, Grace. Dime lo que no sé, dime las razones que tuvo Marc para conseguirse a otra luego de nuestro tercer aniversario. O si venía de antes... decídmelo y os juro que arranco la página y sigo con mi vida sin sentir que me han mutilado algún órgano vital.

Les observé de nuevo.

—No tenéis las respuestas, no os hacéis una idea de lo que estoy pasando. Así que no me pidáis explicaciones de lo que hago con mi vida, porque ahora mismo es lo menos que quiero hacer. Seguid urdiendo planes y rompiendo corazones, que yo veré como me compongo el mío.

Y finalmente pude irme a mi habitación a llorar.

Lloré con tanta rabia que acabé tirando cosas al suelo y finalmente me dormí mientras miraba a Marc y a mí en esa foto en la playa. Se me hacía increíble que la felicidad de esos días se hubiese esfumado en un parpadeo.

Me despertó un mensaje a eso de las tres de la tarde. Salomón me pedía levantarme y bajar a comer. De paso me informaba que en el horno estaba mi comida.

Ese mensaje me activó los remordimientos. Me sentía mal por haber sido tan dura con ellos. Pero es que estaba tan dolida que necesitaba drenar... y lo hice.

Bajé a por la comida y me encontré con que Mariah me había traído las bromelias que le pedí conseguir con su amiga la florista. Picoteé un bistec y subí a darme una ducha larga. Finalmente me vestí un overol largo y un suéter

de punto y busqué las herramientas de jardinería. Era momento de darle amor al antejardín de mi casa.

Armada de guantes, palas y rastrillo de esos que vienen de promoción en el supermercado, salí a remover la tierra y quitar los hierbajos. No era un área para hacer una renovación espectacular, pero sin duda se notarían mis preciosas bromelias. Mi tarea la acompañaba con mi nueva adicción musical, un par de vecinos me saludaron, otros se detuvieron a preguntarme por mis padres pero a todos se les hizo rarísimo que estuviese en esas labores. Quizá porque a diario me veían de tacones y pinta de ejecutiva, o porque los años traen consigo aficiones de solteros como cuidar plantas, tener gatos y pintar con acuarelas. Plantaba la última cuando sentí a alguien mirarme.

Elevé el rostro y me obligué a no reír.

—¿Qué se supone que haces? —Desvié la mirada de su *horrenda* camisa hawaiana y seguí removiendo la tierra.

—Te observo e intento descifrar lo que haces.

—¿Nunca antes viste a alguien sembrar plantas en su jardín?

—No en septiembre, sinceramente. Eres consciente de que estarán muertas para noviembre, ¿verdad?

—Las bromelias viven seis meses, sé lo que me espera.

Se rio mostrando los dientes y se pasó la mano por el pelo haciendo que se revolvieran los rizos. Se me antojó hacer lo mismo y jugar con sus indomables rulos.

—¿Cómo te fue esta mañana?

—Si hablas de la resaca, se me pasó con la discusión que tuve con mis amigos.

—¿Te reclamaron?

—Más yo que ellos. Nos tiramos los trastos a la cabeza, luego me fui a dormir y al despertar ya no había nadie.

Apretó los labios y se acarició el mentón con uno de sus índices. Luego miró el móvil. Yo me levanté, cerré la reja y me quité los guantes.

—¿Quieres café? —dije mientras subía la escalera y él permanecía recargado en mi enclenque árbol de quien sabe qué porque nunca he sabido de cual familia proviene.

—Gracias pero paso, acabo de tomarme un cappuccino y ya cubrí mi cuota de cafeína del día.

Me encogí de hombros y abrí la puerta.

—¿Qué harás esta noche?

Me dio risa.

—Supongo que ponerme una serie y atiborrarme de porquerías. Tengo trabajo pero poca cabeza.

—¿Te parece si cenamos? —Se metió las manos en los bolsillos delanteros y avanzó un par de pasos.

—Claro, me doy una ducha y voy a tu casa. ¿Qué llevo?

Fue su turno de sonreír.

—Paso a por ti en una hora. No te esmeres demasiado. —Guiñó un ojo y tomó camino a su casa.

¿Qué cosa?

¿Marcelo acababa de invitarme a cenar fuera?

Las manos me sudaron.

«No, Marcelo. No soy una buena apuesta».

Sin embargo, me di una buena ducha y terminé de cabeza en el cesto de la ropa buscando algo decente y que no denotara esmero... Los hombres no saben lo que esa frasecita nos jode el raciocinio.

Pero era Marcelo; no cenaríamos en el *Palace* así que, cero presiones. Unos vaqueros, un suéter negro de cuello alto, un abrigo cruzado de paño y en los pies unas deportivas oscuras. Con el pelo me hice una trenza hacia el lado derecho y me puse un toque de corrector, rímel, rubor y brillo de labios.

Bajaba la escalera cuando sonó el timbre. Negué con la cabeza mientras sonreía. Todo parecía indicar que Marcelo era de esos chicos puntuales.

—¿Se acabó el tiempo, baja como estés!

—Ya quisieras que te recibiera en bragas. —Bromeé luego de abrir la puerta.

—No desafíes al destino, hoy puede estar escuchándote.

Negué con la cabeza y me reí. Tomé las llaves y el móvil y los metí en una cartera pequeña y salimos. Me invitó a caminar, le seguí y de paso eché un vistazo a su ropa. Iba muy guapo con ese abrigo de paño, pero debajo intuía otra camisa hawaiana. Aunque, más reseñable que la anterior. Fondo negro, pequeños cuadros blancos y algunas florecillas amarillas en puntos específicos. ¿Qué le pasaba a Marcelo con los estampados?

—Voy a detener un taxi.

—¿A dónde vamos? Tomemos el metro.

—Prefiero el taxi. Vamos al terminal de *Greenpoint*.

—¿Qué vamos a hacer allí?

—¿Qué crees?

La mía fue una pregunta estúpida. Íbamos a tomar un ferri o un barco o alguna cosa que se movilizara por el agua.

Detuvo un taxi, mi cabeza estaba procesando el recuerdo de la última vez que estuve allí.

—¿Pasa algo?

—No. Bueno, que ese plan turista en ferri no es que sea muy llamativo. O ir en los clásicos y conocidos mini cruceros, con cena show, llenos de aburridos turistas tradicionales.

Marcelo movió la cabeza, negando.

—A veces no sé definir si es bueno o malo el concepto que tienes de mí.

—No digo que sea mal plan, Marcelo. Pero es que no soy turista. Y siendo sincera, los turistas me ponen de los pelos.

Marcelo apretó los labios y revisó el móvil.

—Deja que lleguemos y terminas tu diatriba.

¿Diatriba? Ese Marcelo parecía muy letrado.

Marcelo se dedicó a teclear en el móvil, sonreír a veces y maldecir otras. Porque boquisucio llegaba a ser y con honores. Yo miré por la ventana y me perdí en un recuerdo, uno agridulce porque en la radio sonaban Yesterday.

—Oye tío, cambia la estación. —Marcelo me sacó de aquel recuerdo.

—No pasa nada. —Quise restar importancia.

Marcelo pasó su brazo sobre mi cuello y me llevó hasta él.

—Recuerda lo que les sucede a los mentirosos. —Me tocó la nariz con el índice e inclinó la cabeza, luego elevó una ceja y ese gesto me hizo sonreír.

En los veinte minutos que nos llevó llegar a India St, en Greenpoint; Marcelo me enseñó algunas fotografías de su familia y me contó algunas anécdotas de los viajes recientes que había hecho a París y Londres. Me parecía estar escuchando al loco de mi hermano contando sus aventuras de hippie.

Marcelo pagó la tarifa y yo me acerqué a la valla del muelle, admirando la vista.

—Venga, no estamos aquí para ponernos sentimentales —volvió a abrazarme—. Vamos a pasear en barco, tomarnos algo y cenaremos con la

vista de la ciudad.

—Gracias por traerme.

—Se agradece después, *piccola*.

Esa palabra fue como un arrullo que me hizo estremecer desde adentro.

Me tomó de la mano y me arrastró por el muelle. Nos detuvimos frente a una fila de personas que esperaban y nos quedamos mirando la puesta de sol.

—¿Alguna vez te has sentido demasiado triste? —Me apreté a Marcelo, mis ojos estaban fijos en la oscuridad que se cernía sobre el cielo.

—Paloma... la tristeza y la alegría son estados, no los conviertas en sentimientos.

—Es fácil decirlo. Yo también lo pensaba. Pero ahora, estar triste es mi nuevo estado de ánimo permanente. Creo que extrañar a Marc ya lo siento hasta en los huesos y por eso duele.

—No te preocupes...—me elevó el mentón para que le mirara—. Todo va a estar peor.

Le golpeé el abdomen mientras me reía.

—¿Por qué eres tan cruel?

—Porque si te digo que todo estará bien, te estaría mintiendo. Es lo lógico que extrañes a alguien que quisiste tanto, con quien compartiste parte de tu vida y frente a quien te desnudaste y no me refiero solamente al cuerpo. Pero es la forma en la que tu cerebro procesa la ausencia, vas a estar triste, tendrás recuerdos, añoranzas, maldecirás y te mentirás para sentirte mejor. Debes vivirlo, dejarlo salir, gritar, llorar... sacarlo de ti. Pero, lo peor que puedes hacer es darle más importancia de la necesaria. No te encierres ni te aisles. Habla, con tus amigos, conmigo o con los gatos.

—¿Quién eres? —Le puyé el brazo.

—La respuesta a tu S.O.S. Tu rescatista. Vamos.

Volvió a tirarme y nos pusimos frente a una embarcación llamada *Revolution*. Un chico vestido de camarero nos saludó.

—Bienvenidos a *The Water Table*.

—Reserva a nombre de Marcelo Occhiato. —El chico revisó en una lista.

—Seguid —corrió la cintilla—. Podéis esperar en cubierta. En un momento os indicaran vuestros lugares.

—Gracias —dijimos ambos y estuvimos “a bordo”.

—¿En qué momento reservaste?

—Luciano hizo una llamada, es de un amigo suyo.

—¡Dios! Luciano en todas partes.

—No seas cascarrabias —me tiró levemente la trenza—. Llevo dos semanas aquí, ¿cómo podría conseguir yo una reserva una hora antes?

—Vale, agradezcamos a mi hermano y su mega agenda de contactos.

El barco zarpó unos minutos después. Nos ubicaron en el segundo piso. En una barra frente a la ventana con la vista privilegiada de Manhattan. Un bar informal tipo taberna con un muy buen ambiente.

—Este fue un barco de entrenamiento y lo han transformado en un barco bar.

—Es una genialidad. No tenía idea de que existía. Creo que mis amigas tampoco, o habría escuchado de este lugar.

—Es el primero en Brooklyn, según me han dicho.

Nos enseñaron el menú. Marcelo pidió *Negronis* para ambos, yo revisé la carta en la que predominaban los platos de mar.

—Te propongo los rollos de langosta y ensalada de mejillones calientes.

—Propuesta aceptada, capitán.

Sonreímos y nos miramos en silencio. Luego, cada uno a su modo, y sintiéndonos extraños e incómodos (o al menos yo), desviamos la mirada a la ciudad. A lo lejos se divisaba el puente de Manhattan y las luces de la ciudad se reflejaban en las aguas del Hudson.

Los tragos llegaron.

—Quiero hacer un brindis —anunció Marcelo, elevando su vaso.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por los dos. —La garganta se me secó de repente—. ¿Por qué palideces? —Se carcajeó.

—Contigo nunca se sabe. —Atiné a decir.

—Voy a tener que hacer proezas para cambiar esa opinión tan prejuiciosa que tienes de mí.

—No son prejuicios, es que no puedo evitar pensar que tengo a Luciano en frente y que en algún momento va a salirme con una de las tuyas.

Suspiró dramático y puso los ojos en blanco.

—Quiero brindar por nosotros, por las circunstancias que nos tienen aquí y porque desde este momento está prohibido el pasado que duele y cualquier estado de ánimo que no incluya una sonrisa.

—*Saluti.*

—*Saluti.*

Acababa de saborear la mejor mezcla de gin, bíter y vermú de la

ciudad.

—Está perfecto —mencionó él.

—No he probado otro igual, lo juro. —Completé yo.

Mientras cenábamos, la conversación giró en torno a sus travesuras y la primera vez que entró a una cocina para hacerse un plato de pasta. El recorrido nos llevó frente a la *Estatua de la Libertad* y allí tomó el camino de regreso.

—Salgamos un momento.

Asentí y le seguí. Nos acomodamos justo en la proa.

—No te creerás Rose en Titatic.

—Ya quisieras tú, ser Jack.

—¿Para morir congelado? No gracias, lo de ser héroe y mártir nunca ha sido mi sueño de vida.

Yo apoyé las manos en la barandilla y cerré los ojos dejando que el viento me acariciara el rostro. De nuevo me acusaron los recuerdos y me obligué a abrirlos para eliminar las imágenes que tomaron vida enseñada.

¿Es que nunca iba a poder recordar sin sentir dolor?

—Voy a tener que tirarte al agua para que tengas algo más en qué pensar.

—Sentí sus manos apretarme con fuerza y juré que cumpliría su amenaza. Grité y él también se asustó.

—¿Estás loco?! —Reclamé airada y con el corazón bombeándome a todo galope.

—¿Está todo bien? —Se acercó uno de los camareros a preguntar

—Sí, es que se acercó demasiado y llegó a marearse.

—Tenga más cuidado, señorita.

Miré a Marcelo con ganas de matarlo.

—¿Qué? —Se hizo el inocente.

—¿Y te atreves a preguntar? Me sentí entrando al agua, pero primero me golpeaba la cabeza.

Marcelo soltó una carcajada.

—Qué imaginación fatalista la tuya. Lo bueno es que te di algo distinto en qué pensar. Mi teoría se comprueba.

—No me hace gracia. —Junté las cejas y me di vuelta.

—Venga, no te enojés. —Volvió a esconderme entre sus brazos, empezaba a sentirme cómoda y extraña a la vez.

—¿Podrías dejar de abrazarme? Necesito espacio vital.

—Necesitas que alguien te haga sentir que sigues en el mundo y ese

alguien soy yo.

—Deja de creerte un héroe. —Golpeé con mi cadera la suya y él perdió de momento el equilibrio, conmigo en sus brazos, quedamos uno sobre el otro en la proa.

Nos miramos. La piel me vibró cuando dejó caer lentamente los parpados haciendo que su mirada se desviara a mis labios. Tragué saliva y aferré mi mano izquierda en el bíceps de su brazo.

—Soy tu héroe, ya lo comprobarás. Y eso que es algo que no buscaba.

—No te creas tan indispensable. —Di un paso atrás al retomar la postura y me encaminé a la salida. El paseo había terminado.

—¿Sabes lo que dicen del destino?

—No.

—Que no puedes huir de él.

12. Érase... esa vez



Aferrada a su mano llegamos a la salida y luego de que me tirara con fuerza, mi espalda chocó con una de las grandes columnas. La luz era escasa pero los ojos de Marc brillaban lo suficiente como para no querer ver otra cosa.

—Perdona, pero si no lo hago ahora mismo, no me lo perdonaré nunca.

—¿Qué cosa? —Mi pregunta incluía una suerte de excitación y miedo que me obligaban a separar los labios para poder respirar, algo pasaba en mis pulmones que no eran capaces por sí mismos de soportar la invasión de espacio vital.

Marc se fue acercando despacio, rodeando con uno de sus brazos mi cintura y llevándome hasta él, mientras que el otro escalaba por mi espalda hasta acariciar mí nunca con las yemas de sus dedos. Quería mirarle, pero al sentir la calidez de su respiración sobre mi rostro, mis ojos se cerraron automáticamente. Mi piel se estremecía secuencialmente a medida que iba tocándome, era consciente de mi respiración entrecortada y de un leve temblor en mis rodillas. La excitación me subió como un golpe seco de electricidad. Los segundos se me hicieron eternos hasta que sus labios tocaron los míos, levemente humedecidos. Sé que suspiré antes de que su lengua se abriera paso dentro y me tomara por sorpresa.

Mordisqueó suavemente mi labio inferior, su boca sabía a fresas y a algún licor que no supe distinguir. Elevé las manos para posarlas sobre sus hombros, Marc enterró sus dedos en mi pelo, mi frente tocó la suya, era como si ya no estuviese lo suficientemente cerca de él. Marc no definía en un solo sentimiento ese beso, era posesivo, anhelante, y a la par, lo sentía dulce. La mano en mi cintura me apretó contra su cadera, mi cuerpo pegado al suyo, mi boca danzando con la suya, mi respiración mezclándose con la suya y finalmente, mis manos aferradas a su pelo. Me estaba deshaciendo allí, fundiéndome a él, ya no me podría separar. Apreté los ojos con determinación y un palpitar acelerado en mi pecho fue la confirmación de que no soñaba, de que cada partícula de mi ser acababa de rendirse a Marc.

Había sido mejor de lo que nunca imaginé. Era un beso de verdad, verdad. Un beso dado con una entrega absoluta e inquietante.

¿Quién era Marc y qué efecto obraba en mí?

Y algo aún más importante

¿Qué sería de mí luego de ese beso?

Emití un gemido presa de las sensaciones, luego de esa descarga de provocaciones, ralentizó el beso acabando con una caricia de su lengua sobre mis labios. Exhalé bruscamente y apoyé la cabeza en su pecho, adoré escuchar que su corazón bombeaba con más fuerza. Marc no hizo otro movimiento, nos quedamos allí un rato, no supe si fue el efecto de las copas que bebió lo que le dio ese impulso de desinhibirse casi en público, pero bendita fuera su hermana, sus amigos, la fiesta y el MET. De todos los lugares de Nueva York que amaba, ese se convertía en mi favorito.

—¿Vamos? —preguntó con voz grave y la respiración agitada todavía.

Asentí con la cabeza. Nunca sabré el motivo que me hizo mantener la cabeza baja mientras caminamos hasta la entrada de su edificio, porque si algo me gustaba era mirarle, me representaba un enigma el caballero del traje y todavía más el de los vaqueros ajustados. Quizá estaba sintiendo miedo y no precisamente de él, sino de mí, de no ser lo que él esperaba, lo que quería. De no saber cómo manejar la situación con un hombre como él. Porque aunque tuve algunas relaciones formales, los hombres de mi vida veían en mí un reto, era yo la que los hacía sentir inferiores, por mi trabajo, mi casa, mi vida, mis amigos. Así que en aquellos casos lo que hacía era mostrarme aún más simple de lo que soy y parecía que les agradaba no competir por quien ganaba más o tenía más éxito.

Con Marc me sentí en los zapatos de mis ex. No sabía siquiera cómo encajar con él, su mundo y el mío eran un abismo y la prueba más fuerte era que yo viviera en una isla y él en otra con un inmenso río en medio. Eran señales, era algo para meditar *antes de*. Pero yo, pocas veces me detengo a sopesar los pros y contras.

—¿Estás bien?

Nos detuvimos antes de ingresar, tomó mis manos y luego elevó mi mentón.

—¿Qué pasa? —negué con la cabeza—. Lamento sí...

—No te disculpes por besarme —me ruboricé enseguida—. Hay un millón de cosas malas que requieren una disculpa, pero un beso no es una de ellas. Nunca un beso puede ser una herida, un beso dice más que un montón de

palabras. Y parece que lo que querías decirme no encajaba en ninguna frase, no te preocupes, entendí todo lo que tus labios le dijeron a los míos.

Sonríó, fue la sonrisa más bonita que le vi nunca. Luego me atrapó entre sus brazos y besó mi pelo, frente, orejas, la punta de mi nariz y mis labios.

—Quiero que te quedes —susurró, abrí los ojos y le observé, los suyos estaban cerrados y se apretaban con fuerza—, pero temo que no pueda ofrecer todo lo que mereces, Paloma. Puedo ser una persona horrible si me lo propongo, no digo que vaya a hacerte daño intencionalmente, pero puede que lo haga con lo más simple y no quiero hacerlo.

—¿Me besaste antes de decirme que puedes romperme el corazón? Creo que no es una buena forma de decir adiós.

—Lo menos que quiero es decirte adiós, no esta noche. Pero debía ser sincero.

—¿Qué ha cambiado esta noche, Marc?

—Un montón de cosas. —Dejó de mirarme y supe que allí se presentaba mi primer desafío y que me mostraba lo que me esperaba si decidía entrar. Una relación en la que él definía algunos límites y decidiría lo que me diría y lo que callaría.

¿Podía ser tan sensata de darme la vuelta aun con la humedad que me mojaba la parte más alta de los muslos? Y más allá de eso, con la certeza de que no era un hombre simple de llevar.

Apreté los ojos, los puños y los labios, giré mi cuerpo con toda la intención de irme. Pero me imaginé con sesenta años, contándoles a los nietos de mis amigos que un día conocí a un hombre fuera de serie que me ponía el corazón en taquicardia y bradicardia solo con escucharle hablar por el móvil. Pero que me dio miedo, me di vuelta y regresé a casa a llorar y solo me había quedado el recuerdo difuso de un beso.

Ya había pasado por relaciones enfermizas y dependientes. ¿Qué tan malo sería emprender la aventura Marc Shannon?

Me di vuelta y le miré, él lo decía todo con sus ojos verdes tristemente opacados por un velo de decepción.

—Entiendo —hizo una inclinación de cabeza y señaló con la mano al coche—. Te llevaré a casa.

Elevé una ceja y sonreí.

—Claro, mañana luego del desayuno estaría bien.

Exhaló un suspiro que sonó a sonrisa de alivio y en un paso ya tenía a su boca tomando la mía como quien bebe agua luego de vagar por horas en el

desierto. Pero se detuvo de golpe y se separó un poco.

—¿Estás segura?

—No, pero nada lo es. Aquí y ahora siempre será todo lo que tendremos y hay que aprovecharlo porque solo dura lo que dura un suspiro.

Y la distancia entre ambos volvió a acortarse en un beso corto pero lo suficientemente intenso.

Agarró mi mano con determinación y cruzamos la recepción tan a prisa que hasta juraría que levantamos polvareda. En el ascensor nos besamos y acariciamos. No fue un viaje demasiado largo, pero duró tanto como para que las bragas me estorbaran. La puerta de su apartamento se cerró conmigo contra ella y la fuerza que Marc ejerció sobre mí. Jadeó en mi boca, me agarró la cara a dos manos y en un beso violento juntó su boca de nuevo con la mía. Cada beso era una experiencia extra natural, diferente, cada que su respiración agitada me acariciaba, mi corazón se aceleraba otro tanto. Me aventuré a meter las manos dentro de la pretina y acariciar la zona bajo el ombligo. Luego las subí, se me antojaba pasarle las uñas, marcarlo, llevarme su ADN.

Por debajo de la ropa me aferré a su cuello y le besé con todas las ganas que llevaba acumulando, entonces, me tomó por el trasero y me subió sobre él, mi falda se trepó tanto como pudo y yo enredé mis piernas en su cadera.

Nos movimos y llegamos a su habitación, en medio de las penumbras no dejábamos de besarnos y tocarnos. Marc me bajó y se deshizo de la chupa en un segundo, yo reclamé su camisa y volví a acariciarle el torso. Él se quitó los zapatos y calcetines, yo la blusa. Me ayudó con el cierre de la falda y la bajó lentamente tocando también mis piernas. Creí que iba a soltarme las sandalias, pero solo me acarició los pies vagamente. Deseé haberme puesto la lencería nueva, pero la que llevaba no estaba tan mal, al menos eso decía la mirada profunda y perversa con la que Marc la detalló.

Soltó sus pantalones y los bajó casi de un tirón. Con sus pies se ayudó para zafarlos y que quedaran en cualquier lugar. Volvimos a besarnos. A comernos la boca en realidad. Aparecieron los lametones salvajes, aproveché para cargarme sobre él y prácticamente estamparme contra el cristal del amplio ventanal que llevaba a un balcón. Se frotó contra mí y empecé a perder la cabeza. Solo iba a dejarme llevar que cuando amaneciera me preocuparía de lo demás. Me besó el cuello y bajó hasta mi escote, besos húmedos, lametones, pequeños mordiscos..., si me preguntaban mi nombre en ese momento quizá no sabría responder. Todos mis sentidos estaban idos, abandonados al placer, a la excitación, a Marc y esa boca infernal.

Dimos vuelta y solo recuerdo rebotar en la cama, su peso cayó sobre mí. Me miró antes, no tengo idea de lo que me dijeron sus ojos, solo que se sintió muy íntimo. Más todavía.

Se acomodó entre mis piernas, lametones, besos, mordiscos, sus manos colándose en las copas de mi sujetador. Un gemido que se escapó de mis labios, arquear la espalda, apretar los ojos, las manos en el cubrecama. Que bajara por mis pechos y marcara a besos húmedos su camino. Cuando se acercó al sur, le enterré los dedos en el pelo y tiré de él. Iba a correrme allí, estaba muy cachonda.

Me tomó por sorpresa que me pusiera sobre él. Sentados en la cama, volvió a mirarme, tomó una de las tiras del sujetador y la bajó, siguió cada movimiento con sus ojos, yo le miraba a él. Escuché el clic, y lo bajó sutil, la piel se me puso de gallina. Marc besó uno de mis hombros. Yo me acomodé mejor y aumenté el ritmo de la fricción. Sus manos tiraron suave pero con firmeza de mi cabello, llevé la cabeza hacia atrás. Con la humedad de su saliva sobre mis pezones, me estremecí de la cabeza a los pies y en un solo barrido. Gemí varias veces, era delirante.

Apoyé mis manos en la cama, una de las suyas se coló dentro de mis bragas, volví a tensarme. En adelante, la palabra intimidad cobró vida. Sus caricias se mezclaban con lo oscuro y lo sucio, y yo sabía que no iba a soportar mucho más. Mi espalda volvió a rebotar en el colchón, pero enseguida quedé bocabajo. Era el turno de las bragas y mientras me las quitaba, me fue rozando con su miembro hasta quedarse allí. Frotando su pene, que más parecía un mástil, entre mis nalgas, le oí gemir y me encendí un poco más. Quería darle todo, que gimiera y gritara entre mis piernas.

Volvíamos a besarnos un buen rato, pero pasamos de la urgencia a las caricias sucias. Me dio un giro de noventa grados y se pegó a mí. Besó lamió y mordisqueó mi cuello, una de sus manos daba pequeños pellizcos a la areola de mi seno izquierdo que se traducían en pequeñas corrientes de electricidad. Mi libido estaba en su punto más alto. Había un botón rojo y grande que ponía encima «autodestrucción» si Marc lo tocaba, estallarían, y ya no sería dueña de mí.

Me removía, me frotaba contra él, abandonada plenamente a lo que hacía conmigo. Mi cuerpo respondía a sus caricias de un modo catalítico. Cada sensación la experimentaba más intensa, como si se adhiriera a mi piel, sus besos, su saliva se estaban soldando a mi ser. No podía ser real y si lo era, no podía ser normal reaccionar así. Qué lejos estaba de cualquier recuerdo

siquiera parecido, casi nulo era intentar pensar en que alguien me hiciera combustionar así antes. El botón se accionó cuando un par de dedos tocaron mi sexo. Ya no sería responsable de mis actos.

—Qué mojada estás, joder. —Fue un gruñido que me removió las entrañas.

Dejé de moverme sinuosa para hacerlo salvaje. Iba a correrme, lo sentía cerca.

—Espérame, no te irás sin mí —ordenó contra mi boca y se levantó. Me di vuelta para seguirle con la mirada, se terminó de quitar los bóxer que tenía a mitad de pierna, la vista trasera de su espalda me hizo saborear, se veía poderoso a contra luz y en penumbras. Marcándose con detalle los surcos de sus músculos. Decidí levantarme y no esperar. Él, de pie y buscando en una mesita, yo, de rodillas al borde de la cama. Le lamí la línea de la columna y dejé algunos besos húmedos. Mis manos volaron a su entrepierna y le acaricié, su erección creció un poco más mientras mi puño cerrado le prodigaba un movimiento intenso. Tenerlo así me aceleró las ansias, estaba desesperada por sentirlo dentro. Empezaba a dolerme el sexo.

Marcó el movimiento de mi mano y me tumbó sobre la cama. Se dejó caer de rodillas, una muestra de dominación que me puso más cachonda, como si no lo estuviera al borde del desbordamiento. Le miré desenrollar un preservativo en su miembro y se me hizo la boca agua. Se veía sexy, poderoso, casi inalcanzable. Me dio miedo que se arrepintiera, aunque con el cañón tan cargado lo dudaba mucho.

Se cernió sobre mí, atrapando mis manos en lo alto. Sentí su peso de nuevo y enseguida supe que quería sentirlo siempre así, dominado la situación, dándole todo porque era innegable que esa posición de sumisión solo me daba mayor placer. No poder tocarle me sumergía a profundidad en un valle oscuro de desenfreno.

—Esto solo será el inicio, Paloma.

Me imaginé una vida llena de sexo duro, de noches eternas, de urgencias en cualquier lugar..., y jadeé.

Se ayudó de las rodillas para abrirme las piernas y se acomodó sobre mi pelvis. Sentí un clic mental, como si acabara de juntarse una pieza que no sabía que me faltaba.

—Mírame —exigió—. Quiero ver tus ojos cuando entre en ti.

Tragué saliva y se me formó un nudo en la garganta. Le miré, su boca se curvó en una sonrisa maliciosa y maldije por lo bajo. Joder, que lo hiciera de

una vez porque el dolor en mi sexo me estaba matando.

—Sube las piernas. —Volví a obedecer y las enredé en la parte baja de sus caderas.

Sucedieron dos cosas a la vez, la punta de su polla me rozó el clítoris antes de colarse dentro y yo me corrí.

Me corrí y de mi boca escapó un gemido brutal. Era el resultado de tantos sueños húmedos y fantasías acumuladas, hacía mucho que me estaba comiendo en ansias. Marc también gimió, salió de mí despacio y volvió a colarse pero sin llegar muy lejos. Se abría espacio, yo también sentía que era tirante y doloroso a pesar de estar tan húmeda. Establecimos un ritmo, poco a poco fue cediendo el dolor y Marc me llenó a profundidad. Arqueé la espalda y gruñí de placer. Apenas abrí un poco los ojos, en su expresión vi ansiedad y morbo, jadeaba y se tensionaban los músculos de su cuerpo con cada embestida.

Placer sentía en todas las formas, lo olía por toda la habitación, lo saboreaba en cada beso y también, lo veía en él, en sus gemidos, la contorsión de su cuerpo, en su boca entreabierta, en su respiración agitada, en la fuerza que ejercía sobre mí, en la posesión de mis manos..., era sexo, era rudo, intenso, húmedo y adictivo. Cerré los ojos otra vez, gemí sobre su boca y le devoré los labios con la firme intención de que no olvidara mi boca.

Una idea corrosiva me cruzó por la mente, quizá Marc me estaba dando tanto esa noche porque no quería más de mí después. Suspiré y lo decidí de inmediato, por esa noche sería mío, que la Paloma perdedora se fuera a pasear a la China porque en ese preciso momento Marc empujaba entre mis piernas con una contundencia irracional.

Me soltó las manos, clavó sus dedos en mis muslos y elevó mis piernas. La espalda me quedó en el aire, mi cabeza apenas tocaba la cama. Me acaricié los senos. De pronto las penetraciones se hicieron lentas pero profundas, como estocadas. El placer me dio un latigazo y apreté las manos en el tendido, su nombre se escapó de mi boca en un jadeo. Luego ya no controlaba ni pensaba en lo que decía. Pude decirle el abecedario entero en mil idiomas ahí mismo, estaba completamente perdida.

Mi cuerpo rebotó en la cama una vez más y un segundo después lo tenía debajo. Mis manos trenzadas a las suyas y elevadas. Mi boca frente a la suya, nuestras miradas fundiéndose en un bonito verde menta que curiosamente es mi color favorito y nuestros cuerpos sudorosos moviéndose al mismo ritmo. Nos lamimos, le besé el rostro, el dobló las piernas y yo subí más, mis senos

quedaron sobre su boca y su lengua se encargó de hacer que los pezones se me pusieran tan firmes como rocas.

Volví a quedar sentada a horcajadas sobre él, quería tener el control. Me aferré a sus rodillas y empujé, Marc levantó las caderas y llegó más hondó, llevé la cabeza hacia atrás y aceleré la fricción. Ambos gemimos.

Pero el poder lo íbamos pasando, Marc me agarró la espalda y conmigo encima se arrodilló en la cama. Me agarró las nalgas y empujó a lo profundo, le enterré las uñas en la espalda y ambos nos quejamos. Le dejé hacer, no era mucho lo que podía hacer en esa posición salvo aferrarme a su carne. Escuchaba la colisión de nuestros sexos, del sudor al friccionarse un cuerpo con el otro, su respiración agitada, la mía, hasta creí que mi piel y la suya hablaban en una nueva lengua. Un cosquilleo se fue arremolinando en mi centro y contuve la respiración mientras me dejaba ir, por segunda vez. Mi cabeza lentamente fue cayendo hacia atrás, abrí la boca, inhalé hondó y con las uñas clavadas en su piel, pronuncié su nombre con la poca voz que me vino junto a un gemido casi animal, primitivo. Luego, mi frente encajó en el hueco de su cuello.

—Gracias, nena —ronroneó y besó mi cabello, pero sin dejar de empujar.

Me dejó caer en la cama, totalmente desmadejada y en estupor. Por entre las pestañas le vi acercarse, me besó pero no supe cómo correspondí a su beso, estaba lejos de tener conciencia en ese momento. Empujó tres, cuatro..., siete veces más, trenzó una de sus manos con las mías y la apretó fuerte. Le toqué los bíceps y noté que tenía la piel de gallina, se quedó quieto, apretó mi mano más fuerte y finalmente gimió satisfecho.

Me causó una ternura abismal que descansara su cabeza sobre mi regazo luego de que saliera de mí. Le acaricié el pelo y nos quedamos allí apenas oyendo como nuestras respiraciones se normalizaban. Pero, lo cierto es que en ese silencio también hablaba de cada beso que nos dimos, cada caricia, cada gemido. Una pieza musical completa acabábamos de componer.

Se levantó y se quitó el preservativo. Fue al cuarto de baño y luego regresó con una toalla anudada a la cintura. Juré que era el momento de ofrecerse a pedirme un taxi, así que antes de que me insinuara diplomáticamente que debía irme a mi casa, me levanté también.

—Espera, estoy preparando la bañera. —Se acercó y me besó la frente antes de tomar el móvil y teclear.

Me bloqueé. ¿Qué significaba aquello, el primer baño del resto de

nuestras vidas?

Miré al suelo, localicé mi ropa, justo ahí me di cuenta de que seguía con las sandalias puestas. Marc se acercó, flexionó una rodilla y tomó mi pie derecho para soltar la correílla.

—¿Alguna razón para no usarlas también en la bañera?

Sesgó una sonrisa.

—Tienes bonitos pies, pero manejas a la perfección los tacones. Sobre todo, cuando los clavas en mí espalda.

—¿Fetichista, señor abogado?

Se encogió de hombros. Me levantó y fuimos hasta la bañera, primero entró él, luego yo. Y allí nos quedamos, juntos de nuevo y hablando de mi familia, de mi infancia y también de Luciano.

Empecé a preguntarme otro millón de cosas, como lo que significaba esa escena. Lo que vendría en adelante. Y las versiones de Marc que tendría que aprender a manejar.

Salimos de la bañera y luego cenamos china que él había pedido cuando tecleó en el móvil. Al volver a la cama, nos besamos otra vez, pero como cada vez, se sintió nuevo y estremecedor. Abrazados, piel con piel, nos quedamos dormidos. Y por primera vez, en semanas, ya no tenía sueños húmedos con él porque el sueño acababa de hacerse realidad.

13. Necesito un héroe



Esa noche de sábado volví a quedarme con Marcelo. Vimos la primera película de *El señor de los anillos* y descubrimos que éramos muy fanáticos de esa trilogía. Acabó en la madrugada y dormí hasta medio día. Marcelo estaba en la ducha así que pasé a la cocina y me devoré unos bollos, un gazpacho increíble y algo de pasta. Estaba hambrienta.

—Mastica, nadie te va a quitar.

Yo le escuché, pero no fui capaz de responder de inmediato. Marcelo entró, toalla en mano secándose el pelo y con el torso desnudo.

Y se dio cuenta de que lo miraba.

—Son nuevos. —Se refería a sus abdominales.

Me atraganté y me puse roja de vergüenza.

—Te felicito —dije haciéndome la loca.

—Voy a preparar *Polpettone alla fiorentina*. ¿Te quedas a comer?

—Ya me conoces el punto débil y te aprovechas. Pero debo bañarme y leer una novela.

—Bien, pues pasaré por allí y te dejo un plato.

—¡Te estás ganando el cielo! Es uno de los platos que más me gustan. La abuela hace un albondigón espectacular.

—Lo sé, tengo su receta.

—Presumido.

Rio con ganas y salió de la cocina. Ya era hora porque desviar la mirada me estaba costando.

Me levanté y lavé los trastos que usé. Luego me despedí y me fui a casa. Con muy pocas ganas, la verdad.

En casa todo en silencio, Grace no estaba, los gatos sí y la nevera vacía. Pero mi amiga había dejado una nota especial.

«Mueve el culo y ve a por la compra».

Me daría una ducha y luego, si me quedaban alientos, iría a por un par

de cosas para no morir de inanición el domingo.

Me quité la ropa que, sinceramente, me estaba picando en la piel el roce y me dolía la cabeza. Busqué un analgésico en el botiquín y me lo tragué en seco. Luego, el sabor amargo me obligó a escupir un poco. El móvil sonó pero no quise atender, solo quería una ducha larga y meterme en la cama.

Me metí bajo la regadera y giré la llave, pero el agua no salió. Lo intenté con el grifo y tampoco. Bajé envuelta en bata a revisar en la cocina. En definitiva no tenía agua en toda la casa.

«¡Grace!».

Busqué el teléfono, omití ver los mensajes y le marqué.

—Lamento si perdiste las llaves, no puedo ir a salvarte. Quédate donde lo hiciste anoche.

—¿Me estás reprochando algo?

—En absoluto, eres totalmente libre de hacer de tu coño un cultivo de champiñones si se te antoja.

—Ajá. Pero no me reprochas nada.

—Qué no, joder.

—Seguro. Pues lamento molestar, pero tienes que venir a abrir el registro. ¿Por qué diantre lo cerraste?

—Porque no sabía si llegarías o te tomarías el fin de semana y porque estoy en DC cubriendo una noticia y no me iría dejando todo encendido para que los gatos armaran un desastre.

—¡Grace, necesito bañarme!

—Dile a alguien más, yo no puedo.

—Pero...

—Crece, Paloma.

Grace me colgó, pero antes me dio un consejo, una orden en realidad. Estaba muy loca si creía que iba a hacerlo, primero le pediría a Marcelo que me dejara bañar en su casa y si quería ayudarme con el jabón no habría problema.

Los mensajes eran de Salomón recordando que prometí acompañarle a la exposición de su amigo. Si quería verme allí tendría que venir a salvarme primero.

Paloma: S.O.S registros cerrados. (Sabes que no puedo entrar a ese baño)

Salomón: Lo siento, churri. Estoy ayudando a Stephan como su agente, no puedo ir. Pero sabes que te espero aquí.

Claro, mi amigo incondicional que cuando más lo necesitaba me dejaba tirada. No intenté con las chicas porque las cosas no había acabado bien el día anterior y la situación no estaba para pedir favores.

Subí a ponerme ropa interior, alistaría un par de cosas y me colaría en casa de Marcelo. Mientras lo hacía también le rogaba a Salomón que viniese en mi rescate. Estaba por ponerme un vestido cuando sonó el timbre de casa. Seguramente Salomón se había compadecido de mí, bajé la escalera y abrí la puerta, luego empecé a hablar como cotorra mojada.

—Sabía que vendrías a salvarme, no puedo entrar a ese baño. Hace años que no lo hago y no pienso hacerlo. Que Grace diga lo que quiera pero no es cuestión de crecer, tengo un trauma, Luciano me traumó...

Escuché que alguien carraspeó, me di vuelta y exterioricé un Jooooder infinito.

—¿Marcelo qué haces aquí?

Corrí a la sala y me puse un cojín en el torso.

—No consigo *prosciutto* de calidad. Quería saber si sabes dónde lo consigo. Y, dejaste en casa tu barra de labios, así que como no me va ese tono, te lo traje.

—Gracias. Y no, no sé qué tipo de jamón curado estás buscando. Yo compro el que esté en oferta en el supermercado.

—Es de un tipo... —Sus ojos estaban fijos en mis piernas.

—Tengo los ojos aquí arriba.

Marcelo se carcajeó, se dio vuelta cubriéndose los ojos.

—Te dije que no desafiaras al destino.

La sangre se me acumuló en las mejillas.

—No me hace gracia.

—*Perfetto*. Te veo luego

—¡No!

Volvió a mirarme, juntó las cejas y ladeó la cabeza.

—Es por ese trauma que Luciano...

—Sí. Y tienes la obligación moral de ayudarme o irás al infierno.

Sonríó, espontáneo como él.

—Bien, ¿pues qué hago para no ir al infierno?

—Abre el registro del agua, pero no demasiado tiene una medida especial.

—¿La sabes?

Asentí y me moví hacia atrás buscando la escalera.

—Ve a la cocina —le señalé a la derecha— y no mires mientras subo. Me pongo algo y vuelvo enseguida.

Levantó las manos y se movió hacia la cocina. Yo subí la escalera como un rayo y llegué con el corazón en la boca. Marcelo me había visto en bragas ¡Qué vergüenza! ¿Qué iba a pensar de mí?

Bueno que pensara lo que quisiera porque ya no había vuelta atrás, de momento que abriera el registro del agua y regresara a su casa. Ya después sacaría a mi vergüenza de paseo.

Bajé cubierta por la bata y usando un mono de algodón debajo.

—Puedes salir.

—¿Qué es lo que coméis aquí? Esa nevera está vacía y las alacenas solo tienen aceitunas y mazorquitas.

—Debo ir a hacer la compra. Pero no he podido ducharme.

Torció la boca y negó con la cabeza. Un gesto muy de su padre al enojarse.

—Dime lo del registro.

—Dentro del cajón bajo el lavabo hay un aparato, dale dos giros al medidor hasta que suene un clic.

Entró al baño, abrió el cajón y se puso en cuclillas. Yo quise no haber estado allí, porque esa piel que asomó de su espalda me secó los labios e instintivamente me relamí.

«¡Qué enferma estoy, Jesús!».

—¿Era todo?

—Sí.

Se levantó y se lavó las manos. Luego salió y apretó una sonrisa en los labios. Creo que se burlaba del bicho raro que soy.

—Pues ya está, un placer ser tu plomero.

—Gracias. Te ofrecería un café, pero...

—*Prego*^[4] —se dio vuelta para irse y enseguida volvió a girarse cómo si hubiese recordado algo—. También vine porque mamá me ha dicho que Alondra está preocupada. Quizá deberías llamarle.

—¡Dios! Me olvidé por completo de mis padres —me cubrí el rostro con las manos—. Esto está absorbiéndome demasiado.

—Es normal. —Me guiñó un ojo y se fue.

Yo, finalmente pude ducharme y parecer una mujer decente. Estuve

haciendo la compra, leí algunos capítulos del libro que debía publicitar y encargué a domicilio la mejor pizza de Nueva York. Tenía un plan, bueno, para ser sincera no quería estar sola en mi casa luego de haberme asomado a ese baño.

Toqué a su puerta y esperé un rato, la luz se encendió, un minuto después perdí el cerebro porque el torso desnudo de Marcelo me lo succionó.

—Hola.

Tragué saliva y exhalé despacio antes de hablar.

—Traje pizza y una botella de una cava que debes reconocer. —Le enseñé la botella y sonrió ladeado. Luego extendió los brazos para invitarme a pasar.

—¿Dormías?

—No, veía una serie en Netflix mientras se cocina la cena. Me he vuelto adicto.

Dejé la pizza en la mesita de la sala, Marcelo fue a por copas. Efectivamente tenía la tele encendida y un video en pausa. Una manta de lana cubría el sofá y había un par de almohadas en el reposabrazos. Él se acomodó a la izquierda, yo le miré de reojo.

—¿Quisieras ponerte una camisa?

—¿Por qué? No creo que no hayas visto a un hombre desnudo.

—He visto algunos, pero en otras situaciones o en la playa.

—Pues yo nunca creí que una chica me recibiría en bragas y mira la sorpresa que me he llevado.

Enrojecí como un tomate.

—Ponte una camisa, por favor.

—Tienes razón, estoy olvidando los modales frente a una dama. — Dramatizó una reverencia.

Me reí entre dientes, Marcelo era igual, igualito a mi hermano.

Cuando volvió ya había descorchado el vino y servido en las copas.

—No eres muy de salir.

—La verdad es que los viernes siempre salgo con mis amigas... los últimos no, pero desde que nos conocemos ha sido así. De ese modo cada una disfruta del fin de semana a su manera.

—Creo que van a odiarme porque rompiste la tradición por quedarte aquí.

—Lo peor de todo es que no imaginan donde he pasado estos viernes y por qué no llego a dormir. Cuando lo sepan sí que van a enloquecer.

Le entregué una porción de pizza y tomé una para mí.

—¿Tendré que contratar seguridad?

—Tal vez mudarte de país —nos reímos—. Siempre puedo decir que me quedaba en el piso de Luciano.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Era nuestro verdadero tema en común, pero complicado como el mismísimo dueño de tan especialísimo nombre.

—No me has preguntado por él.

—¿Debería? —Me puse a la defensiva.

—No lo sé, es más tu hermano que el mío. Él ha preguntado por ti, también me hizo algunas recomendaciones.

—Solo dime si está bien. Es decir, come, duerme y no le falta lo necesario.

Tomó su copa y luego la mía para invitarme a brindar.

—Está bien. *Saluti* por Luciano.

—*Saluti*.

Me bebí el vino pensando en ese loco. Porque ese vino irremediamente traía un recuerdo suyo. Lo robaba del viñedo de los abuelos de Marcelo y se bebían el botín hasta que se olvidaban incluso de quienes eran. Lo malo no era eso, sino que era a mí a quien usaba para meterme por una pequeña ventana que llevaba al sótano. La verdad es que yo era la que me ensuciaba las manos. Todavía no entiendo por qué me prestaba para esas cosas.

—Seguro que aún cabes por la ventana.

—Y seguro que tú, aún podrás robar las llaves y hacer de campanero.

Se carcajeó a punto de atragantarse con lo que masticaba.

—¿Cómo lo supiste? Tu hermano era una terrible influencia.

—La verdad es que no sé cuál de los dos se lleva la corona, pero con Luciano tuve suficiente. ¿No te confesó alguna vez si me odiaba por algo?

—No era odio, fuimos muy traviosos, nada más.

—Una cosa es ser traviosos y otra muy distinta es ser vándalos y malvados.

—¿Lo de maldad es por ese trauma que mencionaste del baño?

—¡Oooh! Ese es el colmo de los colmos. Debí mandarlo a la cárcel por el susto que me dio.

—¿Quieres contármelo?

—Seguro que lo sabes y te reíste con él de mi ataque de histeria.

Apuesto a que le ayudaste a planearlo.

—¿Por quién me tomas?

—Já —le di otra mordida a mi pizza—. Mejor veamos esa serie.

—Vamos, cuéntamelo.

—No.

—Fui tu héroe.

—No necesitaba un héroe.

—Sí que lo necesitabas.

«En realidad, necesito un héroe de tiempo completo».

—Noventas, miniserie IT ¿te ubicas?

—Claro, *Pennywise* el payaso. Un poco pesada pero me las ingeniaba para verla.

—Pues a tu queridísimo amigo se le ocurrió recrear una escena conmigo y casi me mata de un infarto.

—¿Qué escena?

—La de la ducha. Yo era Eddie, por supuesto. Y ese baño era mi favorito. Una noche me duchaba muy feliz cuando la fuerza del agua se hizo más potente y por los ductos de ventilación empecé a escuchar una voz horrible. Debo aclarar que mis padres me prohibieron ver la serie pero yo lo hice con Luciano y aunque me asusté lo pude controlar.

—¿Qué más pasó?

—Que no sé cómo lo hizo pero la rejilla del piso se removió y yo empecé a gritar como loca, la puerta estaba bloqueada y no pude salir. Mi padre llegó y me sacó de allí temblando y gritando. Cuando me calmé juré que no entraría nunca más a ese baño. Y por supuesto que tuve que ir al psicólogo para que me ayudara con los miedos. A Luciano, mi padre le acabó un cinturón en el trasero pero el gusto no se lo quita nadie.

—Era una broma de chicos.

—Un pastelazo en la cara es una broma, eso es maldad.

—¿Tenía cuánto, diez años?

—Y yo seis, me jodió la vida.

Volvió a carcajearse.

—No me hace gracia.

—Éramos muy pesados.

—Sois la reencarnación de la maldad.

Me brindó un puchero y le mostré el dedo del medio.

—¿Luciano sabe de las fobias que te quedaron?

—Sabe que soy muy impresionable gracias a él.

Sirvió más vino y brindamos.

—¿Quieres ver algo? —Señaló al televisor—. Así me reivindico un poco por los dos.

—Si se trata de tortura, de algo que no soportáis los chicos... Si te digo la verdad, siempre me gusta ver clásicos o las de princesas de Disney. Tengo la colección original.

—Vale, no sé si estoy preparado psicológicamente para soportar algo de Disney. ¿Qué tal *Harry Potter*?

—¿En serio te gusta?

—No me veas así, son buenas.

—Pues que sea el niño mago.

—Busca la primera, prepararé palomitas.

Y eso hice, luego llegaron mensajes de Salomón que decidí ignorar. Marcelo no tardó con las palomitas.

—¿Seguro que no tienes una novia que pueda llegar en un rato y me saque del pelo?

Sonrió sin mostrar los dientes.

—Sabe que lo nuestro es de fin de semana así que no vendrá.

—¿Por qué nunca contestas a mis preguntas?

—Porque vamos a ver una peli no a conversar sobre nuestras vidas.

—Dirás, conversar de «mi vida» porque he sido la única que ha hablado de su vida.

—Shhh... ya empieza. —Y me metió un montón de palomitas en la boca.

Quise enfadarme con él, lo juro, pero no sé qué cosa del demonio me lo impedía. Tal vez el hecho de ser tan extraño en el trato. A veces dulce y a veces tosco. Marcelo me metía dentro de su burbuja, en ella no había nada de dolores y recuerdos, solo comida deliciosa y compañía silenciosa. Una valiosa compañía. A veces no necesitamos más que escuchar los latidos y la respiración de otro para no sentirnos solos. Y en ello me pasé algunos minutos reflexionando mientras le veía comer como un niño llenándose las mejillas y riendo a la par. En un momento dejé de ver a la pantalla y el golpecito de una palomita en mi frente me despabiló. El asunto acabó con palomitas por el suelo, el sofá y dentro de mi sujetador.

Me empezaba a preocupar ese *Je ne sais quai* que envolvía como en un aura a Marcelo. Pero no era amor, ni nada de esas cosas sentimentales. Estaba demasiado reciente lo de Marc, y yo aún permanecía muy colgada por él como

para meterme entre un nido de serpientes. Lo que me asustaba era que Marcelo se me convirtiera en droga y terminara dependiente. Una yonqui.

Y tuve esa revelación a mitad de la segunda peli cuando Marcelo se durmió y apoyó su cabeza en mi hombro. No hice el intento de moverme, solo le observé un rato. Esa expresión tan pasiva digna de un ángel no haría creíble la historia de su infancia.

También me dormí, no recuerdo haber terminado de ver la segunda. Cuando desperté, estaba metida en la misma cama que me había recibido dos viernes seguidos en lo que llamaré el *periodo de pre-guerra*.

Mi teléfono sonaba como loco.

—¿Hola?

—¿Paloma? —Esa era la voz de mi madre, quedé sentada en la cama, adiós sueño retozón—. ¿Si es ella? —preguntó la abuela—. Claro que lo es, ese es su número ¿Quién más respondería? —intervino mi padre.

—Sí mamá ¿me llamas de casa?

—Claro, del móvil no me salía la llamada. Parece que los códigos son distintos según el aparato.

—Lo lamento, no deberías estar haciendo esta llamada os va a costar un riñón. Agarra el móvil que ya te llamo.

—¿Y a ti no? —preguntó con su tono dulce e inocente.

—Ya sabes que tengo maneras de hacer que no salga muy costoso. Te cuelgo.

La verdad es que a mí también me costaban medio riñón esas llamadas internacionales pero tenía convencida a mi madre de que mi empresa de telefonía móvil me incluía unos cuantos minutos al mes en la factura. Mamá respondió de nuevo, esta vez con tanta dulzura que incluso creí que la tenía al lado.

—¿Cómo estáis todos allí?

—Bien, cariño, la abuela con el dolor de siempre por la ciática. Tu padre tiene un esguince, se excedió en el juego de los veteranos.

—Les envío cariños.

—Paloma ¿cómo estás? —Mi madre usó un tono casi inaudible, la imaginaba apretando las manos.

—Sé que te enteraste de lo que sucedió con Marc y siento mucha vergüenza.

—¿Por qué tú tendrías vergüenza?

—Porque siempre quise hacerlo pasar por un ángel frente a vosotros.

—No sabemos lo que ha ocurrido exactamente, tendrá una explicación que deberá darte solamente a ti. Nosotros somos tus padres y queremos que seas feliz, lo eras con él. Ahora sabemos que lo estás pasando mal, pero no hay mucho que podamos decir, salvo recordarte que por algo suceden las cosas.

—Lamento que os preocuparais. No estoy en edad de...

—Siempre estaremos preocupados por nuestros hijos.

—Tengo que colgar, *mamma*.

—¿Te veremos para nochebuena?

—Sabes que es complicado. Tu hijo, el imbécil, me tiene en la quiebra.

—¡Paloma DeLuca! No le faltes al respeto a tu hermano mayor o tendré que enviarte una colleja así sea por correo postal. —Acababa de tocar al niño de mamá.

—Sabes que es verdad. Y es injusto que sigas prefiriéndole.

—El respeto es el respeto, Paloma. No importa lo que haya hecho Luciano, es tu hermano y así será para siempre.

—¡Qué pesadilla!

Al final hablamos un rato más sobre Luciano y que mi padre me enviaría los boletos para que pasara mis vacaciones de fin de año con ellos. Cuando mencionó que Marcelo era muy guapo me obligué a decirle que el móvil iba a caer muerto por falta de cargar la batería, pero que iría a Italia y le enseñaría a usar internet para comunicarnos de otro modo.

Miré la hora y salté de la cama como un resorte, la llamada fue justo a tiempo o llegaría tarde al trabajo. Le dejé una nota a Marcelo en la cocina ofreciéndome a volver para limpiar el desastre de la noche anterior y le apunté mi móvil. Nunca un chico consiguió algo tan fácil de mí.

Pero Marcelo no me gustaba.

14. Condiciones Generales



Desperté con un cosquilleo detrás de la oreja, raspaba un poco en el cuello pero también era húmedo. Juré que era Silvestre acicalándose sobre mí, tal vez por eso ronroneé. Pero al momento recordé la noche anterior. No había dormido en casa, no, porque no estaría tan exquisitamente dolorida de haber vuelto.

A medida que mi cuerpo despertaba iba notando los cambios, como que había una pierna enredada entre las mías, una mano que me acariciaba un pecho y la maravillosa calidez de otro cuerpo junto al mío. Definitivamente no era el gato.

—Ahh —jadeé cuando tocó debajo de mi vientre y me estremecí.

—Ya era hora de que despertaras, duermes como un tronco. —Su aliento me acarició el cuello y con ese tono de voz oscuro deseé que me dijera un par de guarradas.

—¿Llevas mucho tiempo intentando despertarme?

Gruñó.

—Por eso tuve que empezar a tocarte, no quería, soy un caballero.

Me eché a reír.

—¿Lo está poniendo en duda, señorita DeLuca? —Volví a reírme.

—No sabe lo que ha hecho —sonó amenazante, intenté reír de nuevo, pero terminé mordéndome el labio inferior con fuerza. Marc coló uno de sus dedos dentro de mí y una sensación de ardor y placer me hizo vibrar desde adentro. Apreté los ojos y el cuerpo entero se puso en tensión.

—No creas que esto va a ser placentero para ti —soltó amenazante—, pero será completamente estimulante para mí y con eso bastará para pagar tu afrenta.

«¿De dónde salió ese Marc, del siglo XV?»

Sacó el dedo, pero esta vez elevó una de mis piernas y coló dos dedos. Le apreté el brazo que sostenía mi pierna y me quejé, dolía, pero a la vez me excitaba. Estaba actuando como una sumisa.

—Parece que si lo estás disfrutando. —Intensificó la fuerza que ejercía

en los dedos y alcancé a saborear el sabor metálico de la sangre en mis labios.

—¿Quieres que me detenga?

—No. —Apenas si pude decirlo, Marc no daba tregua a sus dedos.

—Muy bien, vamos a hacerlo mejor.

En un movimiento me levantó un poco más y quedé casi encima suyo, me abrió las piernas y pasó sus dedos por mi centro, trazando ondas, empecé a sentir la corriente elevarse por mi cuerpo. Luego exploró mis pliegues lentamente, coló un dedo, luego dos y empezó esa dolorosa y delirante tortura, me removía inquieta. El dolor y el placer, juntos, son una mezcla delirante.

—Tócate, Paloma.

—¿No te das abasto? —Le reté.

—¿Estás segura de que quieres seguir tentando a tu suerte? —Negué con la cabeza—. Si no quieres hacerlo, es tu decisión, no me hago responsable. — Ese gruñido de chico malo me obligó a apretar los ojos, quería darme vuelta, tomar el control y follarlo como una salvaje.

—Tienes hasta la cuenta de tres para decidirlo. Uno...

Sacó uno de los dedos, jadeé enseguida.

—Dos...

Coló el segundo y allí se quedó un momento haciendo un movimiento lento, torturante. Mi interior se tensaba, escocía un poco, recordé a Rachel; tuvo toda la razón. Ahogué un gemido al sentir sus dedos en lo hondo, mi mano prácticamente viajó sola al vértice de mis piernas y empecé a tocarme en círculos. Llevé mis dedos a mi boca para humedecerlos y volví a tocarme.

—Mmm... qué interesante. —Mordió el lóbulo de mi oreja, la corriente eléctrica viajó por toda mi columna y empecé a intensificar el movimiento. También me removía rozándome con su miembro, empezaba a temblar por dentro.

—¿Preparada para dármele, nena?

Hice un ruido con la garganta, empecé a sentir el sudor mojarme la frente, la parte superior de los labios y el cuello.

—Aquí va tu castigo. —Su tono oscuro me dilató, acercándose al precipicio. Sus dedos expandieron mis pliegues, estaba a punto, noté mi piel erizarse a plenitud y mis pezones tan duros como rocas. Flexionó mi rodilla, la llevó tan arriba cómo fue posible y coló un tercer dedo.

—¡Ahhhh! —Me quejé, de placer y dolor, mi cuerpo convulsionaba y me retorcí mientras apretaba los dedos en la sábana. Reposé la mejilla sobre

el colchón, tenía réplicas del orgasmo haciendo temblar mi interior. Marc retiró los dedos y los introdujo en mi boca que permanecía ligeramente abierta.

—Este es tu sabor cuando estás conmigo.

—Petulante —balbuceé con apenas voz.

—¿Quién te dijo que el castigo había terminado?

Se dio vuelta en la cama y abrió un cajón de la mesita. Sentí una especie de miedo. Marc me iba a partir en dos si seguía así.

En un minuto ya estaba de nuevo tras de mí, había escuchado que rompía el envoltorio de un preservativo. Una vez más sus dedos me exploraron. Yo sabía que estaba muy mojada.

—Mojada, muy mojada para y por mí. —Se mofó, yo sentí un escalofrío.

El peso de su cuerpo recayó sobre el mío, mi mejilla pegada al colchón mis manos a los lados. Marc separó mis piernas con las suyas y reposó la pelvis sobre mi trasero.

—Te lo dije, Paloma. El placer será para mí.

Me penetró lentamente hasta llegar al fondo, mi interior protestó y me quejé de dolor agudo y tirante. Pero plenamente colmada por dentro.

—Sé que duele, estás muy cerrada. Pero ya pasará.

Creí que en verdad le causaba placer mi dolor, aunque tampoco era algo tan terrible, él sabía moverse despacio y pronto ya estaba cómoda con la invasión. Era abrumador, aun me estremezco al recordarlo. Su cuerpo acaparándome por completo me generaba una sensación de protección abismal. Como si acabara de hacerse carne de mi carne.

Se aferró a mis manos, podía sentir los músculos tensos de su abdomen al colisionar con mi espalda, su respiración agitándose..., más que tenerlo dentro lo que necesitaba era sentirlo, que todo su cuerpo me dijera que no era algo simplemente carnal sino que podía retar a la suerte con la idea de que Marc era aquello que toda mi vida había buscado. Demasiado apresurado, me estaba apoyando en las nubes; pero a veces sencillamente lo sabes. Que esa persona no es cualquiera, que la piel no se te pone de gallina en vano, que el brillo en tus ojos y esa sonrisa estúpida y perpetua no la consigue el chico que te sirve el café en el Starbucks aunque lleva meses intentándolo. Sabes que hay algo especial porque en tu interior algo estalla y se renueva. Y ya no eres el mismo. Es así de místico e inevitable.

Empujaba y retrocedía con una lentitud exquisita, pero se detuvo. Se

quedó quieto y adentro, solo le oí respirar agitado. No entendía lo que pasaba, tampoco iba a preguntarle.

Salió de mí.

—No puedo hacer esto. —Su voz sonó contrariada. Se movió a un lado de la cama, su espalda tocó el colchón.

No entendía nada, no sabía si era parte del castigo, si jugaba conmigo o si le había dado un ataque de madurez. Aunque era ilógico, los adultos son los que follan así que no estábamos haciendo nada indebido. A menos que estuviera saliendo con alguien...

Me di vuelta en la cama. Me dolía cada músculo y las muñecas aún se recuperaban de su agarre posesivo. Estaba boca arriba, un brazo bajo la cabeza y el otro sobre el vientre. Miraba al techo como queriendo encontrar respuestas.

—Paloma, yo...

—No pasa nada —no estaba molesta, sentía curiosidad por su actitud—. No es que tengas que enamorarte, bueno, lo que intento decir es que no soy de cristal y que podré soportar lo que tengas que decir.

Se incorporó dándome la espalda, apoyó los codos en los muslos y se agarró la cabeza a dos manos. Ya sé que dije que era yo la dramática, bueno, Marc tuvo un par de momentos también.

—Te deseo, Paloma. Desde el primer día en mi despacho. Desde que caíste sobre mis piernas supe que tenía que hacerte mía, pero no me imaginé todo esto.

Me arrodillé en la cama y puse las manos sobre sus hombros, su piel se tensó al instante.

—¿A qué te refieres?

—A qué sé que vas a querer más, que lo mereces pero yo no lo tengo.

—¿Cómo puedes saber lo que quiero? Si eres vidente dímelo porque tengo un par de preguntas vitales.

Otra vez su risa sorda.

—Por eso lo sé, porque lo dices todo, lo entregas todo, te burlas, me desafías, me satisfaces....

—Marc, nos acostamos una vez.

Intentaba decirle que no había razón para que mi simpleza lo asustara, pero debo confesar que sus palabras me hicieron muy feliz y me permití sentir firmeza en las nubes que pisaba.

—La vida son nuestras primeras veces. De allí parten muchas cosas. Un primer beso a una relación, una entrevista a un trabajo, una decisión a una consecuencia, un primer trago a una adicción, apostar a una ganancia o una deuda...

—Estás siendo trascendental. —Acaricié su pelo y pegué mi torso a su espalda, sus manos tomaron las mías. Miré hacia la ciudad, no iba a irme a la primera, ya había dicho que arriesgaría. Nos habíamos encontrado, en una ciudad con millones de habitantes, ¿cuantos no se encuentran en toda su vida aun viviendo en la misma calle? Yo era una suicida emocional, y si Marc sentía al menos el uno por ciento de lo que yo sentía por él, con eso me bastaba para apostar.

—No te mereces que conozcas lo peor de mí. No va a gustarte.

—Dime que no tuviste una infancia de maltratos, ni que planeas una venganza y yo estoy en medio, o que te va el sado y esas cosas.

—Creo que lees muchas novelas.

—Es lo peor que podía pasar, o que seas un asesino en serie, que te gusten las rubias, o las vírgenes, o un millonario que solo le da una noche a cada chica....

Se levantó conmigo encima y me tumbó sobre la cama. Me besó el cuello y descendió hasta mis senos, los lamió y mordió mis pezones. Enseguida me tensé. Ascendió hasta mi boca y nos besamos mucho, despacio y rápido, su lengua y la mía danzando, sus manos apretando mis mejillas, las mías enredadas en su pelo. Se separó y ambos buscamos el aliento.

—Vamos a hacer un acuerdo —dijo sobre mis labios, luego me miró con los ojos velados.

—Últimamente paso de firmar cosas.

—Ponte seria —me riñó—, es importante.

—Vale, señor abogado. ¿Qué quiere que haga? —Apreté en los labios una sonrisa.

—Que cuando sientas que soy un capullo, te vayas; que no soportes lo peor de mi mal humor, que si te digo que vengas lo hagas. Que si no te llamo en todo el día no te imagines cosas, que si me escuchas gritar y pelear contra el mundo, guardes silencio; que si prefiero callar a decir las cosas, lo comprendas.

—Creo que eres una variante de cada cosa que acabo de decirte que no esperaba que fueras y me están entrando ganas de correr.

Sesgó una sonrisa.

—¿Correrás desnuda por Manhattan?

—Saldría en las pantallas de Times Square. Siempre he querido mi minuto de fama.

Apretó sus labios con los míos y se quedó allí un poco. Mordisqueando despacio y succionando, un beso tierno y a la vez anhelante.

—¿Cuáles son tus condiciones?

Me estremecí, eso estaba tornándose muy serio y comprometedor. Y no es que no me agradara la idea, era que el miedo a no cumplir con las expectativas volvía a acecharme.

—Bueno. Que si no vengo es porque tengo mucho trabajo o estoy de viaje de alguna firma. Que no me gustan las llamadas en la mañana porque despierto con mil prisas y me hago nudos. Que no hagas caso a mis disparates, porque suelo decir un montón de cosas a la vez y en muchas ocasiones sin pasarlas por el filtro. Que nunca me invites a tomar té porque lo detesto. Que suelo comer mucho helado y es una adicción que no tiene cura. Que no podré verte los viernes en la noche porque siempre salgo con mis amigas, exceptuando vacaciones y fiestas importantes o enfermedades. Que por supuesto que debes al menos cenar con todos una vez para que no comenten entre ellos que perdí la chaveta y me imagino que salgo con tíos que están muy buenos y que me lo creo.

—En cuanto a eso tienes que saber que no soy muy dado a las muestras públicas de afecto, es una cuestión de privacidad. Pero puedo tomarte de la mano y darte un beso en la mejilla... es que en público soy un poco rígido así que no te imagines nada, por favor. Es decir, estamos juntos; ambos los sabemos no necesitamos ir gritádoselo a quien no pueda interesarle.

Sonreí y tiré de sus orejas.

—Vale, eso lo entiendo. Tampoco quiero que me dé diabetes —me dio un beso más—. Pero si hay un último requerimiento en el acuerdo y es muy importante para mí.

—¿Ah sí? Pues dímelo, quiero saber antes de firmar. —En sus ojos brilló algo parecido a la diversión.

—No se ría que esto es serio, señor abogado.

—No lo hago, mi trabajo es ser serio.

Bajé una mano hasta su miembro que aún permanecía a media asta y lo apreté, él gimió.

—Nunca más se le ocurra ponerse trascendental en medio de un polvo porque le juro que lo puedo cercenar como a rollitos de sushi.

—Auch —frunció las cejas—. ¿Está diciéndome, señorita DeLuca, que eso le pasó por la cabeza hace un momento?

—Digo que si ahora mismo no me dice donde firmar y termina con lo que empezó, iré a por el cuchillo más grande que tenga en la cocina, señor abogado. —Y apreté con más fuerza.

—Pues firmemos ya mismo.

Y lo hicimos, yo en su piel y él en la mía con besos muy húmedos y las manos demasiado inquietas. Empezaba a desear no tener que salir de esa cama.

Pero sí lo hicimos sobre el medio día, el hambre nos trozaba y él debía atender unas llamadas. Yo también tenía mensajes de mis amigas preguntando por la noche con Marc y de Salomón, que estaba preocupado.

Terminaba de vestirme como a las cinco, habíamos dormido una siesta larga luego de comer en el sofá acompañados de una película de *El Padrino*.

—Entonces, lo de los viernes empieza a aplicar desde hoy. —Se acercó por detrás y me besó el cuello.

—Correcto, hoy es viernes y ya tengo la dirección del bar de esta noche.

—¿Si nos encontráramos por casualidad?

—No existe la doble casualidad, además, el lunes vuelvo al trabajo y voy a necesitar sentarme en mi silla.

Sonrió sobre mi oído.

—¿Así que aun te puedes sentar? Creo que debo solucionar ese detalle. —Y coló su mano bajo mi falda. La agarré casi al vuelo.

—Trátalo con calma que solo tengo uno.

—Calma es lo menos que puedo tener cuando de tu coñito dulce se trata.

—Pero si hasta sabes decir guarradas —dije burlona, me di vuelta para tomar mi bolso.

—Que no te confunda el traje. —Tiró de mi mano para llevarme hasta él y comerme la boca. Tenía que irme, por mi salud vaginal y mental.

—Me confunde tu pantalón caqui.

—¿Por qué?

—Mmm... no sé. Muy de chico YALE, supongo.

—Siempre puedo quitármelos...

—Por supuesto y ponerte unos vaqueros caiditos de cadera.

Le di un último beso y me solté.

—Mi padre enloquecería si me ve entrar con vaqueros a su oficina.

—El mío lo hizo cuando me puse ombligueras, casi me obliga a usar un

hábito de monja. Pero luego se acostumbró.

—Lo dudo, creo que perdió esa batalla. —Me besó el pelo antes de abrirme la puerta.

—Eres su hijo, abogado también. Puedes ganar esa batalla. —Le guiñé un ojo y me di vuelta.

—Paloma —me detuve y me giré, Marc sacó su billetera y contó unos billetes—. Toma un taxi.

—Marc, esto no funciona así.

—No te irás en metro. No cuando vengas a casa. Si no te llevo te irás en taxi.

—Eso no estaba en el contrato. —Me puse un poco molesta, desde antes de graduarme de la universidad ya no recibía dinero de mi padre.

—No seas caprichosa. Estarás más cómoda, tómalo. —Extendió el dinero en mi dirección.

—No es capricho —me di vuelta y llamé al ascensor—. Puedo pagarme un taxi si quiero, quién te dijo que no tomaría uno.

—No sé, tal vez la tarjeta que llevas en la mano.

Bufé irritada, entre al elevador.

—Paloma...

—No lo fastidies, Marc. —Y las puertas se cerraron.

¿Qué se creía? Yo podía irme en metro si me apetecía, o caminando, en bicicleta...

No quería que fuera uno de esos tíos manipuladores y controladores. Estaba invadiendo mi vida y hasta ahí le permitiría entrar.

Crucé apresurada la recepción, buscaba mis gafas de sol en la cartera cuando lo vi parado frente a un taxi con la puerta abierta.

—¡Agrrrh! —Puse los ojos en blanco y lo esquivé.

—Paloma ven aquí.

—No.

—Paloma, no me hagas ir a por ti.

—Crece, Marc. Es el siglo XXI no necesito un héroe.

—Muy bien.

Dos pasos más adelante me levantó sobre sus hombros.

—¿Enloqueciste? ¡Bájame! —Le golpeé la cabeza con la cartera.

—Te irás en el taxi aunque me toque amárrate al él.

—¡Qué civilizado!

—Puedo ser un troglodita, pero ya dije que te vas en el taxi.

—Pero yo he dicho que no —Me bajó y enseguida intenté correr. Marc me atrapó y me besó, a la fuerza, a lo que respondí mordiéndole. Juré que se encabronaría y a volar Paloma.

—Nena —se tocó el labio y miró la sangre—, por favor sube al taxi.

Me crucé de brazos y dejé caer los hombros. Me iba a derretir ahí mismo, había calado mi aparente coraza con un «por favor» dicho con una ternura conmovedora. Y el «nena» que empezaba a gustarme más de la cuenta.

—Vale. —Torcí la boca y me di vuelta.

—Así me gusta, señorita DeLuca; obediente y receptiva. —Me iba a girar para responder pero primero me palmeó el trasero y volvió corriendo al edificio, no sin antes gritar que el taxi estaba pago.

Ese era el Marc que me iba a hacer perder la cabeza.

15. Bienvenida a la Oscuridad



Fueron dos semanas bastante tensas. En casa, en el trabajo, con mis amigos y conmigo misma.

Estaba en esa etapa de negación absoluta rozando la rebeldía. No quería hablar con ellos del tema, dos viernes más sin salir con mis amigas y pasando los fines de semana con Marcelo que soportaba mi dieta ética y la contrarrestaba con comida deliciosa. Más increíble de creer era que él fuese quien cocinara así de bien.

Grace no paraba de hacerme reproches in/directos sobre mis fines de semana misteriosos y en una ocasión me soltó una perla, la más irracional de las conjeturas que pudo armarse. Que estaba viéndome con Marc para follar en plan suicida emocional porque era demasiado dependiente de él y habíamos llegado a ese acuerdo.

Definitivamente tenía que dejar las drogas o acabaría prediciendo que el fin del mundo sería en una batalla entre un niño mago y «el que no debe ser nombrado».

Y hablando de fantasía, a que no adivinas lo que hice esas dos semanas. Bueno, lloré un poco, bastante. Casi acabé con las provisiones de helado de la tienda de Lafayette y tiré por el retrete mi bala mágica... y me arrepentí esta vida y la otra. Fue en un ataque de histeria.

¿No adivinaste?

Pues hice algo que ni esta era digital podrá derribar, es más, le ha puesto en el trono...

¿No adivinas?

Me hice stalker..., que no me enorgullezco ahora; pero en ese momento la adrenalina de no despertar sospechas ni ser descubierta era mejor que la anfetá, y no la he probado que quede clarísimo. Cosas que uno se entera por ahí...

Pues eso, que un lunes cualquiera uno de nuestros autores debía consultar a un abogado por asuntos de derechos de autor y tuve que acompañarle a *Shannon & White*. Casi me da un patatús cuando Jake me lo

ordenó, Salomón se ofreció e intentó inventar que yo tenía una cita muy importante con el dentista, porque me estaba saliendo un absceso. Se la perdoné porque no quería volver a pisar ese edificio nunca más, pero mi salud dental no podía quedar en tela de juicio y menos delante de mi jefe. Qué asco debió darle.

No hubo poder humano, ni divino que lo evitara. Era una orden y punto final.

Así que desde que subí al coche de la empresa, el estómago se me puso como piedra y las piernas como gelatina. Es que ya me imaginaba que con verlo de reojo me tiraría al suelo al llorar mi suerte. Jake no reparó en mi inquietud porque iba enzarzado en una pelea telefónica vaya a saber Dios con quién. Unos veinte minutos que se pasaron como un suspiro, al pisar el suelo sentí que entraba en territorio vetado y tenía razones para sentirlo así, aunque el tirano no pasaba mucho tiempo allí y eso era un alivio.

La de cosas que tuve que hacer para que la recepcionista no me reconociera y es que en esos tres años había ido tantas veces que me reconocía hasta el vigilante de la noche. Y también en esos tres años mi jefe no se había enterado de lo era mi vida privada con Marc y no porque lo tuviéramos en secreto, es que mi jefe se enteraba de lo quería y ya. Así que cómo le iba a importar en ese momento mi salud mental si no sabía que estaba pasando por la peor ruptura de mi vida.

—Parece que Tim ya está en la oficina —informó Jake, yo apenas asentí y nos movimos en dirección al elevador—. ¿Te sucede algo, Paloma?

—¿A mí? —negué con la cabeza—. ¿Qué podría sucederme?

—Luces nerviosa.

—Es el dolor de muela.

—Oh. Eso es horrible... —mi jefe empezó a hablarme de dientes y encías pero antes de cerrarse la puerta yo quedé en el limbo, Marc salió del elevador de enfrente, iba acompañado y luciendo su sonrisa profesional, aunque por el nudo torcido de la corbata supe que estaba que se lo llevaba el diablo. Algo fuerte debía pasar para que su presentación personal impoluta se alterara. El pecho me ardió, o el esófago. Se siente igual. Tragué saliva fuerte y me obligué a ser profesional—. Salgamos de esto pronto y te vas al dentista.

Asentí, la conversación acabó y un minuto después entramos a la zona de derecho laboral. Todo normal, en esa zona no era tan conocida así que puede levantar la cabeza. En el despacho esperaban por nosotros, o por Jake

porque yo no tenía nada que hacer allí, era un capricho de mi jefe llevarme a reuniones por fuera porque le encantaba lucir de tener asistente personal. No me molestaba, en realidad.

Me pidieron ir a por unos documentos mientras iniciaban una exposición del tema. Pero resulta que mi buena suerte se había quedado en cama esa mañana porque los documentos debía recogerlos en el piso de los despachos principales. Tomé un hondo respiro y llegué al piso, algunos me saludaron a pesar de que intenté pasar desapercibida. Pero para Hannah no fui lo suficientemente invisible, me invitó a acercarme a su escritorio para saludarme y cotillear de paso.

—¿Cómo lo llevas?

—¿El qué? —Era el colmo que su secretaria lo supiera y quizá la versión real, pero me obligué a hacerme la ignorante.

—Ya sabes, la ruptura con mi jefe. —Su expresión de pesar me molestó. ¿Por qué había que compadecerse de Paloma? Cada minuto una pareja rompe, aún no me había no me ha dejado el tren.

—Pues eso, que rompimos y ya está.

—¿Fue por faltar a la cena del jueves? Te juro que ese día su padre le retuvo aquí hasta muy tarde. Pelearon muy fuerte, según Ben, el jefe retó a su padre y luego salió dando un portazo, al día siguiente llegó con un genio terrible, luego del almuerzo no regresó y el lunes de la siguiente semana ya era el presidente de la firma.

«Como si no detestaras tu trabajo, para que ahora seas el jefe de jefes».

—Nuestros trabajos nos exigen cada día más y apenas si nos llamábamos. Era mejor dejarlo.

Hannah asintió, recibió una llamada y luego entró en la oficina de Marc. Pero dejó la agenda abierta y me pudo la curiosidad. Miré a todos lados antes de sentarme y hacerme la imbécil, saqué el móvil y le hice fotos a lo que quedaba del mes. Pero el bichito corrosivo de la imprudencia me hizo pasar las páginas hasta dar con el viernes negro, allí estaba la cita para almorzar, escuché pasos apreté el obturador pero no me dio tiempo a fijarme, cerré la agenda y me giré en la silla.

—El jefe últimamente olvida alguna cosa.

—Me imagino que estará muy liado —una chica se acercó trayendo los papeles—. Hannah, hablamos luego. Debo trabajar.

—Llámame y vamos a por una copa.

—No le menciones a Marc que estuve aquí. —Hannah guiñó un ojo y

ambas volvimos a lo nuestro.

En adelante mi cabeza urdía un plan descabellado, pero era culpa de los celos que estuviera pensando en seguirlo y tener cuenta de cada paso que diera.

Cuando volví al trabajo, Salomón me recibió con un abrazo y una taza de té. Pero yo no soy de té, soy de café fuerte, de quedarme con el sabor en la boca, así que no lo bebí. Tomé mis cosas y le dije que me iba al dentista.

Lo que hice fue caminar hasta Central Park y sentarme a revisar las fotos, copié las citas en mi agenda y borré la evidencia. Solo hubo un detalle que me tocó las narices y fue que la última foto parecía haber sido hecha desde un tren bala en movimiento porque no quedó ni una letra legible.

Empecé a rascarme la cabeza, me subía un cosquilleo extraño por el cuerpo. Miré mis nuevos eventos en la agenda, esa noche había una gala benéfica en el MET. Y sin razón aparente me entraron ganas de ir. Pero unas ganas atroces, era ansiedad y necesidad a la vez. El detalle era que sin invitación no había manera de colarme.

Lo pensé un poco, Sarah era artista y se codeaba con otros. Pero, ¿qué excusa iba a darle? ¿Que sabía pintar al óleo y se me había antojado ir a ver que me compraba? Pfff...

También Salomón podía conseguir algo para mí, pero desde el plantón que le di a la exposición de uno de sus amigos, pedirle un favor iba a ser como rogarle a Dios que me ganara la lotería. Me resigné, era una señal de que no debía meter la nariz dónde nada, absolutamente nada, se me había perdido. Tomé el metro y volví a casa, a dos pasos de entrar recibí una llamada, de esas que solo pueden suceder si le rezas al ángel de la guarda todas las noches.

—Elena, ¿qué sorpresa?

—Si ya sé, y no te llamo para decirte que terminé un nuevo libro porque creo que mis neuronas creativas, cerraron la fábrica.

—Deja de viajar.

—Ojalá fuera eso.

—¿Está todo bien?

—Sí, luego nos vemos para tomar algo. Pero llamo porque necesito un favor.

—Claro, dime qué puedo hacer por ti.

—Seguro que podrías conseguirme una firma en otra galaxia, pero lo de hoy es más simple. Ir a una gala benéfica en el MET. Mi tía me lo pidió pero

no estoy de ánimo.

«Gracias Dios, si esa es una señal pues que pase lo que deba pasar».

—No sé si me dé tiempo de llegar.

—Seguro que sí. Si quieres pido que te lleven la invitación al piso de Marc y así no te queda tan lejos.

—¡No! Que la lleven a casa, pediré media hora.

—¡Gracias Paloma! Tú ya sabes cómo es esto, solo entrega un cheque que irá en el sobre y si quieres irte, no pasa nada.

—Ahora me debes un libro.

—Tú me debes noticias de alguien.

—No sé de mi hermano y quieres que halle a alguien que no quiere ser encontrado. No soy Sherlock Holmes.

—Vale. Estamos a mano.

—Lo estamos.

En casa me preocupé por bañarme y pasarme la rasuradora por las piernas, cuando llegó el mensajero tenía puesta una mascarilla de pepino. Con el sobre venía también un vestido que ponía en la funda: *Elie Saab*. Casi me da un infarto.

Elena solía prestarme algunos vestidos cuando acompañaba a Marc a eventos importantes, aunque habían sido un par nada más. Solo llevábamos unos meses de conocernos. Dentro me encontré un preciso vestido color negro degradado a vino. Corrí al baño a lavarme y me lo puse enseguida. Luego le envié un texto a Grace pidiéndole prestadas unas sandalias Prada que iban a juego y avisándole donde estaría y por qué.

Cuando estuve lista llevaba el pelo con la raya a la mitad y completamente liso, un maquillaje delicado y las mejores joyas que me encontré en el joyero de Grace. Yo tenía algunas que no desmerecían, pero como habían sido regalo de Marc, ya no entraban en mi inventario.

Estaba por llamar un taxi, antes sonó mi móvil.

—¿Hola?

—Paloma DeLuca —Una voz siniestra me saludó y no exagero.

—¿Quién es?

—Tu peor pesadilla.

—A menos de que estés tomando hormonas o algo parecido, no sueñas como mi hermano.

Una carcajada y supe de quien se trataba.

—Creo que he perdido el toque.

—Es que no tienes el toque, además, tuve que aprenderme todas las facetas de Luciano para que sus bromas ya no me hicieran efecto.

—¿Ya saliste del trabajo? ¿Eres quien tiene la luz encendida?

—¿Me espías?

—Un poco, mi madre me lo ha pedido y no puedo negarle nada.

—Confiesa que mi loca vida te causa fascinación.

—Responde a mi pregunta.

—Responde tú a las mías.

—Paloma...

Vi su silueta en la puerta y me acerqué a abrir.

—Sí tengo planes.

Abrió la boca, luego la cerró y disimuló lo que hubiera sentido y pensado.

—Qué lástima, quería invitarte a mi inauguración.

—¿Y vienes a invitarme un minuto antes de irte? Di que me invitabas porque tu madre te lo pidió y te creo.

—Enserio quería que fueras, venía a darte la invitación.

—Es que una amiga me pidió...

—No pasa nada, puedes ir luego.

Un taxi estacionó frente a su casa.

—¿Hacia dónde vas?

—Manhattan.

—¿Podemos compartirlo, voy al MET?

—Seguro.

Volé a por mi cartera y subí al taxi. Enseguida recordé que no subía a uno desde la última vez volviendo de ese maldito restaurante. Marc me hubiese abierto la puerta, Marcelo ya estaba muy bien sentado. El ying y el yang. Como la vida misma.

Por el camino le conté de mi noche, el apenas mencionó que era socio de un restaurante pero si era el chef iba tarde. Nos despedimos en Central Park, antes prometió pasar a recogerme a eso de las diez. Yo pagué el monto al bajarme en el museo.

En cuanto puse un pie allí quise darme vuelta y llamar a Marcelo para que me diera la dirección. Eran demasiados recuerdos merodeando en esa porción de la Quinta Avenida. Me obligué a tomar aire varias veces y llenarme de valor, tenía una razón para estar allí y si me chocaba con Marc le dedicaría una mirada indiferente. Además, la abertura en mi vestido a mitad de muslo le

daría más cosas en las que pensar. Entré, con la cabeza en alto y apretando la cartera en las manos. Saludé a un par de conocidos de Marc y me escabullí hasta el bar, pedí un Margarita para que me diera valor y me giré buscando su rostro entre la gente, era una locura lo que me estaba pasando por la cabeza pero sería una pequeña venganza que bien me la debía.

Lo vi acercarse a unas personas a saludar. El maldito se veía como un dios e instintivamente la piel se me puso de gallina. Me levanté de la silla y haciendo alarde de mi vestido, busqué que mi ruta coincidiera con la suya. Caminé añadiendo un premeditado contoneo de caderas que hiciera abrirse la tela de la falda y que me viese tan sexy e inalcanzable como una diosa. Estábamos a un par de metros de distancia, nuestras miradas se encontraron y su sonrisa se borró, yo le dediqué esa mirada indiferente que le tenía preparada aunque me hubiese encantado quedarme más tiempo en sus ojos. Un detalle me obligó a cortar mi actuación, una mujer llegó a tomarle el brazo. La misma del restaurante. El infierno me hirvió en las venas, tuve toda la intención de tirarle encima la fuente de chocolate caliente. El muy idiota la llevaba a todas partes.

Me perdí entre la gente y llegué hasta el baño, tenía ganas de llorar, de gritar, de exponerlo delante de todos los de su clase, de cruzarle la cara de un revés... luego me besaría con desesperación para que me calmara y acabaríamos montándolo en un cubículo de baño. Qué pusilánime, lo sé. Me senté en un inodoro y probé con todos los ejercicios de respiración que pude recordar. Pero nada me quitaba esa absurda sensación quemante en el pecho y la garganta. Se me antojaba colarme es su piso y mancharle las camisas con el vino más barato que consiguiera. Recordé el video de una canción que empezaba a darme ideas. Recrearlo tal cual sucede, ser Taylor Swift por un rato y luego alegraría locura.

Escuché que daban el saludo a los asistentes. Debía salir y cumplir con lo que había prometido. Pero en la cara se me notaba el disgusto. El camarero me ubicó en la mesa que le correspondía al tío de Elena, había un chico allí bastante joven que iba en representación de su padre. De nuevo debía reconocer esa cara de «no quiero estar aquí, no quiero hacer esto pero mis papis pagan mucho por mi educación como para dame el lujo de faltar a mis modales de niño pijo».

Qué horrible era toda esa gente. O por lo menos la que me había tocado conocer a mí.

En el transcurso de las horas crucé palabra con el chico, apenas probé

de mi plato y miraba de reojo a la mesa de Marc con la firme intención de que si estaba de suerte, un camarero les tiraría la comida encima. En ese momento quise tener el poder de mover la nariz y hacer magia. Al cabo de un rato ya me estaba aburriendo, oír hablar de desorbitantes sumas de dinero me causa repelús. Busqué el móvil para revisar la hora, las diez más diez. También me entró un mensaje de Marcelo pidiendo que le avisara si aún estaba en el MET. Lo hice y me pidió cinco minutos para encontrar un taxi. Era hora de levantarme.

Me fui al bar a por un whisky y sin importarme el qué dirán, me lo bajé de golpe.

Me acerqué al encargado de las donaciones e hice la entrega del cheque. Me detuvieron para firmar una casilla de asistencia y donación. Casi me desmayo cuando escuché la cifra. Así de buenas a primeras el hombre se había desprendido de medio millón de dólares y yo con las deudas apretándome el cuello. Fingí una sonrisa del tipo: «La cifra es una nimiedad, me la gasto cada fin de semana comprando ropa en Milán». Aunque el vestido que llevaba no era precisamente de ZARA así que nadie creería mi filosofía de austeridad.

Busqué la salida y me choqué con Marc, echando mano de toda mi fuerza de voluntad, le esquivé.

—¡Paloma, espera! —Me agarró del brazo.

—Debo irme.

—Tenemos que hablar.

—No vine a hablar, te dije que no pienso buscarte.

—Tienes que oírme. —Ese susurro me envió una descarga eléctrica a lo más recóndito. Qué lejos estaba de poder controlar a mi cuerpo.

—Pues no quiero.

—Deja de ser una niña. —Elevó el tono y la fuerza del agarre.

—Suéltame —gruñí entre dientes.

—¿Todo está bien? —intervino Marcelo. Marc lo retó con la mirada, cómo si tuviese algún derecho sobre mí.

—Sí, vamos ya.

—Paloma, un minuto —pidió Marc.

—Tengo el taxi esperando —dijo Marcelo.

Exhale profundo y apreté los ojos mientras me daba vuelta.

—Adiós Marc.

Me zafé y agarré a Marcelo de la mano, avanzamos una par de escalones, luego se detuvo me miró y elevó las cejas.

—¿Estás bien? —Me abrazó por la cintura. Supuse que lo preguntaba porque me aferraba a él con demasiada fuerza o porque mis manos, y el resto de mi piel, estaban helados.

—Sí, pero si no nos vamos ahora mismo...

Marcelo rodó su mano hasta rozar suavemente mis dedos, elevé el rostro para mirarle. Sus ojos me observaban con dulzura y en sus labios se dibujaba una mínima elevación.

—¿Viniste porque necesitabas verlo?

Cerré los ojos y suspiré, un nudo en la garganta me sostenía las ganas de echarme a llorar en brazos de Marcelo.

—Vine porque quería que me viera, que me extrañara, quería...

—Quieres que se haga a la idea de que estás muy bien sin él.

—Sí —confesé y bajé la cabeza—. Es algo infantil por mi parte.

—Todo lo contrario y lo entiendo. Pero hazlo bien, Paloma. Salir huyendo le da la razón.

—¿Qué dices?

—No voltees, pero sigue ahí. Es como si supiera que terminarás volviendo a su lado y eso no me hace quedar muy bien parado.

—¿Qué estás diciendo? —Al mirarle, sonríó con picardía.

—Que las personas suceden por algo, que no estoy aquí por pura casualidad.

Elevó la mano que tenía unida a la mía y acarició mi mejilla.

—Eres demasiado guapa, demasiado dulce, demasiado única. Por eso me tienes a mí.

Junté las cejas.

—No te estoy entendiendo.

—Ahora lo harás.

Y me besó.

Cerré los ojos justo cuando sus labios tocaron los míos.

Hubo un instante en que no supe de mí, mi cerebro iba a toda velocidad, mi piel se estaba despertando, el estómago se me encogió. Una lenta caricia de sus labios húmedos resbalando por los míos, sus manos tocando mis mejillas, paseando por mis orejas, enredándose en mi pelo.

Mis manos que estaban como muertas, tomaron camino enredándose en su cuello y abrí la boca un poco más. No era un beso violento, era el tipo de beso que te das con un amigo, sin querer, pero necesítándolo mucho.

Cuando dejé de ser acariciada y pase a sentirme apretada por sus manos

en la parte baja de mi cintura. Tiré levemente de su pelo y nuestras lenguas formaron un nudo.

¡Madre mía, ¿qué estaba pasando?!

16. Eso que ya no se pregunta



Después de todo la idea del taxi me sentó de maravilla, me quedé dormida y si eso hubiera sido en el metro no quiero imaginar de dónde habría que tenido que rescatarme Salomón. Por azares del destino, ese viernes las chicas tenían cosas familiares o de trabajo. Sarah que era la más desocupada había pescado un resfriado que la mantenía en cama. Así que yo pasé directamente a mi cama que me extrañaba tanto.

Los siguientes días empezó una nueva rutina en mi vida. Más mensajes de Marc y unos bastantes subidos de revoluciones, llamadas a la hora de la comida y en la noche. A pesar de intentarlo, no logramos vernos esa semana; Marc quería salir de algunos casos antes de que hiciera demasiado calor. Yo le decía que bien podía irse al juzgado en bañador y con ponerse la corbata ya estaría muy elegante. Se echaba a reír y luego me decía que ojalá la vida fuese tan sencilla como yo la veía.

Esas frases me hacían pensar que era un adulto porque cayó en la trampa, pero que en el fondo deseaba no tener que serlo.

A eso de las siete de la tarde del viernes, estaba eligiendo los zapatos que llevaría cuando sonó mi Blackberry.

Sonreí como una boba al ver su nombre en la pantalla.

—911 ¿Cuál es su emergencia?

—Señorita, la tengo dura hace horas y no me baja.

Tuve toda la intención de soltar una carcajada pero me mordí el labio inferior y respondí.

—¿Ha probado con agua fría?

—Claro, mientras me daba una ducha me corrí dos veces. Lo he probado todo pero no quiere bajar. ¿Puede ayudarme?

—Pediré que una ambulancia vaya a su dirección y que en el hospital preparen la aguja más larga, va a doler un poco; pero es la solución al priapismo... o la cirugía; incluso la castración.

—Eso es muy cruel de su parte.

—Puede pedirle a su chica que le ayude, quizá sea eso lo que necesite.

—Pues, si ella pudiera llegar a mi casa en el término de la distancia, estaría más que agradecido.

—No puedo, hoy es viernes.

—¿Adónde se fue mi chica de la línea caliente?

—Le pasó la llamada a la chica que pediste.

—Tienes que venir.

—No puedo, es el cumpleaños de una de mis amigas. Me cuelga de los pezones si no voy.

—¿A qué hora termina?

—No lo sé.

—Imagino que tendré que encargarme de esta situación.

—Lo siento.

—Lo sentirás, eso te lo aseguro. Espero que mañana no sea el cumpleaños del perro de tu vecina.

—Mañana valdrá la pena, lo prometo.

—Bien. Te veo mañana.

Su vocecita de desconsuelo me causó ternura. ¿Por qué no había llamado ayer?

Luego me envió un mensaje:

Marc: Odio a tu amiga la del cumpleaños y ni siquiera la conozco.

Paloma: Puedes odiar a las otras, menos a esta, es la única a la que no le pareces mala persona.

Marc: No me interesa parecer buena persona, así que mejor no lo ande repitiendo por ahí o perderé mi buen nombre. Te veo mañana.

—Deja de babear ese aparato —incordió Grace, la vidente—. ¿Lista?

—¿Stiletos o sandalias? —grité desde el armario.

—¿Larga o corta?

—Corta.

—Stiletos.

Agarré mis bonitos stiletos negros, puntudos y con una correílla dorada al tobillo.

P r e c i o s o s .

Nunca amé tanto la temática elegida por Rachel para un cumpleaños. Aunque aquí en secreto confieso que cumplía treinta, ah, y no es cumpleaños sino aniversario.

—Mírate Grace, si hasta pareces mujer.

—Imbécil.

Se dio vuelta y la seguí. Grace vive la vida en pantalones y blusas. Odia los vestidos, las faldas y el rosa. Ahora no tanto, pero a fuerza de costumbre.

Esa noche llevábamos faldas de tutú. Imagina el nivel de odio de Grace, pero como siempre será una buena amiga; a veces nos honra sacrificándose.

En el taxi hablamos de su trabajo, de su jefe que era un orco y quería fastidiarle el verano, del nuevo becario que estaba mejor que los bollos que le llevaba en la mañana con el café. Y eso ya era mucho decir, porque para Grace los bollos son insuperables. De Marc no le hablé, ya sabía que el tema le daba alergias. Estaba demasiado empapada de la vida de esa familia y no confiaba en ninguno.

La fiesta era en el bar favorito de Rachel, en el East Village, cerca de su casa. Un pequeño bar del tipo rústico, pero la mezcla de olores a tarta de manzana y especias era alucinante. Hacia honor a su nombre: *The Wayland*. Pero eso no era lo mejor, había algo más: música en vivo, rock indie y una onda jazz muy agradable.

Saludamos a un par de compañeros de trabajo de la festejada y entramos a buscarla. Podría jurar que no había nadie en el lugar que no la conociese, de hecho, casi toda su oficina estaba allí.

—Estamos sirviendo Margaritas de jengibre, ¿os apetece? —Nos preguntó un camarero.

—Hasta nos ha impuesto qué beber —se quejó Grace—. No escatimes con el tequila, guapo.

Vimos a Rachel acercarse vestida con una falda multicapas de un precioso color lavanda y un top negro que ponía en letras blancas: *B*tch Please*.

Nos abrazamos y cada una un respectivo beso en la mejilla. Aparecieron Mariah y Sarah e hicimos un brindis. Luego las presentaciones, Grace le echó el ojo a un economista, Sarah también estaba con alguien y Mariah estaba muy entusiasmada con el chico de la barra. Así que preferí quedarme escuchando la música.

—Hola mi *churri* al curry. —Salomón me levantó en brazos y me dio unos giros.

—Mira quien es la única que no va disfrazada.

—¡Greg! —Le abracé y me quedé pegada a él como una lapa. Olía delicioso y siempre era como abrazar a un oso, adoro a ese hombre.

—Eh, no lo sobes tanto que ya está pedido. —Se quejó Salo.

—¿Celoso de ella o de mí?

Nos reímos.

—¿Os traigo una copa? —Me ofrecí.

—Voy yo, *churri*. Quiero ver como hacen esos wiskis infusionados al comino. ¿Queréis algo de picar?

—Sí, por favor. Sorpréndeme.

—Siempre —alardeó.

Greg me abrazó por la cintura y empezamos a movernos a un ritmo lento.

—¿Quién es él?

—Ya Salomón te lo habrá dicho.

—Pero quiero saber tu versión. La suya no está muy adornada.

—No le cae bien, ¿verdad?

—Pero no es a él a quién deba caerle bien, princesita de cuento.

—No me digas esas cosas o nunca voy a crecer.

—Es tu culpa, te ves como una. A nadie más le queda tan bonito el tutú.

—Me dio un beso en el pelo.

—Es guapo que te mueres. Me encantan sus ojos verdes, pero esa boquita me vuelve loca. Aunque si me pongo muy moñas, lo que más me gusta es que sonría desenfadado. Parece que no lo hace mucho.

—Pero contigo sí.

—Y me gusta hacer que pase.

—Ve con cuidado.

—Demasiado tarde, ya solté el freno.

Greg me apretó más fuerte, Salo llegó trayendo bebidas y comida. Carraspeó fuerte.

—Me dais asco. —Nos reímos y yo fui directamente al plato.

—Mmmm... Salo ¿qué es?

—Costilla de cordero con mermelada de cereza y crema de rábano picante. Es el plato elegido por Rach.

—¡Esto sabe a gloria! —Le pasé un bocado a Greg. La salsa le manchó la boca, tomé una servilleta y poniéndome en puntas de pies, me acerqué para limpiarle.

Greg me tomó por la cintura para subirme a un banco.

—Paloma —me llamó Rachel—. Invité a un amigo, espero que no te moleste.

Junté las cejas, primero escuché a Salomón resoplar. Greg se dio vuelta y yo estiré el cuello. Ahí estaba él, el que con solo mirarme me agitaba y la piel se me calentaba en grados Fahrenheit.

Estaba muy serio, Greg se acercó a saludar y él le dedicó su sonrisa de cartón. Salomón hizo lo mismo y con un gesto le pidió a Greg que se alejaran.

—¡¡¿Qué haces aquí?!! —dije muy emocionada.

—Tu amiga dejó una invitación en mi despacho.

—¡Qué vergüenza! —Me cubrí el rostro a dos manos—. No tenías que venir.

—Quería venir.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Para qué arruinar la sorpresa. —Me iba a derretir de amor. ¿Cómo podía sentir tantas cosas a la vez?

—¿Quién era el pelirrojo? —preguntó muy serio.

¿Estaba celoso?

—Un amigo.

—Ya. —Lo observó por encima del hombro—. Iré a por un trago, ¿quieres algo?

—No, aún tengo en mi copa.

A lo lejos vi a Greg hacerme señas. Bajé de mi silla y fui hasta él.

—¡Es muy guapo!

—¡Lo sé! No me lo creo todavía.

—Pero muy serio. ¿O está enojado?

—Creo que está enojado.

—¿Nos presentas? —La voz de Marc cerca de mi oído me hizo vibrar.

—Por supuesto. Marc este es Greg Brewster. Greg, este es Marc Shannon.

—¿Qué tal? —dijo Marc mientras le apretaba la mano—. ¿Escocés?

—Creo que es bastante evidente —intentó bromear mientras señalaba su cabello rojizo—. Neoyorquino y abogado, supongo.

—Sí —respondió un poco desanimado y casi en un suspiro—. Creo que vi tu foto en el periódico. Eres el arquitecto que ganó el concurso para restaurar un edificio antiguo en Chicago.

Dejé de prestar atención a la conversación cuando alguien dijo mi nombre. Me di vuelta y no tuve espacio para articular un saludo. Dylan me atrapó entre sus brazos y me besó. El calor se me acumuló en las mejillas.

—Mi dulce Paloma.

—Dylan ¡qué sorpresa! Pensé que ya no saldrías de Georgia nunca más.

—Vine porque tengo algo y quiero saber si a Jake le interesa.

—Seguro que sí, han sido muchos años sin un solo párrafo.

—Ni una llamada tuya. —Se acercó y besó mi mejilla. Me di vuelta para esquivarlo y vi a Marc salir del bar.

—Te veo el lunes ¿está bien? Debo irme.

Fugazmente crucé una mirada con Salomón, él también miró hacia la calle. Sabía que no le iba a gustar que saliera tras Marc. Pero debía darle una explicación, en mi caso la hubiera exigido.

—Espera... Marc.

No se detuvo. Siguió andando hacia el coche. Usó el control a distancia para desbloquear las puertas. Llegué justo antes de que pudiera entrar. Cerré la puerta con mi cuerpo y busqué que me mirara.

—Debo irme.

—¿Por qué?

Me recorrió con una mirada gélida que me estremeció por completo. Estaba enojado y ese cabreo lo hacía verse demasiado sexy.

—¿En serio me lo preguntas? Porque tú pregunta ya tiene respuesta y por eso estás aquí.

—Dylan siempre ha sido así. No pude evitarlo.

—Tampoco parecías muy disgustada.

Puse las manos sobre su hombros, él aferró las suyas en las mías intentando apartarlas.

—Nunca ha pasado nada entre nosotros, Dylan se toma esas libertades y no solo conmigo. Es un poeta, se cree un seductor.

Marc chasqueó la lengua y dejó de mirarme.

—Se supone que debo soportar que cualquier te bese...

Le tomé las mejillas y volvió a mirarme. Sus pupilas estaban dilatadas y apretaba el mentón con mucha fuerza.

—No sabía que estaría aquí. —Le acaricié las mejillas pero él retiró mis manos y las apretó en las suyas.

—¿A cuántos más voy a tener que soportar?

A la fuerza me solté.

—¿Te estás oyendo, Marc? Espero que no estés diciéndolo en serio porque no voy a permitir que me trates de ese modo.

—Cuando llegué estabas muy contenta con el escocés. ¿Qué es lo que estoy interpretando mal?

Lo hice, le giré la cara de un bofetón, se lo había ganado. Di dos pasos y me agarró del brazo tirando de mí, exigió mis labios chocando violentamente su boca con la mía. Iba a resistirme, alguna parte racional de mí lo intentó, pero estaba demasiado colgada por él como para que la razón se impusiera sobre mis emociones. Le rodeé el cuello con mis brazos y respondí a ese beso como si mi vida dependiera de ello.

—Tenemos un trato.... —dijo antes de soltarme.

—¿Un trato? —Volví a enojarme—. ¿De esto se trata todo? No soy tu propiedad, Marc. ¿Qué se supone que significa?

—Ya lo hablamos, Paloma.

—Hablamos de que nos veremos cuando me pidas que nos veamos, que no diga en público que salimos porque a nadie más que a nosotros debe importarnos. ¿En qué me convierte eso?

—Paloma...

—Te lo digo yo para que no pierdas tu protocolo. Soy con quien te acuestas cuando se te antoja.

—Si eso fuera cierto, Paloma, no te habría dejado salir de mi oficina la primera vez que te vi.

Joder con Marc, cómo podía aflojarme las rodillas con esa confesión.

—Pero como eres tan contenido, no lo hiciste.

—No lo hice porque no me parecías ese tipo de mujer.

—No estoy esperando a que venga mi príncipe a rescatarme, Marc. Sé lo que es acostarme con alguien porque me apetece y sin riesgo de enamorarme. —Mentira, y con él ya había pasado la barrera del gusto, iba en picada hacia una adicción poco sana.

Intentó besarme, pero tuve la valentía de correr la cara. Era cierto que podía ser muy libre a la hora de acostarme con alguien, pero con él no quería eso, no, yo quería más. Ese más que queremos siempre las mujeres cuando alguien nos gusta demasiado. Y si él no me lo podía dar era mejor que se diera vuelta y me dijera adiós..., porque yo no iba a ser capaz de hacerlo. Nunca he terminado nada en mi vida.

—¿Qué es lo que quieres?

—No se trata de lo que yo quiera, se trata de lo que estés dispuesto a darme.

—Te dije que yo...

—Entonces vete, Marc. Si tú no sabes lo que puedes darme...

—¿Quieres ser mi novia? —una corriente de calor me recorrió el

cuerpo. ¿Eso todavía se preguntaba? Porque creo que desde el instituto nadie más me lo dijo—. ¿Es lo que quieres, no? Necesitas una etiqueta, no lo entiendo ya te dije que estaríamos juntos, pero si eso sirve para evitar que cualquiera te ande besuqueando, mañana pido que se publique en el dominical que eres mi novia.

Quería darle otro bofetón..., y besarlo. ¡Dios, me iba a matar con su despliegue de macho alfa! Nunca me han gustado mucho esos hombres posesivos, pero estaba celoso... celoso de mí. Y nos habíamos acostado una vez.... Bueno, dos en realidad. Muy en el fondo quería decirle que sí al anuncio del dominical.

—No soy tan anticuada, sabes...

—Pero yo sí. Entonces, ¿lo eres o no lo eres? —Me apretó contra su pelvis y no pude contener un gemido. Discutir lo excitaba y de paso me ponía a mí con las revoluciones a mil. Su respiración agitada me acariciaba los labios, tenía una mirada tan intensa que rozaba lo hipnótica. Creo que no hubiera podido decirle que no aunque quisiera.

—Lo más sensato sería negarme, eres un troglodita. —Arqueó una ceja, una de sus manos rozó mis pechos y mis pezones se pusieron en pie de guerra.

—Dime que no, así tendré que hacer que cambies de opinión.

Un toque de malicia brilló en sus ojos. Era un maldito embaucador.

—Entonces es un no.

Me besó de un modo tan brutal que hasta creí que iba a desmayarme. Nunca más me besó así. Era una mezcla de dominación, rabia y deseo. Tuvimos que echar mano de una contención irracional para no arrancarnos la ropa en plena calle. Ninguno dijo nada más. Las palabras sobraban, todo estaba dicho. Yo le había dado mi respuesta y él tenía un reto que superar. Subí al coche y me concentré en mantener mis manos donde las viera, no iba a provocar que nos matáramos, no antes de mi polvo de reconciliación, porque más que convencerme, lo que íbamos a hacer era quitarnos el cabreo. Y bien que nos hacía falta.

Atravesamos el Village y en unos veinte minutos estuvimos frente a su casa. Si alguna patrulla alcanzó a seguirnos se quedó a medio camino. Marc iba casi apretando el acelerador a fondo. Encontró lugar pronto y bajamos del coche enseguida, no esperé a darle su espacio de caballerosidad al abrirme la puerta. Cada segundo contaba. Me agarró la mano. La mía estaba un poco fría, era ansiedad y expectación. Cruzamos el lobby a una velocidad alarmante. El ascensor se tardaba y Marc golpeaba el suelo con su zapato, impaciente. Yo

tenía un nudo en la garganta que me cortaba el aire. No sé por qué sentía que esa noche no sería ni parecida a la anterior. Cuando las puertas se abrieron pensé que tiraría de mí y me arrinconaría. Pero era un caballero de modales que esperó a que todos salieran, les saludó e incluso podría jurar que a alguien le hizo una reverencia.

Adentro, trenzó sus dedos con los míos y se acercó lentamente a mi oído:

—Debería vivir en el último piso, así me daría tiempo a follarte aquí mismo.

Me imaginé aferrada a la barra mientras mis piernas rodeaban sus caderas y el empujaba a lo más hondo. Tragué saliva y abrí los labios para encontrar el aire.

En sincronía nos acercamos a la salida y nos apresuramos de nuevo. En la puerta mientras intentaba encajar la llave en la cerradura, me tomé la libertad de tocarle la erección por encima del pantalón. Gruñó contenido y finalmente entramos.

Escuché el sonido del metal de las llaves chocar de la madera y la puerta cerrarse violentamente. Un escalofrío volvió a recorrerme la columna, Marc me iba a partir en dos con lo que le había palpado en la entrepierna.

—Ven aquí —me levantó al vuelo encajándome en su pelvis, le rodeé con las piernas y trencé mis manos en su nuca—. Te vas arrepentir de hacerme pasar tantos disgustos hoy.

Me reí nerviosa.

En medio de las penumbras me llevó hasta la mesa del comedor y tiró de un manotón una bandeja con frutas que estaba en el centro.

—Hoy eres tú la cena y el postre —sonrió lobuno, sus ojos verdes brillaron con lujuria y sentí calor calcinante en las braguitas.

Nos besamos, con hambre, una voraz. Nuestras lenguas chocaron descontroladas. Parecíamos un par de animales.

Sus dedos tomaron el borde de mi top y yo levanté los brazos para que lo sacara, me tocó los pechos apenas para que la piel se me estremeciera y volvió a sonreír ladeado. Le iban los juegos de provocación.

—Tendrás que esforzarte para que logre cambiar de opinión.

Mordisqueó suavemente el lóbulo de mi oreja y gemí lastimeramente.

—Tengo un tratamiento especial para ti, nena.

Y con el *nena* sentí la descarga de humedad mojar mis braguitas, que curiosamente eran las que me había comprado Rachel. Porque aunque tenía

deberes de amiga que cumplir para no faltar al código de amistad que nos unía, no tenía pensado quedarme toda la noche en esa fiesta, me preparé a conciencia para tomar un taxi a media noche y llegar a casa de Marc, desnudarme en la puerta de su apartamento y decirle que había perdido la ropa por el camino. Mi plan, que había resultado en nuestra primera pelea por celos y que me tenía en ese momento sobre una mesa de madera fina que estaba a punto de manchar con mi humedad.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—No lo sé —ronroneó sobre mi ombligo—, quizá quieras mostrarme cómo te quitas la ropa.

No lo pensé mucho, me arrodillé en la mesa y solté el botón de la falda que cayó suavemente, me senté estirando las piernas para terminar de quitármela. No llevaba mucha ropa, me había dejado el abrigo en el bar por salir corriendo detrás de él.

Llevé mis manos al broche del sujetador y muy despacio me bajé las cargaderas. Marc empezó a soltarse los botones de la camisa. Me pasé la lengua por los labios y le tiré el sujetador que atrapó al vuelo. Se lo llevó a la nariz y lo olfateó, me dio mucho morbo, más cuando se lo metió al bolsillo como si se tratase de un premio.

Me arrodille de nuevo para bajar mis braguitas, pero Marc me detuvo. Chasqueó la lengua y movió el índice derecho, negando.

Me encogí de hombros y pestañee un poco. Esperaba instrucciones.

Se zafó los zapatos y de una patada los dejó en la mitad de la sala al igual que los calcetines. En la mañana el lugar parecería un campo de batalla. Luego se quitó el cinturón y se deshizo de los pantalones. El señorito acartonado no llevaba ropa interior. Se me secó la boca de golpe al notar esa erección pesada y gruesa.

Me indicó que me recostara. Sonreí y contoneándome un poco me dejé caer sobre la madera. Me estremecí levemente al notarla fría. Marc se acercó, abrió mis piernas y con uno de sus dedos acarició mi centro por encima del encaje. Me retorcí de placer e instintivamente apreté las piernas.

—Espérame, apenas si estoy empezando.

Volvió a la tortura de rozarme por encima. Incluso pasó una uña y juré que iba a correrme.

Tomó una de mis manos que apretaba contra la madera y la llevó dentro de mis braguitas.

—Muéstrame cómo lo haces sin mí.

Empecé a dibujar círculos y a jadear. Sentí que corría la tela y uno de sus dedos intentaba colarse. Otra descarga de fluidos mojó el vértice de mis muslos. Moví la cabeza a ambos lados y llevé mi mano libre a uno de mis senos para atizarme el pezón.

—Qué buena chica. —Y coló el dedo tan hondo como pudo. Yo emití un gruñido gutural y me apreté el labio inferior entre los dientes.

Empecé a dibujar parábolas en mi clítoris, acelerando el ritmo. Pero Marc retiró mi mano y rasgó mis braguitas en un solo movimiento.

—Estorbaban. —Frunció las cejas de una manera tan seductora que no me importó saber que volvería a casa sin ropa interior. Me dio una mirada lenta, como un escáner. Se mordió el labio y fue acercándose lentamente. Sus manos treparon por mis piernas y masajearon mis muslos. Se metieron bajo mi cintura y me levantaron. Estampó su boca contra la mía y el sexo me palpitó. Me atrapó el pelo con una de ellas llevando mi cabeza hacia atrás. Su lengua me exploró con brutalidad y luego bajó por mi cuello hasta mis pechos. Allí se quedó un buen rato. Yo tiraba de un par de mechones de su pelo oscuro y semi-ondulado.

De pronto volvieron sus dedos a colarse dentro.

—Adoro que estés tan mojada.

Y a mí me daba vergüenza. Nunca, con sinceridad, un hombre había logrado que me mojara de ese modo. Volvió a atrapar mi boca, nos besamos como salvajes. Le mordí los labios y atrapé su lengua en mi boca durante un largo rato. Quería dejarlo sin aliento con sed, con ganas de volver una y otra vez.

—Joder, Paloma. Eres una droga.

Me cargó de nuevo para llevarme a la cama. No dejamos de besarnos. Puesto sobre mí, agarré su erección en mi mano y empecé a acariciarle. Gruñó y me mordió el labio con fuerza, sentí el sabor metálico. Era un animal, el más salvaje de todos. Uno indomable. Hice más compresión, él soltó un gruñido que sonó con la prosodia perfecta. Me hizo vibrar la piel. Seguí moviendo mi mano, arriba y abajo, a veces apretando más, otras solo acariciándole.

—Se supone que soy yo quien debe convencerte —jadeó sobre mi boca.

—Tal vez quién necesita argumentos y motivos eres tú.

Me comió la boca con una pasión desorbitante. Solté su erección para tomarle el rostro y responder con exigencia. Empezamos a rozarnos despacio y besarnos con menos prisas.

—Creo que me pides mucho aun sabiendo que puedo decepcionarte.

—Deja que sea yo quien juzgue tus formas de decepcionarme.

Me acarició las mejillas. Esos gestos de dulzura durante el sexo eran escasos y me abrumaban porque podía intuir que el verdadero Marc se escondía hasta de sí mismo y que nunca iba a permitirme conocerlo a plenitud.

Rodamos sobre la cama, tocándonos y besándonos. Empezábamos a ser un amasijo de pieles, sudores, sabores y sexo.

Marc estiró una mano y alcanzó un preservativo, lo deslizó por su erección con práctica y me sentó sobre sus piernas. Le gustaba mucho esa posición y a mí me transmitía un tipo de protección y conexión inexplicables. Una necesidad de sentir su desnudez junto a la mía para estar completa.

Me abrió las nalgas y su erección me rozó lentamente. Yo arqueé la espalda y cuando me penetró gruñí sintiendo el dolor de mi carne tirando para darle espacio. Le clavé las uñas en los hombros. Pensé que iba a esperar a que me acostumbrara pero algo le pudo más. La sacó casi por completo y la coló con fuerza, hasta hundirse en lo más hondo. Toda mi piel se erizó al instante, algunos músculos se tensionaron haciendo que quedara inmóvil y simplemente consiente de cada sensación que mi cuerpo experimentaba.

—Dime que vas a dejar que ese baboso vuelva a besarte. —Una estocada profunda y sentí mis fuerzas palidecer.

—No —musité.

Sus manos movían mis caderas al ritmo que él quisiera, lo hacía con rabia.

—No te oí. —Me tumbó en la cama y llevó una de mis piernas sobre sus hombros, cuando me penetró de nuevo, sentí que mi carne tiraba otra vez y me quejé. Pero enseguida pasó. Aumentó el ritmo. Movía sus caderas de una forma bestial y por entre las pestañas disfruté de esa sincronía, de lo majestuoso que se veía desnudo y empujando con vehemencia. Un escalofrío me fue subiendo desde los pies.

—¡No! —grité esta vez.

Mis piernas quedaron sobre sus hombros. Sus manos aferradas a mi cintura le ayudaban a embestir con más determinación. Aferré mis manos a las sábanas y me abandoné al placer. Con él era todo tan violento y a la vez tan frenético que el raciocinio no me funcionaba.

—No me queda muy claro. —Y bajó mis piernas, me agarró las manos y siguió empujando a un ritmo intenso, iba arremolinándose un calor en mi vientre. La piel se me paralizaba por momentos, jadeé con la boca muy abierta y la suya se acercó como respondiendo a una invitación. Me hormigueaba todo

el cuerpo, iba a correrme.

—¿Cambiaste de opinión?

Asentí, la voz no me salió.

—Dilo —exigió.

Apreté los ojos, contuve la respiración un instante y como una super nova, estallé en mil partículas.

—¡Sí! —En su boca recibió el resto de mis gemidos, sonrió satisfecho y mientras yo vibraba por el orgasmo él siguió empujando, pero más lento y profundo. Dejó mis labios, gimoteó y gruñó un par de veces. Se irguió, tomó mis caderas y aceleró un poco. Tenía el ceño fruncido y los labios separados. Me quedé allí, como hipnotizada mientras su cuerpo se contorsionaba ante el orgasmo que le sobrevino.

Buscó una de mis manos y la apretó con demasiada fuerza antes de soltar algo que sonó a blasfemia, pero que de su boca fue como una liberación.

Se dejó caer sobre mi pecho y le toqué la frente, estaba sudorosa y su respiración se entrecortaba.

—Me vas a volver loco, lo supe desde la primera vez. —Sonreí satisfecha y con el corazón a punto de salirse del pecho.

«Ay Marc, la locura es una enfermedad en la que te llevo ventaja».

17. Hola mundo, soy @ladykiller



Dos líneas de diálogo cruzamos luego de ese beso tan impredecible: «Te traje pasta Alfredo» y «Gracias». Bajamos la escalera, tomados de la mano pero en silencio absoluto. Subimos al taxi, me di un momento para mirar por la ventana al 1001 y apreté los ojos. Entendía que la intención de Marcelo fue salvarme de caer rendida a Marc o quedar como la inmadura que sabía que era, fue un favor de amigos. Las reacciones del cuerpo eran otro asunto, uno que podía calificar como de alta traición. Marc lo vio, era de esos que no quitaba la vista de algo porque siempre buscaba estar plenamente convencido, así que con ese beso podría imaginarse un montón de cosas que secretamente me causaba una pequeña sensación de justicia.

—Debí consultarte primero.

—Me habría negado.

Ambos reímos.

—Luciano habría dicho que le rompiera la cara. Pero eso se lo dejo a él que perdió la materia gris.

—Pudiste golpearlo primero y besarme luego.

—Con las mujeres nunca se acierta.

Me quedé en silencio. A pesar de que fue un salvavidas el que me lanzó Marcelo, no me sentía del todo cómoda con haber cruzado la línea que nos limitaba a mirarnos sin desearnos y a acompañarnos sin necesitarnos.

—¿Paloma?

Su voz me sacó del ensimismamiento, no tenía idea de que me había pasado el recorrido pensando en lo que Marc habría sentido. En si realmente se habría creído mi falso olvido. Porque si sintió al menos una parte de lo que yo sentí al verlo en aquel restaurante, seguramente estaría escupiendo llamas. Él era muy del tipo: *eres mía*.

—Perdón, me estaba durmiendo.

—Ya. Con los ojos abiertos, qué habilidad.

Me sentí avergonzada por mentirle. Pero es que sentía que no podía decirle que estaba pensando en Marc luego de que él me besara de semejante

forma.

Bajamos del taxi y él se encargó de pagar la tarifa. Me entregó el tupper con la pasta y me acompañó hasta la puerta.

—Hey—me detuvo antes de que subiera la escalera. Agarró mi mano libre y curvó una ceja—. ¿Todo está bien?

—Sí.

—Te va a crecer la nariz y dejarás de verte tan mona.

—Es que un beso, Marcelo, era la línea que no debíamos cruzar.

—Sí debí preguntar.

—No es eso. Tu intención fue buena, Marc estará como loco, lo conozco. Se trata de los dos. De que íbamos muy bien y ahora tendremos que tomar distancia.

—*Non mi piace per niente*^[5].

—Es lo mejor. Lo sabes.

—¿Qué lo cambia, Paloma? Seguimos siendo tú y yo. ¿O es que acaso...? —Se acercó, yo bajé la cara.

—No te imagines nada.

—No debo imaginarlo, *piccola*. Puedo verlo.

—¿Qué cosa? —Tragué saliva con fuerza.

—Que te gustó, tanto como a mí.

Y sin mediar más palabras, volvió a besarme. Un beso más corto, pero que en lugar de cortarme la sed, me la acrecentó.

—Soy tu rescatista, Paloma, acéptalo —tocó la punta de mi nariz con uno de sus dedos y sonrió muy bonito—. *Buonanotte*.

—*Buonanotte*.

El martes salí de mi casa antes de la hora de siempre, evitando a Marcelo. En la tarde me escapé con la excusa de tener una reunión con un escritor porque Marc tenía cita para cortarse el pelo, monté guardia afuera de la barbería pero no llegó. Seguramente algo de último momento lo retuvo, así que regresé a casa, desilusionada. Había sido un día perdido sin saber qué hacía y con quién.

Y en las noches una suerte de ansiedad y necesidad me atacaban a unos niveles indescriptibles. Miraba las fotos, recordaba cosas, detalles estúpidos como la forma en que Marc tomaba la taza del café, o que primero se mojaba las manos y se las pasaba por el rostro para enseguida meter el cuerpo bajo la ducha. O que cuando me besaba sonreía sobre mis labios. Miles de veces tuve

un mensaje escrito al que solo le faltaba pinchar en enviar. Palabras en las que le decía que no podía vivir sin él o que ya quería que habláramos. O me quedaba mirando fijamente a su contacto en el móvil y se me ocurría llamar solo para escuchar su voz. Me estaba matando, la ausencia de una persona es tan degenerativa como un cáncer, ambos te atacan desde dentro.

Fue el miércoles que ocurrió algo que no me esperaba, llegó a la oficina una caja con mis cosas. Con las que nos había hecho una pareja de verdad.

¡A la oficina! Como si no supiera dónde vivía y a qué hora estaba en casa. La sangre se me subió a la cabeza a un ritmo vertiginoso. Es que bufaba como un toro de lidia al ver que todo mi departamento observaba con curiosidad un bolso de playa, sombrero de ala, cremas, cepillo de dientes y otros artilugios. ¿Por qué narices me hacía algo así?

Salomón cerró la puerta luego de quitarme la caja de las manos. Yo estaba de piedra, iba a explotar como la dinamita en cuanto me dijera alguna cosa. Me recorría la sangre una suerte de ira y tristeza. El pecho me dolía, tanto que pensé que iba a darme un patatús. Empecé a inspirar hondo para sosegarme, apretaba y soltaba los puños pero en mi cabeza solo podía reproducirse el momento único (y que pareció tan rutinario a su tiempo) de dejar cada cosa por allí hablando de mí presencia. Y dolía, como un puño clavado en el hígado.

¿Por qué insistía en hacerme daño? Porque vamos a estar claros, él lo sabía perfectamente, era premeditado, su intención fue lastimarme y lo había conseguido. De paso, me enviaba un mensaje fuerte y claro; él y yo, jamás volveríamos a estar juntos.

Y no hay nada que duela más que un jamás.

—Paloma.

—¡Qué! —dije agresiva, miré a Salomón pero no fue él quien me llamó sino mi jefe.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona Jake. Salomón ha hecho que me enfade.

El aludido arqueó las cejas.

—Chicos, mantened la paz. Sois un equipo y os necesito aquí, concentrados y trabajando en armonía.

—Descuida, Jake —Salomón se levantó—, son cosas que no podemos evitar; pero no es el fin del mundo.

Ahí estaba enviándome un mensaje. Él sabía o por lo menos se imaginaba lo que estaba sintiendo. Y no era el fin del mundo, en eso tenía

razón, era el fin del mío.

—Me alegro. Porque tenemos que trabajar en un nuevo proyecto y necesito que estéis muy enfocados. Mañana es la junta de fin de mes y voy a necesitar que Paloma presente las estadísticas que maneja sobre los libros publicados en estos seis meses. Estamos por cerrar el año, necesitamos cifras y rendimiento.

—Sí, tengo todo. Mañana lo presentaré.

—Bien. Solo era eso, chicos. Hasta mañana.

Yo musité la despedida, Salomón se encargó de cerrar la puerta y se cruzó de brazos. Elevé la mirada, estaba muy serio, aunque no dejaba de verse muy guapo. Más, con las mangas de la camisa dobladas hasta el codo y sus brazos firmes invitándome a escóndeme en ellos.

—¿Estás bien? —Sorteó en un tono medio.

Junté las cejas como diciéndole «¿A qué te refieres?». No iba a dejarme caer, no podía derrumbarme a llorar porque no estaba en edad. Porque ya era una adulta y porque eso no se iba a quedar así. No. Como diría mi madre: «Eso se te pone morado».

—Sí.

—¿Segura?

—Claro..., Marc dijo que enviaría mis cosas. Yo se lo pedí.

Sonrió, pero con pena.

—Ven aquí —me extendió los brazos y a la fuerza me metió entre ellos —. No aprendiste a mentir, *churri*.

Un estremecimiento me recorrió toda la piel y no solo la piel también algo debajo que dolió.

—Algún día iba a pasar.

—Pudo tener la decencia de enviarlo a casa, ¿no se supone que es un caballero?

—Pudo hacer que fuera yo a por ellas y habría sido peor.

—Jumm... nunca dejarás de justificarlo.

Nos soltamos, yo fui a por mí bolso y abrigo, él se estiró las mangas, abrochó los puños y también buscó su abrigo.

—¿Te llevo? —Ofreció temiendo que me desviara el camino y acabara en algún bar de mala calaña.

—No te preocupes. Me gusta el metro y quiero asegurarme de tener todos los informes al día.

—Será como quieras, mi *churri*. —Me dio un beso en la frente y me

anudó la bufanda.

Salimos juntos, de la mano como siempre que caminábamos. Afuera, la brisa que corría me revolvió el pelo, no iba a luchar contra ello, de algún modo necesitaba sosegarme y caminar siempre me ha ayudado, sobre todo cuando hay brisa. Me ayuda a pensar. Y pensaba, en muchas cosas, miraba al suelo y a mi caja y maleta; al cepillo de dientes eléctrico que me compré con tanta ilusión una tarde de sábado que él llegaba de visitar a su madre que por esos días vivía con su hermana en Chicago y me envió un mensaje pidiendo que le esperara en casa y que llevara un par de cosas para el día siguiente. Cuando lo puse junto al suyo sentí que ese ya era un paso demasiado importante y que íbamos muy en serio. La ropa de la bolsa era la que había llevado para una escapada que hicimos en verano a Cold Spring. Algunos libros que le había dejado para que leyera otra cosa distinta a contratos pre-matrimoniales, una vela con olor a lavanda, mi gel de baño de los de Victoria que él me reponía cada que se terminaba, pasión de coco era nuestro favorito; algunas bragas y sujetadores..., una foto de los dos.

«Joder, Marc. Parece que lo del beso en verdad te dolió».

Apreté los ojos y espanté las lágrimas. No podía dolerle, él pegó primero.

Me paré con mi caja y mis recuerdos cerca de la boca del túnel en Central Park. Compré en el quiosco una barra de chocolate con avellanas y otro montón de porquerías que me causarían indigestión o un coma diabético. Luego me fijé en el diario del martes y lo saqué del expositor. Ponía algo como: la noche millonaria del MET. Y claro, yo había estado allí, me había vuelto la úlcera pero era una variante causada por los celos, la decepción y las ganas de que a Marc le dieran almorranas. Y para rematar, el beso con Marcelo para hacerme la muy lista y mandarle el mensaje a mi ex de que pasaba de su puto culo porque yo estaba la mar de bien.

«¿Te descolocó verme llorar? Descuida cariño, mi padecimiento actual tiene nombre, piel y acento italiano».

Cómo no... o cómo sí.

No era capaz de ver a Marcelo desde entonces.

Llegué a la sección de sociales, yo no estaba por ahí, ¿quién era yo para que el periódico me reseñara? Pero Marc si era alguien, un Shannon, el nuevo presidente de tan prestigioso bufete, el abogado de divorcios que no había perdido un caso... y el gilipollas que posaba junto a... ¿Emma Wilmot?

Esa era la mujer, la competencia... realmente era mi reemplazo.

Me quedé detallándola. Con su melena morena tan bien peinada y brillante, esos ojos grandes que parecían un arma de seducción y destrucción masiva. Pero la maja no solo era una mata de pelos y ojos verdes, era labios carnosos, pómulos marcados y un par de tetas que miraban a las nubes, la piel bronceada. Tan alta como Marc... es que parecían *the perfect match*.

No como en las fotos conmigo que apenas si le llegaba a la altura de los hombros. Delgada y sin gracia, cuatro pelos que no eran ni rubios ni castaños y un par de ojos de un azul polvoso que si me descuidaba llegaban a verse como el concreto. Nada qué rescatar; y de las tetas ni hablemos que la copa C no es por cuantioso sino por carente.

Arrugué el periódico y lo tiré al suelo, le pasé por encima mientras caminaba en dirección al túnel, la bilis me ardía en la garganta. Un par de chicas cantaban Blank Space^[6] yo las seguí con la letra, pero antes de dar un paso dentro del túnel, una idea maquiavélica me cruzó la mente. Miré la hora, solté la caja y comprobé la agenda de Marc. Esa noche había cena con un cliente.

Volví la vista a mis cosas, eran un montón de recuerdos y basura. Dejé la caja junto al quiosco y le pedí al chico que le diera una mirada de vez en cuando. Me guardé el gel de baño por si la caja desaparecía y porque el de mi baño estaba en las últimas. Y caminé, muy decidida, contoneando a conciencia mis caderas y saboreando en cada paso el aperitivo de urdir una pequeña venganza. La Quinta Avenida se me hizo corta y cuando llegué a casa de Marc, ya lo tenía todo muy organizado. De algo debía servir que leyera tantas novelas policiacas y que ayudara a Sam con parte de la planificación de ellas. Entré como perro por su casa, el vigilante apenas si me hizo un asentimiento y tomé el elevador. Volví a ver la hora, tenía dos posibilidades: que llegara a cambiarse o que no le diera tiempo y se fuera directamente a su cita.

Usé mi llave, entré sigilosa, crucé la sala y escuché ruidos. El corazón me dio un brinco, pero no me acojoné. El ruido era del cuarto. Vi las llaves del coche sobre la barra de la cocina, el maletín en una silla y la misma aséptica e impersonal decoración que vi la primera vez que entré. Ya no estaban mis girasoles, ni mis cuadros de playas, ni los cojines de figuras étnicas. Ya no había un rastro de mí en todo el lugar y eso me entristeció. Era de nuevo él, en escala de grises, dentro de sus sombras, silencio, soledad, trabajo.

De nuevo escuché movimiento, decidí que me refugiaría en el cuarto de huéspedes. Allí no entraba jamás. Conmigo si lo hizo, le convencí de que esa

pobre cama solitaria y triste necesitaba compañía y mimitos y alguna vez lo hicimos allí. Intenté que nada me afectara demasiado, yo iba con un plan trazado, necesitaba cobrarme su falta de tacto, de personalidad..., de cojones. No cerré del todo la puerta, necesitaba poder husmear para saber en qué momento saldría. No tardó quince minutos en hacerlo, cruzó vestido con ese traje gris que me volaba la razón porque le apretaba cada pedazo de su cuerpo de dios de una forma casi vulgar. Pero vulgar rico, sexy, incitante.

El olor de la loción después de la ducha era un narcótico, es que solo con ese olor podía hacer de mí lo que quisiera. Quise sentarme a llorar, extrañaba más cosas tuyas de las que creí.

Luego le oí responder el móvil.

—No he salido... sabes que debía venir a cambiarme y aún no he enviado los documentos, el mensajero se ha retrasado.

Volvió a pasar frente a mi puerta.

—Mi padre se lo explicará... claro que sé que es importante. Emma, ¿quieres calmarte? Voy a conocer a tu familia ¿no te parece que estoy demostrando que voy en serio?

Era ella. Y ya no fue un puño en el hígado fue una puñalada en las entrañas. Iba de buena gana a conocer a su familia, con lo que me costó a mí y el fiasco que resultó. Y aparte, le decía que eso era ir en serio. ¿Qué conmigo jamás fue en serio?

Reprimí un gemido. Pero el dolor se mezcló con esa vorágine de sensaciones que me sollamaban. No iba a tomármelo tan bien, no señor, no iba a ser como cuando mi hermano me hacía una broma y yo lloraba un rato y luego lo olvidaba. No, esta vez se trataba de mí corazón y dignidad, de cada vez, de cada beso, de cada promesa.

Oí que tomó las llaves y un minuto después cerró la puerta. Me tomé un segundo, respiré hondo y salí en dirección a su habitación. Necesitaba desquitarme, se me antojaba hacer lo del vino en sus camisas, pero no traía del barato para que la mancha fuese imborrable. Entré, lo miré todo como si nunca hubiese estado allí; necesitaba hallar algo para romper y que cuando viese los pedazos le causaran pena, se cabreara y por qué no, también llorara un poco.

Algo como lo que yo experimentaba.

La recorrí entera y lo único que pude idear fue apuñalar las almohadas y el colchón. Eso no le dolería, al otro día tendría el recambio.

Me fui a su armario, acaricié las camisas, su olor estaba por todas

partes. Ví que tenía apartados un par de trajes y un esmoquin, me acerqué y acaricié la tela recordando cómo le quedaba, la forma en que se ajustaba a él. El nudo en la garganta se desató y empecé a llorar, abracé el esmoquin como si se tratara de él y lo maldije mil veces.

Entonces me fijé en un detalle, unas horquillas de moño. Claro, pude dejarlo pasar, pero se supone que vive solo y que las horquillas que yo usaba eran amarillas no negras. Solté el traje al suelo y en una escena digna de *drama queen* tiré sus camisas al suelo. Busqué unas tijeras en un cajón y sobre la montaña de ropa que había armado, me arrodillé a picotear camisas, pantalones y sacos. Lo que me dominaba en ese momento era un dolor tan fuerte que rayaba en la locura. Sin embargo, no estaba razonando, solo desahogándome. Cuando ya terminé con la ropa, pasé a las corbatas.

Abrí el cajón y empecé a picotearlas pero me pudo el cúmulo de emociones y terminé llorando, tendida en el suelo. Desgañitada en realidad. La última corbata no tuve el valor de dañarla. Se la había dado yo.

Has visto *Pretty Woman*, supongo. ¿Recuerdas esa escena de Vivian, desnuda y esperando a Edward usando solo una corbata... horrible por cierto?

Pues, un día me lo copié cuando me encontré en un mercadillo de pulgas la corbata más horrenda que veré jamás. Repetí esa escena, follamos como salvajes y Marc se la puso para ir a una cena con sus padres.

La olí y me la enrollé en la mano. Me debatí entre dejar la prueba del delito o deshacerme de todo. Opté por la primera y para hacerlo todavía más memorable; esparcí pedazos de tela camino a la salida e hice muchas fotos. Me fui de allí envuelta en un aire de victoria y justicia. No me importaba lo que hiciera, si se trataba de toma y dame; que empezara el juego.

Iba más tranquila, satisfecha. ¿Por qué no?

Cuantas veces no escuché a mis amigas decir que un bofetón no fue suficiente, que rayarle el coche a su ex habría sido la madre de las venganzas. Una vez fantaseamos hacerlo con un ex de Rachel, un video de una canción de Shakira nos dio la idea, pero el tío se fue de la ciudad y no nos dio tiempo. Rachel habría sido capaz. Porque intentó lo del vudú, así de dolida habría quedado. Pero la santería tampoco funcionó. Y es que en el fondo ella no quería vengarse, quería que volviera, y le costó reconocer que nadie se va si no quiere hacerlo.

Como Marc, que se quería ir pero no encontró el momento para decirlo.

Porque era gilipollas y le faltaban cojones.

Mejor no discutamos de lo que cubría celosamente la tela de sus

pantalones de diseñador.

En casa me armé unos emparedados de jamón y queso con mucha mostaza y una soda. Ese sería el primer bocadillo de la noche. Tenía un montón de gráficas para revisar y cifras por actualizar.

Con el ordenador sobre la cama, carpetas y el aire encendido porque empezaba a calentarse el infierno. Me senté llevando una camisilla de tirantes y unas braguitas de seda. Las de mi abuela, como dice Rachel. Pero comodísimas, qué le vamos a hacer. Tuve que ver el twitter del primer autor de mi lista para confirmar su número reciente de seguidores, entonces noté que su más reciente publicación era una canción de Maroon 5. Le di a reproducir, seducida por el nombre. No era muy fan, la verdad pero mis amigas sí y sobretodo del vocalista, me lo habían enviado muchas veces en las mañanas y por mi vida que mirarlo era como inyectarse una dosis de inspiración.

La canción a grandes rasgos habla de una chica rompecorazones y advierte de tener cuidado con ella. No entendía por qué el escritor la había compartido pero a mí me dio una idea bastante interesante.

Me lo pensé un poco, di un bocado a mi cena y puse música aleatoria. Una canción de Bikini Kill empezó a sonar. No pudo ser más oportuna.

Mi juego del tres en raya había evolucionado a aplicación móvil.

Abrí el juego y puse la equis en la esquina inferior izquierda.

Bot puso el círculo en el centro.

Elegí la esquina superior izquierda.

Bot en la esquina inferior derecha.

Me entusiasmé y elegí el centro superior.

Bot me bloqueó en la esquina superior derecha.

Pero no pudo bloquearme en el extremo centro izquierdo.

¡Tres en raya!

Estaba decidido.

Cerré sesión de la cuenta de la editorial y pedí registrarme, rellené los datos y me puse como nombre de usuario el título de la canción de Maroon 5 mientras cantaba que era una *Rebel Girl*, busqué una imagen de una chica rebelde y la puse como foto de perfil. Lo dejé sin descripción. Enseguida hice mi primer post y supe (en el fondo de mi ser) que había hallado el modo de desahogarme de Marc.

«Hola twitter, soy una chica más con el corazón roto. Pero prometo que no seré una del montón. Soy #ladykiller».

Luego puse otro tweet:

«Lo siento mi amor, alguien no te ha dejado trajes para mañana.
Ups!».

Y colgué un par de fotos de mi primera venganza.

Desde ese momento me declaré en estado de guerra.

18. Marc... y todo lo que trae el pack



Vernos un par de veces en la semana para cenar y luego darle mejor uso a su cama era una rutina a la que fácilmente pude acostumbrarme. No tanto a la de volver a casa a media noche, o que no pudiéramos vernos cuando yo quería porque él no podía. Mucho menos a que los fines de semana tuviera tantos compromisos familiares. Tampoco es que mi vida girara entorno a él y que solo estuviese esperando una llamada o un texto para salir corriendo en su dirección.

No.

Suerte que es tener amigos que te sacan de preocupaciones cuando menos te lo esperas. Y por esos días de inclemente calor estábamos más emocionados que nunca por nuestro viaje a California. Las chicas planearon una tarde de spa. Masajes que lo pusieran todo un poco más firme, una limpieza facial. Manicura y pedicura... Rachel se pasó por la cámara de bronceo, Grace se cortó un poco el pelo, yo me mordía los labios para no gritar mientras me hacían la cera. Eso era tener nov... Sinceramente no me gustaba decir que tenía novio, solo que salía con alguien en serio. Novio sonaba a instituto ¿qué no?

—El único estado en el que pueda soportar tanto calor es echada en una tumbona frente a la playa en Venice y lo quiero ahora —se quejó Rachel al salir del spa—. Os juro que me quitaría todo aquí y ya mismo, siento que se me derrite el culo.

—La gravedad lo está llamando a casa y ahora culpas al calor. —Le incordió Sarah.

—No encontraras culo más firme en todo el estado. —Se palmeó el trasero y añadió un gesto sugerente.

—Que alguien me explique por qué no estamos camino al paraíso. A este paso celebraremos el cuatro de julio en Central Park.

—Greg tenía que presentar un proyecto hoy. No podemos irnos solas, Grace y todas en el coche de Rachel vamos a morir de sofocamiento. — Entramos a un Delicatessen de la segunda avenida.

—Ya llevé el coche al taller, le han cambiado el aire acondicionado.

—Entonces va a congelarnos. —Incordió Grace con picardía.

—¿Qué tenéis en contra de mi coche?

—Es una cafetera de las antiguas y emana más humo que un barco a vapor. Tía, trabajas en Wall Street es hora de que compres algo que sirva. — Grace la sincera.

—Yo tengo coche, tú usas el metro.

—No cariño, llegaste tarde a la noticia. Me han puesto un chófer. — Apretó los labios y estiró el cuello cual garza. Grace no pierde una.

Mientras las veía discutir por quien estaba mejor posicionada en su trabajo, me entró una llamada de Salomón.

—Hola Salo.

—*Churri*, ¿puedes hablar?

—Sí, dame un minuto me alejo de estas locas.

Dos pasos más adelante Sarah me llamó a gritos.

—¿Paloma que vas a pedir?

—No lo sé. *Noodle Kugel*. Es Salo, debo contestar.

Asintieron. Me escabullí a la acera.

—¿Todo está bien?

—No *churry*, lo lamento. Ha surgido algo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Han llamado a Greg desde Escocia. Su abuela murió y debemos irnos. En un par de horas sale nuestro vuelo. Estoy en casa haciendo una maleta.

—¡Dios santo! Cuanto lo siento. ¿Cómo está Greg?

—Ya te imaginarás. Se adoraban. Lamentamos arruinar vuestros planes.

—Es lo de menos, cielo. Dale un abrazo y un beso de mi parte a Greg.

Buen viaje.

—¿Segura que no quisieras venirte con nosotros?

—¿Yo? No Salo, ya sabes que nunca sé qué decir en estos casos. Mejor nos reunimos cuando regresen.

—Cuídate, *churri*.

Las caras de mis amigas una a una fueron desdibujando sus sonrisas de *nos vamos de vacaciones a California*.

—Me cago en la...

—¡Grace! —Le arreé el brazo.

—Y, ¿qué se supone que vamos a hacer? Si nos vamos solas...

—No podemos irnos solas, Sarah. —Cortó enseguida Rachel.

—Alguna de vosotras debería salir con un camionero. ¿Quién se atrevería a hacernos algo con un escolta así? —Grace y sus soluciones monumentales.

—Adiós a la ruta 66. —Soltó Mariah, desanimada.

—Busquemos un vuelo, clase turista. Todas podemos pagar algo así. Ya sabemos que podemos quedarnos en la casa de los tíos de Salomón.

—Sin Salomón yo no asomo la nariz por allá —acoté yo—. Además, a estas alturas no conseguiremos vuelos, Nueva York se desocupa el 4 de julio. Y lo que consigamos estará por las nubes y no podré pagarlo.

—Tu hermano es la peor sabandija de este planeta.

—No menciones a mi hermano, Rachel. Seguro que con tu maleficio vudú se aparece aquí.

—No me sentaría mal verlo, en verano, vestido como quiere no quiere ropa... —Se pasó la lengua por los labios.

—¡Qué asco!

—Palomita, tu hermano será lo que sea —intervino Grace—. Pero lo menos que da es asco.

Y las demás la apoyaron.

—Adiós a California —zanjé le tema de mi hermano—. Yo me quedaré en casa y visitaré Coney Island.

—Hay muchas cosas para hacer en Nueva York en verano, tengo una guía que nunca he podido usar porque siempre viajo a ver a mis padres.

—Déjamela Rach, porque Livorno tendrá que esperar. Es el primer verano que no puedo viajar... en todos mis años de vida. Maldito Luciano.

—Maldito y delicioso Luciano.

—¡Dejadlo ya! —chillé.

—Yo me iré a Miami. No quería pero dadas las circunstancias tendré que ser dama de mi prima Leah.

—Me apunto, Sarah —dijo Mariah—. Mis padres renovarán votos así que ahora podré ayudar con los pendientes.

—Me repatea tener que pasar el verano en Montreal con mis sobrinos chillando y corriendo por todas partes —Se quejó Rach.

—Pues a mí pueden desheredarme pero no pienso irme hasta Francia por dos semanas de vacaciones. Prefiero no tomarlas y usarlas para fin de año.

—¿Vas a quedarte? —pregunté esperanzada.

—Pues claro. ¿Adónde más me voy a ir?

Quise abrazarla pero a) A Grace no le gustan los abrazos b) Habría sido incómodo c) Sudábamos como cerdas.

Mi primer día oficial de vacaciones asistí a *Shakespeare in the park*, nadie más que Amy Adams con *Into the woods*. No niego que me divertí mucho y que fue empezar de modo distinto mi primer verano en la ciudad. De haber viajado probablemente estaría sentada en las sillas del jardín, o con los pies en la pileta, andando en vespa por la ciudad o escapada a mi cala favorita para llenarme de olor a sal y volver a casa con arena en lugares inimaginables.

Sí que extrañaba mi casa, la comida, la abuela y su olor a limón, a mi padre con el tabaco en los labios y un libro en las manos, a mamá oliendo a vainilla o café dependiendo de las galletas o el postre que estuviera haciendo, los chiquillos inquietos hijos de mis primos corriendo de un lado a otro, la brisa y sombra bajo el tejo; hasta la locura de Luciano al cargarme por sorpresa y tirarme a la piscina. Ese último tenía la culpa, pero no me iba a desgastar con lamentos, disfrutaría de la ciudad evitando derretirme en el intento.

Y no todo fue sol inclemente, calles, ropita de verano, un botellón de agua en el bolso y el verde de Central Park. Me uní a una ruta en bici por Brooklyn y conciertos en Prospect Park. La guía que me dejó Rachel era la bomba, esa primera semana fue alucinante a pesar de que empezaba a mutar de blanco fantasmal a rojo camarón y era Grace quien me reñía en las noches con lo del uso del bloqueador. Pero no era falta de ponerme sino que yo no me bronceo solo me pongo colorada y es horrible.

Ya sé que me preguntarás por Marc, pues es que no estaba en la ciudad. Se había ido a D.C por algo de una reunión de abogados y de paso a ver a un cliente. Un congresista que quería divorciarse y que lo manejaba con discreción para que la prensa se enterara cuando ya estuviera hecho. Marc debía confiar mucho en mí para decírmelo como si nada aun sabiendo con quien compartía casa. Y no, en ningún momento se me cruzó por la cabeza decírselo a Grace, ahora que lo pienso mejor sé que no era porque estuviera loca por él, soy buena con los secretos, soy como una caja de seguridad.

Marc volvió un martes que no fui capaz de salir de casa, estaba en la mínima terraza de casa, silla plegable, parasol y un ventilador a toda máquina. Usando apenas el biquini y bebiendo cerveza de raíz. La pobre de Grace sufría en el diario con su jefe el orco y las ganas contenidas de zamparse al becario. Le escribía un mensaje a ella cuando escuché el timbre de casa.

Maldije por lo bajo y me obligué a ponerme una túnica de lino y abrir la puerta. Todo sucedió muy rápido, le vi, sonreí, él me atrapó la cintura y cerró la puerta con el pie. Sus ojos verdes me desnudaron antes que sus manos y juntó nuestras bocas con una fiereza que me hizo sentir todo muy violento.

Pero no del tipo forzado, sino intenso. La americana que traía en la mano junto con el maletín, quedaron en el suelo, mi túnica les siguió el camino. Marc se quitó la camisa Polo de un solo movimiento y yo ayudé soltando su pantalón. Con desenfreno sus manos viajaban por mi espalda y me apretaron las nalgas. Nos besamos otra vez, mojado y feroz. Cuando fue a mi cuello una necesidad desesperada me fue calentando por dentro de cero a cien y le toqué por encima del bóxer. Marc gruñó y me agarró el pelo tirando un poco hacia abajo. Hundió la nariz entre mis pechos y con sus labios se fue abriendo paso por debajo de la tela del sujetador del bikini. Cuando me mordió suavemente el pezón, la piel entera me vibró y una sucesión de impulsos fue arremolinándose hasta generar una corriente eléctrica que viajó en un mismo sentido... el sexo me ardió y atiné a apretar su erección en mi mano.

Fue su turno de echar la cabeza hacia atrás, le lamí el cuello y terminé mordién-dole delicadamente el lóbulo de la oreja. Me levantó y subió la escalera. Le indiqué cual era mi cuarto y terminó sentado al borde de la cama conmigo a horcajadas y la fricción entre nosotros calentándonos a velocidad instantánea. Mentalmente agradecí a Grace haberme obligado a poner una lavadora esa mañana porque mi habitación lucía ordenada.

Marc soltó la lazada del bikini y se deshizo de ambas piezas dejándome completamente desnuda sobre él, le acaricié los hombros y la espalda. Una de sus manos me empujó suavemente la cabeza y sus labios embistieron los míos. Nos saboreamos, gemimos y nos separamos jadeando y con ganas de más. Liberé su erección, le acaricié y me moví hacia adelante para poder rozarnos piel con piel. Los besos se tornaron en una intensidad brutal, su lengua ávida me exploró la boca entera y jugueteó con la mía. Apretó los dedos en mi cintura, una bajó por la curva de mi culo y cuando menos pensé lo sentí colarse dentro. Ambos gemimos, sus dedos en mi cintura apretaron con más fuerza mientras dirigían el vaivén de mis caderas. Arriba, abajo, arriba, abajo... más intenso, más fuerte, más exigente.

Me aferré a sus hombros y torpemente conseguí acompasarme. Sus manos me soltaron cediéndome el mando y me agarró los senos mientras sus ojos estaban fijos en la unión de nuestros sexos. Se mojó los labios, era un

gesto que me gustaba en él. Marc empujaba desde abajo con una contundencia irracional, él gruñía, yo gemía. Un par de dedos se colaron en mi boca, mi lengua los saboreó, luego los llevó a mi sexo y me acarició con la humedad de mi saliva. Aceleré el ritmo de mis caderas, tiré de su pelo, él tiró del mío con más brusquedad y con esa misma intención me comió la boca. Pasó sus uñas por la línea de mi espalda y agarró mis nalgas con fuerza. Las embestidas eran secas, la colisión de nuestros cuerpos tenía un sonido húmedo. Olía a sexo en toda la habitación, su saliva era puro morbo, sus ojos lujuria; su piel cubierta por una densa capa de sudor, una jodida fantasía. Quería más de Marc, lo quería todo. Bien podía sodomizarme a gusto.

Un cosquilleo me recorrió en ráfaga, estaba cerca. Mecí las caderas mientras mi interior convulsionaba. Grité, las crispaciones debieron acelerar su llegada porque me alcanzó unos segundos después echando la cabeza para atrás. Exclamó algo que no entendí, tenía los sentidos adormecidos por el orgasmo que aún replicaba en todo mi cuerpo.

Marc se dejó caer en la cama y yo sobre su pecho.

Me acarició el pelo, de esas ironías en él que primero me follaba como un salvaje y luego me hacía caricias tiernas. Jadeó. Ambos buscábamos el aire, ahí dentro estábamos al doble de lo que calentaba en la ciudad.

—Hola, nena. Te extrañé. —Levanté la cara para mirarle. Él me sonrió y me contagié de su risa.

—Estás en tu casa, sírvete como quieras.

Su pecho se elevó mientras se reía con ganas. Me tumbé a su lado y me dio un beso dulce.

—Creo que me adelanté un poco.

—De la puerta directo a la habitación, imagino que el resto de mi casa no importa para ti. Y es la primera vez que vienes.

—Solo importa si tú estás —me guiñó un ojo—, y esta primera vez en tu casa no se me olvidará nunca. —Sus pulgares acariciaron mis mejillas. Algo demoniaco me hacía este Marc que me transformaba en lo que él quisiera hacer de mí—. Es la primera vez que me sientes sin el maldito látex.

—Pudiste hacerlo desde la primera vez, pero no preguntaste. —Dibujé una línea con mi índice desde su frente hasta las elevaciones de su abdomen.

—Ahora que lo sé, pienso recompensarlo. —Elevó las cejas y todo mi interior se estremeció.

Su teléfono sonó abajo. Se levantó enseguida. Tanta fue la urgencia que tenía los calzoncillos enredados en las piernas, yo me reí un poco. Se los

acomodó mientras yo disfrutaba de la vista. Tardó un rato abajo, yo tuve tiempo de cambiar las sábanas.

—¿Te importaría que me duche aquí? Tengo que irme

Me giré y vi que traía un maletín de mano de una de esas marcas que cuestan los dos riñones.

—¿Te vas? Pero si acabas de llegar.

—Es algo familiar, no puedo negarme. —Me señaló al baño y asentí mientras le seguía.

—No me lo habías dicho.

—Paloma, esas cosas no me desvelan. Si no me lo recuerda mi secretaria no llego nunca. Y ahora me ha llamado Tess diciéndome que Samantha me está esperando en el aeropuerto. Parece que somos los últimos en llegar.

—¿Samantha?

Abrió la llave de la ducha y usó mi gel de baño para jabonarse. Sería algo rápido porque no se detuvo demasiado a hacer que fuese un baño medianamente decente.

—La hija de Anthony, el socio de mi padre.

Se secó a parches con mi bata de baño y volvió a la habitación, yo le seguía, intentando comprender lo que acababa de pasar.

—¿Viniste a echar un polvo e irte?

—Paloma, hace más de una semana que no nos vemos, el sexo telefónico ayuda pero necesitaba materializarlo, ¿entiendes? Apenas me dio tiempo a venir, pude pasar de largo.

—¿Ahora debo agradecértelo? —Me fui enfurruñando.

Se vistió a la velocidad del rayo. Se acercó, me agarró el mentón suavemente y me dio un beso que me debía durar quién sabe cuánto. El teléfono sonó de nuevo y respondió sin ver, hasta sonrió al decir hola.

—Voy saliendo, tardaré un poco pero llego a tiempo. Si Sam, ya sabes que sí. Un beso.

Algo conectó en mí, ese cable que mis amigas dicen que tengo defectuoso —y que me convierte en la reina de las ingenuas— me hizo recordar una conversación que tuve con Salomón.

¿La hija del socio de su padre no era su ex novia?

El cabreó apareció como un azote haciendo que me ardiera el esófago. Le alcancé antes de que pudiera abrir la puerta, tomándole del brazo lo obligué a girarse.

—¿Vas a irte con tu ex de vacaciones?

Marc dejó caer los hombros y por primera vez me miró con gesto de: «No hagas de eso un drama». En realidad lo dijo.

—Paloma, no hagas de esto un drama ¿te parece? Es un viaje familiar. Mis padres y mi hermana. Sus padres y sus hermanos.

—Y vais a compartir vuelo, historias de la infancia, recuerdos de vuestra relación y cuando regreses me enteraré por el periódico que os casasteis.

Resopló y negó con la cabeza.

—No tengo tiempo para tus pataletas de niña de cinco años. —Intentó abrir la puerta y la bloqueé con mi cuerpo.

—Está bien, vete pero te olvidas de mí.

Sus ojos gélidos no mostraron una sola emoción al respecto. Apretó los labios y con un gesto de las manos me indicó que me hiciera a un lado. Se largó sin decir nada más, yo me desgañité a llorar y llamé a Grace para desahogarme.

—Primero: Cálmate. Intenta respirando que eso ayuda —la voz de Grace estaba exenta de drama, sonaba calmada y diría que estresada por tener que estar en el trabajo cuando estábamos a unos cuarenta grados a la sombra—. Ahora, si ha ido a follar antes de irse puede que sea buena señal.

—¿Cómo puede serlo?

—Que quede claro que no lo estoy justificando, solo digo que pasar por un polvo de emergencia dice mucho sobre lealtad, Paloma. Como dijo, pudo pasar de largo, follar a la ex y volver a casa sin decirte nada. Hay hombres así lo sabes y lo sé.

—Jo... le monté un pollo porque sí.

—No porque sí, es bueno que tengas el radar funcionando. Pero si puedo ser sincera, es más, debo ser sincera; yo no sentiría demasiada prevención con ella, solo la necesaria. Hace más de un año que lo dejaron y trabajan juntos, ya lo habrían retomado ¿no lo crees?

—¡Ay no! Creo que va a confirmar que soy una niña y no va a querer volver a verme. Tengo que llamarle y disculparme.

—¡Eeeeh! Para el tren un momento. Yo no he dicho eso y júrame que no lo harás porque pierdes mi amistad, te lo advierto.

—¿Por qué no?

—Paloma, puede que sí sea una pataleta. Pero debes sostenerte en que no te gusta tanta confianza con su ex. Recuerda cómo se puso en la fiesta de

Rach. Si le importas tanto, volverá y se disculpará, si no lo hace... creo que entiendes.

Grace la sabia.

—¿Paso a por ti y vamos al festival de la cerveza?

—Te estaré esperando.

Y mi verano siguió su curso, disfruté de la ciudad al máximo por dos semanas más y Grace se unía a algunas salidas en las tardes porque no lograba soportar el día entero en lo que llamaba *la oficina del infierno* y finalmente un sábado sin planearlo pero necesítándolo mucho, invitó al becario a casa y como yo era consciente de que no podría volver muy temprano, acepté la invitación de un grupo de turistas alemanes que conocí haciendo yoga en Times Square, a visitar Governor's island un festival de música anual en una isla que de algún modo es privada ya que en el resto del año no se puede ir. No fue Coachella pero estuvo alucinante, tanto que regresé a casa muy enérgica y muy tarde también. Que pude quedarme pero no me habría sentido cómoda, la verdad dormir en tiendas de campaña con desconocidos atentaba contra cualquier sentido de la seguridad y lo que pudiera suceder solo sería mi responsabilidad. Así que casi a las tres de la mañana un taxi me dejaba frente a mi casa. Le había dado tiempo suficiente a Grace para rascarse lo que le picaba hacía tanto tiempo.

Ya quería contárselo todo a Salomón el lunes y moría de ganas de verlo, saber de su viaje a Escocia y ver lo que me había traído de las tierras altas.

Buscaba la llave de repuesto en la maceta del primer escalón, la mía no quería aparecer o conociéndome, ni siquiera la habría llevado. Los reflejos me avisaron de alguien detrás de mí, la piel se me puso de gallinita aunque también podría ser porque solo llevaba un overol corto y un top sobre el ombligo, la camisa tartán la tenía anudada a la cintura.

La encontré y al levantarme lo que llevaba en el bolso cayó por las escaleras, banderillas tickets y unas instantáneas que me saqué con el grupo.

El pedo que habíamos montado era de no creer, mis amigas iban a requerir pruebas de que había asistido y ahí estaban, la mejor era el par de chicos guapos que besaban mis mejillas mientras yo hacía cara de chica pin-up sorprendida. Fue la que quedó más lejos y al intentar recuperarla alguien más lo hizo por mí. Solo tuve con ver los zapatos para saber de quien se trataba. Sin embargo, levanté la mirada y le recorrí hasta encontrarme con sus ojos, que estaban clavados en la foto.

Jo...

Me tendió la mano, pero yo estaba demasiado sentida con él como para aceptarla. Además de que con solo tocarme yo me daba por perdida y no podía permitirme ser tan débil, dos semanas sin llamarme y yo imaginándome cada cosa, era razón suficiente para ignorarlo.

Acomodé mis cosas en la bolsa y le miré muy seria. Pero se le olvidaron los modales, fue directo al punto.

—¿Dónde estabas? —Intentó disimular que tenía la mandíbula a punto de quebrarse.

Traté de quitarle la foto, la llevó atrás de él, bufé, imité el gesto que me dio cuando le amenacé con no verme más y me di vuelta.

—Paloma, estoy hablando contigo.

—¿Quién ha dicho que quiero hablarte? —Emociones encontradas. Que estuviera allí a esa hora significaba un montón de cosas que me hacían gritar internamente como fan histérica. Pero ese tono de mi papá, me repateaba.

—No seas tan infantil.

Ahí íbamos otra vez. Él podía reclamar pero yo no. A él le lucían los celos y las rabieta pero en mí eran una pataleta. Exhalé hondo y subí la escalera. Había tenido un día estupendo y nada lo arrumaría por más que el hombre a mi espalda hubiese sido todo lo que quería ver y oír esos días, y que estaba haciendo uso de un recurso escaso de contención para no saltarle encima y besarlo como desafortada.

Alcancé la cumbre de la escalera y metí la llave con manos temblorosas. Primero una calidez conocida me recorrió la espalda, luego, su mano apretó la mía e impidió que la girara.

Apreté los ojos y tragué saliva con mucha dificultad. Las rodillas intentaron flaquearme.

«Ay Marc ¿por qué tienes que ser tú?».

—Debes escucharme.

—¿Disculpa? Yo ni debo, ni tengo, ni olvido. Déjame entrar a mi casa.

—¿O qué, gallito de pelea? —ronroneó a mi oído.

Otra oleada de calor azotándome entera.

«Paloma sé fuerte».

—Voy a gritar, Grace está en casa. Mis vecinos no son de sueño pesado.

—Tu amiga iba de salida cuando llegué y no ha regresado, tus vecinos apagaron las luces hace dos horas. Deben estar en plena fase cuatro.

Maldito Marc.

—Pues no quiero.

—Llevo la tarde y la noche aquí, Paloma...

—¿Y qué? Yo no te lo pedí.

—No respondías mis llamadas.

—Grace te lo habrá dicho.

—Dijo que saliste con unos amigos y que no sabía a qué hora volvías.

—Suficiente para no tener que montar guardia e irte a tu casa.

—Necesito que hablemos. —Mi piel no soportaba otra ráfaga de estremecimientos. Y mi voluntad estaba en las últimas.

—Después, ahora quiero dormir.

—¿Estás invitándome? —Su mano se coló por debajo del peto de mi overol y acarició en círculos alrededor de mi ombligo. Mis labios temblaron.

—No. —Fue casi inaudible, pero había dicho que no.

—Perdóname, fui un imbécil. —Mordisqueó el lóbulo de mi oreja, mis uñas se clavaron en mis manos. Eso no sonaba a arrepentimiento sino a manipulación.

—¿Necesitaste dos semanas para reconocerlo?

—Puedo borrar esas dos semanas de golpe si me dejas pasar. —Sus labios sobre mi mejilla sus manos en mi cintura..., me giró y esa mirada felina y profunda exterminó mi entereza.

Adiós, *bye, bye* amiga voluntad.

—Eres una persona horrible.

—Lo soy, pero tú me haces mejor.

Sus labios y los míos terminaron de reñir y finalmente conciliaron. En quince minutos llegamos a Manhattan. Lo demás es historia.

Solo había dos caminos que podía tomar. Uno era alejarme de él y hacerlo enseguida pidiéndole que me pusiera una caución porque mi voluntad no daba para tanto. Dos, que soportara lo que venía con él: su padre, sus compromisos sociales, sus celos e impulsos, que fuera un acartonado en público, que todo lo solucionara con sexo y que mis amigos no confiaran demasiado en él.

Creo que lo del sexo deja más que evidenciada cual fue mi elección.

19. Junta urgente



«Algunos le llamarán locura, yo le llamo amor».

«Y hay amores que más parecen castigos».

La parte más difícil de odiar a alguien es que por el camino te duele hasta la piel de no tenerlo. Que la rabia se siente igual que extrañarlo solo que con lágrimas que parecen no agotarse nunca. Y mientras ponía todo mi esfuerzo en olvidarme de Marc y odiarlo mucho para que fuera más simple, ese esfuerzo me debilitaba y terminaba llorando. Estaba a dos pasos de caer en una depresión. Ya estaba siendo agresiva con mi círculo social cercano y mientras intentaba mantener mi ira a raya, pues hacía uso de personas como Marcelo para dar rienda a mi necesidad de venganza.

Así que escribir a diario en twitter cada cosa que se me ocurría y que sirviera para drenar, resultó una terapia ligeramente auto-destructiva. A veces pienso que amo como una loca psicótica.

La gente empezó a darle RT a mis frases de 140 caracteres y a responderme con sus experiencias. Yo no dejaba de pesar en que la única forma de quitarme esa agonía era dando otro “golpe”. Porque necesitaba que a Marc le doliera, que supiera que no estaría en paz hasta que yo no lo estuviera. Era lo justo. Si él me había metido en eso, él mismo debía sacarme... O por lo menos servir de saco de boxeo.

El viernes recibí una llamada de Marcelo justo al salir de la oficina. Me preguntaba si todavía estaba por la zona y al responderle que sí, me invitó a tomar una copa.

Le esperé en un Starbucks cercano al trabajo, me entretuve hablando con el chico del correo que también esperaba por alguien. Tomé un sorbo de mi batido de frambuesas y elevé a mirada a la puerta. Entonces lo vi entrar y enseguida el estómago me dio un vuelco. Yo que había pasado un buen rato en el espejo del baño pensando en cómo iba a tratarle y en que no sentiría nada al

verle, pues mi cuerpo traidor me puso en estado de alarma.

Sonrió al verme, yo tragué con dificultad e intenté sonreír de vuelta sin que pareciera forzado.

—*Ciao bella*. —Dos besos en la mejilla, su barba picando mis mejillas y un estremecimiento generalizado en mi piel. «Ay Dios».

—Así que eres chef. —Afirmé victoriosa al verle la filipina.

—Es lo que soy. —Se encogió de hombros.

—¿No es disfraz pre-Halloween?

Sonrió y se terminó el líquido que quedaba en mi vaso.

—Esa época la quemé muy bien quemada. Y te aseguro que jamás me puse un disfraz demasiado tradicional.

—Entonces eres el indicado para ir conmigo mañana a *Randalls Island*?

—¿A dónde?

—Es una fiesta temática llamada *Haunted hayride*, miedo asegurado.

—No niego que suena tentador. Pero mañana es un día de trabajo pesado porque hemos organizado algo por la fecha. Además, creo que eres demasiado impresionable para un lugar así.

—Siempre puedes cargarme luego de que me desmaye.

Negó con la cabeza y pasó un brazo sobre mis hombros.

—¿Estás bien?

—Pensé que ya no hablábamos de mí.

—No hablamos de ti, hablamos de ese Marc y de todo lo que vivisteis juntos. Pero de ti, en solitario, no.

—Tal vez, en solitario no soy muy interesante.

—Todos los somos, Paloma.

—Entonces háblame de ti, señor chef de... —me giré para ver el logo en su camisa pero no tenía ninguno.

—Ya llegará el día de hablar de mí. ¿Hoy no verás a tus amigas?

—Hoy no, tienen fiestas en sus trabajos. Imagino que mañana iremos al Village para el *Halloween Parade*. E intentarán, como cada año, ganar el concurso de disfraces.

—¿Tu oficina no realiza fiestas de Halloween?

—Sí, hay un grupo que siempre organiza algo en algún bar. Pero este año no estoy muy animada para buscar un disfraz.

—No te será difícil ponerte un vestido blanco, quitarte el maquillaje y ser la novia cadáver.

Le puyé el estómago, Marcelo me abrazó por los hombros y yo me

estremecí, otra vez.

—Entonces vamos a por una copa, ¿te parece bien?

—No crees que ya soy una alcohólica y apenas me da la semana para desintoxicarme de cada viernes en tu casa.

—Eso sonó sexual —me guiñó un ojo—. Creo que una copa cada viernes con un amigo es una forma de escapar de la rutina.

—¿Tienes algún sitio o elijo yo? —Ignoré totalmente lo de «sexual».

—Hay un lugar, lo visité hace unos días con mi socio.

Asentí y nos fuimos, tomamos un taxi que nos llevó hasta la zona este del Village. Estuve a nada de darme vuelta y volver, tan siquiera había un aviso de bar, el primer nivel era una tienda de licores. ¿A dónde me había llevado ese loco? Pero me obligué a confiar y subir las escaleras.

Era un lugar pequeño pero bastante acogedor. En el aire se percibía una mezcla de olores dulzones y alicorados. Nos sentamos en la barra y había un montón de vasos con fresas, moras, cerezas, canela en rama, cubitos de azúcar morena...

—El barman es amigo de Luciano. Él mismo me dijo que debía venir alguna vez.

—Imagino que voy a llevarme una sorpresa sea para bien o para mal.

—Tu hermano no es un monstruo.

—Eso es muy cierto, es el anticristo.

Me dejó un momento mientras saludó al barman, se había cubierto la filipina con un abrigo largo negro y se veía muy bien así. Mejor que con sus camisas hawaianas.

—He pedido el tratamiento especial —guiñó un ojo—. Luego probarás algo que pedí para ti.

—¿No tengo que asustarme?

—Que no, Paloma. Yo no soy Luciano.

—No es algo que me dé alivio, ¿sabes?

Cogió una de las fresas del vaso y me la metió a la boca a la fuerza.

—¡Patán! —Le escupí un poco mientras masticaba.

—Cerda.

El chico de la barra nos sirvió un plato con lo que tenía el olor y el aspecto de un queso que no reconocí y un par de vasos cortos como de cubata, llenos de un licor entre verdoso y amarillo pero que olía fuertísimo.

—¿Qué clase de orujo es esto?

—Es *Chartreuse*, un licor francés hecho de hierbas, y por monjes

cartujos.

—Pero si tiene tanto alcohol como huele, me va a achicharrar el hígado.

—Prueba primero, te quejas después.

—¿Y el queso?

—Resulta ser un buen acompañamiento. Es curado a mano.

—Vale, no quiero saber lo que eso significa.

Me regaló una sonrisa espléndida. Marcelo tiene una sonrisa que es como el mar; enorme, genera tranquilidad y da ganas de quedarse allí para siempre. Aunque eso lo pienso ahora, en su momento solo me incrementó la desconfianza. Juré que luego de dar el primer sorbo iba a sentir arder el infierno en mi boca y que Luciano saldría de su escondite muerto de risa.

Eso no pasó, el sabor del queso y el licor se mezclaron en mi boca y me obligó a gemir de gusto.

—Esto sabe muy bien.

—Te lo dije. Aprende a confiar en mí.

—Vale —le ofrecí mi vaso e hicimos un brindis—. Cuida que no salga muy pedo de aquí.

—¿Qué sentido tendría salir sobrios? —Me ofreció una cereza.

—Pero con dolor de tripa sí.

—Prometo hacerte una sopa y llevarte a la cama.

—Eso sonó muy sexual. —Le di una caidita de pestaña que me salió quién sabe de dónde porque no fue intencional.

—Díselo a tu hermano y me romperá la cara.

—Apuesto a que tienes con qué responder.

Me dedicó una mirada intensa mientras mordía un trozo de queso.

—Sabes que te pareces más a tu hermano de lo que crees.

—Eso no fue un cumplido.

—No, pero tenía que decirlo. —Otro guiño y se levantó a hablarle al barman.

Me entró una llamada de Salomón. Y como cada viernes desde que Marcelo había aparecido, ignoré al mundo que me recordaba a Marc.

—Te traje algo que te va a hacer alucinar.

—No le entro a las drogas. —Fingí enfado y junté las cejas.

—Nunca dejas de estar a la defensiva.

—Culpa a tu amigo que me enseñó a estar siempre *en guardia*.

—Prueba esto y terminarás amándome.

—Ten cuidado con lo que desees, chato. Porque soy de las que lleva el

amor a los extremos.

—Una chica intensa y peligrosa.

—Ya ves que me paso la vida entre el nunca y el siempre.

Me trajeron una preciosa taza de té de estilo victoriano, con...
¿chocolate?

—Vale, ahora qué experimento harás conmigo.

—Prueba, mujer —dijo casi exasperado.

—Como mande.

—Se llama Frida Kahlo, o algo así.

La mezcla era una cosa delirante, es que deberían venderlo por galones.

—Mmmm... Marcelo esto es increíble.

—Pensé que te vendría bien darle otro uso al chocolate que tanto te gusta.

—Qué fácil sería la vida si le diéramos otros usos a todo lo que nos gusta —me agarré la tripa a dos manos— Auch...

—¿Qué pasa?

—Un cólico, creo.

—Es porque no has comido. Ya te he dicho que les haces competencia a los pájaros. Voy a pagar y nos vamos.

—No quiero irme a mi casa todavía. —Me quejé y agregué un puchero.

—Yo no mencioné tu casa. Ni la mía.

«Ay Dios, en qué me estoy metiendo».

En el taxi hizo una llamada y colgó muy cabreado.

—¿Todo en orden?

—Sí —respondió buscando un tono menos agresivo—. Quería llevarte al restaurante pero no podré usar la cocina ahora.

—Imagino que obstaculizarías el trabajo de otro chef.

—Creo que no es lo único que le obstaculizo. Pero siempre tendremos mi casa y mi cocina.

—¿Qué mejor? —Me encogí de hombros—. Puedes hacerme una sopa y llevarme a la cama.

El taxista dio un frenazo que hizo chirriar las ruedas en el asfalto. ¿Qué cosa tan terrible había dicho?

Marcelo se carcajeó con ganas.

—Ay Paloma, no hay filtro que se te ajuste.

En su casa me hizo sopa de pollo, pero yo pasé casi toda la noche en el baño por culpa de una indigestión. Tal vez el queso, tal vez el *chutrusse* ese o

que era mi castigo divino por estar de alcohólica cada viernes.

Cuando logré dormir tuve pesadillas y una de esas me despertó. Abrí los ojos y vi a Marcelo sentado frente a la ventana mientras tomaba café. De espaldas también se veía muy bien. Me di vuelta y sentí el estómago muy vacío y dolorido. Marcelo también se dio vuelta.

—Hola.

—Hola —respondí con un quejido.

—¿Cómo te sientes?

—Cómo si me hubiesen condenado a cadena perpetua en el inodoro.

Marcelo ladeó la cabeza.

—¿Qué? Es cierto.

—Te traeré el desayuno.

—No quiero comer...

—Tienes que comer o prefieres que llame a un médico.

—No hagas que te coja odio. —Y ni mis morritos le hicieron cambiar de opinión. Era una piedra.

—Ya regreso.

Me escabullí hasta el baño, olía a desinfectante y algún aromatizante. Me dio una vergüenza terrible con Marcelo y me prometí no darle la cara nunca más. Yo sabía bien lo que había pasado en ese baño.

Cuando salí ya estaba allí con tostadas francesas, fruta y café.

—Lamento darte lata.

—Fue mi culpa que te enfermaras. Ven y come.

Me senté en la cama y puse la bandeja sobre mis piernas.

—No te conviene que te vean conmigo. Te hago pasar vergüenzas.

—Já. Si todas las compañías que elijo en mi vida fueran como tú ya me habría ganado un lugar entre los beatos. Y yo no sufro de vergüenza, *piccola*.

Mordí la tostada mientras le miraba parado frente a la ventana con las manos dentro de los bolsillos de los vaqueros. Marcelo era un enigma, no sabía cómo conseguir saciar mi curiosidad y cada día se ampliaba mi lista de preguntas. Podía ser tan dulce o tan amargo como se lo propusiera. Aunque intuía que enojado se le salía lo marinero.

—Han llegado dos coches a tu casa.

—¿Un Audi rojo y un Ford negro?

—Sí.

—Son mis amigos.

—Ya sabes que puedes quedarte.

—Te lo agradezco.

—La rubia que salió del asiento de piloto del Audi, no está nada mal.

—Es Rachel, trabaja en Wall Street. Sale con un tío que inventó una aplicación.

—Eso quiere decir que no tengo oportunidad.

—En realidad de mis amigas, la única que nunca se sabe si está o no saliendo con alguien es Grace. Ella vive conmigo.

—Simplificando, solo estás tú.

—Sí, pero que esté tirada al desorden no quiere decir que esté a la orden.

Se rio

—Qué cosas dices.

—Voy a tener que irme. O volverán a lo de los volantes con mi foto y las llamadas a mis padres.

—Tienes llave por si necesitas volver.

Moví la cabeza afirmando y me terminé el desayuno. Bajamos al primer piso, insistí en lavar los trastes y finalmente cedió. Se sentó a hacer una lista de compra.

—Gracias por seguir recibíendome aquí.

—Es como tu casa, ya lo sabes.

—Feliz Halloween.

—Claro —apretó en los labios una sonrisa—. Que te diviertas.

Divertirme no era precisamente lo que iba a hacer ese sábado. Pero yo sabía muy bien que no iba a poder dilatar tanto la perorata de mis amigas. Así que tomé una honda inhalación, exhalé despacio y metí la llave en la puerta de mi casa.

No niego que intenté pasar de largo a mi habitación y encerrarme allí. Pero tienen mejor oído y olfato que un perro y me interceptaron cuando pasaba por la cocina.

—No tendrás mucha prisa... —dijo Rachel con sorna.

—Quiero bañarme y dormir —respondí muy normal.

—Tendrá que esperar —Sarah me tomó del brazo y me guio hasta la mesa.

Les miré a todos, ellas apretando los labios; Salomón con su mirada dulce a pesar de estar tan serio.

—Entonces, ¿dónde has estado? —preguntó Sarah.

—Fuera.

—Paloma, responde por favor. —Grace se contenía de soltarme una monserga.

—¿Estás bien, *churri*? Te ves pálida —Sonreí por dentro. Nadie me conocía como mi rey Salomón. A él le importaba más que yo estuviera bien.

—Algo que comí me sentó mal.

—Paloma... —Mariah tomó la palabra—. Sabes que eres libre de hacer con tu vida lo que mejor te parezca. Eso lo entendemos y lo respetamos. Pero desde lo de Marc ya no nos vemos, no has hablado con ninguno de nosotros del tema y hace un mes que no sales los viernes con nosotras. Queremos saber si estás bien y así dejar de estar siempre con la misma canción.

—¿Bien? —Rebatió Grace—. Se la pasa escuchando a Taylor Swift, ¿te crees que eso es estar bien?

—¡¡¿Escuchas a Taylor?!! —La cara de Rachel era de incredulidad.

—Es música ¿vale? —bufé irritada.

—Le gusta Britney Spears, que ahora escuche a Taylor se veía venir —
¿Qué tenía Sarah contra Britney?

Y se armó un diálogo de besugos que terminó cuando Salomón nos mandó a callar.

—*Churri*, solo dinos dónde has pasado los últimos viernes. Es todo. La vez pasada acabamos tirándonos los trastos a la cabeza.

—En casa de mi hermano —Solté muy fresca. Era una mentira del tamaño del mundo, no había pasado por allí ni una vez; pero en algo mi hermano si estaba presente. En su mejor amigo.

El silencio se podía cortar con un cuchillo mantequillero. Ninguna se creía que fuera allí dónde había elegido refugiarme. Salomón enarcó una ceja y se acarició el mentón.

—Entonces —irrumpió Rachel—, prefieres esa cueva de ratas que hablar con nosotros de lo que te sucede.

—Agradezco que os preocupeís, pero no pasa nada. La gente termina con sus parejas, el amor acaba, te cambian por alguien más, te cansas de la rutina... se acabó la relación no yo. ¿Vale?

—¿Por qué te aíslas? —Me encaró Grace—. Y aunque digas que no quieres vernos porque hicimos lo que hicimos, sabes que te abrimos los ojos... finalmente. Nunca fue muy difícil olerse la tostada.

—Claro que no me gustó la forma en que urdisteis todo y si me hicisteis o no un favor, eso lo decidiré yo, Grace. Entiende de una buena vez que era mi relación con Marc, que debía confiar en él porque de eso se trata estar con

alguien. Lamento no ser tan perspicaz como tú, prefiero confiar en las personas. No, elijo confiar en ellas aunque me traicionen.

—¿Por eso no quieres vernos? Porque sientes que te traicionamos.

—No lo sé, Sarah. Pero prefiero estar sola, vuelvo a estar soltera luego de tres años y no es fácil acoplarse a esta nueva rutina. Y escucharos hablar de vuestras parejas, planes..., Mariah te vas a casar. No quiero ser un limón, vosotros y yo merecemos a una Paloma renovada, no amargada.

—Quiere decir que sí estás mal.

—Estoy asimilándolo, Rachel. No es fácil, todas lo sabemos. Los hombres pueden manejar mejor las emociones, ¿verdad Salo?

—Bueno, no lloramos a solas y en silencio pero también sufrimos.

—Dime que ese imbécil llora por los rincones y te clavo el tacón en los cojones —reviró Grace.

Salomón alzó las manos en señal de paz.

—No vale la pena iniciar una discusión en torno a ese gilipollas.

—En eso tienes razón —apoyó Rachel.

—De verdad chicos que no pasa nada. Cuando esté lista para volver a salir con vosotras os lo haré saber. Por ahora, dejad que me dé una ducha y duerma un poco.

Me les escabullí y a mitad de escalera una de ellas preguntó:

—¿Irás al *Halloween Parade*?

—No lo sé, os aviso.

Al cerrar la puerta les escuché decir que estaba en etapa de negación, que no iban a bajar la guardia y que Salomón y Grace que eran quienes más pasaban tiempo conmigo, debían estar a cuatro ojos.

Apreté los puños.

Era increíble que no entendieran que necesitaba estar sola. Que no quería hablar con nadie de que Marc me había cambiado por otra y que probablemente era mi culpa. Ellos no entraban en esa discusión, fue mi relación, solo él y yo.

Un par de lágrimas surcaron mis mejillas y volví a probar ese sabor amargo de extrañar a alguien que no te corresponde. Era inevitable que cada vez que lo pensaba el corazón se me rompiera otra vez. Comprendí que estaba llorando por lo mismo que alguna vez me sacó tantas sonrisas. Que Marc era una herida que tomaba tiempo para poder sanar y que hasta que no logara sacarlo de mi cabeza no conseguiría dar un paso adelante. Permanecía en el pasado, su recuerdo me mantenía allí.

No me podía engañar, no cuando apenas si lo nombraba con Marcelo porque necesitaba decir su nombre, volver a acariciarlo en mis labios. Sentir que aún me quedaba algún derecho a sentir mío lo nuestro solo con hablar de lo que fue nuestra relación. Algún día dejaría de hacerlo, algún día dejaría de hablar de él cuando nadie me escuchaba.

Solo era un ítem más a mi lista de tareas. Todos estamos llenos de olvidos pendientes.

Desperté con el sonido del teléfono. Era un correo con el recordatorio de la fiesta de disfraces que organizaba la mamá de Marc. Me di vuelta en la cama y fui al baño, cuando volví recibí una llamada de Marcelo.

—Quiero apuntarme al plan de la fiesta de disfraces.

—¿Y tu trabajo?

—Está cubierto.

Me fui al armario.

—Es que no tengo disfraz y no sé si nos dé tiempo a conseguir algo.

¿Qué hora es?

—Casi las cuatro.

—Joder, duermo como tronco.

—¿Entonces?

El timbre sonó.

—Dame un momento, vuelvo a llamarte.

Bajé, Grace no estaba. Seguramente se había ido con las chicas a acondicionarse para la noche.

Abrí y me encontré a un mensajero.

—¿Paloma DeLuca?

—Sí.

—La señorita Roach le ha enviado esto. Dice que se disculpa por haberlo olvidado y que espera que no sea tarde.

—¿Qué cosa?

Recibí la caja con las iniciales VW. Lo recordé enseguida. Le había pedido a Lena que me prestara un vestido para la fiesta de esa noche, era de máscaras venecianas y había planeado verme espectacular. Era la primera vez, en esos tres años juntos, que asistiríamos. Marc parecía muy convencido de desafiar al tirano.

Estuve tentada a pedirle al chico que la regresara, contrario a lo que dijo mi cabeza, yo firmé y me la llevé a la habitación. Le envié un mensaje a

Lena agradeciendo y prometiendo cuidarlo más que a mi vida. Un dolor en el esófago y esa vocecita que me gritaba que Marc estaría allí con la tal Emma fueron suficientes para que tomara una decisión. Agarré el móvil y le marqué a Marcelo.

—Puedo conseguir un par de trajes de superhéroes, uno de los camareros los alquiló y no podrá usarlos.

—Suena bien, pero tengo que preguntarte algo antes.

—Soy Marvel, espero que tú también.

—No por nada ahora mismo desearía ser *Black Widow*. Pero no es eso, tengo una invitación a una fiesta de máscaras en Suffolk.

—Paloma, ¿por qué insistes en hacerte daño?

—¿Cómo sabes qué...?

—El tipo es un forradito y sé exactamente de qué fiesta me hablas. No digo que no quiera ir, me da igual. He asistido a varias de ese tipo, los canapés y la bebida son excelentes, las chicas aunque superficiales, muy guapas. Lo digo por ti, ¿qué quieres hacer allí?

—Necesito convencerme. Estará su familia.

—Te verán como fuera de lugar.

—Estoy invitada y tú irás conmigo.

—¿Y si acaba con hostias como panes?

—Marc es demasiado contenido para montar una escena.

—Si no lo digo por él. Eso me quedó muy claro el lunes que volví a casa sin un rasguño.

—Yo me sé manejar, ¿qué crees que soy?

—Dímelo tú. Promete que no acabaré en la comisaría y cuenta conmigo.

—Lo prometo.

—¿A qué hora debemos salir?

—Antes de las siete estaría muy bien. ¿Tienes un smoking?

—Lastimosamente lo tengo, me falta la máscara.

—Yo lo soluciono.

Estuve al borde de un soponcio cuando descubrí el vestido que venía en la caja. Un impresionante *Vivienne Westwood* alta costura. Metros de organza de un tono azul grisáceo, con apliques de bordados dorados y escote recto. Me senté en la cama para darme un momento de admiración sublime.

No me esmeré mucho con el peinado, opté por hacerme unos rizos marcados, el maquillaje solo un poco más intenso de lo normal al ponerme en los labios un color vino.

Recibí un mensaje de Marcelo avisando que estaba esperando afuera. Así que tomé las máscaras que había pedido por Amazon unos meses antes y bajé. Antes de salir me tomé un trago de vodka directamente de la botella. Por más ganas que tuviera de ver a Marc con su sonrisa de cartón de cara a la galería aunque por dentro se estuviese consumiendo de celos, necesitaba un pequeño impulso para no arrepentirme por el camino.

Abrí la puerta, un escalofrío me recorrió enterita. Definitivamente la túnica sí hace al monje. Marcelo estaba impresionante vestido de smoking y con su mata de pelos engominada. Incluso, se notaba que su barba sufrió un recorte.

—*Ciao, bella.*

Exhalé despacio.

—¿Disculpa? Espero al chico de las camisas hawaianas.

Sonrió dulcemente.

—Tristemente no combinaba ninguna con el traje. He tenido que ponerme esta con cuello almidonado, que es detestable.

—Te queda muy bien.

—Díselo a mi cuello, porque esto raspa una barbaridad —metió sus dedos por debajo del cuello de la camisa—. Aunque, después de verte, cualquier sacrificio es placer. Estás preciosa.

Me ruboricé al instante. Marcelo se acercó a ayudarme con el abrigo. La piel se me estremeció con solo el roce de su respiración. Eso estaba muy mal.

—Es hora de irnos, tomemos un taxi.

—¿Taxi? —Enarcó las cejas y me ofreció la mano—. Tengo algo completamente digno de ti para esta noche.

Y entonces reparé en una camioneta aparcada frente a su casa.

—¿Tienes coche?

—Bueno, la usaba Luciano ahora la usamos en el restaurante.

Nos acercamos a una SUV BMW que me pareció bastante ostentosa.

—¿Puedo decir que no la considero muy de tu tipo? Espero que no te ofenda.

—No me ofende, la compró Luciano, era más suya que mía —me ayudó a subir a la parte trasera, allí reparé en que había alguien más al volante—. Él es Darío, ayuda con las entregas en el restaurante y será nuestro chofer esta noche.

—Hola Darío, encantada.

—Buenas noches. —Su acento me dijo que era italiano.

—Eres una caja de sorpresas. —Codeé a Marcelo al sentarse a mi lado.

—Imagino que es porque tengo coche y no sé conducir.

—¿No sabes conducir? —El coche se puso en marcha, miré a Marcelo que se encogió de hombros y sacó unas gafas de receta de su bolsillo para leer unos documentos que llevaba. La garganta se me secó con esa imagen.

—Nunca he sido muy fan de los coches, eso se lo dejo a Luciano. Lo mío es caminar o el transporte público.

—Interesante, llegué a jurar que erais una gota de agua. ¿Qué lees?

—Ya te lo había dicho, somos muy distintos —tomó un boli para firmar—. Es un documento que necesito enviar.

—¿Y firmaste así, sin más? Por favor, no me digas que sabes de leyes.

—No sé de leyes, sé de cifras y las que me ofrecieron me convienen. Punto final —le entregó la carpeta a Darío y se retiró las gafas—. Ahora, dime lo que haremos esta noche porque no quiero desentonar.

Me recorrió un escalofrío. ¿Acababa de encontrar un cómplice?

Cuando el camino se iba angostando y empezamos a encontrarnos coches a montón, se me heló la piel. ¿Iba a ser capaz?

Me pasé las manos por el abrigo y Marcelo las tomó entre las suyas.

—*Piccola*, si no estás segura de...

—Lo estoy —tragué el nudo en la garganta y le miré—. Esta noche bastará para sacármelo del corazón.

Marcelo acarició mi mejilla tiernamente.

—Vamos entonces.

Nos pusimos las máscaras, la suya era dorada y la mía roja ambas con detalles de plumas y perlas. Lastimosamente habían cambiado su objetivo principal.

En la entrada antes de dar mi nombre me temí lo peor, tenía antecedentes. Contrario a ello mi nombre seguía en la lista. Nos escabullimos al salón, la idea era no ser detectados enseguida. Marcelo nos ubicó cerca de la mesa de los canapés donde la vista era de 180°. Las manos me sudaban y no paraba de buscar a Marc. Aunque fuese con máscara tenía formas de saber que era él. Como su forma de caminar, su pelo engominado, las mancuernas de su camisa...

—Come algo, ya te bajaste una copa de champán.

—Marcelo, no quiero estropear el traje o el coche.

—Y yo no quiero que mañana te sientas culpable, hazme caso.

Di un bocado y entonces lo vi entrar, llevando a la tal Emma del brazo

que lucía como una diosa. El tirano se acercó enseguida a saludar.

La bilis me dio sus saludos, pero me ardió con ganas cuando Marc le dio un beso a Emma para despedirse e ir a hablar con su padre.

—Quieta —Marcelo me detuvo por el brazo, no había notado que mi cuerpo actuaba por impulso—. Si ya estás segura podemos irnos y no poner más sal a la herida.

—No, necesito moverme. Iré a saludar a su madre.

—¿Estás segura?

—No, pero tengo modales y sabrá que estuve aquí cuando vea la lista de asistentes.

—Te mueves muy bien en estos círculos sociales como para no gustarte.

—He tenido que programarme.

—Ya te desprogramaré luego —hizo una pequeña reverencia y me dejó ir. No quería llevarlo frente a Alice o empezaría a hablar nerviosamente.

La ubiqué conversando con algunas personas. Esquivé a camareros vestidos de la época victoriana. Una chica me detuvo para preguntar si el vestido que traía era exclusivo o si me habría llegado antes de que saliera la colección de otoño. Le dije que la segunda y me pidió una foto. Luego de posar, literalmente choqué con Emma.

—Disculpa, la máscara no se me ajusta.

Sentí un vacío en el estómago cuando el tirano se acercó y se me quedó viendo. Me di vuelta y finalmente llegué junto a Alice.

—Buenas noches —dije a los demás, el rostro de Alice, a pesar de la máscara, se contrajo.

—¡Paloma! Yo no...

—No te preocupes. Vine porque...

—Porque yo quería apoyar la causa de ese año. —Marcelo me salvó de dar alguna mentira rebuscada.

—¡Oh! Muchas gracias. Soy Alice Shannon.

—Marcelo Occhiato.

El maestro de ceremonias se acercó a susurrarle algo a Alice y ella se disculpó.

—Gracias por eso.

—Nunca es tarde para un gesto audaz.

La fiesta empezó en forma, música en vivo y gente por todas partes. Las luces bajas y algunas lámparas de araña que daban un toque antiguo.

—¿Quieres bailar o algo? Voy a acabar con los bocadillos.

—Eres un tragaldabas.

—Con algo debo entretenerme. —Me acercó un rollo a la boca.

—No quiero nada.

Marcelo suspiró.

—Pues decide pronto porque las doce están cerca y las máscaras caen.

—Quiero que me vea.

—Pero no te has hecho notar.

Dejó el plato de lado y me arrastró con él a la pista.

—Tengo dos pies izquierdos —confesé.

—Cualquiera se mueve con Sinatra.

Y empezamos a movernos. Marcelo se movía con gracia, caminaba un poco chistoso mientras me rodeaba. E iba cantando. Me daba giros que acababan conmigo contra su pecho luego de que mi falda alzaba vuelo. Me animé a mover los hombros y seguirle con la letra. Luego me tomó por la cintura y juntó nuestras manos en lo alto para girar más rápido. Cuando la canción acabó me soltó una frase, no supe si era un mensaje o solo el calor del momento:

«Porque te quiero, debajo de mi piel».

Nos separamos un momento, el maestro de ceremonias anunció que en cinco minutos caerían las máscaras.

—¿Espiendo?

—No estoy espiando, solo...

—No te ha visto, nadie le ha dicho que estás aquí.

—No va a actuar diferente, quizá, simplemente me pida que me comporte.

—Lo único que sé es que las apariencias no siempre engañan. La mayoría de las veces lo que ves es lo que es. Así que, úsame si quieres confirmar tus dudas e irte de aquí.

—¿Qué cosa? —Le miré.

—Es halagador que me trajeras, pudiste decirle al chico moreno que parece modelo de GUCCI. Pero hazlo mucho mejor, úsame piccola.

—Marcelo, esto no es lo correcto, yo...

Los cinco minutos llegaron a su fin y Marcelo me quitó la máscara, luego la suya.

—La venganza carece de moral, Paloma. Actúa de una vez y acaba con ese sinvivir.

Apenas tuve un momento para juntar las cejas. Marcelo tomó mis labios

entre los suyos y una corriente eléctrica me azotó la piel. Instintivamente me aferré a sus hombros mientras él me besaba muy pausado pero muy intenso. Se separó de golpe y yo me sentí arrebatada de ese mundo paralelo en el que los labios de Marcelo me hacían olvidar de lo demás.

—Eso fue...

—Intenso.

—Raro.

Dijimos al unísono.

—Oye, tengo sentimientos. —Hizo un mohín.

—Quise decir...

—Mejor no digas nada —me tocó la nariz—. Ahora que te ha visto y te sigue mirando, vamos a buscar una copa porque la necesitarás.

Asentí. Un momento después Marcelo dijo que iría al baño y que por favor intentara comportarme. Me senté junto a una ventana mientras me bebía una copa.

—Paloma —la piel se me puso rígida—. ¿Qué haces aquí?

Eché mano de mi aplomo y respondí sin mirarle.

—Me invitaron.

—Te invitaron conmigo no con él. —Me permití reírme.

—Puedo decirte lo mismo.

—Ese es otro tema.

—¿Ah sí? A mí me parece que es agua del mismo río.

Me tomó del brazo, mi piel traicionera se erizó por completo y tuve que cerrar los ojos y repetir mentalmente una plegaría.

—No es momento de hablar de ese tema, tampoco el lugar. Solamente necesito que me digas quién demonios es ese imbécil.

Me di vuelta, sus ojos de ciencia ficción me atravesaron como una espada. Inhalé y sostuve el aire un momento. Tenía que poder.

—¿Quién es tu princesa de plástico?

—Paloma, responde...

—No tengo nada más que decir. Tú empezaste una nueva historia sin consultarme si quería salir de la nuestra, así que no me reclames. ¿O es que solo tú tienes derecho a seguir con tú vida y a mí me toca el llanto?

—No empieces otra vez.

—¿Quién vino a incordiarme? Yo estaba muy quieta, muy tranquila disfrutando de la noche.

—Paloma, nada es como parece. —Intentó cogerme las manos, pero me

solté enseguida.

—Pues no me importa, Marc. Pensé que era la tonta que te conocía como nadie más, pero me equivoqué. Eres uno de ellos así que quédate allí, si me ves no te acerques, si vuelves a hablarme no respondo.

—¡No puedo soportar verte con alguien más! —exhalé pesadamente, no podía echarme a llorar. No.

—¡Qué cara tan dura tienes!

Me di vuelta y salí por la puerta de servicio, por el camino me cogí una botella de champán y haciendo un esfuerzo sobrehumano por no llorar, llegué hasta el estacionamiento. Me senté en el borde de una valla de piedra y le di un buen sorbo a la botella. Recodé sus palabras, su tacto y su olor y empecé a llorar. Al fijar la vista en el jardín, le vi salir con la tal Emma. Ella le rodeó con los brazos el cuello y él con los suyos la cintura. Enseguida empezaron a salir los invitados. Me bajé y estuve a punto de perder el equilibrio, el champán me estaba dando tres vueltas.

Caminé buscando el auto de Marcelo, pero terminé frente al *Mercedez-Benz* de Marc. Una oleada de calor me subió desde los pies, era un imbécil. Un jodido egoísta, manipulador y mentiroso.

Rompí la botella contra una piedra y me acerqué despacito. Respiré profundo buscando sosegar me. Yo misma sabía que debía hacerlo, una luz de mi razón buscaba colarse e imponerse sobre la vorágine de ira que me estaba dominando. Pero no fue suficiente. Le clavé el vidrio en uno de los neumáticos delanteros, no sé de dónde saqué fuerzas para hacer que la alarma se disparara.

Quedé paralizada.

—¡Joder, Paloma! —Marcelo intentó tírame pero yo estaba como de piedra. Entonces me levantó y me llevó al jardín—. Vamos, Paloma. Dime qué pasó.

—Me dijo que no soportaba verme contigo y ¿sabes lo que hizo después? —Marcelo negó con la cabeza—. Salió con ella y la besó. ¡La besó y yo los vi!

Me desgañité a llorar, Marcelo me apretó a su pecho y me acarició la cabeza.

—Te dije que no era una buena idea.

—Tenía que verlo. Ya no pueden quedarme dudas, Marc nunca me quiso.

Sollocé fuerte. Marcelo me elevó el mentón y sus ojos de caramelo me

miraron velados.

—Lo lamento, *bella*. —Me besó la frente y luego miró a lo alto. Yo le seguí. El cielo se iluminó con muchos faroles y sentí una desolación infinita recorrerme el alma.

—No sabes lo que duele.

—Respira, *piccola*. Me tienes a mí.

20. El Marc que más quise



Los celos son una cosa del infierno. A todos nos ataca alguna vez el virus de la inseguridad. Que se pueden disimular a la perfección, sí. Quizá yo no patenté la teoría pero he echado mano de ella en algunas ocasiones.

Marc y yo cumplimos tres meses de relación, no sé si definirlo del todo como que fuésemos una pareja al uso, pero se parecía mucho. Mi vida se acomodó bastante bien a la suya y ya vivía más en su casa que en la mía. Y había decidido que cada martes sin importar qué, cenaríamos fuera y nos turnábamos para elegir el lugar. Aunque por viajes sí que debíamos postergarlo.

Una noche decidió que era momento de que sus amigos me conocieran y me pidió organizar en el apartamento una cena. La ilusión me colmó el cuerpo porque eso ya era mucho decir de nosotros. Me presentaría a un grupo de chicos de YALE titulados con honores y herederos de las más prestigiosas familias de Manhattan. No me emocionaba mucho esa idea, pero era un pacto. Él ya había estado con mi grupo de amigos, era momento de que lo hiciera yo.

Lo comenté con Salomón que creció en esos círculos sociales. Quería saber qué debía hacer, cómo moverme, hablar o respirar. Él se rio, me abrazó y me dijo que fuera yo. Que sí a Marc lo había conquistado siendo Paloma DeLuca, seguro que a sus amigos también.

Salomón me quería demasiado.

Pues eso hice un sábado que todos sus amigos se reunieron en la ciudad. Compré lo necesario para una cena en condiciones y me fui a su piso a cocinar. Marc estaba con ellos jugado al golf. Cuando llegó, yo terminaba de preparar la mesa y la comida estaba lista. Postre incluido. Me dio un beso, dijo que olía a salsa y a dulce y que probaría la cena antes de que llegaran los invitados.

Más de una hora después yo peleaba sola en el baño porque al sucumbir a sus insinuaciones me había retrasado y el maldito maquillaje de los ojos no me quedaba igual. Resolví ponerme mucha máscara algo de contorno y los labios rojos. Mi madre siempre ha dicho que los labios y las pestañas son

más que suficientes y necesarios en el maquillaje. Me alisé el vestido de tubo en azul cobalto y me puse unas bonitas sandalias negras. Tomé un hondo respiro y salí de la habitación. En la sala todo eran risas, olor a cigarrillo y a una mezcla muy exquisita de perfumes masculinos.

—Buenas noches. —Me puse junto a Marc. Él me tomó la mano y la besó.

Uno a uno los cinco hombres allí, me miraron, sonrieron con la misma sonrisa de cartón que Marc usaba y fueron presentándose. Cuando empezaron a preguntar por mi familia, Marc desvió el tema y pasamos a la mesa. Alabaron mis dotes culinarias, alguno mencionó que mi sazón guardaba el sabor de la toscana y finalmente salió a relucir el tema de Luciano en el que hicieron bastante énfasis. El ambiente no era el que acostumbraba, no había bromas estúpidas ni imitaciones baratas de personajes como ocurría con mis amigos. Todos parecían demasiado intelectuales para ello y si bromeaban era a un nivel muy elitista. No fue que me cayeran muy bien, excepto el famoso Ben al que ya había visto algunas veces y su cordialidad no parecía ser fingida.

Pero era el pack que venía con Marc y debía acoplarme. Sin embargo, dentro de mis límites estaba marcado en rojo sangre que Marc no se tomara demasiadas confianzas con la dichosa Samantha o conocería mi lado oscuro. La primera noche que me dijo que debían cenar por un asunto de trabajo, apreté los dientes y sonreí muy falsa. No podía ser tan inflexible con el tema.

Pero luego se les hizo costumbre cenar un día a la semana mientras yo le esperaba hasta las tantas intentando adelantar trabajo. Le armé una escena y le dije algo como que yo era ingenua pero no estúpida y me fui.

Pasamos una semana sin hablar y finalmente fue a buscarme con rosas y un dije de diamante. Le perdoné a medias, las cenas ya no eran en restaurantes sino en su piso porque según él «adelantaban trabajo».

Adelantaban... mis cojones. Ya no soportaba a esa mujercita haciéndose la santa y mencionando intimidades y secretos compartidos que a Marc ruborizaban y a mí me ponían la sangre caliente. La supuesta noche del cierre Marc pensó que era buena idea preparar una cena en casa para los clientes y la mujercita esa.

Él contaba con que yo le hiciera quedar muy bien y me olvidara de las semanas en el infierno que me obligó a soportar. Alguna vez le dije que yo no olvidaba, tampoco le dije que también sabía cómo vengarme.

Cuando llegó a casa con sus invitados se llevó la sorpresa. Paloma no estaba y en el horno solo había cena para él.

Me había indigestado con los celos, no seguiría tragando entero.

Me llamó, como un millón de veces. Imagino que *Saaam* solucionó el asunto de la comida y la vida siguió. Pero para mí fue distinto, yo no pasé colores ni tuve que disculparme. Yo me fui de fiesta con mis amigas y me quedé dos días con Sarah.

Grace ayudó a la causa diciendo que no sabía de mí y Salomón apoyó también excusándome en el trabajo. Marc no supo de mí hasta que yo así lo quise y aprendió que la ternura no eras un recurso ilimitado en Paloma.

—Trabajo con ella. —Fue su excusa.

—Salgo contigo —rebatí yo.

—Cenemos los tres, así sales de dudas. —Los hombres son muy imbéciles en ese sentido, ellos no entienden que las mujeres trabajamos de otro modo. Ellos son primitivos, se van a las manos y marcan territorio, nosotras sabemos fingir frente a ellos y cuando no están enseñamos las garras.

—O abres los ojos.

—¿Elijo el lugar?

—Sí, de paso lleva un antídoto para que la serpiente no se retuerza en su propio veneno.

Estábamos en guerra, él no había conseguido mi perdón y yo debía demostrarle las intenciones reales de *Saaam*. Además, yo tiraba de otro hilo... no había sexo por esos días. Así que dependía de él que esas piernas que tanto lo enloquecían volvieran a abrirse como capullo en flor.

La cosa en la cena casi acaba como el rosario de la aurora, tensión todo el tiempo, ella me lanzaba alguna frase que me hiciera sentir mal y yo rebatía con otra. Marc nos miraba como en un juego de tenis siguiendo la trayectoria de la bola. Ella intentó manipularle con el argumento de las familias y la sociedad, yo solo le di un beso en la mejilla y le dije que ya todo estaba dicho y que él sabría qué hacer. Salí del restaurante emanando fuego y mientras buscaba un taxi, Marc me alcanzó, me agarró del brazo haciendo girar mi cuerpo y chocar con el suyo. Me tomó las mejillas y me besó como un salvaje.

Fin de la guerra.

Tres semanas sin sexo dan para mucho, especialmente para aprender a manejar con los hilos adecuados una relación que estaba enteramente establecida en ello. Porque no pienso mentir en ese punto, Marc y yo estábamos conectados más por las ganas que por el amor. Que yo le quería y escurría la baba por él es muy cierto, que él empezaba a acostumbrarse a mí y hacerme una extensión de sus brazos, también. Pero eso no era amor sino

dependencia enfermiza. Más de su lado que del mío porque no era yo la que me enojaba cuando él me decía que no podía algo que yo quisiera que hiciera.

Esa noche (luego de la cena) cuando llegamos a su casa, Marc ya no llevaba americana ni corbata y los primeros botones de la camisa iban desabrochados. Yo, a pesar de que estaba con más ganas que paciencia, iba bastante... muy relajada. En el ascensor me besó muy salvaje y al entrar dio órdenes de que me quitara todo y de paso lo hiciera con él. Era terriblemente malévolo. Ya imaginaba que iba a ser yo quien pagaría el haberme cerrado en banda (y piernas) y no él por hacerme sufrir del peor ataque de celos de mi vida.

Muy a mi pesar eso terminó pasando, tampoco es que haya sido forzada. Lo disfruté... sabemos ambos cuánto lo hice. Estaba muy colgada de sus ataques de macho alfa, de que me quitara la ropa solo con mirarme y de esa condenada boca del pecado. En mi defensa solo diré que en medio de su abandono al placer y antes de darle todo lo que quería, le saqué una promesa:

—No trabajarás con mujeres —dije de repente, desnuda sobre él y deteniendo mis movimientos.

Marc abrió los ojos, confuso por el cambio abrupto a la situación.

—¿Qué acabas de decir?

—Promete que no trabajarás con mujeres, excepto tu secretaria que no me representa peligro alguno.

Se burló. No me estaba creyendo. Me moví haciendo que su erección se deslizara fuera de mí. Pero él me atrapó al vuelo por los hombros, haciendo que girara para quedar debajo de él. Sus ojos verdes brillaron, pero a la vez se oscurecieron. Volvió a deslizarse dentro de mí en una penetración seca que me hizo gritar.

—Lo prometo.

Junté las cejas, incrédula.

—No será problema, cariño —unió sus labios con los míos y en medio del beso confesó—: Soy muy tuyo Paloma. Únicamente tuyo.

Luego me corrí, pletórica.

Una noche saliendo de Madam Gevena (hoy Ghost Donkey) en plena Bleecker con cuarta. Grace iba a tope con los *sangría rosie*, los nachos y demasiado emperrada (palabras suyas) por el bartender latino que nos atendió, Sarah nos metió a ambas en un taxi y nos mandó a casa. Al bajar me di cuenta que Marc estaba esperando en el coche, al pagar él se acercó. Grace había quedado frita en el asiento trasero.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. —Me tomó por la cintura y encajó su rostro en mi cuello. Lo sentí tan íntimo y a la vez percibí que estaba cansado, pero no solo físicamente. Era algo de dentro lo que le pesaba. Le acaricié la cabeza y así nos quedamos un ratito.

—Ayúdame a llevarla arriba, por favor.

Se quejó pero accedió. El taxista ya había resoplado, tal vez imaginó que le dejaría a Grace de propina. La llevamos juntos hasta la cumbre de la escalera, luego abrí y ella se le pegó como una lapa al cuello y le dijo que olía muy bien. A ambos nos dio la risa, Grace lo detestaba sobria pero borracha le parecía un adonis. Nunca se lo dijimos, pobre.

Dentro de casa la cargó y le guie para dejarla en su cama. Le pedí que esperara abajo y me encargué de quitarle la ropa a mi amiga en estado de coma etílico y la arropé lo mejor que pude.

Lo encontré sentado en un silloncito azul cielo orejón que compré de segunda mano y restauré yo misma. Tenía una foto en sus manos. Éramos los DeLuca en casa de la abuela, Luciano tenía doce y los dientes de un conejo, yo tenía casi seis y me faltaban los cuatro del frente. Ironías de la vida. Odiaba todas mis fotos de ese año porque los incisivos se tardaron una eternidad en salir y todo el que quería me llamaba *Sindi sin dientes*. Pero esa era bonita. Mi hermano y yo delante con nuestros primos sentados en el pasto, mamá, papá, el tío Federico y Perla sentados en las sillas del jardín y los abuelos de pie bajo el tejo y un atardecer de fondo como solo los hay en la Toscana.

Le acaricié la nuca enredando mis dedos en su pelo y los mechones largos que se descontrolaban un poco y luego le masajee los hombros. Me tomó las manos, algo fuerte y me acerqué a besarle debajo de las orejas.

—Eres mi paz, mi brisa fresca... mi Paloma de la libertad.

La piel se me erizó toda, no hubo lugar donde ese tono sedoso y melancólico no me tocara.

—¿Qué pasa? —Algo no estaba bien, llevaba días tenso, se excusaba con el trabajo, pero el día anterior le había oído discutir con su padre por teléfono y luego lo hizo con su madre.

Suspiró, como quien quiere quitarse un peso muy grande de los hombros.

—Quiero desconectar este fin de semana, el lunes es festivo del trabajo.

—Había olvidado por completo que lo era. ¿Qué quieres hacer?

—Una escapada a la playa. El abuelo me dejó una casa en Southampton,

muy cerca del mar.

—¿Es lo que quieres? —susurré cerca de su oído y le dejé un beso en la mejilla.

—Y a ti allí conmigo.

Hice una maleta con un par de bikinis, aun hacía calorcillo, septiembre apenas empezaba, sin embargo agarré algunos suéteres y el resto de cosas que podría necesitar. Le dejé un *post-it* pegado a la lamparita de la mesa dónde Grace dejaba el móvil para que al despertar supiera que no estaría en casa y que la cruda debía cuidársela solita. Abajo me recibieron con un beso intenso en emociones y bajo de pasión, Marc parecía alguien abatido y resignado. Fue inevitable sentir algo de miedo. Sin saber exactamente a qué. Nos quedamos en su casa y salimos a eso de las siete de la mañana. Creo que Marc no durmió mucho esa noche, cuando desperté ya estaba vestido y me llevaba una taza de café. De camino intenté averiguar lo que le ocurría pero se cerró como un recipiente hermético y supe que era mejor darle su tiempo para que luego me lo dijera. Hablamos de mi trabajo, de un autor nuevo que era mi apuesta del semestre y con un poco más de énfasis de mis pintorescas amigas.

—Tu amiga Sarah adora tu lasaña, el otro día se lamía los dedos.

—Perdónala fue criada por salvajes y no aprendió modales. —Sonrío tan bonito, adoraba que mostrara sus perfectos dientes blancos porque eso significaba que era espontáneo.

—Sabes que creo, que es una chica libre... es artista, ellos lo son, a su manera y con su sus vidas incomprendidas siempre persiguen libertad.

—Sarah es muy libre y única. Pero la que menos te imaginas es la que se lleva la corona a la más liberada.

—No serás tú. —Sonrió más amplio y se marcaron una arruguitas en sus ojos.

—¿Yo? Bueno, libre sí soy pero no lo mezclo con la locura.

—No lo imaginaría de Grace, se ve que es muy seria y con su trabajo no le quedará tiempo.

—Grace es muy sincera, pero es la bromista y riñe con Rachel demasiado. Chocan y se incordian pero en tono jocoso.

—Me quedan dos opciones pero no adivino.

—Mariah —Marc desvió la vista del camino un momento para mirarme con asombro—. Y sí, es algo parecido a una mujer de ciencia pero eso no le quita que sepa bailar un montón de ritmos latinos, deberías verla. Habla español perfectamente, tiene amigos de muchas partes del mundo porque

estuvo viajando cargada solo con la mochila y algunos ahorros. Sabe escalar y hacer snowboard...

—No me digas más, me queda muy claro —No salía del asombro, es que Mariah es muy tranquilita—. ¿Qué hace todo un día metida en un laboratorio?

—Es un poco rarita ¿sabes? Le gusta saber sobre virus, infecciones y parásitos. Y en ese viaje aprendió sobre enfermedades tropicales y un montón de cosas más.

—Apasionada.

—Todas, Rachel adora los números y tiene una calculadora en la cabeza. Me ayudó con un presupuesto para alargar lo que me queda de salario luego de que el banco se coja la tajada mensual de la deuda. Y te juro que puedo con todo. No me queda un duro el último día del mes, pero tampoco debo nada.

—Sabes que puedo...

—No —solté escuetamente—, dije que no.

Asintió despacio, adelantó un autobús y me soltó esa pregunta para la que no tenía una apasionante respuesta, pero que me daba la oportunidad de que él saciara mi contenida curiosidad.

—¿Qué hay de ti y tu profesión tan revolucionaria?

—Revolucionaria no es, pero va muy ligada a esta generación digital. Soy como una comunicadora pero más enfocada en los medios digitales. —Miré por la ventana. Sinceramente no había un exceso de pasión en mis palabras, me avergonzaba un poco de no poder decir como un médico que lo hacía por salvar vidas, o Grace que dice que ama exponer la verdad. Yo ingresé a Pratt porque mis calificaciones no daban para tanto y porque mi padre tenía amigos allí. Además, el campus me quedaba a un par de calles de casa y en apariencia todo sería como si siguiese en el instituto.

—Cuéntame más. —Me sacó de los pensamientos y luego apretó mi muslo un poco.

—Debía elegir un programa, hice una visita guiada y la de diseño de las comunicaciones se me hizo muy futurista. Tenía un poco de experiencia ayudando a papá con las relaciones públicas de la imprenta y diseñaba las publicidades y tarjetas de presentación. También ayudaba con el diseño interior de los libros y desde siempre fui buena con los ordenadores. Así que era como mezclar en una sola carrera todo en lo que era buena.

—Percibo que lo tuyo es el área de publicidad.

—Podría ser. Lo importante es que disfruto lo que hago.

Y en esa conversación sobre profesiones nos pasamos hora y media de camino. Compramos algunos víveres porque la intención era quedarnos en casa y hacernos uno con la naturaleza. Camino a la casa de campo se lo pregunté.

—¿Por qué eres abogado de divorcios? —Finalmente había podido exteriorizarlo y resultó liberador.

—Bueno, creo que no importa la rama. El objetivo es el mismo: conocer las leyes, ayudar a que se ejerzan de forma justa.

Rebufé, me había dado una respuesta de lo más genérica.

—Te digo la verdad —asintió luego de mirarme fijamente un momento—. Ser abogado de derechos humanos, de derecho civil o penal... es realmente fascinante pero los de divorcios no los llevo a comprender. Siento que detrás se esconde una historia como de quien es médico porque alguien murió en su casa por falta de uno. Solo que en ese caso sería que quiere que todo el mundo esté solo y que es un resentido que no ama a nadie y nadie lo ama.

Me tapé la boca a dos manos luego de vomitar ese montón de palabras sin filtrar.

—¿Es lo que crees que soy? —preguntó con tanta indiferencia como le fue posible fingir.

Maldita sea, me merecía que alguien me arreara una colleja. Negué con empeño.

—Perdona, yo...

Estacionó frente a una bonita casita de estilo chalé con paredes de piedra y techos grises.

Marc puso el freno de mano, cerró el tanque y sacó la llave. Luego se giró y por primera vez sentí que me iba a dar la reprimenda que mi padre jamás tuvo necesidad de darme.

—Cielo —no pude evitar sentirme peor, después me tomó la mano y supe que iría al infierno por bocona—. Soy especialista en derecho de familia. Tengo fama con los divorcios porque parece que me han tocado los fáciles y no he perdido caso. Pero también cubro otras áreas como ayudar a herederos que intentan dejar sin nada, apoyo en testamentos y sucesiones, procesos de adopción, pensiones alimenticias y económicas, custodia de los hijos, liquidación de patrimonio conyugal, separación de bienes, infidelidades, adulterio y violencia familiar. Ben y yo tenemos un consultorio jurídico

abierto y gratuito una vez al mes para personas que no pueden pagar un abogado.

¿Sabes lo que es querer que la tierra se abra y te trague? Bueno pues no pasó y sé que me puse colorada de vergüenza. Marc era un chico de los buenos.

—Yo... —balbuceé.

Marc besó mi mano y sus ojitos brillaron con dulzura.

—Solo he resuelto tus dudas, no te avergüences por ello.

El resto de la mañana tuve para sentirme miserable, pero debí hacer de tripas corazón, Marc lucía un aura de melancolía y contrariedad que era preocupante, aunque se esforzaba en disimularlo.

La casa constaba de dos plantas, abajo la cocina y el comedor divididos solo por la barra de desayuno, la sala en la otra ala, provista de una chimenea, un sofá tipo Williamsburg en cuero color tabaco y dos sillones por el estilo. Una alfombra delgada y una mesa de centro con algunas fotografías y pequeñas esculturas. Las paredes eran en piedra y los techos con vigas y detalles en madera. También había un baño bajo la escalera y una habitación pequeña junto a la puerta trasera que llevaba a un bonito porche, vista y acceso a la playa. En el segundo nivel predominaba un color azul monarca en las paredes y zócalos blancos, la habitación que eligió Marc tenía una ventana que bañaba con una bonita luz toda la estancia. El techo igualmente con vigas, paredes en un tono verde menta que me hizo sentir en casa y una cama con dosel y cabecero de forja vestida con sábanas blancas y una manta típica marinera, blanca con líneas irregulares en azul y solo dos almohadas. Las mesitas de noche también seguían la línea de forja. Y en el centro un sofá de base madera y acolchado blanco frente a una pantalla plana reseñable en tamaño y puesta sobre un librero lleno del que leí algunos títulos clásicos. Una cómoda con espejo al otro lado del salón junto a la puerta del baño/vestidor. Todo envuelto en un aura tan tranquilo y luminoso que provocaba quedarse para siempre allí.

—¡Es precioso! —dije con cierto tonito de emoción y también un poco embelesada.

—Era el lugar donde el abuelo se tomaba descansos del trabajo, venía en solitario y leía, pensaba. Pero más que nada lo hacía cuando no soportaba más la abstinencia a la nicotina, aquí fumaba libre y por tomarse esas libertades el cáncer se lo llevó más pronto que tarde.

—Lo siento.

Marc me abrazó por detrás y me acarició con su nariz.

—Las personas mueren, a veces nos parece que es demasiado pronto. El abuelo decía que morimos cuando nos hacemos adultos pero nos entierran cuando envejecemos.

—¿Le echas de menos?

—Solo porque era con quien podía hablar de casi cualquier cosa y siempre tenía el consejo adecuado —besó mi mejilla y extrajo algo de ropa de la cómoda, acarició mi mejilla y se dio vuelta para salir—. Iremos a dar una caminata por la playa, te espero abajo.

—En un momento estoy contigo.

Me quité los vaqueros y la camisa de tirantes en viscosa y pasé al baño para ponerme un precioso bikini azul cielo que en la parte del top llevaba flecos y visualmente me hacía el busto más grande. Usé uno de esos shorts de denim muy lavado que habían comprado en *Macy's*, una camisilla blanca de velo con escote V profundo y algunos detallitos de encaje. Unas sandalias planas, gafas y un sombrero tipo panamá. En diez minutos estuve abajo.

—Estás muy guapa.

—Decirte lo mismo sería un pecado mortal.

Marc llevaba unos pantalones cortos en un color claro y una camisa blanca manga larga totalmente abierta, en los pies unos mocasines bastante cómodos y unas gafas Ray-Ban colgadas a una fina cadena dorada.

—¿Te has puesto bloqueador solarrr? —Me tendió la mano.

—Sí ¿y tú?

—También. Vamos ya.

Salimos por la puerta trasera, yo llevaba una bolsa de playa con una toalla, el bloqueador, una botella de agua y algunos chuches para picar, Marc se la colgó al hombro de una forma muy sexy.

Estaba más que perdida por él, palabrita de honor.

Nos quitamos los zapatos al tocar la arena, la sensación suave de hundirse en ella me hizo estremecer de gusto. Pocas cosas en la vida me relajan tanto como la arena bajo mis pies, la brisa marina, el olor a sal, el agua siempre fresca, el sonido de las olas rompiéndose, ese azul tan bonito...

A lo lejos se veían algunos niños corriendo, jugando con una cometa. No había tanta gente.

—¿Te gusta el mar?

—Amo el mar.

—¿Tengo que estar celoso?

—Tú eres un poco como él.

—¿Ah sí? —Su voz sonó interesada, volteé a verle y contenía una sonrisa en sus labios—. ¿Cómo es eso?

—No como este, no te ilusiones. Eres como el mar en una tormenta, tempestuoso, salvaje, indómito.

—¿Eso es un cumplido?

—Lo es, casi todas las personas solemos ser un mar en calma, solo con algunos picos de olas más altos pero nada extremo.

—Eso suena a que soy peligroso. No soy el tipo de mar que amas.

—Lo eres, lo peligroso quiero decir, eres el camino a la locura. Pero me gustas, sin importar lo que vaya descubriendo.

Me atrapó y me levantó a pulso para luego girar y caer sobre la arena. Puesto sobre mí me quitó el pelo de la cara con mucha delicadeza y esos ojos verdes desbordados de luz me hicieron sentir única en el mundo.

—Te quiero tanto mi Paloma. Que me asusta esa inmensidad, es como si antes de ti no hubiera nada y después de ti tampoco.

21. Paloma... debes respirar y dejarlo fluir



«No todos en el mundo son tan miserables y vacíos como tú. O sí lo son, pero saben fingir mejor».

«Mala suerte es que a pesar de todo, aún me guste todo de él».
«En el fondo, todavía espero que regreses, aunque me empeño en negárselo a todos».

«Entérate de algo: En mi mente no estarás para siempre».

«Espero que no me necesites, idiota. Porque no voy a estar cuando te des cuenta».

El *timeline* de mi Twitter demostraba la contradicción de lo que sentía. Amarlo y odiarlo en proporciones iguales y de ese modo hacerlo imborrable. Ya no me quedaban lágrimas lo había llorado cada noche en la soledad de mi habitación, ahogando los gemidos en la almohada. Luego simplemente miraba al techo y recordaba momentos. Miraba nuestras fotos, le reñía, le confesaba cosas y como si estuviese allí le hablaba de lo que me estaba pasando. De mis amigos, de Marcelo... luego me gobernaba la rabia y posteaba en twitter. En un mes ya había conseguido poco más de mil doscientos seguidores. Porque luego de mi ataque de ira, volví para hacer una foto e irme. Se merecía más que una rueda pinchada, pero para eso ya habría tiempo.

Y la posteeé con mucho orgullo:

«¿Sabotaje? Yo le llamo justicia. Tú también le llamarías así».

En ocasiones solo compartía imágenes que conseguía por ahí. Yo me esforzaba en el trabajo, con mis amigos y conmigo misma frente al espejo para convencerme de que dolería un rato y luego pasaría. Pero empezaba a detestar que el maldito tiempo pasara y yo me sintiera cada día más vacía y en un

estado de permanente melancolía. ¿De qué sirve que el tiempo lo cure todo si lo hace demasiado tarde?

Esperaba que a él le doliera tanto el pecho como a mí por extrañarlo y me enojaba aún más porque no tenía cuentas de redes sociales donde pudiera stalkarlo y saber de su vida.

Excepto, claro, que en los periódicos si salía a veces en la sección de sociales y a mí el corazón se me paralizaba al instante.

Marc tenía el don de construirme y destruirme en segundos, incluso a través de una foto.

Tuve que tragarme mis palabras, porque después de la fiesta de máscaras en lugar de pasar página, me quedé en esa. No lograba sacarme esa espina del corazón.

El siguiente viernes me apetecía salir con las chicas a por una copa y algo de diversión. No quería seguir molestando a mi vecino, además de que trabajaba y estaba casi segura de que salía con alguien, le había escuchado discutir por teléfono. Mi presencia en su casa podría ser causal de una ruptura y no esperaba cargar con esa culpa. Pero mis amigas dejaron de salir juntas y empezaron hacer más planes con sus parejas ya que se acercaba navidad.

Un jueves llegué a casa. Todo limpio, ordenado y un olor en el aire a salsa, especias...

—¿Grace? —La llamé. Puse mi cartera en el sofá y me desaté el abrigo. Estaba la calefacción encendida y poco a poco fui recuperando el calor corporal.

—¡Voooooy... apaga el horno por favor! —gritó desde arriba.

Entré a la cocina. Olía aún mejor. Tenía toda la intención de meterle mano a la ensalada cuando ella me golpeó con un paño.

—Deja.

—¿Qué celebramos? —me di vuelta y me llevé la sorpresa de la vida al ver que usaba un vestido azul zafiro muy bonito. Parpadeé varias veces.

—¿Te sientes bien, Grace?

—No seas imbécil.

—Puedo llamar a un médico.

—Paloma —puso su tono de confesión—. Estoy viendo a alguien... ha sucedido desde que ya no sales los viernes y te quedas en el piso de tu hermano. Hoy es su cumpleaños y...

—No digas más —no la dejé terminar, le guiñé un ojo y volví al salón—. Pudiste avisarme antes y me habría ido con Salomón a su casa.

—No tienes que irte. —No le creí.

—Dime algo. ¿Ibas a presentarme? —Puse las manos en jarra. La conocía bien.

—Iba a pedirte que esperaras en tu cuarto un rato y...

Negué con la cabeza y enfilé hacia la escalera.

—Voy a ponerme algo más cómodo y me voy.

—Gracias.

Iba más abrigada que un esquimal. Soy poco amiga del frío porque me pone la nariz roja y muy reseca la piel. Me alentaba saber que pronto iría a Livorno a relajarme y a pesar de que sería invierno, no estaría tan helado como en Nueva York.

Caminaba hacia la estación, iría a visitar a Greg y Salomón mientras Grace hacía lo suyo. Marcaba en el móvil al rey cuando un acento conocido llegó a mis oídos.

—*Ciao Paloma*. —Apenas pude alzar el rostro para verle tomarme las mejillas y plantarme dos besos en ellas.

—Hola. —Le miré de la cabeza a los pies. Se había cortado el pelo y la barba lucía menos espesa, pero seguía viéndose guapo.

—¿Tienes una cita?

—¿Yo? —me reí—. No. Mi amiga va a celebrarle el cumpleaños al chico con el que se ha estado viendo y necesita... intimidad.

—Pero es tu casa.

—Pero ella paga la mitad de las facturas. —Sonreí sin mostrar los dientes.

—¿Y adónde vas?

—A Manhattan con unos amigos.

—Te quedarás, supongo.

—No puedo, mañana tengo que trabajar. Volveré a media noche.

Me dio esa mirada intensa que usaba cuando se quedaba pensativo. Titubeó un poco y luego habló.

—Disfruta con tus amigos.

—Gracias.

Nos despedimos y volvimos a tomar camino. Aguardé por media hora, la estación estaba congestionada y había retraso. Finalmente decidí que era mejor buscar una botella de vino e ir a colarme en casa de Marcelo. Pensaría que era una pesadilla sin fin y si era así lo disimulaba bien con su sonrisa, su comida y las evasivas a las preguntas que le hacía.

Al llegar a la esquina noté que un taxi se alejaba de mi casa, el invitado de Grace seguramente había llegado. Toqué a la puerta de Marcelo y desde dentro escuché un grito.

—¡Un momento!

Sonreí, Marcelo era todo un caso de estudio y su acento irremediadamente me hacía sentir en casa. Al cabo de un rato abrió la puerta.

—Hola. —Me encogí de hombros y le mostré la botella.

—¡Paloma te estabas helando! Debiste decir que eras tú, pensé que era alguien más. —Me señaló que pasara.

—¡Oh Dios! Esperabas a alguien, lo lamento, yo... —bajé la mirada, estaba descalzo. Hay algo que me gusta mirar a los hombres, los pies. Y los de Marcelo me gustaron. Llevaba unos vaqueros raídos y un suéter de lana granate que había visto mejores épocas. A pesar de ello le lucía de maravilla. Era ese tipo de aspecto descuidado que transmitía mucha sensualidad. Y el pelo, por favor. Envidia le tenía a ese tono oscuro y ondulado.

—Esperaba a un repartidor del restaurante —dijo en tono burlón, me abrazó por los hombros haciendo que entrara—. Ven a la cocina, estoy horneando.

No me soltó hasta dejarme en una silla alta. Me puso una taza de café y una porción de torta de zanahoria.

—Pensarás que solo vengo a tu casa a comer.

—Necesito que alguien me ayude comiendo. —Guiñó un ojo y abrió el horno luego de ponerse unos guantes de protección térmica. Sacó una bandeja de magdalenas y un bizcocho negro.

—¿Debes enviarlo al restaurante?

—No debo, pero me aburro aquí sin hacer nada y cocino como loco. Podría abastecer dos restaurantes.

Eso de cocinar como loco no era exageración, lo era la cantidad ingente de comida que había en esa cocina. Bollos, panes dulces y salados. Hojaldre, croissants, napolitanas, galletas, bizcochuelos, pasteles y hasta donas.

—Estás enfermo. —Pero cocinaba como los dioses porque esa torta de zanahoria era mucho más que eso, hasta el café tenía un sabor a caramelo y mantequilla que era la cosa más alucinante que me había tomado.

—Y no has visto la nevera. Pero por fortuna salió un contrato de último momento en un evento y van a llevarse todo.

—No creo que sea muy bueno que tengas la cocina libre otra vez.

—Lo será al menos hasta el lunes que vuelven a llegar suministros. Mi

socio ha dicho que puedo tomarme el fin de semana si quiero porque ya cumplí con mi cuota.

—Eres chef repostero. —Afirmé muy orgullosa del descubrimiento. Marcelo levantó la mirada de un glaseado que estaba haciendo y me puso morritos.

—Sí, eso soy.

—¡Já! Hasta que conseguí sacarte algo. Voy a ponerme una nota en el móvil para que no se olvide.

Él sonrió negando con la cabeza, el timbre sonó y me ofrecí a ir.

—Hola —respondí cordial.

—¿Marcelo Occhiato? —preguntó un chico bastante serio y con pinta de estar afanado.

—Sigue, es por aquí.

Le llevé hasta la cocina, cruzó un par de frases con Marcelo y juntos empezaron a sacar cajas y bandejas. Yo me encargué de limpiar y cuando volvió estaba fregando un par de moldes.

—No tenías qué.

—Pero quise hacerlo.

Se palpó los bolsillos y miró a los lados.

—Voy arriba un segundo. No tardo.

Asentí, me senté de nuevo y cogí el móvil para twittear. Ahogué un grito de júbilo al ver que llegaba a los 2500 seguidores. Tenía menciones a montón y muchos *likes*.

Era el momento de agradecer con un regalo especial.

«Recordarte y ya no sentir nada, eso quiero».

Y adjunté una foto que tenía por ahí para usar en una ocasión especial. Una que hice luego de romper todas las fotos que teníamos juntos.

El teléfono fijo empezó a sonar, llamé a Marcelo y no respondió así que tomé la llamada.

—Casa de los Occhiato, habla Paloma.

Silencio.

—¿Hola?

Y un clic.

Miré el teléfono, lo dejé en la base y decidí subir la escalera. Busqué en

la habitación principal pero me sorprendió ver que todos los muebles permanecían cubiertos, entonces fui a la que me alojaba los viernes pero tampoco lo vi. Quedaba la del final del pasillo la puerta estaba abierta, curiosamente era la más pequeña de la casa, pues al asomarme me di cuenta de que era la que Marcelo estaba usando. Había un perchero con sus filipinas y pañuelos anudados al cuello, los zapatos organizados en una hilera en el suelo. Una cama sencilla, hecha y puesta contra la pared. Una mesita con una lamparita antigua y un libro con unas gafas encima. Cuando entré y moví la puerta lo vi. Sentado frente a un escritorio sencillo que tenía encima una pecera.

Marcelo le hablaba al pez. Pero no como tonto, le hablaba como si fuese una persona.

—(...) me dejó ese mensaje ¿puedes creerlo? No sé lo que espera que piense pero está visto que no sabe lo que quiere y que yo estoy...

Carraspeé.

Marcelo dio un brinco en la silla y terminó contra la ventana.

—Joder... Paloma casi me matas de un susto.

—Perdona —miré al pez primeo, luego a él—, alguien llamó y creo que era para ti. Pero no hablaron.

Juntó las cejas. Juraría que él sabía quién había llamado.

—Sí, quizá del restaurante.

Volvió a oírse el teléfono.

—¿Te lo traigo?

—No, déjalo así. No es importante.

Nos quedamos en silencio. Yo miraba al pez. ¿Enserio Marcelo tenía un pez por mascota y le hablaba como yo a mis gatos?

—Bueno, creo que debo irme. —Me di vuelta pero Marcelo me tomó la mano.

—Tu amiga debe estar muy ocupada ahora mismo. —Y no lo dijo con ninguna intención lasciva. Sino como a esa excusa que lleva implícita un «Quédate».

Se me erizó la piel, entre Marcelo y yo no podía ser posible ese nivel de intimidad siendo prácticamente un par de desconocidos. Luego del baile había pensado seriamente en poner distancia.

—Sí, pero tu tendrás tus cosas y...

—Y tú las tuyas. Trabajo acumulado...

—Irónicamente en estas fechas no suelo tener mucho trabajo. Ya

cerramos semestre y lo que queda son un par de lanzamientos de autores *best-seller*. Ya sabes que los míos son los debutantes.

Marcelo se dio vuelta mirando a la ventana, metió las manos en los bolsillos traseros y bajó la cabeza.

—Tengo un pez... se llama Pipo. En realidad tengo una gran pecera en mi casa de Italia. Pero no podía traérmelos.

—Dicen que son relajantes....

—Lo son. Dirás que estoy loco por hablarle a un pez y que es mejor que salga al mundo y consiga amigos. Pero como ya sabes, las personas engañan, mienten y no siempre están dispuestas a escuchar.

Marcelo acababa de abrirme un poco la puerta que guardaba su vida. Esas palabras no me las decía porque a mí me hubiesen engañado y mentido; sospechaba que él también transitaba por la misma calle de la amargura.

—No sé si te lo dije, pero tengo dos gatos. Los más callejeros de la zona así que cuida de Pipo porque no me hago responsable.

Dejó escapar una carcajada.

—Eso me gusta de ti, Paloma —tragué saliva, las manos me temblaron. ¿Gustar?—. Que a pesar de todo, siempre puedes bromear.

Me acerqué a él. Fue un impulso, una necesidad compartida. Le abracé y reposé la cabeza en su espalda.

—También puedo escuchar.

Marcelo suspiró. Tomó mis manos en las suyas y las dejó contra su pecho.

—¿Quieres comer? Tengo *Papardelle*.

—Nunca podría decirle que no a la comida.

Bajamos de la mano a la cocina y cenamos viendo un par de capítulos viejos de CSI. A Marcelo le encantaban las series policíacas y las mentes criminales. A mí me gustaba su comida, su compañía, que supiera cocinar, limpiar, que tomara tanto café como yo, que leyera...

Vale. Me estaban gustando más cosas que las que debían gustarme en un extraño, amigo de mi hermano.

Al día siguiente como empezaba a ser costumbre de viernes, fui a su casa. Solo que esta vez compartimos el metro porque coincidimos en la boca del túnel. Cocinamos, tomamos vino y me leyó dos capítulos de *La chica del tren*. Después me invitó a jugar a las cartas, pero como no tenía idea inició con la clase de póker. Aunque confesó que le gustaba mucho más la baraja española. Ignoró el teléfono y los mensajes, pusimos a *Bon Jovi* de fondo y

nos dormimos en el sofá muy tarde luego de hablar de Italia, de lugares que conocíamos y de Luciano.

No sabía los términos de su amistad, pero no creía que le hiciera gracia vernos en ese plan. Así que compartíamos el secreto.

Y así, poco a poco, a pesar de que a Marc lo tenía clavado como una estaca en el corazón, Marcelo fue ayudando a anestesiar la sensación de estar mutilada.

Parecía estar rozando las nubes del olvido, mis tweets empezaban a ser sensación en twitter. Los seguidores aumentaban y el tweet de celebración de los 2500 alcanzaba los seiscientos RT. Empezaron a llegar menciones de chicas que también se habían cobrado alguna venganza al estilo *ladykiller*. Hasta mis amigas me seguían sin saber que se trataba de mí.

Y el sábado, que solo tenía planeado regar las bromelias y verme algunos capítulos de una serie a la que Marcelo me había enganchado, pues me llegó una invitación del susodicho. El mensaje decía que si me apetecía darme un paseíto y comer juntos, me esperaba en media hora junto a las bromelias.

Esa escena de «junto a las bromelias» era muy de mis padres cuando se ponían citas y yo era la mensajera. Me levanté con una sonrisa de tonta en los labios y me fui al armario. Acabé con una falda a rayas blancas y negras, acampanada y sobre la rodilla, stilletos color crema y una blusita blanca manga larga. Cuando me miré al espejo tuve lucidez.

«Por Dios, Paloma es Marcelo no el príncipe de los Emiratos Árabes. Acordaste poner distancia».

Me encajaba unos vaqueros a las malas porque empezaba a tener un flotador bajo el ombligo. Cuando me sonó la notificación de un mensaje. Me apuré con las Converse, un suéter delgadito de puntos negros sobre blanco y una bomber jacket negra. Como si me fuera a hacer la compra. Eso sí, la máscara de pestañas y el color en los labios no me podían faltar.

Y lo encontré, junto a las bromelias. Botas, vaqueros, camisa hawaiana por supuesto, de fondo azul rey y flores blancas. Mangas dobladas hasta los codos y gafas oscuras. En la mano un abrigo cruzado color mostaza. Ese Marcelo y su concepto de la moda.

—¿Qué pasó con el smoking?

—Es para rescatar a las princesas en apuros.

Negué con la cabeza y le esquivé la mirada.

—¿Adónde?

—A Williasburg. —Empezamos a caminar y luego subimos a un

autobús.

—Vale, hay varios lugares por allí. ¿Qué tal los mejores *hot dogs* de la ciudad en Grey's Papaya?

—Quizá luego de ir a Nitehawk.

—Oh... cine también.

—Pues si no te apetece, no pasa nada. Solo que vi en el periódico que hoy proyectarán *Out of Africa* y no puedo dejarla pasar.

Me reí con ganas.

—¿Mi hermano sabe que te gusta el romance y el drama? Porque si no lo sabe, avísame y así evito que te quite el habla.

—No me hace gracia que pongas en burla mi admiración por Meryl Streep.

Le miré de reojo, estaba serio.

—Perdón —le empujé con mi hombro—. Te acompaño.

Nos bajamos y anduvimos un par de calles, Marcelo me hablaba de que su plan favorito era ir a cine a ver clásicos. Porque no se sentía lo mismo que en casa.

Entramos en un local que a primera vista era un bar, enseguida me enteré que era uno de vinos que incluía restaurante y que llegamos justo a tiempo para hacer un recorrido por la bodega y ver el proceso de elaboración del vino. El bar estaba diseñado principalmente de materiales recuperados, incluyendo una pared decorativa hecha de madera tipo granero y cajas de municiones de la Segunda Guerra Mundial como bastidores de la colección de vinos de todo el mundo. La iluminación de estilo industrial de la vendimia y papel pintado de 1940. Al finalizar nos sentamos en la barra a degustar vinos edición limitada, servidos directamente del barril.

—¿Por qué no sabía de este lugar?

—Porque pasas mucho tiempo en Manhattan, ¿tal vez?

—Le contaré a mis amigas, querrán venir.

—Y yo quiero comer —se quejó Marcelo, luego pidió el menú—. Vine porque un amigo me pidió conocer cómo trabaja la competencia.

—¿Es vinicultor?

—Sí, está sacando su propia cosecha. —Me pasó un menú y le di un vistazo.

—Salomón estará hoy en el barco bar, si la comida es buena le hablaré de este.

—¿Es crítico de restaurantes?

—No, pero debería. Es muy curioso, siempre está buscando los mejores sabores.

—Tendré que invitarlo a mi restaurante —guiñó un ojo, a mí me recorrió un escalofrío. Salomón no tenía idea de quién era Marcelo y no sabía que tan bien se lo tomaría—. ¿Qué tal el paté de pollo? —preguntó al camarero.

—Se sirve en salsa de cerezas y pistachos, acompañado de baguete tostado.

—Suena bien, aunque el pulpo braceado es muy tentador.

—Yo quiero el costillar de cordero.

—Excelente elección, se sirve con ensalada con nueces confitadas, queso azul danés y puré de coliflor —dijo el camarero—. ¿Y el caballero?

—El paté.

—Ya tengo un flotador bajo el ombligo y es tu culpa. —Le reñí.

—Te luce mucho.

Negué con la cabeza y di otro trago a mi copa.

—Cuéntame de tus horarios de trabajo. No quiero sonar pesada, pero trabajas muy poco.

—Trabajo desde casa y estos días evito ir. Solo me quedo en la cocina cuando el principal no puede.

—¿Te encargas solamente de la repostería?

—Algo así.

—¿Por qué tenéis problemas? Si no es indiscreción.

Marcelo se dio un momento para beber de su copa y apagar el móvil que sonaba con insistencia.

—Son cosas personales...

—¡Oh! —Me avergoncé al instante—. No quería...

—Me refiero a que es algo personal, entre los dos, o tres...

—Me disculpas pero no te entiendo.

—Paloma... —suspiró—. Yo tampoco entiendo pero voy a contártelo.

Asentí y le ofrecí mi copa para brindar antes de que empezara a hablar. Le vi tomar una honda inhalación y luego me miró fijamente.

—Filipo y yo nos conocimos en la escuela de cocina en Italia, nos hicimos muy amigos y fuimos juntos a Francia y España. En Inglaterra estuve unos meses solo, me especializaba en repostería. Allí la conocí, a Lana. Es una chica hermosa y sabe mucho sobre comida mediterránea. Filipo también llegó a quedarse conmigo. Resultó que a ambos nos gustaba la misma chica.

—Ay por Dios. —Marcelo sonrió melancólico. Los platos llegaron y nos dimos un momento para degustar. Sabía muy bien.

—Cuando nos dimos cuenta de eso, pactamos poner distancia. Pero él empezó a salir con ella en secreto, le reclamé y aparentemente lo dejaron. Imagino que porque tuvo que volver a Francia unos meses. Que yo aproveché para enredarme con ella. Al volver Filipo, casi acabamos dándonos de hostias. Lana se fue unos días, Filipo y yo apenas si nos hablábamos. Ella le llamaba para pedirle favores y lo mismo hacía conmigo. No conseguía mantener un empleo más de un mes. Y ya nuestras conversaciones solo eran con ella como tema central. En un esfuerzo por salvar nuestra amistad y

cumplir con los propósitos que teníamos trazados desde el primer día, le propuse venirnos al otro lado del mundo a montar un restaurante. Yo conseguí todo, los contactos, los proveedores, algunos locales, la publicidad y hasta el personal. Si no aceptaba, lo haría en solitario y ponía punto final a esa historia. Pero aceptó y aquí estamos. Aparentemente todo marchaba en orden... hasta que llego una mañana y la veo en la cocina ejerciendo de pinche.

—Debiste quedar de piedra.

—Más allá de lo que me despierta al verla, fue enterarme de que fue Filipino quien la trajo, le ofreció el puesto y que se queda con él.

—Jo... Lo siento, Marcelo.

—Bueno, es una situación que nos tiene de nuevo tensos y así es muy difícil trabajar.

—Entiendo que no quieras ir.

—No se compara a lo tuyo, es distinto.

—Pero también duele ¿verdad? Porque la quieres —Marcelo desvió la mirada—. ¿No la quieres?

—Me confunde, me gusta, es... sexy. Pero no es amor, no creo.

—Lamento informarte que ese es el camino de entrada.

Sonrió sin mostrar los dientes y se comió el último bocado de su plato.

—Busquemos algo de postre y caminemos este vino, ¿te parece?

—No intentes huir, Marcelo. Es peor.

Me abrazó por los hombros y me dio un beso en la frente.

—Pero puedo decidir el camino por el que quiero perderme, ¿no?

Junté las cejas sin entender y tampoco él tuvo intención de aclarármelo.

Pasamos la tarde caminando y comiendo helado en tarro. Luego nos fuimos al cine, éramos más de los que creí que asistían a proyecciones de películas clásicas.

—Di que no te ha gustado.

—Le cambiaría el final.

—¿Para qué? Debemos aceptar el destino y quedarnos con todo lo vivido.

—No te pongas en ese plan. —Salimos del cine y afuera corría una brisa helada que me estremeció hasta los huesos.

—¿Qué plan? Es la verdad. Dime, sinceramente, ¿borrarías lo vivido con ese Marc solo porque ahora duele?

Me agarré de la barra metálica de una señal de tránsito y miré a los coches pasar, la gente caminar y el cielo con algunas estrellas.

—Cambiaría el final —repetí.

—Pero es que todavía no hay final, *piccola* —me metió entre sus brazos —. Estás a tiempo de ponerle más capítulos a tú historia.

La locura lo invadió y me cargó sobre su hombro para cruzar la calle, me reí, chillé y le golpeé la espalda pidiéndole que me bajara. Apenas escuchaba su risa resonar en mis oídos. Cuando finalmente lo hizo, me quedé mirándole, el viento le revolvía el pelo, sus ojos brillaban como el caramelo fundido y en sus labios se había instalado una sonrisa.

—Toma un metro de distancia conmigo o no respondo.

—Define tu advertencia. —Se acercó lentamente a mi rostro, yo me estremecí.

—Ambos estamos en una etapa... —las palabras no me salían

fácilmente.

—Ambos... me gusta que hables de los dos en el mismo pronombre determinante.

—Marcelo...

—Sé que quieres. ¿Un beso para quitarnos las duda?

Estaba muerta de sed. Tenía con verlo para que se me antojaran sus labios danzando con los míos.

—Es que no puedo —besó primero mi mejilla viajando lentamente hacia mi cuello. Las piernas se me hicieron agua—. Marcelo...

—¿Sí?

—Bésame, joder.

Marcelo era mi fuga.

El día de acción de gracias Grace y yo íbamos de un lado al otro. Decidimos hacer la cena en casa. El siguiente mes ninguno estaría en el país así que era como una nochebuena adelantada. Tuve toda la intención de invitar a Marcelo, podía ser momento de hacerlo, era mi vecino y alguien que se había hecho indispensable en mi vida, solo que ese día estaba contratado para un banquete y no llegaría hasta muy tarde.

Me encargué del pavo, era a la que mejor le quedaba, ella preparó una ensalada y Marcelo me había llevado tarta de calabaza antes de irse. Quería presentarle a Grace pero estaba en la ducha y él ya se iba.

—¿Dónde compraste esos paños? Están demasiado finos para ser del chino.

La socarronería con la que lo dijo me dio a pensar que algo se olía. Junté las cejas mirando un solo paño cubriendo la tarta.

—Venía con la tarta. —Solté muy inocente. Pobre de mí.

—Y el otro venía con un bloque de hielo.

Estaba pillada.

El timbre sonó anunciando la llegada de los primeros invitados. Corrí a abrir, esa reacción de Grace me hizo sentir culpable, como si estuviese viviendo una aventura prohibida, ella lo supiera todo y me guardara el secreto.

—¡Mi *churri... in orange!* —Me abrazó Salo luego de darme un giro —. Estas preciosa, ese vestido fue hecho para ti.

—Su majestuosidad. —Le di una mirada rápida pero apenas suficiente para que la piel se me tensara. Iba demasiado guapo con unos vaqueros, botas moteras, un suéter de punto cuello alto y un abrigo largo color mostaza.

«¿Por qué a mí, Dios?»

—Y lo conseguí en un mercadillo de pulgas. —Logré decir en medio de mi ensoñación, le besé ambas mejillas colmándome de su delicioso aroma a bosque y caminamos hasta el sofá.

—Huele muy bien. Este año no será pavo al carbón por lo que veo.

—Sarah no tiene culpa de ser más diestra con un pincel que con las sartenes. No seas tan duro con ella.

Recibí el vino que traía y lo llevé a la cocina mientras él se quitaba el abrigo. Serví en una copa del blanco que bebía mientras cocinaba y le llevé a mi rey.

—¿Greg no llega?

—El vuelo se retrasó así que decidimos que se quedará ultimando detalles. En dos semanas es la inauguración.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro, subí los pies y me abracé las piernas.

—Grace se ha puesto un vestido hoy... ya van tres en un mes. Es... perturbador.

—El amor vuelve loca a la gente y perderlo también —expresó muy tranquilo, Salomón parecía haberlo visto todo.

—¿Crees que es amor?

—O maleficio vudú porque hay que ver lo cambiada que está.

El timbre sonó y corrí a abrir.

—Hola, dulce zanahoria. —Esa era Sarah. Nos abrazamos, entró y me entregó una caja de *Magnolia Bakery*.

—Pero si ha llegado Picasso. —Salo se acercó a saludar.

—Preferiría ser Dalí.

—¿Te pongo una copa?

—Por favor, algo que me caliente, cariño.

Les dejé y me fui a la cocina, volvió a sonar el timbre, Salomón gritó

que se encargaba y llegaron Rachel y Mariah. Yo tomé tres copas y la botella y salí a saludar.

—¿Qué guapas estáis! —Nos dimos un par de besos.

—Me gusta tu vestido —Rachel tocó la tela—. Y es abrigador.

Entregué las copas y serví a todos.

—¿La bruja? —susurró Rachel.

—Está arriba.

Salomón tocó el tema de los viajes, una cosa llevó a la otra y terminaron hablando de *ladykiller*. Yo cogí la copa de Salo y le di un trago.

—Me gusta lo que escribe, aunque a veces se pone dramática —mencionó Mariah.

—Si realmente hizo todo lo que postea en fotos, es la puta ama —declaró Rachel—. Deberías copiarle algo, Paloma.

—¿Yo? —Negué con la cabeza—. A Marc que se lo coma un tigre.

Algo iba a revirar Rachel pero se le quedó atascado junto con el trago de vino. Todos seguimos la dirección de su mirada. Yo ya había pasado por la reacción, aunque seguía causándome repelús.

—¿Os comió la lengua el ratón? —dijo Grace muy seria—. ¿O solo vinisteis a comer?

—¿Quedaste con ganas de festejar Halloween, cielo? —Rachel, la valiente.

—¡Por favor, sois patéticos! —Se dio vuelta en dirección a la cocina—. Levantaos. Salomón encárgate del vino, Paloma los manteles de mesa, Mariah platos, Sarah cubiertos y Rachel... un poco de música no estaría mal.

—Sí mi general —respondieron Salo y Rach. Las demás nos levantamos y nos pusimos a hablar de tendencias de moda. Grace y Salomón se encargaron de servir el pavo y nos sentamos a la mesa con John Legend sonando de fondo.

—Salo, haz los honores. —Le entregué el cuchillo. Salomón dijo un par de palabras que intentó que sonaran como una oración de gratitud y cortó el primer trozo.

Empezábamos a comer y a hablar de una serie a la que nos hicimos adictos. Salomón quiso hacer un brindis pero el timbre sonó antes. Grace se ofreció a ir. En realidad estaba muy callada y en ella era sospechoso tanto silencio. Esperaba que no me saliera con otra sorpresa como la del restaurante italiano.

—¿Sabes lo que es molesto de ver un capítulo cada semana? —decía Sarah cuando Grace entró de nuevo al comedor.

—Chicos... —Hizo una pausa. Me imaginé un montón de cosas a la vez.

—Ay no, Grace. Pudo haber pasado lo que sea pero no puedes irte. Tu jefe es detestable y merece la hoguera. —Rachel bufó irritada.

—Déjame hablar, cotorra revolucionaria —nos reímos—. Quiero presentarles a alguien, por eso es que...

—¡Ahora puede empezar a arder el cielo, Grace se ha enamorado! —mencionó Sarah.

—¿Quieres callarte? —Lucía muy nerviosa, no hallaba las palabras. ¡Grace sin saber cómo decir algo!

Salomón que es todo un caballero, se puso de pie y se colocó a su lado.

—Habla, cielo. Estás entre amigos.

—Nos conocimos un viernes que... —me miró. Ese viernes, estaba claro—. Bueno, hace un par de meses... casi tres —pasó las manos por su falda—. Luego os doy los detalles, él es Richard Konrad, trabaja en Wall Street.

Rachel apoyó la espalda en la silla, Salomón miró al recién nombrado. Yo no me fijé en nada más. El hombre que acababa de entrar en mi cocina era la reencarnación de Ares. Bueno, qué vaya a saber Dios cómo lucía Ares en realidad, pero este Richard era alto, fuerte rubio y con el cabello muy rizado y los ojos grises. De los que dan y quitan el aliento el muy guapetón.

—Hola a todos. —Salomón le estrechó la mano.

Mis amigas enmudecieron, yo me levanté y le tendí la mano.

—Bienvenido, soy Paloma. —Salomón le acomodó un lugar junto a Grace, yo busqué platos y cubiertos. Luego escuché a Rachel romper el hielo preguntando por su oficina.

—Pues ahora sin más interrupciones vamos a brindar —Levantamos las copas—. Por los nuevos y los que no están.

—¿Grace y tu copa? —preguntó Sarah.

Grace palideció, Richard le tomó la mano.

—Yo no... —La voz se le cortó un poco.

—Déjame a mí, cariño. —Le dijo él al oído.

No sé lo que me dio al ver a Grace tan dócil y rara... Joder, sentía que no conocía a la mujer con la que llevaba más de seis años viviendo.

—¿Todo está bien? —Tuve que preguntar.

—Es que... —Grace me miró con cierto temorcillo—. Perdona que no te lo dije antes, no sabía cómo te lo ibas a tomar. Con lo de Marc...

—No nombres a ese idiota aquí —farfulló Rachel—. Hablad tíos que se

me está retorciendo el hígado de la angustia.

—Grace está esperando —soltó Richard.

—¿Esperando qué? —dijo Sarah confusa.

Junté las cejas, miré a Salomón que solo arqueó una y se bebió un trago. Luego me miró.

—¿Estás embarazada? —vocalicé como si esa palabra me sollamara los labios.

Ella bajó la cabeza y se mojó los labios.

—Sí —confirmó Richard—, son solo pocas semanas pero creímos que era mejor que os enterarais antes de que empezara a notarse.

Rachel tomó la copa y bebió hasta el fondo.

—Já —dijo con un tono que parecía saltar de la burla a la sorpresa.

—¡Enhorabuena, cariño! —Mariah se levantó y la abrazó—. Espero que muy pronto también esté en estado.

Salomón le tendió la mano a Richard y le palmeó el hombro, volvió a mirarme.

Las chicas se acercaron a Grace y bromeaban con cómo iba a cambiar su cuerpo y las cosas raras que podrían antojársele. Cuando fue mi turno me obligué a sonreír. No era que no me alegrara es que era Grace y la noticia me cayó como un balde de agua fría.

—Felicidades. —No me salió una palabra más y me empezaba a sentir un ser horrible, lo disimulé con un abrazo apretado.

—Si me permiten... —Salomón volvió a levantar la copa.

—Un momento —lo detuvo Richard—. Es que aún queda.

—Chico suelta la sopa que se enfría el plato —reviró Rachel con un tono de ansiedad elevado.

—En febrero vamos a mudarnos.

—¡¡¿Qué?!! —Exterioricé pasmada—. ¿Por qué?

—Queremos vivir juntos —explicó él.

Miré a Grace, ella asintió.

—Paloma... —sinceramente tenía ganas de llorar—, debí decirte que todo esto estaba pasando.

—Pero pensaste que lo de Marc me tenía tirada a la pena y que no iba a entenderlo —respiré hondo, no podía ser borde—. Estoy bien, creo que es la millonésima vez que lo repito. Me alegro por ti, por ambos. Sé que es lo que hacen las parejas, os mudáis juntos, empezáis una vida y llegan los hijos. No importa el orden que elegisteis, me alegro de corazón y os deseo mucha

felicidad.

Tragué el nudo en la garanta y fui yo quien terminó haciendo el brindis. Al fin pudimos comer aunque no haya conseguido terminarme todo y luego fuimos al salón a comer la tarta de Marcelo. Las chicas dijeron que se irían porque tenían compromisos familiares con sus parejas, Salomón me invitó a caminar para darles un espacio a Grace y Richard en casa. Me tomó de la mano y caminamos hacia Fort Greene Park.

—Puede que me pase por Livorno unos días, luego de ir a Escocia. Si me da tiempo visitaré a mi abuela en la isla.

—Dale mis cariños si la ves.

—¿Puede venir si quieres? En Cuba no estará nevando.

—No lo sé. Hace mucho que no estoy con mi familia. Quiero enseñarle a mamá a llamarme por Whatsapp. Quiero visitar mi cala, comer las delicias de la abuela, andar en la vespa....

—Dejar muy lejos a Marc y lo de Grace.

—Marc va a donde voy, Salo. —Mi voz sonó más triste de lo que esperaba. Nos sentamos en un banco, me abracé a él y miré las hojas que el viento elevaba.

—Paloma... háblame. Sabes que me puedes decir cualquier cosa. Sé que no estás bien, el tiempo ha pasado pero tu cada día estás más triste y lo de hoy te ha...

El pecho me ardió. Intenté tragar el nudo pero no pude, necesitaba estallar. Primero me reí, luego acabé llorando como una magdalena.

—¡Es Grace! ¿Te das cuenta de lo absurdo de esto? ¡Grace!

—A todos nos llega ese alguien...

—Salo, llevo toda mi vida buscando a mi alguien. Tú lo sabes, lo he buscado en sapos y príncipes y no está y Grace que nunca ha buscado nada serio en toda su vida choca con ese hijo de Zeus y está embarazada... ¡Embarazada!

Gimoteé más fuerte.

—El amor me odia, Salo. Nadie me va a querer a mí.

—Churri—su voz sonó dulce. Me acarició el pelo y luego dejó un beso —, esto no es tan malo. Si Grace consiguió que alguien le cambiara la vida en tres meses, tú conseguirás al amor de tu vida también. Pero no lo presiones...

—¿Cómo lo voy a forzar? Estoy sola, Salomón. Marc me cambió por otra mujer que perfectamente podía ser Irina Shayk, he llorado todas mis lágrimas, le he dado mil vueltas al asunto y no consigo saber qué demonios

hice tan mal. Me duele hasta debajo de la piel y lo extraño a rabiarse, con amor y odio a la par. Voy a enloquecer un día de estos.

Nos quedamos en silencio. Era la primera vez que hablaba de lo que verdaderamente sentía con alguien más que mi reflejo en el espejo.

—Pero hay alguien... alguien a quien estás viendo los viernes.

La piel se me puso de gallinita. Volvía a sentirme mal por algo que no era malo.

—Los viernes me quedo en casa de Luciano.

—¿Estás segura? —Salomón tenía la virtud de preguntar sin exigir y aun así conseguir lo que quería saber.

—¿Por qué no me crees?

—Porque a mí sí se me ocurrió buscarte allí ese primer viernes y los siguientes y ninguno llegaste —confesó sin despeinarse.

Se me heló la sangre. Salomón no era impresionable y mucho menos tragaba entero.

—Salo, yo...

—Incluso sopesé la teoría de Grace, pero seguí a Marc —me tomó la mano—. No quiero pasar los límites, pero me preocupo por ti. Sé que te dolió y temía el cómo lo manejarías.

—¿Por qué?

—Paloma, eres muy inocente para entender por qué las personas hacen daño. Sabía que él sí iba a conseguir mostrarte lo amargo del amor y me lo has confirmado al escabullirte de casa cada fin de semana.

Exhalé fuerte. Había llegado la hora de decirle quien me acogía los viernes.

—No hago nada malo, tampoco salgo con nadie. Solo voy a la casa de enfrente.

—¿Enfrente? —Rio burlón—. ¿Has estado enfrente cada viernes?

—Sí, con Marcelo.

—Esto se pone mejor... —me tendió la mano y volvimos a caminar.

Cómo es el amor de extraño. Salomón no me dijo que hablara con él. No me insistió demasiado con el tema de los viernes a pesar de estar ocho horas encerrados en la misma oficina. No quería molestar, pero revisaba mis redes, mi correo, me buscaba donde pensaba que podría estar. Me compraba helado y dejaba notas, buscaba formas de hacerme reír y alguna vez usó un tono fuerte para obligarme a retomar el aplomo. No me repetía con palabras que me quería pero con actos también es decirlo. Hay personas así, personas que no

repiten que te quieren pero se preocupan, te escuchan, aguardan en silencio a que quieras hablar, te cuidan. Todo eso es decirlo. Salomón es de las personas que no dice, pero siente.

—¿Puedo fiarme del mejor amigo de tu hermano?

—Al menos con él no hay riesgo de que me rompa el corazón.

22. Prueba de fuego



Marc no era del tipo de persona que confesaba cosas personales, secretos familiares o que se desahogaba. Él tragaba entero todo lo que le preocupaba, lo sufría a su manera y aunque su semblante era a veces sombrío, otras meditabundo y siempre taciturno. Jamás llegó a decirme directamente: Paloma es que me duele una muela; por dar un ejemplo.

Así que luego en ese viaje de desconexión solo hablamos de mí y de mis amigos. Vimos un par de películas y tumbados sobre la arena le leí un libro de poemas de un autor que descubrimos Salo y yo en una noche de micrófono abierto de un bar. También hubo sexo, asaltos mientras cocinaba o en la ducha, antes de dormir y a la madrugada luego de que una ligera brisa fría me despertaba y lo encontraba mirando al mar desde el balconcito.

Cuando regresamos no es que estuviese mejor, sencillamente estaba. Un poco con la batería recargada. Se le notaba a la legua que esa semana debía enfrentar algo que no quería pero que tampoco lo podría postergar más.

Cuando septiembre llegaba a su fin me soltó una bomba.

—El sábado iremos a cenar a casa, es el cumpleaños de mi madre y va siendo hora de que te presente.

La sangre se me bajó a los pies a la velocidad del rayo. Las manos me sudaron y dejé de poner la salsa de carne a la lasaña.

—¿Qué dijiste? —Me quedé mirando fijamente a la pared y con las manos suspendidas en el aire.

Marc me llegó por detrás. Coló por debajo del suéter sus manos y suavemente me acarició haciendo que me estremeciera un poco.

—Es una cena, Paloma.

—Son tus padres. ¿No crees que es demasiado pronto para llevarme con ellos?

—Puedo traerlos, entonces.

—Tú me odias.

Me dio vuelta con delicadeza, elevó mi mentón con una mano y con la otra apretó mi cintura.

—Ya le he hablado a mi madre de ti, Tess también te mencionó y está ansiosa. Me lo ha pedido varias veces pero me excuso con el trabajo.

—Tú también sabes que es muy pronto.

—Paloma, quise presentarte en la cena de cumpleaños de Tess, a la que no asistí. Y cuando lo decidí apenas te había besado por primera vez.

Las rodillas me temblaron, ese Marc y su romanticismo de frases muy elaboradas y una prisa como si quisiera ganarle la carrera a algo.

—Es que... —hice un puchero, Marc repasó con sus dedos la línea de mi nariz hasta mis labios e hizo un gesto para que lo dijera—. ¿Y si me presentas el sábado y el domingo me dejas? ¿Si se imagina que vamos muy enserio pero resulta que no quieres casarte, solo pasar un buen tiempo con alguien?

—Cariño —me pellizcó las mejillas, fue un gesto muy tierno—, no te dejaré el domingo, ni el lunes. No voy a pedir su aprobación, solo a decirles que tengo una novia y que estoy muy bien con ella. Y nunca he dicho que no quiera casarme, seguro que lo haré y con una chica muy guapa, con la piel suave y sonrosada, de cabello castaño con visos dorados, dueña de unos bellísimos ojos tan azules como el cielo...

—Mis ojos no son tan bonitos.

—¿Quién ha dicho que esa chica eres tú?

—Idiota —empujé su pecho intentando zafarme pero fue inútil. Por el contrario, me apretó más fuerte y sonrió burlón—. Ni siquiera piensas que soy bonita —me quejé con un mohín, más mimada no podía estar.

—Eres preciosa —me dio un beso húmedo—, y me casaría contigo, ya mismo si quieres. Por esa lasaña, lo que sea.

—Eres un interesado. —Fingí enfado.

—Totalmente, tengo todo mi interés puesto en ti.

Sus manos dejaron de apresarme para acariciarme y nos besamos mucho. Como luchando porque no nos ganaran las ganas, pero nos ganaron y empezamos a abrazarnos y a hacernos caricias no tan inocentes. Sus dedos viajaron por mi espalda trazando líneas, mis manos subieron su camiseta y le acaricié los hombros, el pecho y le abracé. Dejamos de besarnos, para mirarnos mientras nos desnudábamos. Era un punto vicioso que habíamos adquirido, por mi parte el mundo se volatizaba cuando su piel y la mía se juntaban.

Le acaricié por encima del pantalón, Marc empezaba a desplegar las velas. Emitió un gemido y me agarró por la cintura para levantarme y dejarme

sobre la barra de la cocina.

Me miró por entre las pestañas y su boca dibujó una sonrisa pícaro. Sus manos me acariciaron los pechos por encima del sujetador hasta que sus dedos se apretaron alrededor de ellos. Gemí y eché la cabeza hacia atrás. Me agarró del cuello y me besó descendente hasta quedarse en mi abdomen. Se tomó su tiempo para recorrerme a besos a paso de tortuga, consiguiendo que todos mis sentidos se descontrolaran a su modo. Ojos cerrados, oídos tapados, boca abierta, piel tensa y el olfato colmado de su olor.

Quitó mis vaqueros, luego los suyos. Besó mi estómago y un palmo más abajo, inhaló profundo y después suspiró llegando de nuevo hasta mí, para besarme como solo él sabía hacerlo. Mientras nuestras lenguas danzaban y mis manos iban de su cabeza a sus hombros, Marc se encargó de bajar las copas de mi sujetador y rozarme fugazmente los pezones que respondieron solícitos y se pusieron en posición firmes. Tiró de la coleta en la que tenía recogido el pelo haciendo que me arqueara, bajó marcando una línea con su lengua hasta mis pechos, los dibujó a besos, los succionó y delicadamente mordisqueó. El placer me invadió entera en forma de cosquilleo.

En un segundo ya sentía una oleada de calor intensa arremolinándose en mi vientre y sus dedos me tocaron colándose uno en mi interior. Inició un movimiento circular que fue tornándose intenso, por momentos me penetraba con sus dedos en otros solo me masturbaba. Todas las conexiones nerviosas de mi cuerpo fueron despertando. Gruñí y me retorcí. Con las piernas enredadas en su cadera, sentada sobre la barra de la cocina, el cuerpo completamente arqueado y su boca y dedos haciendo estragos en mi piel, me corrí. Por un momento no supe de mí, boqueaba un poco y los labios me temblaban. En un parpadeo volví a la realidad, Marc me levantó y me llevó contra la pared. ¿En qué momento se había quitado el resto de la ropa? Me asustaba que fuese tan diestro y a la vez agradecía que no se lo pensara dos veces.

Marc se hundió dentro de mí, me apretó las nalgas mientras yo me aferraba a su cuello. Juré que iba a hacerlo a lo bruto pero me sorprendió. Buscó mi boca mientras resbalaba hasta mi interior. Abrí los ojos, le miré, su expresión de éxtasis me hizo sonreír. Era en ese momento del día en el que estábamos solo los dos, cuando realmente lucía relajado, cuando era mi Marc. Le tomé el rostro e hice del beso algo más dulce, tierno, sublime...

Sabía que con sexo me lo decía todo, aunque no era un lenguaje que yo supiera leer muy bien. A veces, cuando era rudo imaginaba que estaba enojado por algo, pero me sorprendía diciendo que estaba ansioso por verme y cuando

era más tranquilo resultaba estar más desesperado. Un enigma al que empezaba a amar con una intensidad indescriptible.

—Te quiero, nena..., te quiero —susurró sobre mis labios, la piel se me puso de gallina. Un «te quiero» de sus labios acababa de convertirse en la caricia más potente del universo.

El imponía el ritmo, quería alagarlo a pesar de que embestía con fuerza. Las puntas de sus dedos se hundían en mi carne, su piel se vistió de una delgada capa de sudor y el calor de nuestros cuerpos nos envolvía a ambos en llamas.

Giró de modo que su espalda se recargó a la pared y lentamente se dejó caer conmigo sobre él. Separamos las caras, nos miramos, sus ojos brillaban mucho y muy bonito. Le delineé las cejas, bajé por sus ojos, toqué la punta de su nariz y repasé varias veces la forma perfecta de sus labios.

—También te quiero, amor.

Noté el estremecimiento de su piel. Volvimos a besarnos y un rato después nos dejamos llevar, fue un orgasmo que no defino con palabras pero mientras ocurría, él me acariciaba la espalda de arriba abajo y yo reposaba la mejilla en el valle de su cuello escuchando el golpeteo de su corazón. Fue demasiado íntimo y sobrecogedor.

Si no acabábamos de hacer el amor, entonces nunca lo hicimos.

El viernes fuimos con las chicas a Clover Club. Un lugar que nos gustaba mucho por su estilo deco, los cocteles clásicos, los bocadillos exquisitos y el ambiente de bar clandestino.

Rachel hizo parada en mi casa para irnos todas, el bar está a quince minutos de allí. Además, le habían calado tanto los comentarios sobre su coche que terminó cambiándolo por un espectacular Audi rojo modelo del año, no me preguntes referencia porque tengo pocas luces y mala memoria. Esa noche le apetecía presumir de olor a auto nuevo, un radio moderno que funcionaba y un aire acondicionado que podía, eso, acondicionar como le viniera en gana.

También había que mojar el acontecimiento así que nos pusimos muy guapas y nos fuimos a la caza de la *happy hour*. Todas nos pedimos una ronda de *Moscow Mule* que es una delirante mezcla de vodka, lima, jengibre y soda. Y de comer, bistec servido sobre baguete tostado con salsa picante de rábano. Sentadas en un sofá tipo Chesterfield con algo de jazz sonando de fondo, brindamos por los beneficios del nuevo auto de Rachel. Nos habló de las

cuotas que debía pagar, que iba a tener que amarrarse en algunos caprichos y conseguir quien le comprara su vieja cafetera para ayudarse al menos con una cuota. Grace la incordió diciendo que no le darían ni lo de llenarle el tanque de gasolina.

Después Mariah nos confesó que estaba viéndose con un médico de su trabajo (la muy maja presume de trabajar en el Mount Sinaí Hospital) que apenas nos lo comentaba porque ya pasaba la barrera del mes y contaba como follamigo por lo menos. Sarah dijo que la había poseído el alma de Picasso y se había sacado dos cuadros en una semana. Que estaba cerca de completar una docena para poderlos llevar a la galería que la exponía. Grace apenas hizo mención de que el tórrido romance que se alargó del verano con el becario, había llegado a su fin y que empezaría a correr o hacer bicicleta para quemar la energía.

—¿Y tú que nos cuentas, *bienfollá*? —inquirió la socarrona Rach.

—Que mañana conoceré a los padres de Marc y estoy acojonada —Me pasé las manos por el pelo, angustiada.

—Uy Palomita —soltó Sarah—, te toca la prueba de fuego.

—Y que lo digas. Estoy tan azarada con el tema que ni siquiera sé qué debo ponerme. Y es una comida.

Todas hicieron algún gesto. Menos Grace que se bebió un trago y luego preguntó:

—¿Y dónde es, *Daniel, Masa, Per Se...*? —Incluyó su inquina, marca registrada.

—En su casa, es el cumpleaños de la madre.

—¡Jo-der! —Enfatizó Rach las sílabas—. Es que tenían que ponértela fácil a la primera.

—Si es una comida, un pantalón pitillo una blusa y una americana. Para los zapatos eres experta. —Mariah lo solucionó como si fuese a comer con ellas.

—Son sus padres, no puedo irme tan informal.

—Ante la duda, siempre Chanel.

—¡Grace es enserio! —Quería arrearle una colleja para que dejara de incordiarme.

—¿Qué te dijo él? —preguntó Sarah.

—Que era algo informal, solo su familia que incluye a su tía el esposo y yo.

—Es trampa, nunca creas cuando te digan informal. —Fue el primer

consejo útil y vino de la boca de la que menos esperaba: Grace.

—Dime más. —La insté y le pasé mi copa porque acabó la suya. Rachel pidió al camarero otra ronda.

Grace puso los ojos en blanco antes de continuar.

—Nada de pantalones o americanas porque vas a dar una impresión que no caerá bien. Debes lucir, cómo decirlo, adorable, sofisticada, segura y dulce. Ya sé que es una chorrada porque no son la familia real, pero este tipo, Ted, es un soberano lameculos cuando le conviene, pero es más hipócrita que nada. Lo entrevisté, recordad, y me demandó por una jodida pregunta que consideró agresiva e injuriosa. Cuídate de él, cielo —me tomó de las manos—. Es su padre, pero eso no lo hace mejor persona.

—¡Grace! —chistó Rach—. Tenías que decírselo justo hoy.

—¿Y qué? Es mejor que lo sepa antes, al enemigo hay que conocerlo.

—¿Cómo va a ser mi enemigo? —Estaba muy confundida.

—Vale, no digo más sobre el tema —hizo el ademán de estar cerrando una cremallera en sus labios—. Ponte lo que te haga sentir segura y se tú, lo de hipócrita no se te daría ni cambiándote el chip.

El camarero llegó con los tragos.

—¡Venga chicas! Brindemos porque estamos aquí y somos muy guapas, independientes y únicas.

Unimos las copas al aire y bebimos.

Después nos desternillamos de la risa porque a la pobre Sarah el picante le hizo estragos y dejó escapar un sonoro pedo trompetero.

Saqué toda, absolutamente toda la ropa que tenía en el armario. Me probé un montón de combinaciones, consulté blogs de moda y revistas, llamé hasta a mi madre que siempre has sido el paradigma de la exquisitez al vestir y sabe mucho de etiqueta. Además, acompañaba a mi padre a esas comidas con clientes.

—Cariño, no hay nada más femenino que una falda.

Partiendo de esa base, usé una bonita falda diseño exclusivo de una marca de diseño independiente, regalo de Salomón en mi último cumpleaños. Color crema, acampanada y por la naturaleza pesada de la tela no perdía la forma. Tenía unos bordados de flores en tonos otoñales que ocupaba un cuarto de la falda creando un zócalo. Para combinar una blusa manga sisa en viscosa color mostaza. De mi colección de medias de liga tomé unas labradas negras pero ultra veladas y en los pies unos salones naranjas a juego con la cartera.

Un collar de cuentas y zarcillos. El cabello con la raya a la mitad y ondulado. Con el maquillaje solo enfatice los ojos sin exagerar y los labios de un precioso tono coral. Bajé poniéndome un abrigo clásico beige.

Marc esperaba solo en el sofá. A Grace tampoco se le daba lo de la hipocresía. Se limitó a ser cordial y dejarle pasar.

Al oírme bajar se puso de pie. Tuve que aferrarme al barandal. Iba vestido con un pantalón de dril azul oscuro, una camisa a cuadros parejos blancos y azules, un abrigo abierto de punto, gris y unos zapatos que distaban bastante de la etiqueta. Tragué saliva, el pelo lo llevaba un poco revuelto y se veía impresionante.

—Te has puesto muy guapa. —Sonríó orgulloso, él sabía que no lo decepcionaría por eso cuando me había dicho algo informal, lo dejó ahí para que yo diera la sorpresa. ¡Qué hombre!

—¿No es demasiado...?

—Es lo justo —Me dio un casto beso. Iba a decir elaborado pero ya que él se había adelantado yo no podía más que zanzar el tema.

—¿Traes otra muda? —preguntó antes de salir.

—Sí. Está en esa bolsa —le señalé un sillón. Era lo primero que había alistado por si le ocurría no ir a la comida.

—Entonces vamos que ya casi es hora. Quiero llegar antes para que tengáis tiempo de conoceros.

Subimos al coche, pero sin olvidar los modales de abrirme la puerta. Ya me había acostumbrado así que esperaba un paso atrás a que él lo hiciera.

Ví una caja alargada de terciopelo negro sobre la guantera.

—Se lo llevo, espero que le guste.

—¿Puedo? —pregunté

Asintió.

Abrí la tapa y encontré un reloj Cartier precioso, muy femenino y a pesar de las piedras preciosas su diseño era sobrio.

—¿Crees que le guste?

—Estoy segura de que lo amará.

Estacionó en la zona este de la Quinta Avenida, a una calle de su casa.

—Tampoco es que dejarás el nido, cielo. Estás a una calle de tus padres.

—No fue por ganas —contestó y bajó del coche.

Antes de entrar, sentí la imperiosa necesidad de pedirle al cosmos que si me convenía, bien podía tragarme la tierra y escupirme en mi casa. Pero no,

solo ocurría el viento meciendo los árboles, gente y coches pasando, el ladrido de un perro y algunas voces de conversaciones que se acercaban a nosotros.

Me sudaron las manos.

La puerta se abrió y Tess apareció luciendo su cabellera azul y un vestido de margaritas pequeñas sobre un fondo negro y en los pies unos mocasines muy usados.

—¡Marciano! —Lo abrazó pero no se quedó mucho—. ¡Y mi chica favorita de Nueva York! —conmigo sí que se tardó. Me arrebató de la mano de Marc y me pidió que la acompañara a ponerse unos zapatos decentes antes de que su padre la viese.

Muy por encima me fijé en detalles, pero la decoración era de esas que combinaba las cortinas con la tela del tapizado. Puedes hacerte una idea, era como entrar a un palacete, pero no me sorprendí mucho, ya venía preparándome para algo más. Incluso llegué a pensar que me llevaría a una de esas mansiones de Winchester.

Cuando volvimos al recibidor, Marc hablaba con alguien.

—Me encanta tu ropa y solo te he visto dos veces. Sabes mucho, deberías acompañarme de compras y asesorarme un poco —le entregué el abrigo y la cartera a una mujer de unos cuarenta años vestida como mucama.

—Pues yo encantada, me avisas y lo hacemos. —Poco a poco Tess me fue llevando hasta Marc. Al darme vuelta lo vi sonreír como cuando sonreía para mí. La mujer que se levantó del sillón tenía un rostro plagado de amabilidad y dulzura. Me dio esa misma sonrisa de Marc y tuve certeza de quien se trataba.

—Mamá, ella es Paloma.

—Encantada —ella fue la que se acercó para besarme las mejillas—. Y enhorabuena. Mis mejores deseos.

—¡Pero si eres una dulzura! —Me pellizcó las mejillas—. Este par no te hicieron justicia. Soy Alice.

Me ruboricé por el halago y de reojo miré a Marc. Él me guiñó un ojo como diciéndome: es de fiar.

La conversación se fue por todas las ramas. Alice es una mujer con la que da gusto hablar y en ningún momento llega a rozar la línea de la incomodidad. En media hora ya me había sonsacado la historia de mi vida, de mis padres y llegó a decir que si escuchó de la imprenta familiar. Pero el aura de complicidad se desvaneció cuando apareció el padre de Marc. Se había

retrasado por una reunión con miembros del gobierno. Era asesor en asuntos internacionales.

No fue Marc quien me presentó sino Alice. Usé un tono firme al presentarme por mi nombre y no como la novia de Marc:

—Paloma DeLuca. Señor Shannon, es un placer.

El hombre me dio un discreto recorrido con la mirada, estrechó mi mano y esbozó esa sonrisa de cartón que tanto me repateaba en Marc. ¿Adivinemos de quién la había aprendido?

—Bienvenida, señorita DeLuca —agregó secamente. De calurosa bienvenida nada.

—Paloma, si no le molesta.

—Paloma será —luego se dio vuelta y simuló que buscaba a su esposa—. Comamos, cariño. Tuve una mañana complicada, los del gobierno están cerrados en banda....

Avanzó con ella y yo me quedé ahí, analizando lo ocurrido. El hombre en lugar de tumbar el muro le sumo dos hileras de ladrillo. Era el señor Shannon para mí.

—Mamá te adora, te lo dije. —Marc lucía tenso, su padre lo ponía rígido como el cartón.

—Sí, ya. Pues es un alivio —dije con apenas ánimos.

Cuando llegaron los tíos, recibí apoyo a mi coalición, el tirano era el padre. Era como estar en la mira de la cabeza mayor. No importaba cuantos adeptos ganara si lo tenía a él en contra.

En la cena las cosas se pusieron a otro nivel. Se hablaba de familias, de bienes raíces, de trabajo... ¡Por favor, era un negrero! En dos palabras le dijo a Marc que era un inútil y que debía superarse a sí mismo. Mi pobre chico apenas asintió cabizbajo.

Pero cuando tocaron la política algo se ensombreció en el ambiente. Y es que el querido señor Shannon, tuvo a bien preguntarme por mis preferencias de partido.

—No lo sé, no me gusta frivolar con ese tema —respondí tan diplomática como pude.

—Al menos tienes una opinión sobre el presidente.

Miré de reojo a Marc. El negó sutilmente y no supe cómo interpretar aquello.

—Sinceramente, reconozco que es un buen líder y que tiene ideas revolucionarias. Pero ha incumplido varias de sus promesas de campaña y eso

no lo dejan muy bien parado.

—Esa no es una opinión firme, es un análisis superficial —el tono que usó sonó a burla—. Dime a qué te dedicas, Paloma.

—Trabajo en una editorial, en el área de publicidad.

—Ya... qué editorial. Una pequeña, supongo.

Tess salió en mi defensa.

—Paloma trabaja en el grupo editorial con más proyección. Propiedad de Bertelsmann.

—¿Y dónde estudiaste?

Lástima que no fuese interés genuino. Habría respondido orgullosa a esas preguntas.

—Yo...

Marc me cortó.

—En Pratt y se graduó con calificaciones altas. Sus padres son italianos, su familia se ha dedicado al negocio editorial por tres generaciones. Ah y vive en Clinton Hill —Marc estaba subiendo los decibeles de su voz—. ¿Algo más que quieras saber o podemos brindar por mamá?

Su padre se limpió la boca, sin dejar de mirarlo, desafiante.

—Por supuesto —fingió cortesía—. Perdona cariño, pero nuestra invitada es toda una sorpresa inesperada.

Marc golpeó la mesa con el puño haciendo que los platos y cubiertos vibraran.

—Por mamá —intervino Tess intentando mermar la calentura del momento, los demás nos unimos y Marc le dijo unas palabras muy bonitas.

—Eres la primera persona a la que amé y a la que con total certeza amaré para siempre. Feliz cumpleaños, mamá.

Luego del postre Marc nos disculpó. Agradecí a Alice y Tess y me despedí de los demás. Su padre pasó de mí porque, de pronto, debía atender una llamada.

Al salir, Marc golpeó violentamente una de las columnas.

—Cálmate, por favor.

Se dio vuelta, con expresión atribulada. Me tomó el rostro mirándome intensamente.

—Lo lamento. Él jamás va a cambiar.

Puse mis manos sobre las suyas y le di una sonrisa que le ayudara a sosegarse.

—No es él quien deba importarme sino tú. Vamos y te pongo hielo en

esa mano antes de que empeore.

Entonces relajó el rostro contraído y elevó las comisuras.

—Eres lo más bonito de mi vida, ¿lo sabías? Y en ultimas, solamente a mi debes gustarme.

Nos dimos un beso y nos fuimos a nuestro hogar.

Quizá debí decir que Obama me parecía el mejor presidente de la historia y que si estuviera en mi mano lo perpetuaría en la presidencia.

Así tendría una verdadera razón para odiarme.

23. No tomes decisiones con el corazón roto



«Ser amigos es renunciar al amor, ser amigos es querernos demasiado».

Mis tweets iban en aumento, después de esa noticia bomba de Grace ya no había duda de que la mujer detrás de *ladykiller* estaba sumida en la depresión y el desamor. Que sufría de bipolaridad porque le escribía al culpable de sus desgracias que lo extrañaba y lo necesitaba como al aire, pero a los cinco minutos se desataba en una hilera de tweets de odio visceral.

Un día equis de inicios de diciembre mientras almorzaba con Salo y él había ido al baño, puse lo siguiente:

«Viviendo la vida sin el amor de mi vida».

Acababa de verle en el periódico, un artículo que le dedicaron porque llegaba al caso 200 de divorcio, sin perder uno. Habían resaltado una de sus frases que me hizo sangrar de nuevo la herida: «No soy resentido con el amor, de hecho, estoy enamorado y algún día pienso casarme».

El estómago se me hizo un nudo con ese envenenado recuerdo y la bilis hizo lo suyo. Volví a escribir, solo que ya sin tanta melancolía y más ponzoña.

«¡¡Puto, puto, putísimo!! Deberían caérsete los dientes».

Enseguida:

«Aunque eso sería poco. ¿Sabes lo que tengo para ti? Una patada en los cojones».

«Sigue sin ser suficiente. Espero que hoy no te combine la corbata con el traje, maldito pijo de mierda».

Y hasta ahí llegué porque Salomón volvió del baño.

Si alguien hubiese juntado todas esas frases en un libro seguramente habrían contado una historia como la de Frida y Diego.

Pero eso era Marc en mi vida, era es y será el punto intermedio entre el amor más grande que había sentido y el dolor más intenso que nunca me habían causado.

Como rezaba una de mis frases favoritas de Tumblr.

Él, el maldito Marc había partido mi historia en dos.

Esa misma semana Sarah me llamó, dijo que eran nuestros últimos días antes de subir al escalón de los treinta y que debíamos hacer algo juntas aprovechando que su loco amor estaba de viaje. Éramos la únicas que cumplíamos en diciembre, pero a ella siempre le celebrábamos antes de viajar, era a mí a quien le adelantaban la celebración. Acepté gustosa, por esos días solo esperaba a que llegase la fecha del viaje, todo en mi trabajo estaba en orden y me esperaban tres semanas en Italia, en Europa a miles de kilómetros de Marc y ese aire tóxico de mi soledad.

Sarah vivía en Alphabet City^[7], en el bajo Manhattan por la Avenida C que le sienta al dedillo la definición de la calle: Estás loco (crazy).

Un viaje corto en taxi y estuve frente al edificio. Me gusta su fachada es muy naranja y con detalles en negro, las escaleras de emergencia le imprimen ese toque muy típico americano. Y es que ella estaba sentada en la ventana del piso tercero, con los pies colgando y agarrada a una de las barras de la escalera mientras se fumaba un cigarrillo. Estaba muy convencida de que Liam (su loco amor) no se daba cuenta de que ella había vuelto a su estilo de artista bohemia.

—Voy a decírselo. —Le grité mirándola desde la puerta, ella me miró y sonrió. Un minuto después me dio acceso.

En cuanto abrió la puerta me abrazó.

—Llevo semanas sin poner siquiera una línea en una hoja y eso me tiene bajo mucha presión.

—Excusas. —Le reñí.

—No se lo dirás porque eres mi mejor amiga y me quieres.

—Porque te quiero, cielo. Te estás matando.

—Es uno para después de la comida.

—Son las seis.

—¿Antes de la cena? —Se puso en plan niña mimada y solo pude negar

con la cabeza mientras dejaba el abrigo de oso sobre su sillón.

—Vienes muy diva. —Se sentó como los indios sobre una vieja alfombra y tomó un puñado de osos de gominolas que fueron a dar a su boca.

—Y tú muy indigente.

Nos reímos. Sarah ama la moda y tiene prendas que yo quisiera. Pero las usa, exclusivamente, si la ocasión lo amerita, la mayor parte del tiempo apenas parece persona. Esa tarde lucía un overol de denim con los tirantes caídos y botas de cazador, una camisa tartán en tonos de verde y un abrigo pesado de lana blanca. El pelo suelto y ondulado. Un grito de mucha libertad en sí.

—Te traeré un vodka buenísimo. Así inauguramos nuestra fiesta privada de no treintañeras.

—Traje nachos, tacos y todas esas porquerías que te gustan.

—Me gustasen solo a mí... —incordió desde la minúscula cocina.

Me dio tiempo a husmear los lienzos en los que tenía algunos trazos bastantes secos para poder ser retocados.

—No mires, voy a tener que ponerlos en la hoguera de navidad.

—No exageres, algo muy bueno te va a salir, lo prometo.

—No lo sé, me siento en un estado de duermevela constante. Solo quiero dormir, comer, follar y fumar.

—¿Qué no es la vida perfecta?

Brindamos con sus vasos que alguna vez fueron recipientes de pepinillos. O cualquier encurtido. Que ella, como artista y adicta al *Do it your self* había customizado pintándoles frases y los rostros de los 4 de Liverpool. Yo tomaba en el vaso de Paul.

—A veces creo que estoy preñada de quintillizos porque acabo el día muy cansada.

—Déjale esos síntomas a Grace.

—¡Ooooh no lo menciones! —Se bebió el resto del trago de golpe—. ¿Te imaginas una copia de Grace? Joooo. Con ese genio de orco que tiene pobre criatura y pobre de nosotras.

—Tampoco es tan terrible, seguro que encuentra su lado maternal.

—Es como buscárselo a *Sauron*, no me imagino al pobre Richard viajando a las entrañas de *Mordor*.

—Tú no vas a superar al *Señor de los Anillos* nunca.

—Lo que se ama no se supera.

Ella lo dijo así de simple y llano, para mí sonó como la sentencia de un

juez: «Paloma DeLuca la condeno a no superar a Marc Shannon hasta que deje de amarlo». Pues mátenme ya.

Acabamos con la botella y con la comida. Sarah se vino arriba con la música y acabamos haciendo un improvisado karaoke. Nos cantamos la del cumpleaños la una a la otra aunque ella me la puso en mariachi y no entendí ni media palabra.

Terminamos abrazadas en el suelo, haciendo un recuento de las locuras que habíamos hecho en los diez años y pico que llevábamos de conocernos. Las fiestas de fraternidad en las que nos colábamos, la vez que cayó en la piscina por ir muy pedo y que al intentar ayudarla me llevó con ella. De las etapas de la moda, de la era de los mensajes antes del chat, de ese auto tan chungo de Rachel y el corte de pelo de Grace imitando a Jennifer Anniston en *Friends*. De la pobre Mariah cuando llegó de su expedición por el mundo más flaca que un zancudo y llena de ronchas. Sarah y yo teníamos un vínculo más cercano al estar juntas desde el primer día en Pratt, ella me había arrastrado al mundo fuera de la torre y por Dios que se lo agradecería siempre.

—Y los tíos, Paloma. Siempre me gustaban los macarras, aunque no los pasabas ni con pan, te quedabas cerca.

—Agradezco al cielo por Liam.

—Sí —admitió solemne—. Yo también. Tiene que estar muy chalado para quererme así.

—Es que así es como debemos querer. Como los locos.

Nos quedamos en silencio, hasta que me tomó de la mano.

—¿Crees que no te quiso?

Un dolorcito, como un pinchazo, me atravesó el pecho. Habíamos llegado al punto de inflexión.

—No quiero pensar en que no me quiso porque en estos tres años pasaron muchas cosas que me obligan a decir que si no era amor, se le parecía mucho. Solo siento que en algún punto se le acabó el amor y no supo cómo decirlo. Puesta en sus zapatos, tampoco sabría cómo irme, cómo decir adiós.

—Entiendo que lo sea, jamás has terminado con un tío. Pero es como esa frase de Ciudades de Papel^[8]: “Marcharse es muy difícil, hasta que te marchas y entonces es la cosa jodidamente más fácil del mundo”.

—Pero en esa marcha haces daño, Sarah. Y no es algo bueno. Te juro que con lo mal que he estado por eso, jamás le desearía que le hicieran daño a alguien de esta forma. Ni siquiera a él. Porque sé lo que duele cada parte del alma y del cuerpo.

—Creo que es muy estúpido preguntar si aún le quieres.

—Voy del amor al odio en el mismo segundo. Pero no es odio, es desearlo tanto, querer tenerlo cerca y saber que es jodidamente imposible que eso vuelva a pasar. Aunque me rompiera el corazón mil veces no lo podría odiar.

Sarah me abrazó muy fuerte y me acarició el pelo.

—Siento haber sido tan perra y dejarte sola con esto. Pero sé que en cuestiones de amor nadie más que uno puede rescatarse.

—No pasa nada, he podido pensar mucho en lo que fuimos Marc y yo, y sé que no lo hicimos bien y por eso llegamos hasta este punto.

Nos sentamos, nos limpiamos algún resquicio de lágrimas que intentaron fugarse y Sarah se levantó, trajo una botella de su amado *Mezcal Vida* y nos puso un par de tragos dobles y un poco más. Me dijo que esperara y empezó a trastear en el móvil, lo puso en la base de los parlantes y le dio a reproducir.

Me invitó a levantarme y bailar con ella un ritmo como el de las canciones que escucha mi madre.

—Esta canción es perfecta, pero nunca les digas a las brujas que te la puse.

—No entiendo nada, cielo, no sé español, apenas si chapurreo el italiano.

—Tu baila que yo te traduzco.

Eran las palabras de alguien que tenía mucha mili en el amor a alguien que apenas estaba sufriendo una primera desilusión. *Ya sé que se ha parado tu reloj...* cuanta verdad en tan pocas palabras. Mi mundo estaba detenido, el tiempo afuera corría pero él mío seguía ahí. Esperando por él o por despertar de ese mal sueño.

Brindaremos por él, porque le vaya bien... en su momento no tuvo el sentido que tiene ahora, por esos días quería que sufriera, que llorara, que tropezara y se rompiera los dientes, que alguna bruja de las oscuras lo convirtiese en sapo.

Si hoy te han maltratado el corazón y duerme junto a ti la soledad...

Abracé a Sarah con todas mis fuerzas.

—Llora si tienes que llorar, escóndete si es lo que te hace sentir mejor, grita, corre... el olvido está hecho para los cobardes, aunque se consiga con actos extremos.

El viernes luego de estar de compras con Salomón, recibí una invitación

de Marcelo a ir al piso abandonado de mi hermano. En principio creí que era un chiste, luego me puse a la defensiva.

—Es un nido de ratas, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—Ayudarme a limpiar, lo pondré a la venta.

—¿Por qué tú?

—Lo pusimos a mi nombre para que el banco no se lo quedara.

—No debería.

—Vamos, Paloma. No eres una resentida.

—Es viernes y quieres que me una a tu plan de limpieza, se te zafó un tornillo.

—Vale, no vengas.

Nos quedamos en silencio.

—Me quedaré en la estación de Dumbo.

Cargada con unos paquetes llegué al viejo edificio donde vivió mi hermano mientras fue estudiante universitario. Le avisé a Marcelo con un mensaje y me dio acceso enseguida.

—*Ciao, bella* —Marcelo se acercó a besarme las mejillas pero giré la cabeza antes de tiempo y el beso acabó en los labios. Apreté los ojos para contenerme de hacerlo más largo.

—Traje chocolate. El frío me está matando.

—*Grazie*.

Nos bebimos el chocolate sentados en el rustico sofá de mi hermano y a la par, Marcelo me ponía al día con las novedades del apartamento.

—Acabé de limpiar, ahora solo queda pintar las paredes y podré llamar al agente inmobiliario.

—Pues venga, pongámonos con ello.

—Tendrás que usar mi camisa porque no traje monos de trabajo.

—Entonces ya deberías habértela zafado. —Pasé al baño para desnudarme y ponerme su camisa que me llegaba a las rodillas. Qué hombre tan alto.

La cosa empezó con él preparando la pintura y conmigo cubriendo el piso de periódicos. Y prosiguió con él poniendo a Ed Sheeran en su móvil. Le miré de reojo, la espalda erguida, desnuda y los vaqueros caiditos. La garganta se me cerró. No es secreto que había tenido un par de momentos para detallarlo. Que mal puesto no tenía nada y que sin camisa hawaiana se veía mucho, demasiado sexy. Pues es ese preciso momento iba más allá de toda norma la forma en que lo estaba mirando. Brazos extendidos y sus músculos

tensionándose por el movimiento. El cabello revuelto, los labios ligeramente abiertos. Su espalda ancha, las curvas que se marcaban en ellas hasta la zona baja donde se formaban un par de hoyuelos y sus pies. Tenía unos pies tan masculinos y que fuese descalzo nos ponía en un nivel de intimidad mayor. Porque debo aclarar que yo tenía su camisa, la ropa interior debajo y los pies descalzos. Si por asares del destino mi hermano asomaba la nariz, no habría forma de explicarle la escena sin que sonara a mentira.

Me levanté y tomé una brocha, le dejé a Marcelo el rodillo. Empecé a alternar la mirada entre la pared y él. Cuando confluimos en la misma porción, él subió a una escalera y a mí me quedó de primer plano su abdomen. Contuve el aliento, seguí pintado, pero mis ojos estaban fijos en él. De pronto su voz me sacó como de un trance.

—Paloma, tú teléfono.

—¿Sí? —Me sobresalté, acabé golpeándome la cabeza y chocando con las patas de la escalera—. Jo... —me quejé.

Atendí.

—¿Hola? —Me di vuelta para responder o no ordenaría mis pensamientos.

—Churri, ¿estás en frente? Dejaste unas bolsas en mi coche y te las traje.

—Sí. Digo, no —negué con la cabeza y acabé apoyando la mano en la pared—. ¡Maldita sea!

—¿Está todo bien?

—No. Digo, sí. Salo, no estoy en casa, pero sabes dónde está la llave.

—Si hablas de la maceta, no hay nada.

—¿Cómo que...? ¡Diablos, se la di a...! —me llevé la mano a la frente—. ¡Coño!

—¿Paloma, qué pasa?

—Que estoy actuando como imbécil —le susurré—. Llévamelos el lunes al trabajo, por favor.

—¿Segura que no pasa nada?

—No salo, nada. ¡Nada! Adiós.

Colgué y escuché a Marcelo reírse con ganas.

—¿Qué es tan divertido?

Él negó con la cabeza. Yo me pasé la manga de la camisa por la frente.

—¡Con mi camisa no! —Se quejó y llegó a detenerme por las muñecas.

—No dejaré que esto me queme la piel.

—No te pasaría si te concentraras en lo que estás haciendo.

—¿Quién te ha dicho que no estaba concentrada? —Marcelo arqueó una ceja—. Lo estaba —refunfuñé y reñí para que me soltara.

—Lo que tú digas. —Sus labios pintaron una sonrisa pícara.

Entorné los ojos y finalmente me soltó. Se dio vuelta para volver al rodillo, yo empapé la brocha de pintura.

—Puede que estés demasiado limpio. —Y dibujé una línea blanca sobre la de su columna.

Marcelo se dio vuelta de inmediato.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Emití un grito y giré buscando la salida, pero no tuve tiempo a una fuga. Marcelo me atrapó por detrás y acercó una de sus manos untada de pintura a mi rostro. Empecé a moverme, intenté empujarle. En el forcejeo acabamos contra una pared y su mano en mi mejilla.

—¡Eres un tramposo!

—Tú atacaste por la espalda, *piccola*.

Me unté las manos con la pintura de la pared y se las puse en las mejillas.

—Ahora te ataco de frente. —Marcelo me miró significativamente y la piel se me erizó.

—No sabes lo que es un ataque frontal —sus manos me cogieron al vuelo y mis piernas se ajustaron alrededor de su cadera. Mi espalda chocó con la pared y mis manos quedaron suspendidas en el aire sin saber qué hacer con ellas. Le miré, presa de la excitación alcanzaba a escuchar los latidos acelerados de mi corazón. Marcelo nunca me había parecido un chico demasiado rudo, era divertido, insufrible a veces y un poco infantil, en ese momento tenía frente a mí a un hombre que con su mirada me advertía que el tiempo de jugar había terminado. Separó despacio sus labios y lentamente vi a su rostro acercarse al mío. Mi respiración se agitó y abrí ligeramente los labios. Su lentitud premeditada me estaba volviendo loca. Cuando finalmente habló, yo ya había cerrado los ojos—: Este es un ataque frontal.

Lo siguiente fueron sus labios tomando los míos y sus manos aferrándose a mi cintura. Le atraje con mis piernas y mis manos hallaron el camino enredándose en su indomable melena. Fue un beso intenso, nos abandonamos a él como a un salvavidas. Era una desesperante necesidad de saciar la sed que se sentía con cada roce. Pero lejos de ser posesivo, lo sentí cómplice. No era un beso salvaje, no era exigente. Solo su lengua caliente

rodando de mis labios al interior de mi boca, tomándose el tiempo de hacerlo excitante. Se movió conmigo en brazos hasta dejarme sobre la barra de la cocina. Allí nos separamos un par de centímetros y volvimos a mirarnos, ambos jadeábamos, ambos temblábamos y no precisamente de frío. Temblábamos de necesidad. Temblábamos porque habíamos descubierto que besarnos se sentía demasiado natural para haber sido un par de extraños la mayor parte de nuestras vidas.

Podía sentir su respiración agitada sobre mi rostro. Sus labios abiertos dejando escapar sus jadeos.

—Tendrás que detenerte tú porque yo perdí los frenos.

Sus manos viajaron por mis piernas, cerré los ojos y un par de segundos después sus labios recorrían la línea de mi cuello con caricias suaves. Su boca llegó a la base de mi cuello, con un solo esfuerzo arrancó los botones de la camisa y con su boca recorrió mis hombros trazando un camino hacia mis pechos. La piel se me tensó. Mis manos le acariciaron los pectorales y bajaron vertiginosamente hasta la cinturilla de sus pantalones. Me levantó de nuevo y acabamos en el sofá, conmigo sobre sus piernas, aferrada a su pelo y besándonos. Con sus manos tocándome desde los pies hasta el cuello y trazando curvas, alcanzaron la piel de mis pechos haciendo que yo gimiera un poco. Pero no se quedó allí, fue hasta mi nuca y me atrajo con firmeza a sus labios. Nos besamos una vez más. Fue un beso precioso.

—No podemos —me separé de su boca—. Es muy pronto para...

—¿Para pasar página?

Lo sentí como un reproche. Porque él sabía muy bien que lo que más quería era pasar página y seguir con mi vida.

—No. Es que vamos muy rápido.

Marcelo sonrió mostrando los dientes, luego pasó un par de mechones por detrás de mis orejas.

—¿Quieres frenar?

—Yo... es que —empecé a decir estupideces.

—Te ayudaré con las respuestas.

Empujó mi espalda llevándome completamente sobre él y me devoró la boca con pasión. Respondí gimiendo y friccionándome sobre su erección. Me estremecí completamente cuando sus manos me agarraron las nalgas con fuerza. Sus dedos se colaron bajo la tela de mis braguitas, gemí y le mordí el labio inferior.

Me dio vuelta dejándome sobre el sofá, bajó por la línea de mi abdomen

cubriéndome a besos y me tocó por encima de las bragas. Una descarga de fluidos me empapó los muslos. Entonces, mi teléfono empezó a sonar.

—Te están llamando —Marcelo no se movió.

—Sí —jadeé.

—Tal vez debas...

—Contestar —Marcelo se incorporó. Me di un momento para pasar saliva luego de verle el cabello tan revuelto.

—¿Y bien?

Sacudí la cabeza.

—Claro, el teléfono. —Me di vuelta para alcanzarlo y responder.

—Hola Salo—pero caí al suelo—. ¡Auch!

—¡Paloma! —Marcelo se precipitó a ayudarme—¿Estás...? —le cubrí la boca para que se callara.

—¿Churri?

—¿Qué pasa, Salo?

—Es que no me quedé muy tranquilo con tu respuesta. ¿Segura de que estás bien?

—Sí. ¿Por qué...? —Contuve el aire al sentir a Marcelo besándome la espalda.

—Estás actuando muy extraña.

—¿Yo? —Marcelo mordió suavemente mi hombro izquierdo—. ¡NO!

Me levanté y caminé hacia la cocina.

—Estoy bien, no tienes de qué preocuparte.

—Si ibas a estar en casa de tu hermano debiste decirlo

—¡¿Qué cosa?! —El corazón me dio un brinco.

—La luz está encendida.

—¡¿Estás abajo?! —Empecé a vestirme a la velocidad del rayo.

—Sí, puedo subir si quieres.

—¡¡NO!! Ya bajo, Salo. No te muevas.

Colgué y miré a Marcelo mordiéndose el labio inferior.

—Apaga la luz cuando me vaya y no la enciendas hasta que te avise.

—Esto empieza a ponerse mejor. —Se burló, yo salí tirando la puerta.

El segundo viernes del mes, Marcelo llamó para invitarme a su restaurante, desde aquella noche no habíamos hablado y creo que él esperaba que pudiéramos hacerlo. Pero yo no quería hablar, estaba muy confundida con lo ocurrido y con lo que seguía sintiendo por Marc. Y tuve la excusa perfecta

para negarme porque ese viernes era la cena de navidad de la editorial en el hotel Península y yo siempre iba, siempre, siempre. Y como el siguiente viernes los chicos nos llevarían a Sarah y a mí a cenar por nuestros cumpleaños, ya no nos quedaban más viernes en Nueva York. Al día siguiente estaría rumbo a casa.

Salo me esperaba. Había dicho la primera vez que fuimos a esa cena que yo era demasiado guapa para andar en metro y se ofreció a recogerme en casa. Pues seis años después las cosas no cambiaron en absoluto y esa noche estaba allí, esperando en mi sala, bebiendo un wiski que Grace le había servido.

Había decidido usar un vestido que compré a una amiga de Sarah que se estrenaba como diseñadora. Era de un bonito tono verde bosque, cuello redondo y mangas largas, con apliques de cristalitos swarovski en el corpiño y una vaporosa falda larga en línea A. El vestido era bellissimo pero lo que más amaba era que tuviese bolsillos. Creo que no lo he dicho pero me encantan los bolsillos delanteros y casi siempre tengo las manos dentro.

En el pelo me hice un recogido sencillo con una trenza gruesa alrededor de la cabeza y algunos rizos sueltos. Maquillaje suave y unos stiletos negros. Tomé la cartera de sobre, el abrigo y bajé la escalera. Salomón y Grace hablaban sobre las primarias y cierto magnate que intentaba ganarlas en su partido.

—Dejadle la política a los expertos. —Les dije mientras bajaba los escalones.

Grace levantó la mirada y sonrió amplio y dulce, Salomón giró un poco la cabeza y me envió un beso.

—Una princesa, diría Greg.

Negué con la cabeza pero me ruboricé.

—Señora —le hizo una reverencia a Grace y esta le arreó un golpe con un cojín.

—Señora mi abuela.

Se acercó para ayúdame con el abrigo, la bufanda y los guantes y luego me ofreció el brazo. Fue imposible no tener un recuerdo fugaz. Tragué saliva con fuerza y le sonreí cordial y falsa como moneda de cuero. La melancolía me perseguía.

—Esta noche seré la envidia de los hombres de Nueva York.

—¿O lo seré yo?

—¡Os veis horribles! —Se quejó Grace.

—Y tú te has tragado un balón. Podemos ser los tres chiflados. Salimos antes de que alguna cosa chocara en nuestras cabezas.

—No se le nota.

—Sí que se lo nota, te digo algo más, serán dos.

—¿Quieres que enloquezca?

—Ella se lo buscó.

Bromeamos mucho, camino a Manhattan. La cena ocurría cada año en el mismo lugar y nos reuníamos los empleados que trabajaban conmigo.

Entramos juntos y nos saludamos con los compañeros de departamento y luego con Jake que había llevado a su esposa. Nos sentamos con él y dos autores que ese año la habían *rockeado* con sus historias. De la noche no daré mayores detalles, apenas si nos felicitaron por conseguir que las apuestas del año fuesen fructíferas. Cenamos placas de huevos rellenos, jamón con miel al horno con calabaza. Salo se decantó por la opción vegetariana del plato y principal y yo por el codero. Luego de la cena nos dieron acceso al bar y teníamos permitido armar un poco de jaleo hasta la media noche. La vista desde el *rooftop* es bastante bonita y si se acompaña de un clásico Cosmopolitan que paga tu jefe, te llegas a sentir la chica Bond, más cuando un chico como Salo se inclina en la barra a tomarse un Martini.

¡¡Fuego!!

Y es que mi pedazo de atlante se llevaba miradas por donde pasara y las chicas que no tenían claro que no estaba disponible, se atrevían a coquetearle. El muy bandido se gozaba el coqueteo y les decía un par de cosas que en lugar de apartarlas les daba alas, pobres.

Llegó junto a mí mientras miraba hacia los edificios y hablaba con un par de chicas.

—Os la robo un ratito.

Las pobres sonrieron embelesadas y una se atrevió a pedir que fuese él quien volviera en mi lugar. ¡Dios!

—¿Qué pasa?

—Son casi las once y, pues... tengo que irme temprano, mañana es el gran día de Greg.

—¡Salo lo olvidé por completo!

—No pasa nada, pero si quieres te espero otro rato.

—No, nada de eso. Busca los abrigos. Tengo que ir al baño, no aguantaré hasta Brooklyn.

—Te espero en la barra. —Me dio un beso en la mejilla mientras la

acariciaba dulcemente y casi pierdo el control de esfínteres.

Si me quisiera no me haría esas caricias tan personales.

No había nadie en el baño de damas porque sí que estaban bailando en grupos, hasta los editores que se veían tan serios y trajeados a diario. Me gustaban esas fiestas, siempre ocurría alguna cosa, yo no las presenciaba algunas veces pero me enteraba con detalle.

Me lavaba las manos cuando escuché la puerta abrirse, después cerrarse con seguro. Un aroma bastante conocido llegó a calarme los sentidos. Maldita sea. Tomé aire tanto como pude y me ocupé de secarme las manos. Al darme vuelta choqué con su pecho. Puse las manos como barrera y me eché para atrás abruptamente. Sus manos tocaron mis muñecas y una descarga de electricidad me barrió completita.

—Paloma, hablemos. —Su voz sonaba pastosa, derrotada.

No era capaz de subir la mirada, tenía la boca ligeramente abierta porque de pronto no había aire suficiente en ese cuarto de baño, solo olía a él, al alcohol que daba otro sabor a su boca y a miedo. La angustia de tenerlo ahí y querer encaramarme encima suyo, besarlo con rabia y decirle que me las pagaría por dejarme sola, por hacerme tan infeliz.

—No, ya dije que no. Debo irme.

—Paloma. —Apretó más fuerte y sentí que me hacía daño.

—Me lastimas. —Me quejé y removí las muñecas en sus manos. Me soltó pero seguía obstaculizando mi salida.

—No me has dado oportunidad de explicarme, necesito que lo hagas, por favor.

—Es que no quiero, Marc. Porque sea lo que sea que digas me va a herir y ya no podré soportar otro de tus golpes.

—Ven conmigo a casa, hablemos, solo escucha...

Le miré, lucía atormentado. Sus ojos eran un abismo insondable y mi corazón sintió un par de agujas clavarse. Llevaba una barba de tres días que aunque le quedaba magnífica, a mí me decía más cosas. Como que tenía mucho trabajo, que ya no podía con las cargas, que algo le preocupaba y estaba abusando del wiski. También, que no estaba durmiendo bien.

—Creí que estabas siendo feliz. No te ves como un hombre feliz.

—¿Y tú estás siendo feliz con él? Porque yo sin ti no lo soy.

Exhalé fuerte, no tenía qué decirme esas cosas. Yo no podía creérselas o sería peor. ¿Por qué tenía que ser tan terco? ¿Por qué no dejar que sanara la herida? ¿Por qué tenía que quererlo tanto?

—Eso no tiene que importarte ahora, Marc. Yo era feliz. Era feliz contigo y tú me lo arrebataste.

La tristeza y la rabia se abrieron paso dentro de mí. No podía ser tan cara dura. Seguía empeñado en hacerme daño. Porque era lo que me hacía, con solo sentirlo cerca todo el dolor y la soledad por las que me hizo pasar volvían a sentirse muy vivos.

—No sabes cuánto lo lamento. —Se movió por el baño, pasándose las manos por el rostro.

—Ya es muy tarde para que te lamentes. —Marc me tomó del brazo y a la fuerza me acercó a él.

—¡¿Suéltame!! ¡¿Qué coño crees que haces?!!

—¡Tienes que entenderlo y volver conmigo!

—¡Estás loco, suéltame! —Lo aparté de un empujón.

—¡A mí también me está matando, ¿qué no lo ves?! —expresó apesadumbrado.

—No me importa, así como a ti no te importó. Es tú culpa, tú nos hiciste esto —me di vuelta buscando la salida, Marc me bloqueó el paso—. He pasado noches en vela llorándote, días en los que no quiero saber de nada, en los que sufro en silencio porque tus malditos recuerdos no me dejan en paz. Así que no intentes convencerme de que ahora te está doliendo porque no te voy a creer ni una palabra. No cuando te veo con esa mujer en todas partes, cuando la besas y le cumples todo lo que a mí no me cumpliste. No digas que me extrañas Marc, porque tus actos no son de alguien que jura amor.

Marc bajó la cabeza.

—Ódiame entonces.

—Es lo que hago, es en lo que tengo puesto todo mi empeño —tragué el nudo en la garganta y tomé aire—. Déjame ir.

—¿Follas con él igual que conmigo?

¿Qué?

—Esto es ilógico —rebufé.

—Responde. —Sus ojos lucían gélidos.

—No tengo que responder a eso... —Acortó la distancia entre ambos y me apretó por la cintura. Su rostro se contrajo.

—Dime que podrás olvidarme con él.

—Dímelo tú, dime que ella te besa de la misma forma, dime que sabe cómo encenderte con una caricia, que también tienes ganas de ella todo el tiempo.

—Nunca será como tú. —Juntó nuestros labios a la fuerza haciendo que me lastimara con mis dientes. Me removí y al conseguir soltarme le crucé la cara de un bofetón.

Marc se quedó viéndome y yo a él. Las chispas saltaron de algún lugar y acabé empujándole contra la pared. Nos besamos con una locura desenfrenada que sabía a rabia y reproches. Volver a saborear sus labios resultó igual que un adicto luego de días de abstinencia. Era como si mi cuerpo entero me reprochara el negarme a esa droga que lo hacía volar. Pero sentí aún más rabia y empecé a forcejear para soltarme, para que se alejara. Marc me apretaba fuertemente a él. Yo le clavaba las uñas en el cuello, le tiraba del pelo intentando zafarme. Cuando le mordí, Marc se quejó y ahí dejamos de besarnos, volvimos a mirarnos, mi respiración estaba acelerada, jadeaba buscando aliento. Apreté los puños y lancé los brazos a su cuello y le abracé. Necesitaba olerlo, sentir la calidez de su piel, su cuerpo junto al mío.

—Puedes arrancarme la piel, pero no te vayas.

—Marc —supliqué con voz temblorosa—. No me hagas esto. No nos hagas esto.

—Quisiera poder borrarlo, sé que siempre hablamos de que eso sería algo que no perdonaríamos. Pero el amor sigue ahí, Paloma. Yo te quiero...

—No, por favor.

—...y te necesito, más que a respirar. Como a mi corazón para sentirme vivo.

«¿Tenías que ponérmelo tan difícil, Dios? Te pedí olvidarlo y mira lo que me das».

—No puedo irme contigo, te conozco y a los derroteros de esa decisión.

Marc me acunó el rostro con sus manos y buscó que le mirara. Le sostuve la mirada pese a que me costara tanto mantenerme firme.

—Nena... solo escúchame. Por esos tres años juntos...

—Dímelo ahora.

—Ahora solo quiero estar dentro de ti.

Mi voluntad se rindió en ese momento.

Fui yo. *Mea culpa*. Fui la que no pudo soportar tenerlo tan cerca, fui yo la que tomó la decisión de besarle otra vez y romper por completo la brecha. Era yo quien necesitaba del adictivo veneno de sus labios. Me abrazó a su cuerpo y me estremecí. Sus dedos volaron a la cremallera de mi vestido y quedé en bragas de inmediato. No llevaba sujetador. Marc me dio un vistazo y me encaramó a él.

Volvimos a besarnos desesperadamente, le quité el saco mientras me dejaba sobre el granito de lavabo. Tomó mis pechos y los besó, chupó, lamió y mordió. Yo gemí de alivio y enterré los dedos en su pelo. Tiré de él y lo empujé hasta el lugar entre mis piernas. Marc corrió mis braguitas y con su lengua recorrió mi monte de venus. Luego se encargó de encender mi centro. Yo apretaba los dedos en el mármol y llevaba la cabeza para atrás. Las sensaciones se arremolinaron en mi vientre, tensioné las piernas y me corrí. En medio de las crispaciones volví a sentirlo dentro de mí, la piel se estremeció con un solo latigazo de electricidad. Le agarré de los hombros y Marc empujó con fuerza. Aunque sabía que era él, yo me sentía lejana, demasiado furiosa, con él, conmigo y con el destino.

Me levantó a pulso y me estampó contra la pared. Marcó un ritmo incesante. Notaba el sudor que lo colmaba, vi sus ojos apretados al igual que sus labios. Entonces pensé en que si lo quería de vuelta, debía darle mucho más que abrirme de piernas dispuesta a él.

—Hazlo ahora.

—¿Qué cosa? —cuestionó entre jadeos.

—Lo que nunca te permití.

Eso lo despistó. Abrió los ojos y me miró, sus pupilas estaban dilatadas.

—¿Por qué ahora?

—Porque quizá no se repita.

Pase de ser la *drama queen* a la *femme fatale*. En mi defensa solo diré que si nunca más lo íbamos a hacer, deseaba que esa última vez no la olvidara.

—No aquí.

—Entonces acaba pronto.

Retomó la fuerza de sus embestidas y en unos minutos me revolví gimiendo, clavé los dientes en su hombro. Abandonada a la fuerza de ese segundo orgasmo. Fue brutal.

Temblando me apoyé contra su pecho y busqué que las piernas me sostuvieran. Marc me ayudó a vestirme y acomodarme el peinado.

Me dio un beso más y acarició mi mejilla.

—¿Te espero en la recepción?

—Le diré a Salomón que se vaya —resolví. Le escucharía si era lo que pedía, me jugaría la última carta que me quedaba para recuperarlo.

—Gracias, nena.

Contuve el aire en mis pulmones y lo vi salir, apreté las manos en el

granito del lavabo.

¿Era la decisión correcta?

Respiré profundo y salí a decírselo a Salomón. Pero el destino me tenía algo más certero para que dejara de ser tan idiota.

Ella, la tal Emma, estaba también allí y pedía un trago en la barra. La rabia volvió a abrirse paso dentro de mí y ya no razoné como un humano, fue instinto. Tomé la copa que Salomón me tenía y le di un sorbo. Cuando Marc se acercó a la barra trayendo su abrigo luego de despedirse, se quedó petrificado.

«Sí, cariño. La vi».

Me acerqué, copa en mano y le tiré el líquido a la cara.

—¡Eres un maldito idiota, egoísta! ¡Un hipócrita mentiroso!

—¡Paloma! —Me tomó del brazo aparentemente confundido.

—¡Jódete, imbécil!

Tiré la copa al suelo sin importarme la escena que había armado y si me costaba el puesto. Salí hecha una fiera. Lo quería matar, bien muerto y con mis propias manos.

Salomón me alcanzó en el ascensor e hizo que me abrigara.

—Lo hiciste muy bien.

—Pude hacerlo mejor —gruñí entre dientes.

24. En la salud y en la enfermedad



Marc dejaba una laguna de mocos por donde pasaba. Llevaba dos semanas con un catarro que mejor arráncate la cabeza. Y cuando le empezó lo mandó a la cama... del hospital.

Y no es que fuera cobarde, es que le bajó las plaquetas y el médico ordenó descanso. Que él no soportó más que dos noches porque al día siguiente tenía un juicio, a pesar de que Ben intentó buscar un aplazamiento, su adorable padre dijo que un catarro no era excusa suficiente y que no buscara pretextos a su ineptitud. Quise pincharlo yo misma para ver si era realmente humano pero no me dio el placer porque no se dignó a aparecer o llamar.

Así que mi valiente caballero se levantó el lunes, se vistió el mejor traje y ganó el caso. Yo le pedí a su secretaria hacerse cargo de las píldoras que debía tomarse en el horario establecido y en las noches le cocinaba sopas y verduras mientras él seguía trabajando. Lo obligaba a irse a la cama a las once y le regulaba la temperatura de la ducha dos grados más arriba de lo común.

—Vas a echarme a perder —mencionó una mañana en la ducha.

—Déjate querer que eso no duele.

Me besó pero no duró demasiado, pactamos olvidar el sexo hasta que estuviese mejor.

El viernes salí con las chicas como de costumbre, estuvimos en un restaurante a ciegas y la cosa estuvo muy rara. Intentar comer y beber en la total oscuridad es sumamente difícil. Camino a su casa sentí un ardor molesto en la garganta, culpé a la salsa picante. Pero cuando me acerqué a la cama para saludarle con un beso, él se percató de algo más.

—¿Bebiste mucho?

Me quité la americana y la dejé sobre un sillón.

—Apenas dos copas. Era un lugar sin luces.

—¿Cómo sin luces?

—Pues que es como vivir la experiencia de los invidentes. De hecho, los camareros y parte del personal lo son.

—Qué interesante. Pero no explica que tengas las mejillas de un rojo

más intenso de lo habitual.

Entré al baño a hacer pis. Marc también lo hizo, termómetro en mano.

—¡Fuera! Estoy meando.

—¿Y eso qué? Ya sé que las niñas y los niños lo tienen diferente.

—¡Es personal, Marc! ¡Afuera!

Negó con la cabeza y salió. Me miré al espejo cuando lavaba mis manos y corroboré que estaba muy colorada. Pero no hice mucho caso, me lavé los dientes, me cepillé el cabello y salí al vestidor para ponerme un *negligé* que llegaba al suelo y que tenía la oportuna virtud de ser transparente.

¿Qué buscaba?

Pues sexo, las bragas me hervían y a él parecía que el catarro lo había convertido en el fruto prohibido y a mí en Eva. Que a la vez mediaba de serpiente paseándome medio desnuda por el cuarto y sentándome al borde de la cama para ponerme crema en las piernas. Como quien no quiere cosa.

—Abre la boca. —Pero no para comérsela, me puso el termómetro y esperó a que ese oyera el pitido. Yo le acaricié la piel sobre el cuello de la camisa.

—Tienes fiebre —diagnosticó—. A la cama, ahora.

Ya hubiera querido que sus palabras tuvieran connotaciones sexuales, y a pesar de sonar a castigo, fueron terriblemente poderosas y mi mente calenturienta se puso contenta. Obedecí moviéndome sinuosa sobre la cama y a gatas me metí bajo las sábanas.

—Te traeré una pastilla.

—Y si mejor te traes tú a la cama...

Se tomó la libertad de ignorarme. Maldije no estar en casa y tener a mano mi bala mágica. Quería un fin de semana entregados al fornicio porque para el próximo me bajaría la regla y sería un mes completo sin follar.

Llegó con una tisana de albahaca y no sé qué más. Me obligó a bebérmela en sorbos pequeños y tragarme una pastilla del tamaño de un guisante.

—¿Y la diversión? —Añadí un mohín.

Besó mi frente y me acarició las mejillas con sus pulgares.

—Hasta que no estés mejor, cariño. Ahora duerme.

Cuatro días de cama, fiebre alta, charcos de mocos, faringitis y dolor de cabeza. Fui yo la que se ausentó del trabajo y que no encontraba las fuerzas para salir de la cama. Por supuesto que me obligó a quedarme allí. Cuidaba de mí en las noches cuando la fiebre parecía no ceder, alternaba leer sus casos

con ponerme compresas de agua fría. Se inventó un recetario de tisanas y contrató de tiempo completo a su empleada para que me hiciera de comer y estuviera pendiente de que no durmiera hasta el día del juicio final. Jake me dio la semana porque era muy tiquismiquis con eso de los virus así que volvería cuando ya no tuviera mocos.

El miércoles me sentí con más fuerzas y dejé la cama para sentarme en un sillón de la sala a leer un libro que me había llevado Salomón. Marc les dio acceso a mis amigos para que se pasaran cuando quisieran y así no me sintiera muy sola.

¿Podría estar menos enamorada de él?

Llevaba una bata de satén que arrastraba unos buenos centímetros de cola y yo me sentía un diva, hasta me puse un poco de maquillaje para no verme como la novia cadáver.

Le preparé la cena esa noche y revisó que la fiebre hubiera remitido. Entonces me dijo que ya que estaba al setenta por ciento de mis capacidades, le acompañaría al día siguiente a una cena con unos clientes.

—Pero...

—No hay peros, cielo. Vienes conmigo.

Esa noche a pesar de la mejoría, no había premios por poner mi empeño en mejorarme. Pobre Paloma, solo me quedaba reconocer que se dormía muy bien con sus dedos jugueteando con mi pelo y mi cabeza sobre su pecho.

Para la cena usé un vestido acampanado rojo que tenía en su casa por si se necesitaba. Me puse las medias de liga que más me gustaban, unos salones negros. Ambos hicimos especial énfasis en abrigarnos para que no volviera a despertar al monstruo de los virus y las infecciones.

Me asomé a la puerta del vestidor y me quedé embelesada mirándole mientras se acomodaba la corbata. No me lo creía y aún no me lo creo que un hombre así fijara sus ojos justamente en mí y me repitiera «te quiero» y «soy tuyo» como si fuese su declaración fiscal.

—Déjame a mí. —Tomé la corbata y acabé de ajustarla. Sus manos se ajustaron a mi cintura, luego nos miramos significativamente.

—Esta noche sí, nena. —Mordisqueó mi labio inferior antes de besarme.

Qué eterna se me iba a hacer la noche.

Me llevó hasta un hotel muy famoso y antiguo por la avenida Madison. Me dio por pensar que me estaba haciendo trampa y que había organizado algo especial en alguna habitación. Bueno, por soñar no hay que pagar así que me

entusiasmé.

No ocurrió así. Fuimos hasta el restaurante luego de que se anunció y nos acomodaron en una mesa del fondo en un reservado.

—No tardará demasiado —acomodó mis cabellos tras las orejas y me besó el cuello—. Yo también sé que ha sido demasiado tiempo. Y no sé lo que te pueda hacer si me dejo llevar...

Apreté las piernas al sentirle abrirse camino por debajo de la falda de mi vestido. Pasaron dos cosas, la libido se me congeló de momento y el corazón casi se me sale por la boca.

Una pareja de celebridades del cine acababan de llegar a nuestra mesa. Sentí mucha pena al imaginar que iban a divorciarse y pensé en que después de que ocurriese iba a odiar a Marc.

Nos presentamos, Marc mencionó que llevaba hablando con ellos por teléfono varios meses y que hasta ese día se presentaba la oportunidad de verse porque, además, les tenía una noticia increíble. Yo no entendía muy bien.

—¡Lo han aceptado! —No pudo disimular su emoción—. Vais a ser los padres de Saud.

La chica se cubrió los labios y sus ojos se humedecieron. El chico la abrazó y le besó la frente. Se me hizo un gesto tan íntimo y precioso.

—Marc... esto es —Las palabras no salían libres de los labios de ella.

—No tendremos nunca como pagártelo.

—Claro que sí, vamos a cenar y a celebrarlo. En tres meses estarán todos los documentos en orden.

Celebramos, comimos y empecé a amar a Marc por su perseverancia. Llevaba ocho meses entregado a un proceso de adopción de un niño africano y no descansó hasta conseguirlo. Era verdad que separaba familias, pero también ayudaba a fortalecerlas. Si Grace y Salomón hubiesen visto eso en Marc en lugar del empaque, quizá también lo habrían amado.

Cuando se fueron, nos quedamos un rato más. Pedimos dos Manhattan secos y nos dimos un momento especial luego de presenciar tanta felicidad. Creo que hasta estábamos contagiados.

—Quería que les conocieras. Hasta a mí me hacía ilusión hacerlo. —Su mano izquierda se fue resbalando por mi muslo llevándose la falda del vestido con ella.

—Son muy amables.

—Lo son. —Su voz sonó oscura. Tocó el borde de mis medias y apretó con las yemas mi carne. Un calor abrazador me subió en ráfaga.

—¿Qué haces? —Mi voz sonó temblorosa al sentir sus dedos acariciándome por encima de la tela de las braguitas.

—Estoy siendo amable....

—Marc... —Todo mi cuerpo empezó a temblar, corrió la tela de mis braguitas y me acarició formando círculos.

—Shhh... nadie vendrá si no les llamo. Así funciona.

—Parece que sabes mucho. No vamos a hacerlo aquí.

Tomó mi mentón obligándome a mirarle y sus ojos brillaron salvajes.

—¿Tú qué crees?

No me permitió replicar, juntó nuestras bocas en un beso y atrapó mi labio inferior en los suyos, quería jugar un poco. Con la mano que tenía libre me separó las piernas y tiró un poco de mí hacia adelante. Se dedicó a trazar surcos con las uñas en mis muslos y después volvió a tocarme donde más caliente estaba. Nos besamos más fuerte y más húmedo, me tomó el cuello en actitud posesiva y luego bajó con su lengua trazando una línea de saliva hasta el inicio de mi escote. Iba muy lento, eso, su actitud pausada y autoritaria, el temor a ser descubiertos y que acabáramos en la comisaría por exhibicionistas... hicieron fluir mis secreciones más íntimas.

—Voy a necesitar que te quites las bragas... si las estimas lo suficiente.

—¿O qué? —Quise retarlo, saber de lo que podría ser capaz.

—Te pondré sobre la mesa, subiré tu vestido y las rasgaré en dos — tragué saliva y me lo imaginé—, luego te follaré tan duro que no podrás evitar gritar y retorcerte...

—Estás muy loco. —Me quejé en un gemido.

—Oh, nena. No tienes una idea.

Siendo franca, la idea del hombre de las cavernas me atraía mucho más, pero no quería un escándalo. Luego de la fiebre íbamos a arrepentirnos, por lo que me removí un poco, metí mis manos y bajé mis bragas tan sensual y discreta como pude.

Marc sonrió lobuno, podría jurar que su blanca dentadura brilló, lo que me acrecentó las ganas y un temblorcillo de excitación.

—Ahora serás una buena chica...

Me puse de rodillas entre sus piernas, le toqué por encima, seguí con la mano su erección y le manoseé un rato. Él seguía muy atento lo que hacía. Que no usara cinturón sino cargaderas me resultó muy oportuno, le desabroché el pantalón y muy despacio pase mis uñas por la piel y sobre el borde de los bóxer, antes de meter mi mano y mojarme con su humedad.

¡Era una soberana locura!

Apreté su erección en mi puño y bajé su carne. Marc gimió y echó la cabeza para atrás.

—Mírame. —Le pedí. Se incorporó.

Sostuve la base de su erección en mi puño y acerqué la boca, la metí y succioné con fuerza.

Marc apretó los dedos en mi cabeza. Pasé mi lengua por la parte más carnosa y descendí un poco, luego volví a meterla dentro de mi boca y llegué hasta lo más hondo. Marc ahogó un gruñido de placer. Marqué un ritmo, arriba, abajo, hasta lo más hondo al punto que me provocaba una arcada... adentro, afuera.

Puse todo mi empeño en ser una buena chica. Marc apoyó sus manos en mi cabeza, llevó el ritmo que deseaba por un rato hasta que empujó al fondo de mi garganta. Mis ojos se humedecieron y él se endureció un poco más.

—Basta o me correré en tu boca.

No me importó, seguí succionando hasta que me tomó del pelo e hizo que me detuviera.

—Lo haré pero dentro de ti.

Mis rodillas se resintieron al levantarme, Marc me invitó a ponerme sobre él apoyándome a lado y lado de sus piernas. Me sostuve la falda del vestido mientras él me tocaba con la punta húmeda de su pene. Me mordí los labios para no gemir. Se deslizó fácilmente dentro de mí.

—Qué mojada estás —gruñó.

Mojada era poco, estaba empapada. Le agarré la cara y nos besamos, más saliva que beso. Sus manos en mis nalgas apretaban y marcaban una danza. Él empujaba desde abajo con contundencia. En esa posición me rozaba tan bien que sentía una persistente convulsión en las entrañas. Su erección me palpitaba dentro, creo que nunca la había sentido tan gruesa ni yo tan llena de él. Nos besamos mucho, le tiré del pelo, me chupó la piel del cuello, le mordí los labios... actuábamos como si nos hubiéramos vuelto locos. En realidad, estábamos muy deschavetados a esa hora.

—Me corro, nena... —Apretó las palabras en los dientes.

Yo también sentí que me tensaban en un nudo de excitación y pura lujuria.

Abrí la boca con la firme intención de soltar un gemido, Marc la cubrió con la suya y nos corrimos tragándonos los gemidos del otro para que no se enterase el restaurante entero.

Me quedé allí, separamos las bocas para buscar aire pero su aliento se seguía mezclando con el mío. Con los ojos cerrados, mi rostro sobre el suyo, mis manos apenas apoyadas en sus hombros y el cuerpo crispándose en cada centímetro de piel, Marc me llenó de él tan abundantemente que noté su semen manchar el inicio de mis muslos.

—Estamos locos —murmuré mientras buscaba recomponerme.

—Quieta... —dijo con tono solemne. Llevó mi cabeza sobre sus hombros y me abrazó a él. Su respiración seguía agitada y en el cuello le brillaba una ligera capa de sudor.

Nos quedamos un buen rato en esa posición y en silencio hasta que su erección remitió.

—Creo que es hora de pedir otra copa.

Nos reímos y recompusimos nuestras ropas. Efectivamente pedimos otra copa y luego salimos de allí. Valga resaltar que las rodillas me dolían y que por alguna razón, caminar me costaba, podría ser lo desmadejada que me dejó aquel asalto público o el efecto del alcohol... o todo en conjunto. Sin contar con que tenía los muslos mojados, no llevaba las bragas puestas y el roce de mis piernas se sentía resbaladizo.

Al llegar al coche nos besamos otro rato... cuando Marc se ponía en plan romántico era intenso y un poco más. Pero me gustaba esa dosis de locura.

—Enfórmate más seguido, nena.

25. Pecar, comer, huir



«Qué duro es abrir los ojos y que la vida real no se resuma en un: Te amo».

«Y es peor cuando te buscan para ser la otra, ¿en qué se convirtió mi vida? ¿En Enamorándome de mi ex? Gracias karma».

Cosas peores puse esas mañanas en mi twitter. A pesar de que quería dárselo de comer a los cuervos, despertaba con frío y extrañando sus brazos apretando mi cuerpo al suyo y sus piernas enredadas en las mías. Me quedaba un rato mirando nuestra foto en la mesita y me levantaba cuando sonaba la alarma. Ese polvo rabioso en el baño me había dejado un extraño sabor de boca. Una sed de él y a la vez, un irrefrenable deseo de trasbocar.

Estaba enloqueciendo, con todas sus letras.

Una tarde haciendo muy poco en la oficina. Salo me enseñó unas fotos en Instagram del edificio que Greg había remodelado. Era impresionante, me sentía muy orgullosa de ser su amiga y poder decirle a cualquiera que había visto el plano antes que nadie.

Fue una tarde de sábado, me invitaron a su casa a ver pelis francesas. Solía meterme entre ambos en la cama, pobre de mi madre si lo hubiese visto y no solamente ella. Un soponcio colectivo habría desatado por meterme en la cama con dos hombres. Y así dormíamos, yo abrazada a uno de ellos y el otro abrazado a mí, a que la vida sería perfecta de a tres.

Salo estaba roncando plácidamente, mi mejilla reposaba sobre el pecho de Greg y nuestras manos sobre su abdomen.

—¿Te gustó? —susurró.

—Sí —respondí del mismo modo—. Pero no quiero ver más.

—¿Quieres ver algo que nadie ha visto?

Me entusiasmé.

—¡Sí! —Fue casi un chillido, Salo se removió.

—Ven conmigo.

Salimos de la cama cuidando de no despertar al bello durmiente y fuimos a su estudio lleno de maquetas, planos, menciones y premios.

—Esto es para un concurso —sacó un plano de un rollo protector y lo extendió sobre la mesa—. Salomón sabe que trabajo en él pero le he dicho que se lo mostraré cuando lo tenga listo.

Contrapuesto lo antiguo y lo moderno. Me pareció muy futurista.

—¿Esto puede hacerse? —Señalé a la ondulación que daba el toque moderno a la estructura.

—Es un juego visual, no se ondularán así las paredes, cielo. La verdad es que la base del edificio es una verdadera fortaleza y da para jugar mucho con el diseño sin riesgo de colapso.

—¿Estos son paneles solares?

—Sí, será un lugar eco amigable y de energía auto sostenible.

—Yo te daría el premio.

—Participan los mejores.

—¿Qué te hace pensar que no puedas estar por encima de ellos?

Tres años más tarde era una realidad. Greg ya firmaba en la historia como uno de los mejores.

Mientras miraba las fotos se me ocurrió que era momento de abrirme una cuenta de Instagram personal, no corporativa.

Seguí todos los pasos, al primero que seguí fue a Salo. Volteó a mirarme intrigado.

—Se acerca una nueva adicción.

Negué con la cabeza y continué trasteando con la aplicación, busqué a mis amigas y las seguí. El grupo de whatsapp se llenó de memes y terminé por salirme del grupo en señal de protesta. Grace volvió a meterme con cláusula de permanencia indefinida y terminamos hablando de que al volver de vacaciones teníamos que ver los trajes de damas para la boda de Mariah.

No sabía qué tantas personas me conocían y conocía hasta que empezaron a llegar notificaciones de seguimiento por parte de mis compañeros, gente del Starbucks al que siempre iba, amigos de mis amigas, incluso autores. Que al final del día sumara quinientas cincuenta personas fue todo un récord.

Lo cierto es que me hice fácilmente adicta y ya me pasaba más horas en instagram que en twitter. Pero fue solo una pantalla para desviar la atención.

El viernes anterior a mi viaje tuve la tarde libre y decidí que era bueno empezar una nueva década viéndome diferente. Era hora de renovarse y ser una Paloma más aplomada y madura... las cosas que uno dice con la cabeza fría.

En fin, me di un paseíto por el Salón de Ted Gibson. Yo lo valía, no iba a experimentar sola en casa siguiendo consejos de YouTube. Tampoco era tan crédula. Había algunas ideas que me rondaban la mente, desde un *long bob* hasta un *pixie*... pues fue algo intermedio. Un corte dos dedos sobre los hombros y algunas iluminaciones. Al mirarme al espejo noté que el cambio es irremediamente necesario para evolucionar. Me pasé por casa a ponerme guapa para mi noche de no cumpleaños. Terminaba de pintarme los labios del rojo *RiRi Woo* cuando llegó una notificación. Vaya sorpresa, Ben me seguía en instagram. La curiosidad me pudo más y me puse a revisar sus fotos... y Murphy dice que el que busca encuentra ¿O es el karma?

El punto es que ahí estaba una foto de Marc, él y la tal Emma. Seguí las etiquetas y terminé en el perfil de esa mujer. El infierno me ardió en las venas cuando vi su última publicación.

¿Sabes lo que era?

Sus maletas sobre una alfombra gris con formas geométricas azules y rojas.

«Mudándonos» ponía en la leyenda.

Casi acaba el iPhone contra la pared.

¿Mudándose a su casa? ¿Viviría con ella?

Retomé la línea de los comentarios y aparte de darle la enhorabuena, ella mencionaba que estarían en un hotel mientras terminaban las remodelaciones.

Apreté los puños y bajé a por un vaso de agua. Di vueltas por toda la casa buscando que me bajara la rabia pero con el pasar de los minutos se ponía peor. Greta y Silvestre se enredaban entre mis piernas como si intentaran retenerme.

Finalmente enloquecí.

Pagué el taxi dos calles antes de bajarme, sabía perfectamente cuanto me costaba esa ruta. Sin embargo le pedí esperarme porque no tenía intención de tardar. Vi un camión de mudanzas cargado con los muebles de Marc. Me colé dentro junto a los empleados de la mudanza. Llegué al piso, estaban sacando un par de cuadros. El portero cerró la puerta mientras yo me escondía tras una columna. Cuando todos se marcharon fue mi momento de entrar.

Estaba vacío, como si se hubiese ido para siempre. Solo olor a pintura y laca. Encendí la luz del salón y sentí que acababa de despertar y que en realidad Marc no existía, ni nuestros recuerdos allí, que todo lo había soñado.

Miré por la ventana, recordé mi primera vez allí.

No era cierto, no lo soñé; era él quien intentaba borrarlo, pero no podría conseguirlo. Estábamos por toda partes, había besos apenas cruzar la puerta, había prendas de ropa por el suelo, olía a mi salsa para lasaña en todo el lugar, saliva sudor y sexo en la habitación, en el baño reinaba el aroma a pasión de coco.

«Buena suerte intentando olvidar, Marc. Cuando lo consigas dame la receta».

En el bolso llevaba un spray rojo con el que estuve pintando una casa para los gatos. Lo agité por varios minutos mientras tragaba el nudo en la garganta.

Todavía no tenía treinta, tenía permitida una venganza más y tal vez hasta dos. Era golpe con golpe...

Una a una fui llenando las paredes con líneas y chorros de pintura.

Pasé a la cocina para lavarme y entonces noté algo distinto proveniente de la habitación principal. Al acercarme, toda la sangre se me bajó a los pies, me mareé.

Una cama nueva, la habitación totalmente renovada. Tendidos blancos, telas con bordados. ¡La maldita cama de un matrimonio! Tomé el spray y con las últimas reservas manché el mobiliario y le escribí sobre los tendidos y el espaldar acolchado:

«¡Jódete!»

Esta vez no hubo lágrimas. Solo ese ardor en el esófago que me revolvía la bilis. Cuando terminé, suspiré y sonreí victoriosa.

Tomé una foto y la subí a twitter:

«Lo siento por la pintura nueva, amor».

Le pedí al taxista que me llevara a un *after office*, necesitaba una copa antes de irme a la cena y actuar como si nada. Cuando estaba como si todo.

Maldito Marc.

Pedí un cubata y le di dos sorbos. Empecé a sentirme nerviosa. Si a Marc se le ocurría denunciarme por lo sucedido acabaría en una cárcel o en un hospital psiquiátrico y hasta yo le daría la razón. Necesitaba, desesperadamente, contárselo a alguien. Y mis amigas no podían ser. No.

Pensé en Marcelo, sí, él lo entendería y me diría que estaba desahogándome, que no pasaba nada.

Tomé el móvil y le marqué.

—Piccola, qué sorpresa.

—Ya sé, viajo mañana y hoy he tenido un respiro. ¿Crees que podemos vernos?

—¿Ahora? Me pillas en la cocina del restaurante.

—Es que necesito contarte algo y no se me ocurre nadie más.

—¿Tiene que ver con ese Marc?

—Sí —la voz me tembló—. Estoy en un *after office* a dos calles de mi trabajo. Tanner Smith's

—¿Por la calle de aquel Starbucks?

—Justo por ahí.

—Vale, pero no puedo quedarme mucho.

Los minutos se me hicieron eternos. No tenía idea de cómo decírselo y me acechaba el miedo a que me dijera que me estaba volviendo loca.

—*Ciao*.

Grité. No lo vi llegar. Enseguida se me enfrió la piel. Marcelo se sentó y pidió una cerveza de barril.

—Perdona sacarte del trabajo...

—Suerte que trates con el jefe —guiñó un ojo, yo fingí una sonrisa—. ¿Va todo bien?

—Es que... En instagram, Marc. Ví una foto y yo, enloquecí.

—Para, para... —puso sus manos en mis hombros—. Viste una foto de Marc en instagram, supongo que junto a la tía con la que sale.

—Sí, no era muy comprometedor, pero fue otra de unas maletas y la leyenda decía que se mudaban y... —Empecé a hablar como una vomitona verbal.

—Para de nuevo —apretó esta vez mis hombros—. *Piccola*, no puedes seguir así. Necesitas avanzar y si continúas haciendo que «accidentalmente» coincidan, no conseguirás acostumbrarte a que ya no estaréis juntos otra vez. Eres una mujer fuerte, a pesar de todo intentas que esto no te derrumbe, trabajas a diario por conseguirlo. Mira, te has cambiado el corte y te ves muy guapa. Déjalo atrás, que haga su vida sin afectar más la tuya.

—Lo sé Marcelo, es lo que intento pero es que yo... —Di un sorbo más a mi bebida.

—¿Pasó algo más?

Me quedé mirándole, con su sonrisa amable y su mirada dulce expectante a mi confesión. Quizá no iba a gustarle lo que pensaba confesarle, tal vez yo no era todo lo que él esperaba de mí y sin entender por qué, no quería que pensara que era una mujer de casi treinta años que nunca creció y se comportaba peor que una de seis. No podía decírselo a él o seguramente iba a darse vuelta y si te vi no me acuerdo.

—Nada, solo que ver eso me descolocó un poco.

Marcelo bebió el resto de la cerveza de un trago.

—Lo entiendo, pero cuando eso pase, respira profundo y llámame. ¿Vale? —Se levantó y pagó su cerveza.

—Lamento hacerte venir por nada.

—Lamento no poder quedarme para pasar de *nada* a *algo*.

Me besó en los labios fugazmente y se marchó.

Estaba más tranquila luego de hablar con Marcelo. Tenía un don para decir siempre lo correcto en el momento indicado. Lo pensé mejor y le di la razón, aunque llegó un punto en el que me tuve miedo, esos brotes psicóticos eran preocupantes. Era justo y necesario tomar distancia y algo me decía que mi viaje a casa ayudaría un poco, demasiado.

La cita era en el nuevo restaurante trendy de la ciudad. Su innovadora cocina estaba en boca de todos los medios y Salomón aseguraba que sería tres estrellas Michelin en menos de ya. ¿Qué lo hacía tan único? Que pertenecía a dos chefs. Uno encargado del menú salado y otro especialista en repostería. Un restaurante de cocina de autor que se daba el lujo de estar en pleno Central Park por la zona oeste. Una total renovación hasta del nombre, a su antecesor.

Delicato.

Sonreí, era un nombre italiano. Y no hay nada en lo que confie más que en la cocina con sabor mediterráneo.

Salomón y Greg ya esperaban. Ambos demasiado guapos como para no desgastarlos con la mirada. De traje y abrigo cruzado de paño. ¡Madre mía, qué calor hacía de repente!

Junto a ellos Rachel, muy elegante con falda campana midi estampada de flores azules en fondo blanco, una camisa negra de algodón manga larga y stiletos. Su melena rubia en una coleta y los labios rojos. Pobre Sean, ya entendía que bebiera los vientos por semejante venus.

—¡Mi vida, estás preciosa! —expresó Salomón haciéndome girar.

—Amo tu nuevo corte —Rachel se acercó para besarme las mejillas—. Se te ve muy chic, bueno, más.

Las mejilla se me pintaron un poco de color.

—Yo siempre he dicho que eres preciosa. —Greg me abrazó y me dio un beso acariciando también mi mejilla.

Un camarero trajo una bandeja con profiteroles, parecía que te recibían con un aperitivo dulce y vaya que sabían delicioso, el relleno era de chocolate.

Al momento aparecieron Sarah y Mariah. Con la primera nos miramos y luego gritamos porque a ambas nos dio por cambiarnos el look, ella se arriesgó con el *pixie*.

—¡Estás loca! —le dije antes de abrazarla—. Pero te ves tan dulce e inocente que parece mentira.

—Y tú eres una bomba sexy.

—Que los cumplas muy feliz. —Se me iba cortando la voz. Ella ya estaba en los treinta y cómo le lucían.

—Gracias cielo, me hiciste llorar con ese mensaje... —nos quedamos viéndonos hasta que las lágrimas afloraron.

—Boba, no me hagas llorar. —Se quejó y volvimos a abrazarnos. Llevaba una falda corta de tul color granate y un top negro acompañada de medias de liga, botas y chupa de cuero.

—Venga, que yo también quiero un abrazo. —Mariah me estrechó muy fuerte—. Amo tus pantalones. Estás muy *rebel* hoy.

Y lo estaba. Unos pillitos negros de piel tiro alto y un top blanco. En el cuello un choker rojo a juego con mis stilletos rojos.

—Y tú muy sexy con ese jumper —toqué la gola que caía rizada cubriendo el corpiño—. Tienes hombros para lucir.

A la celebración se unió Peter el prometido de Mariah y Liam. Luego Sean, trayéndonos flores. Solo nos faltaban Grace con su pequeño saltamontes y Richard.

Comentábamos de itinerarios de viaje cuando Rachel se quedó mirando fijamente. Todos le imitamos. Sarah se atragantó con el trozo de profiterol que masticaba. Greg silbó por lo bajo.

Grace llegaba de la mano de Richard. Que no era que ya nos hubiésemos acostumbrado pero era más cómodo de ver. Lo realmente impactante fue que vistiera como una francesa de alta alcurnia.

Boina, capa anudada al cuello medias de liga. ¡Dios bendito, era el fin del mundo!

Ella llegó y quedó estupefacta al vernos a Sarah y a mí, pero en la mesa

éramos nueve a punto de sufrir una angina de pecho.

—¡¡¿Par de locas que os habéis hecho?!! —Se tocó la tripa y luego rio muy animada—. Os veis magníficas.

Hubo abrazo colectivo y luego descubrimos el bonito vestido holgado que llevaba bajo la capa. Se notaba que los días seguían trayendo cambios.

Salomón se tomó el atrevimiento, según sus palabras, de elegirnos el menú para todos sin riesgo de llevarnos un chasco. Ya he dicho que Salomón podría ser crítico de restaurantes así que a ninguno nos molestó, fue un alivio.

Su elección fue sencillamente perfecta y delirante. De antipasto *carpaccio* de ternera, como plato fuerte *Spaguetti all'arabiata* seguidos de escalopines al marsala y como acompañamiento, ensalada *caprese*.

Pues yo acababa de tener EL orgasmo culinario. Todo sabía demasiado irreal para ser verdad. Tenía toques de un sabor tan tradicional que por un momento juré que estábamos en Livorno sentados en el jardín de la casa de los abuelos.

Algún día debía invitarlos.

Me disculpé para ir al baño, había bebido antes de llegar y con la cena nos empinamos cuatro botellas de vino.

Saliendo del baño me crucé con Marcelo. ¡Marcelo!

—¡Hola! —dijimos al unísono y muy confusos.

—¿Qué...?

—¿Hago aquí? —terminó él—. ¿Y tú?

—Trabajo aquí.

—Vine a comer con mis amigos.

Ambos nos reímos.

—Pues bienvenida a mi restaurante.

—Marcelo, ¿vienes? —interrumpió una chica a la que no pude ver muy bien.

—Ve. Todo ha estado delicioso —dije antes de darme vuelta.

—Pues me alegra porque hoy estoy en la cocina y hay mucho jaleo. Hablamos luego.

Volví a la mesa pero con inquietud, no dejaba de mirar a la cocina. Si Grace lo veía iba a reconocerle, sabía que éramos vecinos. Es más, podría jurar que había atado todos los cabos.

—Ahora lo mejor —anunció Salomón.

Miré de reojo y vi a Marcelo acercarse a una mesa y recibir unas palmaditas en el hombro. Luego salió un camarero con un pastel y velas

encendidas. Marcelo se unió a él y vinieron hacia nosotros.

Las manos me sudaron. Nuestras miradas se juntaron y por un momento creí que «mi secreto» dejaría de serlo. Me estaba sintiendo mal por algo sin importancia.

—*Buonanotte* —ese acento me estremeció la piel—. Me han pedido que sirva el postre —sonrió amable.

Greg le alabó la comida, Sarah preguntó si era italiano. Él y yo nos mirábamos como preguntándonos la mejor forma de abordar la situación. Para mí era incómodo, Marcelo lo sabía porque yo no había hablado de él con mis amigos, por lo que estaba claro que debía salir de mí lo de presentarlo o no.

Acomodaron en el centro de la mesa dos platos de perfecto y redondo tiramisú repletos de velas. Que imagino sumaban treinta. Los chicos entonaron la canción de cumpleaños, Marcelo se unió con los aplausos. Eso me relajó la tensión. Que no es que quisiera esconderlo, es que si les decía que me había quedado allí, difícilmente iban a creerme que no había pasado nada entre nosotros cuando ya había pasado más de la cuenta. Salomón si lo entendió pero es que entre nosotros era otro cantar. Y si mencionaba que era el amigo de mi hermano, vaya Dios a saber cómo reaccionarían.

Qué ganas de complicarme.

Soplamos las velas. Mi deseo fue muy mal elegido: Olvidarme de Marc. Cómo si esas cosas en verdad ocurrieran.

Nos sirvieron, pero me pidieron hacer la prueba. Era yo la adicta al tiramisú que hasta ranking tenía de los mejores de la ciudad.

Juro que morí y entré al cielo del tiramisú.

Es que lo recuerdo perfectamente, su sabor explotando en mi boca, deshaciéndose suavemente y conectándome con una parte de mi infancia.

—Quiero casarme con ese tiramisú —confesé mientras me llenaba la boca otra vez.

—O con quien lo hizo. ¿Qué dices, vecino?

;;;Grace!!!

—¿Vecino? —dijeron Sarah y Rachel.

—Tengo que irme. Espero que terminen de pasar un buen rato.

Era un cobarde...

Mentira, tenía que trabajar y ese era mi asunto no el suyo.

Pues adivina lo que pasó después.

Decomisaron el tiramisú hasta que solté la sopa. Lo dije todo, pelos y señales, vida y milagros. Vale, no todo.

—Me gusta para ti —dijo Rachel—. Tendrías una vida llena de tiramisú. Y si folla como cocina...

—¡¡Por Favor!! —Me cubrí la cara, Greg me escondió en su pecho.

—Dejadlo ya con mi princesa. Venga, es hora de los regalos o sois de la cofradía del puño.

Recibí unas preciosas sandalias Manolo Blahnik, una argolla Paloma Picasso de Tiffany's, un pañuelo cashmere, unas gafas Prada ojo de gato, una funda para mi iPhone y iPad de Marc Jacobs, y una polaroid rosa muy, muy, muy, muy, muy mona. Con ella nos hicimos una instantánea que añadí a mi *boulllet journal*.

Esa noche en casa, mientras me quitaba el maquillaje y miraba por la ventana esperando a que Marcelo llegara, me sentí muy mal con lo de las paredes de Marc. Estaba sufriendo por una única persona mientras otras seis se desvivían por hacerme sonreír.

En ese viaje debía soltar a Marc. Era eso o convertirme en alguien que no era. Y que tenía pinta de loca acosadora.

En la mañana tuve que despedirme de mis hijos peludos y dejarlos en la guardería, por poco y me quedo. Los apretujaba y besaba, hasta que Silvestre no aguantó y me clavó las uñas. Algo así como: Vete ya que me asfixias.

Monté las maletas en el coche de Salomón y le pedí un minuto para ir a la casa de enfrente.

Marcelo atendió en pijama, me dio penita despertarle pero también se me secó la boca al verle sin camisa, pelo revuelto, pies descalzos...

—Hola. Lamento despertarte pero ya me voy al aeropuerto. Quería saber si necesitas algo de allí o que le lleve algo a tus padres.

Hizo un puchero y me pidió pasar.

—Es que ya me voy.

—Un café.

Acepté, le grité a Salo que no tardaría y fui hasta la cocina con él.

—¿Cómo terminó de ir ayer?

—Bien, perdona el momento incómodo.

—¿Crees que eso es incómodo? —resopló—. Ya te dije que no sufro de vergüenza. Yo no pintaba nada allí. Pero sabía que tu amiga saldría con alguna perla, vino a devolverme unos paños y me hizo algunas preguntas.

—¡Grace! Qué vergüenza contigo. ¿Qué le dijiste? —Nos puso dos tazas con café recién filtrado y se sentó a mi lado

—Dime desde cuando yo respondo preguntas así de buenas a primeras.

—Sonríó con la taza sobre los labios. Yo negué con la cabeza.

Descarado y un poco más.

—Te traje una cosa, por navidad.

—No debiste.

—Pero una cosas es el deber y otra el querer. —Le tendí una bolsa.

Se encogió de hombros y me obsequió dos besos antes de ver su regalo.

—¡Qué mona!

Era una cesta para huevos en forma de gato.

—¿Para qué tener una gallina si puedes tener un gato?

—Muchas gracias, pero será el único gato que entré a esta casa.

—Recuerda cerrar las ventanas. —Me levanté para irme y recordé algo más. Rebusqué en el bolso y saqué un tarro de comida para pez—. Para Pipo, dile que no me extrañe mucho.

Alguna entidad maligna poseyó a Marcelo porque me abrazó muy fuerte y muy largo.

—Eh, oso de los abrazo, necesito respirar.

—Perdona.

—Nada —le di un beso en la mejilla—. Te veo en unas semanas.

—¿Quieres que cuide de tus gatos?

—Están en la guardería, pero gracias. Solo mira de vez en cuando mi casa, Grace también se va. Hay una llave en la maceta junto a la puerta. —Me di vuelta para salir, pero Marcelo me tomó del brazo llevándome hasta él, juntó nuestras bocas y nos besamos un rato, sobándonos también un poco.

—Tengo que... —Intente decir en medio de los jadeos.

—Irte, lo sé

Me acompañó hasta que bajé los escalones. Me preocupó que pescara un resfriado.

—Feliz navidad.

—Feliz navidad. —En ambos había melancolía.

Di tres pasos cruzando la calle.

—Te esperaré con tiramisú.

Me giré para verle pero seguí caminando hacia atrás.

—Yo también te voy a extrañar, Marcelo

26. Querernos

No volvimos a casa de sus padres nunca más. Su madre nos visitaba o nosotros a ella en un piso de soltera que aún conservaba y al que le gustaba ir para pensar e inspirarse. Era paisajista. También comimos juntas y fuimos de compras. Alice fue siempre amable y sincera y jamás comentó conmigo sobre su esposo. Solo me pedía tener paciencia a su hijo porque no podía evitar ser un Shannon aunque peleaba contra ello desde siempre.

Y paciencia le tuve en su justa medida, porque se le notaba que luchaba por cumplir a todos con las expectativas que tenían de él. Sin embargo, creo que nunca logró entender que lo que yo quería de él era que fuera feliz sin importarme cómo.

Sin embargo, eso no fue impedimento para adaptarnos. Aceptar las manías del otro, acostumbrarnos a compartir la cotidianidad y vivir a nuestra manera sin que nadie más entrara en nuestra burbuja. Bueno, mientras él pudo evitarlo así fue y fuimos felices. Con locura, con pasión, con desenfreno, con su temperamento y conductas controladoras, con mis berrinches y mis extravagancias. Con todo, siempre encontrábamos en el otro un lugar para descansar.

El primer año nos llegó con mucha ilusión, más a mí que a él. Porque era yo la que no se creía que él pudiera ser de relaciones largas y tenía a Grace alimentando un poco mis inseguridades. Era de conocimiento público que Marc no le caía bien y que se lo pasaba porque le tocaba. Salomón guardaba las distancias y Greg lo analizaba pero era el único hombre que le buscaba conversación. Porque Marc fue incluido a nuestras reuniones de fin de mes. Las demás chicas fueron muy amables y de ellas jamás recibí un solo comentario negativo acerca de él. Así que al llegar ese primer año empecé a creer que sí, que era él el hombre de mi vida y que podía imaginarme un futuro a su lado. Lo celebramos cenando en nuestro lugar favorito que era la casa de Southampton. Con una cena hecha por ambos, vino, historias y confesiones del tipo: «Eres más bonita que nada». «Siempre que como pasta te recuerdo

cocinando y moviéndote por la cocina a tu antojo». «Cuando me tocas me siento muy vivo...».

Y yo sentía que me iba a morir de tanto amor. Me perdía en el verde de sus ojos de ciencia ficción. Marc tenía los ojos en un tono de verde que no sabía que me gustaba. Y también le dije, a pesar de ponerme colorada de vergüenza, que era mi gran amor, que cuando se recostaba sobre mi pecho el corazón me latía como un loco, pero que cuando me besaba hacia que se detuviera. Y que sabía que era él porque lo vi y lo reconocí... porque eso pasa cuando buscas tanto el amor. Que al verlo lo reconoces enseguida.

Esa noche nos dijimos todo lo que nunca nos habíamos dicho y acabamos haciendo el amor como si tuviéramos certeza de que al otro día nos iban a separar.

Pero también discutíamos por estupideces. Por cosas en las que él quería imponerse y consideraba que tenía razón y que yo debía aceptarlo y obedecer. Pero cuando sucedía al contrario, era tan persuasivo que terminaba dándole la razón y olvidando por qué quería imponerme. Él lo sabía muy bien, que yo, negarle nada.

Una tarde que regresaba de un viaje de firmas, mi vuelo se retrasó, el móvil quedó muerto y el de Marc estaba apagado porque tenía un juicio. Le dejé un mensaje con Hannah que al parecer no recibió a tiempo. Así que no pude avisarle. Cuando llegué a Nueva York imaginé que estaba enterado y a esa hora ya dormía. Pues no fue así. Estaba esperando en el aeropuerto con cara de disgusto.

—¿Y mi beso?

Mejor no digo como me miró, pero bonito no fue.

—Llevo tres horas aquí, ¿te crees que un beso es lo que tengo para ti?

—¿Se puede saber qué te pasa? Acabo de llegar luego de una semana eterna y me recibes con un regaño. ¡Estaba trabajando, no de vacaciones!

—¡Tienes un maldito teléfono, Paloma! ¡Déjame un mensaje para que me entere y no me plante aquí como un imbécil!

—¡¡Perdona que te haga perder tiempo, nadie te dijo que vinieras!! — Agarré mi maleta y la metí a un taxi.

—¡¡Vienes conmigo!! — Me agarró del brazo.

—Pues no — Me zafé a las malas más rabiosa que una gata callejera—. Y mañana pregúntale a tu secretaria a qué hora te deje un mensaje con ella.

Me metí al taxi y le di al conductor la dirección de Salomón. Sabía que Marc tenía que ir a por el coche y que de perderme la ruta iría directamente a

casa, donde Grace le soltaría un taco por despertarla a esa hora.

Por el camino decidí que no iría a molestar a ninguna casa, solo necesitaba llegar a la mía cuando él ya se hubiera ido. Le pedí al conductor que me diera un paseíto por Times Square porque necesitaba pensar y el hombre lo hizo. Y pensé, pensé mucho, no iba a llorar tenía mucha rabia con él por ser tan imbécil y por negarme un mísero beso de bienvenida. Había sido una semana pesada y de hecho, era una temporada con mucho trabajo.

Finalmente llegué a casa y allí me llevé la sorpresa. Marc estaba esperando en el coche.

Se apresuró a bajar y ayudarme con el equipaje, como luchaba por quitárselo de las manos aprovechó para pagar.

—No necesito que pagues mis gastos. —Le espeté aún irritada.

—¿Adónde fuiste, amor? —Le miré con una ceja enarcada. ¿Era bipolar o qué?

Tuve la intención de pasar de él, pero me agarró por la cintura y me abrazó.

—No quiero tus abrazos.

—Paloma, perdóname —me besó el pelo—. Estaba tan ansioso por verte que me encabroné con el jodido tiempo y acabé desquitándome contigo.

—No soy tu saco de boxeo —reduje el tono, él me hacía agua. Marc no conocía mis puntos débiles. Tenía muy claro que él era mi mayor debilidad.

—No, cariño. Lo lamento. No pasará otra vez.

Bien sabíamos que pasaría un millón de veces pero que esas mismas veces él iría a buscarme y a decirme que era un imbécil. Era nuestro eterno círculo vicioso.

—No estoy muy convencida. —Hacerme del rogar lo obligaría a buscar formas placenteras de convencerme.

Me acarició el rostro pasando un par de mechones detrás de mis orejas y me miró tan bonito, que me dieron ganas de que así me mirara siempre.

—Vamos a casa, nena. Te daré algunos motivos. —Sonrió lobuno.

Qué ganas me dieron de vestirme el cuerpo que con esa sonrisa que me dio.

—No lo sé.

Acercó su boca a la mía, pero le esquivé. Lo intentó de nuevo y volteé el rostro al otro lado.

—Mírame..., mírame para decirte lo que te quiero.

Y allí sí nos besamos. Los besos luego de discutir son como agua para

la sequía. Nos comimos la boca como desaforados. Metimos las maletas en su coche y tomamos camino a su casa. Gracias a que las calles estaban desiertas podíamos besarnos a lo loco y empecé a acariciarle en la entrepierna.

—Nena, no quiero morir sin antes estar dentro de ti.

—Pues tendrás que apretar el acelerador —me miró de reojo, luego a los lados y dio un volantazo que nos llevó directamente a Dumbo.

—Marc...

—No, nena. Ahora no puedo esperar hasta llegar a casa.

Estacionó bajo la base del puente de Manhattan y se soltó el cinturón de seguridad.

—Pásate para atrás.

Obedecí, no me preocupaba mucho el asunto de tener público porque confiaba demasiado en las lunas tintadas de su coche. Marc se bajó de su asiento y cuando se puso a mi lado ya llevaba el pantalón a medio abrir.

—Voy a necesitar un abogado.

—Entonces, asegúrate de portarte muy mal.

Volvimos a besarnos con una intensidad mayúscula y nos abrimos las ropas apenas por encima. Me quité los *leggings* y las bragas con una velocidad de auto de carreras. Me acomodé sobre sus piernas y me penetró enseguida. Ambos gemimos. Yo le toqué el pecho y los hombros, él enterró su boca en mi escote. Estábamos tan calientes que nos corrimos unos diez minutos después.

—Joder, Paloma... —exteriorizó en medio de jadeos y con su boca sobre mis labios—. Eres mi puto vicio.

Esa noche no hubo noche, el amanecer nos llegó llenándonos de besos y caricias. Marc no decidía cuanto debía disculparse por ser un idiota. Y yo no decidía si le perdonaría o le impondría otra forma de castigo.

Lo cierto es que entre sus brazos, nada importaba demasiado.

Marc era la reunión de todas las cosas que no quería de un hombre, y a la vez, las que no sabía que podrían llegar a gustarme. Era serio, con muchos modales, adicto al trabajo, pendiente de conseguir sus objetivos, preocupado por su imagen, protector de su apellido y un hombre de conveniencias. Pero también era dueño de la sonrisa más bonita que no veré jamás, sus ojos gritaban por libertad y brillaban mucho cuando estaba contento, no necesitaba decir con palabras que me quería porque sabía demostrarlo cuidando de mí, cediendo a mis caprichos y compartiendo mis gustos. Era un maravilloso conversador, me fascinaba escucharle hablar y que me llenara de información importante y seleccionada cuando no sabía algo. Un poco posesivo y con eso

me hizo dependiente. Pero siempre me dio mi lugar, me dijo la verdad y me protegió de su padre.

No he hablado de ello, pero es que ese ser me hizo sentir realmente mal con sus desplantes que es mejor no recordarlo. Sin embargo, Marc luchó contra la corriente, era mi gallardo caballero luchando contra un dragón, lo hizo por mucho tiempo y por eso llegué a creermelo que un día saltaría el obstáculo.

—Paloma, debemos irnos ya, cariño —gritó desde la habitación. Yo estaba en el baño, revisándome el peinado. Esa noche le harían un reconocimiento del colegio de abogados y estaba muy ansioso.

—¡Un minuto! —Me revisé de arriba abajo, estaba tan bonita esa noche. Tenía un precioso vestido Stella McCartney que él mismo me acompañó a elegir y me sentía como si fuese a alguna alfombra roja.

—¡Cariño!

Empezaba a desesperarse. Sonreí al espejo y tomé la cartera de sobre luego de guardar la barra de labios. Y salí a su encuentro.

Impoluto y majestuoso lo encontré vestido de frac, con un vaso de wiski en una mano, la otra en el bolsillo y parado frente a la ventana.

—Estás tan guapo que no quiero que nadie más te vea.

Se dio vuelta con mucho garbo, tenía puestas las gafas graduadas y junto a esa pequeña capa de barba sentí desfallecer mis rodillas. Pero él, él me miró sonriendo del modo más precioso con que pudo mirarme y sonreírme en secuencia alguna vez. Era como si yo fuese la criatura más bella del mundo. Esos ojos verdes me acariciaron despacio y luego se acercó para besar dulcemente mi mejilla.

—Soy yo el que debería esconderte para que nadie más te vea.

Nos tomamos de la mano y volvimos a mirarnos. Esa noche lo amaba mucho más.

Pero al salir de nuestra burbuja el ambiente era hostil y despiadado. Al llegar al lugar dónde se realizaría el dichoso evento; no me permitieron la entrada.

—Debe tratarse de un error —dijo mientras apretaba los dientes—. Es mi acompañante, soy uno de los condecorados.

—Lo sé señor y lo lamento —el pobre hombre no tenía la culpa y la actitud que estaba tomando Marc nos asustaba a ambos—. Pero la señorita no está en la lista y sin confirmación de asistencia es imposible que le permita pasar.

—¡Maldita sea! —Me agarró de la mano y me obligó a seguirle—. Nos vamos, no pienso aceptar esta humillación.

—Cálmate. —Intente no sonar triste y decepcionada aunque lo estaba.

Tomó el teléfono e hizo algunas llamadas, en todas acabó a los gritos.

—Vamos, Paloma. Cenemos en algún lugar y volvamos a casa.

No podía mirarme a la cara, solo tomó mi mano pero al notar que no hice intento de seguirle se obligó a hacerlo.

—Debes entrar, es tu noche. —Tomó mis mejillas entre sus manos y a pesar de estar enojado, consiguió que sus ojos me mostraran un toque de dulzura.

—No sin ti, amor. Sin ti a mi lado nada tiene significado.

Cerré los ojos automáticamente a causa del abismo de emociones que sus palabras me hicieron experimentar. Él tomó mis manos entre las suyas y las llevó a sus labios, las besó varias veces.

—No quiero dar más razones que alimenten esa descortesía. Entra, sonríe y vuelve a casa a contármelo todo.

—No. —Volvió a apretar mi mano y a dar un paso. Me solté y él se detuvo—. No lo hagas más difícil —suplicó.

—Te lo hago más fácil —llegué hasta él y le acaricié las mejillas. Cerró los ojos y tuve que pasar saliva para que mi voz sonara tranquila—. Dile que tenía trabajo o que no estoy en la ciudad. No le demuestres a nadie que esto te afecta, porque entonces, mi amado caballero de la armadura brillante, conocerán tu debilidad.

Me sonrió un poco y asintió.

—Haces de mí un idiota.

Me acerqué a su oído y susurré:

—Hago de ti, él hombre que realmente eres.

Nos dimos un beso y me acompañó afuera, esperó hasta que mi taxi se alejó. Y a pesar de que ambos disimulamos que no pasaba nada, sabíamos que ese era un golpe demasiado bajo y demasiado directo. Como una amenaza.

Al llegar a casa me bebí una copa de vino blanco y escuché un poco de música. Intenté subirme el ánimo para que al volver Marc, se encontrara con su chica la fuerte y luchadora. Pero no lo resistí, me acosté en la cama, bocabajo, sin zapatos y con toda la falda esplendorosa del vestido desperdigada por el suelo. Miraba a un punto fijo de las luces de los edificios y pensaba en el día en que nos cansáramos de nadar contra la corriente.

No me di cuenta cuando llegó, al entrar en la habitación apenas nos

miramos, él se quitó el saco, se soltó las mancuernas y los zapatos e imitó mi posición en la cama.

—¿Cómo estuvo? —pregunté después de un rato.

—Aburrido. —Acarició la línea de la raíz de mi pelo con la yema de sus dedos. Cerré los ojos.

—¿Quieres cenar?

—Solo si tú quieres, preciosa.

Nos sostuvimos la mirada.

—Marc... ¿y cuando te canses de llevarle la contraria?

—No es una cuestión de rebeldía, Paloma. Es dejarle claro que no puede decirme a quién amar —delineó mis labios y bajó por mi barbilla siguiendo la línea de mis facciones. Luego dijo solemne—: Tenerte conmigo es razón suficiente, nena.

Suspiré y cerré los ojos. Un momento después lo solté.

—No quiero que hagas esto, no quiero que lo desafíes. Si ya me desaprueba sin siquiera haberse tomado un momento para conversar conmigo... es que parece que desde antes de conocerme ya le caía mal.

—No hablemos de eso...

—Tenemos que hablar de ello, Marc. Porque hoy es borrar mi nombre de una lista de invitados... mañana no me lo quiero imaginar. Y aunque no dudo de lo que tenemos, sé que no se dará por vencido hasta conseguir que me dejes y estés con alguien que si cumpla sus expectativas.

Marc se acercó despacio y me abrazó llevándome sobre su pecho. Respiró profundo, olió mi pelo y dejó un beso en mi frente. La opresión de mi pecho se hizo sentir, el miedo a que sucediera lo desafiaba con decir en voz alta las palabras que no quería. Como si así alejara la amenaza.

—A ti solo debe importarte que yo te quiera, te apruebe y te invite a todos los momentos de mi vida. No tenemos más de qué preocuparnos, solo de querernos.

—El amor se desgasta.

—Cuando es verdadero, nunca muere.

Lo cierto es que el caballero bajó la espada y querernos dejó de ser suficiente.

27. Estar en casa



Salomón me despidió con muchos besos y abrazos prometiendo que haría hasta lo imposible por ir a verme en mi cumpleaños. Pero ya sabemos cómo se ponen los aeropuertos cuando está nevando, además de que él y Greg comentaron alguna vez que en el pueblo de Escocia dónde vive la familia, cuando nieva todo se detiene y no hay quien pueda entrar o salir.

Le dije que estaríamos hablando y escribiéndonos por el móvil ya que en casa de mi abuela habían puesto internet unos días atrás así que no viajaría a la prehistoria en cuanto cruzara la puerta.

Dormí la mitad del trayecto y la otra mitad leyendo *Perdida de Gillian Flynn*.

Estaba tan sumida en la lectura que no escuché el aviso de abrocharse el cinturón de seguridad y fue la azafata la que me arrebató de tajo de la lectura. Aproveché para cepillarme el pelo y ponerme maquillaje, no quería que mi madre me viese las ojeras a la primera. Que se fijara mejor en que estaba muy mona con mi nuevo corte y con dos kilos de más de los que Marcelo era responsable. Fliparía al notar que ya no se me marcaban tanto las costillas.

Luego de que me dieran la bienvenida al que también era mi país y de recoger mis dos maletas, fui a encontrarlos. Estaba muy ansiosa y con un nudo en la garganta que se desataría en lágrimas en cuanto les abrazara.

Ví a madre, ella no me vio enseguida, usaba las gafas graduadas con las que ve apenas nada y miraba hacia la salida opuesta a la mía.

—¡Mamma! —la llamé, ella despabiló y al verme se sorprendió y se llevó las manos a los labios.

Llegué a su lado y la abracé, terminamos llorando y limpiándonos las lágrimas la una a la otra.

—¡Mi niña bella!

—¿Y papá?

—No ha podido venir, tenía que supervisar la última cosecha del viñedo de los Santoro antes de que se asiente el invierno. Lo veremos a la hora de la comida.

—¿Quién te trajo? —Me preocupé—. Es muy temprano, no habrás cogido el coche usando esas gafas con las que ves apenas nada.

Mi madre se toqueteó las manos, nerviosa.

—Pues es que no ha venido tu padre, pero...

—Pero he venido yo.

La sangre se me bajó a los pies en un segundo.

—¡Mamá! —Me quejé.

—Es tu hermano, Paloma.

—Por eso mismo...

Luciano se acercó trayendo un par de cayenas que, podría jurar, le había robado al jardín de la abuela.

—Palomita... —retrocedí un paso y el avanzó otro—, vamos, hermanita. No puedes odiarme para siempre.

Corrí a esconderme detrás de mi madre. Era como volver a tener seis años.

—No tengo prisa en perdonarte.

Luciano siguió acorralándome y yo estaba demasiado asustada. Me esperaba cualquier cosa pero estaba dispuesta a evitarla aunque fuese correteando por todo el aeropuerto.

—Recíbeme las flores, leñe. No seas tan cruel.

—Mamá dile que se aleje de mí.

Mi madre negó con la cabeza, cogió mis maletas y avanzó arrastrándolas hacia la salida.

—Venga, Paloma —Luciano puso las manos en alto—. Años sin vernos y me recibes así. Por lo menos dime que me veo más guapo que la última vez.

Rebufé, me di vuelta y arranqué a correr como si de eso dependiera mi vida. Pero me olvidé de que era un ex mariscal de campo el que me perseguía. Cuando me atrapó grité como posesa. Me tapó la boca a las malas y se quejó cuando le mordí.

—Me avergüenzas, *pelusa* —rebufó, pero cargó conmigo hasta llegar al coche.

—¿Cuándo vais a crecer? —Mi madre quería parecer muy seria pero era todo lo contrario lo que se le notaba en la cara.

Cuando Luciano me abrió la puerta del copiloto, tuve que echar mano del aplomo para no tirarme a sus brazos a llorar. Estar en casa me ponía soberanamente sensible y vulnerable.

—*Ladies First.*

—Tu amabilidad asusta.

—Y tu prevención divierte.

El camino estuvo tranquilo, mamá me ponía al día con los acontecimientos de la familia. Luciano cantaba con voz de tarro. Sinceramente parecía que invocara a los espíritus. Decía que se sentía libre, que cantaba a lo que le daba emociones. Y vaya a saber a quién le decía: *Odio y te amo y luego amo y te odio*.

—Tu hijo está poseído, madre.

Él en lugar de responderme, cantó más fuerte y me lanzó dos frases a la cara:

—*¿Cuántos errores cometes antes de admitir que estás equivocado? ¿Qué haces para mejorar el mundo?*

—Está enamorado pero no quiere soltar prenda.

—¡Mamma! —Eso si lo obligó a responder.

—¿Lo estás? —Le miré fijamente.

Me miró un segundo.

—¿Qué? —se hizo el desentendido—. No.

—¡Estás enamorado! —chillé muy emocionada.

—¿No puedo cantar y ya?

—¿En italiano? —Mi madre y yo estábamos en la misma sintonía.

Luciano se encogió de hombros y aceleró sobre la vía del Littorale en Antignano para alcanzar pronto el desvío hacia la casa.

Compartí miradas con mi madre al bajar del auto mientras Luciano se encargaba de las maletas.

—No arméis un rumor de esto —advirtió serio—. Pienso ligarme una chica para pasarme las festividades.

—*Il lupo perde il pelo ma non il vizio* ^[9]—Me giré enseguida y alcancé a ver que la abuela le daba una colleja.

—¡Nonna! —Corrí a abrazarla— ¿Qué es lo que haces para que no te pasen los años?

—Comer mucha pasta, *mia ragazza*.

Nos abrazamos y nos dijimos muchas cosas en ese instante. Qué la extrañaba, que era mi abuela favorita, que nos sentaríamos a tejer en el porche y le permitiría ponerle un chorrillo de coñac al té. Que quería que me preparara cantidades ingentes de tiramisú y bizcochos de soletilla, que dormiríamos juntas y que una de esas noches que no pudiera dormir le contaría una historia que me estaba doliendo y me había empujado a córtame esos rizos que ella me

había heredado.

La casa de la abuela era como cruzar al país de nunca jamás. El tiempo allí no pasaba, los muebles eran exactamente los mismos, las fotos, los jarrones, las alfombras, la vajilla. Hasta las decoraciones navideñas y el pino eran los mismos. Olía a pan, a dulce, a huevos batidos, a café y a amor.

Me senté en la cama de la abuela y dejé escapar un suspiro. Necesitaba desintoxicar y en ese ambiente bucólico lo conseguiría. Estaba segura de que volvería de Italia totalmente renovada.

Con mi padre fue distinto el encuentro. Nos abrazamos y nos dimos dos besos pero nada lacrimógeno de por medio. Conversamos de la casa, de mi trabajo y del tema de moda en Norteamérica. Nada de Marc, cosa que agradecía porque no sabía cómo explicar, sin echarme a llorar, que me había cambiado por otra.

Esos días antes de navidad ayudé a mi madre y a la abuela con postres y comida para un banquete. En las tardes, Luciano y yo pintamos la cerca y las macetas del jardín y en las noches leía un rato. Mi padre y hermano estaban en un torneo de fútbol así que se iban luego de la cena. Mamá no preguntó por Marc, quizá porque adivinaba que era un tema del que no quería hablar. Una noche mientras terminaba el segundo libro de la semana, la abuela daba vueltas por la habitación.

—No vuelvo a alcahuetear que tomes tanto coñac. Te desvela.

—No es desvelo, hija. Es que estoy pensando en lo que queda pendiente para mañana y no sé lo que es.

—Está todo, abuela. Papá irá al puerto en la mañana a por el pescado y el tío llega al medio día, Luciano está encargado de ir a recibirles

Empezó a nombrar cada cosa que había cocinado hasta que lo dijo.

—¡El carbón!

—¿Carbón?

—Sí, lo que le traerá la *Befana* a Luciano por no portarse bien.

—Abuela, Luciano tiene treinta y cinco años. ¿Crees que la *Befana* aún lo recuerde?

—¿Qué me dices? Si no ha dejado de ser un pillo. Pero a ti te traerá dulces y regalos.

Sentí nostalgia de esos años cuando creíamos en que realmente había una anciana que volaba sobre una escoba y entraba por las chimeneas para dejar regalos y dulces, o carbón.

Al final se acostó pidiéndome que pusiera un recordatorio en mi

teléfono de que debía hacer el carbón de Luciano. Dejé la lamparita de mi lado encendida mientras leía. Despegué los ojos del libro y noté que movía en los dedos las cuentas de un rosario. La abuela estaba desvelada y se puso a rezar.

—¿Quieres que te cuente lo de Marc?

—Solo si tú quieres, *ragazza*.

Suspiré y empecé a contárselo sin omitir detalles. En ocasiones me preguntaba cosas que no entendía, otras suspiraba o me decía: *Ay cielo ¿esas cosas se pueden hacer en la cama?* Y me daba vergüenza con mi pobre abuela. Cuando era yo la que soltaba esas frases como, que no debía ser tan confiada, ella decía: *Chi ama, crede*^[10] o *Al cuore non si comanda*.^[11]

Acabé llorando sobre su regazo y diciéndole que lo amaba tanto que si me pedía perdón y que nos fugáramos, yo lo haría sin pensármelo mucho. Creo que de todo lo que dijo solo una cosa me hizo pensar en que lo que sentía por Marc no era más que un espejismo, o en su defecto, que estaba haciendo de la lluvia una tormenta:

—Esos amores tan inmediatos e intensos, tienden a caer porque corren en lugar de caminar.

La mañana, víspera de navidad recibí las llamadas de Rachel, Mariah y Sarah. Nos deseamos feliz navidad y que al volver nos daríamos los regalos. En la tarde video llamada con Salo y Greg. Grace me envió un mensaje y dijo que no me llamaba porque estaba afónica pero que estaban bien y que su madre se había enamorado de Richard. En medio del ajeteo por terminar la limpieza de la casa, la organización de las mesas en el jardín y que mi padre no encontrara el pescado que la abuela había pedido; se nos fue el día. Picoteamos como pájaros un plato de espagueti para la comida. El tío Federico y Perla llegaron antes pero se quedaron comprando obsequios, por su lado llegaron los primos Alessio con su esposa Elba y los gemelos Adriano y Andrea. Mi prima Antonella llegó sin esposo pero con su bebé de brazos: Carlotta. Luciano estaba perdido y no respondía el teléfono, la abuela se fue a la iglesia con mi madre y yo preparaba amarettis y hablaba con Antonella y Elba de bebés, dolores de parto, caca y biberones.

—He llegado, familia. Que griten las chicas solteras—se anunció Luciano—, porque no vengo solo.

Me imaginé que tenía una conquista a la que invitaría a la cena, me di vuelta para ver de quien se trataba. Seguro que amor si había entre ellos, pero

a Luciano la única barba que le gustaba era la suya.

—¡Marcelo! —Solté muy sorprendida.

—*Ciao* —saludó con una sonrisa—. Luciano ha insistido en hacerme venir antes.

—Siéntate —le señalé una de las sillas junto a las chicas—. Pensé que no tendrías vacaciones.

—La familia de Filippo viajó a verle así que decidimos que me tomara estos días. Pero me aseguré de que no falten postres. Y Pipo quedó al cuidado de uno de los pinches.

Nos reímos. Luciano carraspeó y al verle su expresión era confusa y divertida a la vez, también la de mis primas. Caí en cuenta de que 1. Hablábamos como si estuviéramos solos y 2. Para los demás era extraño que tuviésemos ese grado de confianza. Así que las mejillas se me pintaron de rosa.

—Marcelo está viviendo en la casa de sus padres, es mi vecino. —Aclaré y me di vuelta para meter las galletas al horno.

—¿Cuánto reposo les diste? —Marcelo me tomó la bandeja antes de que pudiera meterla.

—Tres horas, creo.

—Debes esperar una o dos horas más. Las que comiste las dejo seis horas.

Otro carraspeo de Luciano que se mordía una uva y nos miraba muy interesado y con una sonrisa pícaro tatuada en los labios. Que, por supuesto, mis primas también tenían.

—Soy chef —dijo él.

—He comido en su restaurante —dije yo.

Luciano se carcajeó, negó con la cabeza y salió de la cocina.

—Tengo que cambiarle el pañal a Carlotta. —Se excusó Anto.

—Yo no sé de mis hijos desde hace un buen rato —dijo Elba.

Me sentí realmente apenada con Marcelo.

—Ya tengo el horno caliente. Podría poner el pescado.

—Pero Marcelo no come pescado, hija —dijo mi abuela, oportuna y muy enterada de los gustos de mi vecino.

—¿No?

El negó con la cabeza.

—Pero no eres vegano...

—No, solo que no como pescado. Del resto del mar lo que sea. Pescado

no.

Lo entendí a mi manera, no come pescado porque los tiene de mascota. Si comer gato fuese común yo tampoco comería.

—Te tengo calamares en salsa de tomate y vino tinto —le palmeó el hombro—. Sé lo que te gusta, ragazzo. Estoy vieja pero no desmemoriada.

Había un hecho innegable en esa cocina. Mi abuela era mi abuela. Pero Marcelo había vivido en Italia, su abuela y la mía fueron grandes amigas, nuestros abuelos lucharon juntos en la Segunda Guerra. Toda una telaraña nos iba envolviendo.

Fue una noche preciosa. La navidad anterior estuve ausente así que en dos años pasaron muchas cosas. Los Occhiato ya eran abuelos por parte de Paolo que vivía en Australia. Mellea estaba prometida a un político británico y Marcelo estaba enamorado de un horno, palabras de su padre.

Papá fue el *Babbo Natale* ese año y para todos hubo regalos y dulces. A mí me llegaron vestidos y bufandas, abalorios y perfumes. Iba a tener que comprarme otra maleta.

Dos días después Luciano me invitó a dar un paseo al puerto. Acepté pero me arrepentí luego. Se le ocurrió que nos fuésemos en la vespa y juró que más de una vez nos vi estampados contra una pared o bajo un coche. Cuando llegamos yo ya había pasado el livor mortis.

—¿Planeas matarnos? —dije con apenas voz y sintiéndome muy agradecida de tocar el suelo.

—Necesitas aventura en tu vida, Palomita. Riesgo y adrenalina.

—Tócate las narices.

Me puso morritos y me invitó a caminar. Estuvo callado un rato, como buscando las palabras y al final lo soltó.

—Vamos a sacar las castañas del fuego porque no quiero estar mal con mi única hermana.

—Ajá —rebufé.

—Es en serio, Paloma, tu sabes que yo te... bueno. Que somos hermanos y debemos estar bien.

—¿Ibas a decir que me quieres? ¡Já! Lloraste e hiciste huelga de hambre cuando te enteraste de que venía al mundo. Eso no es amor de hermano.

—Tenía seis años...

—Tuviste cinco para planear todo lo que me harías.

—¿Vas a seguir lloriqueando como una cría o vas a escucharme? Eso es pasado, además, tu infancia fue única gracias a mí.

—Habla de una buena vez. —Contuve una sonrisa.

—Llevas mucho tiempo pagando esa deuda. Yo no te he dado ni un dólar, pero estoy a muy poco de poder pagártelo, al menos por cuotas.

Suspiré. Era hora de hablar de dinero, qué emoción.

Me abracé los codos, corría una brisa helada y una capa densa de neblina cubría la costa. Aun así me relajaba el sonido del mar y el olor a salina. Ese siempre sería un buen lugar para conversaciones importantes, perpetuar momentos o sentarse a pensar y tomar decisiones.

—Ahora en qué “proyecto” estás metido.

—No lo digas con desprecio. Sé que en treinta y cinco años no he conseguido nada significativo en mi vida, pero es que no había conseguido lo que me apasionaba, teniéndolo en las narices.

—¿Y qué es?

—Vinicultor.

Dejé caer los hombros.

—Estás de broma.

Dejamos de caminar, Luciano me tomó de los hombros haciendo que le mirara. Sus ojos azules tenían un cierto velo de tristeza y fue cuando me fijé en que estaba envejeciendo, se le marcaban las líneas de expresión que su semblante joven contrarrestaba bastante bien.

—Ya sabes que lo que intenté con la inversión en la bolsa, se fue a pique, me quedé sin nada y tú asumiste la deuda. Vamos, que monto y circo y me crecen los enanos. Ya sabes que luego de que nos tiráramos los trastos a la cabeza, salí corriendo y no supiste más de mí... hasta hoy.

No sentamos sobre la arena. Ambos nos abrazamos las piernas. Le miré de reojo mientras hablaba, el viento jugaba con sus rizos rubios mientras su mirada estaba clavada en el inmenso mar.

—Debes tener una razón poderosa para hacerlo después de cinco años y de haberte ido al quinto pino.

—No estaba en el quinto pino, vivo en Napa. Marcelo tiene una casa allí que alguna vez fue viñedo. Yo me hice cargo de la remodelación y como pasé tiempo con su abuelo, aprendí a hacer vino artesanal de alta calidad. Papá me dio un dinero para invertirlo en el proyecto y me envió a alguien experto, prácticamente solo me encargué del cultivo y lo demás. ¿Te aburro? —preguntó de repente.

—No —negué también con la cabeza y le miré—. Me quedé pensando en que Napa está en California. No estabas tan lejos.

—No te iba a dejar sola.

—Sigue, quiero saber más.

—Pues, que estoy por sacar la primera cosecha al público. El catador le ha dado el visto bueno y ahora viene el proceso de crear una marca, darla a conocer... de eso sabes tú.

—Puedo ayudarte, si quieres.

—Gracias. Sinceramente por eso vine. No confiaría en nadie más para dar este paso y quería compartirlo contigo. Marcelo consiguió que algunos de sus amigos con restaurantes en el país lo incluyan en sus cartas y él en el suyo también.

—Qué te digo, Luciano. Me dejas muy sorprendida. Pero muy contenta y orgullosa a la vez —le toqué el antebrazo—. Cuentas conmigo, le pediré a Salomón que me acompañe para hacer algunas fotos y conocer mejor la historia. Nos tardaremos un poco si queremos que sea un éxito.

—Tú eres la experta, *pelusa*.

Me estremecí al escuchar su tono dulce. Quise abrazarlo. No sabía si se lo tomaría bien y no lo hice. Pero él si me abrazó.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo estoy?

—No engañas a nadie, *pelusa*. Estás mal y ese pijo de mierda tiene la culpa. Es que no sé cómo no me fui a Nueva York y le partí la cara.

—Luciano, no quiero hablar del tema.

—Lo sé. Por eso no quiero preguntar. Pero sí que te enteres que en ese viaje que hicisteis hace casi un año para presentarlo a nuestros padres, le dejé muy claro un par de puntos. A pesar de que puso su cara de póker, leí fácilmente que no es trigo limpio propiamente.

—¿Qué hiciste qué cosa? —Me separé y le miré muy sorprendida.

—Soy tu hermano mayor, hice lo que debía.

—¿Por qué tienes que ser tan troglodita?

Mi hermano dibujó líneas en la arena mientras sonreía.

—Te quiero, lo sabes bien. Y le partiré la cara a ese gilipollas en cuanto lo vea. —Un troglodita único.

Ese era Luciano, el macarra de toda la vida.

—Yo también te quiero, mariscal.

Nos separamos y se me quedó viendo, cambiando la expresión a una de hermano mayor preparando una monserga.

—Aclarado ese tema... dime qué hay entre Marcelo y tú.

La garganta se me cerró, ¿Dé dónde suponía él que algo pasaba entre nosotros?

—No pasa nada.

—¿Y esas complicidades? —Curvó una ceja y apretó los labios.

—¡Ay Luciano! Tú lo conoces mejor que yo.

Asintió y me dio una mirada como de escáner.

—Eso es cierto. Marcelo no saldría contigo. No eres su tipo. A él le gustan las chicas malas que lo hacen sufrir.

—Es un alivio.

¿Lo era?

28. Precipitándonos



Estaba navegando por páginas de viajes, buscando el lugar perfecto para festejar nuestro tercer aniversario. Se me antojaba mucho París. Recordé el viaje ese verano, celebramos nuestro segundo año en un viaje a las Bahamas. Fue alucinante, hicimos todo tipo de actividades marinas, caminamos mucho, comimos cualquier platillo exótico del caribe, bailamos, nos besamos, nos miramos y tuvimos la plena certeza de que serían muchos más.

Que sí, que cada día teníamos una lucha más con nosotros mismos que con lo que nos rodeaba, que a veces era imposible que yo pudiera estar en su casa, que empecé a tener más viajes y como me asignaron un grupo de trabajo más amplio debía hacerme cargo de un montón de cosas y muchas veces salía tarde y demasiado cansada. Que Marc me adecuó una habitación como despacho y que cuando me dormía sobre el escritorio me cargaba y me llevaba a la cama. Él manejaba una cartera de clientes muy amplia y apoyaba una fundación para el restablecimiento de los derechos de las mujeres, hacía consultoría jurídica gratuita, impartía una cátedra en Columbia...

Él al ser mayor sabía lo que quería alcanzar y cómo hacerlo. Seis años son bastante diferencia entre quien ya está establecido en su trabajo y quien está en pleno proceso. Pese a mi paso frenético laboral, Marc no se quejaba. Era paciente, comprensivo y como ya he dicho, era a quien acudía cuando tenía un problema, cuando estaba apabullada o cuando sentía que no podía más y que estaba tan cansada que necesitaba de él para poder dormir.

Recuerdo una noche, era muy tarde ya, hacía frío y yo estaba sentada frente al ordenador revisando una presentación que tendría al día siguiente con los jefes. Marc llegó con una tizana y galletas de chocolate. Me besó en la mejilla y me acarició la cabeza.

—¿Te falta mucho? —susurró a mi oído.

—Espero que no —respondí desanimada.

Besó mi frente y me dejó a solas. Miré a la pantalla a la tizana y sentí la urgente necesidad de salir de allí, llevaba dos días pegada al ordenador, Marc

me llevaba la comida y no habíamos dormido juntos la noche anterior. Salí de allí asustada, agitada. Como si al abrir la puerta del cuarto él no fuera a estar allí.

Pero estaba, terriblemente sexy. Con las almohadas en la espalda, las gafas graduadas, la luz de una lamparita y unos documentos que leía. Me vio casi correr hasta él y apenas le di tiempo a dejar las hojas de lado. Me subí sobre sus piernas y lancé los brazos alrededor de su cuello, hundí la nariz en el valle de su cuello y aspiré su olor para llenarme de él. Enseguida me sentí mejor. Él respondió acunándome como a una niña y besando mi frente. Allí, en silencio, apenas oyéndose nuestras respiraciones, me acarició dulcemente y me dijo que imaginara que en sus brazos hallaba paz. Y es que no debía imaginarlo, enseguida la tensión y el estrés se disiparon. Cerré los ojos y me dormí. Marc me daba y me quitaba el aliento.

Por eso debía ser especial y preparar cada detalle. Estaba muy emocionada porque el año estaba terminando y pasaríamos esos días en Southampton.

Grace me envió un mensaje por Whatsapp pidiendo que le prestara un tampón. Yo le dije que no estaba segura de tener, que revisaba y si no tenía iría a comprar. Cuando llegué al baño y me encontré las compresas y los tampones sin usar desde el mes anterior, la sangre se me bajó a los pies. Me mareé un poco y luego me fui a la aplicación donde anotaba las fechas de mi periodo.

La garganta se me cerró. No me había bajado en la fecha de siempre. Luego me fui al blíster. Me había saltado, así a troche y moche, dos semanas.

¡Madre del amor santísimo!

Me senté en el inodoro y empecé a recordar qué semanas dejé de tomarme la píldora y si coincidían con los asaltos sexuales. ¡Cómo no! Si por más que estuviéramos muertos de cansancio, siempre terminábamos por relajarnos de ese modo.

¡Joder, joder, joder, joder!

Un mensaje de Grace me hizo reaccionar. Fui a dejarle los tampones y fui a por el bolso, un minuto después caminaba buscando un taxi. Por el camino le escribí a Marc que era urgente y que estaría esperándole en su casa. Cuando llegué él ya estaba esperándome.

—¿Estás bien? —Me abrazó. Yo le miré, angustiada y me senté en el sofá.

—Siéntate y por favor, escucha antes de que reacciones de alguna manera.

Marc juntó las cejas, pero no se sentó.

—¿Qué pasa?

Tragué saliva con dificultad y me apreté los dedos.

—Tengo un retraso, dejé de tomarme la pastilla por dos semanas y no me he hecho la prueba.

Ví que también tragó con dificultad. Me miró de arriba abajo y se sentó a mi lado.

—¿Cuándo debía bajar? —preguntó demasiado tranquilo para lo que acababa de soltarle.

—El trece.

—Hoy es veintiséis —hice un sonido con la garganta para afirmar—. ¿Cuáles fueron las semanas?

—Las dos últimas.

Me tomó la mano izquierda, las suyas estaban un poco frías.

—¿Crees que puedas estar...?

—No lo sé.

Suavemente me llevó hasta él y me besó la cabeza. Luego elevó mi mentón para que le mirara.

—Vamos a esperar unos días, pide un permiso en el trabajo para hacerte unas analíticas. No confío en las pruebas de farmacia.

—Marc y sí... —Me calló con un beso.

—Tengo que hacer unas llamadas y sabes que viajo en la noche. Cuando vuelva del viaje veremos el resultado y lo hablaremos. ¿Vale? —Me dio otro beso y regresó a su reunión.

Durante su viaje yo me olvidé un poco del asunto porque el trabajo no me daba tregua, no me hice la prueba hasta el viernes y los resultados me los darían el lunes siguiente.

A su regreso, luego de la cena nos acostamos en la cama. No sé si a ambos el tema nos había dejado la libido congelada, pero sinceramente ninguno hacía el más mínimo movimiento que desencadenara acabar desnudos y jadeando. Esa noche nos acurrucamos a ver el capítulo de final de temporada de una serie. De pronto Marc apagó el televisor y trenzó sus dedos con los míos sobre mi vientre.

—Van tres semanas, yo creo que estás embarazada.

La piel se me erizó, es cierto que siempre he querido tener hijos. Siempre lo pensé, pero no sabía si él los quería y si era el momento para ambos. Aunque ya puestos lo más sensato era asumirlo.

—¿Qué vamos a hacer? —La voz apenas me salía.

—¿Cómo que qué vamos a hacer? —Marc no sonaba enojado, ni alterado. Yo podía jurar que en su serenidad se palpaba alegría.

—Pues, mis padres los tuyos, el trabajo...

—Mi vida —me estremecí, me llamaba mi vida solo cuando iba a decirme algo muy importante—, el trabajo y nuestras familias son importantes pero no prioritarios. Lo que debemos pensar es en que vamos a tener que mudarnos juntos porque no quiero que estés sola, no quiero perderme de nada. Y que ya no podrás trabajar tanto porque vas a sentirte muy cansada, que pondré a alguien que te cuide las comidas y buscaremos un buen médico. Y habrá que casarnos porque así de tradicional soy yo...

El corazón me dio un brinco.

—No hablas en serio. —Intenté bromear.

—Siempre hablo en serio, nena. Creí que lo sabías.

—Pero casarnos...

—¿Qué tiene? Prácticamente vivimos juntos.

—¿Y sí...?

—¿Y si esto es todo lo que debe pasarnos para que demos ese paso definitivo? —Me giró hacia él—. ¿O eres tú la que le huye al matrimonio?

Me reí.

—¿Quieres? ¿De verdad es lo que quieres?

Me besó las mejillas y luego los labios.

—Mi Paloma, yo contigo lo quiero todo. Vamos a casarnos.

—Tu padre no va a permitirlo.

—¿Quién te ha dicho que vamos a invitarlo? —sonrío tan ilusionado—. Es más, nos casamos el martes, deja que haga unas llamadas. Solo tú y yo en el ayuntamiento. Elige a tu persona de confianza para que sea tu testigo, yo llevo a Ben.

—¡Estás loco! No podemos casarnos de un día para otro. —Le cubrí los labios con mis manos.

—Si me enamoré de ti con un beso por qué no podemos casarnos dos días después de proponértelo.

—¿Lo haremos? —Le miré entre emocionada e incrédula.

—Lo haremos, mi vida. Somos uno de esos amores que valen la pena.

No necesité una palabra más. Ese Marc loco y romántico podía conmigo cuando y donde quisiera. No necesitábamos más, solo él y yo.

El lunes me olvidé de los resultados por estar buscando un vestido y el

modo de decírselo a Salomón sin causarle una apoplejía. Él, que se toma todo con mucha calma, primero pensó que era una broma. Cuando se lo expliqué todo, dijo que no le gustaba lo que ese afán le traducía y que ni siquiera estaba segura de estar embarazada o no.

—Pero es que no tengo que estarlo.

—Pero es lo que lo ha orillado a precipitarse de ese modo.

—Salo, por favor di que sí.

Se cruzó de brazos y miró por la ventana.

—No quiero cargar culpas después, aunque seré muy culpable por acolitar semejante locura.

—Prometo no quejarme contigo si algo sale mal. Solo acompáñame mañana.

Se dio vuelta, apretó en los labios una sonrisa agriada y asintió.

—Gracias. —Salté a sus brazos.

—Espero que sepas lo que haces. Ambos.

Lo supiéramos o no, ya estaba decidido. Marc consiguió que nos recibieran a última hora de la tarde y Jake aceptó darme la tarde libre luego de que le dije que tenía hora con el médico.

Esa noche no dormí, estaba muy ansiosa para poder hacerlo y metida entre las sabanas solo me imaginaba cómo nos veríamos, lo que diríamos, cómo le besaría...

Finalmente en alguna hora de la madrugada me dormí.

En la mañana esquivé a Grace para que su suspicacia no me pillara escondiéndole semejante bomba. Iba a matarme y no solamente ella. En el trabajo hice algunas cosas y me escabullí a la hora del almuerzo a casa de Salomón donde me pondría el bonito vestido beige falda corta y acampanado con escote princesa que conseguí por internet y me llevaron a la oficina. Allí iría una chica a peinarme y maquillarme. En la mañana Marc me había enviado una foto de una cajita de terciopelo azul, imaginé que eran los anillos. Estaba tan feliz que parecía mentira.

Media hora antes estuve preparada, me miré al espejo y suspiré. Mi padre iba a sentirse triste por hacerlo como a escondidas, pero estaba segura de que luego haríamos una ceremonia allí y él me llevaría de brazo hasta el altar.

Cuando Salomón me vio me regaló una de sus bonitas y dulces sonrisas, besó mi frente y me deseó lo mejor. Luego nos fuimos al ayuntamiento. Por el camino llamé a Marc y no me respondió. Yo, en mi ingenuidad, no imaginé

nada terrible.

Horas después de esperar sentada en una triste silla de madera oscura viendo cómo se casaban otras parejas y con Salomón mirando fijamente a la puerta. Me levanté y me fui. Me contuve de llorar, de soltar una sola lágrima.

Podría estar preocupada, era la otra cara de la moneda. Que le hubiese pasado algo. Le pasaba su padre pero eso no lo supo Marc. Fue Ben quien sí me respondió y me dijo que había llegado a buscarle y ellos discutían.

Un poco a lo *drama queen* o copiándolo de alguna película. Me metí en la bañera con el vestido puesto y una botella de vino. Lloré, allí sí lo hice. Pero en silencio, torturándome con las palabras que me dijo, con su forma de convencerme y hacerme una imbécil. Experimenté un sentimiento tan decepcionante que me hizo creer en que algún día lo odiaría tanto como lo amaba.

Luego fue Salomón quien me sacó de la bañera, me obligó a comer y ponerme algo seco.

—Soy muy imbécil.

—Yo te diré quién es el imbécil. —Salomón estaba contenido, pero se le notaba el cabreo.

—Le creí...

—Churri —me abrazó a su pecho—. Tú lo amas y él se aprovechó de ello. Espero que tenga una explicación muy buena que le evite una visita a Emergencias.

Esperé toda la noche metida en la cama de Salomón y Greg a que Marc llamara, dijera algo, diera la cara.

No, tampoco eso sucedió.

Antes del amanecer llegó un mensaje:

Marc: El resultado dio negativo. Creo que nos apresuramos. No estamos preparados aún para da el gran paso.

Y ya.

Eso fue todo, Paloma, te tiro la bomba, boom. Ve qué haces con eso.

—¿Era él? —Salomón se dio vuelta en la cama.

—Sí —dije con apenas voz.

—¿Qué dijo?

—No importa, Salo. —Me levanté y busqué mi ropa.

—¿Adónde vas, Churri?

—A casa. Cambiaré el boleto que compramos para la luna de miel. Si me quedo en Nueva York terminaré ahogada en mis lágrimas.

Salomón también se cambió de ropa y me llevó hasta Brooklyn. En todo el recorrido no dije una sola palabra. Simplemente, abrace las piernas contra mi pecho y miré por la ventana. Huir de lo que hace daño no es cobardía, es una medida de protección.

Salomón esperó a que armara una maleta, Grace no supo que estuve allí. Sin embargo, le dejé una nota diciéndole que me había tomado unos días con Marc. Lo sé, seguía protegiéndole. Pero decir la verdad, en ese momento, habría desatado un montón de discusiones para las que estaba muy agotada.

Antes de salir me bajó la regla.

Me tragué las lágrimas y exhalé despacio. Al parecer era cierto eso de que nada ocurre por casualidad.

En el auto, Salomón preguntó cuánto tiempo me tomaría de descanso, para pasar el justificante al jefe.

—No lo sé, quizá hasta el próximo lunes.

—Paloma...

—No quiero hablar de ello, Salo. —Cerré los ojos y descansé la cabeza en el cristal de la ventana.

—Pero debes saber que si te lastima no es amor, menos el de tu vida.

No respondí, me limité a cerrar los ojos. Luego cogí el primer vuelo a Italia.

Allí fue cuando todo empezó a ir en declive.

29. La primera es por inocencia



Justo a las doce y mientras terminaba otro libro me entraron mensajes de mis amigos.

Suspiré hondo.

—Bueno Paloma, tienes treinta ¿dónde está tu casa preciosa como un palacio, el perro, el jardín, los niños y el esposo?

Cerré el libro, me quité las gafas graduadas y me levanté de la cama para ir al baño. De camino, el fuerte sonido de unas trompetas me dio el susto de la vida.

—¡Virgen santa! —expresó mi abuela, poniéndose la mano en el pecho — ¿Qué es esa algarabía?

Me acerqué a la ventana y corrí la cortina. No podía ser obra de nadie más que de Luciano.

Un mariachi, Marcelo y mi hermano.

—¡¡Pelusa!! —Empezó a gritar—. ¡¡Pelusa despierta!! Tu romeo y tu hermano te han traído serenata.

¿Mi romeo?

—Hija, ve a hacer que se calle. A tu hermano se le fundió la neurona que le quedaba.

Me abrigué un poco y bajé, por el camino me fui encontrando al resto de mi familia frotándose los ojos y bostezando.

Abrí la puerta y Luciano me bañó en champaña

—¡¡¡Joo... der!!! —grité

—¡Feliz cumpleaños, pelusa! Hace treinta años que llegaste para ser mi sujeto de pruebas.

Se empinó la botella. Estaba muy borracho.

—Yo solo lo acompaño. —Se excusó Marcelos y levantó las manos. Me abrazó, luego me besó las mejillas.

Mi hermano nos bañó a ambos. De fondo el mariachi tocando. Atrás mi familia gozándose el espectáculo.

—Debí imaginar que perdonarte me saldría caro. Te voy a odiar mucho

y muy fuerte mañana.

Mi hermano me abrazó por los hombros, y a las malas, me hizo probar el champán.

—Son treinta, no pueden pasar sin pena ni gloria. O con una tarta de la abuela y sanseacabó. Debes celebrar por lo alto, como una boda gitana.

Mi papá llegó hasta nosotros.

—Ya estuvo bueno, Luciano. Manda a esa gente a su casa y vete a dormir.

Intentó chistar pero Luciano guarda un profundo respeto por mi padre así que obedeció. Marcelo se despidió y bañado en champaña se fue a su casa luego de que ayudó a subir a mi hermano. Yo pasé un rato largo en la ducha, luego secándome el pelo. Cuando salí, la abuela me tenía café tocado con brandy, para calentarme porque bañarme a esa hora era un suicidio.

Por suicidio iba a hacer pasar la muerte de Luciano. Palabrita de honor

Desperté con las voces y risas de los críos jugando en el jardín. Me giré para ver la hora en el móvil y me encontré un ramo de rosas rojas en la mesa. La piel se me puso de gallina y me obligué a respirar para no llorar.

Rosas rojas, muchos recuerdos y todos duelen.

Maldito Marc.

Seguramente quién las recibió no tuvo interés en saber quién las enviaba y es que tampoco tenían tarjeta. Por eso supe de quien se trataba y porque las rosas rojas tenían significado en nuestra historia.

Las dejé en el baño luego de que me vestí para el día. Le hice honor a la abuela con uno de los vestidos que me tejió. De un bonito color azul polvoso, cuello alto y casi a la rodilla. Mi abuela que lo hacía todo a ojo de buen cubero, me tenía leídas las medias. Usé unas de mis atemporales e imprescindibles medias de liga, esta vez de lunares negros y unos bonitos botines moteros. Que en el espejo no me veía como de treinta pero dice mi madre que mejor ser que parecer cuando se trata de años.

Con el desayuno se esmeraron. Había panettone, macedonias, sirope de chocolate y otro montón de cosas que aunque puse empeño, no me cupieron.

Salomón llamó para excusarse, la nieve los tenía atrapados y casi incomunicados porque le escuchaba como metido en una cueva. Las chicas enviaron videos cantando con sus familias el cumpleaños feliz y me hicieron llorar como una tonta. Hasta mi jefe me dejó una felicitación en el correo.

En el saloncito de costuras pasé un rato con un bordado de una camisa que mi madre cosió y que yo le llevaría a Grace y le daría cuando naciera su

bebé. Mi madre ya tenía preparado el regalo para Mariah y yo quería quedármelo porque era demasiado bonito pero que, aunque quisiera, no me lo podría poner para irme de compras o de copas, era para una ocasión tan especial como casarse. El teléfono antiguo sonó y me hizo ilusión saber que todavía funcionaba. Enseguida recordé cuando alguna de las madres vecinas llamaba para invitarme a jugar a sus casas o a ir a fiestas de cumpleaños.

—*Pronto?*

—¿Paloma?

—Sí... ¿Marcelo?

—Sí.

—¿Buscas a Luciano, por qué no usas el móvil?

—Porque si no lo tiene él, entonces lo perdí anoche.

—Le preguntaré si lo tiene.

—Sí, pero después. No llamo para eso, llamo para darte la enhorabuena... otra vez. —Se escuchaba muy nervioso.

—Pues, muchas gracias.

—Bueno era eso...

—Genial. Te veo luego.

—Sí... Paloma...

—Aquí estoy.

—¿Podrías pasarte por casa un momento? Es que quiero darte algo.

Me ruboricé vaya a saber Dios por qué. O tal vez me hacía una idea.

—Pues, si no puedes venir...

—Poder puedo, pero prefiero que sea un lugar donde nadie suponga algo que no es. Y hoy no están mis padres.

—Te veo en un momento.

Guardé el bordado y fui a la cocina a decirle a mi madre que saldría un rato y que me cogía la vespa. La casa de Luciano estaba una curva debajo de la mía, pero es que planeaba darme un paseíto por la plaza y ver al resto de la humanidad.

Cuando bajé de la moto, Marcelo ya había abierto la puerta. El ruido que hacía *la topolina* servía de despertador. Tenía toda una vida esa pobre en la familia DeLuca.

—Reconocería ese sonido en cualquier lugar. —Nos saludamos con dos besos.

—Yo también. —Rehuí de sus brazos y me abrí camino dentro del salón. Pasamos a la cocina. La casa de los Occhiato sí había sufrido mejoras y

su interior era más moderno.

—No recuerdo la última vez que estuve aquí.

—Para los doce de mi hermana, creo.

El recuerdo vino vivido a mi mente. Estábamos todas las chicas sentadas en sillitas comiendo tarta cuando mi endemoniado hermano nos tiró encima una palangana repleta de grillos y ranas.

—Yo debería mandar a Luciano a Guantánamo.

—Eran simples grillos. —Se burló.

Lo miré muy feo.

—Venga, no te enojés que eso ya pasó. Además, la zurra nos las llevamos nosotros.

—No sé por qué te hablo, la verdad.

—Porque así somos de inevitables, Paloma.

Se encogió de hombros y fue al refrigerador.

—Cierra los ojos —dijo desde allí.

—Que no sea una rana de chocolate, no las puedo ni ver.

—¡Ciérralos, leñe!

—Ya va, cascarrabias.

Se me contrajo el ombligo de expectación. Que no fuera otra de las ideas locas de Luciano que él acolitaba muy orondo.

—Ábrelos.

¿Alguna vez has estado en la capilla Sixtina? Pues es como entrar al cielo de las obras de arte. Eso mismo sentí al abrir los ojos y ver frente a mí una preciosa, redonda y muy mullida tarta de tiramisú con macarons encima. La biblia debía actualizarse al momento de la creación tal que así: «Y el séptimo día, Dios entró a la cocina y creó el tiramisú».

—¡Te como, Marcelo! —Solté anonadada.

—Prueba y dime si te gusta —dijo sonriente.

Pues que tuve EL orgasmo culinario *ipso facto*. Eso ocurrió. Esta vez el sabor del amaretto era más intenso y el café más amargo lo que lo convertía en una mezcla perfecta y delirante.

—¿Tiene limón?

—Sí, un toque griego que va muy bien.

—Te voy a hacer un contrato de tiramisú de por vida.

—Si no eres de las que le preocupan las calorías...

—No —dije con la boca llena, era una tragaldabas—. Moriría pronto de lo gorda que me pondría, pero más feliz que nadie. No me preocupa eso del

peso. Siempre he querido tener más carnitas pero simplemente no se me da.

—¿Cuándo escucharé a una mujer contenta con lo que tiene? —incordió.

—Pues a mí, que no me importa mucho el empaque.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Prueba con esto —me enseñó un tarro de Nutella—. A algunos clientes les gusta ponerle.

—Yo prefiero disfrutar de los sabores por aparte.

No supe en qué momento se untó los dedos y me los pasó por la cara.

—¿Ah sí? —le reté—. Con que esas tenemos.

Me unté las manos. El agarró el bote y se levantó, le alcancé junto a la nevera y le unté el cuello.

—¿Quieres guerra?

Se dio vuelta y con sacudir la mano me untó de Nutella hasta en los ojos.

—¡Ay! —Me quejé mientras me limpiaba los ojos con el vestido. Marcelo dejó el tarro y se preocupó.

—Lo siento —se acercó para mirarme el ojo. Yo aproveché para empujarle y dejarle las manos marcadas en la camisa. Me agarró las muñecas y forcejeamos por el tarro. Mi espalda chocó con la pared. Marcelo rebotó y quedó pegado a mí. Nos miramos, ninguno dijo nada... con la boca. Pasé el dedo por su mejilla untada de Nutella y luego la chupé. La nuez de su garganta subió y bajó. Me pasé la lengua por los labios, un segundo después los labios de Marcelo se acercaban estrepitosamente a los míos. Miré a sus ojos de caramelo mientras se inclinaba y apreté las manos en la tela de su camisa. Su mano izquierda se metió entre mi pelo y la derecha se acomodó en mi cuello.

Cerró los ojos en un gesto que me pareció brutalmente sensual. Cuando cerré los míos me olvidé del planeta. Sus labios resbalaron sobre los míos y se apretaron ligeramente. El corazón me palpitaba en la garganta. Paulatinamente los fue moviendo en una caricia delirante. Gemí y él aprovechó para intensificar el beso. Nuestras lenguas se encontraron, se saborearon, se reconocieron y entonces empezaron a danzar. Subí las manos a su cuello y me apreté a su cuerpo sintiendo como la piel me quemaba. Como se despertaba con un azote de electricidad. A pesar de ser tan sensual, fue a la vez tímido. Marcelo parecía temblar y noté la piel de su cuello erizarse. Le succioné el labio inferior y gimió. La presión de sus manos me transmitió una absurda sensación de seguridad que me abrumó.

—Marcelo... —jadeé, con mi frente pegada a la suya.

—Vas a decirme que frene y esta vez no quiero, por eso no lo he dicho.
Eso me hizo reír.

—¿Alguna vez sientes miedo?

—Sí, pero ahora mismo no lo tengo, *piccola*.

Me dio un beso casto que fue creciendo a trompicones hasta que volví a detenerme.

—Yo sí que lo tengo, ahora.

—¿Y a qué le tienes miedo? —Sus ojos brillaron mucho y la piel se me puso de gallina.

—A no poder parar, a que se borren los límites, a que tú y yo...

—Shhh —puso un dedo sobre mis labios—. Si dejas de pensar en el miedo y actúas, será más sencillo.

—No uses la doble moral.

—No es doble moral, es que te tengo entre mis brazos, fantaseo con que estés cubierta de crema de avellanas... y no pienso en otra cosa más que en lamerte entera, por guarro que suene. Así que tú decide si cortamos el rollo aquí, o lo dejamos llegar a dónde deba llegar.

—Solo bésame —respondí.

Y Marcelo no se hizo del rogar, me besó de tal modo que se me olvidó de inmediato el miedo a cruzar el límite de la sensatez. Me cargó hasta la mesa donde estaba el tiramisú y me puso sobre la madera. Con mis piernas le atraje y su boca bajó a recorrer mi cuello a lametones mientras la mía saboreaba la nutella puesta sobre su mejilla.

Sus manos se colaron bajo mi vestido tejido y con pasmosa lentitud lo fue subiendo. Marcelo se tomaba su tiempo y esa lentitud me puso más cachonda. Mis dedos volaron a los botones de su camisa hawaiana, él terminó por zafársela y dejarla caer, mientras lo hacía, se pasó la lengua por los labios, yo separé un poco los míos y me fijé en esos ojos color caramelo, tan irresistibles que quise fundirme en ellos. Me miró fijamente y creí entender lo que decía, que no había razón para tener miedo, que era él.

Volvió a besarme, fugazmente, porque cumplía su fantasía o parte de ella al lamer la nutella que me manchaba del rostro. La piel se me tensó y el sexo me palpité. Me levantó en el aire, con las piernas alrededor de su cuerpo. Marcelo se sentó en una de las sillas poniéndome a horcajadas sobre él. Yo aproveché para untarme los dedos de crema de avellanas y ponerla sobre sus labios, con la punta de mi lengua fui recorriéndola. Una de sus manos apretó mi espalda y la otra mi cadera. Cuando nuestras bocas volvieron a juntarse

emitimos un gemido, yo sonreí y luego él.

Nos dimos un respiro, los suspiros inundaron la habitación. Volvieron a enredarse sus dedos en mi pelo, tiraron un poco de él; pero yo, me escabullí y me acerqué a su cuello. Soplé y le ronroneé al oído, lamí su barba de las mejillas y volví a su boca. Me levantó una vez más, fue conmigo hasta el mesón donde dejó el tarro de la nutella y volvió a dejarme sobre la mesa. Se colmó los dedos y untó la línea de mis hombros, su boca y lengua se encargaron de limpiarme y, a la vez, bajaron los tirantes de mi sujetador. Cuando las copas cayeron, la piel de mis senos se erizó y los pezones se me pusieron en pie de guerra. Marcelo me miró como pidiendo permiso para tocarlos, pero fui yo la que tomó el impulso de untármelos y ofrecerle uno. Él lo capturó en la boca con avidez, lamió, chupó y yo me retorcí completamente excitada. Sus manos me acariciaron los brazos y los llevaron hasta su cuello. Juntamos las bocas con más necesidad. Le pasé los dedos sobre el pecho manchando su ligera capa de vellos morenos de crema sabor a avellanas. Acercándome, recorrí la línea al sur colmándome la boca de un sabor a él y a la jodida nutella que nunca más me sabría a lo mismo.

Marcelo gruñó cuando le toqué por encima del pantalón, yo también gemí y solté el botón. Él se encargó de lo demás.

Una vez más me cargó a horcajadas. Presioné mi sexo contra él, le busqué las manos y las dejé en mi trasero, sus dedos apretaron mi carne y me estremecí enterita. Entonces, presionó sus labios y su erección contra mí. Me agarró como si siempre hubiera sabido cómo tocarme. Mis manos jugaron con sus rulos indomables y nuestras bocas se enredaron en una batalla. Solo cuando escuché el rugido que escapó de sus labios y sus manos bajando mis braguitas tanto como pudo, me di cuenta de hasta qué punto habría podido ser capaz de contenerme, y sinceramente, era una asignatura pendiente entre ambos.

Sin mediar palabra alguna, se abrió paso conmigo encaramada a él, y nos condujo hasta una habitación en la que apenas reparé: paredes blancas, piso de madera y una gran cama en la que me dejó caer. Volvimos a besarnos, bajó por mi piel trazando un camino de besos y saliva, mis manos se aferraron al tendido en el momento en que sentí su aliento más abajo de mi ombligo. No sé si estaba muy ansiosa o Marcelo se lo tomaba con demasiada calma, pero los segundos que tardó tocando los bordes de mis braguitas de encaje, me parecieron una eternidad. Hasta que finalmente las bajó y con esa misma lentitud premeditada deslizó por mis piernas las medias de liga. Mis ojos se

clavaron en su erección, en sus dedos bajando el elástico de unos bóxer negros que se le ajustaban... joder como se le ajustaban. Los bajó, mis ojos fijos en su polla y mi boca hecha agua. Tragué con dificultad y me mordí el labio inferior luego de saborearme.

Marcelo me sujetó de los tobillos y me levantó las piernas, separándolas hasta dejarme bien expuesta. Cuando se pasó la lengua por los labios, me ruboricé y aparté la mirada de él hacia la ventana que a lo lejos mostraba al mar de Liguria.

—No te sonrojes..., eres preciosa.

Marcelo hincó las rodillas entre mis piernas y mi vientre se estremeció.

Con las piernas abiertas y agarrándome por detrás de los muslos, le vi recorrerme con la mirada. Apreté los dedos y los ojos con la primera caricia de su lengua. Fue tan estremecedor que me encendió todas las terminaciones nerviosas, la siguiente fue más pausada. La vibración de los gemidos de su garganta reverberó dentro de mí y estallé en un espasmo tras otro.

Agarré con fuerza el edredón, Marcelo deslizó sus manos hasta la parte interior de mis muslos y me rodeó el clítoris con la boca, trazando círculos con su lengua. Moví las caderas descontroladamente, empujándolas y meciéndolas. Marcelo buscó un condón, yo me recuperaba entre jadeos. Me tomó los muslos y se abrió paso dentro de mí. Yo gemí, estaba muy apretada.

—Paloma, qué bien se está dentro de ti.

Me sentí colmada y me apoyé en los codos para verle. El tramado de sus músculos contrayéndose era tan digno de ver como todo de él en ese instante. Esa imagen me excitó, Marcelo no era salvaje, así que conseguir incitar la lujuria en él me hizo sentir poderosamente femenina.

Volvió a penetrarme y ambos gemimos. Marcelo no exigía, me daba. Y llegué a sentirme confusa porque aquello marcaba una diferencia abismal con la última vez que tuve sexo.

—Eres tan sensual, Paloma...

Sus manos tomaron mis pechos, amasándolos con primor. Nos besamos un poco y me abracé a él clavando mis dedos en su espalda. Llevaba un ritmo pausado y regular que yo intentaba hacer exigente, pero Marcelo no cedía, parecía tomarse su tiempo como si cocinara a fuego lento. Me cogió las muñecas en un punto de anclaje mientras sentía que volvería a arrastrarme al placer. Abrí los ojos, tenía el rostro contraído y brillante por una densa capa de sudor que le surcaban los costados del rostro. Nos miramos un instante y sonreímos, todavía tenía nutella en el rostro y olía por todas partes a sexo y

avellanas.

Giramos en la cama, como si me cediera el control, le tomé de los bíceps e inicié un ritmo más intenso. Se me tensó el cuerpo con la urgencia de correrme una vez más. Los dedos de Marcelo empujaban mis caderas. Arqueé el cuello y la espalda, me sujetó por la cintura, porque sin más remedio, yo iba a correrme otra vez y, en esa ocasión el clímax alcanzó niveles indescriptibles.

Marcelo emitió una mezcla entre gruñido y jadeo, fue infinitamente sexy. Me dejé caer sobre su pecho mientras sufría los espasmos y réplicas de un tercer orgasmo abrazador. Marcelo apretó sus labios contra mi frente y entrelazamos los dedos.

—Espero que el miedo haya salido huyendo.

Me eché a reír y me tendí al otro lado de la cama. Desnuda y sudorosa, le miré por entre las pestañas y acaricié con la yema de mis dedos la línea de sus pectorales.

—Estamos locos.

—Deja de pensar, piccola. —Se dio vuelta y me acarició la línea del pelo—. Espero que no olvides nunca cómo entraste a los treinta.

—Presumido. —Le golpeé el pecho.

—Feliz Cumpleaños. —Guiñó un ojo y me besó dulcemente en los labios—. Ahora viene lo malo. —Juntó las cejas.

—No sé cómo voy a quitarme esos pegotes del pelo.

—Pasa a limpiarte, yo lo haré abajo.

Asentí, nos dimos otro beso y pasé a la ducha. Al salir, sin rastro de nutella en el cuerpo y el pelo, bajé a la cocina buscando mi vestido para hacer un recuento de los daños.

—¿Marcelo? —Él apareció usando solamente los bóxer.

—Aquí estoy. —Con ternura me abrazó por detrás y me besó el cuello y el lóbulo de la oreja. Las piernas me temblaron.

—No me hagas esto... —Al darme vuelta volvimos a juntar las bocas.

—Tío, te está llamando una tía...

Nos separamos de golpe y con el corazón desbocado porque nos habían pillado... ¡¡Luciano nos pilló!!

Mi hermano nos miró a ambos, de la cabeza a los pies. Más a Marcelo que a mí.

Sonrió tirante, nosotros también. Hizo un movimiento con la cabeza y sus manos se convirtieron en puños.

—Me perdonarás, amigo. —Apretó en los labios una sonrisa fingida—. Pero voy a tener que partirte la cara.

—Luciano. —Estiré las manos para hacer que se calmara.

—Vístete y espérame afuera. —Apretó los dientes.

—¿Qué? Luciano esto está fuera de lugar.

—Hazlo Paloma —dijo Marcelo.

—¿Estáis locos? ¿Por qué vais a daros de hostias? No tengo quince años, Marcelo no ha hecho nada.

—Eres mi hermana y conozco a ese capullo mejor que a mí mismo. Ahora vas a vestirte y esperar afuera.

No me moví de mi sitio. Mi hermano me cargó y me sacó de la casa. Luego puso seguro a la puerta.

—¡Luciano! —Golpeé la puerta muchas veces y en ninguna obtuve respuesta Escuché voces, golpes, gritos.

¿Por qué me habían dado un hermano tan cavernícola?

Cuando finalmente salió. Lo hizo con mis cosas en una mano y el tiramisú en la otra. Me bloqueó el paso con la puerta y me señaló el auto. Llevaba el labio roto, un ojo morado y no sé qué más le sangraba.

—¿Al menos está bien? —pregunté resignada mientras me vestía.

—Respira, eso le bastará.

—¡Luciano! —Intenté abrir la puerta y me la apretó contra el seguro.

—Me dijiste que no pasaba nada.

—¡Esto es ridículo! —Puso el coche en marcha—. ¿Estás celoso o qué cosa te pasa?

—Eres tú, Paloma la que perdió la cabeza. ¿Conoces a Marcelo? No, apenas lleváis tres meses de trataros.

—Eso no te importa.

—Me importa porque eres mi hermana menor, porque acaban de romperte el corazón en más pedazos de los que puedes ver y estás usando de salvavidas a alguien que no es precisamente distinto a Marc o a mí. Es mi amigo, como mi hermano, pero eso no quiere decir que apoye esto.

—¡Por favor! Marcelo dista mucho de ti.

—En algunas cosas, pero cuando se trata de follar no lleva un cinturón de castidad precisamente, ni ha hecho voto de castidad —paró frente a la entrada de la casa de la abuela y me miró—. Paloma, los hombres no somos seres que nos quedamos solos lamiéndonos las heridas, buscamos compañía y follamos para liberarnos. Es la naturaleza de nuestra especie. Y sí, Marcelo es

muy mi amigo pero lo conozco, de la Z a la A. Y porque lo conozco sé que no tiene frenos y que puede envolverte fácilmente en su... —movió la mano sobre su rostro—, encanto.

—No soy una niña, Luciano. Sé follar sin enamorarme.

—Y me alegro de que lo sepas, pero no te metas con mi mejor amigo porque me jode tener que partirle la crisma para mantener los límites. Ahora entra, traeré la vespa.

—Eres un salvaje. Marcelo se ha portado muy bien conmigo.

—Sí, pude notar que sí. No es un mal tipo, pero si tienes dudas, pregúntale cuantas relaciones serias ha tenido en su vida.

—Eso no me importa. —Bajé del auto envuelta en furia.

—Pero quizá más adelante sí que te importe.

Bajó del coche y se fue caminando. Yo me fui al jardín trasero a comerme el tiramisú y pensar en todo lo que había dicho mi hermano. Y en que tenía razón, no podía meterme entre él y su mejor amigo.

Un día después mi hermano tuvo que ir a Florencia por dos días y yo aproveché para pedirle a Marcelo dar un paseo por la playa y aclarar el asunto antes de que eso pudiera confundirnos.

—Quizá no deberíamos, Paloma. Luciano ha sido muy claro y no quiero líos entre las familias.

—Es hablar, tenemos que hacerlo, es algo que nos compete a ambos.

Aceptó renuente. Quedamos en llegar por separado para no despertar más dudas. Cuando llegué, Marcelo ya estaba allí y miraba hacia las pequeñas olas que se formaban con el viento.

—¿No tienes frío? —pregunté luego de verle usar una de sus camisas hawaianas.

—Me gusta sentir la brisa. —Juntó los hombros.

Suspiré antes de abordar el tema.

—Lo del otro día fue un impulso.

—Lo sé, me dejé llevar...

—Nos. Porque no fuiste solamente tú.

—No es que tengas que verme ahora distinto, ni que algo haya cambiado.

Ambos de pie y mirando al mar, ninguno era capaz de mirar al otro a la cara.

—Porque no es amor —mencioné yo.

—No lo es.

—¿Puedes saber que es amor solo con un polvo? No lo creo. —Me estaba justificando de más.

—Entiende algo, Paloma. Así como un beso puede decirlo todo. Puede decirte que esa persona sabe a los besos que quisieras recibir por el resto de tu vida o que ya no se siente igual lo que antes parecía tan infinito. El sexo también lo hace. El amor y la cocina son un laboratorio. No siempre es azúcar, especias y la medida perfecta que da como resultado ambrosía. A veces, también nos excedemos con la sal, la leche se pone agría y arruinamos la cena más importante de nuestras vidas.

—¿Intentas decir que no crees en que el amor ideal existe?

—Digo que la perfección es efímera y que lo que hacemos es idealizar en alguien o algo nuestros vacíos.

Le miré mientras lo decía, su pelo revuelto por el viento, su mirada perdida, las manos en los bolsillos del pantalón corto, la nuez de su garganta al compás de sus palabras profundas, esa barba descuidada...

¡Madre del amor santísimo!

¿Un simple polvo?

—Eres muy pesimista, Marcelo.

—Soy como el café con sal... —me miró de soslayo—, intomable.

Iba a rizar el rizo pero tenía que preguntar, Luciano me había puesto la carta sobre la mesa.

—¿Alguna vez has amado a alguien?

—¿Alguna vez has traicionado a alguien? —Reformuló casi de inmediato.

Negué, confundida por su insistencia a rehuir de mis preguntas.

—Ahí tienes tu respuesta, Paloma. Yo he hecho lo que tú no, y tú has hecho lo que yo no.

—Vale, entiendo si no quieres hablar más al respecto. Lo dejaremos aquí. No quiero que tengas más problemas con Luciano por mi culpa.

—No te culpes de nada, *piccola* —Volvió mirarme, fijamente. La piel se me estremeció.

—Sois amigos de toda la vida, socios... la que sobra soy yo.

Marcelo sonrió sin mostrar los dientes.

—No quiero echarlo a perder, con ninguno de los dos.

Se alejó por la orilla del mar con la cabeza gacha.

Éramos como el yin y el yang. Dos fuerzas opuestas... e irremediamente complementarias.

30. Cuando quise irme



Llegué a Italia en la noche, mis padres se asustaron cuando les llamé para pedirles que me esperaran en el aeropuerto de Florencia. Les saludé con un fuerte abrazo y le achaqué mi mala cara al jet lag. No hablamos mucho camino a casa y me fingí dormida. Avisé a Salomón que había llegado bien y pasé directamente a la cama.

Olía a arena de playa embebida de agua salada, la brisa me abrazaba mientras mis ojos se perdían en el infinito azul del mar. Había cogido el coche muy temprano y conducido un largo rato hasta llegar a Río Marina en la isla de Elba, necesitaba un momento a solas con Paloma para reconocer verdades y tomar decisiones importantes.

Allí tengo mi lugar favorito en el mundo, la cala de Topinetti.

Y ahí estaba, sentada sobre la última roca, con mis pies descalzos tocando el agua y mis brazos abrazando mis rodillas. Hacía un poco de frío y yo llevaba un ligero suéter lanoso y unos pantalones blancos tobilleros, no estaba demasiado arreglada, solucioné la cara de angustia y miedo con unos lentes oscuros y en el pelo una trenza maltrecha. Tenía algo más en lo que debía pensar, mi aspecto no aparecía en la lista. Miré mi reflejo en el agua y me sonreí para romper el hielo. ¿Quería seguir con aquello? ¿Iba a ser capaz de soportarlo?

¿Hasta qué punto iba a excusarme en el amor que le sentía a Marc?

Podía entender que su padre intentara manipularlo a su antojo, que manejara mucha presión y que en ocasiones quisiera escapar y dejarlo todo atrás. Todo esto apenas lo deducía, Marc, como he dicho, nunca fue un libro abierto conmigo. Lo que no podía entender era que fuese un completo cobarde. Que no tuviese la delicadeza de hablar conmigo directamente. De llegar y decírmelo allí, de llamar... de evitarme una decepción como la que tenía clavada en el corazón.

Levanté la mirada, la brisa me soltó los mechones que traía tras las orejas. El olor a sal se paseaba por toda la costa. Cerré los ojos pensando en él, en esos años juntos, en las veces que pensé que ignorando las señales

nuestra relación se fortalecía. En las cosas que había hecho, en los cambios que sutilmente se instalaron en mi rutina.

Lo amaba y también lo necesitaba.

Estaba tan enferma de él que en ese momento, a pesar de todo, prefería tenerlo allí para abrazarlo y sentirme protegida.

Tragué el nudo en la garganta y exhalé hondo. Marc no me hacía bien, simplemente me daba una falsa sensación de estabilidad. Y no podía quedarme en una relación en la que no obtenía beneficios. Así que debía dejar de pensar con las bragas y tomar una decisión coherente y egoísta. Alejarme, seguir con mi vida y evitarme un sufrimiento mayor más adelante.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y respiré profundo, su aroma me caló en el cuerpo como un narcótico. Bajé la cara y me recogí los mechones, entonces lo vi detrás de mí y el corazón me dio un brinco.

—¿Qué haces aquí? —Y el tono agrio me salió natural. En ese momento el amor no era lo que inclinaba mi balanza.

—Me haces volar nueve horas y cerca de ochocientas millas y cuando te llamo para decírtelo me tiras el teléfono y te desapareces. ¿Cuándo vas a encarar las situaciones, Paloma?

—¿Qué es encarar para ti, Marc? —Miré al mar, no quería verle la cara.

—Estoy aquí, tenemos que hablar.

—¿Hablar? Por qué no hablaste antes de que me vistiera de blanco y te esperara sentada en una solitaria silla del ayuntamiento por horas. Me humillaste aunque te justifiques diciendo que solamente Salomón estaba conmigo. Dijiste que lo haríamos, que era una señal, pero no llegaste porque era más importante tener el resultado que lo confirmaba y como no lo hizo, fue más fácil para ti enviarme un texto diciendo que ya no era necesario dar el gran paso.

—No estábamos preparados, aún no lo estamos.

—Tú no lo estás. Pero no por ti, es por todas esas amenazas de tu padre.

—Paloma, esto es entre los dos.

—¿Sabes qué? Nunca ha sido entre los dos. Si así lo fuera tu padre no ejercería control sobre ti.

—No lo entiendes, Paloma. No sabes la presión que manejo.

—Claro, soy yo la que no entiende, soy yo la que vive una vida sin problemas. La que no se comporta como un adulto, la que no sabe que el mundo es cruel... ¿verdad? Vivo en una nube.

—No te pongas trascendental. Escapar a casa de tus padres no dista mucho de una decisión precipitada e infantil.

Eso me dolió.

¿Precipitada e infantil, yo? Lo suyo ya rayaba la arrogancia.

—Di lo que quieras. Venir a casa de mis padres cuando se me antoje, no es algo que deba consultarte. Mi vida, precipitada e infantil, es mi problema, no el tuyo.

—No es lo que quise decir.

Volteé la cara para verle. Tuve que hacer aplomo de mi entereza para no fijarme en que estaba muy guapo de pantalón claro y suéter de lana y que llevar las manos en los bolsillos me confirmaba que estaba muy seguro de que volvería con él luego de un par de palabras.

—Mira, Marc. Yo no soy tan ingenua como crees y me doy cuenta de las cosas a pesar de que intentas mantenerme al margen. No es ningún secreto que tu padre no me pasa, que le recuerdo a tu madre y la locura de la juventud que lo llevó a casarse por rebeldía —elevó las cejas, sorprendido—. Tú madre me lo dijo, que yo le recordaba a ella. Sé que podría imponerme, chantajearte o dejarte. Pero decidí no prestar atención a sus desplantes ¿sabes por qué? Porque no me corresponde a mí plantar cara a lo que quieres ser y no puedes.

—Paloma...

—Déjame acabar —miré momentáneamente a mis pies dentro del agua y me abracé los codos—. El día que te atrevas a saltar y vivir tú vida a tu manera, te darás cuenta de que siempre pudiste hacerlo y que tu padre te manipula porque sabes que eres débil.

—¿Quisieras ponerte en mis zapatos, por una vez? —Su voz sonó pastosa. No estaba acostumbrado a que yo le señalara sus defectos.

—¡¿Cómo?! Si no hablas conmigo. Si nunca me dices lo que te pasa. Yo no puedo seguir intentando adivinar, ya no puedo tragar entero con esto. He llegado al punto de quiebre Marc, y no quiero, no puedo seguir jugando este juego masoquista emocional.

—¿Qué quieres decir?

Sonreí nostálgica.

—Qué necesito en mi vida algo más que sexo y tu tono autoritario. Que me merezco que alguien luche por mí, que se arriesgue, que me quiera en su vida no como un salvavidas sino como la mano junto al timón del barco. No puedo salvarte, no puedo saltar por ti al vacío.

—¿Vas a dejarme? —Le vi desviar la mirada.

—Me voy, es todo. Para que el peso se reduzca en tus hombros. Para que yo pueda seguir siendo yo sin tener que ser juzgada y para que juntos descubramos lo que verdaderamente merecemos.

—¿Por qué es mejor estar separados si juntos conseguimos ser felices? Sabes que podemos arreglarlo.

—¿Estás seguro de que podemos arreglar algo que ya nos hizo daño? No hay nada qué arreglar, Marc. Ya fuimos todo lo que pudimos ser. Tú manejas muchas cosas y yo tengo más trabajo día con día. Ya no se trata de querer sino de poder. Y no podemos, esto nos hace más mal que bien.

Saqué los pies del agua, sintiéndome extraña por estar tan serena luego de decirle al hombre que más había amado sobre la tierra, que era mejor separarnos. No sé si era porque estaba más cerca de cumplir treinta, si el plantón me había reestructurado por dentro o si había tenido un momento de profecía y me estaba protegiendo a futuro.

—Paloma, sé que te herí. Pero no puedo estar sin ti. Tú me haces mejor, tú me calmas, me permites ser quien soy sin juzgarme. Nunca he pensado en el día en que no estés.

Suspiré y bajé de la roca.

—Pero no queremos lo mismo. Tú no quieres casarte y yo lo he soñado toda mi vida. No quieres soltar tus tradiciones y yo no puedo ser más liberada. No das un paso sin consultarlo a tu padre o simplemente haces lo que él te pide y yo a los quince años me ponía ombligueras, me hice algunos piercings y me colaba en los camerinos de los Backstreet Boys sin temer a lo que mi padre dijera. Y a pesar de que era Luciano el que me salvaba de ser pillada, no habría tenido problema en decirle que seguiría haciéndolo porque estaba viviendo mi vida.

Marc no tuvo forma de rebatir mi argumento. Lo más revolucionario que había hecho en su vida era apoyar una fundación para mujeres. Y sinceramente no podía juzgarlo. Pero si seguía siendo condescendiente y justificándole, la que perdería su identidad iba a ser yo. Y por más que lo amara, lo más valioso en una persona siempre será la fidelidad a sí misma.

—Quisiera poder convencerte de lo que siento por ti.

—No es a mí, Marc. Es a ti. Porque yo te quiero, pero debo quererme más. El día que aprendas a quererte, o siquiera a verte como yo te veo, ese día me darás la razón.

Me di vuelta para regresar al estacionamiento. Tenía las lágrimas acumuladas en un nudo en la garganta. Yo que nunca había acabado una

relación, estaba dándole fin a la que hubiese querido perpetuar en el tiempo.

—Espera —me tomó de la muñeca y me aferró firmemente—. No puedo perderte, mi vida. Solo dime lo que tengo que hacer para que me creas que juntos es nuestro mejor estado.

Le miré, a sus ojos verdes que tanto amaba. A su pecho donde me sentía segura, a sus manos que me hacían delirar con cada caricia.

—¿Por qué te niegas a reconocer que nunca podrá ser distinto?

—Podemos, solo vamos a intentarlo una vez más.

Apreté los ojos y contuve el aliento. Mi corazón latía desbocado. No quería decirle adiós, quería verlo cada día, abrazarlo, besarlo, decirle que sí podíamos hacerlo bien esta vez.

—Dame tiempo, Marc —dije con un nudo en la garganta.

—No puedo darte tiempo, nena. No necesitamos tiempo para saber que nos queremos, que esto es solo algo que debía pasar para que supiéramos que nos estábamos precipitando.

Rebufé. Estaba visto que sería cometer los mismos errores con más conciencia y menos ingenuidad. ¿Qué podía esperar? ¿Cuánto nos iba a durar esta vez?

—Nos queremos pero casarnos es precipitarnos... Nos queremos pero esta vez no te olvides de tomarte la píldora porque no necesitamos pasar por esto de nuevo... —repliqué muy dolida.

—No he dicho eso, Paloma —exhaló fuerte y miró al suelo—. Lo que quiero decir, es que debemos hacer las cosas de otro modo.

Le miré, el pecho me ardía. Quería salir corriendo y no volver a verlo nunca más, también quería que se arrodillara allí mismo y me jurara que hacerlo de otro modo era irnos a casa de la abuela, conocer a mis padres y pedir mi mano como el anticuado que era y que me volvía loca.

Ni yo misma estaba ya tan segura de que realmente podría seguir mi vida sin él. Sin que me mirara y me sintiera infinita, sin sus manos acariciándome, sin su calor sobre mi piel, sin sus besos que me robaban la razón. Sin embargo, necesitaba más, un poco más por su parte. Un acto verdaderamente significativo..., necesitaba una prueba. Por eso me di vuelta. Porque sabía que Marc no tenía nada más para mí.

—Paloma, ven aquí —Su voz se sintió tosca, como una orden.

Entonces emprendí un trote. Las lágrimas me rodaban por las mejillas sin control. De pronto, me sentí apretada a él y empecé a moverme violenta, apreté los puños y le golpeé dónde pude. Gemía de rabia.

—Nena, por favor. —Marc intentaba calmarme. En ese momento no lo quería cerca, sentirme sujeta por la fuerza me causó una extraña sensación de fragilidad que no quería experimentar. Quería poder decirle algo que hiciera mella en él. Que lo dejara sin fuerza, que lo pusiera en mis zapatos.

—¡Suéltame! —dije en medio de los sollozos—. ¡No quiero esto Marc! No quiero que me quieras a tu manera porque tu forma de quererme me lastima.

—No digas eso..., tú eres mi vida. —Apreté los ojos al escucharlo, dejé de forcejear y me estremecí completamente. La voz de Marc se quebró y un momento después le oí sollozar. Fue demasiado.

—Marc... —Me di vuelta entre sus brazos, él tomó mis manos y las llevó contra su pecho, lentamente fuimos cayendo de rodillas. Nos miramos, sus ojos estaban enrojecidos y las lágrimas brillaban en el borde de sus pestañas.

—Perdóname, por favor. Nena, yo no puedo vivir sin ti, no puedo. Esto es mi culpa, tienes razón. No llegué, no te evité ese trago amargo... No sé cómo decirte que no pude evitarlo, que nada tiene que ver el resultado de los análisis de sangre, que se me juntaron un montón de cosas en ese momento y le fallé a quien menos debía fallarle. Pero estuve frente al piso de Salomón luego de que no te encontré en casa, te envié el mensaje con la esperanza de que respondieras y pudiéramos hablar. Luego seguí el coche de Salomón hasta tu casa y creí que al fin tendría oportunidad, pero te fuiste. Apagaste el móvil y luego recibí la notificación del cambio del boleto. Me llené de miedo, no sabía si habías tomado una decisión apresurada y ya no volverías a Nueva York. Empaqué una maleta y te seguí. Y aquí estoy, mi vida, porque te necesito. Porque sé que soy un imbécil, pero este imbécil no concibe la vida sin ti.

—No quiero perdonarte, Marc —dije luego de tragar el nudo con mis lágrimas. Él me miró confuso y le vi tensar la mandíbula—. Porque temo que volverás a hacerme daño, estoy segura que me dolerá más que hoy y si eso ocurre, sé que no seré capaz de superarlo.

Sus manos se aventuraron a tocar mis mejillas luego de pasarme unos mechones de pelo tras las orejas, que fue en vano porque el viento soplaba con fuerza y los volvió a soltar. Bajé la cara, no era capaz de decirle que no, si le miraba. No era tan valiente.

—Solo una vez más, nena. Solo quiero que confíes en mí una vez más.

—¿Cómo sabré que esta vez será distinto?

—Porque te quiero, y porque me quieres. Porque los buenos momentos son más y porque esta vez pediré tu mano, te presentaré en la fiesta de máscaras, buscaremos una casa y dejarás de tomar la píldora para que en nuestra noche de bodas hagamos el amor, quedes embarazada y nunca más miremos a este día sintiendo dolor y miedo.

Tragué saliva y elevé el rostro. Marc me soltó las manos, puso una de las suyas alrededor de mi cintura y la otra en mi mejilla.

—Yo te querré siempre, mi Paloma. Tú eres el centro de mi vida, con quien quiero todo y a quien quiero dárselo todo. Eres lo único que quiero, lo único... y no te voy a perder.

Marc acercó su rostro y me besó. En mi interior sentí un vuelco, la angustia se fue y en su lugar se instaló el alivio. Mis manos se posaron en sus hombros y Marc me levantó por las piernas. Sin dejar de besarnos caminó cargando conmigo en dirección al coche.

Allí le dije que le creía y que lo intentaríamos otra vez. Allí le dije que sí podría pasar página y dejar atrás ese momento.

Y así fue como volví a ceder.

Aún hoy me preguntó qué hubiera pasado si me hubiese mantenido firme en mi decisión de pasar página a la historia de Marc, llorarle lo que debía llorarle y seguir con mi camino con un bonito recuerdo de todo lo que fuimos y todo lo que quisimos ser.

Quizá me habría ahorrado la mitad de estas páginas, quizá nunca hubiera llegado a ser LadyKiller. Quizá me hubiera evitado un sufrimiento mayor. Pero decidí creerle, decidí con el corazón y di un paso adelante con una venda más gruesa que la anterior cubriéndome los ojos. Tampoco se la puse muy fácil, la parte rebelde que habita en mí puso condiciones, exigió promesas y dejó algún chantaje en el aire...

En ese viaje Marc conoció a mis padres y a la abuela. Se los ganó un poco, más a mi madre porque le pareció un caballero. La abuela dijo que lucía un poco rígido y la sonrisa le era esquiva. Mi padre no me dijo una palabra, se limitó a observar. Pero tampoco fue una estancia larga, fue cuestión de llegar, convencerme, pasar a saludar y volver por dónde vino. Yo me tomé unos días más para preparar lo que le diría a Salomón. Y tenía que ser más convincente que lo que me dijo Marc si no quería su desprecio.

Me recibió en el aeropuerto, me abrazó y en el auto, una vez más, me sorprendió:

—Entonces... —se pasó la mano derecha por la barbilla, la izquierda

aferraba el volante. Sus ojos miraron al infinito, su voz se perdió en una honda exhalación.

—Lo sabes.

—Tuve la primicia, no por gusto precisamente.

—¿Él te lo dijo?

Bufó y sonrió irónico.

—Sinceramente, no comprendo qué me detuvo de partirle la cara cuando abrí la puerta. Me limité a mirarlo y esperar que dijera algo.

—¿Qué dijo?

—Que quería hablar conmigo. Explicarme algunas cosas y que entendiera que tomasteis una decisión porque sois una pareja que pasa por altos y bajos.

Le miré, los nudillos que apretaban el volante, se tornaban blancos.

—Salo, yo...

—Espero que sepas lo que haces. No puedo decirte que tomaste una decisión acertada o no, no puedo tomar parte de algún lado de la balanza, solo puedo estar en medio y esperar a que lo que deseáis que pase..., pase. Y en ese caso lo deseo por tú bien.

—Yo le quiero.

Suspiró, pasó las manos por el pelo mesándose un poco y finalmente me miró.

—Lo sé, *churri*. Por eso mismo no puedo objetarte. Solamente te pido una cosa, no es algo simple pero necesito que lo tengas muy en cuenta.

Un estremecimiento me recorrió la piel. Salomón no era de sermones ni peroratas. Pero algo me decía que iba a aplicarme un tercer grado.

—Cuando una persona ama, Paloma, y lo hace de verdad; pasa por encima de cualquier cosa, cruza montañas, vence dragones y ciclones, atraviesa océanos y no se rinde incluso si ya tiene el final feliz. El amor no tiene cabida para las excusas, ni para la cobardía. No estamos en el medievo y creo que entiendes por qué lo digo. Así que algún día, cuando quieras hacer un recuento, piensa en cuanto diste y cuanto te devolvieron. Porque en una relación debes dar y recibir para que haya equilibrio.

Nunca más se habló del tema, Salomón siempre ha sabido respetar los límites. A pesar de ello, se notó que su recelo hacia Marc aumentó considerablemente y también su indiferencia por el tema de mi relación. Sin embargo, siempre le agradecí que ese fuera nuestro secreto y que mis amigas no se enteraran de ese intento fallido de boda.

Al principio de esa nueva etapa me sentí un poco prevenida, desconfiada e insegura de que las promesas de Marc no llegaran a cumplirse. Con el paso de los días volví a tomar confianza y la rutina cayó nuevamente en nuestras vidas. Las cosas no iban mal, éramos una pareja común, que evitaba asistir a eventos sociales y que se escapaba a la playa para desconectar del mundo. Planeamos un viaje a Francia para el verano pero su trabajo y el mío no nos dieron oportunidad. Así que pospuse mis dos semanas para el final del año. Celebramos tres años juntos en casa, con vino tinto, frutas, quesos y mucho sexo. Nos escapamos al Cold Spring un fin de semana de mediados de agosto, intentando cazar los últimos rayos de sol del verano. Las siguientes dos semanas Marc faltó a nuestra cita de los martes, no asistió a la cena con mis amigos y, finalmente, un viernes negro lo vi besando a la copia de Irina Shayk.

Esta vez fue diferente, esta vez era yo la que perdía el centro de su vida. No diré que dolió, porque sería un pleonasma a todo lo que ya he dicho en toda esta historia.

Esta vez no era cobardía, era traición.

31.Comienzos



Tenía nueve años cuando mis padres decidieron enviarme a Italia con mis abuelos. Está por demás decir que me lo había ganado con intereses. Las cosas que Luciano y yo hacíamos a esa edad, podrían tildarse de muchas cosas negativas, pero nunca como travesuras. Los maestros ya no sabían cómo manejanos y nos mofábamos de ser el terror de nuestros compañeros de clase. Así que mis padres intentaron cortar el mal de raíz y acabé viviendo diez años en Italia sin volver a Norteamérica. Luciano y yo seguimos siendo amigos, en verano e invierno solíamos juntarnos y gastar algunas bromas, que con el paso de los años fueron evolucionando y de adolescentes acabamos metidos en muchos líos. A decir verdad, ni sus padres ni los míos esperaban mayor cosa de nosotros. Y creo que con que no acabáramos en la cárcel, se dieron por bien servidos.

Pero con el tiempo y el paso de los años el mundo se hace más grande e imposible de recorrer. Las responsabilidades te comen vivo y la universidad parece un monstruo de tres cabezas que no consigues derrotar. En esa etapa Luciano y yo nos distanciamos un poco y tomamos caminos distintos. Él como mariscal de su equipo universitario de futbol americano y yo como delantero del equipo de soccer de la mía en Roma. Luego vino ese momento de tomar decisiones. Nunca he sido un hombre que se piense dos veces algo. No soy hombre de decisiones difíciles, soy hombre de decisiones radicales. Así que terminé la universidad, me fui a Londres a especializarme, conseguí un buen puesto en La Bolsa y fui el orgullo de mis padres por unos cuantos años. Hasta que sentí que me ahogaba entre números, cifras y que mi vida iba en una loca carrera hacia el desastre. Entonces sucedió algo, me arriesgué con una inversión y conseguí una muy buena cantidad de dinero que me daba la posibilidad de darme un respiro.

Mi respiro me llevó a viajar por nueve meses aprendiendo la gastronomía típica de algunos países y enamorándome inmensamente de los sabores y las creaciones culinarias. Cuando volví a Livorno, dejé mi mochila a la entrada, saludé a mi madre y me senté en una silla alta de la cocina a

beberme un vaso de zumo de naranja que me brindó. A pesar de que estaba feliz de verme, supo leer enseguida que había una razón más y que estaba simplemente de paso.

—¿Te vas de viaje?

—Llego.

—¿Cómo que llegas? Bueno, vienes de Londres.

—No vengo de Londres, mamma. Estaba en Nueva Delhi en unas clases de cocina.

Mi madre se cubrió el rostro con las manos.

—Pero si debiste trabajar hasta la semana pasada.

Me llené los pulmones de aire y se lo dije. Ya era muy tarde para mantener una mentira.

—Hace nueve meses que renuncié y me fui a aprender gastronomía.

—¡Ay por Dios! —Esta vez se cubrió la boca—. A tu padre le va a dar un patatús.

—Mamá, perdona que no te lo dije cuando lo decidí, pero no quería venir a decirlo que quería darme un respiro porque estaba ahogándome en Londres y que mi vida allí no me llevaba a ninguna parte.

—¡Pero Marcelo! ¿Cómo pudiste dar carpetazo a un buen empleo? Con estos tiempos, con lo que le ha sucedido al hijo de los DeLuca.

—Lo de Luciano fue un riesgo, mamma. Y simplemente no salió como esperaba.

—¿Y lo tuyo qué es? Porque ponerte a cocinar, Marcelo, con tus estudios y tus logros... ¡Es que no lo comprendo!

Le tomé las manos y le di un beso en la frente.

—Todo va a estar bien, mamma. Digamos que será un periodo de prueba, si estando en la academia y entre fogones no siento la misma pasión; te prometo que te llamo y te lo digo. Y vuelvo al trabajo.

—¿Y a tu padre qué le vas a decir? Está esperando que te hagas cargo de las propiedades del abuelo, que liquides el viñedo.

—Se lo diré todo. Me haré cargo de esos pendientes, no te preocupes por nada.

Me estrechó entre sus brazos y me dio su bendición. Esa fue la parte fácil, mi madre siempre había defendido que entre gustos no hay nada escrito y que hay que hacer las cosas que nos apasionan. Con mi padre fue otro cantar, llamó a Paolo, le reclamó que no estuviera pendiente de mi vida en Londres, que pude morirme de alguna intoxicación en ese viaje y nadie tenía idea de mi

paradero. Luego a Mellea, finalmente no lo aguanté y le dije que era mi vida que iba a hacerlo le gustara o no y que si algún día quería perdonarme por no ser ese hijo perfecto, le estaría esperando en alguna cocina y estaría encantado de servirle.

—¡Marcelo, no estás en edad de perseguir sueños! —Golpeó el escritorio con las manos.

—¿Por qué no puedes apoyarme?

—Porque esto no es el orden natural de las cosas. Pensé que ya lo habíamos superado, ibas tan bien, Marcelo...

—No te estoy diciendo que soy gay, papá. Te estoy diciendo que tengo dinero, que me puedo costear todo y que si no funciona por lo menos lo intenté.

Negó con la cabeza varias veces.

—Ni siquiera te conocemos una novia, bueno esa chica....

—No quiero que te vayas por ahí, esto se trata de mí. ¿Cómo puedo pensar en casarme si no sé qué quiero en la vida, papá? ¿Cómo puede una mujer estar cómoda y tranquila con un hombre que no es feliz con su trabajo?

—Esto es influencia del hijo de Carlo. Ese muchacho que jamás ha...

—¡Suficiente! —Me levanté y cogí mi mochila—. Voy a solucionar el problema que tienes en Napa y hablaré con Paolo para hacer la liquidación del viñedo.

—Espero que sepas que esta es la locura más grande de tu vida.

—Veremos en qué acaba.

Salí de allí y no volví a casa hasta que conseguí todas las certificaciones que me propuse conseguir. Mi padre logró perdonarme, imagino que en esos años ambos conseguimos comprender al otro. Me sorprendí cuando me dio su apoyo luego de mencionarle que iría a Nueva York para establecer mi restaurante.

Esa fue otra de mis decisiones radicales y sin embargo, no se compara a la decisión que tomé luego de verla por primera vez. Sí, a ella.

Paloma entró como una tormenta en mi vida. Que mi primera impresión fue exteriorizar un taco porque me tomó por sorpresa que alguien estuviera allí. Luego del susto y mientras la veía temblar, noté que la invadía una tristeza de esas que duelen y sin embargo, fue capaz de reírse. Nunca he visto a nadie como Paloma, tan caótica e impredecible. De esas mujeres que ofrecen todo y mucho más de lo que tienen y de ese modo sutil te dejan sin nada.

Paloma llevaba el alma hecha trizas, con su respuesta a mi pregunta de

que si estaba huyendo de un marido o hijos, tuve para descubrir su mal. Tristemente no tenía una sola palabra que pudiera decirle y que lograra mermar su dolor. Por eso le ofrecí sopa. Porque con el pedo que llevaba necesitaba algo en el estómago y porque yo necesitaba esconder ese bendito disco de Iva Zanicchi o acabaríamos ambos cortándonos las venas en canal.

Mi decisión fue estar con ella, tan simple y complicado como eso. Si me permito parafrasear a Bukowski.

Paloma no era casualidad, era parte de mi destino. Coincidimos porque ambos debíamos aprender del otro. Volver a Nueva York iba a conectarme, sin saberlo, con alguien que siempre me negué a ser. Y allí estaba, emprendiendo la aventura más arriesgada de mi vida.

32. El mismo cuento de nunca acabar



Volví a Nueva York viva y completa. Pero el ambiente en casa con Luciano estuvo tenso esa última semana que le quedaba. En la cena de año nuevo se puso a mi lado en la mesa. El pobre Marcelo estaba como un cristo, Luciano también pero se lo merecía por cavernícola. Dijeron que se habían ido a una fiesta y se armó una pelea. La cosa era que Luciano estaba tenso conmigo pero no lo estaba con su amigo.

No entiendo a los hombres.

Volver a casa significaba un montón de cosas, entre las más importantes estaba demostrar que Marc se había quedado en mis veintes y que en los treinta sabría cómo vivir sin él.

Y bueno, me había convertido en una consumista de la tecnología y las aplicaciones así que di un salto a la modernidad y me cree un perfil en Tinder. ¿Qué tan malo podría ser conocer gente y salir por ahí?

Subí la foto que me hice luego de que me cortaran el pelo y en la que me veía muy mona. Dije toda la verdad en lo que me preguntaron porque si empiezas con mentiras no irá bien.

No me lo vas a creer pero entre mis posibles candidatos aparecía Luciano. ¡¡Luciano tenía Tinder!! O estaba perdiendo el toque o lo usaba para sexo casual. Por supuesto que deslicé a la izquierda. El siguiente era un médico del Presbyterian, y si la foto no estaba muy retocada, el tío merecía el me gusta. Antes de subirme al avión, Tinder me avisó de ese primer match.

Pues un sábado a la tarde luego de conversarlo con los gatos, decidí leer los mensajes que me había dejado y revisar otras solicitudes. Estaba renuente de volver a twitter, me recordaba cosas que quería dejar atrás.

Le decía hola a Harry, cuando sonó el timbre de casa. Tuve toda la intención de ignorarlo porque estaba muy cómoda en el sofá, manta encima, gatos también y galletas de chocolate a la mano. Abrir la puerta era morir de hipotermia inmediata.

Y por ello no podía ser cruel con quien esperaba afuera.

—Hola —apenas pudo decirlo, tiritaba de frío.

—¡Marcelo, pasa! —Lo conduje directo a la cocina y puse café en el filtro de inmediato.

—No quería molestar, la calefacción se ha dañado. Intentan arreglarla pero tuve que apagar el horno que estaba usando para calentarme.

—Bebe —le entregué la taza y me puse otra para mí—. Este año ha empezado con viento. Lo bueno es que enero no es un mes en el que nieve mucho.

—No me digas, cuando llegué no se podía andar.

Una notificación sonó y saqué el móvil, me entretuve respondiendo a Harry.

—¿Tus amigas?

—No, un chico... Verás, me abrí una cuenta en Tinder.

Marcelo se atragantó con el café. Le tendí una servilleta y seguí escribiendo.

—¿Es seguro?

—Marcelo, ni mi casa es segura crees que una aplicación para conocer gente lo va a ser.

—Pero...

—Tengo que ampliar mi horizonte. Por mi trabajo apenas si me queda el fin de semana que uso para limpiar, ponerme al día con series, leer y dormir. Esta cosa selecciona personas con las podrías simpatizar. Te ahorra un montón de trabajo.

—Entonces... vas a seguir con tu vida. Ya el pasado no significa nada.

—Significa y significará, pero si me quedo lamentándome, acabaré suicidándome con el cuchillo jamonero. —Serví más café y le pedí que me acompañara al sofá.

—Estaba viendo *Glee*, pero no es tu tipo. Elige algo. —Le pase el mando sin quitar los ojos de la pantalla del móvil.

—¿Lo que quiera?

—Ajá.

Durante un rato no puse atención a nada, los mensajes de Harry eran bastante ingeniosos y ya me planteaba la idea de proponerle una cita para vernos.

—Me lo pensé mucho antes de venir.

Primero fue un eco, luego dejé de escribir y le miré. Su posición era rígida, miraba a la pantalla por tener una distracción.

—¿Que te lo pensaste? —No entendía que se tuviera que pensar pasar

por mi casa cuando ya era costumbre.

—Ya sabes, Luciano...

Me incorporé y le miré.

—Marcelo, mi hermano no entra en la ecuación. El asunto es entre los dos ¿vale? Nos dejamos llevar por algo... el limón del tiramisú por echar culpas. Pero dijimos que no significó nada.

—Fue un impulso.

—Uno muy tonto. Ahora, deja de actuar como idiota. Túmbate en tu parte del sofá y veamos ¿Piratas del caribe?

—Me gusta Johnny. —Se encogió de hombros.

—¿Quién no ama a Johnny?

Aparentemente, Marcelo y yo lo teníamos cubierto. No tenía que repetirse, ¿verdad? Aunque nos saltaran las chipas en los ojos cuando nos veíamos.

Salomón y yo volvimos al trabajo antes que los demás. Ese año se nos presentaba con muchos retos. Desde que leer se había convertido en moda, los lectores se habían convertido en un consumidor ansioso, hambriento y sediento al que debía alimentarse con creatividad y originalidad. Atrás quedaron los años en que podría tomarme un respiro entre campaña y campaña; desde el inicio de ese boom literario debía sacar una tras de otra. Para los últimos días del mes se publicarían tres novelas, una de romance erótico, una de misterio y un cuaderno de actividades que era lo que marcaba tendencia y revolucionaba la literatura mezclándola con la ilustración llevada a cabo por el lector directamente en sus hojas.

Así que luego de la reunión con el área publicidad, fuimos a comer y le comenté todo lo que había ocurrido en Italia, incluyendo lo del tiramisú. Juré que iba a decirme que estaba acelerándome y que era muy pronto para empezar a tener citas. Pues fue todo lo contrario.

—Ve con cuidado pero no frenes demasiado. Estás empezando una etapa definitiva en la vida de cualquiera y necesitas hallar el equilibrio.

Él si me creyó cuando le dije que lo del sexo había sido circunstancial y no premeditado.

Pero, no hay presente sin pasado y el mío tenía mucha tela. La ausencia de Marc era una herida de puñal que se negaba a cerrar. Yo no quería pensar en él, no quería recordar los viajes a Southampton, los besos, las caricias, el sexo junto a la chimenea, la arena, sus ojos, su boca, su maldita sonrisa.... Era el invierno más frío de los últimos tres años y no quería, no quería eso, no más

frío, no más soledad, no más pasado...

Entonces acepté salir con Harry a una cita casual en un Starbucks. Nada demasiado planeado, solo conocernos. Y todo fue bien, un chico muy amable, divertido, con historias de no creer sobre lo que ocurría en un hospital. Todo fue bien hasta que...

—Paloma —apretó las manos en el vaso—, mi trabajo no me deja mucho tiempo libre.

—Lo sé.

—Así que estas salidas no podrían darse muy seguido.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que, no sé si quieres, pero podríamos vernos en mi apartamento que está cerca del hospital...

Ya sabía yo el cauce de esas aguas.

—Sexo casual. —Solté sin mucha sorpresa.

—No te ofendas...

—No, no lo hago. Es más, estaba pensando en lo mismo —¿Lo estaba pensando? No, acababa de decidirlo, que para no complicarme la vida aplicaría la regla de follar para olvidar.

—¡Oh! Qué alivio. Es decir, es que eres muy guapa y... quizá las cosas se den ¿no?

—¿Nos vamos? —dije mientras apoyaba los codos en la mesa y daba un golpe de melena seductor.

Esto era a que te pillo por banda y pin, pan pun. La nueva Paloma no se iba con rodeos.

Tras cruzar la puerta nos dedicamos a besarnos como locos. Las prendas fueron cayendo, el calor solo subió un poco y este chico tenía más tentáculos que un pulpo. Me toqueteó toda, me pidió que le lamiera y arañara, que le dejara marcas de mordidas. No sé si me vio cara de gata salvaje pero me causó un pelín de malestar, si eso era lo que quería que se buscara una puta. Me pidió que le masturbara mientras me chupaba los senos. Luego tuve que tocarme porque la cosa no estaba saliendo como debería, yo tenía más ganas de irme a mi casa que de que me la metiera. Cuando me pidió una mamada para conseguir que la erección subiera, me di vuelta y me vestí a toda velocidad. Salí de allí con los zapatos en la mano y componiéndome la ropa.

En el taxi me desgañité a llorar y al llegar a casa me di un baño de limpieza excesiva. Miré la foto de Marc y le dije que él tenía la culpa de que yo no quisiera hacerlo con nadie más, que la piel no se me pusiera de gallinita,

que los besos de esa tarde me supieran a cianuro y que me muriera de ganas por meterme bajo sus brazos, aspirar su aroma y morirme allí ya que no podía tenerlo.

Me dormí en medio del llanto y desperté en la madrugada con una pesadilla en la que a todos los tíos con los que intentaba acostarme, se les caía la picha.

Abrí twitter porque necesitaba desahogar. No me fijé en notificaciones, simplemente escribí un hilo de mensajes:

«El amor es todo lo que más vas a odiar cuando se acabe».

«Porque no te perdí solo cuando decidiste irte. Te pierdo cada vez que quiero abrazarte».

«Te pierdo cuando tengo frío y necesito un beso».

«Te pierdo con las palabras que no puedo decir».

«Te pierdo cuando imagino tus manos sobre la piel del alguien más».

«Te pierdo cuando te busco en otras pieles».

Apreté los ojos y algunas lágrimas escaparon. Me quedé un momento allí, en el silencio, pensando en él, pensando en sí Marc pensaba en mí, si me echaba de menos. Fue una conexión tan espiritual que creí oler su aroma. Si me esforzaba un poco en soñar lo vería entrar, sentarse al borde de la cama, tomar mi mano y decirme que me había precipitado, que tres meses era poco tiempo para los tres años que pasamos juntos. Y que las citas debían esperar.

Abrí los ojos y escribí en twitter la respuesta a esas palabras:

«Quiero que me digas cómo hago para que no me duelas más».

Me fui a las notificaciones por ver otra cosa. Cuál fue mi sorpresa al ver que en tres semanas sin pasar por allí, mis seguidores se habían multiplicado y llegaba a los diez mil. Respondí a algunas menciones y le di favorito a otros. Eran demasiadas notificaciones. Me fui a la casilla de mensajes, me gustaba poder contestar a chicas que me enviaban mensajes diciendo que tal frase les había servido para lo que fuera. Que se identificaban, que atravesaban una situación similar... el mundo está lleno de corazones rotos buscando alivio.

Me llamó la atención un nombre y el corazón me dio un leve salto. Lo abrí muy nerviosa y tuve que leer dos veces para creerme el contenido. Que si no me hubiese adjuntado una dirección de correo y su cuenta no estuviese verificada, no me lo habría creído.

La editora de contenidos de la prestigiosa revista BEAU para mujeres

quería contactar conmigo para una entrevista. Quería que las mujeres de Norte América supieran de *@ladyKiller* y me decía que ya estaba en boca de bloggers y que era un fenómeno que iba a en aumento.

Me reí, me reí con esa risa de emoción, de no me lo creo, de qué locura es esta. Hasta me pellizqué un brazo para saber que no estaba soñando. Luego vino el creérmelo, gritar un poco, saltar en la cama, mirarme al espejo y tragarme la felicidad porque no la podría compartir con nadie más que los gatos. Gatos que se despertaron con mi algarabía y llegaron a la cama.

Agarré a Greta y la puse sobre mis piernas, Silvestre se quedó mirándome.

—Chicos, necesito un consejo. Vosotros sabéis que soy *Ladykiller* y por el juramento de familia que nos une, y porque sois las majestades de esta casa no vais a traicionarme. Si decido responder a esa entrevista, eso puede desencadenar un millón de cosas y no estoy dispuesta a mostrar mi cara. Así que necesito un sabio consejo. ¿Respondo o no respondo?

Un largo rato después me abrí una cuenta de correo como *Ladykiller*. El silencio de los gatos fue la respuesta positiva. Respuesta que también le di a la editora de BEAU adjuntado esa nueva dirección de correos para que me enviase las preguntas.

A mitad de semana recibí el correo con todos los logos y marcas de BEAU y por poco grito y mato del susto a Grace que acababa de volver a la ciudad y con todos los achaques del embarazo a flor de piel.

Respondí a las preguntas con dedos temblorosos y la leí mil veces antes de darle a enviar. Me confirmaron que saldría para febrero y que si les daba una dirección me enviarían un ejemplar a casa. Solo tuve que pedir que me asignaran un casillero virtual, así lo que me enviasen llegaría allí y un mensajero me lo traería con la plena seguridad de que mi identidad estaría a salvo.

Lo anuncié a mis seguidores cuando fue primero de febrero:

Comprad BEAU este mes si queréis saber más sobre #LadyKiller.

Y al llegar mi ejemplar, me fui a Central Park, café en mano y me senté a leer.

#LadyKiller es la twittera que le escribe al desamor. Una mujer con una razón y un objetivo marcados. ¿Quién es? ¿A qué se dedica? ¿Por qué ha decidido ser la heroína de los corazones rotos? Conoce la verdad sobre la twittera que está en boca de las mujeres de Nueva York.

Contactar con ella es realmente sencillo, conseguir que te responda es lo complicado. Cuatro semanas me ha llevado lograr una respuesta y confieso que antes de abrir el mensaje supuse que sería una negativa. Se lo había pensado bastante. Pero fue todo lo contrario, Ladykiller aceptaba contestar a mis preguntas con la condición de que no sería revelada su identidad. Y es que no podría ser de otra manera, la chica que picoteó las corbatas y trajes de su ex novio, que pintó sus paredes con spray rojo mandándolo a comer de lo que dejó el perro en la calle y que le ha dedicado más de mil frases de amor/odio merece que su nombre real quede en la absoluta reserva. Puedo jurar que no sé ni la inicial y que la intriga que me causa es proporcional a su número de seguidores; va en aumento. Es una anti heroína, una vengadora que debería unirse a Thor y sus amigos porque nos ha enseñado que a un ex no se le deja ir sin que pague antes cada lágrima.

¿Quieres saber la historia de LadyKiller?

Aquí te la presento, pero antes corre a seguirla en twitter, no sabes cuándo, alguna de sus frases te caiga al dedillo.

BEAU: ¿Cómo nació ladykiller? Es algo que a todas nos intriga.

LadyKiller: *LadyKiller es el resultado de muchas noches de llanto, de no conseguir una forma eficiente de canalizar el dolor que una ruptura amorosa había causado. Yo necesitaba desahogarme libremente, hacerlo en algún lugar dónde nadie pudiera identificarme y señalarme luego. Fue una casualidad, digamos que circunstancial y sin planificarlo.*

BEAU: Ladykiller es un adjetivo masculino ¿no lo crees? ¿Qué te llevó a elegirlo?

LadyKiller: *Considero que depende del contexto en que se use, pero es verdad que se ha utilizado mucho como calificativo de un Don Juan. En mi caso, es un poco más sangriento (risas). No es mi objetivo conquistar, sino vengar soy como la chica que describe la canción homónima de Maroon 5 “Baby she’ll eat you alive (...) She’s in it just to win it. Don’t trust her for a minute”.* [\[12\]](#)

BEAU: ¿Qué tienen en común Ladykiller y su creadora?

LadyKiller: *Somos la misma, sentimos igual, tenemos el mismo corazón roto y amamos y odiamos por igual al mismo hombre. Ladykiller solo es el alias que uso porque si pusiera mi nombre real acabaría sin trabajo y no quiero pensar en otras represalias.*

BEAU: Una pregunta que nos hacemos todas es: ¿y tú ex sabe de todo esto, te ha reclamado?

Ladykiller: *Quizá se haga una idea, pero yo misma se lo confirmé con las paredes. No imagino que se haya enterado de que soy Ladykiller en twitter pero su nueva novia debe ser de vuestras lectoras asiduas así que puede que se esté enterando. En cuanto a reclamos, estoy esperando que tenga tanta cara para venir a hacerlo.*

BEAU: Y para quienes te consideran enferma y peligrosa, ¿qué tienes para decirles?

Ladykiller: *Que nunca se han enamorado, que no saben lo que se siente ver a tu novio con otra, no saben lo que es preguntarse miles de veces qué salió mal y desear con todas tus fuerzas que a la mañana siguiente ya no sientas nada por él.*

BEAU: ¿En verdad quieres vengarte o es solo un juego?

Ladykiller: *El ingrediente fundamental de una venganza es el odio y aunque le he puesto empeño no lo consigo. Las personas no son conscientes del dolor que causan hasta que lo viven en carne propia, no es que le desee lo mismo. Es eso me contradigo, lo que intento es que sepa que no me fui cuando él quiso, que me irá de su vida cuando yo lo decida y que por el momento debe soportar mi terapia del olvido.*

BEAU: Sin embargo, has impulsado un fenómeno y ya sabemos de chicas que han dado golpes al mejor estilo ladykiller. ¿Qué tienes para decirles? ¿No has llegado a considerar que se saldrá de control?

Ladykiller: *Lo primero que quiero pensar es que lo hacen por los mismos motivos que yo y no por crear un culto entorno a una tendencia. Y espero que no se salga de control. No es lo mismo cortar una corbata que cortar los frenos de su coche. Hay que poner un límite.*

BEAU: **¿Hay más “golpes” de los que no nos enterásemos por twitter?**

Ladykiller: *Si los hay o no, serán reserva del sumario.*

BEAU: **Y ahora que eres la sensación en twitter, ¿qué viene para Ladykiller?**

Ladykiller: *Supongo que escribiré hasta que consiga mi objetivo y así como aparecí, así mismo desapareceré.*

A Ladykiller le pedimos que no deje de compartirnos sus frases de amor odio con las que nos sentimos muy identificadas. Pero ya nos lo ha advertido, podrá desaparecer en cualquier momento.

¿Cuál será su próximo movimiento?

Mis amigas hablaban del artículo de la revista, mis compañeras de trabajo, en el Strabucks, en el metro, en el spa dónde me hacían la manicura... no quiero alardear, pero pasé de diez mil a treinta mil seguidores en una semana. Se estaba convirtiendo en una locura. Locura que estaba alimentada por más frases amor/odio a Marc. A medida que aumentaban los seguidores así mismo aumentaba mi necesidad de saber de él, llegué a irme al parque Madison Square a la hora de la comida, me pedía una hamburguesa en Shake Shack y casi escondida le miraba pasar con Ben al restaurante dónde siempre comían. Era algo enfermo pero necesitaba verlo, llenarme los ojos de su presencia, matarme la cabeza pensando en por qué había elegido determinado traje ese día, preguntarme si él habría comprado sus corbatas o quizá la tal Emma. Descifrar si estaba estresado o tranquilo solo con detallarle el pelo.

Obsesión o no. Yo no había dejado de amarlo, me costaría un rato conseguirlo. Porque el amor es eso, es llorar pero querer. Es querer ignorar

pero no dejar de pensarle, es saber que está con alguien más y desearle que sea feliz. Amor es querer dejarle ir y sin importa lo que se intente, ese alguien sea tu único pensamiento.

El último sábado de enero fue un día especialmente difícil. Era el cumpleaños de Marc y no me abandonaba esa horrible sensación de sentir que tienes un pendiente y a la vez un vacío que no se llena con nada. Siempre lo compararé con la lucha que libran los adictos, el periodo de abstinencia, la ansiedad, la necesidad, la cabeza intentando controlar tantas fugas, el cuerpo exigiendo eso que tanto le gusta. Limpié la casa, cociné, bañé los gatos, tanto intenté controlarme que organicé el armario y fui a hacer la compra. Y a pesar de todo mi esfuerzo, no conseguí sosegarme. Marcelo estaba con algo de catering así que no hubo quien me detuviera o me salvara de mi misma. Yo estaba destinada a cometer los errores más grandes del mundo en nombre del absurdo amor.

Reservé en la web de Hampton Jitney y tomé camino al este de Manhattan para esperar en la estación un autobús que me llevara a Southampton. Es increíble que no me cuestionará ni una sola vez lo que estaba haciendo. Pero estaba muy segura de que él no estaría allí. Así que iría a recorrer mis pasos, a exponer mis heridas en un lugar donde tenía los recuerdos más bonitos de toda nuestra relación y desde allí dejaría ir todo lo que me consumía. Sabía bien que era hora de soltar y debía empezar por ese lugar.

Llegué cuando el sol se ponía. Los recuerdos se pasearon por la costa y me abrazaron, la brisa helada me revolvió el pelo y a pesar del tiempo me solté las zapatillas y caminé en calcetines sobre la arena. Me senté en un tronco a mirar la vista del atardecer y me permití volver a llorar. Y no era un simple llanto de extrañar a alguien que no puedes tener, era llorar mi vida y decisiones, era llorar la soledad que me barría entera a pesar de tener a tantas personas conmigo, era no encontrar mi ruta, no sentir pasión por nada, estar como un náufrago en medio del mar esperando una tabla de salvación o una ola que me arrastrara a la orilla.

En ese momento odiaba la persona que era, no quería quedarme estancada en un momento triste de mi vida, quería avanzar, es más, era el momento de pasar página... como si él no fuera todo el puto libro. Como si todo a mí alrededor no me hablara de él. Como si yo misma no fuera una parte suya que se desprendió.

Me levanté para volver, el último autobús saldría a las ocho y yo estaba

bastante lejos de la estación. Iba con la mirada clavada en el cielo, en las estrellas que de a poco lo poblaban, en una hermosa luna que se miraba en el agua. Iba ensimismada en los recuerdos, sonriéndole a sus ojos de ciencia ficción que me miraban como algo especial. Así que no noté que algo cambió, el viento y el mar me lo susurraban. Que no estaba sola en esa playa, que no solamente yo había ido hasta allí para escapar del mundo.

Alcé la vista del suelo y lo vi venir, caminando cabizbajo, con las manos en los bolsillos, con el viento revolviéndole el pelo. Un escalofrío me recorría la espalda, las manos me sudaron, todo mi cuerpo reaccionó de alguna manera a su presencia. Era catálisis; yo no podía imponerme a él cuando mi cuerpo no lograba contenerse.

La distancia se hizo más corta entre los dos, Marc levantó la mirada y se detuvo. Yo también lo hice, sentí ganas de echarme a llorar a sus brazos. ¿Por qué estaba allí? Esa pregunta era válida para ambos.

Por un rato no nos dijimos nada, nos miramos más conscientes que nunca de la distancia abismal que nos separaba. Di un paso adelante y tragué saliva, me abracé los codos y pasé por su lado. Dos pasos adelante me detuvo tomándome del brazo.

—No. —Fue rotunda y fuerte mi negativa que intentó ser una barrera.

—Sabes lo que hiciste.

—¿Y tú sabes lo que nos has hecho?

Negué con la cabeza y avancé. No le debía explicaciones y tampoco quería dárselas.

—Paloma... sé que no tengo que preguntar por qué estás aquí —dijo al alcanzarme.

—No vine por ti.

—Viniste por lo mismo que yo. Este es nuestro lugar a salvo. Aquí puedo tenerte.

—No seas patético.

No podía creerle ni una sola palabra. La última vez que cedí a su discurso de abogado embaucador acabé pintándole las paredes con aerosol.

—Entremos, por favor. Tengo que explicarte muchas cosas.

—No vine por ti, Marc, no estoy aquí buscando explicaciones que sé que dolerán más que no saberlas. Vine porque estoy intentando que todo lo que me recuerda a ti ya no duela.

—Estás olvidándome.

—Te estoy sacando de mi corazón, de mi cabeza tal vez con Alzheimer.

—Dame un minuto.

—Ya te lo di, Marc y lo perdiste. No tengo más para ti.

—Joder, Paloma. No sigas clavándome el maldito puñal en el pecho —
vociferó y me detuve justo a la entrada de un camino de madera que llevaba a la calle.

—¿Quién empezó con esto, Marc?

—No quiero que me odies, Paloma.

—Ojalá pudiera. Ojalá pero no puedo y tampoco quiero.

—¿Qué quieres?

—Que el pecho no me duela cuando te recuerdo, que al verte no se me mueva ni un solo vello del brazo. Que lo que vivimos lo procese mi cabeza como escenas de una novela que leí y me tocó mucho la fibra.

—Tú y yo no podemos acabar así. —Lentamente sus dedos acariciaron los de mi mano derecha. Me estremecí, no cerré los ojos pero si apreté el puño donde llevaba las zapatillas.

—Debo volver. —Me di vuelta, apreté los ojos y respiré profundo.

—Espera, Paloma. No quieres oír lo que tengo para decirte, está bien. No merezco que lo hagas y entiendo que quieras pasar página. Pero entiende tú, que esto también me está doliendo.

Me di vuelta.

—¿Cómo va a dolerte algo que mantienes? Si me dijeras que fue una noche, que se acabó, que te sentías solo... Lo entendería, Marc. Pero sigues con ella. No puedo creerte y no lo volveré a hacer. Tú ya no me quieres, acéptalo y ahórranos todo esto.

—¿Qué no te quiero?! Eres un jodido fantasma que se pasea por casa a su antojo, te veo entre la gente, te escucho reír, el armario huele a ti. No puedo ni comer pasta.

—Es karma —dije secamente y apretando en la garganta las lágrimas.

—Es que no puedo vivir sin ti, eso es —confesó en medio de un suspiro, luego su mano se cernió sobre mi cuello y corrió mi pelo hacia atrás. Contuve la respiración y abrí ligeramente los labios para exhalar.

—Déjalo ya. Por favor, no podemos seguir haciéndonos daño.

—Déjame tenerte una última vez.

—No me pidas tanto, Marc. Porque ya te di una última vez y me desilusionaste.

—Entonces déjame explicarlo y así entenderás por qué es complicado.

—Estás con ella y punto. No necesito saber más.

—Estoy con ella pero sueño contigo.

Un minuto después nuestras bocas se juntaron y nos besamos como animales hambrientos. Le despeiné y pasé las manos por esa barba que estaba bastante más tupida que la última vez. Luego simplemente me abracé a él.

—Una última vez, por favor.

Asentí. Lo que sentía por él sobrepasaba a mis fuerzas.

Entramos y nos desnudamos camino a la habitación. Cargó conmigo escaleras arriba y me bajó sobre la misma cama de todas esas veces anteriores. Mi piel reaccionó a sus caricias, a los besos que fue dejando mientras ascendía por mis piernas. Apreté el tendido entre mis dedos y un aroma se desprendió de las sábanas. Olía a nosotros, a sus sonrisas y las mías, a su forma de mirarme, a bañarnos juntos y acabar corriéndonos mientras nos masturbábamos; olía a que allí era campo de paz, que nunca cupo una discusión, olía muy fuerte y muy claro a que en esa pequeña cabaña estaba contenida toda la felicidad que fuimos capaces de encontrar. Casi me echo a llorar. Porque luego de esa noche todo acabaría, porque para él era complicado y prefería estar con otra que conmigo cada noche y para mí era mejor tenerlo a medias que no tenerlo. Que prefería darle mi cuerpo como dádiva si de algún modo aquello conseguía devolverlo a mí. Había perdido la cabeza, estaba hundida, él lo había hecho e irremediablemente solamente él iba a traerme de nuevo a flote.

El silencio de la casa se mezclaba con el sonido del viento y las olas del mar. También se unían nuestros gemidos o el sonido de los besos. Pero ninguno habló, Marc me encajó sobre sus piernas y metió la mano derecha entre las mías, la izquierda me apretaba uno de los pechos. Arqueé la espalda y su boca pasó a atender mis pezones. Me removí frotándome contra su creciente erección. Marc gruñó y se olvidó de que lo estábamos haciendo lento. Quizá la rabia de saber que era la última vez que nos tendríamos, pudo más que el deseo de dejarnos un recuerdo más especial. Pero seguía siendo especial a pesar de que dolería después.

Dimos vuelta en la cama, quedé sobre él a horcajadas. Bajé con mi lengua desde su boca hasta su ombligo. Le toqué por encima de la ropa interior y un segundo después volvía a sentir su peso sobre el mío, su cuerpo acaparando el mío, esa absurda sensación de protección que me abrumaba y me hacía vulnerable. Bajó por mis pechos y me quitó las braguitas. Jadeé muy fuerte cuando su lengua tocó mi centro. Hubo una oleada de ira dentro de mí que despertó esa rabia que le tenía porque me había arrebatado la comodidad

y ahora solo podía ser la otra. No quería darle el nombre que verdaderamente tenía porque sería reconocer hasta qué punto me estaba degradando.

Me estremecí de los pies a la cabeza y ahogué el gemido contra la almohada. No quería dárselo, no, no iba a darle un recuerdo de lo que provocaba en mí para que pudiera sentirse orgulloso de que, a pesar de todo, era capaz de robarme los orgasmos más brutales de mi vida.

Reptó entre mis piernas y volvimos a besarnos. Luego se puso un preservativo y se coló dentro de mí. Fue un punto máximo de dolor. El recuerdo ya no sería el mismo, todo había cambiado, ese maldito látex era la barrera que nos separaba de poder recuperar todo lo que alguna vez tuvimos.

Pero de nuevo espanté las señales y me entregué. Puso las manos sobre el colchón en lugar de juntarlas conmigo y tampoco me importó. Empujaba con rabia y fuerza entre mis piernas. Yo también me contagié de su ira contra él y contra las malditas circunstancias que nos alejaron. Conseguí que giráramos en el colchón, aferré mis manos en sus piernas y me moví sobre él a un ritmo intenso, no le miré, fijé mis ojos en la ventana por la que se colaba una luz azul difusa y por un resquicio se asomaba la luna. Apreté en la garganta las jodidas ganas de echarme a llorar que no se me iban. Marc volvió a tenderme sobre la cama, de rodillas y aferrado a mis muslos buscó su liberación. Pero fui yo la que se adelantó y volví a difuminar mis jadeos en la almohada. Marc se tensó luego y en ese gruñido lastimero finalmente supe que ambos odiábamos no tenernos en la mismas proporciones en que nos deseábamos.

Cuando salió de mí, pasó directamente al baño. Yo me quedé en posición fetal, desnuda y mirando a la nada. Mis lágrimas ganaron la batalla a la contención y bajaron por mis mejillas mojando también las sábanas. ¿Por qué la vida tenía que ser tan puta?

Esa noche dormimos juntos. Pero no hubo abrazos ni besos, no éramos un par de amantes clandestinos. Éramos nosotros, los imbéciles que follaban porque no era capaces de decirse adiós sin tanto drama. En mi lado de la cama contemplaba en retrospectiva que mi fuerza de voluntad era demasiado débil y que con él siempre estaría a prueba. Que era mejor tomar distancia, pero esta vez de verdad o quien sabe cómo acabaríamos. Y la idea de Romeo y Julieta era demasiado trágica para todo lo que fuimos.

Desperté casi con el amanecer encima. Me sentía muy extraña allí, con el hombre que tanto quería y odiaba a un lado, y la certeza plena de que jamás volvería a ser mío del otro, que el plazo se había cumplido, que esa última noche había sido el sello a nuestra truculenta historia de amor. Aunque ese

adjetivo en ocasiones se le quedara corto.

Me levanté y recogí mis bragas del suelo me las puse por el camino y bajé a buscar lo demás, en las escalera conseguí su camisa y me la puse. Luego preparé café y me serví una taza. Cuando conseguí mis pantalones también hallé una razón más para odiar la absurda realidad que tenía que afrontar. En una repisa junto a la puerta trasera estaban puestas todas nuestras fotos, los cuadros que decoraban su apartamento, cosas que hablaban de los dos como el boleto del cine, o de alguno de nuestros viajes. Hasta una servilleta que me había traído de un restaurante luego de haberle escrito a Marc que le esperaba en el baño y que no llevaría braguitas. Me ardió el esófago, era muy duro reconocer que pudimos ser todo lo que quisimos y, en medio de todo, simplemente fuimos cuanto pudimos ser. Y sin embargo no nos bastó.

Esa revelación confirmaba que esa casa era nuestro lugar, que allí había espacio para los recuerdos y que estaba blindada. Y dolió saber que cada vez que ambos pensáramos en lo que vivimos, nuestras mentes viajarían a la cabaña para poder encontrarse. Pero eso también hizo algo muy malo en mí, un efecto placebo que me empujó, una vez más, a la irracionalidad.

Volví a Nueva York sin que Marc lo notara, pero le dejé en el aire la posibilidad de volvernos a encontrar sin importar cómo acabara. Le dejé una nota donde le decía que sus llamadas ya no estaban restringidas.

Mala idea, Paloma.

Y para que no se perdiera la costumbre, publiqué en twitter una imagen de esa nota junto a un mensaje que, por primera vez, no iba dirigido a Marc:

«Si eras la amante y ahora eres la novia. Creo que tienes claro a qué debes atenerte».

33. El oscuro abismo



Tal como Richard lo anunció, Grace se mudaría con él. Pero ella que huye del drama no permitió que estuviera en casa cuando eso ocurriese y lo hizo mientras yo estaba en la oficina. Sabía que iba a llorar y eso no le haría bien al bebé y que verme llorar la haría sentir muy mal. Por mi parte, sentía un nudo en la garganta, me quedaría muy sola en esa casa, ya no habría bollos en las mañanas, debería recordar hacer la compra, poner una lavadora, llamar a la mujer de la limpieza y sobre todo, irme al banco a pedir que me bajaran la cuota o tendría que dejar de comer.

Cuando volví a casa enseguida sentí que Grace no estaba allí, como una brisa, como la soledad instalándose. Fueron muchos años viviendo juntas, compartiendo desde el desayuno hasta la ropa y los zapatos. Aguantando su mal humor, sus dudas existenciales, sus historias de sexo tórrido y sus teorías sobre no enamorarse. Pues a la pobre le había escupido el karma a la cara y a pesar de ello, era feliz. Se le veía, irradiaba una luz distinta, como si hubiese cumplido un sueño que había visto lejano, así como vemos los humanos a las estrellas.

No pasé por su cuarto enseguida, un paso a la vez. Me fui a mi cuarto y sobre la cama me encontré un sobre. Grace me había dejado una carta. Una que consiguió hacerme llorar y que demostraba lo que siempre supe, que Grace era como un caracol y que la coraza es solo apariencia. Tanto que no pudo decirme esas cosas pero me las escribió y yo se lo agradecía.

Querida Paloma:

Sé que no escogí el mejor momento para ser feliz y que te he dado tremendo bofetón. Primero que nada, sé que estás pasando por una etapa difícil, que te duele, que lloras en tu cuarto cada noche, qué te preguntas una y otra vez lo que hiciste mal. Sé que todo lo ves oscuro, que te parece que se ha derrumbado tu mundo y ahora mismo

no sabes a donde ir a refugiarte. Y lo entiendo, juro que lo hago porque lo veo todo desde afuera. Sé que lo pasas fatal aunque te obligues a sonreírnos. Aunque nos recontrajes que todo está bien.

Ambas sabemos que no es así. Han sido meses complicados. Sé que me odias. Digas lo que digas, odias que tuviera razón, que te abriera los ojos y en el fondo me culpas de lo que estás soportando.

Cielo, ódiame cuanto sea necesario, pero lo cierto es, que todo pasa. Ya sabes que también he naufragado en esas aguas, que me he hecho miles de preguntas sobre mi vida, mi futuro, sobre lo que quería y lo que no... no viene al caso, pero encontré todas las respuestas cuando me enteré de que estaba embarazada. Supe que había venido al mundo a ser periodista y gracias a ello te conocería y a las chicas, que pelearía contra el amor intentando que no me hiciera daño, pero el daño me lo hice yo al obligarme a no sentir y en cierto modo eso admiro de ti, que perseveres en su búsqueda. Y mírame ahora con este giro de 180° a todo lo que me planteé.

Así que no pierdas la fe, llora si quieres llorar, confiesa que no te sientes bien sin que te cause vergüenza, nadie va a señalarte. Entiendo que haya caos en tu cabeza y desesperanza en tu corazón... siéntete libre de vivir este duelo como quieras, exprésalo como te apetezca. Así serás consiente de esa vulnerabilidad que implica y de los miedos correspondientes. Date la libertad de estar furiosa con quien quieras estar furiosa y que sepas que puedes gritar, patear y quejarte. En algún momento pararás y te sentirás liberada.

No me gusta verte así, pero es un proceso importante en tu vida y ya te darás cuenta de ello. Es una temporada de cambios que te hará exigirte y finalmente entenderás que todo sucede porque necesitamos transformarnos a medida que crecemos. No sabemos lo que resulte a futuro ni qué tanta oscuridad vas a soportar, pero saldrás, lo prometo.

Preguntarás cuándo. Porque lo quisieras ya mismo pero también cuestionarnos es tremendamente poderoso y en el proceso a encontrar la salida vas a encontrarte con una versión más fuerte de ti y entonces entenderás por qué hay que darle tiempo al tiempo.

Así que yo espero. Aquí en mi nueva casa y con mi tripa en crecimiento también estaré esperando a que llegue ese príncipe que

mereces y que me digas que lograste perdonarnos a todos, incluyendo a Marc, porque aunque no lo creas, será la primera persona que vas a querer ver cuando vuelva a encenderse la luz y aparecer los colores. Le dirás adiós y le agradecerás, porque siempre hay algo que agradecer a quien nos lastima.

No te dejes sola, cariño. Me mudo a Tribeca que no está tan lejos y nos veremos y serás la tía que más querrá mi hijo, mi madrina de bodas (si decido casarme) y siempre mi hermana pequeña a la que intento proteger pero que debo permitir que se encuentre.

Ve despacio ahora, pero no retrocedas. Sigue viendo al vecino los viernes, te hace bien para el alma y el cuerpo, pero no lo arruinéis muy pronto, se nota que podéis llegar a ser almas gemelas. Lo que no sabes es que ambos vais a necesitar tiempo para descubrirlo y no es que sea bruja, es que sé de qué pata cojea el italiano... no preguntes porque no lo diré.

Perdona complicarte más la vida con mi mudanza, no fue intencional.

Ahora sí, Paloma. Es momento de que me vaya a jugar a la ama de casa.

Promete que si no resisto, vas a recibirme de nuevo.

Te quiero,

Grace.

Ese primer viernes de febrero ya no nos reunimos para irnos de copas a los bares que Rachel conseguía. Ese viernes pedimos la tarde porque debíamos ir a la prueba de vestido de Mariah.

—¿No pudiste casarte antes? Así podría justificar que en las fotos que me veo gorda porque estaba embarazada y no porque acababa de parir.

—Pudiste embarazarte luego, ya te había dado fecha con mucho tiempo de antelación —incordió Mariah.

—Me alegra que sea Diane Wilde quien diseñe tu vestido y organice tu boda, va a salir preciosa —comentó Rachel.

—Ella es la que se casó en su primer desfile ¿verdad? —preguntó Sarah.

—¡Siii! —dijimos todas.

—Fue precioso, ella tiene una historia muy bella con su esposo — comentó Grace.

—¿No es él? —dijo Rachel haciéndonos mirar al módulo de recepción desde donde esperábamos el acceso al atelier.

—Lo es —confirmó Mariah.

Nos quedamos mirándoles, luego salió Diane para invitarnos a pasar y disfrutamos en primera fila de un beso entre ellos. Hubo suspiros colectivos.

—Mi vestido en la talla más grande, estaré como una ballena para esa fecha. —Fue el explícito pedido de Grace.

—No te quejes tanto, estás en la etapa más bonita de una mujer.

—Claro, muy bonita cuando no te despiertas con los pies pesados, cuando no debes dejar de tomar café, cuando no sientes un retorcijón en el estómago y no sabes si es el bebé o son gases, cuando aún te apuntan los pantalones y las tetas no te duelen y te crecen como si fueses a alimentar a un bebé elefante y el escote no se ve vulgar para la oficina...

—Os traje para decidáis algo entre todas, no quiero ser de esas novias que visten a sus damas como si las odiaran. Yo os quiero mogollón así que poneos de acuerdo para que Grace, la ballena, deje de quejarse.

—Deja que te llegue la hora —respondió la aludida mientras acababa con la bandeja de Macarons que nos habían dejado.

—¿Cuándo vas a invitarnos a tu nueva casa en Tribeca?

—Cuando tenga sillas donde sentaros. Que seguramente será nunca porque no nos queda tiempo.

—Te quedará cuando estés de licencia —dijo Rachel—. O puedes contratar a Sarah, sabe de decoración de interiores.

Grace asintió y siguió comiendo.

—Haz un presupuesto, una propuesta... lo que sea que hagáis y me organizas el nidito de amor. Voy a terminar acostando a mi hijo en una almohada sobre el lavabo.

—Eh, Paloma. Deja ese teléfono. ¿Con quién te escribes tanto? — Rachel me acercó una copa de champán que rechacé.

Llevaba una semana hablando con alguien de Wall Street por Tinder. Era guapo y a la primera había dicho que solo quería citas por pasar el rato con alguien.

—Con nadie. —Intenté guardarme el móvil, pero Sarah me lo quitó al vuelo, la perseguí, se lo fueron pasando hasta que llegó a Grace y ella hizo señas de que no intentara acercarme.

Grace empezó a leer y a reírse.

—¿Qué dice?! —preguntaron.

—Solo os diré que Paloma debe irse porque tiene una cita con un tal Paul que le escribe por Tinder.

—¿Tinder?! —Rachel aplaudió—. Paloma es nivel sénior.

—Solo conozco gente. —Me defendí.

—O follas con desconocidos —mencionó Grace.

—No follo.

Mariah salió con su precioso vestido, se veía como una princesa. Le quedaba perfecto.

—¿Os gusta?

Todas le dimos el visto bueno.

—¿Qué estás esperando? —Me dijo Sarah—. Corre a tu cita que nosotras decidimos el vestido.

—No hagáis de esto un...

—Un nada, estás saliendo con gente que es mejor a que seamos nosotras quienes te presentemos posibles citas.

—Pues gracias —ironicé.

Grace me devolvió el teléfono.

—Te he emparejado con dos más que son candidatos para sexo cochino, ya me contarás como la tienen.

—¡Grace!! —Cogí mis cosas y salí de allí roja de vergüenza.

La cita fue bien pero yo tenía una con Marcelo así que no me alargué.

Comíamos pizza hecha en casa mientras veíamos Friends, descubrimos que para ambos era la mejor serie de la historia.

—¿Y entonces no salió bien?

—No iba a salir bien si su amigo no izaba la bandera, Marcelo. Tendía al fracaso.

—No sé por qué me cuentas esas cosas. Es la peor vergüenza para un tío. Y siendo médico debería saber qué hacer.

—¿Sabes lo que creo? Que no es un problema fisiológico sino mental. También está la posibilidad de que yo no sea muy atractiva...

—Entonces tiene fuga de aceite.

—¿Por qué? —Le miré buscando respuestas.

—¿Por qué, qué?

—No te hagas el imbécil. Responde alguna vez a mis preguntas.

—Respondo a lo que sé que debo responder.

—¡Marcelo!

—Paloma, no me preguntes cosas que quizá no quieres saber—Zanjó tirante.

Me quedé viéndole. Por un momento no supe qué hacer. Quizá era mejor irme, porque desde lo sucedido en Livorno las cosas cambiaron entre nosotros y Marcelo actuaba como si yo tuviera algún tipo de virus contagioso.

—Es mejor que me vaya —susurré, sintiéndome incómoda.

—No.

Marcelo me abrazó por los hombros atrayéndome suavemente a su pecho.

—No quiero que te vayas, pero es lo sensato dadas las circunstancias.

—¿Por qué? Dímelo para que lo entienda.

Marcelo suspiró. Pasó sus dedos por mi brazo y luego escaló hasta mi mejilla.

—No quiero confundirte —Me soltó. Algo brusco y agitado.

Le miré pero él no lo hizo. Le agarré por la camisa y le abracé muy fuerte, hundí la nariz en la curva de su cuello. Olía a dulce, a familia, a un lugar que me hacía sentir cómoda. Olía a Marcelo. Se resistió un poco y luego me devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—Eres muy importante para mí, Paloma. No quiero tener que obligarme a dejar de verte, pero creo que ya lo arruinamos en Livorno.

Suspiró.

Marcelo y yo no éramos iguales, pero nos gustaban las mismas cosas, nos acercaban personas... si hubiésemos chocado por casualidad quizá no nos habríamos detenido a compartir ni un café. Pero el destino que teje telarañas a su antojo se agarró de esa coincidencia para demostrar que los polos opuestos se atraen.

Quería que me besara, que me dejara sin aliento, que me diera todas las respuestas de esa manera porque me repateaba que no fuese directo, que evadiera las preguntas importantes, que se cerrara en banda cuando se trataba de él. Era un enigma y por eso, justamente por eso, me atraía.

—Eres muy cobarde —solté desilusionada.

Marcelo me soltó, me miró significativamente haciendo que sus ojos de caramelo brillaran como si se estuvieran fundiendo.

—No me lo pondrás muy fácil, ¿verdad? —Sonrió nervioso.

—Depende de lo que fácil signifique para ti.

Marcelo chocó sus labios con los míos y luego sus manos me tomaron

por el cuello. Luchó, se lo pensó pero fui yo la que se arriesgó y buscó un beso más intenso. Le acaricié los bíceps y los hombros hasta que enterré los dedos en su pelo y soltó un gemido. Aproveché esa oportunidad para acariciarle los labios con los míos.

Su pecho se elevaba a un ritmo acelerado, bajé las manos y las dejé descansar allí.

Succionó mi labio inferior y lentamente se separaron nuestras bocas. Ambos suspiramos.

—No podemos. —Me abrazó a su pecho y nos dejamos caer en el sofá.

En silencio medité sobre lo que estábamos haciendo. No quería que Marcelo fuese un daño colateral en mi afán por olvidarme de Marc.

Marc.

No entendía por qué, los besos de Marcelo no me hacían sentir culpable.

—No se repetirá —afirmé, tocando sus manos que apretaban mi cintura. Porque no era amor, era necesidad.

Jake me llamó a su oficina con carácter urgente. Me preocupé de haber cometido algún error en alguna de las campañas por tener tantas sobre la mesa. Al entrar, el perfil de LadyKiller estaba proyectado en el telón del *video Beam*. El corazón me dio un brinco, imaginé que ya se había enterado de que era yo y me pediría renunciar antes de que se armara un escándalo.

—Paloma, toma asiento.

Su tono cordial casi me lo confirmaba.

—¿Qué sucede?

—Quiero que veas la pantalla y me digas si has escuchado sobre esa tuitera.

Tragué saliva.

—Sí, salió en una revista...

—Se habla de ella en todas partes, tiene cuarenta mil seguidores y su cuenta empezó en los últimos meses del año anterior ¿qué te dice eso?

—Que tiene influencia. —Sorteé mis palabras, no sabía lo que era correcto responder.

—¡Exacto! En un mundo donde los youtubers están influenciando a las nuevas generaciones, llega esta chica y se posiciona con frases de ciento cuarenta caracteres.

—Sí, es asombroso.

—¡Quiero que la consigas! —ordenó.

—¿Qué la consiga? ¿Yo?

—Sí. —Rodeó la mesa y me enseñó un par de ejemplares de libros escritos por youtubers.

—Quiero un libro con toda su esencia. Y necesito proponérselo antes que la competencia. Dile que le tengo una propuesta y que ponga las condiciones que quiera.

—Pero Jake. Ni siquiera sabemos si es una chica, si es una estrategia de venta de algún producto, si lo que escribe es suyo o...

—Pregúntale a Ladykiller lo que quiere y se lo daremos. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

Salí de allí directo al tocador de señoras. Me miré al espejo, ni yo me creía que fuera Ladykiller.

—Eres Ladykiller... ¿quieres esto?

¿Qué es lo que quieres, Paloma?

Era la primera vez que me preguntaba si quería salir de mi vida aburrida y monótona.

Estaba en una disyuntiva existencial. En una situación que ponía a mi trabajo y a mis sentimientos enfrentados en una balanza. Y sinceramente lo menos que podía arriesgar era mi trabajo.

Le daría algunos alargues a mi jefe mientras me lo pensaba, nunca llegué a imaginar que abrirme una cuenta en twitter y escribir lo que sentía desataría una revolución. Que sí, que hay tuiteros con muchos seguidores, pero pocos a los que los medios los asedian. Y empezaba a ser mi caso. Cada noche las notificaciones triplicaban a la anterior y el haber respondido preguntas a dos blogs de revistas de mujeres había hecho subir mi número de seguidores a la escandalosa cifra de cincuenta mil. ¿Sabes lo que es que cincuenta mil personas te sigan?

¡Madre mía!

Me mareé cuando leí la cifra. Y sinceramente, esa llegada masiva de seguidores no me ayudaba a tomar una decisión. También aparecieron algunas marcas que me proponían enviarme sus productos para que yo hablara de ellos... estrategias de mercadeo que conozco a la perfección. Y lo acepté, es decir. No tenía que preocuparme por tratamientos para el pelo, cremas depilatorias, algún perfume... incluso camisas y zapatos.

Pero, ¿quería eso? ¿Estaba preparada para lo que venía? Porque seguramente no iba a parar de golpe, era una bola de nieve en crecimiento. Y

que viviera sola también era un alivio, no habría podido justificarle a Grace por qué empezaban a llegar cosas y después me internaría en una clínica para quitarme la obsesión por las compras.

Estaba a punto de enloquecer

Un jueves, Salo y Greg me invitaron a cenar.

—¿Por qué tenía que ser aquí? —Me quejé al darme cuenta del sitio al que íbamos.

—Porque estoy alucinado con la comida que sirven aquí y porque un poco de tiramisú no te amarga, churri.

—¿Seguro que es por eso?

—¿Qué segundas intenciones tendríamos, princesa? —dijo Greg, socarrón.

Los miré a ambos.

—Espero que ninguna que incluya al amigo de mi hermano.

Ambos se miraron.

—¿Decirle «el amigo de mi hermano» es la barrera que te impide cruzar?

—¡Salomón!

Pedimos y Greg consiguió desviar el tema. Cuando Salomón ponían empeño llegaba a ser insoportable.

—¿Ya recibiste respuesta de LadyKiller?

Llevé la mirada a la copa, me sentía horrible por mentirles respecto a eso. Ya tenía suficiente con la presión que manejaba en la oficina para que ellos también mencionaran el tema.

—No, nada de respuestas. Creo que no le interesa.

—Lo que creo es que no tiene esas aspiraciones. En sus entrevistas se entiende que no esperaba llegar a este punto e intuyo que está abrumada —acotó Salomón.

—Si es así, puede cerrarse la cuenta y desaparecer —dijo Greg.

—Chicos no hablemos de trabajo, Jake no para de presionarme. —Apoyé la frente en la mesa.

—Entonces vamos a darte la gran noticia

Levanté la frente de la mesa y les miré, confusa.

—No, por favor —ambos juntaron el ceño—. No me vayáis a salir con que os vais a mudar a otra ciudad porque eso sería lo...

Erguí la espalda de sopetón. Vi a Marcelo salir discutiendo de la cocina y armando un revuelo con los clientes. Luego mandó a alguien a la mierda en

exquisito italiano, se soltó el mandil a las malas y lo tiró al suelo. Salió hecho una fiera.

—¿Ese no era...?

—Marcelo... parece que hay problemas en el paraíso —bufé.

—¿Quieres irte, cielo? —preguntó Greg.

Yo empezaba a tenerle cariño a Marcelo, pero no daba para dejar a mis amigos y salir corriendo tras él. Esas épocas ya habían pasado y no tenía intención de repetir errores... al menos no de ese tipo.

—¿Por qué? —Junté las cejas—. Mejor decidme de una vez esa gran noticia.

Greg y Salomón no son ese tipo de pareja que hace demostraciones de afecto en público. Se abstienen porque entienden que a algunas personas les causa molestia y prefieren evitar comentarios ofensivos, incluso agresiones. Además del hecho de que no te enteras de que son pareja si ellos no lo dicen. Pero en ese momento se cogieron las manos sobre la mesa y sonrieron. Había tanta ilusión en sus ojos que se me contagió aun sin saber de lo que se trataba.

—Vamos a casarnos. —Soltó Salomón, casi en un susurro.

—¡Vaya por Dios! —exterioricé efusiva, algunas personas voltearon a verme. Me cubrí la cara a dos manos, presa de la sorpresa.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Vaya por Dios qué gran noticia o Vaya por Dios habéis perdido la chaveta? —cuestionó Greg.

Le tomé las manos y les miré, estaba al borde de las lágrimas.

—Chicos, sois mi vida. Mis príncipes de cuento y os quiero hasta más allá del infinito. Claro que me alegra muchísimo. Sé lo importante que es este paso para vosotros y sobra deciros que contáis con todo mi apoyo.

Greg me puso pucheros, Salo me guiñó un ojo.

Salomón se lo había pensado mucho y le dieron largas a esa noticia porque él más que nadie entendía que cuando oía la palabra matrimonio, me venía un recuerdo triste a la cabeza. Pero con ellos era distinto, sabía lo que se querían, les había visto juntos desde siempre y se llevaban a las mil maravillas. Algo así quería para mí, estabilidad, confianza, complicidad... alguien que pudiera sacrificarse por mí.

Volví a casa temprano, llamé a Marcelo y no recibí respuesta, tampoco atendió al timbre, pero estaba en casa, tenía música y las luces encendidas. Busqué mi llave de repuesto y me colé en su casa.

Enseguida crucé el pasillo, un montón de olores me colmaron el olfato. Me acerqué sigilosa a la cocina y entonces lo vi, llevaba un esqueleto de

algodón y estaba sentado frente a la mesa, con una botella de cerveza en la mano y otras más alrededor. Tenía la cabeza sobre la madera y toda la cocina parecía un campo de batalla. Había harina por todas partes, ollas, moldes, utensilios varios.

Di tres golpecitos a la madera de la puerta. Marcelo levantó la cabeza de golpe.

—Perdona, me preocupaba que no atendieras.

—Está bien —sonó tajante. Se puso de pie y volvió a trabajar en una masa sobre el mesón.

—Te vi salir del restaurante —tanteé el terreno—. ¿Quieres hablar?

—Problemas, no es nada. —Apretó la masa con más ahínco.

—¿Entonces está todo bien?

Era una pregunta que no podía evadir y que al parecer no tenía intención de ignorar. La pobre masa sufría los envites de su ira desatada, sus bíceps y tríceps se contraían con la fuerza que ejercía. No estaba bien, aunque quisiera disimularlo, su cuerpo entero emanaba un aura densa, de rabia, de impotencia.

Sin importarme cómo reaccionaría me lancé, llegué a su lado y le agarré un brazo.

—Ya, para un momento por favor —supliqué.

Marcelo permanecía con la cabeza gacha, el pelo revuelto y mechones sobre su frente que se pegaban debido al sudor. Su respiración estaba agitada y exhalaba con fuerza. A pesar de no ver sus ojos comprendí que lo que estaba sintiendo era superior a sus fuerzas y necesitaba canalizarlo de alguna manera. Por eso la cogió contra la masa. Deslicé mi mano hacia la suya y la sostuve por encima, se detuvo. Luego conseguí tomarlas ambas y que se girara tres cuartos hacia mí.

—Eh, respira hondo. —Le pedí, él elevó las manos y con las mías entrelazadas y las llevó sobre su pecho. Luego dio una honda inhalación.

—¿Quieres hablar? —Negó levemente con la cabeza. Me acerqué y le miré desde abajo. Marcelo estaba descompuesto—. ¿Seguro?

Cuando me miró sentí una conexión con un lugar de mi cuerpo muy dormido por esos días. Reaccionó enseguida subiéndome sobre el mesón y me besó. No me resistí, no pude, había algo entre los dos que conectó y con ese beso... aquel beso fue una dosis de vida. Desde lo sucedido con Marc me sentía más vacía y sola. Las semanas pasaron sin saber de él y las citas en Tinder resultaban muchas veces en un verdadero desastre. Contrario a Marcelo que con solo un beso encendía la chispa en mí, era electricidad,

química...

Me separó las piernas para acercarse más, lancé las manos a él toqueteando sus brazos, sus manos apretaban mi cintura con una necesidad violenta. Abrí la boca y me llené de su sabor, sabía a cerveza y a una gran desilusión. Yo sabía lo que era el sabor de perder la fe en algo y por eso dejé que mi lengua buscara la suya, que danzaran que se contaran secretos. Le acaricié las mejillas. Me tocó los muslos y los ajustó sobre su cadera, tenía intención de levantarme. A ambos nos volvió la cordura y nos separamos, jadeando por aire y por la intensidad del beso.

—No podemos —dijo al recostar su frente en mi hombro. Le abracé y le acaricié el pelo.

—Lo sé.

—Voy a contártelo. —Y se separó para ir a la nevera, luego fuimos a la sala y sentados sobre la alfombra nos comimos una tarta de tiramisú.

—He estado viéndome con Lana.

No me sorprendió eso, ya lo imaginaba.

—¿Por ella estás así?

—Estoy así por muchas cosas, pero sí, ella tiene mucho que ver. Juega con ambos a su antojo, un día me seduce para conseguir algo y luego la veo hacerlo con él. Hoy no pude soportarlo, dijo que Filippo le propuso estar juntos y a mi Filippo me propuso comprar mi parte del restaurante para que no me interponga entre ellos.

—Qué fuerte.

—Filippo me trata como a su empleado. No sé qué pretende demostrar.

—Qué es mejor partido que tú y parece que le funcionó.

—¿Algún consejo?

—Le preguntas a la menos indicada, sabes que ese barco se hundió conmigo abordo.

Me regaló una sonrisa triste.

—No sé por qué insisto en lo que me hace daño.

—Porque te resulta más cómodo. Porque tú la viste primero y sientes que tienes más derecho y porque todos odiamos ser rechazados y eso nos empuja a demostrar que somos la elección correcta.

Marcelo arqueó una ceja y me miró, sorprendido.

—Estás muy sabia últimamente.

Me reí y le puyé el brazo.

—Y tú estás peor que yo cuando nos conocimos.

—Quizá, simplemente me aferro a una opción equivocada, como dices. Deberíamos crear el club de los descartados.

Me llevé una cucharada de tiramisú a la boca.

—En Tinder no te iría mal —busqué otro tema—. Mi última cita casi termina en la comisaría.

—¿Por qué —Se interesó.

—El tío tenía la fantasía de hacerlo en un lugar público, me llevó a un cine, nos ubicamos en la última hilera y después me pidió quitarme los pantalones y ponerme sobre él para follar.

—¿Qué hiciste? —Juntó las cejas en un gesto de disgusto.

—Le tiré la soda encima y me fui.

—Tal vez deberías dejar Tinder y buscar a alguien de un modo más tradicional...

Me llevé la última cucharada a la boca y me levanté para buscar mis cosas. Tenía trabajo esperando en casa.

—No lo sé, Marcelo. Tal vez sea pronto para eso.

Me acompañó a la puerta, pero antes me envió a casa con una cesta llena de panecillos.

—Perdona ese... —Le puse un dedo sobre los labios.

—Tienes tus razones y yo las mías. Dejemos esta conversación para cuando sea el momento de decirlas.

Me despedí con un beso en la mejilla y me fui a mi casa.

Pero mi noche estaba lejos de acabar.

Solo tuve que subir la acera para saber que él estaba allí. Su aroma, su presencia... seguía muy viciada de él como para ignorarlo.

—¿De dónde vienes?

Le miré de reojo y avancé hacia la escalera.

—Quizá sea yo quien debe preguntar qué haces aquí.

—Necesitaba verte.

—Alguna foto guardarás de mí. —No era que quisiera ser tan borde, es que necesitaba disimular muy bien que tenerlo allí era un punto a mi favor.

—¿Puedo pasar?

—Qué más da.

Dejé la puerta abierta y fui hasta la cocina a dejar los bollos. Al salir me encontré a Marc quitándose el abrigo.

—¿Qué quieres, Marc?

—¿Con quién estabas?

—¡Por Dios! —rebufé—. Este es un reclamo totalmente fuera de lugar.

—No soporto verte con nadie, Paloma. —Me tomó por la cintura acercándose a él.

—Y vienes a decírmelo tú. —Luché por soltarme.

—Sabes que es complicado.

—Lo único que sé es que eres como un perro meando territorio y no estás en posición de reclamarme nada.

—No he dejado de pensar en ti, no desde que volvimos a ser tú y yo.

Me besó con tanta necesidad y urgencia que creí que se acababa el mundo, porque yo también respondí del mismo modo. Enredé mis dedos en su pelo y jugamos con nuestras lenguas. Era una sensación tan placentera sentirlo mío, saber que estaba allí porque yo le daba algo que necesitaba, que sentía celos de que estuviera con alguien más. No tuve un segundo de cordura, solo aprovecharía tenerlo allí, porque era incapaz de contenerme, de negarme a sus deseos, porque aunque lo intentaba no lograba sacarlo de mis pensamientos y cabía la posibilidad de que necesitara convencerse, que saber que estaba dispuesta a todo por él cambiara el destino dramático de lo que estábamos viviendo.

Lo hicimos esa noche sobre el tapete de la sala sin decirnos una palabra más, cuando nos corrimos, nos escasearon las palabras y tampoco había motivo para arruinarlo, todo estaba dicho. Con el paso de los días ya no importaba si llegaba a mi casa de sorpresa, si me enviaba un mensaje citándome en algún hotel o el piso de Ben. Simplemente respondía un *okey* y dejaba lo que estuviera haciendo o a mis amigos y tomaba un taxi, apenas cruzábamos el umbral de la puerta nos besábamos y las prendas iban cayendo al suelo. Y como no podía ser de otra manera, follábamos como animales, como un par de amantes desesperados y resignados a no tenernos. Se corría dentro de mí y se levantaba, yo me vestía a la velocidad del rayo y salía antes que él.

Algunas veces le reñía luego de verlo en la sección de sociales posando con esa mujer, discutíamos tirándonos a la cara un montón de reproches sin sentido y la forma de vengarnos del otro era follar como salvajes, dejarnos marcas o no besarnos.

Volvía a mi casa sintiéndome vacía y usada y era plenamente consciente de que no estaba haciendo las cosas bien, que yo misma me hacía daño pero tampoco era capaz de pararme en raya y darme vuelta. Era adicta a él, a esos escasos minutos en los que sabía que no estaba con esa mujer, y me resignaba

a lo poco que recibía, a las migajas que caían de la mesa. Me aferraba a la idea de que alguna vez me diría que todo volvería a ser como antes. Me metía a la ducha y me quedaba allí un buen rato recordando cómo me había tocado esa vez, si sus besos fueron con furia o pasión, si sus gemidos diciendo mi nombre significaban algo más. Y me llenaba de más rabia, de más motivos de querer odiarlo. Escribía en twitter frases que reflejaban mi desprecio por lo que hacíamos y a la vez, la esperanza de que todo cambiaría.

Me desesperaba cuando pasaban más días de lo normal y no recibía señales suyas, imaginaba que el sexo con esa mujer era igual que conmigo y acababa con ataques de ira repentinos, tiraba cosas al suelo y me iba a algún bar a ahogar en alcohol todo lo que sentía. Alguna vez acababa citando a los chicos de Tinder y en otras simplemente conseguía a alguien en el bar y nos lo montábamos en el baño. Como si me estuviera vengando de Marc. Como si él lo viera y le causara algún malestar.

Justo en San Valentín le llamé y al no recibir respuesta le dejé un mensaje de voz donde se escuchaban mis gemidos y los de mi acompañante. Cuando volví a casa estaba allí, cabreado y excitado. Y volví a sucumbir a él. Al narcótico de sus besos. Era una completa yonqui y lo era por voluntad.

Sé que no tengo excusa, que era yo mi verdugo y que cada día estaba más hundida en la oscuridad. Pero yo lo sabía, que era como una adicta al crack que quiere dejarlo pero no sabe cómo. Porque lo sabes, siempre lo sabes, una adicción no te toma por sorpresa, no se trata de inconsciencia sino de falta de voluntad. Sabes que el veneno que te recorre las venas irremediamente es el antídoto. Y entonces, caes en el oscuro abismo de un círculo vicioso.

34. Un posible salvavidas



Entré en una etapa en la que no sabía qué quería hacer con mi vida y en la que absolutamente nada me hacía sentir pasión. Estaba como adormecida, como si me hubiese tomado todo el Valium de la ciudad y así poder actuar como un robot. Cumplía con mi trabajo, veía a mis amigos y cenaba con Marcelo los viernes. Mi casa se me hacía inmensa y ya no le hallaba el encanto a ser solo yo. Porque la yo que estaba descubriendo era una muy mustia. Paloma en solitario no es nada extraordinario, empecé a repetirme al verme al espejo. Quería encontrar algo que me motivara y me aterraba la idea que me rondaba de renunciar a todo e irme a recorrer el mundo para ver lo que me encontraba.

Así que prefería llamar a mis amigos y colarme en sus increíbles vidas. Porque lo de Tinder se fue por el trasto cuando empezó a ponerse asqueroso. Y prefiero no entrar en detalles solo decir que hay mucho loco suelto en el mundo.

Una noche cenando con Marcelo me dijo que estaba harto de la situación en el restaurante y que le vendería a Filippo. Estaba tan emocionado con la noticia que yo también me emocioné. Pero repito, yo en esos días era un receptáculo que respondía a emociones en función de las de los demás.

—Le dije: «Debes pagarme la mitad de lo que ahora vale si quieres que venda y entérate que pretendo poner mi restaurante así que asúmelo como tu competencia directa. Ah y en cuanto a ella, intenta que no me extrañe». Y me largué.

—¡Qué cabrón! —le ofrecí mi copa de vino para brindar—. Pero me siento orgullosa.

Luego me comentó sus nuevos planes, me enseñó algunas ideas que tenía esbozadas en un cuaderno sobre lo que siempre había querido hacer y me confesó así, sin preguntárselo, por qué era chef pastelero.

—Elegí la repostería porque me permite hacer sonreír a quien está triste.

Muy cursi, lo reconozco, pero tenía pasión y objetivo. A nadie amarga

un dulce ¿cierto? Y entonces me sentí todavía más mustia. ¿Qué hacía yo? Convencer al consumidor de que algo era bueno, necesario e imprescindible en su vida. Pero solo por llenar cifras en una hoja de cálculo, para ser sincera, eso era bastante superficial.

En fin. Marcelo quería abrir su propio restaurante, pero no aspiraba que fuese un lugar de moda, quería un lugar que pudiera perpetuarse en la historia y, a la vez, eso quería transmitir, la historia culinaria de Italia. Los sabores originales, del campo, de las abuelas... y yo quería que lo consiguiese así que me ofrecí a ayudarle con lo que sabía hacer y con mis ideas y opiniones.

Sin embargo, y esto no puedo negarlo, Marcelo empezaba a gustarme, muy mucho y del tipo muy y mal. Ya no era solo el embrujo de la comida, o su sonrisa de bizcocho, o esa mata de pelos ondulada, la barba sobre su mentón hipermegamasculino, sus ojos de caramelo fundido o esa piel tostada y envidiable. (Ya no sé si hablo de él o de algún tipo de churro para mojar con leche). Era que su vida me causaba muchísima curiosidad, que odiaba sus camisas hawaianas, que me sacaba de quicio cuando evadía preguntas simples que componen una conversación normal. También estaba el hecho de que parecía ir por la vida consiguiendo cada cosa que quería sin importar lo que tuviera que hacer y que era libre, espontaneo, natural... era muy él, muy único. Muy Marcelo. Y sí, es todo lo contrario a Marc. ¿Notaste que ambos empiezan por Marc? Pues ahí está el truco. Marc se quedó a la mitad, con todas las aprehensiones y miedos al qué dirán y en contraste Marcelo tiene todo lo que le falta al otro y se da el lujo de pasarse la vergüenza y las apariencias por la faja.

Es guapo, no del tipo de Marc que te miraba y te causaba un ictus, no esa belleza sobrehumana y casi irreal. La belleza de Marcelo es de las que nacen de adentro y te envuelven en esa magia. Lo que ambos sentíamos y digo ambos porque él tampoco podía negarlo, no era atracción física (del todo) sino sentimental.

¿Y sabes lo que pasa cuando te enamoras del alma de alguien?

Que es jodidamente irreparable.

Pero el amor no cabe en esta parte de la historia. Solo la atracción. Que de esa había y con ganas. Porque así sin querer queriendo, nos besábamos luego de una mirada intensa o de reírnos como un par de locos o de jugar con la comida. Como aquella tarde intentando aprender su receta del *Biscote*.

—Debes mover la masa pero no apretarla demasiado o se pondrá dura.

—¿Por qué tienes que hacerlo tan difícil? —Me quejé y luego me mandé

la mano a la cara para rascarme la nariz. Marcelo las detuvo por las muñecas.

—No te tocas nada cuando estás cocinando —Puso cara de seriedad.

—Ráscame tú.

Y eso hizo, me pasó los dedos suavemente sobre la nariz. Luego aproveché para dejarle mis manos marcadas en las mejillas.

—Con la comida no se juega —Intentó que sonara a regaño pero la media sonrisa pintada en sus labios no se lo permitió.

—¿Quién dice que no?

La masa fue desbaratándose a pellizcos porque era el arma de batalla. Cuando no hubo más masa, ninguno de los dos podía reconocerse en un espejo.

—Te gusta jugar... —Se acercó, paño en mano para limpiarme la cara.

—Me gustan muchas cosas. —Le repasé con los dedos las cejas y la nariz.

—¿Qué más te gusta? —Ese brillo de caramelo de sus ojos me dijo más que sus palabras.

Me arriesgué con la respuesta.

—Me gustas tú.

Fue como la luz verde del semáforo. Marcelo juntó nuestras bocas con anhelo y poco a poco nos fuimos acoplando en un beso libre y profundo. Pero no era urgente, nos tomamos el tiempo de hacerlo bien. Sus dedos acariciaron mi piel descendiendo por mi cuello, su respiración fue acelerándose, sus besos pausados y delicados me dejaban sin aliento. Con sus pulgares delineó la línea de mis labios y besó mis mejillas y cada milímetro de piel... Empecé a temblar, aquello superaba a mis fuerzas... cuando volvió a tomar mi boca, la intensidad con la que apresaba mis labios era delirante, una sensación dulce y cálida.

Cuando mis manos tocaron sus mejillas, me acercó contra su cuerpo y ambos nos estremecimos. Las cubrió con las suyas, tomándolas con suavidad. Yo que le miraba por entre las pestañas, vi cuando las besó dulcemente y las llevó a su cuello. Acarició con sus labios la curva de mi hombro donde caía el escote del suéter y ascendió dejando un camino húmedo. ¡Me iba a enloquecer!

Besó también la línea de mi quijada y un momento después regresó a mi boca con una pasión al rojo vivo. Nos besamos como dos animales, nos tocamos por sobre la tela, suspiramos, gemimos e inventamos un lenguaje nuevo entre nosotros. Pero justo cuando sus dedos se colaron bajo mi suéter y trazaron surcos en mi espalda, un rayo de cordura me cruzó y no solo la

cabeza, también el corazón. Ese corazón que estaba apenas adormecido y que no soportaría otra de mis suicidas elecciones.

—No podemos, Marcelo... —Mis palabras se quedaron sobre sus labios, luego me separé y bajé la cabeza, avergonzada. Iba a pensar que actuaba como una niña—. No puedo dejarme llevar, no esta vez. Tú y yo somos más que una cita Tinder y no quiero arruinarlo sin antes saber si se trata de algo real o un espejismo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó aún jadeante y tocando delicadamente mi mentón, su voz sonó serena y comprensiva.

—No estoy segura de lo que quiero, pero en cuanto a ti quiero que seas nadie para mí —juntó las cejas y los labios en un gesto que me pareció irresistiblemente sexy—. Así es, porque ya hubo alguien que lo fue todo y me dejó sin nada. Si eres nadie, nada voy a perder.

—No podrías ser nadie para mí, *piccola*, he decidido que seas ese alguien que nunca permití entrar a mi vida.

Sentí un vacío en el estómago.

—Yo no puedo, Marcelo. Estoy rota. Y no quiero hacerte daño. Usarnos como comodines podría ser demasiado arriesgado.

—¿A qué le temes?

—A precipitarnos a sentir algo más por el otro.

—Paloma, entiendo que le temas a enamorarte otra vez. Pero no pongas nombre a algo que no lo tiene. ¿Qué si somos la fuga del otro?

—Marcelo —decidí sincerarme—. Sé lo que es tener sexo con alguien e irme al otro día muy fresca a mi casa. Lo que acaba de pasar estaba demasiado lejos de la lujuria, era necesidad de sentir otra piel junto a la tuya y si nos dejamos llevar por eso, acabaremos...

—¿Enamorándonos?

—Haciéndonos daño.

Dejó escapar una risa muy tierna.

—No me harías daño ni aunque quisieras.

—Perdona, de verdad. No debí decir que me gustas.

—No debí decir que nunca había amado a alguien.

Desvié los ojos hacia el suelo.

—Voy a limpiarme antes de que se haga parte de mi. —Intenté bromear y tomé camino a mi casa.

Quería quitarme de la cabeza lo que nos dijimos. Lo que Marcelo dijo tan seguro y sin evasivas. Fue cantante y sonante: “No debí decir que nunca

había amado a alguien”.

Pues no, la mente de una mujer viene sin opción de borrar.

Mi jefe estaba harto de mis peros sacados de la manga. Porque Ladykiller era plenamente capaz de responder a entrevistas y escribir tweets, pero no conseguía darme una respuesta. Y es que no era tan simple como decirle que se había negado. Era que yo no sabía lo que quería hacer con ese alias. Y negarme lo pondría a él directamente a negociar y Jake no acepta negativas.

Que fue lo que ocurrió, se consiguió la dirección de correo electrónico que le di a las revistas y blogs y envió una propuesta frontal e imposible de resistir.

Y allí estaba el dilema.

¡Iba a estallar!

Y sumemos que ese mismo día leí en una revista la entrevista que les hicieron a Marc y su flamante novia hablando de su relación. Las fotos eran espectaculares, ella vestía lo mejor de la alta costura, era una de esas *It-girls* europeas que asistían a todo tipo de eventos y cada cosa que se colgaban en el cuerpo se convertía en tendencia. Hija de un empresario con mucho dinero, filántropa y no sé cuantas más aureolas sobre la cabeza. Y Marc que se veía sacado del puto infierno. Tiré a revista en la papelera metálica y le prendí fuego, luego le hice una foto y la subí a Twitter.

«Como diría Carrie Bradshaw: Era una VOGUE menos en Nueva York».

Cuando volví del trabajo, vi a lo lejos el auto de Marc esperando frente a mi casa. Un escalofrío me recorrió la piel, ese día no estaba para sus deseos, no quería verle la cara porque lo primero que haría sería cruzársela de un revés. Inhalé profundamente y me prometí ser fuerte esta vez. No quería volver a ese hoyo oscuro, no podía seguir haciéndome daño a conciencia porque aunque no me hacía cortes en el brazo si me los hacía en el alma cada vez que cedía.

Llegué a mi casa e hice de cuenta que no estaba allí. Antes de pudiera usar las llaves, me abordó.

—Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—Imagino que estaba muy ocupado haciéndote fotos ridículas para una

revista de modas.

—Hay una razón.

—Pues no me interesa. Estoy muy cansada, Marc. No puedo contigo, me sobrepasas.

—Voy a dejarla.

El corazón me brincó de emoción.

—¿Ah sí? Pues no lo parece. No cuando dices ahí que es una mujer única y que te gusta porque compartís un montón de cosas y causas que no son más que mentiras. ¿Por qué se te da tan fácil mentir?

—No dije una sola de esas palabras, Paloma. Es un artículo arreglado.

—Claro, seguramente también te pusieron ahí como montaje. ¡No quieras hacerme pasar por imbécil!

—Tuve que hacerlo. —Alzó los hombros.

Rebufé.

—¿Es tu mejor excusa? Por qué no te largas y me dejas la vida en paz de una buena vez.

—Te necesito, lo sabes muy bien.

—Tú no me necesitas, Marc. Te crees con derechos sobre mí, pero no soy de tu propiedad y no puedes venir a manipularme a tu antojo para conseguir satisfacer tus vacíos.

Avanzó dos pasos y fueron los mismos que retrocedí.

—¡No me has dejado explicarte ni una sola maldita vez! ¡No quieres saber por qué nos ha pasado esto!

—No quiero saberlo porque no me va a devolver nada. Solo quiero que me dejes tranquila. No me uses como el saco donde desahogas todas tus frustraciones. Esto no es mi culpa, Marc.

—¡¡Lo sé, joder, es mi culpa!! ¡¡Fui yo!!

—Vete por favor.

—No, Paloma. Yo no puedo vivir una vida en la que no estás tú. Te necesito en mi vida, de la forma que sea, pero ahí...

—No me vas a convencer con tu discurso del amor imposible. Aceptemos que lo arruinamos y que es hora de tomar distancia. No puedo creerte, Marc. No quieres darte cuenta que me estás haciendo mucho daño y que yo también me lo hago cada vez que digo que sí a tus caprichos.

—No son caprichos, Paloma. Yo te quiero.

Tragué saliva con fuerza y cerré los ojos.

—Déjame ir si tanto me quieres.

—También me quieres, nena —Me tomó de las muñecas e intentó besarme.

—No me hagas esto, te lo pido.

—Esto nos está matando a ambos, Paloma. No sé cómo solucionarlo pero tampoco quiero que te vayas de mi vida. Tú estás por todas partes, hasta en ella intento buscarte. ¿Cómo puedes negar que te quiero? ¿Cómo podemos dejarlo estar cuando lo que hay entre nosotros no lo conseguimos con nadie más?

Le miré, fue una mirada dura y cargada de rabia.

—Sí Marc, te quiero. Porque soy imbécil. Es una verdad que no puedo desconocer, pero me haces daño y aunque no quisiera también debo reconocerlo. Estamos aquí por tu cobardía y mi falta de voluntad. Pero necesito que al menos tú seas fuerte por los dos y decidas dar un paso al costado.

—No puedo.

—Mientes fatal. Porque pudiste mil veces reñirme por mi falta de carácter, decías que actuaba como una niña, eras tú el contenido, eras tú el que le restaba el drama a todo, el que era capaz de ganar los casos más complicados. ¿Cómo puedes estar hoy rebajado a mi nivel?

—Porque antes de ti yo podía ser un tempaño de hielo. Ahora todo parece más oscuro.

—Suéltame ya.

—Entremos, nena —susurro a mi odio y me estremecí.

—¡Por lo que más quieras, déjalo ya! —Forcejé para soltarme.

—¡¡Te quiero más que a mi vida!!

En la sangre me ardió la rabia. Una lucha interna entre lo que sentía por él y creer sus mentiras, se libraba en mi cabeza. Tenía un tope, una capacidad límite de soportar su manipulación, pero algo como decir que me ha querido más que a su vida, era demasiado.

—¡Tú no sabes lo que es querer, Marc! Tú solo sabes vivir de apariencias, sonreír acartonado y manipular a tu antojo —le golpeé el pecho con los puños—. ¡Vete y no vuelvas más! —lloriqueé desesperada, si me decía algo más iba a caer rendida de nuevo a sus pies.

—¡Qué la sueltes, cabrón!

La voz de Marcelo fue como una respuesta celestial a mis ruegos. Lo tomó del cuello del abrigo y lo arrinconó contra el coche, Allí le aterrizó un puño en la mandíbula mientras le soltaba una retahíla de palabrotas. Marc se

incorporó agarrándolo de las solapas del abrigo cruzado, se zarandearon. Marcelo le mandó un puñetazo que acabó sostenido por la mano de Marc. Y Marc aprovechó el descuido para estamparle un derechazo en el pómulo.

—¡Basta, por favor! —Me acerqué a Marcelo e intenté tironearlo por la cintura. Uno de mis vecinos y un mensajero que llegaban se acercaron para separarlos.

—No quiero volver a verte por aquí, imbécil.

—¿O qué? —Lo retó Marc.

—O no te quedará hueso bueno, maldito pijo de mierda.

Me abracé a Marcelo.

—No le digas nada, por favor —supliqué temblando de frío, de miedo, de pánico por el nivel al que habíamos llegado. Marcelo me rodeó con sus brazos de un modo protector.

—¿No quieres verme porque sales con este imbécil, Paloma? ¿Crees que con él vas a conseguir todo lo que teníamos?

No le respondí.

—Conmigo estará mejor que contigo. A mi lado estará a salvo de tipos como tú que solo saben vivir para su estatus social.

Marc se envalentonó y mi vecino volvió a agarrarlo para hacer que se detuviera.

—No quieras comparar tres años de relación con un polvo de despecho. Marcelo retomó el impulso y fui yo la que suplicó de nuevo.

—¡Déjalo, por favor!

—Si ella no estuviera aquí, ya irías camino a un hospital.

—Si tú no estuvieras aquí, ella se iría conmigo.

Marcelo apretó los puños.

—¡¡Vete Marc!! Vete de una jodida vez y no sigas con esto. ¡Déjame la vida en paz! —La voz se me quebró.

—No puedes quererlo más que a mí.

—Vete antes de que llame a la policía y te acuse de acoso —dije resuelta a acabar con esa historia definitivamente.

Marc se acomodó el abrigo y dio media vuelta. Antes de subirse al coche me dijo con esos ojos gélidos que no me creía y que estaba seguro de que volveríamos a vernos. En su titubeo sentí que esperaba que le detuviera. Pero dejé que se fuera, si Marc hubiera sido el amor de mi vida no me rompería en tantos pedazos cada vez que se me acercaba.

—¿Estás bien, no te hizo nada ese hijo de...?

—Gracias por llegar a tiempo.

Marcelo me acarició las mejillas y me miró con dulzura.

—Sabes que soy tu rescatista. —Guiñó un ojo y me abrazó por la cintura. Recogí mi cartera que había soltado en algún momento y caminamos hasta mi puerta.

—¿Por qué vino? —preguntó de repente.

—Porque está loco, no le pares.

—Todo pasa por algo, Paloma.

—Estoy tan cansada de oír decir lo mismo a tantas personas. Dime a los cuantos «todo pasa por algo», realmente pasa algo bueno porque hasta el momento me ha tocado todo lo malo.

—Puede que si te pase pero todo eso «malo» lo oculte a tus ojos. —Me dio un beso en la mejilla y se dio vuelta.

—¿No pasas? —La voz me sonó muy mimada.

—No sé. ¿Quieres que pase?

—No quiero estar sola —confesé haciendo un mohín.

—Entonces vente conmigo. —Estiró su mano y ladeó la cabeza.

—¿Me harás la cena? —Pregunté coqueta.

—¿Cuándo te he negado yo algo?

Sonreí y acepté su propuesta. Caminamos abrazados hasta su casa mientras me hablaba de algunos locales que había visto para el restaurante. Pasamos a la cocina y él empezó a buscar lo que cocinaría, yo me fui a la nevera por un bloque de hielo y lo puse sobre un paño.

—Ven, deja que te cuide ese golpe.

—¿Estás devolviéndome algún favor? —Sonrió guasón.

Me puse de puntas pero apenas si lograba alcanzarlo, entonces me tomó por la cintura y me levantó dejándome sobre la encimera de la cocina.

—¿Mejor así?

Asentí y me limité a ponerle el hielo en el hematoma que se le estaba formando.

—Lamento esto.

—Yo lamento no haber tenido un argumento más contundente para rebatir sus ínfulas de macho alfa.

—Pudiste haberme besado —dije, aparentemente muy indiferente.

Marcelo me miró, significativamente y con esos ojos de caramelo brillando mucho más de lo normal.

—¿Quién ha dicho que todavía no puedo hacerlo?

Levanté la vista para chocarme con esa expresión abrumadoramente sensual de su rostro y un cosquilleo me recorrió la nuca.

—Será mejor que no lo intentes.

—Demasiado tarde para hacer una advertencia.

Y me besó, apretando sus manos en mi cintura y pegándome a él a un nivel de extrema intimidad. De mis manos cayó el hielo y el paño y mis dedos se deleitaron acariciando sus rulos indomables. Me dejé llevar por ese cúmulo de emociones que mí día había tenido y me entregué a ese beso como si fuese lluvia en medio del verano. Mi teléfono sonó y nos separamos de golpe.

—No respondas.

—Depende de quien sea.

Tomé el aparato y enseguida se me bajó la emoción. Era Luciano.

Salté de la encimera al suelo casi temblando y dando vueltas por la cocina como si supiera que estaba escondido por ahí.

—¿Qué pasa, Paloma?

—¡Es Luciano!

—Pues responde.

Asentí, respiré profundamente y tomé la llamada.

—Engendro...

—Pelusa —saludó muy serio.

—¿Qué pasa?

—¿No puedo llamar a mi hermana?

—Puedes, pero nunca lo haces.

—Cierto. No había tenido que preocuparme pero ahora sí.

—Luciano, crece de una buena vez. Dime qué quieres.

—Llamé para darte dos noticias. La primera es que necesito que vengas a conocer el viñedo para iniciar la campaña publicitaria. No sé si puedas hacerlo para pascua.

—Debo revisar porque estoy retrasada en algunas campañas. Pero si no puedo, fijo voy para verano.

—Bien. La segunda es que vendí el apartamento, no pensé que a tan buen precio pero Marcelo consiguió al cliente.

—Enhorabuena. ¿Necesitabas el dinero para la campaña?

—No pelusa, lo usé para pagar el excedente de mi deuda al banco. Este mes te llegará el cheque completo.

—¡Dios santo! Luciano, esta noticia es... ¡no sé qué decirte!

—Nada, pelusa. En primer lugar nunca debí dejarte pagando una

responsabilidad que era solo mía.

—Para eso son los hermanos. ¡Estoy tan feliz que te abrazaría!

—Abraza a Marcelo... pero solo eso, eh.

Me reí.

—Gracias por salvarme el día.

—Bueno, tú me salvaste de la cárcel. Casi estamos a mano. Te dejo porque tengo una cita.

—¿Alguien que conociste por Tinder?

Se carcajeó.

—Si te contara.

Y colgó.

Apreté el teléfono en la mano y cerré los ojos. Me sentía un poco más tranquila, libre, no lo sé. Era la mejor noticia que había podido darme después de casi seis años.

—¿Todo en orden? —preguntó Marcelo.

No lo pensé, me colgué a sus brazos y le besé las mejillas un montón de veces.

—Confieso que me gustan los mimos pero no entiendo este ataque de amor.

—No es amor es agradecimiento. Creo que voy a tatuarme esta fecha.

—¿Qué pasó? —retomó la tabla de picar y yo me acomodé sobre la encimera viéndole trabajar.

—¡Luciano saldó la deuda! ¿Sabes lo que significa eso? Voy a poder comprarme un vestido decente o unos zapatos de diseñador nuevos y no en rebajas o usados. ¡Adiós al mercadillo de pulgas!

Marcelo sonrió y negó con la cabeza.

—Las mujeres solo pensáis en ropa y zapatos.

—No es cierto, también nos gusta el maquillaje, las carteras, los tratamientos de belleza.

—¿Dónde te harás el tatuaje?

—En un lugar secreto y oculto.

—Quiere decir que lo veré en algún momento.

—Tendré que estar desnuda.

—Eso podemos solucionarlo. —Recargó su peso en mí.

—Estás enfermo.

—Pero, ¿qué dije? Puede ser cuando estés en biquini, o cuando te quedes sin agua en la ducha y necesites quien te abra el registro.

Le tiré del pelo y se quejó.

—Ves, quieres que esté vulnerable para sacar ventaja.

—Solo quiero que estés, Paloma. No necesito más.

—¿Sabes que eso suena a muy enamorado?

—¿Hay que estar enamorado para querer que alguien esté siempre?

—Siempre es una palabra con demasiado significado y poca efectividad.

—¿Sabes que eso suena a muy despechada?

—No puedo, ya lo sabes. Las primeras relaciones luego de una ruptura amorosa terminan mal. O nos damos de hostias o nos hacemos maleficio vudú.

—¿Quién te ha dicho que quiero una relación? —Simuló estar muy serio de pronto.

—¿Ah no? Entonces quieres que nos entregemos al fornicio como conejos.

—No, *ragazza* —Estiró uno de sus dedos y me tocó la nariz—. Yo no fornico como lo leéis las chicas en esos libros eróticos. Nada de empotramientos, bragas rotas y posiciones imposibles. Yo hago el amor, lo disfruto. Me tomo mi tiempo, como si cocinara a fuego lento.

Tragué saliva. Con solo imaginarlo tuve. Aunque el estremecimiento también me llevó a recordar y tuve que desviar la mirada de su rostro.

—Pues ya te dije que no puede ser. Y deja de estar comparando todo con la cocina que vas a terminar muy loco.

—La cocina puede compararse a todo, *piccola*, sobre todo al amor. — Me besó en los labios, fugaz, pero suficiente para erizarme la piel.

Luego de cenar y debatir sobre el nombre del nuevo restaurante. Acabamos sentados en el sofá. Marcelo puso el vino en el decantador y yo encendí el iPad y busqué el manuscrito que debía leer. Me coloqué la manta encima y empecé a trabajar. Marcelo puso música instrumental y se sentó a leer *Before the fall*^[13] no sin antes ponerme una copa.

—¿Tú no quieres una copa? —pregunté al verle beber café.

—No, *piccola*. Después me pongo imbécil y no me controlo.

Sonreí y escondí el sonrojo tras la tableta electrónica. Un rato después le pedí que me leyera.

—Es un thriller.

—Sé de qué va. Es publicado por la editorial en la que trabajo.

—¿Entonces?

—Abre en una página al azar y léeme un poco. A veces ocurren algunas

impresionantes casualidades.

Marcelo negó con la cabeza, cerró el libro y abrió en una página cualquiera.

—Escucho —Me quité las gafas de receta y tomé la copa.

«A primera vista parece un lienzo en blanco. Un largo rectángulo blanco cubierto de yeso. Pero si uno se acerca, descubrirá que hay una topografía en ese blanco, sombras y valles. La pintura blanca se acumula en capas superpuestas y hay indicios de otros colores bajo esas capas, el atisbo de algo escondido. Y el espectador piensa: quizá después de todo la tela no es blanca. Tal vez hay una imagen que ha sido cubierta, borrada por el blanco. Lo cierto es que el ojo por sí solo jamás será capaz de desentrañar la historia oculta. Pero si se acerca la mano y se recorren los valles y montículos de yeso, si uno cierra los ojos y permite que emerja la verdad topográfica, entonces tal vez los contornos de la escena empiecen a esclarecerse. Llamas. La silueta de un edificio. La imaginación del espectador hace el resto».

—No hubo casualidad esta vez y me hice un spoiler por tu culpa. —Se quejó simulando enfado.

Negué con la cabeza y fingí que me hacía gracia. Lo cierto es que hubo mucho más que casualidad en esas cuantas frases. Yo era esa pared en blanco en la que nadie había reparado a buscar lo que ocultaba.

—Sabes algo, prefiero irme a dormir. Ha sido un día de locos.

—Te tomo la palabra.

Como ya era costumbre, tenía una habitación para quedarme cada viernes y hasta un cepillo de dientes. Me desnudé y luego me puse un pijama que Mellea dejó alguna vez. Me metí en la cama y di mil vueltas pensando en que aunque ese día había sido más fuerte que todas las veces anteriores, en el fondo me arrepentía de haberle dejado ir. Pero no hablaba yo sino la maldita soledad que juega con la mente de los vulnerables. Me levanté y caminé hasta la habitación de Marcelo, la luz estaba encendida, me lo pensé dos veces. Finalmente abrí la puerta y sin mediar palabra me metí en la cama y me recosté sobre su pecho. Marcelo me cubrió con un brazo y siguió leyendo.

Finalmente había conseguido un lugar para descansar.

35. Buscando la luz



Desperté envuelta en sus brazos. Era una sensación extraña y soberanamente pacífica. No había soledad, no había tristeza, no había miedo, no había ausencias ni siquiera un espacio para la duda. Sonreí y me permití imaginar que lo malo, finalmente había sido reemplazado por algo bueno.

Marcelo se removió y su respiración acarició mi cuello. La piel se me puso de gallina. Hacía demasiado que no sentía un estremecimiento tan intenso recorrerme la piel, tal vez porque logró colarse muy por debajo, en las puras fibras. Luego me di cuenta que una de sus manos y una de las mías reposaban juntas sobre mi abdomen y que Marcelo empezó a acariciarme la cabeza con delicadeza.

—Te estás aprovechando de mí. —Me quejé intentando separarme. Marcelo me llevó más cerca.

—No fui yo quien se coló en tu cama.

—Te haré el favor de no volver a hacerlo. —Luché por levantarme y en esa batalla, que desde el principio tenía perdida, acabé aterrizando de frente sobre su cara. Sus ojos apenas se abrían, tenía esa expresión adormilada que me resultó tan íntima y ese bendito pelo revuelto que enseguida me causó una punzada entre las piernas. Estaba... ¡Dios! Como de postal.

—Hazme el favor de quedarte esta noche y todas las demás —dijo con voz pastosa.

Vale, un terremoto sucedió en mi interior. Lo sentí a plenitud, un montón de cosas empezaron a derrumbarse. Las noches de llanto, las malas decisiones, los secretos, la oscuridad, la venganza. Había luz, finalmente el sol intentaba colarse en mi oscuridad.

—Tengo una casa, lo sabes —Fingí desinterés total.

—¿Ahora es cuando te levantas y me dejas el dinero en la mesa? Empiezo a sentirme sucio.

Solté una carcajada y volví a forcejear para levantarme. Marcelo no hizo mayor esfuerzo y me retuvo sobre él.

—Es mi cama, son mis reglas.

—¿Podrías dejar que ocupe un lugar en ella?

Su cara pintó una mueca de picardía que me contrajo el estómago.

—Por supuesto.

Dio vuelta conmigo encima y los papeles se cambiaron. La garganta se me cerró de expectación, sus ojos me recorrieron lentamente, mis ojos bajaron por su pecho desnudo dibujando cada hendidura, valle y elevación, la línea de vellos oscuros que se juntaban en la parte baja de su ombligo.

—Todo eso y lo tienes en oferta.

Volví a reírme, nerviosa. Esa guasa le sentaba de maravilla. Tímidamente pasé mis dedos por la línea central deseando que fuese mi lengua la que trazara ese viaje al sur.

—Cobro por tocar.

—Entonces ponte una camisa, así no se me antojaría tocar.

—Una directa declaración de intenciones. —Sonrió lobuno y a mí se me subió todo el calor a la cara.

—Marcelo, me estás poniendo nerviosa —chillé.

—Deja que te calme, *piccola*.

Se inclinó y me besó. Apreté mis dedos en su carne y respondí muy a gusto. El beso se tornó muy húmedo, mi respiración se agitó y Marcelo gimió. Se instaló en mi cuello, el roce de su barba me causó cosquillas e, instintivamente, me retorció. Sus dedos me metieron bajo la camisa de aquel pijama de satén y subieron vertiginosamente, los míos descendieron por su espalda marcando surcos con mis uñas. Volvió a mis labios y esta vez fue más húmedo y profundo. Me agarró las piernas para trenzarlas alrededor de su cadera y pude sentir lo empalmado que estaba. Algo como un toque eléctrico me subió por la espina dorsal y momentáneamente me abandoné a las sensaciones. Cuando me di cuenta, sus manos acariciaban mis senos y el útero me había armado un motín.

—Marcelo... —la voz no me salía—. Marcelo, para, para por favor.

Bufó irritado y se retiró. Abrió los ojos y además de ese brillo intenso, se notaba la frustración.

—¿De verdad quieres que pare?

—No juegues con mi psiquis —supliqué jadeante—. Sabes que no podemos.

—Me estoy cansando de no poder, Paloma —soltó casi al borde del cabreo.

—Pero es que... no.

—¿Por qué no, Paloma? Si es que somos metales a los que atrae el mismo imán.

Juré que me iba a derretir allí mismo. ¿Por qué siempre tenía las palabras correctas?

—Mi hermano....

—Luciano me importa tres cojones ahora mismo. No voy a tenerle miedo a ese cabrón. Si quiere que acabemos a tortazos, aquí lo espero con una dosis de su medicina.

—¿Por qué tenéis que ser tan primitivos?

—Porque los tíos nos molemos a golpes, la evolución no ha llegado a civilizarnos cuando se trata de una mujer.

—Te apartas por favor. —Iba a rizar el rizo, Marcelo me odiaría por ser una calientapollas.

—Mírame y dime que vamos a quedarnos así por culpa del capullo de tu hermano.

No lo hice, intenté no tener contacto con una sola parte de su cuerpo pero en esa posición era sencillamente imposible. Mis ojos se fijaron justo en su erección que se mecía suavemente hacia adelante y hacia atrás como una batuta. De pronto tenía la boca muy húmeda. Joder.

—Lo quieres, Paloma. Lo has querido desde la primera vez en Livorno.

Me aventuré a mirarle. Claro que lo quería, me detenía muy en contra de mi voluntad. Tenía sexo tórrido con tipos que elegía en Tinder porque no podía hacerlo con él (y por otras razones que mejor no menciono). ¿A quién quería engañar?

Marcelo descargó suavemente su peso sobre mí. Y se frotó contra mi vientre. Apreté las manos en la mullida colcha mientras su aliento marcaba un camino en la curva de mi cuello. Estaba empezando a fibrilar.

—¿Tengo una oportunidad con la crítica?

Asentí.

—Pues probarás de mi plato especial.

Apenas si pude reírme de sus analogías del sexo con la cocina. Con premura me quitó la parte superior del pijama y elevó las comisuras de una forma muy sensual cuando me recorrió con la mirada los pechos.

El pijama de Marcelo era una barrera muy endeble, no me costó demasiado liberarle esa erección que me tenía en pecado mortal y no me defraudó cuando se alzó orgullosa. Marcelo volvió a sonreír y acabó de desnudarse. Me sentí muy sensual a esa hora de la mañana, así que colé un par

de dedos en el elástico del pantalón y lentamente me bajé la prenda hasta las rodillas. Marcelo siguió cada uno de mis movimientos y cuando tracé círculos sobre el encaje de mis braguitas, sus ojos se vistieron de lujuria. Se tocó la polla fugazmente y acto seguido me estrujó los pechos con ternura. Rodamos en la cama hechos un amasijo amorfo de cuerpos. La colcha y una de las almohadas cayeron al suelo. De algún modo nosotros estuvimos a punto de seguir ese rumbo. La cama de Marcelo aceptaba dos cuerpos en ella pero no permitía demasiada movilidad. Quizá ese detalle no le gustó, porque me levantó encajándome en su pelvis y acabamos llegando a la que yo usaba los viernes. Me tendió sobre ella y luego me dio la vuelta. Tomó mis pies y los besó, lamió y chupó centímetro a centímetro de mis piernas, me apretó el culo y subió con su lengua por la línea de mi espalda. Con las manos extendidas, aferré los dedos en lo que pude y jadeé muy fuerte. Su camino acabó en el lóbulo de mi oreja derecha. Se acomodó a un lado, levantó una de mis piernas y llevó una de mis manos a mi centro. Acepté la invitación y empecé a tocarme.

No supe de dónde o en qué momento se calzó un preservativo y sin mucho protocolo se hundió en mí. Gemí en respuesta, sentí la tensión en mi interior cediendo a su invasión. Marcelo empezó a moverse sin demasiado interés. Sus dedos ayudaron a los míos y un momento después me tensaba. ¡No podía ser cierto! Creo que hasta me reñí por no poder controlarme un poco más.

Marcelo me penetró con una contundencia que me dejó sin aliento. A tientas busqué su rostro y giré el mío para besarle, le mordí los labios, jugamos con nuestras lenguas y terminé dándome vuelta para quedar sobre él. Marcelo extendió los brazos a los lados, arqueó una ceja y luego sonrió.

—Úsame, *piccola*.

Esa frase me encendió las partes que aún quedaban dormidas en mí y deslicé su miembro dentro de mi cavidad. Ambos gemimos. Sus ojos danzaron por mi cuerpo, los míos por el suyo. Nos tomamos de las manos y nos movimos buscando el mismo ritmo. Mis caderas colisionaban cada vez más rápido contra su pelvis y mis senos se levantaban y caían acompasados. Marcelo me llevó contra su pecho, mis manos le rodearon la cara y las suyas abarcaron mi espalda. Flexionó las rodillas y me envistió una y otra vez como si no pudiera evitarlo. Se me hizo tan íntimo y especial que creí escuchar en cada gemido una melodía. Marcelo se detuvo un momento. Ese era él, sin demasiadas prisas, dedicado y pragmático, si cabe el término. «Estaba

cocinando». Hacíamos ambrosía.

En esa pausa pudimos palpar uno encima del otro.

—¿Lo oyes? —preguntó jadeante—. Es mi pulso y tu temblor. Es tu cuerpo haciéndose eco del mío.

Me sentí tan infinita en ese momento.

Volvimos a besarnos, pero sin urgencia. Deslizando los labios en los del otro, Marcelo tenía la capacidad de hacerme sentir que todo lo nuevo entre los dos se sintiera como algo habitual. Me tocaba, me besaba y me hacía el amor como si siempre hubiera sabido cómo hacerlo.

Rodamos nuevamente. Marcelo se acomodó entre mis piernas, se coló a la mitad mientras deslizaba sus dedos en mi clítoris y me tocaba con la destreza de un verdadero virtuoso.

—Así... ah —expresé entre jadeos—. No te detengas.

—Todavía tengo más, *piccola*.

Le atrapé con mis piernas, atrayéndolo con los talones y acogiéndolo a plenitud en mi vientre. Marcelo gimió, metió sus manos entre mi cuerpo y la cama arqueando mi espalda; él se quedó de rodillas marcando una cadencia de embestidas profundas como guiadas por el sonido de un reloj.

—... mucho más —musitó sobre mis labios, trenzando sus dedos con los míos y follándome con más determinación.

Sentí que me corría, los músculos se me fueron tensando y la piel erizándose. Mis caderas subían y bajaban, y finalmente se sacudieron a causa de los espasmos del orgasmo. Marcelo se tensó, de soslayo noté que su expresión se ensombrecía y cada músculo de su cuerpo se contraía en una imagen que me pareció brutalmente masculina.

Reposó la cabeza sobre mi pecho mientras emitía un ruido que pudo ser hasta inhumano.

Nos quedamos en esa posición un rato, esperando a que se apaciguaran nuestros temblores.

—¿Puedo aspirar, por lo menos, a una estrella?

Me miró por encima de las pestañas, con el pelo pegado a la frente, una mínima capa de sudor en los costados del rostro y esa inolvidable expresión de satisfacción que dice mucho más que algún gemido.

—Creo que vas a tener que servirme otro plato.

Para cuando me corría por segunda vez, había olvidado completamente que con Marcelo «no podía».

Una mañana cualquiera en la oficina, Salomón me descubrió buscando

boletos de avión a algún destino del caribe. Estaba apostándole a Puerto Rico para el fin de semana de pascua.

—Ahora que te ha vuelto la paga completa, veo que empiezas a darte gustos. ¿Viaje con las chicas?

Las mejillas se me pintaron de rojo. Salomón era muy intuitivo, del tipo casi mentalista.

—Algo así.

Rodeó la mesa taza en mano, la otra en el bolsillo luciendo como modelo de catálogo. Se recargó en el borde. Alcé la vista y esa pose que había adoptado me causó un hormigueo en todo el cuerpo.

—¿Por qué siento que no quieres contarme?

—Estoy buscando, no tengo nada fijo.

—Ajá —dio un sorbo al café—. Entonces no quieres que te asesore con hoteles o te dé alguno de mis cupones especiales.

—Te lo diré si me hago un lío.

Asentí, él asintió también. Me acerqué la taza por hacer algo y bebí.

—¿Qué pasó el viernes entre Marc y tu vecino?

Me atraganté con el café. Olvidé que tenía un vigilante.

—Fue a buscarme, se pasó de la raya y Marcelo lo puso en su sitio.

—Un buen golpe.

—¿Estabas ahí? —La sangre se me bajó a los pies.

—Fui a buscarle, quiero que haga el catering de la recepción luego de la unión civil. En el restaurante dijeron que había vendido.

Con disimulo me llené los pulmones de aire. ¿Cuánto habría visto y escuchado?

—Pues, Marc se fue.

—Casi no lo hace, estuve a punto de bajar del coche y terminar lo que empezó Marcelo.

—¿Por qué no te acercaste?

—Quise ver —elevó una ceja por encima del marco de las gafas—. Marcelo tiene los huevos bien puestos y solo se bastaba. Además, fue capaz de darte tu lugar y llevarte con él.

Me sonrojé y escondí la mirada en la pantalla.

—Es muy protector.

—Como tu hermano —insinuó socarrón.

Casi quise reírme.

—Después de lo que pasó en Livorno eso sería incesto.

—Oh... —Se pasó los dedos por el mentón.

—¿Quieres decirme algo, Salomón? Tengo mucho trabajo.

—No lo sé. ¿Tú quieres decírmelo?

¡Joder con Salomón que no se le escapaba una!

—Lo de Marc...

—Lo de Marc vamos a dejarlo en que tú y yo sabemos muy bien que una persona no regresa varias veces porque te quiere. Regresa porque sabe que ahí te tiene.

—Lo escuchaste. —Tragué duro.

—Solo esa blasfemia de que te quiere más que a su vida. Yo le habría volteado la cara de un bofetón, si fuera tú. En mis manos habría salido directamente a cirugía plástica.

—¡Qué ganas de los hombres de solucionarlo todo con golpes!

—Así entramos en razón, te lo prometo.

—Mejor lo dejamos de ese tono.

Se inclinó hacia mí.

—No, *churri*. Quiero saber por qué estás tan... —mover sus dedos alrededor de mi cara—, radiante y diferente. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—Nada.

—¿Nada? —Asentí—. Sabes que Grace invitó a Marcelo a la reunión de este mes.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya sabes, todos piensan que sería bueno para ti. Que esa locura de emparejarte por medio una aplicación es bastante bizarro.

—Hay gente que consigue enamorarse en esas citas.

—Suerte que tú no.

—¿Tú también crees lo de Marcelo?

—Sabes que tengo más información que el resto, no debo opinar.

—Si debes, dímelo a mí. ¿Crees que con él podría...?

—¿Volver a empezar? —Completó por mí, yo asentí—. No se trata de lo que los demás pensemos, Paloma. Si fuera por eso te presentaría yo mismo a alguien. Se trata de ti, de que te sientas preparada.

—Han pasado cinco meses.

—El tiempo no te rige a la hora de decidir enamorarte de nuevo. Es tu interior, tus emociones, que te sientas capaz de permitirle a alguien más entrar, que consideres que puedes volver a confiar. Porque si hablamos de tiempo,

hay personas que duran solas muchos años con la excusa de no estar preparados cuando lo que tienen es miedo a fracasar de nuevo.

—No sé si estoy preparada o no. Pero estoy dejando que las cosas pasen, yo confío en Marcelo.

—¡Lo sabía!

Me reí. Una vez más Salomón me sacaba los secretos sin que yo lo notara.

—Deberías ser interrogador del FBI.

—Quizá —me abrazó por detrás y besó una de mis mejillas—. Puerto Rico es mejor idea en temporada baja. Mejor prepara a Marcelo para el huracán “mejores amigas”.

De pronto ya no me sentía tan segura.

Se escucharon dos golpecitos en la puerta. Salomón se giró primero.

—Paloma, el jefe quiere verte —La cara que llevaba mi compañera de departamento me avisaba la tormenta.

—¿Nada de *Ladykiller*? —Peguntó Salomón antes de que saliera.

—Nada —respondí y me fui a ver a Jake.

—Mi jefe terminará botándome —Caminaba por la calle rumbo a la estación y hablaba con Marcelo por teléfono, de mi desgracia.

—Si esa *Ladykiller* se niega a responder no es tu culpa, tampoco le respondió a él. Eso, para mí, es un mensaje muy claro. No le interesa.

—No puedo quedarme sin trabajo ahora que gano más.

—No te quedarás sin trabajo, *piccola*. Tu jefe no es imbécil.

—Cuéntame cómo fue la búsqueda.

—Hay un sitio, puede funcionar. No es Manhattan propiamente pero SoHo no es mala idea.

Me di vuelta para cruzar la calle. A lo lejos creí ver a Marc y momentáneamente perdí el sentido de la ubicación, me quedé parada en la calle oyendo como un zumbido la voz de Marcelo.

—¡Paloma! —Volví de tajo a la realidad cuando unos brazos me tomaron con fuerza halándome hasta la acera. Era Marcelo—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí aturdida—. ¿De dónde saliste?

—Te esperaba —Sonrío tan bonito.

—¿Por qué? —pregunté emocionada.

—¿Y por qué no?

Nos tomamos de la mano y Marcelo me llevó hasta su camioneta aparcada cerca de la boca del metro.

—¿Y Darío? —Me abrió la puerta delantera.

—Darío trabaja para Filippo.

—¿Quién va a conducir? —Marcelo me ajustó el cinturón, cerró la puerta y dio la vuelta para subirse al asiento del piloto.

—Yo.

—Pero si tú no sabes...

Me enseñó la licencia.

—En tres meses aprendes a conducir. Tampoco es demasiado difícil. Encendió el motor y a mí se me encogieron las entrañas.

—Intenta no matarnos.

—Confía un poco en mí, *piccola*.

—Lo haré cuando baje a salvo de aquí.

Volver a crear rutina con alguien siempre cuesta un poco. Porque debes ceder terreno, abrirte como un libro, dedicar tiempo. Entre Marcelo y yo ya había mucho camino recorrido, ya existía un vínculo y nos unía una telaraña demasiado enredada. Quizá por eso no nos costó demasiado empezar a vernos más seguido, desayunar juntos o cenar. Que me acompañara en casa mientras adelantaba trabajo, que se encargara de los gatos un par de veces cuando tuve viajes de firmas y que en general supiéramos cómo ser el respaldo del otro. El punto realmente complicado sería dar el paso hacia la sociedad. Presentarnos como pareja no era el tema de nuestras conversaciones así que decírselo mientras conducía no me parecía muy buena idea.

—Hoy hablé con Luciano.

Se me helaron las venas.

—¿Hablasteis de qué?

—Del viñedo y sus problemas. No te preocupes, cuando sea el momento vamos a visitarlo y se lo diremos.

—Creo que prepararé el botiquín de primeros auxilios y buscaré el teléfono del hospital más cercano a la zona.

—Tu hermano tiene un lado razonable.

—Sí, le aflora luego de que actúa como un neandertal.

—¿Qué te parece ir este fin de semana a Cooperstown? Un amigo nos deja la cabaña que tiene cerca de un lago.

—Tengo trabajo, quiero cerrar el mes sin pendientes para poder tomarme unos días en pascua e ir a ver a Luciano.

—Luego de cerrar mes, estamos a escasas tres horas.

Me pasé las manos por el abrigo de imitación piel y miré por la ventana.

—Ese domingo en la reunión en casa de Grace.

—¡Vaya, lo había olvidado! Me pidió ayuda con el catering.

—Sí, no querrá cocinar.

—Se ve muy guapa embarazada, sabes. Como que ya no es tan agresiva.

—Sí...

—¿Pasa algo? —desvió la vista de la carretera un momento y yo negué con la cabeza.

—Es que mis amigas llegan a ser pesadas si se lo proponen, no quiero que empiecen a hacer bromas sobre nosotros...

—¿Qué más da que las hagan? Estamos saliendo.

—¿Lo estamos? —tono dubitativo, me jugaba la mano derecha a que eso no le iba a gusta.

—¿Por qué la duda?

—Es que no sé lo que tenemos, Marcelo. Simplemente...

—Simplemente tenemos casi una rutina montada, Paloma. No te preocupes por ello, si no quieres mencionarlo a tus amigas, por mi está bien. Pero no hagas el ejercicio de nombrar las cosas. No necesitan un nombre para que sean reales, solo un motivo Y en últimas tampoco importa cual. Basta con que quieras hacerlo, con que no te sientas presionada. ¿Es eso? No quiero ponerte en una situación...

—No, Marcelo —tomé su mano sobre la palanca de cambios y nos miramos, Marcelo estacionó frente a su casa. Se soltó el cinturón y giró el cuerpo para escuchar lo que le diría—. Sí salimos, esto tiene un nombre, el tuyo y el mío conectados por una Y.

Sonrió y me tomó las manos.

—Eres mi chica, no del tipo posesivo. Sino del tipo que estás conmigo y yo contigo. En cuanto a tus amigos...

—Les diremos que estamos juntos —resolví.

—Se los diremos —elevó los hombros—. Y soportaremos lo que vayan a decirnos.

Las comparaciones son odiosas, horribles y nunca llegan a ser muy justas. Pero sabía muy bien que esa primera comida presentando a Marcelo tendría puntaje de sobresaliente, totalmente contrario a la presentación de Marc.

—¿Te quedas?

—Quédate tú —Le guiñé un ojo y bajé del coche.

36. En medio



Estaba harto de no poder. Y no se trataba solamente de un asunto sexual, no se trataba de que apenas la veía, quería cargarla y comerle la boca, no era que adorara hacerla reír, o su forma de comer o cómo se lamía los dedos cuando comía Tiramisú, la picardía de sus ojos azules o ese olor a coco y vainilla que se mezclaba con el olor de su piel.

Se trataba de ella entera y de cómo se me había incrustado en el pecho como una bala y sin que me diera cuenta. Yo siempre he sido muy creyente de la teoría de que todo pasa por alguna razón y que ninguna persona es mera casualidad. Y Paloma era, de las casualidades de mi vida, la más bonita.

Lo supe desde la primera vez. No que acabaría enamorado de ella, eso me tomó totalmente por sorpresa, ese dolor en el pecho, esa asfixia cuando no estaba y esa sonrisa de imbécil cuando la tenía cerca. Reconocerlo fue peor que un parto. Porque yo me cuidaba de eso, estaba muy claro con mi idea de que no me enamoraría nunca más. Pero cuando más seguro estás, aparece alguien que hace que te reveles y rompas todas tus barreras. Supe que sería alguien especial porque el día que regresé a Nueva York, cumplía treinta y cinco años. Y los había festejado en un avión. Con saludo de la tripulación incluido y un bizcocho que me brindaron. Pero al sentarme con ella a comerme una simple sopa, sentí que no había pasado ese día como uno más y que coincidir era más que coincidir.

Y tal vez me costó mucho más reconocerlo porque Paloma no estaba en condiciones de enamorarse de nadie, menos de alguien como yo. Todo era un absurdo “no puede ser”. *No puede ser* porque le han roto el corazón, *no puede ser* porque sigue queriendo a ese gilipollas, no puede ser porque yo también la destrozaría, *no puede ser* porque existe Lana y es complicado, *no puede ser* porque de ser, sería terriblemente peligroso acostumbrarme a ella. Aunque en eso ya había perdido la pelea, esperaba porque llegaran los viernes para hacerle la cena y escuchar sus penas. Pero el más grande *no puede ser* era ser hermana de Luciano, de mi mejor amigo, del tío que me conocía más que nadie, de mi socio, del imbécil que en cuanto supo que su hermana estaba

sufriendo, quiso coger el primer vuelo a Nueva York encontrar a ese capullo y no dejarle hueso sano. Y por supuesto que iba yo con mucho gusto.

Sin embargo me negué rotundamente, hice que lo pensara mejor y le prometí estar al pendiente. No porque tenga alma de pacificador, sino porque Luciano lo habría sabido con mirarme y el que acabaría recibiendo la tunda iba a ser yo. Que fue exactamente lo que ocurrió en Italia. Lo primero que me dijo en el aeropuerto fue: *tienes cara de pendejo*. Luego me lo preguntó directamente y se lo negué hasta con juramentos ridículos como escupir en la palma de la mano. Me dio un asco terrible pero Luciano siempre ha sido ese tipo de tío que cierra negocios como lo haría en las calles de algún barrio marginado. Qué sé yo de eso.

Me creyó, era un juramento de tíos, de hermanos que no se traicionarían. Y ¡toma! Nos encuentra en beso post polvo. Me gané cada golpe y luego se los devolví a quien se los merecía más.

Me di el lujo de darle con el alma al pijo ese y exigirle que la dejara en paz. El cabrón tuvo un argumento que no pude rebatir, pero que me dio los bríos suficientes para hacer que eso cambiara.

Y de cambios no hablemos. La primera en notar que algo iba diferente fue Lana. Que yo le hablara tan tranquilamente como si no me afectara que estuviera con Filippo daba para pensar muchas cosas, creo. Me preguntaba que si estaba bien y yo le decía que sí. Podía soportar tenerlos a ambos en una habitación y no sentirme en medio de algo incongruente.

Alguna vez me vio con Paloma. Cuando me preguntó quién era ella, solo pude sonreír. Debí decirle que era la razón que tenía para poder verla en ese momento a la cara y decirle que ya no sentía absolutamente nada. Pero algo de modales me quedaban.

Cuando finalmente pude volver a tenerla, algo hizo clic dentro. Era como la pieza faltante, el quinto elemento... no lo sé, no tengo palabras. Lo mío es más la cocina. Pero eso era ella, algo extraño, único, especial, impredecible y hasta inalcanzable. Se dejaba llevar a los límites, su piel en mis manos era como una suave masa de croissant que necesita ser muy mimada para que quede en su punto. ¡Qué ñoñerías me hace decir! La besaba y volaba, me encendía con tocarme, me carcomían los celos cuando le escuchaba sobre esas sórdidas salidas a follar con desconocidos. Ella y yo no podíamos pero la imaginaba entrando en mi habitación, con esa ropa interior tan delicada que me ponía bastante malo, tocarme, hacerse un hueco en mi cama y besarme como ella sabía hacerlo y yo la atrapaba en mis brazos y la hacía olvidarse de

todo lo que le dolía, le confesaba que estaba loco por ella y que no dejaba de imaginarla, de vivirla, que los días eran eternos, que aunque lo intenté no pude acostarme con nadie más y eso me estaba matando. Que me tocaba en la ducha y solo necesitaba recordar ese sonido ronco que hacía al correrse para ponerme como una moto. ¡Joder! y la había tenido una vez.

Luciano iba a matarme, estaba seguro que nada de lo que le dijera lo iba a convencer. Me sacaría a relucir todas las absurdecas que hice, todas las locuras que hicimos juntos, un pasado que no tenía casi nada para rescatar y que a Paloma no le gustaría conocer. Me diría que su hermanita merecía lo mejor y yo estaba muy lejos de serlo... y tenía razón. Yo no sabía de relaciones serías, de ser novio dedicado, de cómo no huir cuando me estaba agobiando.

Pero luego la miraba y pensaba en que ella me enseñaría cómo ser todas esas cosas que quería en un hombre.

Qué importaba el pasado cuando teníamos el futuro.

Podía perdonarme los errores del pasado en sus labios, podía arriesgarme a ser yo mismo en su piel.

Qué cojones, me había pasado lo puto peor que pensé que podía pasarme al volver a Norte América: me había enamorado.

37. A los extremos



A Grace le había dado por el Yoga para embarazadas y me anotó como su acompañante dos noches por semana. No pude negarme porque puso de manifiesto un chantaje emocional: que desde que se fue de casa no nos veíamos y ni una sola vez había pasado por su piso y que ella era la embarazada por lo tanto no podía visitarme muy a menudo. Así empecé a ver de nuevo a mis amigas y a ponerme al día con sus ajetreadas vidas.

—Menuda reunión de chicas bebiendo soda en vaso con pajita. —Se quejó Rachel.

—¿Sabes cómo miran a las embarazadas que si quiera se acercan a un bar? Lo mínimo que dirán es que fumo hierba en el baño y me inyecto anfetos por el ombligo.

—La anfetos no se inyecta —corrigió Mariah.

—Y a los bares no se viene a beber soda —sentenció Grace.

—Es un restaurante con barra de bar y vinimos a comer no a acabar con las reservas de alcohol. —Sarah llamó a una camarera para preguntar por nuestra mesa.

—¿Qué te cuentas, Palomita? —preguntó Rachel.

—No mucho, la verdad.

—¡Casi nada! —Se emocionó Grace—. Ha conseguido ganar peso y verse más guapa de lo normal y además, el cabrón delicioso de su hermano saldó la deuda.

—¡Esa es una increíble noticia! —Rachel y Sarah me abrazaron.

—Cariño, ¿por qué no llamaste? Era motivo de celebración. —Sarah me puso morritos.

—Lo lamento, he estado con muchas cosas en la oficina y...

—Ahora que no estoy se acompaña del vecino.

—¡Grace! —Me puse roja de vergüenza.

—¿Qué? Si no he dicho nada como que tenéis sexo cochino todas las noche o que te ponga sobre la mesa de la cocina y te...

—Por eso estamos aquí, para celebrar que ya tengo un salario decente y contarnos todas esas cosas que no nos hemos contado. —Desvié el rumbo de la conversación.

La camarera nos guio hasta nuestra mesa, que como la pidió Grace, tenía acceso rápido al baño porque aunque ya no eran tan seguidos los episodios, seguía teniendo náuseas y vómitos intensos.

—Espero que tu vecino no se moleste, pero Pitti solo hay uno y primero fue el tiramisú de aquí. —Se excusó Sarah.

—No creo que le moleste —dijo Rachel mientras juntaba las manos y apoyaba los codos en la mesa—. Acaba de salir de la cocina y mira a quién ha saludado de beso.

Mis amigas se dieron vuelta, a mí se me encogió el estómago de susto.

—¿Y *Delicato*? —questionó Sarah.

—Le vendió a su socio, abrirá el suyo pronto.

—Y no nos enteraríamos de ello si Palomita no estuviera tan cerca de la noticia.

—Ya Grace —le riñó Rachel—. No sabía que estaría aquí, perdona.

—Yo tampoco, es decir. Le dije que saldría con vosotras y él dijo que visitaría a unos amigos. No sé si es amigo del dueño.

—Tiene que serlo para que lo metan en la cocina y luego reciba las felicitaciones de Nina Sullivan en persona.

Me giré de sopetón, la imagen era muy casual, pero ya estaba muy larga la charla para estar recibiendo simples alabanzas por la comida.

—Se ve muy delgada, he escuchado que las dietas de los ángeles de Victoria son muy estrictas y luego de ese episodio hace años, debería cuidarse más—comentó Sarah.

La camarera nos acercó el menú y Grace, que siempre debe saciar su curiosidad, hizo la pregunta de rigor:

—¿Cambiasteis de chef?

La chica sonrió. ¡Sonrió y juro por mi madre que hasta se sonrojó!

¡¿Dios, qué me estaba pasando?!

—No, el chef principal le ha invitado y puesto uno de sus platos de autor como recomendación del menú. También el tiramisú de hoy es creación suya.

—Pues a mí que me traigan de ambos —dijo Sarah.

—Igual para mí —Rachel y Mariah.

—A mí me traes el Spaguetti al pesto y *veal milanese*.

—La ensalada no cuenta como dieta, Grace —incordió Rachel.

—Imbécil.

—Paloma...

De pronto el hambre ya no era algo que estuviera sintiendo, en el estómago me corrían jugos gástricos muy envenenados.

—Solo la *Burrata*.

—¡Madre mía! —Grace se echó a reír—. ¿Sabéis que lo llaman el queso porno?

—¿Postre? —preguntó la camarera.

—*Cannolis*.

Mis amigas guardaron silencio solemne. Yo, paloma DeLuca estaba despreciando el mejor tiramisú de la ciudad. Porque estaba claro que el de Pitti siempre fue mi favorito y luego el de Marcelo. Y por azares del corrupto destino se habían juntado. Y con todo y eso, lo dejé pasar

—¿Os enterasteis de que Vanessa va a casarse en el verano? —Mariah rompió el silencio. Yo me concentré en mis dedos que toqueteaba sin descanso bajo la mesa.

—¿Quién ha sido el desafortunado?

—Este chico que salió con Rachel el último año en Columbia...

—¿Preston?

Sus voces poco a poco se fueron diluyendo. Mi cabeza era una licuadora. La noche anterior con Marcelo en mi cama, mirando por la ventana mientras sus dedos me tocaban dulcemente y yo leía recostada en su regazo. Los besos en la mañana, el café antes de esa ducha que se prolongó demasiado. Las palabras que le diríamos a Luciano, que llamaría a mis padres para decírselos, que el próximo fin de semana iría a Napa, que al final del mes se los diríamos a mis amigos...

—¿Paloma?

Despabilé asustada.

—¿Qué pasa?

—Tú teléfono suena como loco.

Me moví buscándolo. Era Luciano.

—Debo tomar esto. —Me excusé y salí del local.

—Hola engendro.

—Hola pelusa. ¿Tienes un minuto?

—Claro.

—No vas a poder venir para la pascua.

—¿Ah no?

—No, me ha surgido algo de último momento y no estaré en el viñedo.

—¿Todo está bien?

—Sí... bueno. Si consigo limpiar la cagada monumental que hice.

—¿Puedo ayudar?

—Podrías pero mejor que no te enteres. A propósito, ¿qué tal Marcelo?

—Y a mí qué me preguntas. Llámalo a él.

—Sois vecinos.

—Los Bianchi, Russo y los Caruso también son mis vecinos y no estoy enterada de sus vidas.

—No creo que a ellos les mostraras la piel donde no te da el sol.

—¡Luciano!

—Tienes razón, sigo muy cabreado con ambos.

—Ni que te gustara Marcelo.

Luciano se carcajeó.

—No, definitivamente no. No sé qué le viste, porque en pelotas no es que tenga muy buen perfil.

—¿Y tú que vas a saber? Además, estás hablando como mujer.

—Solo espero que no se te haya olvidado lo que te dije, pelusa. Marcelo no tiene madera para relaciones como las que tú buscas.

—Tú que vas a saber lo que busco.

—Buscas a alguien que haga cosas extraordinarias por ti y te aseguro que si ese hombre existe, debe vivir en las tierras altas y encantadas de Escocia.

—¿Llamaste por algo más?

—No, hermanita.

—Ve a arreglar lo que hiciste ahora.

—Deséame suerte.

—Contigo no son deseos sino plegarias de rodillas.

Colgué y volví a la mesa, ya nos habían servido y Grace no pudo resistirse a probar de mi plato de queso aterciopelado.

—¿Qué planeasteis para pascua? —Intenté retomar la conversación.

—Yo estaré en casa, este año el huevo sorpresa soy yo.

Todas nos reímos.

—Mis padres vienen ese fin de semana, con lo de la boda cada día

surge un nuevo pendiente —confesó Mariah.

—Liam y yo estaremos en Dallas. Tiene un toque con la banda y decidí acompañarle.

—¡Yee haw, vaquera! —Rachel levantó la copa de agua para brindar—. Yo, aunque no quiera, debo unirme al juego ridículo de los huevos porque en la familia de Sean es tradición. Así que estaré con ellos en Durham un par de días.

Quedaba yo, sin planes y más sola que una ostra.

—Me voy a Napa, a conocer el viñedo de mi hermano.

—Dile que se pase unos días por aquí, hace falta para airear la vista. — Grace y su obsesión con mi hermano.

—Tráenos mucho vino —pidió Sarah.

—Aún no sé si pueda. Pero trataré —Sonreí muy falsa. Las mentiras se me estaban dando demasiado bien.

—¿Irás con Salomón?

¡Joder! Mi plan tenía flecos. Se suponía que iríamos juntos.

—Si nada extraordinario ocurre.

Grace se acabó su comida antes que nosotras y empezó a pasearse por nuestros platos.

—Contrólate, cielo que pareces una orca asesina. —Rachel se gozaba, como ninguna, el apetito voraz de Grace.

—Sabes que estoy por creer que tengo adentro alguna raza de extraterrestre gigante que come como piraña en lugar de un humano.

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —Preguntó Mariah con mucha ilusión.

—No todavía, pero para la reunión del mes os tengo ese dato. Así que id ahorrando porque no acepto mamelucos y manoplas. Quiero que alguna se encargue de la manutención del cole, la otra de los gastos del bautizo, entre dos de la universidad y la que quiera asegurarle un piso modesto cerca de Columbia, pues estaremos muy agradecidos.

—Zorra interesada —le dijo Sarah estallando en una carcajada a la que nos unimos las demás.

Al salir nos despedimos con abrazos y besitos y prometimos no dejar pasar tanto tiempo sin vernos. Pero que de momento nos conformaríamos con compartirnos los chicos en pelotas por whatsapp.

Grace me acercó a Central Park, no quería que condujera tanto porque sentía que esa tripa le obstaculizaba la visión panorámica. Me senté cerca de la entrada del Zoo a respirar un poco porque de pronto estaba agitada. Llamé a

Salomón, no quería estar sola, algo me agobiaba y no tenía idea de lo que era.

—Churri, ¿cómo te fue con las chicas?

—Bien, pareciera que hace años que no nos veíamos.

—¿Dónde estás?

—En Central Park, voy a tomar el metro. ¿Tú?

—Con Greg por Governor's Island.

—Pero si no hace calor.

Ambos nos reímos.

—Lo sé, es que parece que hay un proyecto de remodelación aquí que Greg persigue, hemos venido a hablar con el encargado y de paso nos tumbamos en unas hamacas para hacer la siesta.

—Ah, pues qué envidia.

—¿Quieres cenar con nosotros esta noche?

—No, veré a Marcelo en un rato.

—¿Está todo bien?

—Sí, estoy algo cansada. He trabajado horas eternas estos días. Ya sabes. Pero el viaje a Napa se cancela porque mi hermano tiene un problema.

—¿Tan grave es?

—No lo sé, dijo que era la cagada monumental.

—Se supera cada vez.

—Ojalá que no sea algo grande. Te veo el lunes.

—Churri...

—¿Qué pasa?

—¿Segura que estás bien?

—¡Joder, Salomón, cambia el disco!

Colgué muy ofuscada.

Un minuto después le estaba pidiendo perdón. Algo no estaba bien, pero tampoco presté mucha atención. Volví a Brooklyn, por el camino conseguí una botella de vodka que servía en un vaso de soda y bebía con pajita. Caminé mucho, mirando lo que me rodeaba como a través de un velo. Y me sentí infinitamente triste cuando me senté viendo hacia Manhattan. Acabé en Dumbo, recorriendo mis pasos y recordando, porque era todo lo que me quedaba. Me sentía sola pero no quería estar con mis amigas, tenía abiertas las dudas con Marcelo solo por verlo hablar con alguien. Eso era nuevo. No podía tratarse de un ataque de celos, con Marc no me sucedían esas cosas. Era inseguridad, una de las consecuencias de pasar por una infidelidad y no me gustaba nada sentirme así. Desconfiando de alguien que me demostraba ser sincero, y

necesitando a alguien que con solo mirarme me volvía a quebrar en pedacitos.

Finalmente volví a casa, entré andando a pasos pesados, como adormilada por el alcohol que me corría por las venas. Saludé a los gatos y me tumbé sobre el sofá.

Abrí los ojos, asustada y desubicada. Estaba en mi cama, la luz del baño encendida y el reloj marcando una hora en la madrugada.

—Hola *piccola* —Marcelo me saludó con una sonrisa en los labios, salía de la ducha con la toalla anudada a las caderas.

—¿Qué día es? —pregunté con la voz muy ronca.

Marcelo juntó las cejas y luego miró al reloj.

—Oficialmente ya es el día después de ayer. Pero puedo darte el que necesites. —Se vistió el pijama mientras su culito respingón me saludaba.

—¿Acabas de llegar?

—Hace como una hora. Pasé por casa y como hacía frío decidí venir a colarme en tu cama. Aunque pensé que te habías quedado con tus amigas.

—Es más de media noche. ¿Dónde estuviste? —Me senté en la cama, la cabeza me dolió.

—Bueno, estuve cocinando en Pitti y quedé con unos amigos que no veía hace siglos. Fuimos a por una copa y se me pasaron las horas.

La bilis me ardió.

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Por qué no lo hiciste tú? —Corrió la colcha para meterse debajo.

—Sabías dónde estaba. Te dije que comeríamos.

—Pero bebiste, así que supongo que os viniste arriba un poco —intentó meterme entre sus brazos pero me resistí—. ¿Estás cabreada por algo?

—No lo sé, ¿tengo que estarlo?

Marcelo pasó sus manos por su rostro y después se sentó, mirándome acusativo.

—Quieres, por favor, decime qué narices te pasa.

—Dime tú qué es lo que pasa.

—¡Jo-der! —rebufó—. Estoy empezando a sentirme culpable por algo que no he hecho pero de lo cual me siento acusado. Y no sé qué es lo que intentas reclamarme. ¿Qué no te llamé? Vale, lo siento. No sabía si era correcto. Estabas con tus amigas, ellas no saben lo que tenemos.

—¿No podías escribir tampoco?

Marcelo exhaló pesadamente, se rascó la cabeza y luego me miró con dulzura.

—Lo siento, *piccola*. Leeré el manual del novio ideal para no fallar la próxima vez. ¿Vale? Ahora vamos a dormir, bebí de más y estoy algo tonto.

—¿Con quién estabas?

—Okey. ¿Quieres que hagamos esto? Lo haremos —dejó el tono divertido por un serio—. En el restaurante me encontré con unos amigos de mi antiguo trabajo, personas que no veía hace mucho. Fue una casualidad. Ellos decidieron invitarme a un bar para ponernos al día y presentarme con gente importante. Contactos que pueden servirme en algún momento y de paso a Luciano ahora que lanzará su vino al mercado.

—¿Y con qué te ayudaría Nina Sullivan? —Las palabras salieron de mi boca como un disparo y a mitad del camino estaba arrepentida.

—¿Nina Sullivan? —Juntó las cejas, yo asentí sin desinflarme. Era tarde—. Vale. Alguien me vio, pero simplemente nos saludamos. No sé qué te dijeron.

—Qué podrían decirme si yo misma te vi.

—Paloma, ¿intentas que me disculpe por saludarla? Es una vieja amiga, es cierto que salimos pero de eso hace tanto que nadie se acuerda. —
Extendió los brazos y luego se mesó el pelo.

Toda la sangre se me bajó a los pies.

—¿Qué salisteis?

—Sí, pensé que lo sabías. Hubo un revuelo en las revistas. Yo no era nadie y ella estaba en ascenso. Nos captaron en un viaje a Grecia, pero no fue nada serio. Nos vimos un par de veces y lo dejamos porque ella tenía mucho trabajo. Luego me enteré de su anorexia y el proceso de rehabilitación y perdimos contacto.

—Vale... vale.

Me levanté de la cama y pasé al baño. Me senté en el inodoro agarrándome la cabeza e intentando no llorar. No entendía por qué tenía las lágrimas en el borde, pero respiré hondo varias veces y me concentré en que ella ya estaba casada y Marcelo conmigo.

—Piccola, ¿estás bien? —preguntó luego de dar dos golpecitos a la puerta.

—Sí —mentí.

Lloré mientras me cepillaba los dientes y me miré al espejo buscando ese detalle que hizo que Marcelo viera en mí lo que pudo ver en una súper modelo. Pero no lo conseguí. No podía ser más común y corriente de lo que ya era.

Salí del baño fingiendo mi mejor sonrisa y permití que me abrazara.

—Prometo que llamaré si vuelve a pasar. —Buscó besarme pero giré el rostro.

—¿Por qué estás conmigo, Marcelo?

—Cómo que por qué. Porque quiero.

Me separé de tajo y caminé hacia la cama.

—Paloma no entiendo tu actitud.

—Ni yo entiendo qué haces con alguien como yo.

Marcelo estaba alucinado.

—¿Qué quieres decir con alguien como yo?

—Pues sí, mírame. Soy lo que alguien más desechó. Si para él nunca fui suficiente por qué voy a serlo para ti.

—¡No puedo creerte! —Dio un par de rondas agarrándose la cara y luego me tomó por los hombros—. Eres hermosa, Paloma. Dulce, sensual, un poco ingenua, pero lo suficientemente capaz de volver loco a cualquier hombre.

—¡Saliste con Nina Sullivan! —levanté la voz y Marcelo se asustó—. ¿Cómo puedo compararme con ella? Marc me dejó por la reina de las *it-girls* europeas. Eso debe decirte algo.

—Lo único que me dice es que abusaste del alcohol y estás diciendo estupideces —Me agarró la cara con determinación e hizo que le mirara—. Eres jodidamente bella, ¿me oyes? Me gustas, grábatelo con cincel en esa cabecita, me gustas con el pelo largo o corto, rubio o azul, cuando duermes y cuando me sonríes; cuando sufrías por ese gilipollas y cuando lograba hacerte pensar en otra cosa. Me gustas tú, enterita, me da igual si eres modelo o usas un burka. Y no quiero que vuelvas a decir que alguien te desechó y que no eres suficiente. A ese tío le quedaste grande, pero a mí no.

Me besó y le correspondí. Quería créele, quería no sentirme tan frágil luego de aquello. Pero era inevitable que me acusaran un montón de sombras y miedos que me susurraban al oído todas esas cosas que no uno nunca quiere oír. Marcelo era mi faro en la oscuridad, y no quería arruinarlo. De verdad que no quería.

El asunto se zanjó esa noche entre las sábanas. Alguna vez pensé que el sexo fue la forma que halló Marcelo para hacerme entrar en razón, era un lenguaje al que me había acostumbrado, era lo que Marc había hecho de mí. Marcelo lo sabía, tal vez no le gustaba usar recursos de otro, quizá le repateaba imaginarse cómo fui una sumisa con Marc cediendo siempre a su

juego de seducción, imagino que lo usó pensando que sería temporal, que pronto me acostumbraría a él, y que entendería que las discusiones importantes de una pareja no se solucionan con sexo porque a la mañana siguiente el motivo de la discusión solo estaría cubierto por tierra y en algún momento esa montaña se vendría abajo, dejándonos sin bases para reconstruir

Fue una semana rara, actuaba taciturna y me escudaba en el trabajo para no dar la oportunidad a la inseguridad de colarse en mi estabilidad. En el trabajo, Salomón intentaba sonsacarme con ganzúa la razón de mi estado pasivo-agresivo y yo le evadía contándole sobre Marcelo, su nueva colección de camisas que quería tirar a la hoguera de san Juan llegado el día o que estaba inventando un nuevo postre al que llamaba Marceloni y que no eran más que cannolis rellenos de algo que sabía a *cassata*. O que iría con él, Darío y su esposa a Cooperstown ese fin de semana preparándome psicológicamente para lo que sería presentarlo a mis amigas.

Y repentinamente me cambió el ánimo, así de la nada, como si hubiesen chasqueado los dedos y yo despabilara. Jueves y viernes estuve en las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa y arrastré a Marcelo conmigo, hablé con mis padres, pregunté a Luciano por su problema y preparé chocolates para llevar a mis amigas antes de irnos.

Cooperstown es una ciudad pequeña rodeada por montañas y edificios de arquitectura antigua. Es de calles muy tranquilas y sus tiendas me evocaron a Italia. La cabaña de la que habló Marcelo se quedó corta de nombre, era una preciosa casa de campo con jardines, campos, caballos y acceso directo al lago.

—Dime que ahora te arrepientes de no venir antes. —Marcelo me abrazó por detrás, yo estaba embelesada con la vista.

—Quizá, pero ya estamos aquí.

Me besó en la mejilla, yo puse mis manos sobre las suyas y cerré los ojos un momento.

—*Buongiorno!* —Darío se acercaba trayendo algunos peces, lo acompañaba una chica muy guapa, morena, piel pálida y unos ojazos azules penetrantes. Por un momento pensé que era Zooey Deschanel.

Marcelo se quejó, Darío escondió los peces en una nevera portátil y se acercó a saludar.

—Paloma, qué gusto. Y llegasteis vivos.

—Sí, parece que la licencia no es de las que vienen con el cereal — comenté y nos echamos a reír. Marcelo me puyó en la cintura.

—Hola, soy Jennifer. —La chica estiró la mano pero yo acabé dándole dos besos en la mejilla.

La mirada de Darío se ensombreció. Marcelo y yo volteamos a mirar, él bufó.

—Lo siento tío, yo no lo invité.

—¡Ya estáis aquí! —Nos dimos vuelta y apareció un tío bastante guapo sobre un caballo. Bajó de él y se acercó para saludar a Marcelo. Fue un abrazo bastante entrañable.

—Kevin. ¡Qué sorpresa, tío!

—No iba a perder la oportunidad de veros otra vez. Tienes que ayudarme con un par de cosas, pero no este fin de semana. Iré a Nueva York y conoceré ese restaurante del que tanto hablan. Por ahora intentemos ponernos al día.

—Te presento a Paloma —dijo Marcelo apretándome suavemente por la cintura—. Es mi novia.

Las manos me sudaron. Kevin juntó las cejas y lo miró brevemente con picardía. Luego me saludó de beso. Era mayor, pasaba de los cuarenta si hacía bien las cuentas, se le marcaban las líneas de expresión y algunas canas asomaban en su barba. Pero se sumaba al saco de los guapetones.

—Encantada.

—Todo el encanto es mío. Te juro que pediré que te hagan un estudio.

—Kevin... —Se quejó Marcelo.

—¿Qué? Necesito colgar una placa conmemorativa —pasó por su lado y le palmeó el hombro. Después negó con la cabeza luego de decir—: ¡Novia!

Me di vuelta y vi a otra pareja bajar de un auto junto a una mujer que recibió un beso de Kevin.

—¿Quiénes son? —pregunté a Marcelo. Él bajó la mirada y se rascó la cabeza.

—Miranda, la esposa de Kevin. Filipino y Lana.

¡Toma ya! Un fin de semana de puta madre.

Luego de las debidas presentaciones de rigor, noté la curiosidad que causaba a casi todos los presentes, excepto Darío que ya me conocía. Cuando llegó el momento de *saludar* a la chica de la discordia (Lana, no Lang pero casi). No sé si se notaron las chispas que me saltaron de los ojos pero sentir las, las sentí. Apreté los dientes en una sonrisa y actúe tan hipócrita como debía.

—Soy Lana, trabajaba con Marcelo. Nos conocemos hace años,

¿verdad?

Elevé una ceja, fue instintivo. ¿Por qué no decía que trabajaba con Filippo que era su novio?

—Paloma DeLuca —sonreí tirante—. Yo trabajo en PRH grupo editorial, lejos de las estufas.

A los demás les hizo gracia.

—Este es Filippo —dijo Marcelo—. El socio del que te hablé.

Filippo me dio dos besos, costumbre francesa o no, lo hizo sin importarle nada.

—¿Tú eres la vecina? —Asentí. El chico tenía cara de ser un buen tipo, era guapo, más bajo que Marcelo y un poco menos ejercitado pero no estaba mal. Llegué a entender la dicotomía de la chica.

—Paloma es en mi vida más que mi vecina —contestó Marcelo, abrazándome de nuevo—. La conozco desde que nació, es la hermana de Luciano.

—¿Y DeLuca está enterado? —Se burló Kevin—. Porque antes de que se entere, deja que te actualice la póliza del seguro de vida.

Marcelo le enseñó el dedo del medio.

—Mejor vamos a ver vuestras habitaciones —dijo Miranda—. Os dejamos las de arriba y tendréis que compartir baño.

Arriba, con Filippo y Lana. ¡Algo estaba pagando!

Al llegar casi sobre el mediodía no nos dio tiempo de un recorrido más detallado por todo el lugar. Marcelo bajó a ayudar con la comida y yo me quedé arriba acomodando la ropa en los cajones.

—Disculpa, Paloma. —Jennifer se asomó por la puerta.

—Pasa.

—Marcelo nos ha dicho que quizá quieras acompañarnos de compras. Esta noche iremos a la ópera y sinceramente —bajó la voz—, ni me gusta mucho ni sé cómo vestirme.

Sonreí y asentí.

—Seguro. Voy a cambiarme los zapatos y os alcanzo.

Opera...

Había aprendido a disfrutarla. A Marc le gustaba, era un evento imperdible cada año y la verdad es que se vestía con mucha pompa. Pero no sería el caso de Cooperstown, con un lindo vestido clásico o de cóctel se solucionaría. No se trataba de ser Julia Roberts en *Pretty Woman*.

Cambié las botas por unas Reebok blancas y me puse el abrigo cruzado

color mostaza. Debajo iba muy casual. Vaqueros noventeros y camisilla de algodón blanca.

En el auto compartí el asiento trasero con Lana y creo que a ninguna nos hizo mucha gracia.

—Creo que hicimos bien dejándoles a solas. Kevin y Darío sabrán manejarlos —comentó Miranda.

—Tampoco es que estén muy felices de verse, pero esperemos que todo se solucione. Han sido muy buenos amigos —Jennifer nos volteó a mirar—. ¿Alguna de vosotras sabe por qué están peleados?

—Conflicto de intereses —comenté yo luego de ver que Lana negaba con la cabeza. Ella me miró como preguntándome si yo sabía que la culpa era suya.

En el par de tiendas que recorrimos encontramos lo que necesitábamos. Yo elegí un vestido azul noche de falda midi acampanada y corpiño de encaje. Me sentaba el color y no me exigía fruncir el estómago para esconder mi creciente flotador. La última fue Lana, nada le gustaba ni se acomodaba a ella.

—Paloma, ayúdala por favor. Kevin dice que ya está la comida.

Lo hice, le pasé tres vestidos que le quedarían muy bien. Lana tenía un bonito tono de piel bronceado natural que le permitía jugar con muchos colores, el cabello era largo y ondulado, con reflejos dorados y cobrizos y un rostro delicado, ojos grandes color avellana y los labios proporcionados y carnosos.

Cosas de la vida, guardaba similitudes con Nina Sullivan.

—El negro, por favor —me pidió desde el vestidor—. Si no es ese me pongo una cortina de tu casa, Miranda.

—Te quedaría estupenda, también —dijo ella, impaciente.

—¿Me ayudas con la espala, por favor?

Sonreí sin mostrar los dientes. ¿Cómo iba a negarme?

Corrió la cortinilla y entonces apareció en ropa interior. Un gemido ahogado escuché detrás.

—¿Cómo no te ha cogido algún cazatalentos, niña? Mira el cuerpazo que tienes —elogios de Jennifer.

Lana negó con la cabeza, pero no se despeinó ni un minuto por mostrar las carnes a quien quisiera verlas. Yo inhalé hondo y le ayudé con el vestido. Luego le creí al abuelo cuando alguna vez dijo que las sirenas sí existían, que escapaban del mar y embrujan hombres. Lana era una de esas sirenas.

Cuando volvimos, el cabreo no me cabía en el cuerpo. Pero no era

contra nada en específico. Era contra mí por descuidarme con la comida, por no poder presumir de abdomen plano, por no ser más alta, más morena, tener más tetas o parecer una jodida sirena fugada del mar.

—¿Cómo estuvo? —Marcelo me recibió con un beso y un *cupcake*.

Lo miré como si lo odiara. Tal vez sí lo hacía en ese momento.

—¿Cómo crees? —dije de muy malas maneras y desprecié el *cupcake*.

—¿Pasó algo? —preguntó luego de cerrar la puerta—. Lana dijo algo que te molesto.

—Já. Lo único que tuvo que hacer fue quitarse la ropa.

—No entiendo.

—¿Ah no? Porque si te digo Lana sin ropa enseguida se abre tu álbum de recuerdos.

Marcelo juntó las cejas y apretó una sonrisa en los labios.

—¿Estás celosa de mis pensamientos, Paloma?

—No estoy celosa. Me estoy dando cuenta de muchas cosas en las que no reparé antes. Ahora entiendo que estuvieras tan colgado por ella.

—Aquí vamos de nuevo —exhaló pesadamente y acertó la distancia entre ambos—. No sé qué voy a hacer para que dejes esta manía que te ha dado. Pero no podemos tener esta discusión cada vez que conozcas a alguna de las mujeres con las que he follado.

—¿Deberías darme la lista de una vez!

—¿En serio vas a seguir con esto, Paloma? ¿Siquiera oíste que te presenté como mi novia?

—¿Y qué con eso?

—¿No lo entiendes?

—Luciano me lo advirtió... ¡Joder! Ahora tengo que darle la razón.

—Eh, eh. Bájale a las revoluciones. ¿Qué cosa te advirtió?

—Qué no has tenido una sola relación seria en toda tu vida. ¡Vaya sorpresa! «Las chicas con las que he follado», dices. ¿Qué puedo esperar?

—¡Pues gracias Luciano, ya sé qué esperar cuando le pida que de referencias sobre mí!

—Mi hermano no tiene nada que ver.

—Claro, porque me juzgas a mí cuando tu hermano no ha sido mejor que yo, ni tomado mejores decisiones. Pero lo que no sabe es que eres la primera, después de muchos años, a la que presento como mi novia. Ni a Lana le insinué alguna vez que quería llevar lo que teníamos a otra etapa porque tenía miedo. ¿Sabes? Yo también tengo miedo a muchas cosas, Paloma. Yo también

huyo y me escondo del jodido amor pero aquí estoy, enamorado de ti como un soberano imbécil, diciéndole a todo el que me pregunta, que eres mi chica, que salgo contigo, que te quiero. ¡Pero eso no lo ves! No tomas en cuenta que te he dicho que voy a decírselo a Luciano a riesgo de que me rompa la crisma. Porque, ¿quieres saber algo más? lo conozco, se lo que te quiere. Sé lo que pensaba hacerle a Marc cuando se enteró de lo que te hizo y yo le dije que no lo hiciera. Que me haría cargo de ser necesario. Y lo hice, te he acompañado cada minuto, cada hora. Porque sí, porque quise, porque quiero seguir ahí, porque no me iré aunque intentes alejarme. Admite que sientes miedo porque las inseguridades no te dejan en paz. Y lo entiendo. Dímelo y te mostraré cómo mandarlas a tomar por culo.

—Ya follaste conmigo, no soy diferente a las otras.

Lo sé, inconsciente, imbécil, inmadura y egoísta.

Marcelo se sentó en la cama y escondió la cabeza entre sus manos.

—No sé qué grandes cosas esperas de mí, pero te juro que te estoy dando lo mejor que tengo.

«Ahora si la fregaste, Paloma. Estarás contenta».

La culpa me pilló por sorpresa, cuando me di vuelta Marcelo ya no estaba en la habitación.

Esa tarde aprendí a fingir, o lo perfeccioné. Llevaba rato esforzándome en aparentar que por mi vida no se paseaban las tormentas. Que todo estaba bien.

En la comida, sonreí, hice bromas, hablé como una experta sobre temas que me importaban muy poco y alardeé de mi trabajo, de mi hermano y mis amigas.

Marcelo lo veía todo como el policía que no se cree que la hierba no es tuya pero te sigue el juego. Yo me salté el postre y luego los chicos iniciaron un juego de fútbol americano. Kevin decidió que las chicas iríamos contra los chicos. El juego empezó, Jennifer resultó ser muy rápida y yo resulté buena *linebacker*. Empezamos anotando porque Marcelo era el corredor de su equipo y yo bloqueaba colgándome encima de él. Aunque en una ocasión cargó conmigo corriendo por el campo hasta que consiguieron anotar. Cuando fue el turno al contrario y estaba por anotar, Marcelo me mandó al suelo y el balón fue recuperado por ellos. En una lucha cuerpo a cuerpo me preguntó que si todo estaba bien. La forma de responderle fue besándole y robándole el balón. Las chicas anotamos de nuevo y ganamos el partido.

—Hiciste trampa.

—No —rebató Kevin—. Es una profesional.

—Ya sabía que alguna vez me servirían los partidos que tuve que ver y a los que asistí por culpa de mi hermano.

—Si esto hubiera sido soccer, otro gallo cantaría —rebató Marcelo.

—Aprende a perder. —Le guiñé un ojo.

Esa noche después de la ópera, cenamos fuera y la mecánica seguía siendo la misma. Paloma la que sabe hacer bromas, la que habla de cualquier tema, la que incordia dulcemente, la que sonríe y coquetea un poco con su chico. Esa noche, fui yo la que le toqué por encima de la ropa, fui yo la que buscó sus labios y le besó con demasiada intensidad. Tal vez por el vino, tal vez por la inseguridad, tal vez porque me sentía vulnerable y expuesta, sola y vacía o todo junto. Ese era el cóctel de drogas que empezaba a tomarme. Y usaba como fachada una vida que no tenía y una felicidad que no sentía. Y buscaba que Marcelo me llenara los vacíos con sexo, esa noche le exigí que fuera más rápido, que no se lo pensara tanto, que se moviera con más determinación, que me agarrara del pelo, que me dijera un par de guarradas y que solo con mirarme me traspasara entera. Pero aunque lo hizo tal cual lo exigí, no se sintió igual. No podía sentirse igual porque no era Marc. No era Marc y la bofetada que me devolvió a la realidad me supo muy amargo.

Me dormí muy tarde, luego de darme vuelta en la cama y arrinconarme a lamerme las heridas en silencio. Desperté antes de que amaneciera, sentía frío y me volteé a buscar calor en Marcelo. Pero Marcelo no estaba en la cama y las mantas estaban por el suelo. Me vestí y bajé en su busca pensando que estaba en la cocina. Al no encontrarlo salí al jardín y a lo lejos le vi preparando un velero. Le alcancé antes de que zarpara.

—¿Me llevas?

Su mirada estaba cargada de una compasión que me atravesó la conciencia.

No dijo nada, me tendió la mano para ayudarme a subir.

—No sabía que supieras navegar. —Intenté sacarle las palabras, él se concentró en maniobrar el timón con mucha destreza. Le abracé por detrás pero sus manos tomaron mis puños antes de que pudiera tocarle.

—Parece que solamente has reparado en señalarme e intentar compararme, que en preocuparte por conocerme.

—Marcelo...

—No digas nada, Paloma. Sé que no debe ser fácil para ti y que te estoy presionando demasiado. Pero soy paciente, puedo esperar. —Me abrazó a su

pecho y me besó en la frente.

Me hice una promesa peligrosa: dejar de ser la misma.

38. Las señales



Me disculpé un millón de veces, le prometí el cielo y la tierra a Marcelo, me excusé con el trabajo. Que cada día tenía más cosas de las que hacerme cargo, que apenas estaba durmiendo, que extrañaba salir con mis amigas, que Salomón estaba obsesionado con mi estado de ánimo, que odiaba el Yoga pero tenía que acompañar a Grace y que llegarían unos pasantes de los que tenía que apersonarme y si algo más se sumaba a la lista, iba a explotar.

Marcelo me creyó, me dio algunos besos y dijo que intentaría ayudarme un poco, que no me preocupara por nada y que hablara con mi jefe para que me recortara tareas. Navegamos, nos relajamos, vimos el amanecer y mientras Marcelo me acariciaba la cabeza y jugaba con los mechones de mi pelo, yo pensaba en los próximos pasos. En que debía convertirme en la novia que él merecía, más exactamente: ponerme a la altura de sus ex.

El lunes en la mañana, aunque me costó dejar la cama más temprano de lo acostumbrado; salté de ella y me fui a correr. De regreso pasé por un gimnasio y me inscribí para empezar esa misma tarde. Marcelo me tenía el desayuno listo cuando bajé, pero iba con mil prisas así que solo probé el zumo y salí casi corriendo. Me hizo prometerle que comería en la oficina, pero la mañana se me fue volando y me mantuve con café. Salomón nos llevó a comer a un restaurante japonés para dar la bienvenida a la pareja de pasantes que nos ayudarían algunos meses. Él, un chico que físicamente era la descripción de lo que llaman un *Hipster*. Vestido a la moda, barbón, corte de barbería famosa, gafas de pasta transparente, tatuajes y que escuchaba rock para intelectuales. Como si el rock no fuera ya lo bastante intelectual. Fanático de series y crítico de cine. Lector voraz y citando siempre a Oscar Wilde o Ernest Hemingway. Y respondía al nombre de James.

Ella, Jelena. No entendía lo que hacía en una editorial cuando lo que se le notaba a la legua era que quería trabajar a dos manzanas de ese edificio en BEAU o VOGUE. Por encima le conté unos cinco mil dólares. Empezando por el pelo al estilo *balayage* tan bien conseguido que hasta parecía natural. El maquillaje sutil pero sin que se colara una imperfección. Unas cejas perfiladas

y tupidas, perfume de diseñador y prendas que perfectamente podrían ser obras de arte. Lo primero que dijo al verme fue que le encantaba que ese día fuera muy vintage. ¡Vintage un vestido de la colección de primavera del año pasado que me había comprado Salomón! Me sentí pequeña. Ese vestido era quizá de lo más caro que tenía en el armario y lo usaba siempre que tenía algo especial.

Superé el día y de algún modo sentí bajarse el peso de mis hombros al asignar algunas de mis tareas a los pasantes. Aunque era agotador escuchar sus ideas revolucionarias. No reinventarían un concepto que había funcionado por años de la noche a la mañana. Lo que funciona no se toca, punto.

Esa tarde empecé el gimnasio. No se lo comenté a Marcelo, no es que tuviera qué darle cuenta de cada paso de mi vida. Ya sabía que empezaría a correr, pero si podía ayudarme a conseguir más rápido mi objetivo, lo haría. El martes casi me da un infarto cuando Jelena entró vestida de la cabeza a los pies de Alexander McQueen. Fue Salomón quien intentó gastarle una broma.

—La semana de la moda fue en febrero. Has llegado tarde.

—Tarde, pero bien vestida.

Lo sentí personal. Y no porque no fuera bien vestida, mis modelitos no estaban nada mal. Lo malo es que no fueran precisamente de diseñador y que eso me hiciera sentir miserable. Y tampoco ayudó demasiado que esa mañana nos visitara Lena Roach y discutiera con ella los detalles y marcas de su ropa. A Lena la adoraba pero en ese momento la vi del bando enemigo. A la hora de la comida, Salomón volvió a su pregunta obsesiva.

—Estoy bien, pero no estaría de más que me diera un par de gustos. ¿No crees? Siempre me dijiste que si tuviera el salario completo podría hacerlo. ¡Ahora puedo!

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Para qué? Podría tardarme horas en un probador.

—Ni porque incluya un regalo especial a tu renovación de armario...

Su tono fue tranquilo, era Salomón el que siempre me daba algo, me pagaba la comida, el café, me compró mi primer Smartphone y solucionaba mi vida. Pero no me lo tomé bien, hice de sus palabras cuchillos y se lo escupí a la cara sin impórtame dónde estábamos o quien nos escuchaba.

—¡No necesito que me pagues la cosas! Me parto el culo mucho más que tú y soy jefe de departamento. Puedo pagar un vestido nuevo, zapatos o mi comida del año ahora mismo si se me antoja.

Salí envenenada y pasé la tarde paseando por las tiendas de la Quinta

Avenida quitándome el cabreo, me gasté el saldo de las tarjetas y el supuesto *incentivo* que me dieron en el banco por saldar mi deuda. Volví a mi casa con más ropa de la que tenía en el armario, zapatos, bolsos, joyas, maquillaje y un mejor corte de pelo, tinte incluido. De un momento a otro me dio por el orden, así, de la nada, como un impulso. Como si finalmente hubiese encontrado una razón para tenerlo todo a la mano cuando pasara a vestirme. Lo que hice para guardar la ropa nueva, fue sacar la vieja. Excepto la lencería que en esa sí invertía unos buenos dólares. Solo dejé lo que tenía algún valor sentimental. Los zapatos usados fueron a dar a un armario en la otra habitación junto con la ropa. Luego los tiraré.

Y para celebrarlo, le escribí a Marcelo que tenía algo de tiempo y que quería que nos viéramos. Cuando llegó, se llevó una sorpresa por cómo iba maquillada, pero no hizo hincapié en nada. Le conté que había hecho algunas compras porque ya era hora de renovar el armario. Sonrió tirante y luego se relajó contándome que el viernes vería a Kevin y a otros amigos. Una cena de negocios y que podía acompañarle si me apetecía. Le dije que sí, que estaría bien para relajarme ya que el sábado era la reunión en casa de Grace. Luego de comer (mal comer yo) y beber algo de vino, nos pusimos tontos y nos acostamos. Volví a exigirle que fuera menos delicado y el volvió a darme lo que quise. La diferencia fue ya no me supo amargo al final.

Al día siguiente llegué a la oficina con lo mejor que encontré en los escaparates de la Quinta Avenida y muy lejos de la Paloma que había sido siempre. Mi nueva imagen incluía la piel, el denim, el estampado militar y una onda muy *rebel* y muy chic. En mi trabajo no existía un código de vestuario, podía ir con lo que quisiera siempre y cuando no fuese provocador y mi estilo no lo era, lo que causó sorpresa fue que de un día para el otro ya no fuera la misma. Que hubiera dejado a Paloma en algún rincón de Nueva York amarrada de pies y manos y sin forma de pedir auxilio y en su remplazo estuviera su versión más extrema.

No puedo negar que la relación con Salomón sufrió un abrupto cambio y que llegamos apenas a cruzar palabra esa semana. Yo me mantuve en la postura de que estaba dolida y en eso me excusé para no darle la importancia que merecía. Pero algo me afectaba, había una sensación rara, como un cosquilleo que no me dejaba tranquila. Me sudaban las manos y me descubría moviendo un pie mientras estaba quieta. Lo solucionaba con café y volvía al trabajo, Salomón no dejaba de mirarme y en ese lenguaje de silencios me seguía preguntando si todo estaba bien. Ya me fastidiaba soportar tenerlo de

frente así que le pedí a James modificar la mesa de trabajo de modo que me quedara la ventana y nadie más que me obstaculizara la vista.

Jake se había resignado a que Ladykiller no respondería y es que hacía semanas que no revisaba esa cuenta. Ya no escribía, ni me desahogaba. La nueva terapia era engullirlo todo entero o treparme por las paredes si algo me molestaba. Además, todo lo escrito ahí fue para Marc y desde la última vez que le deseé el infierno, había dado por acababa esa historia. El último mensaje fue:

«Espero que te vaya bien... en el infierno».

La cena con los amigos de Marcelo me dejó un poco tocada de cerebro. Empezando porque el Marcelo que se vistió para dicha reunión no tenía ni punto de comparación al que yo conocía. Usó un traje Tom Ford nuevo que le quedaba... ¡Madre del amor santísimo! Olvidemos lo que dije de Marc en traje, Marcelo reinventaba el concepto. Pero eso solo fue un detalle, lo que vino después fue oírle hablar con tanta propiedad y soltura sobre finanzas e inversiones, movimientos de la bolsa y alguna profecía sobre el cierre semestral de los mercados. Y tampoco fue la guinda del pastel. Cuando Kevin habló de la vida social que llevaban en Londres, de las mujeres, las fiestas, los viajes y los negocios por debajo de la mesa, un rayo de lucidez me atravesó y la nube en la que estaba volando perdió altura.

Marc y Marcelo eran del mismo cochino mundo.

Esa noche esperé a que Marcelo se durmiera y me escabullí de la cama. Tomé la laptop y busqué información sobre Marcelo Occhiato. Efectivamente salía en fotos de eventos sociales, se le relacionaba con modelos o chicas de la clase alta londinense. Finalmente lo descubrí. Marcelo había sido corredor de bolsa, no fue chef siempre, no me había contado toda la verdad y detrás de su precipitada decisión había más. Había algo que no me había dicho. Algo que yo necesitaba saber.

Volví a refugiarme en la hipocresía y aguardé agazapada buscando un modo de descubrir lo que Marcelo escondía. Él salió temprano a su casa para encargarse de la comida que Grace le encargó, yo me probé un montón de ropa buscando la combinación perfecta para ese día. Quería verme radiante, que por primera vez mis amigas no torcieran la boca cuando hablara del chico con el que salía sino que, de ser posible, suspiraran por lo perfectos que nos

veíamos juntos. Y luego de pensar en ello llegué a la conclusión de que mi fallida relación con Marc era su culpa, su envidia al no poder tener lo que yo sí, consiguió separarnos. Y las odié y si no era odio bien podía ser una carga de rabia que me sobrepasaba. Mi camino a la oscuridad iba en la etapa de las brumas espesas, dónde aún hay luz aunque es difusa, dónde el camino sigue teniendo retorno pero piensas que más adelante también podrás parar.

Sarah hizo un trabajo impresionante en tiempo record. En cuanto entré me di cuenta del toque de Grace por todas partes. Organización, colores neutros, comodidad y paredes limpias. Un piso muy amplio con una vista magnífica de la ciudad. Tribeca siempre gusta y ni hablar de los vecinos que podría tener. Ya querría yo toparme por ahí con Justin Timberlake muy informal y llevando la compra. Alabaron mi nuevo estilo, los jeans desgastados que se me ajustaban tan a la medida, y que consiguiera esa cazadora edición especial que solo estuvo a la venta por 24 horas. Y yo disfruté cada palabra como si fuese Red Velvet deshaciéndose en mi boca, me dieron poder.

—Vais a perdonarme pero no tenía ganas de cocinar para un batallón, así que hemos pedido algo que no está mal. Cortesía, por supuesto, del vecino de Paloma.

Sentí que la sangre se me acumulaba en las mejillas. Me concentré en ayudar a poner la mesa.

—Maravillosa idea —mencionó Sarah.

—La comida de Marcelo es como un pedacito de Italia en cada bocado. Como comida hecha por una abuela *cool*. —Mariah echándole flores mientras acababa de poner las copas.

Puse los ojos en blanco.

—Mi abuela cocina mejor —susurré al oído de Marcelo.

—¿Habrás algo que hago mejor que tu abuela? —Su tono cargado de intenciones me erizó la piel.

—Mejor vamos a quitarte esa filipina y a comer.

Pasamos al cuarto de Grace, en la cama había dejado una bolsa con ropa que Marcelo pidió que le llevara porque no le daba tiempo a cambiarse. Cuando revisé su armario quise tener un bidón de gasolina a mano y unos cerillos para quemar esas camisas. Decidí pasarme por la Quinta Avenida y hacerle un regalo. Iba a presentarlo y no permitiría que se viera como recién llegado de una isla perdida.

—¿Y esto? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es un regalo.

—¿Por qué?

—Porque quería hacerte un regalo.

—¿Un regalo para ti o para mí?

Me enfurruñé.

—No tienes una camisa decente, esta es una reunión importante para mí, ¿puedes entenderlo?

—No entiendo por qué haces esto, Paloma. Tus amigos no van a reparar en si mis camisas son costosas o compradas en *retails* sino en que yo pueda ser bueno para ti. Y si es así, avísame para irme antes de tener que fingir ser alguien que no soy.

Apenas le miré, fui muy altiva, muy imbécil.

—Decide tú, Marcelo. Está en tus manos, yo ya hice mi parte.

Salí de allí conteniendo las lágrimas, quería torcerle el cuello por ser... él. Porque estaba encaprichada con que cediera a mis deseos a costo de él mismo, si era necesario. Yo lo había hecho muchas veces, si yo pude ser los que alguien quiso de mí por qué Marcelo no podía darme gusto en algo tan simple como una camisa de color neutro.

Mientras comíamos degustando la pasta inconfundible de Marcelo y los escalopes. La conversación fue tomando forma hacia el futuro de cada uno de los sentados a la mesa. Sarah mencionó que presentaría su exposición en tres ciudades y que tenía alguna propuesta de una galería muy renombrada. Rachel había ascendido y era parte de la junta. Grace seguía como editora de su periódico que últimamente estaba encabezando las cifras de credibilidad y pues, iba a ser madre. Mariah siempre a gusto con su trabajo y estaba a algunos meses de casarse con su amor. Greg estaba en la cima, era el arquitecto del año e iba a casarse con Salomón que, al parecer, era muy feliz con su trabajo.

A todos, la vida nos estaba dando giros. Y era momento de decir el mío.

—Mi hermano cubrió el saldo de la deuda y he vuelto a tener un salario en condiciones, soy jefe de departamento y los resultados se han elevado, es cierto que tengo más trabajo pero nada que no pueda manejar, además... —tomé la mano de Marcelo sentado a mi lado y sonreí usando esa sonrisa que practiqué tantas veces frente al espejo, miré a Marcelo, sus comisuras se elevaron un poco, pero en sus ojos algo no brillaba igual, decidí ignorarlo y seguir con mi coreografiado discurso—. Marcelo y yo hemos empezado a salir.

La reacción no se hizo esperar, grititos, risas, jadeos ahogados y un brindis propuesto por Richard. Uno a uno pasó a dar la enhorabuena, pero cuando lo hizo Salomón, me tocó el hombro y mientras me besaba en la mejilla susurró:

—No te has ganado un trofeo, Paloma. No le hagas esto.

Apreté los dientes y fingí sonreír. La comida acabó y seguimos con el vino, me resistí a comer tiramisú porque dije sentirme muy llena, que ya comería en casa y me ofrecí a buscar más vino en la cocina. Agarré un par de botellas del refrigerador y mientras buscaba el sacacorchos me topé con un periódico del día anterior, lo levanté, debajo estaba el sacacorchos y la foto de Marc en una revista. El estómago se me encogió. Me quedé mirándole, impoluto, con un deje de tristeza en la mirada que mezclaba con dureza. Hice uso de mi contención para no leer, pero ya no sabía lo que era detenerme. La tomé y leí el titular. Marc había renunciado al bufete de su padre. Sonreí, lo disfruté, sabía lo que costaría esa decisión pero secretamente le di mi apoyo. En la nota final del editor puso algo que me quebró en dos: *«Al cierre de esta edición supimos que la decisión de dejar el bufete de su padre desencadenó el rompimiento de su relación con Emma Wilmot»*.

Momentáneamente me mareé. Estaba soltero. Lo prometió y lo cumplió.

«Qué idiota eres, Paloma».

Greg entró en la cocina cargando algunos platos vacíos.

—Aquí estás, princesa. ¿Qué te entretuvo?

—Nada importante —dejé la revista en la mesa y tomé las botellas.

Greg miró el titular y leyó unas cuantas líneas.

—Empieza a usar la cabeza, ¿no?

—Un poco tarde. —No lo dije por él, sino por los dos.

Intenté irme pero Greg me hizo una pregunta para la que no estaba preparada.

—¿Pasa algo entre Salomón y tú? —Junté las cejas y fingí (otra vez) que no entendía su pregunta—. Estáis algo distantes, Salomón actúa taciturno y no me habla mucho de ti.

—No lo sé, Greg. En la oficina todo normal.

Greg asintió lentamente.

—A veces llega algo tarde, parece que tenéis mucho jaleo últimamente en el trabajo.

—Un poco sí. Pero tampoco salimos muy tarde.

Algo muy oscuro y viscoso me recorrió las venas y se mezcló con mi

sangre.

—¿Sabes algo que yo no?

—¿Yo? No. Pues, Salomón si ha estado un poco extraño, pero no he querido preguntar. Pensé que era algo entre vosotros.

—No. No creo.

—Entonces ten cuidado, Greg. Así empezó Marc y mira como acabó la historia.

«¿Era necesario vengarse de Salomón, Paloma? Estarás muy feliz ahora».

—Crees que ve a alguien más

Me encogí de hombros y salí de la cocina.

El odio es como el veneno, daña el recipiente que lo contiene.

Empecé una gira de firmas extenuante, estuve tres semanas fuera de Nueva York, llevé a los pasantes conmigo y cada noche abusé del alcohol en cantidades que podrían dejarme en la inconsciencia. Saber que Marc me quiso tanto como para renunciar y que finalmente había dado guantazo a su padre era demasiado fuerte para que pudiera soportarlo. Y lo puto peor era que estaba soltero, que de haber esperado un poco ahora mismo estaríamos juntos como si nada hubiera pasado. Había sido una etapa en nuestra relación, hice demasiado drama y ahora no lo podía tener porque estaba con Marcelo. ¡Era la madre de las imbéciles!

Por eso bebía, pero no acababa llorando todas las noches. En algunas ocasiones bailaba desgañitándome a gritos. Saltaba, me reía, me hice amigos nuevos y disfruté de un soplo de libertad de esa sensación de conseguir lo que quisiera, incluso a Marc si ponía empeño.

Casi al final de la gira, JJ (como nombré a los pasantes en una noche de juerga) confesaron que era una tía muy *cool* que sabía cómo divertirse y cumplir con el trabajo. Finalmente era alguien, sobresalía, me hacía notar en las fiestas, con mi ropa, el maquillaje, el pelo, el último iPhone y un trabajo envidiable. Lo tenía casi todo. Pero no iba a confirmarme con el casi, así que les asigné una tarea secreta: encontrar a Marc. Habría sido más simple con una llamada, pero no iba a disculparme con él, usaría nuevamente el recurso de la casualidad forzada.

Volví a Nueva York siendo otra, de eso no había duda. Pero era una mejor versión de mí en muchos años. Después de tanto rodar como una noria

había dado con lo que quería ser y no iba a perderlo. Marcelo me recibió con besos y dulces, me riñó porque me veía muy cansada y más delgada y porque mi rostro era una densa capa de maquillaje donde no se adivinaba ni mi verdadero color de piel. Le dije que exageraba y que debía tener buena presentación porque estaba conociendo a mucha gente importante del medio editorial.

Retomé la rutina, Salomón ya no me hablaba, Rachel llamaba más seguido y Grace se pasaba por la oficina para invitarme a comer y fui la primera en saber que tendría gemelos. Sonreí nostálgica al recordar que Salomón lo había presagiado. Una tarde recibí una llamada inesperada de mi abuela. Mi abuela que nunca me llamaba y no sabía usar un Smartphone me hizo una llamada por un número *whatsapp* que no conocía.

—Mi niña, ¿qué tal estás?

—Bien, nonna. ¿Qué pasa? ¿Mis padres están bien?

—Sí, cielo.

—¿Tú?

—También, cariño. Solo quise llamarte para saber cómo estabas. Hace mucho que no te escuchaba.

—Ah, pues me coges en el trabajo. ¿Te llamo luego a casa?

—Solo dime si es verdad que sales con Marcelo.

Me congelé un momento. ¿Quién se lo había dicho?

—Algo así. —No quise darle muchos detalles.

—Sí o no, cielo. ¿O es una de esas relaciones donde solo...? Tú sabes.

—Está empezando, *abu*. No puedo darte muchos detalles.

—Es un buen muchacho. Trátalo bonito.

¿Mi abuela me estaba haciendo una advertencia?

—Espero que le hayas dicho lo mismo.

—Se lo dije. Y me dijo que te quiere. Por eso me extraña que digas que no sabes si es serio o no.

—Quizá se ha adelantado, no serán tres meses aun.

—El tiempo no define el amor sino el sentimiento. Cuando me hablaste de ese otro muchacho lo hiciste con tanta ilusión y creo que tampoco iba mucho.

—Ahora voy con pies de plomo, no quiero que me pase lo mismo.

—No lo creo, mi niña. Pero debes ser paciente, *tempo al tempo* a Marcelo le costará un poco abrirse. Son muchos años y muchas culpas.

—¿De qué estás hablando?

—Yo me entiendo. Solo te pido que si no vas a quererle se lo digas a tiempo. Ahora debo volver porque dejé algo en el horno.

—Abu... ¿es otro de tus sueños?

Oí un suspiro ahogado a través de la línea.

—*Che sarà, sarà.* ^[14]

Era abril, no recuerdo la fecha. Una mañana cualquiera. Desperté muy excitada, claro, había motivos. Marcelo intentaba colarse entre mis piernas pero antes me regalaba una placentera sesión de sexo oral.

—Buenos días —dije con la voz ronca.

Marcelo se incorporó y me devoró la boca. Su beso sabía a ansias y miedos. No sé cómo sabes estas cosas, pero la sientes. Un beso siempre lo dice todo, la intensidad de un beso es reveladora, unido a otros factores. En el caso de Marcelo eran sus manos apretándome fuerte, sus suspiros ahogados, que me mirara como si no fuera yo pero debiera acostumbrarse. No lo sé. Pero por momentos me sentía culpable de no quererlo tanto como debía o de no ser tan sensata de pedirle que se fuera porque no sabía cómo hacerlo sin romperlo en el camino.

Me dejé llevar, me besó a su manera, me acarició despacio y en ningún momento dejó de mirarme. Cuando estuvo dentro de mí, noté su batalla, lento o rápido, él o lo que yo quería que fuera. Le ayudé empujando sus caderas e imponiendo un ritmo.

La alarma sonó y la burbuja se rompió.

—Debo irme ya.

—No —dijo entre jadeos—. Me iré de viaje y necesito no echarte tanto de menos.

—Pero llegaré tarde.

—No lo harás. —Su barba me hizo cosquillas y me reí.

—¿Ah no?

—No. No irás.

Me penetró con una estocada seca y dura. Me quejé mientras me estremecía y aferré mis dedos en su espalda.

—Me quedaré —resolví.

—Ojalá completa.

No lo entendí, pero volvió el sabor amargo.

39. Segundo Round



Le avisé a Jake que no podía ir porque estaba enferma y sentenciada al baño. No tuve que decir más, mi jefe huía despavorido a todo lo que siquiera albergara un mínimo riesgo de incubar un virus. Marcelo y yo nos pasamos el día entre las sábanas de mi cama. Cuando sentimos hambre él se encargó de mimarme y al final de la tarde luego de una ducha reparadora, acabamos en el sofá, él leyéndome y yo acostada sobre su pecho.

Una calma que, vista desde el objetivo, era siniestra. No era normal que yo pasara de la depresión a la ira, de la venganza a la calma con premeditada sevicia o de la manipulación al amor. Era una psicópata, aunque todos me lo rebaten cuando lo menciono, pero es que no había más explicación para lo que estaba ocurriéndome. Sin embargo, alejada del exterior y en brazos de Marcelo conseguía olvidarme, momentáneamente, de la horrible persona en la que me había convertido.

Y todos sabemos que al momento de salir de la burbuja, lo que te espera afuera es tan inesperado como una tragedia. La diferencia es que propiamente las tragedias no son las que te hacen daño sino sus consecuencias

Cuando llegué a la oficina, Salomón presentaba a Jake la más reciente campaña en la que estábamos trabajando. Detuvo su exposición al verme, su expresión me tomó por sorpresa haciendo que ahogara un grito. Estaba tan descompuesto, él que siempre se veía radiante, guapo y seductor. Tomé asiento, a Salomón se le cruzaron las palabras y perdió el hilo.

—¿Qué pasa, Salomón? —preguntó Jake, realmente preocupado.

—Dadme un momento, no me siento bien. ¿Puedes seguir, James?

Salió sin volver a mirarme, quise salir corriendo a preguntarle qué le pasaba, pero dadas las circunstancias preferí quedarme. Jake me pidió hacer algunos ajustes y avanzar con la siguiente campaña. Me concentré en las tareas y evité pensar en lo que le ocurría a Salomón, pero no podía evitar mirar hacia su mesa ya que no había regresado y no lo haría; pidió a James que le llevara sus cosas.

—¿Te dijo qué le ocurre?

—No. Pero ayer llegó peor. Creo que tiene problemas, no lo sé.

Las palabras de James no ayudaban mucho. Y la angustia no me abandonaba. Le escribí a Greg para saber lo que ocurría y no recibí respuesta. Un nudo se me formó en la garganta, toda la tarde le di vueltas a la idea de presentarme en su piso, antes de irme Rachel llegó a mi oficina.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Sonreí un poco pese a que traía cara de disgusto monumental. Cerró la puerta y tomó aire.

—¿A ti qué cojones es lo que te pasa por la cabeza, Paloma?! —Me señaló con el índice derecho mientras avanzaba hacia mí.

Me imaginé muchas cosas, que alguien les contó todo lo que no había querido decirles, que me sobregiré por excederme en las compras, que había dejado el gas abierto e incendié mi manzana entera.

—¿Cómo pudiste hacerles algo así? ¡¡A ellos, por Dios!! ¿Qué te han hecho, dime? ¿Es demasiado pecado quererte y preocuparse por ti?

—No te entiendo y por favor no grites.

—¿No me entiendes?! Claro, ahora vives en quien sabe cuál nube y no aterrizas. Date cuenta de una puta vez que ninguno de nosotros tuvo la culpa.

—Rachel...

—Rachel, nada... No me des excusas inventadas, Paloma. No te justifiques ni intentes disculparte, que en todo caso no es a mí a quien debes hasta arrastrarte de rodillas a suplicar perdón.

—¿De qué me estás acusando?

Rachel buscó calmarse, su teléfono sonó. Miró la pantalla y negó con la cabeza.

—Si querías vengarte de Salomón, pudiste darle un puño en la cara, pincharle las llantas del coche o romperle el móvil, Paloma. Pero Greg no te ha hecho nada, ¡nada, joder! —La voz se le quebró.

—Rachel yo no sé de lo que hablas. —Empecé a temblar.

—¿No lo sabes? ¡Vaya sorpresa! ¿Qué le dijiste a Greg en la comida del domingo? ¿Qué le insinuaste con tanta saña?

—Yo no lo dije en serio... yo.

—Tú querías vengarte de Salomón y escogiste el blanco más débil. Greg se imaginó que Salomón lo engañaba, se pasó de copas, luego tomó el coche y...

—¡No, Rachel! Dime que no...

—Reza Paloma, porque si no despierta, toda la jodida culpa va a ser tuya.

Rachel salió y yo me desgañité a llorar en el suelo sintiéndome rastrera, una jodida basura. Me quedé sentada abrazándome las rodillas, nadie lo notó, Quise tirarme desde la ventana del piso treinta en el que estaba y acabar con todo de una puñetera vez. Me estaba odiando, me estaba enloqueciendo.

¿Qué me estaba pasando, por Dios?

Cuando llegó la mujer encargada de la limpieza, ambas nos llevamos un buen susto. Recogí mis cosas y esperé en la puerta mucho rato sin saber qué hacer. Desvié todas las llamadas de Marcelo y paré un taxi.

Ya había perdido la cuenta de los tragos, ya no sabía ni lo que me estaba tomando. Lo que sí sabía, era que a pesar de haberme inundado las venas de alcohol y sentirme lo bastante adormecida, estaba lejos de huir de la realidad. Del jodido presente y de la maldita culpa que me acusaba por todos los rincones. Escuchaba risas, voces, todo como lejano, abstracto. Mi mirada fija en la copa, mis ojos irritados y las lágrimas corriéndome por las mejillas a raudales. Me dolía la garganta de hacer fuerza para no sollozar fuerte.

—Vamos a cerrar pronto, ¿quieres que te busque un taxi? —Un camarero que me conocía demasiado bien, que me había visto llegar muchas veces a pedirle que me acompañara en silencio las penas de amor y me escuchara las dudas existenciales que no le comentaba a nadie.

—Quiero que me digas que Greg estará bien —dije con la lengua bastante enredada.

—No lo sé, Paloma. Pero seguro que te avisaran.

—No lo harán. ¿Sabes por qué? Porque la he cagado, porque es mi culpa, porque todos lo que alguna vez me quisieron, me deben estar odiando a muerte.

—Dales tiempo.

—No, el tiempo en mi caso nunca soluciona nada, solo lo empeora. Me metí con quien menos debía. Greg nunca me hizo nada, me decía princesa, bailaba conmigo, era mi cómplice con Marc, me mostró ese plano primero a que a nadie, me salvaba de las burlas de mis amigos, me dejaba dormir en medio y me sonreía siempre con esa sonrisa dulce. Era un príncipe escocés, tenía el pelo de un color rojizo precioso y unos rizos rebeldes.

—Va a estar bien, te lo prometo. Y luego podrás disculparte.

—Ojalá, Terry o voy a tener que morirme con él.

—Deja de decir tonterías que nadie ha muerto y mejor vamos a buscarte un taxi.

—No, ponme otra copa y deja que me olvide de todo lo que me duele.

—No te voy a poner nada más y ya que no puedo llamar a nadie, te dejaré quedar arriba.

—No —me quejé cuando me tomó por los brazos para hacer que me levantara—. Ponme una más, solo una más.

Torció la boca y algo me sirvió, no me supo a nada más que a ganas de morirme. Vi que levantaban las sillas y en un eco lejano el trasteo de vasos y botellas. Lentamente me dormí sobre la barra.

Desperté con el sonido de un teléfono. Alguien habló y cerró una puerta. Los ojos me pesaban, la cabeza me iba a explotar y el dolor de estómago me doblada en dos. Me di vuelta y empecé a notar cosas extrañas. Las sábanas eran un poco ásperas, las mantas olían a tabaco y la cama estaba un poco dura. Abrí los ojos haciendo un esfuerzo sobre humano por mantenerlos así. A un lado una ventana cubierta por una maltrecha persiana, una pared de ladrillo bastante gastado, algunos posters por la pared de bandas de rock metal. Me giré suavemente. La cama era un colchón en el suelo, cajas a los lados, barriles y botellas. Me senté con dificultad. ¿Dónde diablos estaba? Hice el intento de levantarme y las fuerzas me fallaron. Intenté ubicar mi teléfono, luego no pude encenderlo la pila se descargó completa. Me quité las sábanas rancias de encima y vi que estaba vestida, mis Prada a un lado junto a la cartera, el dinero completo.

—Hola.

Casi me hago pis encima.

—¿Terry?

—Sí. ¿Qué tal noche?

—No lo sé. ¿Dónde estoy?

—En la bodega del bar. —Me acercó un vaso de agua y un par de analgésicos.

—¿Por qué? ¿Qué hago aquí? —Terry juntó las cejas—. No me digas que tú... que yo...

—No quisiste que te pidiera un taxi y decidí que lo mejor era dejarte aquí.

La cabeza me dolió más intentando recordar. Y el recuerdo me atravesó como un rayo.

—¡Greg! —me levanté abruptamente—. ¡Dios, necesito saber cómo está!

—Primero come algo. —Terry sonrió y me tendió la mano. En el bar me di cuenta que había dormido todo el día y que empezaba a anochecer.

—¿Te sientes mejor?

—No, pero debo irme a mi casa y darme un baño. Mi jefe terminará despidiéndome por mail. Ya he faltado dos veces esta semana.

Algo de sensatez volvía a acompañarme. Que no me duró lo suficiente, la verdad. En casa y sin noticias del mundo, me sentí realmente miserable. En mi móvil solo encontré llamadas de Marcelo y de mi jefe. Nadie más se interesaba por si respiraba. Le envié un mensaje a Marcelo diciéndole que estaba liada, que el trabajo me estaba consumiendo y que me iría de viaje. Apagué el móvil y lo dejé caer a un lado. Estaba sentada en el suelo mirando a la nada y aferrada a una botella de tequila. Me dolía tanto mi vida que solo quería olvidar, borrarle de tajo las malas decisiones y de paso dormir, porque dormida nada existía, ni la traición de Marc, ni lo que estaba haciendo a Marcelo, ni lo perra que había sido con Salomón ni que Greg estaba en un hospital por mi culpa.

Eso último me hizo llorar otra vez y vomitar hasta la entrañas. El miedo al baño del primer piso se me pasó luego de pernoctar allí. Desperté en el suelo, olía nauseabundo, me dolía el cuello, el estómago, el alma... Me levanté de allí hice el intento de bañarme y comer, pero nada me apetecía demasiado y la comida que me había dejado Marcelo estaba poniéndose rancia. Los gatos aparecieron enredándose en mis piernas, sus platos estaban vacíos, la leche cuajada y el agua babosa.

Me disculpé con ellos y me eché a llorar. Les serví la comida y busqué mi móvil. Llamadas de mi jefe, un par de mails y la respuesta del inocente Marcelo pidiendo que le llamara si podía, pero que no me afanara por él.

Nada de mis amigos. Nadie.

Sentada de nuevo pero en el comedor, con un emparedado servido e intacto y una botella de ron cubano que me había traído Salomón en la otra. Salomón... Miré una foto de los tres en la nevera. El alma se me escapaba por los ojos. Me sentí tan culpable, tan sola, tan vacía. Llegué a pensar que se trataba de una pesadilla sin fin, que despertaría con todos mis amigos cenando en una mesa puesta en el jardín de la casa de mi abuela y que se me pasaría ese desasosiego. Quería negarme a la idea que había perdido todo lo que más quería. Cerré los ojos y me acabé la botella. No supe en qué momento ocurrió todo, no supe cómo acabé en un hospital, conectada a unos aparatos y con Marc tomando mi mano.

Era otro sueño. Tenía que serlo. Yo no le había llamado, quizá mi subconsciente traicionándome. Haciéndome una broma macabra.

—¡Paloma! —su voz sonó difusa, no parecía él—. ¡Dios, qué susto me has dado!

De golpe recuperé el volumen en el oído medio y apreté los ojos cuando la luz me traspasó las pupilas. Sé que algo balbuceé y él me cubrió los labios.

—Estás bien, es lo que importa. Casi me muero cuando te vi tirada en el suelo y llena de sangre. Fue como una escena de una película de terror.

¿Qué cosa?

Me removí y un dolor tirante en las piernas me hizo quejarme.

—Yo... ¿Qué?

Los ojos me pesaron.

—Descansa, por favor. Después hablaremos.

Me quedé con su mirada abatida grabada en la memoria. Después me dormí.

Todo fue tan confuso, tan oscuro, tan pesado. Pero estábamos felices, sonreíamos. Greg hablaba con Marc, Salomón ayudaba a Grace con unos bebés, Marcelo servía unos platos y la abuela el postre. Todos vestidos de blanco, mis padres bailando, Luciano corriendo por el prado enseñando a jugar fútbol a unos chicos muy parecidos a él. Mariah con una tripa monumental, Sarah mostrando un anillo en su dedo, Rachel proponiendo un brindis. Greta y Silvestre tratando de sacar a Pipo de una pecera. Y empecé a dar vueltas, a buscarme. No estaba. No me habían invitado a su fiesta... luego mi foto en un lugar de la mesa. ¿Había muerto?

Una opresión en el pecho, sentí que me ahogaba. Abrí los ojos de golpe y boqueé buscando desesperadamente el aire.

—¡Tranquila! —Marc me abrazó contra su pecho—. ¡Ya estás aquí!

—¿Dónde estoy?

—En un hotel. Los médicos dijeron que dormirías pero que podría sacarte. No supe dónde dejé las llaves de tu casa así que decidí que lo mejor era traerte aquí.

—Puedes irte a tu casa, ya volveré a la mía.

—Esta ahora es mi casa. Y no te irás hasta que estés bien, hayas comido y me expliques lo que hiciste.

—No recuerdo qué hice Marc, no sé qué hago contigo en un hotel ni por qué hablas de médicos. Solo quiero que te vayas porque me haces daño.

Marc bajó la cabeza y suspiró.

—Lo sé, Paloma. Yo te he hecho esto.

Eso no me lo esperaba. Estaba tan abatido que me obligó a dejar de

lado la agresividad.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—¡Por Dios! Jake me va a matar.

—Yo le envíe una excusa médica. No tienes que preocuparte más que de recuperarte en esta semana.

—¿Una semana?

—Hasta el jueves que te revisen de nuevo y te den el alta definitiva. Fue un corte profundo. El viernes ya podrás volver.

Junté las cejas.

—¿Qué corte?

Marc corrió la colcha y me enseñó un apósito sobre una de mis piernas.

—Marc yo no recuerdo que...

—Era de madrugada cuando recibí tu llamada. Dijiste que no te sentías bien, que estabas mareada y que tenías sangre en las manos. Que te ayudara porque nadie más iba a hacerlo. Luego colgaste sin decirme nada más. No sabes la angustia que me hiciste pasar. Me imaginé lo peor. Busqué la llave y entré, busqué primero en la habitación, luego seguí las huellas de sangre que dejaron los gatos. Te juro que en ese punto me sentí en una escena de un crimen, te encontré en el suelo, el móvil a un lado y una botella de ron rota. La sangre se mezclaba con el licor. Te levanté y te traje al hospital. No sé si se cayó la botella, si fue un corte accidental o te lo hiciste tú. Lo que sí sé es que has estado bebiendo demasiado, Paloma. ¿Qué pasa en tu vida?

—Le he hecho daño a todos, he hecho cosas horribles. También a ti y me quedé sola. Estoy sola. No sé si Greg está bien, eso también fue mi culpa. — Empecé a llorar me dolía el pecho de imaginar que Greg no lo hubiera superado.

—Algo supe de su accidente. Está bien. Le dieron el alta ayer.

Jadeé y me cubrí la cara. Un poco de alivio, por fin algo de alivio para mí.

—¿Quieres llamar a Salomón o a Grace? Estarán preocupados.

—No lo estarán, me he ganado su cabreo y lo menos que querrán es verme. Además, Grace está embarazada no quiero darle un disgusto.

—¿Y el italiano? —Lo dijo con cierto retintín.

Suspiré. Marcelo era el único al que no quería contaminar con mi podredumbre. Se merecía seguir su vida sin hacer escalas en la mía y llevarse a cuevas una decepción.

—Está de viaje. Le dije que me iría también.

—Llámale. Quizá quiera saber que estás bien por tu boca, fui yo quien respondió a sus mensajes.

Abrí los ojos tanto como pude.

—No tenías que hacer esto... todo lo que has hecho.

—Paloma, tú eras otra antes de conocerme y mira lo que he hecho de ti. A quien menos debía dañar y...

—Le llamaré.

Tomé mi móvil y al segundo tono ya lo tenía haciéndome un millón de preguntas. Estaba cabreado y angustiado en las mismas proporciones.

—Paloma, no me hagas esto te lo pido. Es cierto que tienes trabajo pero una llamada no te cuesta.

—Lo lamento, de verdad.

—Ya pasó, estás bien. Lamento lo de Greg. Hablé hoy con Salomón — el estómago se me encogió, contuve la respiración—. Dijo que había pedido unos días en el trabajo para cuidar de Greg, estuve por preguntar por ti pero no quise preocuparlo con mi paranoia.

—Hiciste bien. ¿Y hablasteis del accidente? ¿Quedarán secuelas?

—No, bueno algo me dijo de unas terapias pero los términos médicos no son lo mío. Llámales ya que tienes un suspiro.

—Claro, ya lo haré cuando cuelgue. ¿Dónde estás?

—Bueno, he venido a Livorno por unos asuntos legales que no daban espera, así que no podré volver hasta la semana próxima. El jueves. Justo a tiempo para encargarme del catering del sábado.

—Ah. Que bien. —No reparé en detalles.

—¿Te ocurre algo, *piccola*?

—No, acabé de despertar y sigo algo adormilada. Te llamo luego, ¿está bien?

—Seguro. Un beso.

Apreté lo ojos y colgué.

Comí con Marc en la salita y luego me di un baño.

—Tengo que volver a mi casa. Estará cayéndose de mugre y los gatos...

Marc me tomó de las manos.

—Ya me hice cargo de que limpiaran y los gatos están en la guardería. Descansa, por favor. Ya hablaremos.

Esa noche me dormí pronto, los medicamentos me hacían sentir débil. El olor de su perfume me despertó, sonreí porque me sentía en un sueño. Lo

imaginé con la toalla en las caderas y acercándose para darme un beso de buenos días. A pesar de todo, parecía no haber aprendido la lección.

Desayunamos en silencio. Marc leía el periódico y yo miraba por la ventana a la nada.

—¿Qué haces ahora que dejaste el bufete de tu padre?

Marc suspiró.

—Llevo algunos casos por mi cuenta.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé, no soporté la presión de estar al frente, supongo.

—Sabes que no me engañas.

—Paloma, no quiero hablar.

—¿Por qué no me extraña que quieras esconder la cabeza cómo un avestruz.

—No hagamos esto, Paloma.

—¿Cuándo entonces? Nunca me diste ese espacio para conocerte realmente.

—No me gustan los dramas y los lamentos y lo sabes bien. Contigo... se me fue de las manos y la cosa se puso intensa.

—Di lo que tengas que decir. Qué ahora mismo estás cabreado conmigo. Qué sobrepasé el límite y no quieres sentirte culpable de mis impulsos.

—¡Soy culpable! —me miró dolido—. Quise arreglarlo y lo jodí, estamos jodidos y hundidos. No creas que estoy muy feliz de que estemos así, que hubiéramos caído tan bajo. Pero tampoco sé cómo arreglarlo. No tengo ni puta idea de cómo devolvernos en el tiempo y quedarnos en el momento dónde fuimos más felices.

—¿La dejaste?

Marc sonrió melancólico.

—Te dije que lo haría. Te pedí que me escucharas, Paloma. No sé cuántas veces intenté hablarte y tú me obligaste a guardar silencio. Así que no me increpes ahora por no hablar, cuando no quisiste oír lo que tenía que decir.

—¡Te vi besándola, eso no tiene justificación!

—Ya no importa si la tiene, Paloma. Ya no importa por qué lo hice, ya no importa si me quieres o me odias. ¡¡Absolutamente nada puede importarme ahora que no puedo verte sin sentir que perdí lo único bueno que tenía en mi vida!!

Salió dando un portazo.

Joder con Marc. Joder conmigo y mis arranques de suicida emocional.

Joder con la vida que nos tocó.

Me encerré en mis pensamientos intentando recordar todos los pasos que había recorrido en esos días. Todas las veces que quise morirme que fueron básicamente las mismas que estuve despierta. Lo único memorable fue saber que Greg estaba bien, que se recuperaba. Pero lo demás que me rodeaba era un caos completo, un agujero negro que me chupaba cada vez más hacia lo profundo.

Quería llamar a Salomón, me dolían los dedos de no poder tomar el móvil y escribir a mis amigas porque sabía que no querrían saber de mí. Sopesé la idea de coger mis cosas e irme a casa de mis padres, olvidarme de todo, esconderme en una isla perdida del mundo y no salir nunca más. Así dejaría de hacer daño a la gente y de paso a mí misma.

Me contemplé en el reflejo del cristal de la ventana, ojerosa y cansada, con el pelo desordenado igual que mi vida. Es muy difícil contemplar la soledad desde un punto de vista que no sea el propio. Es como una bofetada que hace que al abrir los ojos, te sientas realmente solo en el mundo. Marc y yo estábamos en la misma posición, no sabíamos cómo solucionarlo, cómo devolver el tiempo, cómo hacer que todo estuviese igual.

Me dormí en el suelo, no conseguí recordar lo ocurrido luego de los tres tragos de ron que recordaba haberme tomado de la propia botella. Soñé con mi hermano, o sus recuerdos volvieron a mi mente en forma de sueño. Una tarde en el parque, yo me columpiaba tranquilamente y él llegó por detrás, tomó la cuerda y la llevó tan lejos como pudo, luego dijo que me agarrara fuerte y que no cerrara los ojos. Grité para que no lo hiciera. Sabía que me soltaría y yo volaría por los aires y quedaría como un sapo destripado en el suelo.

—¡Tienes que conocer el riesgo, Paloma, para que no te tome por sorpresa!

Mi hermano ya era sabio a los trece años. Yo tenía treinta y estaba en retroceso.

Cuando Luciano soltó el columpio y yo salí como cohete a propulsión, sentí un vacío en el estómago, un miedo horrible a la caída, sabía que como mínimo me rompería una pierna. Apretaba los ojos esperando el momento, ya no había vuelta de hoja.

—Abre los ojos, Paloma. —Me gritaba mi hermano y yo me negaba—. ¡Ábrelos que estás volando!

Y los abrí, la vista fue preciosa, la sensación de libertad me acunó como

mi padre en las noches en que tenía pesadillas. Sonreí, extendí un brazo como queriendo alcanzar las nubes y cortar el viento. Luego bajé y le pedí a Luciano hacerlo de nuevo.

—No. O nunca saldemos de aquí.

—Pero es que quiero volver a volar.

—Una última vez y nos vamos.

Mi padre tuvo que cortar el columpio y llevarme a casa. Yo era el ejemplo de esa metáfora de tropezar y encariñarse con la pérdida o enamorarse del verdugo. Siempre a los extremos, siempre sobrepasando el nivel máximo permitido, siempre desmedida.

Cuando desperté Marc no estaba por ninguna parte. Dejó una nota junto al desayuno diciendo que vendría a comer, que tenía ropa en el armario y algunos libros por si me apetecía leer.

Llamé a mi madre por no perder la costumbre y porque no quería que nadie les preocupara con mis mierdas. Los quería lejos de mi vida destrozada, los quería tranquilos. A la hora de la comida apenas hablamos, Marc tenía que ir al juzgado y yo me empezaba a desesperar. No tenía idea de cómo sería volver al trabajo y ver a Salomón a la cara, no podía completar una sola frase de disculpa sin que se me cerrara la garganta y las lágrimas se acumularan en mis ojos. No iba a poder recuperar su confianza y ni hablar de Greg.

Cuando Marc llegó, la cena estaba intacta.

—No has cenado.

—No me apetece —respondí agria.

—No es porque te apetezca, es porque debes comer para recuperarte.

—No eres mi padre.

—Pero eres mi responsabilidad.

—¡Qué tarde te has venido a dar cuenta!

—¡No me toques las narices, Paloma, no estoy de humor!

—¡Me importa una mierda!

—¡Crece de una maldita vez!

Y yo me eché a llorar.

—Lo siento, lo siento... —Me tomó en sus brazos y me abrazó. Ese olor a su piel, a su perfume, a todo lo que me gustaba de él y a lo lejos que estábamos incluso teniendo mi barbilla sobre su hombro, todo eso me traspasó la piel y me estremeció por dentro, célula a célula.

—¿Por qué tienes que ser tan duro conmigo?

—Porque quiero que recuperes el aplomo, nena. No te hagas más daño.

Ese «nena» me acarició por dentro como soldándome los pedazos rotos.

—Tú ya no me quieres.

—Te quiero más que a mi vida pero no puedo seguir haciéndote esto.

—Entonces quíereme y no te vayas. No te vuelvas a ir porque no lo soportaría.

Le abracé, con fuerza, con miedo y alivio, con rabia y amor. Con todas las contradicciones que nos unían y nos mantenían alejados. Aferré mis dedos en sus hombros y para ser sincera quise morirme allí porque muy en el fondo yo sabía que no volveríamos a ser los mismos nunca más.

—No puedo hacerte promesas.

—No me prometas nada, sólo quédate.

Marc me acarició las mejillas y me elevó el mentón. Sus ojos verdes tristes y opacos me miraron con ilusión y miedo. Le acaricié las mejillas, esa barba áspera que tanto le lucía, la línea de sus labios, la nariz, las cejas.

—Paloma, detente —suplicó con los ojos cerrados.

—Podría perdonarte todo ahora mismo, olvidarlo, dejarlo atrás. Podría irme contigo al fin del mundo si me lo pides... yo soy la que no puede vivir sin ti.

Nos besamos como el par de suicidas que éramos. Adictos el uno al otro, pegados a la misma pipa de crack que se disfrazaba de amor. Fue un beso que repentinamente hizo clic con todos nuestros recuerdos y me hizo temblar.

—No sé si debemos.

—Entonces lárgate Marc y no juegues más a quererme si no lo vas a hacer.

Me solté violenta y corrí hacia el baño. Tenía arcadas y el nombre de Marcelo en los labios. Me quedé un rato allí, sintiéndome culpable y miserable.

—Paloma abre.

—Lárgate que no te quiero ver la cara.

Después de vomitar y llorar, pensé que lo mejor era irme a mi casa y dejar de torturarme como una masoquista. La habitación estaba sola así que pude vestirme y tomar las tres cosas que tenía por ahí. Al abrir la puerta me encontré a Marc, recargado en la pared de enfrente con las manos en los bolsillos y cabizbajo.

—¿Adónde vas?

—¿A ti que más te da?

—No quiero que vuelvas a llamarme para salvarte de tus absurdecos.

—¡Entonces cambia el puto número y múdate de país!

Me di vuelta enfurruñada. Marc me alcanzó en dos zancadas.

—Déjame —gruñí entre dientes.

—Ojalá fuera tan fácil como decirlo, joder.

Y me pegó a la fuerza contra su pelvis. Para luego devorarme la boca con hambre y aunque intenté resistirme, el cuerpo y la razón son dos mundos aparte que tratándose de debilidades, la necesidad siempre se impone. Entramos en la habitación arrancándonos las prendas, besándonos como si nos odiáramos. Me tocó entera, apretó sus dedos en mi piel con demasiada presión y coló un par de dedos en mi interior sin avisarme. Eso no iba de amor, eso iba de alguna mezcla tóxica de obsesión y necesidad, de soledad y ganas. Le dejé hacer. No me preocupé por quien brindaba o recibía placer.

Marc me levantó y me llevó sobre la cama, se desnudó completamente y me penetró sin más preámbulo, seco, duro y doloroso. Ahogué el gemido que me causó notar que estaba tan poco húmeda y que la fricción me escocía. Marc impuso un ritmo, nada de besos, o caricias, ni palabras dulces o confesiones. Solo follar. Solo sacarse las frustraciones con sexo porque no conocía otro lenguaje conmigo. Porque tal vez era lo único que necesitaba de mí.

Una vez más acepté las migajas, una vez más prefería conformarme con poco. Ahí estaba yo, destrozándome por dentro con conocimiento de causa, aferrándome a un momento efímero, a un éxtasis temporal. Cuando ese narcótico abandonara mi sistema, me sentiría peor y estaría ansiosa, desesperada y acabaría buscándole de nuevo para sentirme bien, para olvidarme de todo, para no pensar, para hacer parte de algo, para no estar sola, ni sentir vergüenza o miedo. Arrastrándome a una oscuridad más densa, más negra. Al infierno.

¿No es eso ser un adicto?

Tal vez hasta me quedaba corta.

40. Boom



Esa misma noche volví a mi casa. Caminaba algo raro porque me punzaban los puntos. Apenas crucé la recepción del hotel quise sentarme a llorar. El mismo hotel de esa noche que nos dejamos llevar y nos lo montamos en el privado. El viento y el contacto con el exterior fueron una bocanada de oxígeno que en lugar de hacerme bien me abofetearon como aire tóxico. Nueva York, la ciudad que tanto amaba, empezaba a ahogarme.

Mi casa estaba limpia, olía a alguna cera para madera y suavizante. En la cocina no quedaba un rastro de sangre ni de la escena que narró Marc con tanto horror. Me dejé caer en el sofá y a riesgo de que mi madre pagara lo que no debía, le marqué a Salomón con dedos trémulos. Mientras sonaba yo apretaba los ojos.

—Hola, Paloma —respondió seco. Eso me dolió.

Me quedé ahí, en silencio, él tampoco dijo más. Su respiración tranquila, el sonido de algún blues sonando de fondo, ruidos sordos, yo imaginando la escena. Me dieron tantas ganas de abrazarlo que me dolió el cuerpo.

—Yo... lo lamento.

—No tienes que hacer esto.

—Es que no debí, yo... es mi culpa —ahogué un sollozo.

—Fue un accidente. Greg está recuperándose.

—Dile que me perdone, por favor. Debéis perdonarme, por favor.

Salomón suspiró, cansado.

—Se lo tendrás que decir tú, Paloma. Si te perdona o no lo hace es asunto suyo.

—¿Y tú?

—Yo, no lo sé.

—Salomón.

—Ve a dormir, Paloma.

Volvimos a quedarnos en silencio, yo empecé a llorar y Salomón colgó. Esa calma, ese tono tan indiferente y lejano me rompió en dos. Me lo merecía, con honores y trofeos. Pero no quería seguir sintiéndome de ese modo. Me quería morir de una buena vez.

Al día siguiente no soporté quedarme en casa y salí a andar, no me preguntes cómo ni por qué acabé en la habitación de hotel de Marc esa tarde y las tres siguientes. Cómo, apenas cruzar la puerta, me estaba quitando la ropa y dejaba que me usara a su antojo. Cómo mi cabeza procesaba la idea de que finalmente acabaríamos juntos, porque esa rabia con la que teníamos sexo era la forma de cobrarnos lo que él nos había hecho pasar. Era mi castigo, era mi propio infierno.

Discutíamos, nos decíamos un millón de cosas horribles, luego nos disculpábamos, había largos silencios, él deambulaba por la habitación, yo lloraba en un rincón mi miseria. Nos prometíamos no hacernos más daño y volvíamos a caer, a matarnos a besos, a desahogar las frustraciones en la cama. Nunca en mi vida me había sentido tan lejos de mí misma, tan perdida y hundida. Y lo peor era que no pensaba ya en que saldría de ello, en que pasaría la oscura noche. No. Estaba resignándome a que, para mí, no había camino, que el día que Marc se cansara de mí, quien sabe dónde pararía. Porque estaba aferrada a él, a nadie más le importaba. Un día mis padres acabarían enterándose y les rompería el corazón y no quería ver eso, no quería estar ahí para que la decepción y la pena también me los arrebatara.

El jueves de esa semana luego de que me dieran el alta, volví a beber, era demasiado por gestionar. Era un cúmulo de emociones y vacíos que solamente Marc parecía llenarme. Y lo odiaba por eso, le llamé, le pedí que fuera enseguida, que no quería estar sola.

Pero no llegó y a mí la vida se me escapaba, no sé cómo decirlo, era como si mi vida dependiera de tenerlo allí. Cuando finalmente llegó, yo no era dueña de mí, estaba totalmente eufórica, bailaba sobre la cama alguna canción de esas que solo hablan de marihuana y sexo. Extrañamente me la sabía o eso juraba yo en medio de mi locura. Lo vi llegar y le sonreí, le invité a acompañarme y en respuesta me apagó la música.

—¿Qué coño te pasa?!

—Es lo que quiero saber, Paloma.

Me reí y di vueltas hasta caerme al suelo, allí me eché a llorar.

—¡Mira a lo que hemos llegado! —se quejó pasándose las manos por la cabeza, desesperado—. ¡No eres una cría, Paloma!

Me agarró por los hombros con fuerza.

—¡Suéltame cabrón, me estás lastimando! —Y volví a llorar y a gritar.

—¡Eres tú, Paloma! Tú te estas matando y yo no puedo seguir viendo como lo haces y no hacer nada.

—¡Qué novedad que quieras irte!

—Tengo que irme o acabaremos matándonos, tu primero porque está visto que estás fuera de control y yo por la puta culpa. —Se pasó las manos por la cara y se arrodilló en el suelo, me abrazó las piernas.

—Lárgate ya y deja que me muera. Ya no iré tras de ti.

Me abrazó por la fuerza.

—Mi Paloma, perdóname alguna vez.

Cargó conmigo hacia la ducha y el agua helada me trajo de un solo golpe a una realidad absurda llena de pena, de auto compasión. Ambos bajo la regadera, el agua mojándonos, la ropa pegada al cuerpo. Las lágrimas confundándose con el agua, la conciencia haciéndome un millón de reproches.

—Lo, lamento... lo lamento tanto. —Le dije llorando sobre su pecho. Me disculpaba por todo lo que le estaba haciendo a él, a mis amigos a Marcelo, a mis padres.

—Debes frenar... debes parar mi Paloma. Para por favor.

Recuerdo que me llevó a la cama, me seco la piel con delicadeza y le vi llorar. Mis dedos trémulos limpiaron sus lágrimas, seguía adormilada por el efecto del licor. Le dije que lo quería, que había sido el amor de mi vida, que no iba a poder olvidarlo nunca porque con verlo la piel se me ponía de gallinita. Que era tan guapo que me dolía mirarlo, que quise morirme cuando lo vi con esa mujer y que nunca supe cómo hacer que fuera feliz.

Luego me ofreció una taza de té y me dormí.

Desperté con un dolor del infierno instalado en todo mi cuerpo, con la boca seca y el estómago revuelto. La vuelta a la realidad es un golpe seco contra el concreto y quien sabe cuántas veces tendría que pasar por ello. En la mesa había una nota de Marc:

Vas a odiarme, pero tengo que salir de tu vida. Tengo que ser valiente por ambos o acabará mal. Sé fuerte también, busca a tus amigos y diles todo, ellos te perdonaran y te ayudaran. Nena, quiero que seas feliz, te mereces serlo no te sigas destruyendo. Es mi culpa, no

sé qué más hacer, pero para salvarte de ti misma primero debo salvarte de mí. Perdóname alguna vez y ojalá sonrías a los recuerdos, cada vez que pienses en mí.

Marc.

Inhalé profundo, me permití llorar en silencio y me hice un lavado de conciencia. Iría a buscar a Sarah, ella tal vez no estaría tan cabreada y sabría cómo ayudarme porque yo no tenía idea. Antes de salir miré a la cama, a la salita, al sillón. Era lo último que tendría de Marc. Era la última vez.

—No puedo creerlo, Paloma. Hasta qué punto te llega a ti la inconsciencia. —Grace estaba tras la puerta, con su tripa monumental y un malestar de cara que me dejó fría.

—Grace... —lo dije con un rayo de ilusión en la voz. Alguien, finalmente alguien iba a buscarme.

—¿Esta es tu excusa médica? Venirte a encerrar en una habitación con Marc Shannon... ¿dónde te quedó la dignidad y la vergüenza, entre sus sábanas?

—Yo... —bajé la cabeza, arrepentida.

—Mírate, Paloma. No tienes cara, pareces una puta salida de un antro de mala muerte.

—¡No soy una puta! —grité descontrolada.

—¿Qué eres? ¿La reina de la inconciencia y los excesos? ¿Dónde está tu sensatez?

—Si viniste a eso... —intenté controlarme.

—Sí, vine a desilusionarme completamente de ti. A comprobar con mis ojos que estás perdida, que estás obsesionada con ese imbécil y por eso te has convertido en... esto.

—Gracias, Grace. Era lo que necesitaba oír. —Me di vuelta para irme.

—Díselo a Marcelo antes de que haga el ridículo de su vida.

—Díselo tú que se nota que estás que te mueres de ganas de hacerlo.

Me fui, a deambular por las calles sin rumbo. A pensar y tratar de despejarme la mente. Marcelo llamó en cuanto estuvo en el aeropuerto, le dije que lo vería luego porque no estaba en la ciudad. Me preguntó si todo estaba bien, mentí como ya era habitual y me tragué las lágrimas. Finalmente caí rendida de cansancio en una banca de un parque y allí pasé la noche. Me

despertó el ruido de una escoba limpiando la acera. Abrí los ojos, el sol me cegó momentáneamente. Miré la hora, me apresuré a ponerme de pie y buscar un buen vaso de café. Llevaba algo de ropa en una bolsa así que busqué un baño público y me di una ducha. Caminé hasta la oficina y escondí la cara de cadáver que llevaba con unas gafas de sol. Me escabullí en la oficina por la escalera de emergencias y llegué a mi piso. Jake ya estaba merodeando por allí.

—¡Paloma!

—Hola Jake.

—¿Estás mejor? Se te ve muy mal, si necesitas otro día...

—No te preocupes —fingí una sonrisa. «Necesito morirme» dije para mí.

—Okey. Tus compañeros te pondrán al día. Hemos hecho algunos cambios.

—Iré a mi mesa.

Mi jefe también me miró con compasión. Era un despojo, eso era yo. Cuando entré ya nada era lo mismo. Mi oficina estaba dividida por cubículos. Lejos de la vista de Salomón y cerca de mis propios remordimientos. Me dejé caer en la silla y encendí el ordenador. Busqué la carpeta compartida con las tareas pendientes y me puse manos a la obra. Unos minutos después entraron JJ en la oficina, no pudieron esconder su cara de asombro al verme.

—Paloma, ¿qué tal estás? —preguntó James.

—Bien para no preocuparte. Deja tus cosas y vienes a ponerme al día.

Salomón entró un rato después, el alma se me cayó a los pies. Iba perfecto, impoluto, muy suyo... imperturbable. Porque me vio y fue capaz de sostenerme la mirada, yo no pude. Yo quería tirarme a sus brazos a llorar mi maldita suerte.

—¿Todo preparado para mañana? —preguntó Jelena. Salomón se tensó.

—Sí, me tomaré la tarde. Hazte cargo de lo que quede pendiente.

Llevó la taza de café a sus labios y bebió un sorbo. Muy dueño de sí mismo, muy como si nada pasara. Muy como si yo no estuviera allí. Me levanté y casi corrí al baño. Tomé aire a bocanadas e intenté sosegarme. Al salir, estábamos solos.

—¿Qué te pasó en la pierna? —Me estremecí enterita, pero no de felicidad, sino de tristeza. Su voz fue como una bala de hielo calándome por dentro.

—Me caí.

—¿Y eso te incapacitó? —reproche puro.

—Si te molestó que no pudiera venir...

—A mí no me debe molestar, no soy tu jefe. Pero hay mucho trabajo atrasado que pudiste hacer desde donde estuvieras y que tuve que asumir.

—Lo lamento, yo...

—Será mejor que dejes de lamentarte y que te enfoques en el trabajo. Estaré fuera lunes y martes y hay una campaña que no da espera.

—¿Te vas a dónde?

—No te interesa, Paloma. Te estoy avisando porque eres mi superior. Ya sabrás cómo gestionarlo.

—Salomón...

—¿Qué?

—Necesito que hablemos.

—Si es de trabajo, puedo darte un minuto. Estoy con algo urgente.

—Es de los dos.

—No hay dos ni tres, Paloma.

—Salomón, por favor... necesito que me ayudes.

—No tengo tiempo para perder —respondió seco. Se dio vuelta y salió

Cada palabra, la expresión dura de su mirada y la indiferencia con la que me miró, chocaron contra mi cuerpo como misiles. No me perdonaría nunca.

Luego del almuerzo, ya no volvió. Yo me quedé en la oficina adelantando tanto como pude y evité pensar en mi desgracia provocada. Estaba apagando el ordenador y bebiéndome la taza de café un millón del día, cuando escuché pasos pesados y lentos. Me di vuelta luego de advertir una presencia a mi espalda y me quedé de piedra. Greg estaba de pie en la puerta, llevando una muleta como apoyo y algunas muestras en su rostro de raspaduras. Se me formó un nudo en la garganta.

—Hola, princesa —me derrumbé allí mismo. Una lágrima gorda me surcó la mejilla derecha. No merecía tanta dulzura de su parte.

—¡Estás bien! —dije en medio de un suspiro.

Sonrió y asintió.

—Fue un rasguño, los demás exageraron.

Ahugué los gemidos y respiré a trompicones.

—Lo siento, de verdad yo no quería decir lo que dije. Yo no sé por qué lo dije pero no debiste tomarlo en serio. No me tomes en serio nunca más.

Su sonrisa amable me traspasó el corazón.

—¿No vas a darme un abrazo?

Jadeé. Las manos me temblaron.

—No me lo merezco.

Greg, sin borrar esa preciosa sonrisa de su rostro, extendió sus brazos y asintió con la cabeza.

Me acerqué prevenida. Hasta que finalmente él me escondió entre su pecho fuerte y esos brazos de oso.

—Yo no soy Salomón, yo no estoy enojado contigo. Tú no te armaste una película, no fuiste a ahogarte en wiski escocés y cogiste el coche como un inconsciente. Todo lo hice yo, fue mi elección.

No distaba mucho de todas las cosas que había hecho los últimos meses. De tener coche tal vez no habría corrido con tanta suerte.

—Pero mentí.

—No mentiste. No señalaste, hablaste desde tu experiencia.

—No me justifiques.

—Alguien debe hacerlo, princesa.

Nos quedamos allí, yo no quería que me soltara porque si lo hacía me iba desmoronar.

—¿Te veré mañana? A eso vine. Salomón no te invitó pero yo si quiero verte allí.

—¿Mañana?

—Mañana será la unión civil.

Ya no fue una bala en el pecho fue una estaca en el corazón. Iba a hiperventilar. No sé de dónde saqué el valor para responderle.

—No lo creo, Salomón y las chicas estarán indispuestas con mi presencia.

—¿Ni por mí?

—Qué más quisiera, pero no debo.

Greg me acarició el pelo y limpió mis mejillas.

—Ya se les pasará. Lo prometo, cariño. Pero no te sientas sola, siempre me has tenido a mí de tu lado y me tendrás. Búscame si me necesitas.

—No quiero que discutáis por mi culpa.

—No te preocupes por eso. Preocúpate por ti, pero hazlo de verdad.

Su móvil empezó a sonar.

—Debo irme antes de que se dé cuenta de que no estoy comprando el pan propiamente.

Sonreí con los ojos anegados de lágrimas.

—Gracias.

Me besó en la frente dulcemente.

—Nada, princesa.

Quise darme consejos y decidí que debía volver a mi casa. Ver a Marcelo, decirle la verdad y disculparme con todo el mundo por ser tan imbécil. Uno siempre intenta darse consejos cuando sabe que se ha equivocado una y otra vez. Cuando estás en el abismo y quieres salir de él, el cuerpo se despierta, te da señales, te avisa. Y tú lo quieres con todas tus fuerzas, porque aparentemente ya tocaste fondo, ya perdiste suficiente, ya no soportas más. Y te crees la mentira de que así como entraste, vas a salir.

Y sí, hablo de una adicción. Mi enfermiza adicción a hacerme daño. Sin embargo, la soledad es la peor compañera en semejante batalla

Llamé a Marcelo, claro que lo hice. Su voz me calentó el alma. Sentí que tenía esperanza. Él no lo sabía, no me juzgaba, no huiría de mí. Me dijo que le diera una hora porque lo había tomado por sorpresa, que aunque me esperaba, el asunto del catering lo retrasó. Sesenta minutos que parecen tan poco dan para cometer una locura más, para volver a perder el control. No fue como que dije, tengo unos minutos, voy a enloquecer. No. Fue que en la recepción de la editorial estaba la cara de Marc y la de su padre en un periódico. Era como un imán que me atraía y yo no hice mucho por resistirme.

Marcelo me dejó un mensaje con una dirección. Le dije que iría a la hora que me pidiera llegar y me senté a leer.

Palabra por palabra fui abriendo los ojos a ese mundo desconocido que quise evitar. No permití a Marc que me diera una sola razón, que me explicara su repentino cambio. Y me sentí miserable y egoísta. Me olvidé de todo lo que había hecho por nosotros, de su forma de quererme, de lo que habíamos construido. Supe por qué prefería callar y encerrarse en sí mismo, por qué decía que yo era su paz, por qué huía a Southampton cuando ya no podía más. Por qué renunció al bufete y por qué su relación perfecta acabó de la noche a la mañana. El reportaje no había podido ser de nadie más. Grace le cobró a Shannon por ella y de paso por mí.

Me levanté con la firme intención de buscar a Marc y pedirle que me confirmara lo que decía el periódico. Aunque sabía de sobra que Grace no inventaría semejante historia, no tenía ese tipo de imaginación. El periódico cayó al suelo y al recogerlo me encontré la sección de sociales, la noche anterior Marc y Emma anunciaron su compromiso.

—¡Cabron, imbecil! —La ira me subió por las sangre en dos segundos y me nubló la razón.

En ese momento me colapsaron los pulmones, el pecho me dolió como si alguien me hubiera golpeado justo allí. Era como si el corazón se me callera de las manos, los dedos se me congelaron, la respiración inflaba mi pecho con mayor rapidez.

En ese momento supe que estaba completamente desilusionada.

En diez minutos estuve frente al piso de Ben. No era que estuviera segura de encontrarlo allí pero lo supuse, arriesgué y no fallé.

Le llamé un millón de veces y esas mismas veces desvió la llamada.

Necesitaba encararlo, decirle que era un soberano cobarde, que saltara el maldito obstáculo y dejara de ser un pijo sin sentimientos.

Al no recibir respuesta y ya no ser dueña de mí, cogí una piedra, golpeé los vidrios de su coche y luego le rayé la pintura con la fuerza que me daba toda la decepción que estaba sintiendo.

—¡Deténgase! —gritó alguien.

—¡Está loca! ¿Qué le pasa?

—¡Es un gilipollas! —berreé y casi me desgarré la garganta.

Los porteros de los edificios me detuvieron y un rato después iba camino a una comisaria en un coche patrulla.

Lloré en silencio, me di de bruces con la realidad. Pensé en Marcelo, en la única persona a la que no quería decepcionar.

Me reseñaron por escándalo, daños, o algo así. No me detuve a decir una palabra. Acepté lo que hice y me llevaron a una habitación con una mesa y dos sillas. Una mujer me dijo que podía llamar a alguien, que pagara los daños y una multa, firmara asistir a terapias para el control de la ira y podría volver a casa. Negué con la cabeza. No había a quien llamar.

Pasó mucho rato hasta que la puerta volvió a abrirse.

—Su abogado está aquí.

Elevé una ceja. El olor me lo dijo todo. Me estremecí, por cobarde, porque Marc seguía ejerciendo demasiado poder sobre mi pobre humanidad cansada de luchar contra él.

Cuando la puerta se cerró, todo el aire se vició de su aroma y de una tensión que si se apretaba un poco más nos tiraba el techo encima.

—Paloma...

—No sé qué haces aquí —espeté de muy malas maneras.

—La emprendiste contra mi coche.

—Pon la denuncia y lárgate.

—¿Quién va a sacarte?

—No serás tú, estoy segura. No quiero deberte nada. Deja la factura que yo me encargo.

Me miré los dedos, mis nudillos se ponían blancos.

—¿Estás muy gallita?

—Estoy que te retuerzo el cuello, la verdad, así que mejor vete.

—No puedes seguir haciendo esto, Paloma.

—Déjame en paz. Ve y cástate, arruínate la vida porque prefieres ser un cobarde contenido.

—Te dije que lo mejor para los dos es que desaparezca de tu vida, pero insistes en...

—Lo de hoy no tiene nada que ver con nosotros como pareja. No respondiste a mis llamadas así que no encontré otro modo de decirte lo imbécil que eres.

Marc se movió por entre las sillas, elegante, fuerte, decidido. A pesar de que su apariencia lucía desaliñada, seguía viéndose tan irreal e inalcanzable... se sentó en la silla frente a la mesa y puso las manos encima.

—No sé cómo decirte esto... —Una mano por el cabello, otra desajustando la corbata. Sí, le costaba un rato lo que iba a decirme.

Me azotó la conciencia, yo también debía reconocer algunas cosas.

—Si es por lo de las paredes, por los trajes... —bajé la cabeza.

—Las paredes, las corbatas, el alma... destroza lo que quieras, Paloma. Sé que me lo merezco.

Eso no me lo esperaba.

—Yo... —quería disculparme pero no antes que él.

Marc suspiró, hondo y desesperado. Estiró las manos y me tocó los dedos. La piel se me estremeció y me obligué a no apretar los ojos, pero la garganta sí se me cerró hermética.

—Lo siento muchísimo, Paloma. Yo no quería hacerte daño, no quería que esto llegara tan lejos... no imaginé que iba a perderte. Pero se me salió de las manos.

Exhalé fuerte. ¿A qué jugaba?

—¿Qué esperabas que hiciera? No lo entiendo. Pudiste ser sincero, terminar conmigo o decirme directamente que veías a alguien más. ¿No merecía al menos que me lo dijeras a la cara?

—Esto es más complicado de lo que imaginas. No se trataba de decirte

que veía a alguien más, era que lo aceptaras y que te quedaras.

—Ahora si enloqueciste —rebufé—. Que sí, que hubo un momento en que estuve tan enamorada que habría hecho cualquier locura, pero compartirte no entraba en la lista. Suficiente tuve con tener que soportar lo que tu padre me hizo soportar. Ya luego perdí completamente la chaveta y mira en lo que voy.

—Paloma... yo te quiero. Eres y serás mi vida. Sabes lo que hemos superado, has perdonado lo peor de mí. Pero te destruí.

—¡Porque nunca me lo dijiste todo! No puedes jugar a pedir sin dar, Marc. Nunca supe lo que te atormentaba, no me hablabas de tus problemas y así no podíamos ser una pareja con futuro.

—¡Es que no pude, joder! Con decírtelo no iba a conseguir solucionarlo, y en su momento solo ibas a preocuparte y tú eras... eres el lugar dónde descanso, dónde no hay problemas. Contigo estaba la calma, la tormenta la dejaba en el trabajo y desde que no estás no consigo paz...

Marc se aferró a mis manos, a pesar de sonar tan contrariado, pudo hacer que sus palabras fueran contundentes. Y que en el estómago me creciera una hoguera que solo él sabía encender.

—Ya no puedo quererte, hacer como si nada luego de lo que me ha dolido esto. De lo que he hecho a mi vida, del modo en que me destruí.

—Lo sé, Paloma. Como que lo nuestro no puede ser. —Se levantó en un solo movimiento y metió las manos en sus bolsillos.

Yo me levanté también.

—¿Y si no íbamos a regresar, por qué me buscabas? ¿Por qué lo sigues haciendo? Aléjate definitivamente. No te despidas, no seas un fantasma.

Con las manos en los bolsillos, pegó la frene a la pared. Yo lo sabía, algo demasiado pesado para sus hombros estaba soportando. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, hice un esfuerzo sobre humano para no correr hasta él, abrazarlo y decirle que sí, que yo soportaría lo que fuera por él. Pero no podía, fueron demasiadas lágrimas, demasiado dolor, demasiadas preguntas, demasiadas noches de frío. Lo amaba, lo odiaba, lo extrañaba... era la misma tortura en las mismas proporciones. Acercarme era retroceder, era obviar lo que tuve que pasar, dar un paso hacia él sería aceptar que mi vida sin él no tenía sentido. Y ya era suficiente.

—¿Es tan difícil saltar el obstáculo? —La voz me sonó más débil de lo que esperé.

Marc se dejó caer por la pared. No pude resistirlo, nunca, en tres años, jamás le vi derrumbarse (al menos sobria) y eso me arrugó el alma. Llegué a

su lado y le abracé, mi piel reaccionó al sentir de nuevo su calidez, mi corazón latió desbocado y las manos me temblaron.

—Debes sacarlo de ti. Debes liberarte.

—Sabes que mi trabajo se basa en encontrar fallos y convertirlos en ventajas. Pero no es el caso. No se trata de mi... se trata de mi familia.

—Se trata de tu padre, siempre se trata de él.

—Esta vez va más allá. Y soy el único que puede hacer algo. Mi padre tiene algunos problemas, ha perdido mucho dinero... mi relación con Emma es la solución. Tendré que trabajar para la cadena de hoteles de su padre, pero asumiré la deuda en un solo pago.

—¿Qué cosa? No es la edad media, Marc.

—Paloma, en el círculo social en el que me nuevo, hay cosas que no evolucionan.

Se levantó, resignado a su suerte. Como un caballero que no se puede permitir dudar de su misión.

—Solo quería que lo supieras.

—No puedes ser tan cobarde —espeté al verle darse vuelta—. Ya lo sabe todo el mundo, la noticia está por todas partes. ¿Qué vas a salvar?

Se giró y me encaró. A pesar del dolor que me causaba verle mal, soporté su mirada.

—¡¡¿No hiciste tú lo mismo con tu hermano?!!

—De ninguna manera es lo mismo, Marc. Mi hermano arriesgó y perdió. Pero no me manipula, ni me exige que sea lo que no soy ni quiero ser.

Se agarró la cara a dos manos. Luego me tomó por los hombros.

—Dime lo que harías en mi lugar. —Me dio miedo verle exigir una respuesta como si yo fuese portadora de la solución a sus problemas.

—Me negaría sin importarme las consecuencias. Porque sabes bien que lo único que va a pasar es que él pierda su prestigio. Pero eso es mejor a vivir sin dignidad.

Marc resopló y me soltó.

—No todo es tan simple en la vida, Paloma. —Tomó camino a la salida.

—Lo es Marc, pero tú decides arruinar tu vida porque escoges el camino difícil. Y te lo digo yo que elegí el peor y ya no sé cómo salir de él.

Se sentó en el suelo. El silencio apenas se cortaba con el ruido que hacía el foco.

—¿Recuerdas los viajes a Southampton? Son mis recuerdos más felices —dijo luego de un rato.

—Marc no hagas esto... —le pedí con voz temblorosa.

—Paloma, te estoy diciendo adiós y quiero que sepas todo lo que contigo fui, que nunca me sentí solo, que adoraba tu risa, que el olor de tu pelo es único, que te sentía tan frágil que siempre supe que algún día te iba a romper. En las noches me despertaba a cubrirte porque siempre terminaban las mantas en el suelo, a veces hablabas dormida y reñías con alguien. Y cuando no te quedabas, la cama se me hacía inmensa. Verte en la cocina era un afrodisiaco intravenoso...

Apreté las lágrimas en la garganta.

—Pero también hubo días malos. Eras muy acartonado y manipulador.

—Pero no discutimos tanto...

—No, pero cuando lo hicimos fue por todo lo alto.

—Qué ganas de devolver el tiempo —expresó con un suspiro.

—Lo nuestro siempre estuvo cogido con pinzas, Marc.

—Pero fue real.

—Lo fue. Y es lo que nos queda.

Volvimos a las palabras mudas. A no poder decir todo lo que sentíamos por miedo a arruinar lo poco que habíamos avanzado.

—¿Alguien más te ha enviado setenta ramos de rosas?

Negué con la cabeza mientras sonreía.

—Vas a necesitar más que eso para que te perdone esta vez.

—Eras mi caso setenta.

—¿Qué?

—Que el día que te vi por primera vez y toda esa bochornosa confusión, enfrentaba el caso número setenta. Por eso envié setenta ramos.

—Nunca lo dijiste...

—Lo estuve guardando para nuestros votos.

«¡Dios! ¿Por qué, por qué?»

Me levanté, las piernas me temblaban.

Marc también se levantó. Me cogió de la muñeca y su respiración acarició mi cuello. El cuerpo entero me vibró.

—Perdóname alguna vez, Paloma. Por no ser lo que merecías.

Con mi pulgar le acaricié suavemente la mano. Nos miramos, suspiramos y Marc me atrapó en sus brazos dejando escapar un suspiro que más parecía un quejido.

—No... —le supliqué.

Lo que hice fue apretarme contra él con la misma intensidad de ese

abrazo desesperado. Hundí la nariz en su pecho y respiré su olor... lo echaba tanto de menos que aun teniéndolo conmigo supe que ya no estaba allí. Ya no era él. Ambos estábamos perdidos, ambos nos equivocamos.

—¿Cuándo dejamos de luchar? —pregunté sobrecogida.

—Cuando nos resignamos a que por más que lo intentásemos, nada cambiaría.

—¡No te cases, Marc!

—Paloma... —me aferró con más determinación—. Daría lo que fuera por poder negarme, por escapar y llevarte conmigo al último rincón del planeta donde nada nos pueda alcanzar.

—No lo hagas por mí, hazlo por ti. Es tu vida, te mereces cometer tus propios errores.

Sentí mis mejillas húmedas.

—Debo irme —resolvió pero en su cuerpo no había intención de moverse.

Entonces, sus dedos limpiaron mis lágrimas y sus ojos velados de culpa y tristeza me miraron intensamente. Le toqué las mejillas y entreabrí los labios para dejar escapar un suspiro. Un segundo después nos besamos. Un beso que nunca creí dar o recibir.

Yo que creí que un beso nunca podría causarme dolor...

Que era más elocuente que las palabras...

Aquel me significó una agonía pasmosa. Le estaba diciendo adiós, para siempre, al más grande amor de mi vida.

—Tienes que buscarte, Marc.

—Y tú tienes que salvarte. Te sacaré de aquí, así estaremos a mano.

Me separé y asentí.

Ojalá sintiera dolor y no pena.

Marc iba a casarse porque finalmente no consiguió el valor de saltar el obstáculo. Creo que siempre vio a su padre como un muro en lugar de un escalón.

Es cierto que cuando decidimos hacerlo no hubo pedida de mano, ni rodilla en el suelo o un diamante escandalosamente caro. Solo estábamos acostados en la cama pensando en lo que significaría tener un hijo con nuestros horarios y todo lo que vino después de esa conversación.

A mí no me importó, en el momento, que no lo hiciera de un modo tan romántico. Me sentí feliz y angustiada porque de la noche a la mañana me convertiría en esposa y madre. Pero Marc se lo tomó como su tabla de

salvación y fue por eso que le decepcionó tanto que nuestro hipotético hijo no fuese real. Luego de eso fue cuando ambos nos dimos cuenta que nuestras vidas no iban con rumbo a ninguna parte. Simplemente nos mecíamos al vaivén del viento y dejamos de luchar por estar juntos. Yo dejé de acompañarle a eventos sociales y él dejó de defenderme frente a su padre.

Nos dimos por vencidos y eso nos mató.

Lloré luego de que se fue, aún lloro cuando recuerdo ese último beso. Porque todos nos merecemos tener un último beso para atesorar. Pero entendí que era hora de dejarlo atrás, que aunque lo quisiera debía seguir con mi vida porque lo nuestro no iba a dar vuelta a la página y dejarnos en el capítulo más feliz de nuestras vidas. Porque quererlo me dolía y me hacía daño. Iba a dejarlo ir, aunque me doliera tanto como quererlo.

41. Y no acaba hasta que acaba



En la salida me esperaba Marcelo. Con lo que vi en sus ojos tuve para querer morirme.

—¿Estás bien? —preguntó, apretando los dientes.

Asentí y bajé la cabeza. Salimos sin cruzar una palabra más. Subimos al coche y Marcelo se dio un momento. Respiró profundo, apretó los dedos en el volante y cerró los ojos.

—No tenías qué venir.

—No me hables ahora, Paloma. Estoy tan cabreado que no recuerdo ni cómo encender esta cosa.

Bajé la cabeza y mentalmente me puse a rezarle a ese Dios que tenía en el olvido, que me ayudara porque sola no iba a poder. Que tenía mucho miedo de que Marcelo también se fuera y que aunque no estaba en condiciones de pedirle nada, que por favor Marcelo no sufriera demasiado cuando se lo dijera todo.

Finalmente encendió el auto y echó a andar. Lo hizo despacio, no subía de cuarenta y cinco. Quizá era tan sensato de saber que la velocidad y el cabreo causan tragedias y no quería matarnos. Al menos, de momento, no querría matarme simplemente darme una reprimenda.

Cuando llegamos, soltó el volante y volvió a coger aire.

—¿Qué pasó? —preguntó sin mirarme. La nuez de su garganta subió y bajó varias veces.

—Yo no sé por dónde empezar...

—¿Es que hay más?

Tragué saliva con fuerza y suspiré.

—Marcelo, yo...

—La verdad es que no sé si quiero escucharlo, si este es el momento. Si debo seguir siendo tan gilipollas o si te doy el beneficio de la duda.

—Yo...

—Sí, Paloma. Tú. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo siento, Marcelo. Yo no sé qué me pasó. Yo...

El pistón que contenía a Marcelo saltó de pronto.

—¡Tú me usaste cómo te dio la gana! Me mentiste una y mil veces descaradamente. Y yo me hice el imbécil, me dejé porque sentía que era una etapa y que lo superaríamos. Que yo iba a poder sacarte de la depresión y que conseguirías enamorarte de mí. Es que los tortazos de tu hermano debieron ser en el cerebro. Así no habría sido tan...

—Marcelo...

—¡No puedo creer que justamente tú vinieras a cobrármelo! ¡Quería hacerlo bien, joder! Fui hasta Napa y convencí a Luciano de que te quería de verdad, de que no te haría sufrir, que ya no era el mismo hijo de perra que fui y no me bastó. Corrí a Livorno lo hablé con mis padres y les pedí acompañarme a pedir a los DeLuca permitirme salir con su hija. ¡Como si estuviéramos en el siglo XV! Nadie me mandó a ser tan...

El alma se me hizo un ovillo.

Recordé las palabras de Luciano diciendo que no existía el hombre que yo quería porque los de ahora no hacen cosas grandiosas por amor. Recordé a Marcelo diciéndome que me quería, que decir que era su novia iba más allá de lo que sus amigos esperaban escuchar alguna vez de sus labios. Que me estaba dando lo mejor que tenía.

—¡Perdóname, por favor! —supliqué e intenté tocarle.

—Sabes algo, Paloma. No es a ti a quien debo perdonar. Porque no hay nada que perdonar. Solo que no quise hacer caso a las señales. Yo sabía que debía poner un alto y no lo hice. Lo asumo, fue mi error.

—¿Un error?

—Sí, un error. Precipitarnos a sentir algo por el otro iba a hacernos daño, tú misma me lo advertiste. Pero soy obstinado no me gusta perder, o sentir que no puedo hacer las cosas.

—Necesito explicártelo, por favor.

—¿Qué me vas a explicar? Que llegué a tu vida en el momento más inoportuno, que te confundí y que luego no supiste cómo manejarlo. Que me veía muy colgado y no hallabas el modo de decirme que no ibas a quererme. Todo eso lo sé. No hay más que decir. O sí, que me voy de tu vida sin hacer

ruido y que deseo, de corazón, que puedas ser feliz.

—¿Qué? ¡No Marcelo, no! —le agarré la mano. Sus ojos de caramelo me miraron y no encontré dulzura, solo tristeza y rabia. Eso que sientes cuando te das cuenta que han jugado contigo y que has sido un imbécil.

—Es lo mejor. Pero no te digo adiós por lo que sea que hayas hecho. Fueron tus decisiones y, bueno, yo estaba en medio. Soy lo que se llama un daño colateral. Y sé asumirlo. No creo que sea la primera vez que me pasa aunque no en las mismas circunstancias. Pero sí debes saber que me voy de tu vida porque no podré mirarte a los ojos y sentir que puedo confiar en ti. Ahora entiendo lo que se siente, yo también hice daño, yo también tomé malas decisiones. No pretendo ser juez, Paloma. Quiero poder ser tu amigo alguna vez, pero, para ser tu amigo primero debo dejar de sentir lo que siento por ti y eso me va a costar un poco, demasiado realmente. Al tomar distancia, podré pensar con calma. Tú necesitas sanar y yo necesito perdonar.

¿Amigos? Me quise morir.

—Si me hubieras dicho eso a gritos, cabreado de la hostia o no sé, de cualquier otra manera. Quizá no me sentiría peor de lo que me siento ahora.

—¿Para qué gritar, Paloma? Si lo nuestro no fue nada, si no llevábamos años y una relación en la que estaba todo por sentado. Ni siquiera fue nuestro ni relación. Así que vuelve a tu vida que por lo que veo, finalmente estás en la órbita correcta.

—No puedes pensar que no significas nada en mi vida, Marcelo. Estuviste allí cuando nadie más estuvo.

—¿Y de que me valió, Paloma? Yo solo fui la persona equivocada en el momento equivocado.

Me dolía la garganta de apretar las lágrimas. Marcelo no pudo volver a mirarme, le estaba doliendo, lo estaba matando y era mi culpa.

Bajó de la camioneta y prácticamente lo vi correr a su casa. Yo bajé un minuto después y me senté en las escaleras de entrada de la mía.

Me había convertido en la villana de mi historia y en el verdugo de mi propia vida. Quizá fue allí donde supe que tenía un problema serio, allí, mezclado con los remordimientos y las culpas me traspasó la cordura y me abrió los ojos. Y lo vi todo en retrospectiva. Cuando te obsesionas, como yo me obsesioné con tener a Marc siempre conmigo, no te das cuenta de que te pasas la vida persiguiendo un espejismo y que estás ignorando a alguien que haría por ti lo que esperas que ese otro haga por ti. Marcelo siempre estuvo frente a mis ojos, el destino lo puso frente a mi puerta pero yo estaba

demasiado ciega para verlo, pero verlo realmente.

Ese sábado fue realmente difícil no sentirme total y completamente sola. Ni los gatos estaban por ahí, era yo con mis remordimientos y mis culpas librando una batalla por mantenerme sobria. Porque en medio de tanta locura acabé prendada de una botella al intentar anestesiarme las penas y la vida de mierda que tenía.

Lloré, lloré mucho imaginando cómo fue el enlace, que tan guapas iban mis amigas, si viajó la familia de ambos, quién fue el testigo. A Marcelo lo vi cargando una furgoneta de transporte de alimentos e irse a eso de las nueve con una filipina negra que le lucía demasiado.

El domingo nada cambió sustancialmente, nadie llegó a mi casa trayendo un plato de comida italiana que me hiciera sentir parte de algo. Nadie escribió dando detalles de la unión civil y hacía semanas que en el grupo de Whatsapp mis amigas no escribían una palabra. Resignada a mi soledad, encendí la computadora y empecé a trabajar, había mucho qué hacer y sin Salomón se complicaría un poco poder con todo.

La rutina y los gatos volvieron. La comida asomó por mis despensas y el café se convirtió en lo único que conseguía darme buena cara en las mañanas. Las dos primeras semanas corrieron lento, mi vida estaba anestesiada. Salomón seguía ignorándome y ese era un dolor con el que a diario volvía a casa. Ni una noticia de mis amigas y la tortura de ver a Marcelo y hacer de cuenta que era un desconocido. La tercera semana tenía el ánimo por el suelo. A mi madre que terminó siendo la única persona con la que hablaba, le conté que tenía algunos problemas y que estaba triste, pero sin entrar en detalles. El verano estaba cerca, Grace estaría contando los días para el parto y Mariah se casaba en septiembre. Una tarde me senté a comer con James en una mesa exterior, las vi pasar, haciéndose bromas, cargadas de paquetes y, conociéndolas, discutiendo por el lugar donde comerían.

Seguían sus vidas, sin mí y eso estaba bien, yo no aportaba nada positivo a ellas. Pero esos detalles, fueron sumando a mi depresión mucho peso y yo volví a pasar por los bares, primero por una copa, luego por la botella entera. Y mi vida volvió a caer en picada, empecé a llegar tarde al trabajo o a no llegar, porque el pedo que llevaba encima era monumental y me despertaba casi a la noche del día siguiente. Jake me llamó la atención varias veces, me pusieron memos y finalmente me despidieron por inasistencia, llegadas tarde y presentarme en estado lamentable, con tufo, e incumplimiento de contrato. Al diablo alegar un despido injustificado. El alcohol, los bares y

el silencio se convirtieron en mis nuevos amigos. Los días pasaban y yo los sentía como una lenta agonía.

No soportaba la indiferencia, no podía con los remordimientos. Ya me miraba al espejo y no me conocía. Y todos esos eran los motivos o las excusas a las que me prendaba para ahogarme en un bar. En medio de todo lo que extrañaba estaba Marcelo. Tenía su risa por todas partes, sus bromas, sus camisas ridículas. Moría por probar un plato de su pasta o de su tiramisú. Una tarde lo vi llevar a una chica a su casa, luego empezaron a desfilarse los fines de semana. Eso fue tan doloroso de ver y asimilar. No porque no tuviera derecho a hacerlo, a buscar a alguien que pudiera quererlo como merecía, como yo no había sabido hacer y lo peor de todo es que lo estaba queriendo, en silencio y resignada a que no lo tendría nunca, pero le querría. Cuando le vi besar a una rubia, con tantas prisas y entrar en su casa semi-desnudo, entendí que podía ahogarme cada fin de semana en litros de alcohol y aun así no conseguiría sacármelo del corazón y la memoria. ¡Qué suerte, Paloma! Diste con alguien que caló más hondo dentro de ti y ahora cierras los ojos, cruzas los dedos y le pides a las estrellas que pase algo que sabes que no va a pasar.

Me abrí una botella de vodka y me la bebí en el metro. Cuando llegué al piso de Salomón, estuve a punto de vomitar la alfombra de la entrada.

—Hola Salo —la voz se me oía terrible.

—¡Paloma, mírate cómo vienes!

—Lo sé. Necesito que hablemos, por favor.

—Será mejor que vuelvas cuando estés sobria.

Su mirada gélida, su actitud distante... me mató.

—¡Necesito que me ayudes, coño! ¡Ayúdame tú, Salomón! ¡Mírame y perdóname al fin por no sé lo que esperabas de mí, por no hacerte caso, por portarme como una perra!

—Paloma, será mejor que te vayas. Estás fuera de ti.

—¡No me dejes morir Salomón, no tú que siempre lo has visto todo, que decías quererme tanto. ¡No me dejes morir, por favor!

—¡Abre los ojos, Paloma! No has entendido que tus absurdos casi le cuestan la vida a Greg. Insinuando que llegaba tarde porque le engañaba cuando lo que hice fue seguirte y asegurarme de que estuvieras bien sin importar con quien, que hiciste demasiadas estupideces, que preferiste arrastrarte a los pies de Marc que ver lo que Marcelo te ponía en bandeja de plata. Cuando lo entiendas y dejes de actuar como una adolescente, hablaremos. Ahora no.

Cerró la puerta y me dejé caer al suelo y lloré, lloré mucho.

—¿Dónde se supone que están los amigos cuando los necesitas?! — Golpeé su puerta—. Diles a todos que lo lamento, que no fue mi intención. Diles que lo único que necesitaba era que no me dejaran sola, que si estuvieran allí tal vez no habría perdido la cabeza. Diles que me quiero morir desde que no están. Diles que yo estuve cuando me necesitaron y que lo volvería a hacer. Y dale un beso a los hijos de Grace de mi parte, porque tal vez nunca tenga oportunidad.

Tropecé varias veces intentando levantarme.

—¡¡Te quiero, Salomón y sí, siempre estuve enamorada de ti!!

De algún modo salí, tenía una última opción, sólo una más.

Llamé a Luciano, cómo no respondió le dejé un mensaje.

—Necesito que vengas, que seas mi hermano mayor y me saques de este infierno.

Ya después no supe de mi teléfono.

Y tampoco supe dónde acabé luego de eso, tengo imágenes difusas desde que llegué a ese bar. Recuerdo haber bebido en la barra, romper algunas copas. Irme con alguien, mi ropa por el suelo, besos en el cuello, olores desconocidos y mucho peso en la cabeza. Una fiesta, unas manos sobajeándome las tetas, caricias poco delicadas, más tragos. Oscuridad, un dolor en la mejilla, llanto, gritos y finalmente su cara. Sus ojos de caramelo, su pelo rebelde, su camisa ridícula, sus manos rodeándome, llevándome contra su pecho. Creí que finalmente había muerto y mi descanso llegaba en sus brazos.

—¿Qué te has hecho, *piccola*?

Torpemente le toqué las mejillas y sonreí.

—Eres tan guapo —balbuceé, luego me puse a llorar—. Lo lamento tanto... no quise hacerte daño.

—Nada puede hacerme tanto daño como ver que te destruyes y no lo puedo evitar. —Las lágrimas le surcaron las mejillas.

—No llores, mi hermano no te lo perdonará.

—No, Paloma. No me lo perdonará.

Todo eran colores y formas extrañas, iba en brazos de Marcelo y sentía que volaba. Luego está el recuerdo de Salomón cubriéndome con un blazer.

—Mi Paloma, ¿Qué te hemos hecho?

Y todo se fundió en negro, en un cuadro oscuro donde no ocurría nada. Mi vida estaba esfumándose, mis decisiones extremas me llevaron a un lugar

sin retorno y aunque intenté parar no pude porque lo que me dañaba me daba también una falsa sensación de comodidad. Porque no es suficiente con decir basta, debes frenar. No se puede, no es tan simple. Yo quería parar... como si fuera tan fácil diferenciar entre salvarse o hundirse todavía más. Como si el dolor no te embriagara de venganza y miedos y cayeras al vacío completamente cegada por la obsesión. Como si no supieras que vas a herir a alguien más, con la misma arma que te hirió a ti.

42. Al final



¡Era mi culpa! ¡Mi puta culpa!

Porque lo vi, porque todas las señales, siempre estuvieron ahí y las ignoré. Porque desde el primer día en lugar de detenerla, la acompañé a emborracharse. Porque me di cuenta de esa actitud autodestructiva y no busqué ayuda.

Ella lo gritaba, con cada cambio gritaba por alguien que la ayudara y yo que me creí redentor preferí ceder a lo que pensé que ella necesitaba en lugar de hallar una solución.

¡Me cago en mí mismo!

Había sido un completo capullo.

Cuando sus besos empezaron a saberme diferente debí decírselo, cuando empezó a exigir que me comportara como otra persona, debí negarme. Ella no estaba bien, no estaba enamorándose de mí ni empezando de nuevo, estaba buscando en mí a alguien a quien no lograba superar y yo preferí ser ese alguien. Me repateaba besarla con besos que no eran míos, tocarla con caricias prestadas, follar como si ella fuese algún receptáculo. Como si no tuviera valor, como si yo no la amara.

Y luego la dejé sola, me fui a Napa, tuve con Luciano la conversación más personal de nuestras vidas. Le dije todo lo que sentía, aguanté cada reproche, cada amenaza. Se contuvo, algo lo contuvo. Porque me entendía, estaba pasando por algo similar, teníamos la misma disyuntiva de creernos indignos de amar a alguien. Finalmente me dijo que contaba con él, claro, no sería él sin una amenaza que incluía a mis cojones colgados en alguna plaza.

¿Seguro que la amas?

No tuve que pensar la respuesta. Me dio un puñetazo en el estómago y me llamó imbécil.

Mientras volaba y leía, memoricé un párrafo de *Before the fall* que acabó siendo muy premonitorio.

«Como sucede con cualquier luz, el resplandor del faro oscurece buena parte de la imagen, pero si se examina con más detalle, el espectador descubrirá a un único pasajero, una mujer joven vestida con una falda negra y una blusa blanca desgarrada, el cabello enmarañado alrededor de la cara, apelmazado por la sangre. Deambula descalza entre los restos del accidente y si se mira con atención dejando de lado el resplandor del foco, se ve que tiene los ojos muy abiertos y busca algo. Es una víctima del desastre, una superviviente de las altas temperaturas y el impacto, propulsada desde su asiento en una parábola imposible de inesperado tormento, su mundo hasta hace un momento plácido — un balanceo suave, clic clac, clic clac— ahora se ha convertido en un cúmulo de metales retorcidos entre chirridos. ¿Qué busca esta mujer? ¿Simplemente el modo de salir de allí? ¿Un camino seguro para ponerse a salvo? ¿O ha perdido algo? ¿A alguien? En aquel momento, cuando el suave balanceo se convirtió en el lanzamiento de un cañón, ¿pasó de esposa y madre, de hermana o novia, de hija o amante, al estatus de solitaria víctima? ¿Un colmado y feliz nosotros se ha convertido en un desconcertado y doloroso yo? Y por tanto, aunque otros lienzos llamen la atención, uno no puede evitar quedarse ahí plantado y ayudarla a buscar».

Yo quería que se encontrara aunque me preocupaba su silencio, pero aparecía y se excusaba en el trabajo y yo le creí, debía creerle ¿por qué me mentiría?

Sus padres no ocultaron la sorpresa, Paloma no les comentó nada al respecto. Alondra me hizo prometer que no haría lo mismo que el tal Marc, con Carlo fue otro cantar. Me leyó la cartilla tres veces, aplicó un tercer grado y me escarbó en las heridas que tenía reseca. Apenas si asintió con los labios en una línea muy fina.

Con demasiada ilusión volví a Nueva York. Quería verla, besarla, tocarla. Había sido una semana eterna. Preparé un lugar especial, era el local que había conseguido para el restaurante, puse una mesa dos sillas, velas y flores. Quería que fuese la primera en comer allí. Y no llegó, empecé a preocuparme, a buscarla por todas partes, nadie me dio razón. Acabé en el piso de Salomón, con una copa en la mano y enterándome de cosas incomprensibles. Esa no era mi Paloma, no era mi *piccola*. Pero todo tuvo sentido en ese momento.

Cuando salí, recibí un mensaje avisando que Paloma estaba en la comisaría. Corrí hasta allí, ya no sabía qué pensar. Y entonces lo vi salir, me miró de soslayo y bajó la cabeza. Hasta yo lo comprendí, se sentía culpable. Luego la vi a ella. Se me subió el calor a la cabeza. Estaba tan cabreado, pero no con ella, conmigo por haber sido tan imbécil, por apostarle a algo que tendía al fracaso. Quise abrazarla y decirle que no pasaba nada, que la culpa era mía, porque lo era. La había presionado, mezclé amor con compañía y

sábanas. Pero debía parar, ya no podía más. Me dolía todo.

Por primera vez en la vida sentía lo que era que alguien en quien tuviera puestas expectativas, me decepcionara. Pero me negué a echarle la culpa de todo. El imbécil era yo.

Le dije que algún día esperaba ser su amigo, no sé si por herirla o por salvarme un poco el ego. Pero en cuanto crucé la puerta de esa jodida casa que estaba tan repleta de ella, me quise morir. Lloré como un crío, yo llorando, yo sintiéndome vulnerable. Pero lo dejé estar. Me levanté de allí y me fui a la cocina. Cociné toda la noche y toda la mañana acabé con las reservas, por poco incendio la casa. Después me armé una maleta y me fui al piso de Luciano que era mío porque fui quien lo compró. Necesitaba respirar y calmarme.

Luego de eso entendí que Paloma era ese alguien que todos queremos pero que no podemos tener. Así la vida me enseñó la lección más valiosa de todas: Cuando alguien te quiere y no vas a corresponderle, mejor date vuelta y permite que te odie primero, porque es más fácil pasar del odio al amor que del amor al odio.

Tomé distancia y empecé a hacer mi vida. Taciturno y vacío, pero ya se me pasaría y dejaría de escuchar *Senza Parole* en bucle cada noche antes de dormirme. Una noche en un bar besé a una chica, guapa, rubia, con buenas tetas. Me la llevé a la cama, y entonces cogí el vicio porque desarrollé ira, así me cobraba lo que Paloma me había hecho. Pero no me supo a lo mismo y no me sabía a lo mismo porque no era Paloma.

¡Qué asco de vida!

La veía caminar por la acera a veces y sentía ganas de alcanzarla y hacerle alguna broma, luego me reprendía por imbécil. Estaba enloqueciendo. Una noche me encontré a Salomón y Greg cenando en un restaurante donde hacía un reemplazo. Quedamos para tomarnos una copa y acabamos hablando de Paloma. A Salomón también le dolía esa distancia que se impuso de ella y le preocupaba lo que estaba haciendo con su vida. Dijo que estaba muy desmejorada y que le habían despedido.

Una alarma me sonó, algo me decía que si no la buscaba y conseguía que pusiera un alto, sucedería algo peor. No lo hice de inmediato. No lo hice hasta que Luciano me llamó preocupado por un mensaje que le dejó su hermana. Me preguntó qué había pasado y le dije que lo habíamos dejado. Me soltó un taco, se metió con mi madre y me exigió buscarla y asegurarme de que estaba bien. Llegué a su puerta y no la encontré, la llamé mil veces, recorrí los

bares y hablé con sus amigas. Nadie me dio razón.

Me ahogaba en la culpa y la angustia. Una mañana encontré a los gatos comiendo de la basura, forcé la cerradura y una vez adentro me quise morir. Las despensas vacías, botellas de vodka por todas partes, ropa sucia, fotos desperdigadas por el suelo y ningún rastro de ella. El lunes me colé en la oficina de Salomón, mi cara tal vez se lo dijo todo, yo no había dormido en dos días y aun no podía poner un denuncia de desaparición. Luciano dijo que volaba esa misma tarde.

Salomón me comentó lo que había ocurrido la última vez que la vio. Se sintió culpable por no tomar en serio su pedido de auxilio. Pensó que tratándola con firmeza lo entendería. Y se equivocó. Todos nos equivocamos

Lo primero que hizo Luciano al verme fue darme un puñetazo. Me lo merecía, quise pedirle que no parara hasta que yo dejara de sentirme culpable. Empezamos una búsqueda con sus amigos y la policía. Al quinto día y casi sin esperanzas, alguien avisó que se encontraba en un bar del Bronx, el lugar estaba atestado de tipos con mala cara, olía a cigarrillo, licor, sudor y otro montón de porquerías. Salomón se fue a las manos con más de uno, yo finalmente la vi, tan desmadejada, tan pálida y cansada, como muerta en vida. Un tipejo asqueroso la besuqueaba y la manoseaba. Me encolericé y me le fui encima. El imbécil estaba tan colocado, tan pasado de coca que cayó fácil. Luego la tomé en mis brazos, no pesaba nada, tenía un corte en las mejillas, golpes y moratones.

La llamé mil veces por su nombre, pero era como si lo hubiera olvidado, como si ya no quisiera ser ella. Los ojos se me llenaron de lágrimas. La abracé, le pedí perdón y le dije que la quería, que yo sí la quería más que a mi vida. Luego volvió en sí un momento, me reconoció me pidió perdón como si ella tuviera la culpa de algo y me dijo que no llorara porque su hermano no me perdonaría ser tan débil. Lo que sabía era que no iba a perdonarme haberla abandonado. Ni él ni yo.

Se la entregué a Salomón y me acurruqué en una acera a llorar, la policía llegó con una ambulancia y se la llevaron. Cuando puse un pie en el hospital junto a Salomón, Luciano y su padre se nos plantaron enfrente y nos prohibieron verla. No pude defenderme, no tenía argumento.

Ya después no soporté estar en esa casa, tan cerca pero tan lejos de ella y me fui al piso vacío que también guardaba un recuerdo suyo. A buscar perdonarme y a quererla en silencio. A confiar en el destino, a esperar que estuviera bien, que volviera a sonreír con tanta pasión, que finalmente se

perdonara por no creerse suficiente cuando era el tesoro más valioso que alguien podría tener jamás. Y si le quedaba espacio, me perdonara también por no saber cómo debía quererla.

43. Despertar, levantarse y caminar



Olía a limón, cómo el limón que mi abuela usaba en sus potingues. Olía a café del de máquina y había otro olor que no reconocía. Los párpados me pesaban, quería seguir durmiendo pero mi cabeza insistió en despertar. Lentamente moví los ojos, de nuevo la luz cegándome. Tenía la sensación de estar viviendo un *Déjà vu*.

—¡Pelusa! —Un abrazo apretado, humedad mojándome el rostro, besos.

—¡Paloma, mi niña! —Mi pobre madre con la voz temblorosa.

Abrí los ojos a plenitud y los vi a todos alrededor de mi cama mezclando la angustia con la sonrisa.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Nonna?

—Hemos venido para el verano —dijo la última, sonriéndome.

Me moví y cada hueso del cuerpo se quejó de dolor.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Estás bien, hija —habló mi padre—. Nada más importa ya.

Según dijeron los médicos, llevaba demasiada heroína en la sangre como para haberme muerto tres veces de sobredosis. Estaba viva de milagro, me hicieron un lavado de estómago y mi hermano me donó plaquetas para conseguir sacar la desintoxicación de mi cuerpo.

—Yo no tomo drogas —dije de inmediato, mis padres debían estar pensando que estaba fuera de control.

—Lo sabemos, pelusa. Fue efectos del descontrol. Del lugar donde te encontraron...

—Déjala descansar y no la agobies —riñó mi madre.

Me dejaron a solas un rato después. Me sentía tan avergonzada.

Los oí hablar, los italianos, o por lo menos los DeLuca, no sabemos lo que es discutir sin que el resto de la humanidad se entere. Todos, echaron culpas preguntaron lo que harían conmigo, Luciano ofreció su viñedo, mi madre le dijo que estaba loco qué cómo me iría a vivir a un viñedo después de mi lio con el alcohol, la abuela dijo que lo mejor era recuperarme en casa. Mi

padre que nunca se precipita, dijo que debían consultarlo conmigo y que primero que nada más era necesario que iniciara una terapia.

Y mi verano fue básicamente ese, ir a consultas de psicólogos y psiquiatras descartando que tuviera alguna enfermedad mental y unirme a un grupo de alcohólicos anónimos.

El primero en aparecer en casa fue Greg, a mi príncipe escocés la conciencia no le pesaba tanto como al resto de mis amigos. Aunque yo no les guardaba rencor, fue mi padre quien se cerró en banda y decidió a quienes permitiría verme y de momento Greg había ganado la primera audiencia. Me contó lo que Salomón sabía de cómo me encontraron, lo culpable que se sentía y que había dejado el trabajo en la editorial. Que Grace rompió aguas luego de que se enteró de mi estado y trajo al mundo a dos saludables varones a los que llamó Adrien y Jerome. Que era de las que peor se sentía junto a Rachel. Sarah no llegó a enterarse de todo porque se había roto una pierna días después de la última comida juntos y tampoco estuvo enojada conmigo, solo preocupada. Me sentí terrible por no saber lo de su pierna.

—Y Mariah ha roto con Peter.

—¿Qué cosa? ¡Pobre Mariah, tengo que llamarle!

—¿No preguntarás por nadie más? —dijo socarrón.

Las mejillas me ardieron. Quería, desde que abrí los ojos y no lo vi ahí. Lo había esperado cada día, miraba a su casa y se me aceleraba el corazón cada vez que sonaba el timbre.

—Prefiero no desilusionarme.

—Necesita tiempo, ambos o todos. Pero pregunta por ti.

—Luciano no mencionó nada de él.

—Luciano y Marcelo tuvieron una discusión... están distanciados.

—Es mi culpa. —Me cubrí la cara a dos manos.

—Son las circunstancias, ya verás cómo todo se soluciona.

Al irse Greg llamé a Mariah. Primero lloró, luego se disculpó mil veces y acabó contándome lo ocurrido. Fue algo estúpido, ese par se casarían, lo decía yo que sabía lo que era una verdadera pelea de pareja. Después a Sarah, otra que se echó a llorar y pidió perdón. Yo también le pedí perdón y acabamos riéndonos de su absurda caída desde la ventana dónde fumaba y como acabó con la pierna rota en tres partes por presión de su propio peso y el de sus cuadros que ya no cabían en su minúsculo apartamento. Luego confesó que estaban buscando un lugar más amplio o tendría que sacarle piso propio a su arte. Y que su exposición sería en noviembre si conseguía acabar

de pintar.

Una mañana luego de la terapia, mi madre, la abuela y yo nos sentamos en Pitti a comer. Acabábamos de saber con exactitud lo que me había ocurrido. El psicólogo llegó a la conclusión de que desde niña fui muy apegada a ciertas cosas, emociones personas o momentos que me hacían sentir de un manera diferente o especial, que crecí sintiéndome insegura y vulnerable, posiblemente desencadenado por el ataque de ansiedad que me causó la broma de Luciano en el baño y que en su momento no se trató bien. Aunque yo preferí obviar detalles en la terapia porque el doctor de esa época me causaba sueño y yo solo quería llegar a mi casa y jugar con Mellea así que algo de culpa tenía. El asunto fue que mi relación con Marc me hacía sentir libre, a salvo, amada y un poco dominada. Me aferré a ella y por eso el proceso de desprendimiento me costó tanto. Empecé a desarrollar un tipo de depresión pasivo agresiva que pasaba por distintos picos pero que era una constante. La obsesión se desarrolló a plenitud cuando volví a ver a Marc. La depresión y los impulsos me llevaron sobre el límite y acabé con adicción al alcohol. Según su teoría, luego de un tiempo y de llevar el tratamiento al pie de la letra, si lo quería podría volver a tomarme una copa de vino. Lo más sorprendente fue escuchar que mi autoestima era vulnerable y que debía trabajar en mi amor propio para que las discusiones o episodios de soledad no me afectaran de forma extrema.

Pedí tiramisú, me apetecía hacía mucho. Con el primer bocado sentí nostalgia. La abuela me apretó la mano.

—El que la sigue, la consigue.

—Es mejor que no, nonna. Ya vivió su propia tragedia griega.

—Y que no es la primera vez, pobre muchacho. —Mi abuela le arreó una colleja a mi madre.

—¿Qué pasa?

—Nada hija.

—Dime *abu*, por favor.

Mi abuela se apretó los dedos. Luego me contó una historia.

—El *ragazzo* tendría veinte años. Estudiaba en Roma y se divertía, ya sabes que él y Luciano reñían por ser el que más canas sacara a sus padres. Le gustaba la fiesta y salía con una chica que presentó a todos en Livorno, guapa y dulce. Pero también salía con otra y con esa se fue a un concierto. La primera se enteró y lo esperó afuera, lo vio le hizo el reclamo y creo que hasta le dio un bofetón, que se merecía. Ella se fue enfurruñada, él la buscó por todas

partes y no la encontró, al otro día supo que la chica bebió de más y cruzando una calle, un coche la envistió —¡Por Dios!—. El pobre se echó la culpa, estuvo deprimido, en el sepelio hizo una escena, pidió perdón y se escapó unos días quien sabe a dónde. Luciano lo encontró, le dio consejos, locos como él, pero que algo hicieron por levantarlo. Se recuperó, aunque le costó y ya nunca más fue el mismo. Me refiero a con las chicas. Salía con ellas, les dejaba claro que no era más que... —mi abuela me miró cómo si no supiera cómo decirlo.

—Sexo, mamá —dijo mi madre.

—Bueno, eso. Nada que fuera más allá de sus propios límites. Nada de corazón porque creía que nunca iba a poder hacerlo, que eso de enamorarse no era lo suyo.

—Y mira lo que le pasó conmigo.

—Bueno hija, siempre llega ese alguien. Para bien o para mal. Pero llega.

Así fue como me enteré de su secreto, de las razones que tenía Marcelo para no enamorarse y de lo que yo le debí recordar cuando me encontró en ese bar a punto de morirme.

Luego de la comida, le pedí a mi madre dejarme en Tribeca. Si Grace no iba a mí, yo iría a ella. Además, tenía algo que le pertenecía.

Richard me recibió en la entrada con un abrazo y dijo que estaba feliz de verme allí. Que a Grace iba a hacerle bien.

Cuando entramos, Grace amamantaba a uno de los bebés y mecía al otro en una pequeña cuna plegable.

—Tienes visita, cielo —anunció Richard.

—¡Estoy horrenda, huelo a caca y leche pasada por jugos gástricos! No puedo ver a nadie así.

—¿Tampoco a mí?

Grace volteó a mirarme y se quedó a cuadros. Sus labios lentamente formaron una curva y sonrió.

—¡Paloma! —asentí y le devolví la sonrisa.

—Pasa, por favor.

Mientras yo llegaba, Richard recibía al bebé que Grace amamantaba.

—Yo...

La abracé. A riesgo de lo que fuera pero necesitaba abrazarla.

—Perdóname, por favor.

—No cielo, soy yo la que debe pedir perdón por dejarte sola, por ser

tan mala amiga, por tantas cosas que no sabes que dije pero las dije y fueron horribles.

—Yo también dije e hice cosas de las que no me siento orgullosa.

—Pero es que estabas pasando por algo tan fuerte... fui quien más fuerza hizo, hasta disfruté descubrir lo de Marc. Ya luego tuve que tragarme las palabras, es un cobarde imbécil pero te quiso.

Asentí.

—¿Vas a presentármelos?

—¡Claro! ¡Dios, estoy pensando con el coño!

Dos preciosidades rubitas que se peleaban por definir el color de ojos que llevarían pero que no podían ser más clavados a la madre.

—Son tan suaves...

—Lo sé. Cuando me los dieron juré que se me caerían de las manos. Los sentí tan frágiles.

—Te traje algo —le señalé la bolsita que llevaba—. Hechas por mí, espero que les queden.

Grace sacó el par de camisas que les bordé a sus hijos, los ojos se le mojaron levemente.

—No tienes que ser tan bonita —me volvió a abrazar—. Te quiero muchísimo, lo sabes.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Volví a casa una hora después. Ya tachaba uno menos en la lista. Los dos siguientes iban a ser los difíciles.

Una tarde que caminaba descalza por los prados de Central Park y leía uno de esos thrillers a los que me envió Marcelo, choqué con Rachel. Nos miramos en silencio.

—Hola —dije yo, nunca he sido demasiado rencorosa como para negarle un saludo a alguien.

—¿Cómo estás?

—Mejor. —Sonreí y le pedí que nos sentáramos.

—Paloma, yo...

—No pasa nada, Rach. Vosotros reaccionasteis acorde a mis actuaciones. Estaba completamente fuera de control.

—Pero te dejamos tan sola. Estaba tan enojada contigo por ser tan débil. Te juzgué en lugar de intentar ayudarte.

—Debí pedir ayuda.

—Lo hacías, cariño. A gritos nos lo pedías y no te escuchamos.

—Creo que es momento de decir una frase que no me gustaba mucho cada vez que la escuchaba, pero que ahora tiene mucho significado: *Todo pasa por algo*. No iba a aprender mi lección de otra manera.

—Casi te mueres en el proceso. —Rachel me abrazó por los hombros y sollozó.

—Perdóname por lo que hice, sé que pasaste una angustia horrible con lo de Greg.

—Ese pelirrojo casi me mata de un infarto. Qué susto me dio. Pero cuando despertó y no te vio allí nos hizo sentir muy culpables a todos de señalarte como responsable de algo que no era tu culpa. Él no debió coger el coche, eso es verdad.

—Pues ya está Rach. Ya que parece que vosotras pudisteis perdonarme al fin, ahora tenemos que salvar una boda.

Me propuse unir a Mariah y a Peter. Discutir y dejar una relación de tantos años por culpa de un arrebato de críos era una tontería. Que lo hablaran y se casaran de una buena vez.

Y lo conseguimos, finalmente había llegado ese día de septiembre que tanta ilusión nos hacía a todas. La despedida la hicimos en mi casa, con mucho tiramisú, películas absurdas con las que crecimos y nos enamoramos, litros de batido de fresas, helado de oreo, mi lasaña en cantidades ingentes, las canciones de Britney Spears y sus respectivas coreografías. Risas, abrazos, fotos, ropa por todas partes, desfile de pijamas sexis, mascarillas de pepino, fotos de jamelgos en pelotas, recuento de los años, de los amores, de las ganancias y las pérdidas. Los planes a futuro, las promesas y la fuerza de cinco chicas que nunca dejaron de quererse. La amistad sincera y desinteresada siempre será lo más valioso de una persona después de su familia. Aunque en todo caso es redundar, los amigos son la familia que escogemos y la mía es perfecta.

Mis padres y la abuela volvieron a Italia cuando se sintieron seguros de que era lo suficientemente capaz de cuidar de mí. Aunque no iba a estar sola. Me iría con Luciano, era momento de iniciar la campaña de lanzamiento y aunque él había adelantado mucho trabajo consiguiendo *sponsors*, yo debía idear una campaña de expectativa fuerte y exitosa. Era mi nuevo trabajo y ya iba siendo hora de conseguir uno porque a Silvestre y Greta alguien debía mantenerlos.

La fecha fue exactamente un año después de lo de Marc, de aquel viernes negro. Un 25 de septiembre que ya no dolía tanto recordar. Marc

seguiría siendo una herida, una cicatriz, que no sangraba pero a veces rascaba un poco y que al verla traía el recuerdo imborrable de lo que los amores tóxicos hacen a personas vulnerables como yo.

El timbre sonó, esperaba un Uber para irme a la boda, pero había llegado muy pronto y yo estaba con un ojo maquillado y el otro a medias porque no me quería quedar igual. Mis problemas de toda la vida habían vuelto y otros que no me abandonaban como dejar ropa por todas partes menos en el armario. Bajé la escalera y quise devolverme y meterme bajo la cama. Un escalofrío me recorrió la espalda con solo ver su silueta en el cristal de la puerta. El olor de su perfume se coló por las ventanas abiertas de par en par ya que el calor era insoportable, apreté los ojos antes de tomar el pomo de la puerta y cogí aire.

Abrí.

Primero sus pies, luego ese pantalón que le quedaba... cómo le queda cada cosa que el jodido Salomón se ponga encima.

—Hola. —La voz me sonó ahogada.

¡Jesús, ayúdame!

—Hola, Paloma.

No estaba enojado pero tampoco muy amable.

—Pasa —dije solícita, al cerrar vi a Greg en el auto, me guiñó un ojo.

—¿Te tomas algo?

—No, gracias.

Con toda la elegancia que le caracteriza, mi atlante delirante se soltó el botón del saco y tomó asiento dónde siempre lo hacía.

—¿Cómo estás?

El alma me dio un aleteo en el pecho, había echado tanto de menos esa pregunta, su verdadera intención más allá de un formalismo, su tono dulce al preguntar. La intimidad que siempre nos unió, esa conexión que saltó en chispas desde el primer día que nos vimos. A mí porque me pareció que me había puesto un dios griego de compañero de trabajo, a él, tal vez por lo que siempre vio en mí y que le hizo quererme.

—Mejor. Mucho mejor que la última vez que nos vimos.

—Eso salta a la vista.

Nos quedamos en silencio. Silencios que nunca habían existido entre ambos, pero no se trataba de que las palabras nos huyeran sino que no sabíamos por cuales empezar. Quizá pidiendo perdón, quizá dándole la razón, quizá pidiéndole que me abrazara. Pero era Salomón, no me la podría tan

fácil. Si el resto había sido condescendiente él sería quien me leería la cartilla. Y si no lo iba a hacer, me decepcionaría completamente.

—Yo, debí...

—Debiste responder a todas las veces que te pregunté cómo iban las cosas. Debiste decirme lo que sentías con pelos y señales, debiste buscarme si estabas triste, debiste salir con tus amigas en lugar de abrirte una cuenta en twitter que te llevó al desenfreno.

¡Salomón sabía que yo era Ladykiller!

Creo que abrí demasiado los ojos.

—Lo sé, Salo, yo...

—No supiste gestionarlo, tenías un problema y se te salió de las manos. Un problema que pudimos detener a tiempo con solo decirlo la primera vez que te colaste en el piso de Marc.

—Estabas ahí.

—Estuve cada vez, cada noche que pude seguirte, lo hice. No cuando ibas con Marcelo, sabía que estarías bien con él. Pero lo usaste, Paloma, y él estaba dispuesto a todo por ti

—Yo no sé... —la voz se me partía cada vez que pensaba en Marcelo.

—Pero yo también tengo culpa, por no detenerte, por no enfrentarte, por pensar en que era pasajero y esperar a que lo dijeras. Que confiaras en mí.

—¡Confío en ti!

—Lo sé, *churri*. No querías decepcionarme.

La barrera de Salomón se rompió y acabé metida entre sus brazos, llorando como una cría.

—Te dejé sola cuando fuiste a pedir ayuda, estaba tan cabreado que no pensé con claridad. Nunca podré perdonármelo. Creí que te perdía, que no volvería a ver esos ojazos y esa sonrisa dulce, que mi Paloma volaba lejos de mí. Luego, tu padre me prohibió verte. Lo entendía, él confiaba en todos los que estábamos aquí dándonos cuenta de lo que te ocurría. Yo más que nadie, yo que te tenía cada día frente a mí y te veía marchitar, mutar a algo que no eres... y no hice nada.

Salomón dejó escapar un jadeo, le acaricié las mejillas y la cabeza y le di un beso en la frente.

—Estuviste ahí, no me dejaste sola, fui yo quien te alejó.

—Hicimos tantas cosas mal...

Me besó las mejillas y me apretó a su pecho.

—Quiero meterte ahí dentro y no dejarte salir jamás.

- Gracias por quererme tanto, aunque no me lo merezca.
- Te mereces más, mi *churri*, te mereces todo lo bueno.
- No vuelvas a dejarme sola, no vuelvas a ignorarme nunca más.
- No. Nunca más.

No faltaba decir te quiero, Salomón sabía hacérmelo sentir solamente con mirarme. En medio de ese abrazo comprendí que la vida nunca te da algo que no mereces, todo, lo bueno y lo malo, siempre nos pasa porque debemos aprender. Y lloré, lloré de alegría. También se llora de emoción cuando todo tiene sentido.

44. Despedidas



Mariah lucía preciosa, Grace brillaba con luz propia, Sarah a pesar de cojear un poco, era más que persona con ese vestido y Rachel que por más que lo intentó no pudo escondernos la buena nueva. Estaba esperando y se había enterado esa mañana cuando al ponerse el vestido, la talla ya no era la suya.

Yo estaba al final de la fila, con un ramo de peonías, sonriendo y llorando un poco, soy de esas que llora en las bodas. Cada chica entró con su chico de brazo, yo entré con dos. Greg y Salomón eran mi cita de esa noche y yo quería alardear de tenerlos solo para mí. Fue una boda preciosa, al aire libre, el viento silbando por todas partes, música latina, risas, abrazos y besos. Al momento de hacer el brindis, cada una de nosotras habló de los novios, de lo tuvo que hacer Peter para conquistarnos a todas, de las veces que pensamos que era un soberano capullo, de que cuando lo veíamos nos enfermábamos porque sabíamos que su vocación de médico haría que nos prestara los primeros auxilios. Bueno, eso lo dijo Grace y nos hizo estallar en risas. De la chica aventurera que recorrió el mundo y de lo importante que siempre sería en nuestras vidas.

Cuando llegó la cena y di el primer bocado pasaron dos cosas. Esas que me definirán siempre al ser la reina de los extremos. Morí al reconocer la sazón inconfundible de la cocina de Marcelo y volver a tener la sensación de estar en casa. Eso que nadie más conseguía hacerme sentir.

Al momento de bailar, Salomón me llevó a la pista e hizo despliegue de su sabor caribeño, latino y muy cubano. Yo hice el ridículo con mis dos pies izquierdos, pero me mantuve a su lado. Después de tanto baile me fui al baño a refrescarme. Estaba sin gota de alcohol en la sangre y me sentí orgullosa de poder negarme incluso cuando fue el momento del brindis. Salí de allí sintiendo que no aguantaba los tacones, llevaba desde aquel viaje a mi inframundo que no los usaba, andaba en sandalias básicamente porque era lo que aguantaba con tanto calor y con los vestidos que mi abuela me había traído. Me agaché a cogerlos luego de soltármelos y acabé chocando con el pecho de alguien que usaba una filipina negra estampada de lunares blancos y

rosas rojas. Tuve un momentáneo estado de extravío olía a él y a cocina, olía a todo lo que extrañaba y no podía tener. Había buscado su olor tantas veces y en tantos lugares, pero parecía haberse esfumado, no me quedaba un recuerdo claro y sin embargo, tenerlo allí enseguida me hizo saber que era él sin tener que mirarlo, y más porque si lo miraba me iba a dar algún patatús. No tenía cara para plantarle, no a él.

—Perdona, soy algo despistada.

—No pasa nada.

Y su voz, lo que recordaba no se acercaba ni un poco a ese acento que me ponía la piel a vibrar. Luché por no cerrar los ojos mientras pasaba por ese estado de limerencia.

No supimos qué decirnos y yo no pude mirarle. Salí de allí casi corriendo y acabé abrazada a Greg y al borde de las lágrimas.

—¿Lo viste?

—¿Qué comes que adivinas?

—No lo sé, tal vez sea esa comida italiana con tan buen sello propio.

—Me quiero morir.

—No digas eso ni de broma. ¿Qué pasó?

—Nada, no pude ni mirarlo. A todos pude verles la cara, pedirles perdón, decirles que los quería... a todos menos a él.

—Ay princesa, dale tiempo.

—Me queda todo el del mundo, Greg. Pero a veces se niega a correr.

—Vamos a bailar.

—No, déjame aquí. Te voy a echar de menos.

—Llévame contigo.

—Fuguémonos juntos ya que Salomón nunca me lo propuso.

—Qué ganas de complicarte la vida con amores imposibles.

—Yo lo vi primero pero tú eres más alto que yo.

Greg se echó a reír y me besó en la frente.

—Paloma... —la voz de Marcelo me estremeció enterita. Salté como un resorte de los brazos de Greg pensando que me había pillado haciendo algo muy malo.

—¿Qué pasa? —Me hice la muy interesada en el bouquet de la mesa. Greg se levantó y nos dejó a solas. Empezaba a anochecer y corría una brisa fresca, la música era suave, se escuchaban voces y risas. También el galope de mi corazón debía retumbarles a todos.

—¿Cómo estás?

—Bien, tranquila, satisfecha —me toqué la panza—. Siempre has sabido cómo dejarme con ganas de más aunque luego te odie por no poder cerrarme los pantalones.

—Me alegra verte así.

—Pues mucho es gracias a ti. Finalmente sí eras mi rescatista.

—Hubiese querido no serlo la última vez.

Esa era una herida abierta y compartida. Algo muy delicado como para bromear.

—Perdona, no debí decir eso.

—¿Vas a mirarme o no?

—No, por favor.

Se rio y a mí me aleteó el alma.

—Me he lavado la cara esta mañana, por si acaso.

—La mía no es que tenga mucho para ver. Me ha vuelto a salir acné, mis hormonas enloquecieron.

—Te conocí con los churretes de rímel escurriendo por tus mejillas y lo soporté muy estoico. Puedo con la que tengas ahora.

Fue mi turno de sonreír.

—Pero puede que yo no soporte la tuya.

—¿Y por qué no?

—Porque... —apreté los dedos en la falda del vestido, las manos me sudaban—. No quiero ver la distancia que hay entre ambos, es todo.

—No me niegues poder mirarte, ya casi no me acordaba de tu cara.

Abrí la boca para agarrar aire. Me estaba matando. Luego elevé el rostro y evadí su mirada tanto como pude.

—Tan guapa como siempre.

Sonrojo generalizado.

—Mírame —instó divertido—. Sigo siendo yo.

—Ya lo sé, hueles como tú, te oyes como tú y vistes como tú.

—Y sigo sintiendo, como yo.

Parpadeé un par de veces y finalmente me crucé con sus ojos, que no eran de ciencia ficción, que no parecían hipnotizarme, pero en los que había encontrado paz tantas veces.

—Hola.

—Hola.

—¿Bailas?

Apreté en los labios una sonrisa.

—No soy muy diestra.

—Recuerdo que te dejás llevar.

—¿Con Sinatra cualquiera baila?

El sonido de una guitarra se elevó por los parlantes. Alguien invitó a las parejas a bailar. Yo me levanté y seguí a Marcelo hasta la pista de baile.

Me tendió la mano, yo me la pasé antes por la falda del vestido. Él sonrió y negó con la cabeza. Cuando volví a tocarle... Dios bendito, no sé cómo decirlo pero fue como una descarga de desfibrilador mientras sufres un infarto. Luego me tomó por la cintura, entre tanto Ed Sheeran cantaba que en ocasiones el amor hacer daño. Intenté seguirle el ritmo aunque por dentro temblaba.

—Mira que si puedes.

—Contigo siempre puedo todo.

Marcelo suspiró. Yo apreté los ojos y los recuerdos volaron libres abrazándonos a ambos. Mi cara de espanto. El taco que exteriorizó al verme. El pañuelo. El disco de Iva Zanicchi. La sopa. La cama en el segundo piso. Sus desayunos. Mi tortazo en la frente. Ese apetito voraz. Las camisas hawaianas y su horrendo sentido de la moda. Que siempre olía a él, a comida y a hogar. Las series. Jugar con la comida. El primer beso en el MET, el segundo en mi portal, la vergüenza y las ganas de volver a hacerlo. Mis borracheras y su compañía. La cena en el barco, su sinceridad cuando dijo que todo estaría peor. El baile de máscaras. Salvarme de entrar al baño siniestro. Que me viera en bragas. La ruta por la vinoteca. El cine clásico. Que me cargara por la calle y luego me besara. El primer roce intenso en el piso de Luciano. El bar dónde me dijo que dejara de hacerme daño y le buscara si me sentía triste. Que hablara con un pez. Delicato con mis amigos. Su tiramisú. Los besos con sabor a café antes de irme. Livorno. Mi cumpleaños. La inolvidable nutella sobre su cuerpo. La despedida en la playa. El regreso. La distancia. Sus frustraciones. La chica de la discordia. Tentarnos. Detenernos. Hacerlo. Su voz al leerme. Mis estados de ánimo cambiantes. Su paciencia. El viaje al lago. Los celos. Las inseguridades. Mi manipulación. Hacerle daño. Intentar detenerme. Alejarlo. Las mentiras. La cruda verdad. Su adiós. Mi llanto. Las chicas en su casa. Quererlo en silencio. Sus brazos en mi cintura y el rescate del infierno. Su ausencia. Esa noche.

La canción acabó y yo abrí los ojos.

Era demasiado sobrecogedor el modo en que nos reflejábamos en esa canción. Me esperó, me esperó pero yo no volví a casa.

Marcelo salió de la pista y yo le seguí, llegamos hasta la orilla de un lago artificial, las estrellas se reflejaron en el agua.

—¿Llegarás a perdonare alguna vez?

—No es cuestión de perdón, Paloma. Ya te lo expliqué. Es cuestión de tiempo. Lo que nos deparé el destino eso será.

—Ojalá el destino desee vernos juntos.

Me acarició las mejillas y sonrió dulcemente. Luego me abrazó a su cuerpo y me estremecí. No fue un beso largo, tampoco uno apasionado. Fue un sorbo de agua en el desierto y dolió muchísimo. Como una despedida.

—Ojalá, Paloma, aunque no sé si pueda volver a quererte igual después de todo esto.

Eso me dolió mucho más que si me hubiese dicho que nunca iba a perdonarme. Porque ya me había perdonado y con el perdón viene el olvido. Bien claro estaba lo que me esperaba.

—Me dio gusto verte. Siempre me da gusto.

—Adiós, Paloma.

—Adiós, Marchelo.



Enamorarse es quizá, el momento más feliz de una persona y el que más pasa desapercibido. Porque no lo sabes hasta que lo estás, cuando ya no hay vuelta atrás. ¿Sabéis de lo que hablo, verdad?

Vengo a contaros una historia, corta porque me han puesto un número límite de palabras, pero no voy a tener que ahondar en demasiados detalles porque la conocéis, la seguisteis y eso os tiene leyendo lo que tengo para deciros.

No sé cómo empezar, quizá algún día le pida a alguien que cuente mi historia, no porque yo sea alguien muy especial, no, soy más común y humana de lo que os imagináis. Sino porque espero que sirva de algo a alguno de vosotros antes de equivocaros como me he equivocado yo.

La historia de Ladykiller en twitter empezó algún día de octubre después de dar su “primer golpe” aquello que visteis en una foto, trajes hechos pedazos y mi dignidad mezclada entre ellos, eso ocurrió. Lo hice, quería vengarme de un chico luego de verlo en un restaurante besando a otra. Vamos, que el mundo se me vino encima y yo no supe manejarlo. Cada palabra y cada frase que os compartí, era yo, era mi

dolor y mi cúmulo de emociones, era mi desenfreno y mi falta de amor propio. Porque no llegué a hacer esto como muchos pensasteis al decir que era una heroína, una vengadora. No, estuvisteis demasiado lejos de la verdad. Lo que hice fue dejar mi dignidad y amor propio por el suelo. Pero eso no lo vi en su momento, estaba cegada por la obsesión y me hice adicta a mi ex novio.

Esas cosas existen, las vemos a diario, el chico que ataca a la chica porque no quiere que sea de nadie más. El que cela a niveles realmente extremos o aísla a su pareja del resto del mundo... tantos casos que vosotros conocéis y quizá hasta lo vivís de cerca. Pero en mi caso, yo fui mi propia villana. Fui quien se arrastró y mendigó amor, la que hizo daño a sus amigos, la que no tomó buenas decisiones y estuvo a punto de no volver.

Por eso no supisteis de mí nunca más. Porque lo que empecé como una forma de drenar acabó siendo una bomba de tiempo, yo lo era y estallé dejando muchos destrozos.

Hoy hace un año que esa cuenta se creó y hoy he decidido cerrarla definitivamente. No será de beneficio para nadie, pero no quería irme sin antes agradecer todo vuestro apoyo, por lo que hicisteis de Ladykiller, por llevarla a los medios y por compartir cada locura que se me ocurría.

Finalmente, quiero pedir perdón, a ese chico que resistió con estoicismo cada uno de mis ataques psicóticos, que no me hizo ningún reproche y que lo asimiló como un castigo. A él, que sepa que siempre le recordaré y lo haré bonito. Y a ese otro chico que me recibió en su casa, que le dio cobijo a Ladykiller en los momentos más difíciles y que supo colarse en su corazón dejando una huella imborrable... perdón también.

Adiós mundo, fui @ladyKiller

Se lo entregué a una Grace, totalmente estupefacta. La pobre no podía cerrar la boca. Le di un abrazo y un beso y salí de su oficina sintiendo que finalmente cerraba el capítulo más amargo y oscuro de mi vida. Cogí mis maletas y mis gatos y volé con Salomón a California. La campaña de mi hermano debía empezar rodar para crear expectativa y luego hacer el

lanzamiento al mercado de una marca de vino llamada *Flirty Girl*.

Un nombre muy interesante, ¿verdad? Pues tiene una historia detrás muy bonita pero dejemos que sea él quien te la cuente alguna vez, vale la pena, lo prometo.

Lo que pensé que sería un viaje de unas semanas, terminó en seis meses. Napa tiene magia mucha magia y un poco de mística. Sus valles verdes, los viñedos, los vinos, los apasionados a los buenos caldos. Su gastronomía que podría resumirla a aceite de oliva, tomates, quesos y mostaza. O el arte visual, su arquitectura clásica y refinada. Yo me sentía viviendo en un castillo. Me perdía en el infinito azul del cielo, me enamoraba de sus valles florecidos, del olor a lavanda y esos campos pintados de lila intenso, el clima, la mezcla de montañas viñedos y palmeras... se sentía un poco como estar en casa. Y un lugar así ayuda a liberarse, te llena paz interior, te obliga a pensar y consigue que perdones. No lo digo solamente yo. Creo que en esta historia, más de uno acabó en Napa buscando calma. Luciano y yo, la vecina fugitiva y hasta Marcelo que aprovechó un fin de semana que tuve que viajar a Los Ángeles para verse con mi hermano. Yo se los debía, yo convencí a Luciano de llamarle primero y de disculparse por ser el neandertal que primero actuaba y luego pensaba.

Me moría de ganas de verlo, pero la razón por la que mi hermano accedió a invitarlo fue porque estaba seguro de que yo no estaría allí.

Esa mañana antes de volver a Nueva York, recibí un sobre con tantas estampillas que no supe de donde venía realmente. Dentro me encontré una foto de Marc barbado, despeinado, sonriente, pleno usando una camisa azul celeste con siglas de la ONU y rodeado de preciosos niños de piel oscura. Por detrás ponía una par de líneas:

Finalmente me encontré, Paloma. Salté al vacío y ¿sabes lo que ocurrió? Nada. Mi padre tuvo que hacerse cargo de sus errores y yo pude hacerme cargo de mi vida, cambié el traje por vaqueros y soy voluntario en India y África. Espero que también estés siendo feliz. Gracias por enseñarme tanto, nena.

Marc Shannon.

La vida no se trata de encontrarse con alguien sino de coincidir. Marc y

yo quizá nos rompimos el corazón de mutuo acuerdo. Quizá siempre supimos que no podíamos estar juntos a pesar de intentarlo todo. Quizá fuimos tan sensatos que llegamos a odiarnos porque amarnos y no tenernos iba a ser peor. Y por eso nos equivocamos tantas veces. Pesé a todo, es una verdad a reconocer que Marc fue y será el amor de mi vida, el más intenso, el que más dolió, el que más me marcó. Sólo él pudo destruirme de una manera tan absurda y dolorosa, pero irremediabilmente perfecta. Solamente alguien como él podía hacerme sangrar de amor-odio al mismo tiempo y en las mismas proporciones.

45. Regresar



El viaje de regreso estuvo cargado de recuerdos, unos más felices que otros. Todos iguales de importantes. Un año atrás estaba perdida, arrastrada a la oscuridad por la soledad. En el presente estaba trabajando en mi amor propio e intentaba empezar una nueva etapa en mi vida. Me jugaba mucho con la campaña de *Flirty Girl*. Era como mi boleto de presentación, más que a un público era a mis amigos y a mi familia. También el de mi hermano, ambos queríamos volver a levantar vuelo. Mis padres y la abuela vendrían a acompañar a Luciano en el proyecto que le había costado cinco años materializar, era uno de los momentos más importantes de su vida. Aunque siendo sincera, mi hermano siempre había destacado en cada cosa que emprendía.

Llegué antes que los demás, debía hacerme cargo de organizar la casa y ayudar a Salomón con lo que quedara pendiente. En el aeropuerto me esperaban el par de hombres de mi vida. Abrazos, besos y flores, sonrisas y mucho amor.

Dijeron que lo mejor sería irme a su casa porque estaba anocheciendo y la mía estaría helada. Les tomé la palabra. Fue cruzar la puerta de su piso y que los oídos me estallaran con los gritos de mis amigas. Yo también grité y las abracé sin ganas de soltarlas.

—¡Mírate, cielo, cada día más guapa! —Sarah me plantó dos besos sonoros en las mejillas.

—Es California, el verdadero paraíso —dijo Mariah.

—Nada de esas chorradas, es ver a su hermano a diario, eso es mejor que las vitaminas. —Nos echamos a reír con el comentario de Grace. Nunca superaría las ganas que le tenía.

—Pervertida. —Rachel apareció tras la pared de la cocina luciendo una tripa monumental, estaba en los últimos días de la dulce espera. Y se le notaba la felicidad en esa luminosidad en el rostro que nunca le vi antes.

—¡Dios Santo! —Me cubrí la boca con las manos—. Estás preciosa y muy embarazada.

—Soy un tanque. —Se quejó.

—Nunca como Grace —dijo Salomón.

La aludida le hizo una peineta. Los demás nos reímos.

Cenamos en medio de un montón de historias, parecía que nos había pasado media vida sin hablar y lo hacíamos a diario.

—¿Y qué harás ahora? —Preguntó Rachel.

—Si necesitas que te consiga algo, dímelo y el lunes tendrás una entrevista o dos.

—Gracias, Grace. He pensado en algo pero no tengo nada claro. Quiero salir del evento de Luciano y pasar unos días con mi familia en Napa. Ya veremos.

—¿Has hablado con Marcelo? —Más de uno acribilló a la pobre Sarah por preguntar.

Suspiré y sonreí.

—No. Desde el bodorrio nada. Igual, nos dijimos adiós así que cada cual siguió su vida. ¿Vosotros sabéis algo? ¿Ha puesto restaurante?

—No, se dedica de lleno al catering —respondió Salomón.

—Estás muy enterado. —Grace le dio otro sorbo a la copa y lo miró con picardía.

—Nos hicimos un poco amigos.

—Un poco, sí —ironizó Greg.

—¡Suelta la sopa! —Exigió Rachel—. Tanto suspenso me puede adelantar la criatura.

—¿Qué todas las embarazadas sois tan exageradas? —Se quejó Mariah.

—Deja que te toque y sabrás lo que es bueno.

—Chicos, no hablemos de Marcelo, por favor. Todavía rasca la herida.

Greg me abrazó. Los demás cambiaron el tema a las vacaciones del próximo año. Queríamos hacer un viaje todos juntos al mismo lugar. Yo tenía idea de uno.

Luego de que nos quedamos solos, Greg puso una película francesa y yo les serví del vino de Luciano. Los tres nos acomodamos en un sofá y conmigo en medio empezó el verdadero interrogatorio.

—¿Pensaste en la propuesta que te hice?

—Sí.

—¿Y?

—Eres una pesadilla, Salomón. —Me quejé.

—Bueno, para estar muy enamorada de mí, te resistes demasiado.

—Estar enamorada no es lo mismo que ser sumisa.

—Qué bueno que lo sepas, ahora responde.

—Te confieso que me gusta mucho la idea de trabajar juntos. Somos un buen equipo, pero no sé si pueda manejar de nuevo tanto estrés. Y que conste en acta que no lo digo por cobardía.

—*Churri*, tendremos un equipo, manejaremos mejor las tareas. Podemos organizarnos y hacerlo bien.

—Dile que sí de una vez —intervino Greg—. No me ha dejado dormir contándome los planes, buscando un nombre, recordando nombres de posibles clientes...

—No tienes que decir que sí, no voy a presionarte.

—Yo... puedo intentarlo.

Salomón me abrazó y me dio un millón de besos.

—Eh... relación profesional, sois socios y yo estoy presente —dijo Greg.

—¿Celoso de mí o de ella? —pregunta retórica de nuestra relación a tres.

—De ninguno, no podría vivir sin ambos —confesé yo.

No hace falta decir que esa noche me apoderé de su cama y dormí en medio de los dos. No pude tener mejor bienvenida.

El día D llegó. Y yo estaba muy ansiosa. Empecé el día antes de las cinco de la mañana, preparé el desayuno, desperté a Luciano porque dormía como un ceporro y ese día teníamos un par de entrevistas que cumplir y una reunión antes del lanzamiento oficial, con una cadena de restaurantes muy influyente. Salimos en punto a la siete a cumplir la hora en la barbería, necesitaba verse decente por una vez en su vida. Luego a vestirse y encontrarnos con el equipo de entrevistas del canal de comida. Una más en una revista de vinos. Luego al periódico y la comida en un restaurante donde se probaría el paladar del público con las degustaciones. En la tarde tuve que dejarle para irme al salón de eventos y coordinar los últimos detalles. Lo que inicialmente se pensó para cien personas entre familia, amigos e invitados especiales, acabó en un total de quinientos invitados porque mi hermano resultó seguir siendo muy popular y mucha gente le conocía.

El despliegue de publicidad había rendido muy buenos frutos y en la

lista teníamos nombres de gente del cine, la música y la televisión. En ese momento recordé que mi hermano no era un pelagatos, que había tenido una buena época cómo jugador de la NFL. Sí, toda una celebridad local, pero no era mi motivo para inflar el pecho, lo era que hubiese podido recuperarse de esa abrupta caída y que finalmente afirmara los pies en el suelo.

Estaba muerta de cansancio y el evento no empezaba hasta las ocho. Tenía tres horas para dormir un poco, darme un baño y cambiarme de ropa. Mi trabajo estaba hecho, Salomón se encargaría de lo demás. Y a su casa me fui porque me quedaba más cerca y porque me moría de sueño.

Tanto que fue Greg quien llegó a despertarme cuando faltaba un cuarto para las ocho y yo seguía durmiendo la mona.

—¡Greg, debiste despertarme antes!

—Lo siento, princesa, pero tuve que ayudar a Salomón con algo y apenas llego.

Revoloteé por todas partes, maldije, me choqué con todo y mandé al suelo todo el maquillaje que llevaba en una bolsa. Greg me llevó una infusión de valeriana para los nervios y me pidió respirar profundo.

Me decidí por un vestido azul medianoche de cuello bandeja que me dejaba al descubierto los hombros bajaba recto hasta el suelo y se ceñía ligeramente a mi cintura. Tenía una abertura profunda al lado derecho y unas preciosas mangas acampanadas. Lo acompañé con unas sandalias negras de correa gruesa al tobillo y en el pelo me hice un recogido *messy*. De maquillaje un delineado de gato, rímel en cantidades exorbitantes para no verme con sueño y en los labios un labial mate color vino. Cogí la cartera de sobre y salí con ganas de poder teletransportarme porque tarde ya iba.

Cuando entramos, ya se proyectaba en la pantalla un vídeo sobre la historia del viñedo y detalles que hablaban del proceso de elaboración del vino. Me escabullí hasta donde estaba Salomón y me puso al corriente. Luego habló Luciano e hizo la presentación oficial del producto y el anuncio de disponibilidad en el mercado. Los camareros pululaban por las mesas abasteciendo el vino, otros ofrecían canapés y entregaban folletos con información de la marca. Luciano bajó de la tarina después recibir los aplausos a su discurso. Estaba tan nervioso que me abrazó. Luego algo de música ambiental y que mi hermano me presentara con un montón de gente. Cuando finalmente tuve un respiro, me encontré con mis amigos.

—Todo os ha quedado perfecto. Ha sido un éxito —comentó Rachel.

—Y el vino es espectacular —comentó Richard—. Afrutado y sutil.

—Hace honor al nombre, que por cierto es muy curioso. Imaginaba algo como *Mariscal DeLuca*. —Grace levantó las manos con mucha pompa.

—No es el nombre común de un vino ni el de un viñedo tampoco —dijo Mariah—. D'Lucchiato.

—Lo dicho, Palomita, tu hermano y su amigo tienen un romance.

Todos nos despollamos de risa luego de escuchar a Sarah.

—Eso es porque no sabéis lo que viene con ese nombre. —Greg nunca ha sabido lo que es guardar un secreto.

Le miramos exigiendo información detallada y en eso llegaron Salomón y Luciano.

—Hermanita, quiero presentarte a alguien.

Me di vuelta solícita y con mi mejor sonrisa pintada en los labios, después de conocer al vocalista de los Maroon 5 me esperaba tal vez a Brad Pitt. Lena se iba a dar contra las paredes cuando se enterara que su gran amor estuvo en el evento al que no quiso asistir.

Pero no era Brad Pitt, ni Obama o Elton John. Era Marcelo.

¡Marcelo!

¡Madre Santa! El corazón me dio un tirón tan fuerte que juré que acabaría con angina de pecho y tirada en el suelo suplicando por aire.

—Este es Marcelo —dijo Luciano con tanta socarronería que quise clavarle los tacones en las pantorrillas que era lo que tenía más a mano—. Marcelo, esta es mi hermana Paloma. Compórtate o te rompo la crisma.

¡Qué vergüenza! Todo el calor del mundo se me instaló en las mejillas.

—*Ciao, bella.*

Las rodillas me temblaron.

—Hola —dije luego de dejar de contener la respiración.

—Todo ha salido perfecto. ¡Enhorabuena!

—Bueno, Salomón se lleva los honores. —Me di vuelta buscándolo y ya no había nadie con nosotros, solo él y yo, con quinientas personas llenando un salón, pero él y yo.

—¿Cómo estás? —Pasé saliva con dificultad, una pregunta retórica pero con demasiada importancia. Llevábamos mucho tiempo sin saber realmente cómo estaba el otro, aunque yo le sonsacaba a Luciano uno que otro dato.

—Bien, con mucho trabajo. ¿Te sientas? —Lucía nervioso, esa era toda una novedad.

—Preferiría salir, si no te molesta, tanta gente me abrumba —Marcelo asintió—. ¿Te han ofrecido algo?

—Estoy bien, no quiero más vino.

—Como quieras.

—¿Tú quieres algo?

—No, llevo un conjunto entero que no me permite ir al baño sin antes desnudarme. Además, ya no me tomo nada con más de un 1%.

Marcelo asintió. Me señaló la salida y me siguió hasta el mirador interino de Lighthouse sobre el puerto Chelsea.

—¿Cómo ha estado Napa?

—Muy bien, ha sido aire fresco. Sabía que era un paraíso, pero se quedaba corto todo, incluso las fotos. Tiene un encanto cercano a la Toscana.

—Debe ser el vino.

Caminamos en silencio. Mis ojos clavados en el reflejo de las luces en el agua.

—Empezamos mal, Paloma. Debí responder a todas tus preguntas.

—¿Cómo dices?

Marcelo se detuvo, sonrió de lado y me tendió la mano.

—Soy Marcelo Ignazio Occhiato. Nací hace treinta seis años un veinticinco de septiembre y en esta ciudad. Estudié economía en Roma y me especialicé en Londres donde conseguí un buen puesto en la bolsa de valores. Salí con muchas chicas, pero con ninguna tuve una relación formal. Hice la misma inversión que tu hermano y a mí me funcionó, dejé mi trabajo porque me agobiaba. Y me encontré entre los fogones de leña de una familia de la India. Desde hace cinco años que soy chef, cocino cuando me aburro, cuando tengo estrés o cuando estoy feliz —se encogió de hombros—. Me gustan las camisas estampadas porque no todo el mundo es capaz de usarlas o soportarlas, me sé todas la canciones de *Iva Zanicchi*, alguna vez dije que salía con tu hermano para salvarlo de una loca acosadora, me rompí una pierna jugando soccer y por eso lo dejé, no como pescado, no me gusta mucho el alcohol y bebo más de diez tazas de café al día. Soy adicto a la XBOX, a Friends, a los detectives, los asesinos, los libros en general y me sé de memoria un párrafo de cada libro que he leído. Fuiste a la primera chica a la que le dije que la quería, sintiéndolo, compré un local para el restaurante y lo dejé con la mesa puesta. No he podido volver sin sentir que me haces falta tú allí y no he podido volver a preparar tiramisú. No soy nadie extraordinario o especial, solo soy yo.

El corazón se me encogió.

—Marcelo, yo...

—Tú —tomó mi mano entre las suyas y luego la besó—. Tú eres todo en lo que puedo pensar, eres cada cosa que imaginé y descubrí. En tu piel está mi territorio y todo lo que quiero y creo merecer, en tus labios tengo una historia interminable por contar. Te amo, Paloma, más que a todas las cosas del planeta que se mueven, que hablan o respiran. No sabía querer porque nunca sentí por nadie lo que siento por ti, no sé lo que esperas de mí, no sé si has logrado perdonarme por dejarte sola...

—¿Me has perdonado tú?

Asintió, yo ya lloraba y las manos me temblaban.

—Piccola —inclinó su rostro hacia mí y me acarició las mejillas con las yemas de sus dedos y limpiando la humedad que las surcaba. Sus labios tentándome, su sabor como un lejano recuerdo—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el destino?

—Que no puedes huir de él.

Marcelo asintió.

—Por eso vine a parar a Nueva York. Porque tú eres mi destino.

Y entonces no besamos, lento, con dedicación, curándonos, juntando nuestras piezas rotas. Para eso son los besos, para sanar corazones que alguna vez se rompieron pero que nunca dejaron de sentir.

Epílogo



No abres los ojos una mañana y de inmediato sabes que ese día te van a romper el corazón. Pero si puedes abrir los ojos en los brazos del hombre de tu vida. Puedes despertar sintiendo que después de tantos ires y venires, por fin conseguiste tener todo lo que siempre deseaste. También puedes despertar sabiendo que hay personas que te rompen el corazón pero que esas mismas personas no te lo van a componer, y que sucede para que llegue alguien, ese alguien que te ayude a componerlo. No despiertas una mañana sabiendo que tu vida puede cambiar rotundamente por una traición, pero si puedes hacerlo sintiéndote amada por alguien y plenamente convencida de que es ese beso que quieres recibir cada mañana y la primera luz que se cuele por la cortina cada noche.

—¿En qué piensas, *piccola*? —Marcelo me da un beso en el hombro y me acerca una taza de café, yo miro por la ventana hacia Manhattan.

—En las personas.

—Si estás pensando en él, no pasa nada. Está cumpliendo años, ¿no?

—Sí. Es muy curiosa la mente y las jugadas que nos hace. No siento nostalgia, puedo sonreír al pensar en él. Es como ese texto que tanto me gusta: *Algunas personas jamás nos dejan, nunca se van por completo aunque ya no estén. Su esencia queda, su voz se escucha, las sentimos sonreír...*

—Algunas personas jamás nos dejan, son eternas.

Me abraza y yo me siento protegida, tranquila.

—Deberíamos empezar a desempacar, a este paso acabaremos en navidad. Y ya me duele la espalda de dormir en el suelo.

—¿Será eso o será por lo que hacemos en ese colchón? —Cuela su mano por debajo de su camisa hawaiana que fue lo primero que encontré para ponerme.

—Y dijiste que no eras como los de los libros que leemos las chicas.

—¿Quién te ha dicho que no he podido salir de la cabeza de alguna loca escritora y estoy aquí para cumplir tus fantasías?

—¡Bendita sea! —Me pongo de pie y le rodeo con los brazos. Busco

sus labios, juego con ellos, suaves mordiscos, rodar sobre ellos, impregnarme de sabor a café, a él. Mis dedos viajan a su pecho, trazan canales sobre sus músculos, se hunden en su piel.

—¿Qué decías del dolor de espalda?

—Qué duele pero siempre puedes cagarme.

Y eso hace, me carga, le rodeo con mis piernas las caderas, nos besamos, no tocamos, nos vamos quitando la escasa ropa que tenemos puesta.

—¿Pipo está a salvo?

—Si se lo comen los gatos, les hago la autopsia a carne viva.

—Ya sabía que los libros de asesinos acabarían con tu cordura.

—O puede que tú.

Le beso con más ganas, mi mano agarra su erección y Marcelo gruñe.

—Úsame, *piccola*.

Sonrío sobre sus labios y nos dejamos llevar. La mudanza vuelve a aplazarse, las cajas seguirán apiladas, un piso amplio apenas adornado por cortinas blancas, una inmensa cocina en la que cocinarían tres clones de mi abuela y Marcelo juntos, una gran mesa de comedor para recibir a los amigos, donde estoy sentada, desnuda y excitada. Su boca juega con mis pliegues, su lengua que forma círculos, sus dedos que se van colando dentro, mis revoluciones subiendo. Los jadeos, el corazón a punto de estallar.

—Te amo, Marcelo —confieso plenamente segura de que lo que siento por él va más allá de lo que sentí alguna vez, porque no es necesidad, es amor.

—Y yo más, *piccola*. Siempre más.

Como ves, mucho ha cambiado desde aquel viernes negro. Ya esa fecha no es triste, es el cumpleaños de Marcelo, de mi héroe. Ya puedo mirar al pasado y hacer un guiño. Ahora vivimos juntos en un piso enorme, en realidad fue una fábrica que Marcelo compró y Greg remodeló convirtiéndola en un hogar. El nuestro... qué palabra más bonita ¿verdad? Llena de complicidad, amor, proyectos, sueños, besos...

Y las chicas, bueno, empezamos por la mayor. Grace es directora del periódico, la hicieron socia luego de destapar la olla podrida de Shannon. Trabaja, es madre, esposa, mujer y amiga. Puede con todo, como siempre y sigue secretamente obsesionada con mi hermano. Rachel dejó Wall Street para trabajar por su cuenta llevando una excelente cartera de clientes que Marcelo

le facilitó. Los que fueron suyos. Días después del lanzamiento de *Flirty Girl* nació una preciosa nena de cabellos castaños y unos ojos verdosos grandes y vivaces, a la que llamaron Jade.

Mariah está esperando su primer bebé, sigue trabajando en el mismo hospital y haciendo lo que le apasiona. Sarah dejó el piso en Alphabet City y se mudó a uno más grande que compró Liam. Se casaron en Las Vegas luego de que la banda de Liam consiguiera un contrato con una de las grandes disqueras. Ninguno de nosotros asistió, básicamente porque se les ocurrió allí, a lo loco. Al estilo Las Vegas, qué le vamos a hacer. Pero las fotos nos contaron todos los detalles. Salomón y Greg están en proceso de adopción y sospecho de algún abogado que pueda estar metiendo mano para que sea posible. Pero de él no sé nada así que no preguntes. Y mi hermano, que parece que finalmente sentó cabeza y prometió darnos una sorpresa monumental. Ya veremos con qué sale.

Su marca de vinos ha sido un éxito total. Y bueno, él y Marcelo tienen una sociedad muy bien montada. Sospecho que Marcelo sabe lo que nos dirá Luciano pero no ha soltado prenda y mira que he usado el chantaje sexual... es una roca.

Yo sigo asistiendo sesiones de terapia, soy abstinencia y abrí una agencia de Marketing & Branding con Salomón. No tiene un nombre muy rimbombante pero se ajusta a la perfección a nosotros: *DeLuca & King* manejamos varias marcas, entre ellas la de Luciano y pronto la de Marcelo. Porque desde ya te invitamos a la inauguración de *Fra noi Ristorante*.

¿Escuchas? Están llegando. Marcelo ha ido a por ellos al aeropuerto. Finalmente nos pusimos de acuerdo para pasar juntos el verano en Livorno. La abuela está encantada, mis padres algo preocupados por el espacio. Pero también podemos acomodarlos en casa de mis suegros.

¿Lo ves? Guapo que te mueres, con sus camisas estampadas, con ese pelo revuelto, con esa barba tupida y esa sonrisa que significa para mí: amor, hogar y felicidad. Y trae flores, no sabía que me gustaban tanto las margaritas hasta que empezó a traerlas. Me tendrás que disculpar un momento pero necesito ir a darle un beso. A todos, en realidad. Porque el amor me rodea en todas las formas y se ama de muchas maneras. Pero no te quedes, vamos a que les conozcas y te muestre que existen todo tipo de amores, pero hay amores en especial que te llevan al límite, que te cortan el aire y te exponen a tus miedos. Hay amores que deben suceder para saber cuánto podemos ofrecer y cuánto estamos dispuestos a perder. Así se aprenden todas las lecciones. Cómo amas

define quien eres, y yo amo con tanta intensidad que acabé siendo *Ladykiller*.

Agradecimientos

La lista es enorme, muchas personas, de alguna manera, han hecho parte de LadyKiller.

Quienes leyeron ese primer borrador y me dieron su apoyo, quienes preguntaron tantas veces «¿Cómo va ladykiller?»

A quienes esperaron con paciencia y a quienes estaban igual de ansiosos que yo.

A todos los que comparten mis publicaciones y a todos los que me dan su apoyo. Muchísimas gracias.

No estaría completa esta lista sin agradecer a la mamma soportando estoica tantas dudas, frustraciones e ideas descabelladas.

A Mateo, tú ya sabes, loco. Nunca sabré cómo pagarte tanto.

A Odessa, es que fuiste mi otro par de manos y ojos. Tú rescataste LadyKiller. ¡Gracias por TODO!

A Andrea Herrera, porque también hiciste tu parte.

Fernanda y Celinés siempre harán parte de esa lista.

A las personas especiales que conocí este año.

A ti lector, siempre a ti.

GRACIAS!!!

Sinopsis

Paloma no tiene mucho tiempo libre pero tiene un novio.

Novio que, repentinamente, la cambia por otra.

Paloma se crea una cuenta en Twitter para desahogarse y #ladykiller se convierte en la tuitera de moda.

Paloma también va a citas, pero no se entusiasma demasiado.

"Volver a enamorarse sería una locura."

Locura es el sabor del tiramisú que sirven en el nuevo restaurante trendy de la ciudad.

Restaurante del que es socio su nuevo vecino.

El presente de Paloma sabe a dulce de café, pero amenaza con hacerse amargo.

Sobre la autora

Isabel Quintin o Isa Agridulce es una colombiana que descubrió su pasión por escribir luego de pasar por una decepción amorosa. En 2012 nació el blog [Isa Agridulce](#), un diario de vivencias convertidas en narraciones que fueron alimentando la pasión por las letras y sirvió como medio de prácticas para que en 2014 se publicara en la plataforma de Amazon su primera novela titulada Parte de mi equipaje, una historia de superación que ella denomina «un experimento para vencer al miedo». Un año después gracias al apoyo y la acogida de los lectores, publicó la primera parte de la bilogía Fugitiva: Rompe el silencio, dando un giro de 180 grados al género que usó para su primera historia. Aquí unió el romance y el suspense en una narrativa omnisciente que cayó muy bien entre los lectores y se abrió paso entre los primeros lugares de venta en la plataforma de Amazon. La segunda parte de la bilogía Fugitiva: El amor o el perdón, llegó seis meses después ubicándose como una de las más esperadas entre sus lectores. En ella aparecen algunos detalles de novela policíaca que complementan a la primera parte atando los cabos que quedaron sueltos y dando lugar a la próxima novela que publicaría en agosto de 2016, titulada: Me llaman Halcón Negro, un thriller psicológico basado en uno de los personajes de Fugitiva. También ha mantenido la línea del romance contemporáneo con la novela Pasión de invierno, denominada por algunos de sus lectoras como «sublime y emocional». Incursionó en el género chick lit con el título Tú te lo pierdes editado por el sello Click Ediciones de la editorial Planeta de libros.

Puedes seguirla en sus redes sociales:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

[Website](#)

LADYKILLER

©Isabel Quintín, 2017

Diseño de portada y dirección de arte: ©Isabel Quintín

Edición y maquetación interior: ©Andrea Herrera

Primera edición: Septiembre de 2017

ASIN: B0761N83N1

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Este es un trabajo de ficción. Nombres características, descripciones, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o usados de forma ficticia. Cualquier parecido con eventos actuales, locales o con personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

1. Crac

2.Me llamo Paloma

3.Soy Marchelo

4.No había opción

5.Torbellino emocional

6.Caída libre

7.Cargar el muerto

8.Fondo profundo

9.¡Ay dolor!

10.Mi cita

11.Soy la respuesta a tu S.O.S

12.Érase... esa vez

13.Necesito un héroe

14.Condiciones Generales

15.Bienvenida a la Oscuridad

16.Eso que ya no se pregunta

17.Hola mundo, soy @ladykiller

18.Marc... y todo lo que trae el pack

19.Junta urgente

20.El Marc que más quise

21.Paloma... debes respirar

22.Prueba de fuego

23.No tomes decisiones con el corazón roto

24.En la salud y en la enfermedad

25.Pecar, comer, huir

26.Querernos

27.Estar en casa

28.Precipitándonos

29.La primera es por inocencia

30.Cuando quise irme

31.Comienzos

32.El mismo cuento de nunca acabar

33.El oscuro abismo

34.Un posible salvavidas

35.Buscando la luz

36.En medio

37.A los extremos

38.Las señales

39.Segundo Round

40.Boom

[41.Y no acaba hasta que acaba](#)

[42.Al final](#)

[43.Despertar, levantarse y caminar](#)

[44.Despedidas](#)

[45.Regresar](#)

Epílogo

Agradecimientos

Sinopsis

Sobre la autora

Créditos

[1] Infección de transmisión sexual

[2] *Entre nosotros, todo ya terminó. Mañana te marchas de aquí sin decirme por qué* – Fra Noi/ Iva Zanicchi

[3] Término inglés que hace referencia a la acción de ver varios capítulos de la misma serie de televisión, de forma continua.

[4] No hay de qué.

[5] No me gusta para nada.

[6] Blank Space es una canción interpretada por Taylor Swift e incluida en el álbum 1989.

[7] Su nombre como el de las avenidas A, B, C y D. Las únicas avenidas en Manhattan nombradas con una sola letra. Ubicado en el East Village.

[8] Libro de Jonh Green titulo original Paper Towns

[9] La zorra cambia el pelo pero no las costumbres.

[10] El que ama, confía.

[11] Al corazón no se domina

[12] Ella te comerá vivo (...) Ella solo está ahí para ganar, no te fíes de ella ni por un minuto.

[13] Traducido como Antes de la caída es un thriller de misterio escrito por el guionista y productor estadounidense Noah Hawley.

[14] Lo que ha de ser, será.